



EL SORPRENDENTE  
FINAL DE EL HOGAR  
DE MISS PEREGRINE  
PARA NIÑOS  
PECULIARES

EL HOGAR DE  
**MISS PEREGRINE**  
PARA NIÑOS PECULIARES

3

**LA BIBLIOTECA DE ALMAS**

RANSOM RIGGS

 Planeta

Ransom Riggs

EL HOGAR DE  
MISS PEREGRINE  
===== PARA =====  
NIÑOS PECULIARES  
===== 3 =====

# LA BIBLIOTECA DE ALMAS

Traducción de Julia Alquézar y Rosa María Sanz Ruiz

 Planeta

# Contenido

Capítulo Uno  
Capítulo Dos  
Capítulo Tres  
Capítulo Cuatro  
Capítulo Cinco  
Capítulo Seis  
Capítulo Siete  
Capítulo Ocho  
Capítulo Nueve  
Capítulo Diez  
Capítulo Once  
Acerca del autor  
Créditos

*Para mi madre*

Los confines de la tierra, las profundidades  
del mar, la oscuridad del tiempo,  
lo has elegido todo.

E. M. FORSTER

GLOSARIO DE  
**TÉRMINOS PECULIARES**



Peculiares: la rama oculta de cualquier especie, humana o animal, bendecida —y maldita— con rasgos que escapan de la normalidad. Respetados en la antigüedad, temidos y perseguidos en tiempos más modernos, los peculiares son parias que viven en las sombras.



Bucle: área limitada en la que un solo día se repite sin fin. Creados y mantenidos por ymbrynes para dar refugio a sus pupilos peculiares, los bucles retrasan indefinidamente el envejecimiento de sus habitantes. Ahora bien, los moradores de un bucle no son inmortales: cada día que se saltan es una deuda que va acumulándose y que el peculiar deberá saldar con un envejecimiento acelerado si llegara a pasar demasiado tiempo fuera de su bucle.



Ymbrynes: las matriarcas cambiaformas de la peculiaridad. Pueden transformarse en pájaros a voluntad y manipular el tiempo, pero su principal misión es proteger a los niños peculiares. En la antigua lengua peculiar, la palabra *ymbryne* (pronunciada «ímbrin») significa «revolución» o «circuito».



Espíritus huecos: seres monstruosos que antes fueron peculiares y que ahora ansían devorar las almas de sus antiguos hermanos. De aspecto cadavérico y monstruoso, destacan por sus potentes mandíbulas, en las que se esconden lenguas poderosas, en forma de tentáculos. Son especialmente peligrosos porque son invisibles para los peculiares, excepto para unos pocos; Jacob Portman es el único peculiar con esta habilidad que sigue con vida. (Su difunto abuelo compartía esta capacidad.) Hasta que mejoraron sus habilidades, hace relativamente poco, los huecos no podían entrar en bucles, y por eso eran el hogar preferido de los peculiares.



Wights: si un espíritu hueco consume suficientes almas peculiares, se convierte en un wight, visible para todos y que parece normal en todos los aspectos, menos en uno: sus ojos carecen de pupilas y son totalmente blancos. Brillantes, manipuladores y hábiles para pasar desapercibidos, los wights llevan años infiltrándose tanto en la sociedad normal como en la peculiar. Podrían ser cualquiera: tu tendero, el conductor del autobús o tu psiquiatra. Llevan mucho tiempo librando una campaña de asesinatos, miedo y secuestros contra los peculiares, utilizando espíritus huecos como sus monstruosos esbirros asesinos. Su objetivo es vengarse y hacerse con el control del mundo peculiar.

## UNO

**E**l monstruo estaba a menos de una lengua de distancia, con los ojos clavados en nuestras gargantas y su cerebro marchito lleno de fantasías de asesinato. En el ambiente pesaban sus ansias por devorarnos. Los huecos nacen con sed de almas de peculiares, y ahí estábamos nosotros, colocados como si fuéramos un bufet: Addison, que es del tamaño de un bocado, defendía el terreno con valentía, a mis pies y con la cola en tensión; Emma se había apoyado en mí, pues aún seguía demasiado aturdida por la explosión para crear una llama mayor que la de un cerillo, y los tres teníamos la espalda pegada a la cabina de teléfono. Más allá de nuestra desalentadora estampa, la estación del metro parecía un club nocturno donde hubiera estallado una bomba. El vapor salía de las tuberías reventadas silbando y formaba cortinas espectrales. Las pantallas colgaban rotas del techo. Los cristales hechos añicos se habían esparcido por todas partes y destellaban con las luces de emergencia como una bola de discoteca de media hectárea de extensión. No teníamos escapatoria: estábamos atrapados entre una pared y un cristal que nos llegaba hasta la mitad de las piernas y solo nos separaban un par de zancadas de una criatura cuyo único instinto natural era desmembrarnos y que, pese a ello, no hacía ademán alguno de acercarse. El monstruo parecía clavado al suelo, se balanceaba sobre los talones, como un borracho o un sonámbulo, y su cabeza colgaba inerte, con las lenguas inmóviles, como un nido de serpientes que se hubiera dormido gracias a un encantamiento.

Y era yo quien había hecho eso. Jacob Portman, un donnadie de Ninguna Parte, Florida. Si ese horror surgido de la oscuridad y de pesadillas infantiles no nos estaba matando era porque le había pedido que no lo hiciera. Le había dicho claramente que desenroscara su lengua de mi cuello. «Retrocede», le había pedido. «Quieto», le había ordenado después, en un idioma de sonidos que una boca humana no debería poder pronunciar; y milagrosamente el monstruo me había obedecido, desafiándome solo con la mirada. De algún modo, había domado a esa pesadilla, le había lanzado un

hechizo. Pero aquello que está dormido puede despertarse, y todos los hechizos pierden su fuerza, especialmente los lanzados por accidente, y bajo aquel espejismo de tranquilidad notaba que el hueco bullía por liberarse.

Addison me dio un empujoncito en la pantorrilla con el hocico.

—Llegarán más wights. ¿Nos dejará pasar esa bestia?

—Vuelve a hablar con él —dijo Emma, con voz temblorosa y vaga—. Dile que se vaya a freír espárragos.

Busqué las palabras adecuadas, pero no las encontraba.

—No sé cómo hacerlo.

—Pero si acabas de hablar con él —dijo Addison—. Parecías poseído por un demonio.

Hace un minuto, antes de saber que podía hacerlo, las palabras habían llegado sin más y solo había tenido que abrir la boca. Sin embargo, ahora que volvía a necesitarlas, se me escapaban de entre las manos como un pez resbaladizo. Cada vez que llegaba a tocar una, se alejaba de mi alcance.

«¡Márchate!», grité.

Pero la palabra salió en lenguaje humano. El hueco no se movió. Erguí la espalda, lo miré directamente a sus ojos negros como un tintero y volví a intentarlo.

«¡Lárgate de aquí! ¡Déjanos en paz!».

Lenguaje humano, otra vez. El hueco ladeó la cabeza como un perro curioso, pero por lo demás era una estatua.

—¿Se ha ido? —preguntó Addison.

Los otros no podían estar seguros; solo yo podía verlo.

—Sigue aquí —dije—. No sé qué problema hay.

Me sentía tonto y desanimado. ¿Tan rápido se había desvanecido mi don?

—No importa —añadió Emma—. De todos modos, es imposible razonar con los huecos.

Extendió una mano e intentó encender una llama, pero solo creó una chispa. El esfuerzo parecía haberla debilitado. La agarré con más fuerza por la cintura, para asegurarme de que no se cayera.

—No malgastes tus fuerzas, fósforo —dijo Addison—. Estoy seguro de que las necesitarás.

—Lucharé con las manos frías si es necesario —dijo Emma—. Lo único que importa es que encontremos a los demás antes de que sea demasiado tarde.

Los demás. Aún podía verlos, en mi retina seguía grabada la imagen de ellos al desvanecerse junto a las vías: el cuidado atuendo de Horace hecho un desastre; la fuerza de Bronwyn que no era rival para las pistolas de los wights; Enoch, desorientado por la explosión; Hugh, que consiguió desabrocharle los zapatos pesados a Olive en medio del caos para que pudiera irse flotando; Olive atrapada por el talón y

devuelta a la tierra antes de que pudiera elevarse fuera del alcance de los wights. Todos ellos, sollozando de miedo, obligados a meterse en el tren a punta de pistola, desaparecidos. Desaparecidos con la ymbryne por quien casi habíamos dado la vida, en un viaje a toda velocidad por las tripas de Londres hacia un destino peor que la muerte. «Ya es demasiado tarde», pensé. Era demasiado tarde desde el momento en que los soldados de Caul entraron en tromba en el escondite helado de Miss Wren.

Era demasiado tarde desde la noche en que confundimos al malvado hermano de Miss Peregrine con nuestro querido pájaro. Pero me juré a mí mismo que encontraríamos a nuestros amigos y a nuestra ymbryne, por muy alto que fuera el precio que tuviéramos que pagar y aunque solo pudiéramos recuperar sus cadáveres o acabáramos añadiendo nuestro cuerpo al montón.

En alguna parte de la negra oscuridad había una salida a la calle. Una puerta, una escalera, normal o mecánica, en la pared más lejana. Pero ¿cómo podíamos llegar hasta allí?

«¡Lárgate de aquí de una maldita vez!», grité al hueco, en un último intento.

Lenguaje humano, naturalmente. El hueco gruñó como una vaca pero no se movió. Todo fue en vano. Las palabras habían desaparecido.

—Plan B —añadí—. Esa cosa no me va a escuchar, así que tendremos que rodearla, esperemos que no se mueva.

—¿Rodearla por dónde? —quiso saber Emma.

Para evitarlo, tendríamos que atravesar montones de cristales, pero los vidrios rotos harían trizas las pantorrillas desnudas de Emma y las patas de Addison. Sopesé las alternativas: podía llevar al perro a cuestas, pero seguía sin saber qué hacer con Emma. Podía, también, buscar un trozo de cristal en forma de espada y apuñalar a esa cosa en los ojos, una técnica que me había servido en el pasado; ahora bien, si no conseguía matarlo con el primer golpe, sin duda se despertaría y nosotros acabaríamos muertos. La única otra forma de escapar era por un pequeño espacio libre de cristales entre el hueco y la pared. Pero era estrecho, de poco más de medio metro tal vez. Sería difícil pasar aunque pegáramos la espalda a la pared. Me preocupaba que, si nos acercábamos tanto al hueco o, aún peor, si lo tocábamos por accidente, se rompiera el frágil trance que lo mantenía a raya. Sin embargo, a menos que pudieran crecernos alas para volar sobre su cabeza, esa parecía nuestra única opción.

—¿Puedes caminar un poco? —pregunté a Emma—. ¿O al menos cojear?

Juntó las rodillas y se soltó de mi cintura, para comprobar si podía sostener su peso.

—Puedo cojear.

—Bien, pues esto es lo que vamos a hacer: pasaremos a su lado, de espaldas a la pared, por ese espacio de ahí. Es estrecho, pero si tenemos cuidado...

Addison vio a qué me refería y se encogió en la cabina telefónica.

—¿Crees que deberíamos acercarnos tanto?

—Probablemente, no.

—¿Y si se despierta mientras estamos...?

—No lo hará —dije, con confianza fingida—. Pero no hagan ningún movimiento brusco... y, sobre todo, no lo toquen.

—Ahora tú eres nuestros ojos —dijo Addison—. Que los pájaros nos protejan.

Elegí un largo trozo roto de cristal del suelo y me lo guardé en el bolsillo. Nos acercamos a la pared, apretamos la espalda contra los azulejos y empezamos a movernos pasito a pasito hacia el hueco. Sus ojos siguieron nuestros movimientos. Al cabo de unos pocos pasos cautelosos, nos envolvió un tufo a hueco tan repugnante que se me saltaron las lágrimas. Addison tosió y Emma se tapó la nariz con la mano.

—Solo un poco más —dije, en voz suave y aparentando tranquilidad.

Saqué el cristal de mi bolsillo y lo agarré con la punta afilada hacia fuera, después dimos otro paso, y otro más. Ahora estábamos tan cerca que podría haber tocado al hueco con tan solo estirar el brazo. Oí los latidos de su corazón dentro de sus costillas, y con cada paso que dábamos se le aceleraba el ritmo un poco más. Estaba luchando contra mí, peleando con cada célula de su ser para apartar mis torpes manos de sus controles.

«No te muevas —dije, articulando las palabras en mi lengua—. Eres mío. Yo te controlo. No te muevas».

Metí la panza, me puse derecho y alineé cada una de mis vértebras contra la pared, después me desplazé de lado por el estrecho espacio entre el muro y el hueco.

«No te muevas, no te muevas».

Deslizarme, arrastrar los pies, deslizarme. Contuve la respiración, mientras que la del hueco se aceleraba; húmedo y ruidoso, un aliento negro infame salía de sus fosas nasales. Sus ansias de devorarnos debían de ser insoportables, igual que las mías de huir, pero las ignoré; de lo contrario, habría actuado como una presa, no como un amo.

«No te muevas. No te muevas».

Unos cuantos pasos más, unos cuantos pasos más y lo habríamos dejado atrás. Su hombro estaba a escasos centímetros de mi pecho.

«No...».

Y entonces lo hizo. Con un movimiento veloz el hueco giró la cabeza y después su cuerpo para mirarme de frente.

Me quedé inmóvil.

—No se muevan —dije ahora en voz alta a los demás.

Addison enterró la cara entre sus patas y Emma se quedó helada, y se aferró a mi brazo con todas sus fuerzas. Me armé de valor para lo que estaba a punto de ocurrir: sus lenguas, sus dientes, el fin.

«Retrocede, Retrocede, Retrocede».

Humano, humano, humano.

Pasaron unos segundos durante los cuales, para mi sorpresa, no fuimos asesinados. No obstante, a juzgar por cómo su pecho subía y bajaba, la criatura parecía haberse vuelto a quedar de piedra.

A modo de experimento, me deslicé por la pared. El hueco me siguió girando levemente la cabeza: con la mirada clavada en mí como la aguja de un compás; su cuerpo estaba en perfecta sincronía con el mío, pero no fue más allá, no abrió sus fauces. Si el hechizo que había lanzado se hubiera roto, ya estaríamos muertos.

El hueco solo me miraba a mí. Esperaba instrucciones que yo no sabía dar.

—Falsa alarma —dije, y a Emma se le escapó un sonoro suspiro.

Conseguimos salir de aquel angosto espacio, nos separamos de la pared y salimos corriendo tan deprisa como nos permitía la cojera de Emma. Cuando pudimos poner cierta distancia entre nosotros y el hueco, miré hacia atrás. El monstruo se había dado la vuelta para mirarme.

«Quieto —murmuré en humano—, bien».

Pasamos a través de una cortina de humo y vimos las escaleras mecánicas, detenidas porque la electricidad estaba cortada. Hasta ellas llegaba el resplandor de la luz del día, una seductora promesa del mundo de la superficie. El mundo de los vivos, el mundo del presente. Un mundo en el que tenía padres. Estaban allí, ambos, en Londres, respirando el mismo aire que yo. A un paseo de distancia.

«Hola, ¿qué tal?».

Impensable. Y lo que era más increíble todavía: no hacía ni cinco minutos que le había contado todo a mi padre.

La versión abreviada, al menos: «Soy como el abuelo Portman. Soy peculiar». Aunque no lo entendieran, ahora, al menos, lo sabían. Así mi ausencia ya no parecería tanto una traición. Todavía podía oír la voz de mi padre, que me suplicaba que volviera a casa. Mientras caminábamos sin fuerzas hacia la luz, tuve que luchar contra un repentino y vergonzoso deseo de soltar el brazo de Emma y correr al exterior: escapar de aquella oscuridad asfixiante, reunirme con mis padres, pedirles perdón y, por fin, meterme en la cama del hotel elegante y dormirme.

Pero eso era absolutamente impensable. Nunca podría hacerlo: quería a Emma, se lo había dicho, y por nada del mundo la dejaría atrás. Y no precisamente porque fuera noble, valiente o caballeroso.

No soy ninguna de esas cosas. Temía que dejarla atrás me partiera por la mitad.

Y los demás, los demás... Nuestros pobres y desdichados amigos. Teníamos que ir

a buscarlos, pero ¿cómo?

Ningún tren había entrado en la estación desde que se había marchado el que se los había llevado, y después de la explosión y de los disparos que habían sacudido el lugar, estaba seguro de que no vendría ningún otro. Eso nos dejaba con dos opciones, ambas terribles: seguirlos a pie por los túneles, con la esperanza de no encontrarnos con ningún otro hueco, o subir por las escaleras y hacer frente a lo que fuera que nos encontráramos allí, probablemente una brigada de limpieza, y después reagruparnos para reevaluar la situación.

Yo sabía qué opción prefería. Estaba harto de la oscuridad, y aún más de los huecos.

—Subamos —dije, animando a Emma a ir hacia las escaleras mecánicas—. Encontraremos un lugar seguro donde planear nuestro siguiente movimiento, mientras recuperamos fuerzas.

—¡Ni hablar! —dijo ella—. No podemos abandonar a los demás. Da igual cómo esté yo.

—No vamos a abandonarlos. Pero debemos ser realistas. Estamos heridos e indefensos, y probablemente los demás estarán ya a varios kilómetros de distancia, fuera del metro y a medio camino de alguna otra parte. ¿Cómo se supone que vamos a encontrarlos?

—Igual que te encontré a ti —dijo Addison—. Con mi nariz. Las personas peculiares desprenden un aroma propio, ya verás, un olor que solo los perros como yo podemos identificar. Y da la casualidad de que ustedes son un grupo de peculiares con un olor particularmente poderoso. El miedo lo aumenta, creo, y pasar varios días sin bañarse...

—¡Pues vayamos tras ellos! —propuso Emma.

Me jaló hacia las vías con una sorprendente explosión de fuerza. Aun así, me resistí al estira y afloja de nuestros brazos entrelazados.

—No, no. Es imposible que los trenes sigan circulando, y si intentamos ir allí a pie...

—No me importa que sea peligroso. No pienso abandonarlos.

—No es solo peligroso, es que no tiene sentido. Se han ido, Emma.

Se soltó de mi brazo y empezó a cojear hacia las vías, pero tropezó y tuvo que hacer un esfuerzo por no caerse.

«Di algo», articulé con los labios a Addison, que la rodeó para detenerla.

—Me temo que el chico tiene razón. Si seguimos a pie, el olor del rastro de nuestros amigos habrá desaparecido mucho antes de que podamos encontrarlos. Incluso mis finas habilidades tienen sus límites.

Emma miró el túnel y luego a mí; la expresión de su cara revelaba una lucha interior. Le tendí la mano.

—Por favor, ven conmigo. Eso no significa que vayamos a rendirnos.

—De acuerdo —acabó aceptando ella—. Está bien.

Pero justo cuando nos encaminábamos hacia las escaleras mecánicas, alguien gritó desde la oscuridad, desde las vías:

—¡Estoy aquí!

La voz era débil, pero familiar y con acento ruso. Era el contorsionista. Tras escudriñar la oscuridad, solo conseguí discernir su silueta desplomada junto a los rieles y un brazo levantado. Le habían disparado durante la trifulca, y yo había dado por supuesto que los wights lo habían metido en el tren con los demás. Y, sin embargo, allí estaba, saludándonos.

—¡Sergei! —exclamó Emma.

—¿Lo conoces? —dijo Addison, suspicaz.

—Era uno de los refugiados peculiares de Miss Wren —respondí yo, mientras llegaba a mis oídos el sonido de sirenas lejanas desde la superficie. Se avecinaban problemas... Tal vez problemas disfrazados de ayuda, y me preocupó que nuestra mejor oportunidad de una huida rápida se estuviera esfumando. Pero claro, no podíamos dejarlo sin más.

Addison se escabulló hacia el hombre, esquivando las zonas donde había más cristales. Emma me permitió volver a tomarla del brazo y corrimos tras el perro. Sergei estaba tumbado de costado, cubierto de cristales y de sangre. La bala lo había alcanzado en algún órgano vital. Sus lentes de alambre estaban rotos, y él intentaba ajustárselos para poder verme bien.

—Es un milagro, un milagro —dijo con un hilo de voz—. Te oí hablar en lengua de monstruo. Es un milagro.

—No lo es —le dije, arrodillándome a su lado—. Desapareció. La perdí.

—Si un don está en tu interior, lo está para siempre.

Unas pisadas y unas voces resonaron desde el pasillo de las escaleras. Aparté los cristales para poder tomar al contorsionista.

—Tú te vienes con nosotros —dije.

—Déjame —gimió—. No me queda mucho tiempo...

Lo ignoré, deslicé las manos debajo de su cuerpo y lo levanté. Era muy largo, pero ligero como una pluma, así que podía sostenerlo en brazos como a un bebé grande, con sus piernecitas delgadas colgando sobre mi codo y la cabeza apoyada en mi hombro.

Dos figuras bajaron corriendo los últimos peldaños de las escaleras y se detuvieron al llegar, recortadas por la pálida luz del día, escudriñando la nueva oscuridad. Emma señaló al suelo y nos arrodillamos en silencio, con la esperanza de que no nos vieran, de que fueran solo civiles que quisieran tomar un tren, pero entonces oí el crujido de un walkie-talkie y ambos encendieron una linterna, cuyos haces de luz resplandecieron

sobre sus brillantes chamarras reflejantes.

Podían ser miembros de los servicios de emergencia, o wights disfrazados como tales. No estaba seguro hasta que, a la vez, se quitaron los grandes lentes de sol.

Por supuesto, no podía ser de otro modo.

De repente, nuestras opciones se habían reducido a la mitad. Nuestra única escapatoria eran las vías, los túneles. Pero, heridos como estábamos, no podíamos ser más rápidos que ellos, solo seríamos capaces de escapar si no nos veían, y no lo habían hecho todavía, en medio del caos de la estación en ruinas. Las luces de sus linternas se cruzaron en el suelo. Emma y yo retrocedimos hacia las ruinas. Si podíamos escabullirnos por los túneles sin llamar la atención..., pero Addison, el muy terco, no se movía.

—Vamos —susurré.

—Son conductores de ambulancia y este hombre necesita ayuda —dijo en voz lo suficientemente alta como para que los hombres levantaran las linternas y las dirigieran hacia donde estábamos nosotros.

—¡Quédense donde están! —exclamó uno de los hombres, desenfundando una pistola, mientras el otro echaba mano a su walkie-talkie.

Dos cosas sucedieron rápidamente. En primer lugar, cuando estaba a punto de dejar caer al contorsionista en las vías y saltar tras él con Emma, se oyó el ruido de una bocina que provenía del túnel, y un solo foco delantero nos deslumbró. La ráfaga de aire rancio pertenecía a un tren, que seguía en marcha, no sabía cómo, a pesar de la explosión. En segundo lugar, un doloroso retortijón en las tripas me anunció que el hueco se había liberado y avanzaba hacia nosotros. En cuanto lo sentí, también lo vi, atravesando una cortina de humo, con la boca negra abierta y las lenguas azotando el aire.

Estábamos atrapados. Si corríamos hacia las escaleras, nos dispararían y nos aniquilarían, pero si saltábamos a las vías, moriríamos aplastados por el tren. Y tampoco podíamos escapar a bordo de este porque tardaría al menos diez segundos en parar, doce en cerrar las puertas y diez más en volver a cerrarlas, y para entonces habrían tenido tiempo de matarnos en tres ocasiones. Entonces, hice lo que suelo hacer cuando me quedo sin ideas: miré a Emma. La expresión abatida de su rostro denotaba que comprendía lo desesperado de nuestra situación, y el gesto rígido de su mandíbula indicaba que pensaba actuar de todos modos. Solo cuando ella avanzó tambaleándose, con las palmas extendidas, recordé que no podía ver al hueco, e intenté decírselo, tomarla, detenerla, pero no me salieron las palabras y no podía agarrarla sin soltar al contorsionista; de inmediato, Addison se puso a su lado, ladrando al wight mientras Emma intentaba sin éxito crear una llama: chispas, chispas y nada más, como un encendedor sin gas.

El wight se echó a reír, amartilló su pistola y apuntó a Emma. El espíritu hueco

corrió hacia mí, aullando como contrapunto del rechinado de los trenes detrás de mí. Entonces supe que el fin había llegado y que no podía hacer nada para detenerlo. En ese momento, algo en mi interior se relajó y, al hacerlo, el dolor que sentía siempre que un hueco estaba cerca casi se desvaneció. Era como un quejido muy agudo, y conforme se callaba, descubrí oculto otro sonido, un susurró en el límite de la conciencia.

Una palabra.

Me zambullí en mi interior para encontrarla. La agarré con ambos brazos. Tomé impulso y la grité con la misma fuerza que un lanzador de béisbol. «A él», le dije en una lengua que no era la mía. Solo dos sílabas con una enorme carga de significado. En cuanto salieron de mi garganta, el resultado fue instantáneo. El hueco dejó de correr hacia mí —se detuvo en seco, patinando sobre sus pies—, después se volvió bruscamente hacia un lado y soltó una lengua que voló sobre el andén y dio tres vueltas alrededor de la pierna del wight. Tras perder el equilibrio, lanzó un disparo que rebotó en el techo; a continuación, el hueco lo puso boca abajo y lo lanzó al aire, mientras el wight se desgañitaba.

Mis amigos tardaron un momento en darse cuenta de lo que ocurría. Mientras miraban boquiabiertos y el otro wight gritaba por su walkie-talkie, oí que las puertas del tren se abrían detrás de mí.

Era nuestra oportunidad.

—¡Vamos! —grité, y mis amigos me obedecieron.

Emma corrió a tropezones, con Addison pegado a sus pies, mientras yo intentaba meter al larguirucho contorsionista por las puertas estrechas. Una vez que todos conseguimos cruzar el umbral, caímos juntos sobre el suelo del vagón del tren.

Sonaron más detonaciones, y el wight disparó al hueco a ciegas.

Las puertas se cerraron a medias y volvieron a abrirse.

—Despejen las puertas, por favor —dijo la alegre voz de una grabación.

—¡Sus pies! —dijo Emma, señalando las largas piernas del contorsionista, cuyos dedos del pie entorpecían el cierre de las puertas. Como pude, aparté las extremidades del hombre, y en los segundos interminables antes de que las puertas volvieran a cerrarse, el wight, preso del espíritu hueco, disparó algunas veces más hasta que este se cansó de él y lo lanzó contra la pared; cayó al suelo y se quedó hecho un guiñapo inmóvil.

El otro wight se dirigió corriendo a la salida. «A él también», intenté decirle, pero era demasiado tarde.

Las puertas se cerraban y el tren empezó a moverse con una brusca sacudida.

Miré a mi alrededor y di las gracias porque el vagón en el que habíamos caído estuviera vacío. ¿Qué habría pensado la gente normal de nosotros?

—¿Estás bien? —pregunté a Emma. Estaba sentada, jadeando, y me miraba con

intensidad.

—Gracias a tu ayuda —me dijo—. ¿De verdad has conseguido que el hueco hiciera todo eso?

—Creo que sí —respondí, sin dar crédito yo mismo.

—Alucinante —apostilló en voz baja. No estaba seguro de si estaba asustada, impresionada o ambas cosas.

—Te debemos la vida —dijo Addison, acariciándome el brazo dulcemente con la cabeza—. Eres un chico muy especial.

El contorsionista se rio; cuando me volví para mirarlo, vi que sonreía con expresión de dolor.

—¿Ves? Te lo dije. Es un milagro.

Después su gesto se volvió serio. Me tomó de la mano y me puso un papel pequeño en ella. Era una fotografía.

—Mi mujer, mi hijo —dijo él—. Nuestro enemigo me los arrebató hace mucho. Si encuentras a los demás, tal vez...

Eché un vistazo a la foto y me quedé sorprendido. Era una imagen pequeña de una mujer con un bebé en brazos. Resultaba evidente que Sergei la llevaba con él desde hacía mucho tiempo. Aunque se veía bien a las personas retratadas, la fotografía estaba bastante hecha polvo, parecía que hubiera escapado por los pelos al fuego y que el calor hubiera retorcido y fragmentado las caras. Sergei nunca había mencionado que tuviera una familia; desde que lo conocía, solo había hablado de crear un ejército de peculiares, yendo de bucle en bucle para reclutar supervivientes físicamente capaces, de redadas y de purgas. Nunca nos había contado para qué quería ese ejército. Ahora lo sabía: para recuperarlos.

—También los encontraremos —le prometí.

Ambos sabíamos que eso sería difícil, pero era lo que necesitaba oír.

—Gracias —dijo, antes de relajarse en medio de un charco de sangre que no dejaba de aumentar.

—No le queda mucho tiempo —añadió Addison, que se acercó a lamer la cara de Sergei.

—Puede que tenga calor suficiente para cauterizar la herida —dijo Emma.



Mientras corría hacia él, empezó a frotarse las manos. Addison olisqueó la camisa del contorsionista, a la altura del abdomen.

—Aquí. La herida está aquí.

Emma colocó las manos a ambos lados de la lesión y, cuando la carne chisporroteó, me levanté mareado.

Miré por la ventana. El tren aún no había salido de la estación, ralentizado quizá por los desechos caídos en las vías. Las luces de emergencia iluminaban detalles al azar en la oscuridad. El cuerpo de un wight muerto medio cubierto de cristal. La cabina telefónica, escenario de mi descubrimiento, hecha trizas. El hueco —reparé en su presencia con un escalofrío— trotaba en el andén junto a nosotros, unos vagones por detrás, tranquilo como un deportista.

«Detente. Aléjate», solté mirando a la ventana, en humano. No tenía la cabeza clara, el dolor y los quejidos volvían a interponerse.

Tomamos velocidad y entramos en el túnel. Apreté la cara contra el cristal, pero eché un vistazo hacia atrás. Estaba muy muy oscuro... y entonces, en una explosión de luz como el flash de una cámara, vi al hueco como una imagen momentáneamente fija: volando, con los pies elevados sobre el andén, las lenguas enlazadas a la barandilla del último vagón.

Milagro. Maldición. Aún no sabía distinguirlos.

Agarré a Sergei por las piernas, y Emma, por los brazos, y con delicadeza lo colocamos sobre un banco, donde, bajo un anuncio de pizza congelada, yacía desmayado y balanceándose con el movimiento del tren. Si iba a morir, nos parecía mal que tuviera que hacerlo en el suelo.

Emma le levantó la fina camisa.

—Ha dejado de sangrar —anunció—, pero morirá si no lo llevamos enseguida a un hospital.

—Tal vez muera de todos modos —dijo Addison—. Especialmente en un hospital del presente. Imagínense: puede que se despierte dentro de tres días, con la herida curada, pero el resto de su cuerpo hecho un desastre, al caerle encima doscientos años de golpe, y vete tú a saber en qué estado.

—Es cierto. Puede ocurrir —replicó Emma—. Pero insisto, me sorprendería que alguno de nosotros siguiera vivo dentro de tres días, en cualquier condición. No estoy segura de qué más podemos hacer por él.

Ya les había oído mencionar esa fecha límite antes: dos o tres días era el período de tiempo máximo que un peculiar que había vivido en un bucle podía permanecer en el presente sin envejecer a toda velocidad. Era el tiempo suficiente para que visitaran el presente sin quedarse; tiempo suficiente para viajar entre bucles y no sentir la tentación de holgazanear. Solo los temerarios y las ymbrynes hacían excursiones al presente de más de unas cuantas horas; las consecuencias de retrasarse eran

demasiado graves.

Emma se levantó, parecía mareada bajo la luz pálida amarillenta; entonces, se tambaleó y se agarró a uno de los soportes del tren. La tomé de la mano e hice que volviera a sentarse a mi lado, y se derrumbó en el banco, exhausta.

Ambos lo estábamos. Llevaba días sin dormir bien y sin tomar una comida decente, sin contar las pocas oportunidades que habíamos tenido para atiborrarnos como cerdos. Ya no sabía cuánto tiempo llevaba corriendo, aterrado y con los malditos zapatos que me hacían ampollas, pero había algo peor: cada vez que hablaba lengua de los huecos, parecía que me arrancaran algo en mi interior que no sabía cómo recuperar. Sentía un tipo de cansancio que nunca había experimentado, un agotamiento subterráneo. Había descubierto una mina nueva en mí, una fuente de poder que debía explotar, pero era limitada y finita, y me pregunté si usarla podía estar desgastándome.

Pero no había tiempo para preocuparse de eso ahora. Por el momento, intenté saborear aquel extraño momento de paz, rodeé a Emma con mi brazo, y ella apoyó la cabeza en mi hombro, con un suspiro. Egoístamente, quizá, no mencioné al hueco que perseguía nuestro tren. ¿En qué habría cambiado la situación? Si nos atrapaba no podríamos hacer nada, estaríamos a su merced. La siguiente vez que nos encontrara, y estaba seguro de que volveríamos a vernos, o hallaba las palabras para detener sus lenguas o no habría nada que hacer.

Ví a Addison saltar al asiento de delante de nosotros, recorrió el cerrojo de una ventana con su pata y la abrió un poco. El sonido rabioso del tren y una ráfaga de aire templado se colaron en el vagón. El perro se sentó para leer el viento con la nariz, con los ojos brillantes y el hocico arrugado. A mí el aire me olía a sudor rancio y a putrefacción, pero él parecía captar algo más sutil, algo que requería una cuidadosa interpretación.

—¿Los hueles? —pregunté.

El perro me oyó, pero tardó un buen rato en responder, pues miraba al techo como si intentara afinar una idea.

—Sí, los huelo —dijo—. Su rastro es agradable y crujiente, además.

Incluso a tanta velocidad y pese a que habían pasado unos minutos, podía captar el rastro de peculiares que habían estado encerrados en el vagón de un tren previo. Estaba impresionado, y se lo dije.

—Gracias, pero no puedo llevarme todo el mérito —dijo él—. Alguien ha debido de abrir una ventana en su vagón, si no el rastro sería mucho más tenue. Miss Wren debía de saber que intentaría seguirlos.

—¿Sabía que estarías aquí? —pregunté.

—¿Cómo nos encontraste? —quiso saber Emma.

—Un momento —nos cortó Addison abruptamente.

El tren entraba lentamente en una estación; por las ventanas ya no se veía la negrura del túnel, sino los azulejos blancos. El perro sacó el hocico al exterior y cerró los ojos para concentrarse.

—No creo que hayan bajado aquí, pero prepárense por si acaso.

Emma y yo nos levantamos e hicimos todo lo que pudimos para ocultar al contorsionista. Vi con cierto alivio que no había mucha gente esperando en el andén. De hecho, resultaba curioso que hubiera alguien, e incluso que los trenes siguieran funcionando como si nada hubiera pasado. Supuse que los wights se habían asegurado de ello, con la esperanza de que nosotros mordiéramos el anzuelo, nos subiéramos a un vagón y fuera más sencillo rodearnos. Sin duda, no debía de resultar difícil localizarnos entre los viajeros de un día laborable en el Londres actual.

—Procuren parecer normales —dije—. Como si pertenecieran a este tiempo.

A Emma, mis palabras parecieron hacerle gracia, pues ahogó una risa. Supongo que era divertido, puesto que no pertenecíamos a ningún momento en particular, y menos a aquel.

El tren se detuvo y las puertas se abrieron. Addison olisqueó el aire con fuerza mientras una mujer de aspecto aburrido y abrigo verde chicharo entró en nuestro vagón. Cuando nos vio, no pudo contener una expresión de incredulidad; sin pensarlo dos veces, se dio la vuelta y volvió a salir. «No. No, gracias». No podía culparla. Estábamos sucios, íbamos vestidos con ropa vieja y extraña que, encima, tenía manchas de sangre. La opción más probable es que pareciera que acabábamos de matar al pobre hombre que estaba a nuestro lado.

—Que parezcamos normales —repitió Emma, con una risa burlona.

Addison apartó la nariz de la ventana.

—Vamos por buen camino —anunció él—. Miss Wren y los demás seguro que han pasado por aquí.

—¿Y no se bajaron? —quise saber.

—Creo que no. Pero si no los huelo en la siguiente estación, sabremos que nos hemos pasado.

Las puertas volvieron a cerrarse, y nos pusimos de nuevo en marcha con un rechinado eléctrico. Iba a sugerir que buscáramos ropa para cambiarnos cuando Emma dio un brinco a mi lado, como si acabara de acordarse de algo.

—Addison, ¿qué ha pasado con Fiona y Claire? —le preguntó.

Con la sola mención de sus nombres, una nueva ola de preocupación insoportable me golpeó. Las habíamos visto por última vez en la casa de fieras de Miss Wren, donde la chica mayor se había quedado detrás con Claire, que estaba demasiado enferma para viajar. Caul nos había dicho que había hecho una redada allí y había capturado a las chicas, pero también nos había asegurado que Addison estaba muerto, de modo que, claramente, su información no era fiable.

—Ah —dijo Addison, asintiendo con gravedad—. Me temo que solo puedo darles malas noticias. Una parte de mí, debo admitir, esperaba que no llegaran a preguntar.

Emma se quedó pálida.

—Cuéntenos qué ha ocurrido.

—Por supuesto —dijo él—. Poco después de que su grupo se marchara, una banda de wights nos asaltó. Les lanzamos huevos de gallinas Armagedón y conseguimos dispersarlos y que se escondieran. La chica mayor, la que llevaba el pelo despeinado...

—Fiona —dije, con el corazón en un puño.

—Nos dejó escondernos en su recinto con plantas (en los árboles, y bajo algunos matorrales). Estábamos tan bien camuflados que los wights habrían tardado días en encontrarnos a todos, pero nos gasearon para hacernos salir.

—¡Gas! —gritó Emma—. ¡Esos cabrones juraron que jamás volverían a usarlo!

—Pues, al parecer, mintieron —dijo Addison.

En uno de los álbumes de Miss Peregrine había visto una foto de un ataque así: wights con máscaras espectrales con tanques de oxígeno, paseándose tranquilamente mientras lanzaban nubes de veneno al aire. Aunque el material que usaban no era mortal, te quemaba los pulmones y la garganta, causaba terribles daños y se rumoreaba que atrapaba a las ymbrynes en su forma de pájaro.

—Cuando nos rodearon —continuó Addison—, nos interrogaron sobre el paradero de Miss Wren. Pusieron su torre patas arriba, buscaban mapas, diarios y no sé qué más; cuando la pobre Deirdre intentó detenerlos, le dispararon.

Vi una imagen de la cara alargada de la emú-rafa, desgarrada, dulce y con los dientes separados; se me encogió el estómago. ¿Qué tipo de persona podría matar a una criatura semejante?

—Dios, es horrible —dije.

—Terrible, sí —coincidió Emma someramente—. ¿Y las chicas?

—A la pequeña la capturaron los wights —explicó Addison—. Y a la otra..., bueno, hubo un alboroto con algunos de los soldados, estaban cerca del borde del precipicio, y ella cayó.

Lo miré incrédulo.

—¿Qué?

Por un momento, lo vi todo borroso, después, volvió la claridad. Emma se puso tensa, pero la expresión de su cara no reveló nada.



—¿A qué te refieres con caer? ¿Caer cuánto?

—Fue una caída en vertical. Cientos de metros, al menos. —Le goteaban las mandíbulas carnosas—. Lo siento mucho.

Me desplomé sin fuerzas. Emma seguía de pie, sujetándose a la barra con mucha fuerza.

—No —dijo ella con firmeza—. No, eso no es posible, de ninguna manera. Tal vez pudiera agarrarse a algo mientras caía. A una rama o a un saliente...

Addison estudió el suelo lleno de chicles pegados.

—Es posible.

—¡O quizá los árboles que había bajo ella amortiguaron su caída y la recogieron como una red! Tiene el poder de hablar con ellos, lo sabes, ¿no?

—Sí —dijo él—. No hay que perder la esperanza.

Intenté imaginarme cómo debía de ser caer desde tan alto sobre un arbusto lleno de espinas. No parecía posible. Vi que la pequeña esperanza que Emma albergaba había desaparecido. De inmediato, empezaron a temblarle las piernas, soltó la barra y se desplomó en el asiento contiguo al mío.

Miró a Addison con los ojos vidriosos.

—Siento mucho lo de tu amigo.

Él asintió.

—Lo mismo digo.

—Nada de esto habría pasado si Miss Peregrine estuviera aquí —susurró ella.

Y, entonces, lentamente, agachó la cabeza y se echó a llorar.

Quería rodearla con mis brazos, pero por alguna razón sentía que me estaría entrometiendo en un momento privado, imponiendo mi presencia cuando ella parecía necesitar estar a solas, así que preferí sentarme, bajar la mirada, y la dejé llorar a su amiga. Addison se alejó, por respeto, creo, y porque el tren entraba en otra estación.

Las puertas se abrieron. Addison asomó la cabeza por la ventanilla, olisqueó el aire del andén, gruñó a alguien que intentaba entrar en nuestro vagón y después volvió adentro. Para cuando las puertas volvieron a cerrarse, Emma había levantado la cabeza y se había enjugado las lágrimas.

Le apreté la mano.

—¿Estás bien? —pregunté, ansiando que se me ocurriera algo más o mejor que decir.

—No me queda más remedio, ¿no? —dijo ella—. Por los que siguen vivos.

Hay a quien la forma en que separaba su dolor y lo dejaba de lado le habría parecido insensible, pero yo la conocía lo suficiente para comprenderla. Tal vez no quisiera a muchas personas, pero a los que se contaban entre sus seres queridos los amaba con cada centímetro de su cuerpo, pero también sabía que, si se permitía dar rienda suelta a sus emociones, estaría perdida. Así que tenía que controlar sus

sentimientos, sofocarlos, silenciarlos; no tenía más remedio que enviar flotando su dolor más hiriente a una isla, que se estaba llenando rápidamente, y adonde se iría a vivir algún día.

—Vamos, dime —dijo a Addison—. ¿Qué le ha pasado a Claire?

—Los wights se marcharon con ella. Le amordazaron ambas bocas y la metieron en un saco.

—Pero ¿estaba viva? —pregunté.

—Y coleando, al menos ayer al mediodía. Después, enterramos a Deirdre en nuestro pequeño cementerio, y yo me marché a Londres para encontrar a Miss Wren y avisarles a todos. Una de las palomas de Miss Wren me condujo hasta su escondite, y, aunque me gustó ver que habían llegado antes que yo, por desgracia, también se me habían adelantado los wights. Su sitio ya había empezado, y solo pude observar impotente cómo entraban en el edificio, y..., bueno, ya saben lo que pasó después. Los seguí cuando los llevaron al metro. Cuando se produjo la explosión, vi la oportunidad de ayudarlos y la aproveché.

—Y te doy las gracias —dije, al darme cuenta de que todavía no le habíamos reconocido lo mucho que le debíamos.

—Si no nos hubieras obligado a marcharnos cuando lo hiciste...

—Sí, bueno... No es necesario perderse en hipótesis desagradables —zanjó él—. Pero, a cambio de mi gallardía, esperaba que me ayudaran a rescatar a Miss Wren de los wights. Por increíble que parezca, lo es todo para mí.

Así que, en realidad, quería salvar a Miss Wren de los wights, no a nosotros, pero éramos la apuesta más segura, estábamos más lejos del tren, así que tomó una decisión repentina y sacó el mejor partido a la situación.

—Por supuesto que te ayudaremos —le dije—. ¿No es lo que estamos haciendo ahora mismo?

—Sí, sí —respondió—. Pero tienen que ser conscientes de que, como ymbryne, Miss Wren es más valiosa para los wights que los niños peculiares, de modo que será más difícil liberarla. Me preocupa que, si tuviéramos la suerte suficiente para poder rescatar a sus amigos...

—Oye, espera un momento —lo interrumpí—. Quién dice que será más difícil...

—Sí, lo será—apostilló Emma—. La tendrán custodiada bajo siete llaves, no hay duda. Pero no podemos dejarla atrás. No abandonaremos a nadie nunca más. Tienes nuestra palabra de honor de peculiares.

El perro pareció satisfecho con la promesa.

—Gracias —respondió, y entonces agachó las orejas. Saltó sobre un asiento para mirar por la ventana mientras nos deteníamos en la siguiente estación.

—Escóndanse —dijo, agachándose—. Hay enemigos cerca.

Los wights nos estaban esperando. Vi a dos de ellos en el andén, vestidos como oficiales de policía entre un montón de usuarios del metro. Cuando nuestro tren se detuvo en la estación, revisaron los vagones. Nos agachamos por debajo de las ventanas, con la esperanza de que no nos vieran, pero sabía que era muy difícil, pues el que llevaba el walkie-talkie les había avisado por radio; debían de saber que íbamos en ese tren. Lo único que tenían que hacer era registrarlo.

Por fin el tren se detuvo y la gente empezó a subir a bordo, aunque no a nuestro vagón. Me arriesgué a echar un vistazo por las puertas abiertas y vi a uno de los wights en el andén, caminando rápidamente hacia nosotros, mientras registraba cuidadosamente cada compartimento.

—Uno viene hacia aquí —murmuré—. ¿Qué tal tu fuego, Em?

—En las últimas —replicó ella.

Cada vez estaba más cerca. A solo cuatro vagones. Tres.

—Pues prepárense para correr.

A solo dos vagones, ahora. Entonces se oyó una grabación en la que una voz tranquila decía: «Cuidado con las puertas, por favor».

—¡No dejen que ese tren se vaya! —gritó el wight. Pero las puertas ya se estaban cerrando.

Consiguió introducir un brazo. Las puertas volvieron a abrirse. Se subió al vagón que había junto al nuestro.

Miré a la puerta que conectaba los dos compartimentos. Estaba cerrada con una cadena: gracias a Dios. Las puertas se cerraron, y el tren se puso de nuevo en movimiento. Bajamos al contorsionista al suelo y lo dejamos en un sitio que no se veía desde el vagón del wight.

—¿Qué podemos hacer? —dijo Emma—. Cuando el tren vuelva a detenerse, vendrá directamente aquí y nos encontrará.

—¿Estamos absolutamente seguros de que es un wight? —preguntó Addison.

—¿Acaso crecen los gatos en los árboles? —replicó Emma.

—No en esta parte del mundo.

—Entonces, por supuesto que no estamos seguros. Pero cuando hablamos de wights, hay un viejo dicho: mejor prevenir que curar.

—Muy bien —dije—. En cuanto esas puertas se abran, correremos hacia la salida. Addison suspiró.

—Otra vez huir... —dijo desdeñoso, como si fuera un *gourmet* al que le hubieran ofrecido una triste lámina de queso para sándwiches—. Qué poco original. ¿Por qué no probamos a escabullirnos? ¿A confundirnos con los demás? Eso requiere destreza. Y después podríamos marcharnos tranquilamente, con elegancia y sin que nadie se fije en nosotros.

—Odio huir tanto como cualquiera —dije—, pero Emma y yo parecemos dos

asesinos carniceros y tú eres un perro que lleva lentes. Es imposible que no llamemos la atención.

—Hasta que fabriquen lentes de contacto caninos, no tengo más remedio que llevar los lentes —gruñó Addison.

—¿Dónde está el espíritu hueco cuando lo necesitas? —añadió Emma, demasiado a la ligera.

—Con un poco de suerte lo habrá arrollado un tren —dije—. ¿Y a qué te refieres con eso?

—Nada, simplemente a que antes nos ha venido bien.

—Sí, ya, pero antes casi nos mata, ¡y dos veces! No, ¡tres! No sé cómo he conseguido controlarlo, pero ha sido prácticamente por accidente, ¿y si no puedo volver a hacerlo? Estamos muertos.

Emma no respondió de inmediato, sino que me analizó durante un momento y, después, me tomó la mano, cubierta de mugre, y me la besó con delicadeza, una vez y otra más.

—¿Y eso a qué ha venido? —pregunté sorprendido

—No tienes ni idea, ¿verdad?

—¿De qué?

—De lo increíblemente milagroso que eres.

Addison gruñó.

—Tienes un talento increíble —susurró Emma—. Estoy segura de que solo necesitas un poco de práctica.

—Quizá. Pero mientras practicas algo, es inevitable fallar y, en este caso, fallar implica que muera gente.

Emma me apretó la mano.

—Bueno, nada como un poco de presión para ayudarte a dominar una nueva destreza.

Intenté sonreír, pero no lo conseguí. Sentía un dolor en el corazón demasiado fuerte con solo pensar en el daño que podía causar. Esa nueva habilidad que tenía me parecía un arma cargada que no sabía cómo usar. ¡Si ni siquiera sabía cómo apuntar para no herirme a mí mismo! ¿No era mejor no usarla que arriesgarme a que me explotara en la cara?

Oímos un ruido en la otra punta del vagón y, cuando miramos hacia arriba, vimos que la puerta se abría. Esa no estaba cerrada, y un par de adolescentes enfundados en piel entraron a tropezones en nuestro vagón, un chico y una chica, que se reían mientras se pasaban un cigarrillo encendido.

—¡Vamos a meternos en un lío! —dijo la chica, besándole el cuello a su acompañante.

El chico se apartó un mechón de pelo de los ojos con una actitud pretenciosa que

parecía decir: «Así es mi vida, cariño». Entonces, nos vio y se quedó helado, con las cejas arqueadas. La puerta por la que habían entrado se cerró tras ellos de golpe.

—Hola —dije, aparentando naturalidad, como si no estuviéramos agachados en el suelo con un hombre moribundo cubierto de sangre—. ¿Qué tal?

«No se asusten o nos delatarán».

El chico frunció el ceño.

—¿Por qué...?

—Vamos disfrazados —repliqué—. Y se nos fue la mano con la sangre falsa.

—Vaya —dijo el chico, que claramente no me creía.

La chica se quedó mirando al contorsionista.

—¿Y él...?

—Está borracho —dijo Emma—. Como una cuba. Y por eso tiró toda nuestra sangre falsa por el suelo. Y sobre sí mismo.

—Y sobre nosotros —apuntó Addison.

Los chicos se volvieron de golpe hacia él, sin dar crédito a lo que veían.

—Serás imbécil —murmuró Emma—. Cierra la boca.

El chico levantó una mano temblorosa y señaló al perro.

—¿Acaba de hablar...?

Addison solo había dicho dos palabras. Podríamos haber intentado convencerlos de que no era más que un truco de ventrílocuo, algo distinto a lo que parecía a simple vista, pero el perro era demasiado orgulloso para hacerse el tonto.

—Por supuesto que no —dijo él, levantando el hocico—. Los perros no hablan ningún idioma humano, excepto por una notable excepción, luxemburgués, que solo comprenden los banqueros y los luxemburgueses, y por tanto, apenas se usa. No, lo que ocurre es que probablemente han comido algo en mal estado y están teniendo una pesadilla, eso es todo. Ahora, nos harían un favor enorme si se desvistieran, porque mis amigos necesitan su ropa. Venga, adelante.

Pálido y tembloroso, el chico empezó a quitarse la chamarra de piel, pero solo había conseguido sacar un brazo cuando le fallaron las rodillas y cayó desmayado al suelo. A continuación, la chica empezó a gritar, como si no pudiera evitarlo.

El wight no tardó ni un momento en aporrear la puerta encadenada; en sus ojos blancos se leían sus intenciones asesinas.

—Parece que tendremos que descartar la idea de escabullirnos —dije.

Addison se volvió a mirarlo.

—No cabe duda de que es un wight —afirmó sabiamente.

—Me alegra haber podido resolver el misterio —replicó Emma.

El tren dio una sacudida y los frenos rechinaron. Estábamos llegando a la estación. Levanté a Emma y me preparé para correr.

—¿Y qué hacemos con Sergei? —preguntó Emma, volviéndose hacia él.

Ya iba a ser suficientemente difícil escapar de dos wights con Emma aún débil; con el contorsionista en brazos sería imposible.

—Tendremos que dejarlo —respondí—. Lo encontrarán y lo llevarán a un médico. Es lo mejor que le puede pasar... y a nosotros.

Para mi sorpresa, ella me dio la razón.

—Creo que es lo que él habría querido. —Se acercó rápidamente a Sergei y le dijo —: Siento que no podamos llevarte con nosotros, pero estoy segura de que volveremos a vernos.

—En el próximo mundo —dijo con un hilo de voz y los ojos prácticamente cerrados—, en Abaton.

Con esas misteriosas palabras y los gritos de la chica resonando en nuestros oídos, el tren se detuvo y las puertas se abrieron.

No fuimos hábiles. No fuimos elegantes. Tan pronto se abrieron las puertas, simplemente corrimos tanto como pudimos.

El wight saltó de su vagón al nuestro, pero, para entonces, ya habíamos dejado atrás a la chica gritona, habíamos pasado junto al chico desmayado y estábamos ya en el andén, donde tuvimos que luchar contra una multitud que se dirigía al tren como un banco de peces en pleno desove. Esa estación, al contrario que las otras, estaba llena hasta el tope.

—¡Por ahí! —grité, empujando a Emma hacia una señal de salida que brillaba a lo lejos.

Esperaba que Addison estuviera a nuestros pies, pero había tanta gente que apenas veía el suelo. Por suerte, Emma iba recuperando las fuerzas (o bien tenía un subidón de adrenalina), porque no creo que hubiera podido cargar con su peso a la vez que hacía frente a esa estampida humana.

Cuando el wight consiguió salir del tren, habíamos conseguido poner una barrera de dos o tres metros de personas entre él y nosotros, de modo que, afirmando a voz en grito que era un agente de la ley, empujaba a los viajeros para que se apartaran de en medio y clamaba que alguien nos detuviera. Ahora bien, o nadie podía oírlo por el estrépito de la estación o nadie le hacía caso. Cuando me volví hacia él, vi que estaba más cerca, y en ese momento Emma empezó a poner zancadillas a diestro y siniestro, moviendo las piernas a izquierda y derecha mientras corríamos. La gente gritaba y se caía en tromba detrás de nosotros; así, cuando volví a girarme a mirar, el wight luchaba por abrirse paso, pisando piernas y mochilas, y recibiendo golpes de paraguas y de maletines a cambio. Se detuvo con gesto de frustración y la cara roja, y, entonces, desabrochó la funda de su pistola. Pero el río de gente entre nosotros era ya

demasiado grande y, aunque tenía la certeza de que era lo suficientemente despiadado como para abrir fuego contra la multitud, no era tan estúpido. El pánico que cundiría dificultaría aún más nuestra captura.

Cuando volví a mirar atrás por tercera vez, él estaba tan lejos, perdido entre la muchedumbre, que casi no podía verlo. Tal vez tampoco le importara tanto atraparnos. Al fin y al cabo, no éramos ni una gran amenaza ni un premio. Quizá el perro tuviera razón: comparados con una ymbryne, no merecíamos el esfuerzo.

Cuando estábamos a mitad de camino de la salida, la multitud fue disminuyendo hasta que pudimos abrirnos paso y echar a correr sin problemas; ahora bien, solo habíamos dado unas zancadas cuando Emma me jaló de la manga y me detuvo.

—¡Addison! —exclamó ella, girándose para mirar a su alrededor—. ¿Dónde está Addison?

Un momento después, salió trotando de la parte más espesa de la muchedumbre, con un trozo largo de tejido blanco colgado de un alfiler de su collar.

—¡Me esperaron! —dijo él—. Me enredé en las medias de una señora...

El sonido de su voz hizo que se volvieran algunas cabezas.

—¡Vamos, no podemos parar ahora! —dije.

Emma arrancó el trozo de media del collar de Addison, y nos echamos de nuevo a correr. Delante de nosotros había unas escaleras mecánicas y un elevador. Las escaleras funcionaban, pero había mucha gente, así que decidí que tomáramos el elevador. Pasamos junto a una señora pintada de azul de la cabeza a los pies, y no pude evitar girarme e incluso quedarme mirándola, mientras mis piernas me llevaban hacia delante. Llevaba el pelo teñido de azul, la cara cubierta de maquillaje azul, y estaba peinada con un chongo pegado, también azul.

Casi inmediatamente después, vi a alguien todavía más extraño: un hombre cuya cabeza estaba dividida verticalmente en dos mitades, una calva y quemada, y la otra intacta, con el pelo engelado. Si Emma se fijó en él, no se giró a mirar. Quizá estaba tan acostumbrada a conocer a peculiares de verdad que las personas normales de aspecto peculiar apenas le llamaban la atención. «Pero ¿y si no son normales? —pensé—. ¿Y si son peculiares y, en lugar de estar en el presente, hemos acabado en un nuevo bucle? ¿Y si...?».

Entonces vi a dos chicos con espadas brillantes que peleaban junto a unas máquinas expendedoras; cada vez que las espadas chocaban, se oía un golpe sordo que denotaba que eran de plástico. Por fin, caí en la cuenta de lo que ocurría.

Todas aquellas personas de aspecto extraño no eran peculiares. Eran frikis. No había duda de que estábamos en el presente.

A unos seis metros, se abrieron las puertas del elevador. Entramos en tromba y nos amontonamos en el cubículo, apoyándonos con las manos en la pared, mientras Addison entraba con patas ligeras.

Me giré a tiempo para ver dos cosas a través de las puertas que se cerraban: al wight que salía de entre la multitud y venía hacia nosotros a la carrera y, más atrás, en las vías, donde el tren estaba poniéndose en marcha, al espíritu hueco saltando desde la cubierta del último vagón al techo de la estación, balanceándose con sus lenguas de una lámpara, como una araña, y con sus ardientes ojos negros clavados en mí.

Entonces, las puertas se cerraron y nos deslizamos suavemente hacia arriba; oí a alguien decir:

—¿Dónde está el fuego, colega?

Había un hombre de mediana edad en la esquina opuesta del elevador, disfrazado y sonriente. Llevaba una camisa rasgada, falsas cicatrices pintadas en la cara y, pegada al final de un brazo, al estilo del Capitán Garfio, una sierra eléctrica manchada de sangre.

Emma lo vio y dio un paso atrás.

—¿Quién eres tú?

Pareció ligeramente ofendido.

—Vamos.

—Si quieres saber dónde está el fuego de verdad, no respondas. —Empezó a levantar las manos, pero yo la detuve.

—No es nadie —dije.

—Pensaba que este año había elegido un disfraz obvio —murmuró el hombre. Alzó una ceja y levantó un poco la sierra eléctrica—. Ash. El de *El ejército de las tinieblas*.

—Nunca he oído hablar de ninguno de los dos —dijo Emma—. ¿Quién es tu ymbryne?

—¿Mi qué?

—Interpreta a un personaje, nada más —intenté explicarle, pero no parecía estar dispuesto a escucharme.

—Da igual quién seas —continuó ella—. Nos vendría bien un ejército, y no estamos en posición de elegir. ¿Dónde está el resto de tus hombres?

El hombre puso los ojos en blanco.

—Me muero. Qué graciosos son, chicos. Obviamente, todos están en la convención.

—Va disfrazado —le susurré a Emma. Después, me dirigí al chico—: Verás, mi amiga no ve muchas películas.

—¿Un disfraz? —Emma frunció el ceño—. Pero si es un adulto.

—¿Y qué? —dijo el hombre, mirándonos de arriba abajo—. ¿Y quiénes se supone que son ustedes? ¿Uno de esos vampiros adolescentes? ¿La liga de los críos extraordinariamente siniestros?

—Somos seres peculiares —dijo Addison, cuyo ego no le permitió estar más

tiempo callado—. Y yo soy el séptimo cachorro del séptimo cachorro de un largo e ilustre linaje de...

El hombre se desmayó antes de que Addison pudiera acabar y se golpeó la cabeza contra el suelo con un ruido que me hizo estremecer.

—Tienes que dejar de hacer eso —dijo Emma, aunque después se le escapó una sonrisa.

—Se lo tiene merecido —añadió Addison—. Qué hombre más maleducado. Rápido, sácale la cartera.

—¡Ni hablar! —exclamé—. No somos ladrones.

Addison continuó irónico:

—Me atrevería a decir que nosotros la necesitamos más que él.

—¿Por qué demonios va vestido así? —preguntó Emma.

El elevador se detuvo y las puertas empezaron a abrirse.

—Creo que estás a punto de averiguarlo —le respondí.

Las puertas del elevador se abrieron y, como por arte de magia, la luz del día nos inundó, tan brillante que tuvimos que cubrirnos los ojos. Disfruté de una agradable bocanada de aire fresco cuando salimos a la banqueta abarrotada. Por todas partes había personas disfrazadas: superhéroes vestidos de licra; zombis muy maquillados que arrastraban los pies, y chicas de anime, con los ojos pintados y hachas de combate. Todos ellos se reunían en grupos variopintos y caminaban por una calle cortada al tráfico; acudían, atraídos como polillas a la luz, a un enorme edificio gris donde una pancarta anunciaba: «¡HOY, CONVENCIÓN DEL CÓMIC!».

Emma hizo ademán de retroceder hacia el elevador.

—¿Qué es todo esto?

Addison miró por encima de los lentes a un Joker de pelo verde que se estaba retocando el maquillaje.

—A juzgar por sus atuendos, parece ser algún tipo de fiesta religiosa.

—Algo así —dije, devolviendo a Emma a la banqueta—, pero no se asusten..., solo son personas normales disfrazadas, y eso es lo que les parecemos a ellos también. Lo único de lo que necesitamos preocuparnos es de ese wight. —Prefería no mencionar al hueco, con la esperanza de que lo hubiéramos despistado al desaparecer en el elevador. Deberíamos encontrar un lugar para escondernos hasta que se haya ido y después volver al metro...

—No es necesario —me interrumpió Addison, y se dirigió trotando a la calle abarrotada, moviendo el hocico.

—¡Oye! —gritó Emma tras él—. ¿Adónde vas?

Pero el perro ya estaba dando la vuelta.

—¡Hemos tenido suerte! —explicó, moviendo de un lado a otro la cola corta y gruesa—. Mi nariz me dice que a nuestros amigos los sacaron del metro aquí mismo, por las escaleras mecánicas. Al final, hemos ido por el camino correcto.

—¡Benditos sean los pájaros! —dijo Emma.

—¿Crees que puedes seguir su rastro? —pregunté.

—¿Que si puedo? ¡No me llaman Addison *el Increíble* por casualidad! Se los aseguro, no hay ningún aroma, fragancia o colonia peculiar que no pueda oler a cientos de metros...

Addison se distraía con facilidad hablando de su propia grandeza, incluso cuando había asuntos urgentes de los que ocuparse, y su voz orgullosa y resonante podía llegar a convencerte.

—Bueno, ya lo entendimos —dije, pero él me ignoró y siguió hablando, ahora caminando, siguiendo a su nariz.

—Podría encontrar a un peculiar entre un montón de huecos, a una ymbryne en un aviario...

Lo seguimos entre la multitud disfrazada, entre las piernas de un enano sobre zancos, alrededor de un grupo de princesas resucitadas y hasta casi chocar con un Pikachu y un Eduardo Manos de tijeras que bailaban un vals en la calle. Entendía por qué habían llevado allí a nuestros amigos. Era el camuflaje perfecto, no solo para nosotros, que en medio de ese caos parecíamos totalmente normales, sino también para unos wights que habían secuestrado a un grupo de niños peculiares. Aunque alguno de ellos se hubiera atrevido a pedir ayuda, ¿quién los habría tomado en serio? Allí todos interpretaban personajes, improvisaban batallas, gruñían enfundados en trajes monstruosos, gemían como zombis. ¿Quién se habría extrañado porque unos niños raros gritaran que los habían raptado para robarles sus almas? Nadie habría movido un dedo.

Addison caminó en círculos, olisqueando el suelo, y luego se sentó, perplejo. Con discreción, porque incluso en medio de todas aquellas personas un perro parlante resultaría extraño, me incliné y le pregunté qué ocurría.

—Es que..., eeh... —balbuceó—. Resulta que parece que he...

—¿Perdido el rastro? —dijo Emma—. Pensaba que tu nariz era infalible.

—Simplemente he perdido momentáneamente el rastro. Pero no comprendo cómo... Claramente conduce hasta aquí y después se desvanece.

—Átate los zapatos —dijo Emma de repente—. Ahora.

Bajé la mirada.

—Pero si ya están atados.

Me tomó del antebrazo y me obligó a agacharme.

—Átate. Los. Zapatos —repitió, y después articuló una palabra: «wight».

Nos arrodillamos allí, escondidos bajo las cabezas de la multitud dispersada. Entonces, oímos un zumbido y una voz tensa que hablaba por un walkie-talkie.

—¡Código 141! ¡Que todos los equipos se retiren inmediatamente!

El wight estaba cerca. Lo oímos responder con una voz áspera y un acento extraño:

—Soy M. Estoy siguiendo a los fugitivos. Pido permiso para proseguir la búsqueda. Cambio.

Intercambié una mirada nerviosa con Emma.

—Denegado, M. Los limpiadores barrerán el área más tarde. Cambio.

—El chico parece tener algún tipo de influencia sobre los limpiadores. El barrido puede no ser efectivo.

Limpiadores. Debía de hablar de los wights. Y, sin duda, también de mí.

—¡Denegado! —dijo la voz chisporroteante—. ¡Vuelve inmediatamente o pasarás la noche en el pozo! ¡Cambio!

El wight farfulló «entendido» a su walkie-talkie y se alejó.

—Tenemos que seguirlo —dijo Emma—. ¡Podría llevarnos con los demás!

—Y también directamente a la boca del lobo —repuso Addison—. Aunque supongo que no podemos evitarlo.

La cabeza me daba vueltas.

—Saben quién soy —conseguí decir—. Deben de haber visto lo que hice.

—Así es —replicó Emma—. ¡Y has conseguido darles un susto de muerte!

Me erguí para ver cómo se iba el wight. Cruzó entre la multitud, saltó una valla de contención y corrió hacia un coche de policía estacionado.

Lo seguimos hasta la valla. Miré a mi alrededor, intentando imaginar cuál habría sido el siguiente movimiento de los secuestradores. Detrás de nosotros había una multitud, y delante, más allá de la barrera de contención, los coches daban vueltas a la manzana buscando un sitio donde estacionarse.

—Quizá nuestros amigos vinieron hasta aquí caminando y luego los subieron a un coche.

En un arrebató de alegría, Addison se puso de pie sobre las patas traseras para mirar por encima de la valla de contención.

—¡Sí! ¡Eso es! Chico listo.

—¿A qué viene tanta alegría? —dijo Emma—. Si se los han llevado de aquí en coche, podrían estar en cualquier parte.

—Pues los seguiremos hasta donde estén —dijo Addison, enfáticamente—. Aunque dudo de que estén terriblemente lejos. Mi antiguo amo tenía una casa cerca de aquí, y conozco bien esta parte de la ciudad. No hay puertos ni puntos de salida obvios de Londres cerca, pero sí unas cuantas entradas a bucles. Es mucho más probable que hayan usado una de ellas. ¡Levántame!

Obedecí, y con mi ayuda logró pasar por encima de la valla y ponerse a olisquear el otro lado. Al cabo de pocos segundos había vuelto a encontrar el rastro de nuestros amigos.

—¡Por aquí! —dijo, señalando calle abajo, por donde se había marchado el wight después de subirse al coche de policía.

—Parece que vamos a dar un paseo. ¿Crees que podrás aguantar? —le pregunté a Emma

—Me las arreglaré —me contestó—, siempre y cuando encontremos otro bucle en las próximas horas. De lo contrario, empezarán a salirme canas y patas de gallo.

Sonrió, como si eso fuera algo sobre lo que bromear.

—No permitiré que ocurra eso —dije.

Saltamos la barricada. Eché un último vistazo a la estación de metro que dejábamos atrás.

—¿Ves al hueco? —dijo Emma.

—No. No sé dónde está. Y eso me preocupa.

—Bueno, cada cosa a su tiempo —dijo ella.

Caminamos tan rápido como Emma podía y sin salir del lado de la calle donde todavía había sombra matutina, observando a la policía y siguiendo la nariz de Addison. Entramos en un área industrial cerca de los muelles y vimos el río Támesis, que se insinuaba oscuro, entre los huecos de los almacenes; después llegamos a un barrio donde las tiendas deslumbrantes estaban coronadas por techos de cristal. Por encima de ellos, vi asomarse la cúpula de la catedral de St. Paul, entera de nuevo y rodeada por un despejado cielo azul. Todas las bombas habían caído ya, y los aviones habían desaparecido mucho tiempo atrás: derribados, hechos trizas, retirados a museos donde acumulaban polvo tras las cuerdas, donde escolares, para quienes la guerra era tan lejana como las Cruzadas, los miraban boquiabiertos. Para mí había sido, casi literalmente, ayer. Me costaba creer que esas fueran las mismas calles llenas de cráteres y ennegrecidas por las que habíamos tenido que correr para salvar nuestras vidas la noche anterior. Ahora estaban irreconocibles, abarrotadas de centros comerciales que parecían surgidos de las cenizas. Las personas caminaban por ellas, ignorantes de todos esos terribles sucesos, con la cabeza agachada, sin despegarse de sus teléfonos y con ropa de marca. De repente, el presente me resultaba extraño, muy trivial y distraído. Me sentía como uno de esos héroes míticos que lucha para volver del inframundo solo para darse cuenta de que la superficie está igual de maldita.

Y entonces me di cuenta de la realidad: había vuelto. Estaba en el presente de nuevo y había llegado hasta aquí sin la intervención de Miss Peregrine..., cosa que se

suponía que era imposible.

—¿Emma? —dije—. ¿Cómo hemos llegado aquí?

No apartó la mirada del frente, siempre en guardia ante posibles amenazas.

—¿Adónde? ¿A Londres? En tren, tonto.

—No. —Bajé la voz—. Quiero decir que cómo hemos llegado a este momento.

Me dijiste que Miss Peregrine era la única que podía enviarme de vuelta.

Se volvió para mirarme, con los ojos solo entreabiertos.

—Sí —dijo lentamente—. Así era.

—O eso pensabas.

—No, ella era la única. Estoy segura. Así funciona siempre.

—Y, entonces, ¿cómo hemos llegado aquí?

Parecía perdida.

—No sé, Jacob. Quizá...

—¡Ahí! —exclamó emocionado Addison, e interrumpió nuestra conversación. Con el cuerpo rígido, señalaba la calle en la que acabábamos de entrar—. Estoy recogiendo docenas de rastros de aromas peculiares, docenas y docenas... ¡y todos frescos!

—¿Y eso qué significa? —quise saber.

—Que han traído a más peculiares secuestrados por aquí, no solo a nuestros amigos... El escondite de los wights debe de estar cerca.

—¿Cerca de aquí? —pregunté.

La cuadra estaba llena de locales de comida rápida y de tiendas ordinarias de recuerdos, y nos quedamos de pie junto al escaparate con luces de neón de un bar mugriento.

—Supongo que me imaginaba un sitio... más malvado.

—¿Como una mazmorra de un castillo tétrico? —respondió Emma, asintiendo.

—O un campo de concentración rodeado de guardias y de muros con alambre de espino —dije—. En un paisaje nevado. Como en el dibujo de Horace.

—Aún podemos encontrar un sitio así —dijo Addison—. Recuerden que esta es solo la entrada a un bucle.

Al otro lado de la calle había turistas tomándose fotos delante de una de las icónicas cabinas de teléfono rojas. Entonces se fijaron en nosotros y nos tomaron una foto.

—¡Eh! —exclamó Emma—. ¡Nada de fotos!

Empezábamos a llamar la atención de la gente. Como no estábamos rodeados de asistentes a la convención de cómics, destacábamos como un pulpo en un garaje.

—Sígueme —susurró Addison—. Todos los rastros apuntan hacia allí.

Apretamos el paso tras él, cuadra abajo.

—Ojalá estuviera Millard aquí —dije—, podría explorar este sitio sin llamar la atención.

—Y Horace podría tener un sueño que nos ayudara —apuntó Emma.

—O conseguir ropa nueva —añadí.

—Si no paramos, me pondré a llorar —dijo Emma.

Llegamos a un muelle que bullía de actividad. El sol centelleaba sobre el río, una estrecha entrada de las aguas turbias del Támesis, y grupos de turistas con binoculares y cangureros subían y bajaban de varios barcos grandes, que ofrecían visitas guiadas a Londres prácticamente iguales.

Addison se detuvo.

—Los trajeron aquí —explicó él—. Según parece, los hicieron subir a un barco.

Dejamos que su nariz nos guiara entre la multitud hasta un barco vacío. Sin duda, los wights se habían llevado a nuestros amigos por agua, y ahora necesitábamos ir tras ellos..., pero ¿cómo? Deambulamos por el muelle en busca de transporte.

—Esto no funcionará —gruñó Emma—. Todos los barcos son demasiado grandes y hay demasiada gente. Necesitamos uno pequeño, algo que podamos pilotar nosotros mismos.

—Esperen un momento —dijo Addison, frunciendo el hocico.

Se alejó al trote, con la nariz pegada a los tablones de madera. Lo seguimos por el embarcadero y bajamos por una rampa sin señalizar que los turistas ignoraban. Llevaba a un muelle inferior, por debajo de la calle, a nivel del agua. No había nadie por allí; estaba desierto.

Addison se detuvo allí, con una mirada de profunda concentración.

—Por aquí han pasado peculiares.

—¿Nuestros peculiares? —dijo Emma.

Volvió a olisquear el muelle de nuevo y negó con la cabeza.

—No, los nuestros no. Pero por aquí hay muchos rastros de olor, nuevos y viejos, fuertes y más tenues, todos mezclados. Es un sendero muy transitado.

Ante nosotros, el muelle se estrechaba y desaparecía bajo el embarcadero principal, donde se hundía en las sombras.

—¿Por quién? —dijo Emma, mirando ansiosa hacia la oscuridad—. Nunca había oído hablar de ninguna entrada a un bucle bajo un muelle en Wapping.

Addison no tenía respuesta. No podíamos hacer nada más que avanzar paso a paso y explorar, así que nos adentramos inseguros en las sombras. Cuando se nos acostumbraron los ojos a la falta de luz, apareció otro embarcadero... Uno completamente distinto del soleado y agradable que había sobre nosotros. Los tablones estaban verdosos y podridos allí abajo, rotos incluso. Una plaga de ratas chillonas campaba a sus anchas sobre un montón de bidones desechados y, más allá, a poca distancia del muelle, ocupaban una balsa de aspecto antiguo, que cabeceaba en el agua tenebrosa, entre pilones de madera cubiertos de musgo.

—Bueno —dijo Emma—. Supongo que esa barca podría servir...

—¡Pero si está llena de ratas! —exclamó Addison, horrorizado.

—No durante mucho tiempo —dijo Emma, antes de crear una pequeña llama en la mano—. A las ratas no les agrada demasiado mi compañía.

Dado que no parecía haber nadie allí para detenernos, nos subimos al barco esquivando los tablones que parecían menos firmes y nos dispusimos a desatarlo del muelle.

—¡Deténganse! —dijo una voz, que resonó desde dentro del barco.

Emma chilló, Addison aulló, y yo me moría de preocupación. Un hombre que estaba sentado en el barco (¿cómo no lo habíamos visto hasta ese momento?) se puso lentamente de pie, irguiéndose centímetro a centímetro hasta alcanzar toda su altura. Medía dos metros y medio como mínimo, una capa le servía para cubrirse el cuerpo y escondía la cara bajo una capucha oscura.

—¡Lo... lo siento! —balbuceó Emma—. Verá... Pensábamos que este barco era...

—¡Muchos han intentado robar a Sharon! —exclamó el hombre con voz atronadora—. ¡Ahora sus calaveras sirven como hogar a criaturas marinas!

—Juro que solo intentábamos...

—Será mejor que nos marchemos —propuso Addison, mientras retrocedía—. Lamentamos haberlo molestado, mi señor.

—¡SILENCIO! —gruñó el barquero, antes de saltar al muelle de una enorme zancada—. Todos los que suban a mi barco deben ¡PAGAR EL PRECIO!

Estaba completamente aterrado, y cuando Emma gritó «¡CORRAN!», yo ya estaba dándome la vuelta para marcharme. No obstante, solo habíamos dado unos pasos cuando rompí un tablón podrido con el pie y me caí de bruces en el muelle. Intenté levantarme como pude, pero tenía la pierna atorada hasta el muslo.

Estaba atrapado y, cuando Emma y Addison se dieron la vuelta para ayudarme, era demasiado tarde. El barquero nos había alcanzado, se cernía sobre nosotros riéndose; sus carcajadas cavernosas resonaban a nuestro alrededor. Puede que la oscuridad nos estuviera jugando una mala pasada, pero habría jurado que vi a una rata caer de la capucha de su chaqueta y a otra deslizarse de su manga mientras levantaba el brazo hacia nosotros.

—¡Atrás, maníaco! —gritó Emma, juntando las manos para encender una llama.

Aunque la luz que creó no consiguió disipar la oscuridad del interior de la capucha del barquero (sospechaba que ni siquiera el sol podría hacerlo), nos permitió ver lo que tenía en la mano, que no era un cuchillo ni ningún otro tipo de arma. Era un trozo de papel, que sujetaba entre el pulgar y el índice.

Me lo ofrecía a mí, e incluso se había agachado lo suficiente para que pudiera tomarlo.

—Por favor —dijo con calma—. Léelo.

Vacilé.

—¿Qué es?

—Mi tarifa. Además de otras informaciones sobre mis servicios.

Temblando de miedo, tomé el papel, y todos nos agrupamos para leerlo a la luz de la llama de Emma.

Volví a mirar al barquero gigante.

—¿Este eres tú? —dije inseguro—. ¿Eres... Sharon?

—El que viste y calza —replicó en un tono de voz empalagoso que consiguió erizarme el vello de la nuca.

—¡Santo pájaro! ¡Casi nos matas del susto! —dijo Addison—. ¿A qué venían todos esos bramidos y esos graznidos?



—Mis disculpas. Estaba echándome una siesta y me tomaron desprevenido.

—¿Te hemos asustado?

—Por un momento, pensé que de verdad intentaban robarme el barco —bromeó.

—¡Ja, ja! —Emma soltó una risa forzada—. No, solo... nos asegurábamos de que estuviera bien amarrado.

Sharon se volvió para examinar la balsa, que simplemente estaba atada con una cuerda a uno de los pilares de madera.

—Y ¿qué les parece? —preguntó, con una amplia sonrisa blanca que se veía bajo la capucha.

—Pues... Desde luego... Es un barco —dije, cuando por fin conseguí sacar la pierna del agujero—. Está muy bien... amarrado.

—Yo no podría haber atado un nudo mejor —dijo Emma, mientras me ayudaba a ponerme de pie.

—Por cierto... —empezó a decir Addison—. Los que sí intentaron... ¿De verdad están todos...? —Bajó la mirada al agua oscura y tragó saliva sonoramente.

—Eso ya da igual —zanjó el barquero—. Ahora que me despertaron, estoy a su servicio. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Necesitamos rentar un barco —dijo Emma con firmeza—. Nosotros solos.

—No puedo permitirlo —respondió Sharon—. Yo siempre capitaneo mi embarcación.

—¡Ah! ¡Mala suerte! —exclamó Addison, que estaba impaciente por marcharse.

Emma lo agarró del collar.

—¡Esperen! —susurró—. No hemos acabado todavía. —Sonrió cordialmente al hombre del barco—. Bien, resulta que sabemos que muchos peculiares han pasado por este... —miró a su alrededor, en busca de la palabra correcta— lugar. ¿Acaso hay una entrada a un bucle cerca?

—No sé a qué te refieres —dijo Sharon, sin inmutarse.

—Claro, por supuesto, no puedes admitirlo sin más. Lo entiendo perfectamente. Pero nosotros somos de fiar. Obviamente, somos...

Le di un codazo.

—¡Emma! ¡No!

—¿Por qué? Ya ha visto hablar al perro y a mí hacer fuego. Si no podemos hablar honestamente...

—Pero no sabes si él es... —dije

—Por supuesto que lo es —replicó, entonces me volví hacia Sharon—. Lo eres, ¿no?

El barquero se quedó mirándonos impasible.

—Lo es, ¿no? —preguntó Emma a Addison—. ¿Puedes olerlo?

—No, no claramente.

—Bueno, supongo que no importa, mientras no sea un wight. —Lanzó a Sharon una mirada desconfiada—. Porque no lo eres, ¿verdad?

—Soy un hombre de negocios —dijo sin inmutarse.

—Que está acostumbrado a ver a perros parlantes y a chicas que hacen fuego con las manos —apostilló Addison.

—En mi trabajo, te encuentras con una amplia variedad de personas.

—Bien, iré directamente al grano —dijo, mientras me sacudía el agua de un pie y después del otro—. Buscamos a unos amigos. Creemos que han podido pasar por aquí hace una hora más o menos. La mayoría eran niños, pero también había algunos adultos. Uno era invisible, otra podía flotar...

—Es difícil no fijarse en ellos —dijo Emma—. Además, un grupo de wights los retenía a la fuerza a punta de pistola.

Sharon cruzó los brazos y formó una X amplia y negra.

—Como he dicho, todo tipo de personas rentan mi barco, y cada uno de ellos confía en mi absoluta discreción. No puedo hablar de mis clientes.

—Ah, vaya —dijo Emma—. Perdónennos un momento.

Me llevó aparte y me susurró al oído:

—Si no empieza a hablar, me voy a enojar mucho.

—No hagas nada temerario —le respondí también susurrando.

—¿Por qué? ¿No habrás creído todas esas patrañas sobre calaveras y criaturas marinas?

—Pues sí. Sé que es escoria, pero...

—¿Escoria? ¡Pero si prácticamente ha admitido hacer negocios con los wights! Es posible que hasta sea uno de ellos.

—... pero es una escoria que puede sernos útil. Tengo el presentimiento de que sé exactamente dónde se han llevado a nuestros amigos. Solo debemos hacer las preguntas adecuadas.

—Pues ponte a ello —dijo, de mala gana.

Me volví hacia Sharon y le pregunté con una sonrisa:

—¿Qué me puedes contar de tus servicios?

De inmediato, se puso de buen humor.

—Por fin, un tema del que puedo hablar sin pelos en la lengua. Justamente tengo algo de información aquí mismo...

Se dio la vuelta enérgicamente y se acercó a un pilar cercano. Había un estante clavado en él, y, sobre la repisa, vimos una calavera con todos los complementos de un aviador: gorra de piel, lentes y una bufanda alegre. Entre los dientes, sujetaba varios panfletos, y Sharon sacó uno de ellos para entregármelo. Era un folleto turístico bastante vulgar que parecía impreso cuando mi abuelo era un niño. Hojeé sus páginas mientras Sharon se aclaraba la garganta para hablar.

—Veamos. Las familias suelen disfrutar del paquete Hambruna y llamas: por la mañana vamos río arriba para ver antiguas máquinas de guerra vikingas que lanzan ovejas muertas por encima de los muros de la ciudad; después hacemos una pausa para almorzar y volvemos por la tarde cruzando el Gran Incendio de 1666, lo que supone una amenaza real tras oscurecer; el fuego se refleja en el agua y resulta muy bonito. Ahora bien, si solo disponen de unas horas, tenemos una excursión genial al muelle de Ejecuciones por horca. Es justo al atardecer, de modo que es una opción popular entre los recién casados. Les da la oportunidad de presenciar a piratas terriblemente malhablados que dan coloridos discursos antes de ser víctimas de la cuerda. Por un pequeño extra, ¡podrán tomarse una foto con los piratas!

El folleto contenía ilustraciones de turistas sonrientes disfrutando de las vistas que él había descrito.

En la última página había una foto de uno de los clientes de Sharon posando con una banda de bucaneros malhumorados y armados con cuchillos y pistolas.

—¿Los peculiares hacen este tipo de cosas por diversión? —pregunté asombrado.

—Estamos perdiendo el tiempo —murmuró Emma, mirando a su espalda, ansiosa—. Apuesto a que solo nos está distrayendo hasta que llegue la siguiente patrulla de wights.

—No lo creo —dije—. Espera...

Sharon siguió en lo suyo como si no nos hubiera oído.





—¡Y podrán ver las cabezas de los lunáticos pinchadas en estacas cuando naveguemos bajo el Puente de Londres! Por último, nos queda nuestra excursión más demandada, que es también mi favorita. Pero... ¿saben qué? Da igual —dijo intrigante, y moviendo la mano para enfatizar sus palabras—. Dudo mucho que estuvieran interesados en el Acre del Diablo.

—¿Por qué no? —dijo Emma—. ¿Demasiado bonito y agradable?

—En realidad, es un sitio bastante duro. Desde luego no es para niños...

Emma golpeó el suelo con el pie e hizo temblar todo el muelle podrido.

—Ahí se han llevado a nuestros amigos, ¿verdad? —exclamó—. ¡Responde!

—No pierdas los nervios, señorita. Su seguridad es mi mayor preocupación.

—¡Deja de marearnos y cuéntanos lo que hay allí!

—Bueno, si insistes... —A Sharon se le escapó un ruidito de satisfacción, como si estuviera sumergiéndose en un baño templado, mientras se frotaba las manos curtidas. Parecía que el mero hecho de pensar en ello le produjera placer—. Hay cosas horribles. Terribles. Pura vileza. Encontrarán todo lo que quieran, siempre y cuando busquen cosas horribles, terribles y viles. A menudo he soñado con colgar mis trastos de barquero y retirarme allí algún día, y tal vez hacerme cargo del pequeño matadero que hay en Oozing Street

—¿Cómo lo has llamado? —preguntó Addison.

—El Acre del Diablo —respondió, melancólico, el del barco.

Addison se estremeció del hocico a la cola.

—Lo conozco —dijo con gravedad—. Es un lugar terrible... El agujero más depravado y peligroso de toda la historia de Londres. He oído historias de animales peculiares a los que han llevado allí en jaulas y a los que han obligado a luchar en juegos sangrientos. Osos dantescos enfrentados a emú-rafas, chimpocerontes contra flamencabras... ¡Incluso padres contra hijos! Todos ellos obligados a destrozarse y matarse los unos a los otros para entretener a unos cuantos peculiares de gustos enfermizos.

—Horrible —dijo Emma—. ¿Qué peculiar participaría en eso?

Addison sacudió la cabeza, apesadumbrado.

—Criminales... Mercenarios... Exiliados.

—¡Pero no hay peculiares que sean criminales! —dijo Emma—. ¡Todos los condenados por un crimen son conducidos por su guardián a un bucle de castigo!

—Hay que ver qué poco sabes sobre tu propio mundo —dijo el barquero.

—No se puede meter en la cárcel a los criminales si no los cachan antes —explicó Addison—. Y menos si escapan por un bucle como ese, sin leyes, ingobernable.

—Parece el infierno —dijo—. ¿Por qué alguien iba a querer ir allí por voluntad propia?

—Lo que es el infierno para algunos es el paraíso para otros —sentenció el

barquero—. Es el único lugar libre de verdad. Un sitio donde puedes comprar y vender cualquier cosa... —Se inclinó hacia mí y bajó la voz—. O esconder cualquier cosa...

—¿Como ymbrynes y niños peculiares secuestrados? —pregunté—. ¿Eso es lo que quieres decir?

—No he dicho nada por el estilo —afirmó fríamente el barquero, antes de entretenerse con una rata que había sacado del dobladillo de su capa—. Quédate aquí, Percy, papi está trabajando.

Mientras dejaba con cariño a la rata a un lado, me reuní con Emma y Addison en un círculo para hablar.

—¿Ustedes qué creen? —susurré—. ¿Podría ser ese lugar infernal.. el lugar donde retienen a nuestros amigos?

—Bueno, tienen que mantener a sus prisioneros dentro de un bucle, y ha de ser bastante antiguo —dijo Emma—. De otro modo, sufrirían un envejecimiento acelerado y morirían al cabo de un día o dos...

—Pero ¿por qué a los wights iba a importarles que muramos? —pregunté—. Solo quieren robarnos el alma.

—Tal vez, pero no pueden permitir que mueran las ymbrynes. Las necesitan para recrear el suceso de 1908. ¿O han olvidado el plan desquiciado de los wights?

—Todo ese rollo del que no dejaba de hablar Golan. Lo de la inmortalidad y gobernar el mundo...

—Sí. Llevan meses secuestrando ymbrynes y necesitan un sitio donde retenerlas y donde no se conviertan en pasas resecas, ¿no? Entonces tienen que estar en un bucle bastante antiguo. De al menos ochenta o cien años. Y si el Acre del Diablo es de verdad una jungla depravada y sin ley...

—Lo es —dijo Addison.

—Entonces parece el lugar perfecto.

—Y además está en el corazón del Londres peculiar —añadió Addison—. Justo en las narices de todo el mundo. Son unos malnacidos muy listos...

—Supongo que no hay más que hablar —concluí.

Emma caminó decidida hacia Sharon.

—Queremos tres boletos para ese sitio horrible y nauseabundo que has descrito, por favor.

—Tienen que estar muy seguros de que eso es lo que quieren —nos advirtió el barquero—. Los corderitos inocentes como ustedes no siempre vuelven del Acre del Diablo.

—Estamos seguros —apostillé.

—Muy bien, pues. Pero no digan que no se los advertí.

—El único problema es que no tenemos tres monedas de oro —dijo Emma.

—¿Ah, no? —Sharon juntó sus largos dedos y dejó escapar un suspiro que olía como una tumba abierta—. Normalmente insisto en que me paguen por adelantado, pero hoy me siento generoso. Su intrépido optimismo me parece encantador. Puedo fiarles. —Y entonces se rio, como si supiera que no viviríamos para pagarle, y, tras dar un paso a un lado, levantó un brazo bajo su capa y señaló la barca.

—Les doy la bienvenida a bordo, niños.

## DOS

**S**haron no ahorró aspavientos cuando sacó a seis ratas huidizas del barco antes de que nosotros subiéramos a bordo, como si un viaje libre de plagas estuviera reservado a los peculiares vip; entonces, ofreció el brazo a Emma y la ayudó a saltar desde el muelle. Nos sentamos los tres, hombro con hombro, en un simple banco de madera. Mientras Sharon se afanaba por soltar las amarras, me pregunté si confiar en él era insensato o más bien temerario, como tumbarse a echar una siesta en mitad de la carretera.

El problema con la línea que separa la simple temeridad y la estupidez profunda es que a menudo no sabes en qué lado estás hasta que es demasiado tarde. Y para cuando has podido sentarte a meditar, ya has pulsado el botón, el avión ha salido del hangar o, en nuestro caso, el barco ha zarpado. Mientras observaba cómo Sharon alejaba el barco dando una patada al muelle con el pie desnudo, me di cuenta de que ese miembro no era del todo humano, pues tenía los dedos tan largos como minisalchichas y uñas gruesas y amarillas que se curvaban como garras. Entonces tuve la absoluta certeza de en qué lado de la línea estábamos y también supe que era demasiado tarde para hacer nada al respecto.

Sharon jaló la cadena de un motor cochambroso, que se encendió y desprendió una nube de humo azul.

Se puso en cuclillas y se sentó en el charco de tela negra que su capa hacía en el barco. Aceleró forzando el delicado motor y sacó la embarcación del muelle subterráneo, conduciéndonos a través de un bosque de pilares de madera amenazantes hasta que salimos a la cálida luz del sol. Estábamos en un canal, un afluente artificial del Támesis, delimitado por ambos lados por edificios de cristales y repleto de más barcos que la tina de un niño pequeño: remolcadores rojos, lanchas anchas y planas, y barcos de paseo cuyos muelles superiores estaban repletos de turistas que tomaban el aire. Por extraño que pareciera, ninguno de ellos apuntó la cámara hacia nosotros y, de

hecho, nadie pareció fijarse en la estrambótica barca que pasaba a su lado, con un ángel de la muerte al timón, dos niños manchados de sangre como pasajeros y un perro con lentes que miraba a un lado. Y la verdad es que nos venía bien. ¿Había embrujado Sharon su barco para que solo pudieran verlo los peculiares? Decidí creer que así era, porque, de todos modos, tampoco teníamos dónde ocultarnos si llegáramos a necesitarlo.

Al verlo a plena luz del día, me di cuenta de que el barco era extremadamente simple, excepto por una figura laboriosamente tallada en la proa. La escultura tenía forma de serpiente gorda y escamosa, que se curvaba hacia arriba en una suave S, pero donde debería haber estado la cabeza, solo se veía un enorme globo ocular, sin párpado y grande como un melón, que observaba lo que teníamos delante siempre antes que nosotros.

—¿Qué es esto? —pregunté, mientras pasaba la mano por la superficie barnizada.

—Madera de tejo —exclamó Sharon por encima del rugido del motor.

—¿Que si me quejo? —respondí confundido.

—No. Que está hecho de madera de tejo.

—Ah. ¿Y para qué sirve?

—¡Para ver! —replicó impaciente y malhumorado.

Sharon forzó aún más el motor, posiblemente para acabar la conversación, y conforme tomábamos velocidad, la barca se levantó suavemente del agua. Respiré hondo para disfrutar del sol y del viento en la cara, mientras Addison dejó la lengua colgando, apoyado en la borda sobre las patas; nunca lo había visto tan feliz.

Un día maravilloso para ir al infierno.

—He estado dándole vueltas a cómo llegaste aquí —dijo Emma—. A cómo volviste al presente.

—Muy bien —dije—. ¿Y qué piensas?

—Solo encuentro una explicación que tenga sentido, aunque tampoco demasiado. ¿Recuerdas cuando estábamos en los túneles subterráneos con todos esos wights y volvimos a cruzar al presente? Bien, pues solo hay un motivo que justifique el hecho de que, en lugar de continuar en el siglo XIX, regresaras con nosotros: Miss Peregrine debía de estar allí de algún modo, cerca, y te ayudó a cruzar sin que nadie lo supiera.

—No sé, Emma, eso parece... —vacilé, pues no quería ser brusco—. ¿Crees que estaba escondida en el túnel?

—Solo digo que es posible. No tenemos ni idea de dónde estaba.

—Los wights la tienen en su escondite. ¡Caul lo admitió!

—¿Y desde cuándo te crees todo lo que dicen los wights?

—Ahí me has ganado —admití—. Pero como Caul se jactaba de tenerla en su poder, imaginé que debía de estar diciendo la verdad.

—Tal vez..., o quizá lo dijo para minarnos la moral y hacer que nos rindiéramos.

Intentaba convencernos de que nos entregáramos a sus soldados, ¿recuerdas?

—Cierto —dije, frunciendo el ceño. Mi cerebro no dejaba de dar vueltas a todas las posibilidades—. Muy bien. Supongamos que es cierto que Miss Peregrine estaba con nosotros en el túnel. ¿Por qué se habría tomado la molestia de enviarme de vuelta al presente como prisionero de los wights? Estaban a punto de extirparnos nuestras segundas almas. Habría estado más seguro atrapado en ese bucle.

Por un segundo, Emma pareció desconcertada. Entonces, se le iluminó la cara y dijo:

—A menos que tú y yo debamos rescatar a todos los demás. Quizá fuera parte de su plan.

—Pero ¿cómo podía saber que escaparíamos de los wights?

Emma miró de soslayo a Addison.

—Quizá tuviera ayuda —murmuró.

—Em, esta hipotética cadena de acontecimientos cada vez se vuelve más increíble. —Respiré hondo y procuré elegir las palabras con cuidado—. Sé que quieres creer que Miss Peregrine está en alguna parte, libre, cuidando de nosotros. Yo también quiero, pero...

—Deseo tanto que sea así que me duele —me interrumpió ella.

—Pero si de verdad estuviera libre, ¿no crees que se habría puesto en contacto con nosotros de alguna manera? Y si él —continué, señalando a Addison con la cabeza— estuviera involucrado, ¿no lo habría mencionado a estas alturas?

—No si ha jurado guardar el secreto. Quizá sea demasiado peligroso como para contárselo a alguien, incluso a nosotros. Si conociéramos el paradero de Miss Peregrine, y alguien se enterara de que nosotros lo sabemos, podríamos desvelar la información bajo torturas...

—¿Y él no? —dije en voz demasiado alta.

El perro levantó la cabeza hacia nosotros, con las mejillas hinchadas y la lengua fuera, ondeando de forma ridícula al viento.

—¡Eh! —gritó—. Ya he visto cincuenta y seis peces, aunque uno o dos puede que fueran trozos de basura medio sumergidos. Y ustedes, ¿qué andan cuchicheando?

—Ah, nada importante —dijo Emma.

—No sé por qué lo dudo —murmuró, pero su suspicacia quedó superada de inmediato por sus instintos, y un segundo después gritó—: ¡Pez! —Y su atención volvió completamente al agua—. Pez..., pez..., basura..., pez...

Emma soltó una risa sombría.

—Sé que es una locura, pero mi cerebro es una máquina de crear esperanza.

—Me alegro —dije—. El mío es un generador de los peores escenarios posibles.

—Entonces nos necesitamos el uno al otro.

—Sí, pero eso ya lo sabíamos, creo.

Las fuertes sacudidas del barco nos acercaban y separaban una y otra vez.

—¿Seguro que no prefieren un viaje romántico? —dijo Sharon—. No es demasiado tarde.

—Muy seguro —respondí—. Tenemos una misión que cumplir.

—Entonces les sugiero que abran la caja sobre la que están sentados. Necesitarán lo que hay dentro cuando crucemos al otro lado.

Levantamos la tapa del banco y encontramos una gran lona de tela.

—¿Para qué es esto? —pregunté.

—Para que se cubran —replicó Sharon, y giró el barco hacia un canal aún más estrecho, rodeado de edificios nuevos y con pinta de caros—. Hasta ahora he podido mantenerlos ocultos, pero la protección que puedo ofrecerles no funciona dentro del Acre... y, en la entrada, siempre merodean personajes desagradables en busca de presas fáciles. Y ustedes desde luego que lo son.

—Sabía que te traías algo entre manos —dije—. Ni un solo turista nos ha mirado.

—Es más seguro observar cómo se cometen atrocidades históricas si los participantes no pueden verte —dijo él—. No puedo permitir que unos vikingos se lleven a mis clientes, ¿no? Imaginen qué críticas tendría.

Nos acercábamos rápidamente a una especie de túnel, a un canal cubierto y estrecho de unos treinta metros de longitud, encima del cual había un edificio con pinta de almacén o de antiguo molino. Un semicírculo de cielo azul y agua centelleante brillaban en el otro extremo. Entre una punta y la otra solo había oscuridad. Nada indicaba que fuera la entrada a un bucle.

Extendimos la enorme lona, que ocupaba la mitad de la barca. Emma se acostó a mi lado, y nos acurrucamos debajo. Nos tapamos hasta las barbillas, como si fueran las sábanas de una cama. Cuando el barco cruzó bajo el puente y entró en las sombras, Sharon apagó el motor y se escondió debajo de otra tela más pequeña. Se puso de pie, extendió un remo plegable y lo metió en el agua hasta que tocó el fondo; entonces empezó a hacernos avanzar con largos y silenciosos golpes.

—Por cierto —dijo Emma—, ¿de qué tipo de «personajes desagradables» nos escondemos? ¿De wights?

—En el mundo de la peculiaridad, sus odiados wights no son el único mal —dijo Sharon, cuya voz resonó en el túnel de piedra—. Un oportunista disfrazado de amigo puede ser igual de peligroso que un enemigo declarado.

Emma suspiró.

—¿Tienes que ser siempre tan impreciso?

—¡Las cabezas! —exclamó—. También tú, perro.

Addison se arropó debajo de la lona, y la jalamos para cubrirnos la cara. Bajo ese tejido, todo estaba negro y hacía calor; además, el olor a aceite de motor era insoportable.

—¿Tienen miedo? —murmuró Addison en la oscuridad.

—No demasiado —dijo Emma—. ¿Y tú, Jacob?

—Tanto que podría vomitar. ¿Addison?

—Por supuesto que no —respondió el perro—. La cobardía no es una característica de mi raza.

Pero, entonces, se acurrucó entre Emma y yo, y noté que le temblaba todo el cuerpo.

Algunas transiciones son tan rápidas y suaves como las autopistas de alta velocidad, pero aquella, en concreto, era como lanzarse a toda velocidad por una carretera de mala muerte, llena de baches, dar un bandazo en una curva cerrada y después desplomarse por un acantilado, y todo en completa oscuridad. Cuando por fin todo acabó, me sentía mareado y la cabeza me daba vueltas. Me pregunté qué tipo de mecanismo invisible hacía que algunas transiciones fueran más complicadas que otras.

Tal vez el viaje fuera tan duro como el destino al que te dirigías, y aquel había sido como conducir a campo través hacia tierras salvajes, pues precisamente esa era la meta de nuestro viaje.

—Hemos llegado —anunció Sharon.

—¿Están bien? —pregunté, mientras buscaba la mano de Emma.

—Tenemos que volver —gruñó Addison—. Dejé los riñones en el otro lado.

—Guarden silencio hasta que encuentre algún sitio discreto donde dejarlos —dijo Sharon.

Es increíble cómo se agudiza el sentido del oído cuando te privan de la vista. Mientras permanecí en silencio bajo la lona, me quedé hipnotizado por los sonidos de un mundo antiguo que florecía a nuestro alrededor. Al principio solo oía las salpicaduras del remo de Sharon en el agua, pero, poco a poco, pude distinguir otros sonidos que me permitieron pintar una elaborada escena en la mente. El golpeteo continuo de madera sobre agua pertenecía, supuse, a los remos de otro bote lleno de peces. Me imaginé a las mujeres que hablaban dando alaridos asomadas a las ventanas de casas que estaban una enfrente de la otra, intercambiando chismes mientras tendían la ropa. Delante de nosotros sonaban unas risas alegres infantiles, mientras un perro ladraba y, aún más lejos, conseguí distinguir unas voces que cantaban siguiendo el ritmo de los martillos: «Oigan los golpes de martillo, oigan los clavos que no cesan».

No tardé mucho en imaginarme a intrépidos deshollinadores con sombreros de copa paseando por la calle, rebosantes de un tosco encanto, y a personas que formaban una aglomeración para superar el destino que les había tocado en suerte, con un guiño y una canción.

No podía evitarlo. Lo único que sabía sobre los barrios pobres victorianos lo había aprendido en el musical *Oliver Twist*. Cuando tenía doce años había participado en una función de la compañía de teatro local; yo interpretaba al «huérfano número nueve» y la noche de la representación sufrí un ataque de pánico escénico tan terrible que fingí un virus estomacal y me quedé a verlo entre bambalinas, con una cubeta para vomitar entre las piernas.

En cualquier caso, esa era la escena que ocupaba mis pensamientos cuando reparé que había un agujerito en la lona al lado de mi hombro (obra de las ratas, sin duda) y, al moverme un poco, me di cuenta de que podía ver por él.

Solo fueron necesarios unos segundos para que el paisaje feliz, inspirado en un musical, que había imaginado se fundiera como una pintura de Salvador Dalí.

El primer horror que me recibió fueron las casas que se alzaban a los lados del canal, aunque llamarlas «casas» era demasiado generoso. En ninguna parte de su estructura encorvada y podrida era posible hallar una línea recta. Se encorvaban como una fila de soldados exhaustos que se hubieran quedado dormidos en formación; lo único que parecía impedir que se derrumbaran sobre el agua era lo apretujadas que estaban, eso y la argamasa de porquería negra y verde que cubría los tercios inferiores con estratos espesos y fangosos. En cada uno de sus porches cochambrosos había una especie de caja con forma de ataúd, pero no fui consciente de qué eran hasta que oí un fuerte gruñido proveniente de una de ellas y vi algo caer en el agua; enseguida me di cuenta de que se trataba de letrinas exteriores, que contribuían a aumentar la porquería sobre la que se levantaban las casas.

Las mujeres que hablaban de un lado al otro del canal estaban asomadas a sus ventanas, justo como había imaginado, pero no estaban tendiendo la ropa y, desde luego, no estaban chismeando, al menos ya no; en ese momento, intercambiaban insultos y amenazas. Una de ellas, borracha, se reía grotescamente blandiendo una botella rota, mientras la otra, por su parte, soltaba adjetivos que apenas podía comprender. «Eresh una gooorda imunda y fieja, brrruuuja peshtosha, simbergüensha, shorra del dedemonio.» Lo cual era irónico si lo había entendido bien, porque ella misma iba desnuda hasta la cintura, y parecía darle igual. Ambas se detuvieron para silbar a Sharon cuando pasamos por delante, pero él las ignoró.

Ansioso por borrar esa imagen de mi cabeza, conseguí sustituirla por algo incluso peor: delante de nosotros, en una pasarela desvencijada que cruzaba el canal, había una pandilla de niños que se divertían balanceando a un perro sobre el agua, al que tenían atado por las patas. Sumergían al pobre animal en el río y se desternillaban cuando sus ladridos desesperados se convertían en burbujas. Tuve que contener mis ganas de dar una patada a la lona y gritarles. Al menos Addison no lo había visto; porque, si no, no habría habido forma de impedir que se lanzara tras ellos a mordidas y destrozara nuestra tapadera.

—Te estoy viendo —me dijo Sharon en voz baja—. Si tantas ganas tienes de echar un vistazo, aguarda un momento, porque enseguida llegaremos a la peor parte.

—¿Estás espiando? —susurró Emma, dándome un golpecito.

—Es posible —dije, sin dejar de mirar.

El barquero nos hizo callar. Sacó el remo del agua, quitó la tapa de uno de los extremos y agarró un puñal, con el que cortó la cuerda con la que los chicos sujetaban al perro, y seguimos adelante. El animal cayó al agua y se alejó nadando agradecido; aullando de rabia, los chicos empezaron a lanzarnos proyectiles improvisados. Sharon siguió empujando la barca, ignorándolos, como había hecho con las mujeres, hasta que el corazón de una manzana pasó a un centímetro de su cabeza. Entonces suspiró, se giró y con tranquilidad se quitó la capucha; lo justo para que los chicos pudieran verlo, pero yo no.

Lo que fuera que vieron debió de darles un susto de muerte, porque todos salieron corriendo hacia el puente, uno tan rápido que tropezó y cayó en las fétidas aguas. Riéndose para sí, Sharon se reajustó la capa antes de volver a mirar hacia delante.

—¿Qué pasó? —preguntó Emma, alarmada—. ¿Qué fue eso?

—Esa es la bienvenida al Acre del Diablo —replicó Sharon—. Bien, si quieren ver dónde estamos, pueden destaparse la cara un poquito; intentaré hacer que esta excursión valga las monedas de oro que van a pagarme con el tiempo que nos queda.

Bajamos la lona hasta la altura de nuestras barbillas y tanto Emma como Addison se quedaron boquiabiertos... Emma, creo que por lo que estaba viendo, y Addison, a juzgar por su nariz arrugada, por el olor. No parecía real, era como si un estofado de aguas residuales se cociera a fuego lento bajo nosotros.

—Te acostumbrarás —dijo Sharon, al ver mi cara de desagrado.

Emma me agarró de la mano y se lamentó:

—Ay, es horrible...

Y vaya si lo era. Ahora que podía verlo con ambos ojos, el sitio parecía aún más infernal. Los cimientos de las casas se descomponían en papilla. Sobre el canal se entrecruzaba una maraña de pasarelas de madera, alguna de ellas no más ancha que un tablón. En sus orillas apestosas se levantaban montones de basura, entre los que rebuscaban unas figuras espectrales. Los únicos colores que allí había eran diversos tonos de negro, amarillo y verde, la bandera de la suciedad y la podredumbre, pero el negro predominaba por encima de todo lo demás.

El negro cubría toda superficie, tiznaba las caras y cruzaba el aire en columnas que emergían de las chimeneas que nos rodeaban, así como de las salidas de humo de las fábricas que se veían a lo lejos, desde donde llegaba el ruido de explosiones industriales, profundas y atávicas, como tambores de guerra, tan poderosas que hacían temblar todas las ventanas que aún no estaban rotas.

—Esto, amigos míos, es el Acre del Diablo —empezó a decir Sharon, en un tono

solo lo bastante alto para que nosotros pudiéramos oírlo—. Población real: siete mil doscientos seis; población oficial: cero. Los fundadores de este lugar, en una demostración de sabiduría, se negaron incluso a reconocer su existencia. Estas preciosas aguas por las que navegamos ahora mismo son conocidas como el Foso de la Pestilencia, y los residuos de las fábricas, las heces humanas y los cadáveres de animales que flotan perpetuamente en ellas no son la fuente solo de su nauseabunda fetidez, sino también de brotes de epidemias tan regulares que podrías programar la alarma de tu reloj para verlos, y son tan espectaculares que a toda esta área se le conoce también como «la capital del cólera». Y aún así... —Levantó un brazo envuelto en tela negra y señaló a una jovencita que bajaba una cubeta al agua—. Para muchas de estas almas desafortunadas, sirve como alcantarilla y como manantial.

—¡No es posible que esa chica vaya a bebérsela! —exclamó Emma, horrorizada.

—Lo hará dentro de unos días, cuando las partículas pesadas se asienten y pueda separar el líquido más claro de arriba.

Emma se echó hacia atrás.

—No...

—Sí. Es una pena —afirmó Sharon como si nada; después continuó soltando datos como si los recitara de un libro—. Las principales ocupaciones de los habitantes de este sitio son recoger basura y atraer a extraños al Acre para darles un trancazo en la cabeza y robarles. Para divertirse, ingieren los líquidos inflamables que tengan a mano y berrean a pleno pulmón. Las principales exportaciones de la zona son el desecho de hierro, la harina de hueso y la miseria. Algunos de sus monumentos históricos son...

—No tiene gracia —lo interrumpió Emma.

—¿Disculpa?

—¡He dicho que no tiene gracia! Estas personas sufren, ¡y tú te ríes a su costa!

—No me río a su costa —replicó Sharon vehementemente—. Les estoy dando una información muy valiosa que podría salvarles la vida. Pero si prefieren meterse en esa selva envueltos en la ignorancia...

—No, no lo preferimos —dijo—. Mi amiga lo siente mucho. Por favor, sigue.

Emma me fulminó con la mirada, y yo hice lo mismo. No era el momento de preocuparse por la corrección política, aunque Sharon sonara despiadado.

—Bajen la voz, por el amor de Hades —dijo Sharon, exasperado—. Bien, como iba diciendo..., algunos de sus monumentos más notables son la prisión de los expósitos de St. Rutledge, una institución pionera donde encarcelan a huérfanos antes de que tengan oportunidad de cometer algún crimen y así ahorran enormes gastos y problemas a la sociedad; el manicomio para lunáticos, charlatanes y criminales malvados de St. Barnabus, que funciona de forma voluntaria, con pacientes externos, así que casi siempre está vacío, y Smoking Street, que lleva ardiendo ochenta y siete

años por un fuego subterráneo que nadie se ha molestado en extinguir. Ah —dijo, señalando un espacio ennegrecido entre las casas de la orilla—. Ahí tienen uno de los extremos, que, como pueden ver, está completamente calcinado.

Había varios hombres trabajando allí, dando martillazos a un marco de madera. Supuse que estaban reconstruyendo una de las casas. Cuando nos vieron pasar se detuvieron para saludar a Sharon, que se limitó a hacer un tímido gesto con la mano, como si se avergonzara.

—¿Un amigo tuyo? —pregunté.

—Vagamente conocido —murmuró él—. La construcción de las horcas es el negocio familiar.

—¿Horcas? —preguntó Emma.

Los hombres volvieron al trabajo antes de que Sharon pudiera responder, cantando a gritos mientras blandían sus martillos:

—¡Oigan los golpes de martillo, oigan los clavos que no cesan! ¡Qué placer construir una horca, la cura de todos los males!

Si no hubiera estado tan horrorizado, tal vez me habría echado a reír.

Seguimos avanzando a buen ritmo por el Foso de la Pestilencia. Como unas manos que se cerraban a nuestro alrededor, parecía estrecharse con cada golpe de remo de Sharon; en ocasiones, de forma tan dramática que los puentes para cruzarlo eran innecesarios, pues prácticamente se podía saltar sobre el agua, de tejado en tejado; el cielo gris no era más que una grieta entre ellos, y la oscuridad oprimía todo lo que había debajo. Mientras tanto, Sharon seguía parlotando como un libro de texto que hubiera cobrado vida. En solo unos pocos minutos, nos había hablado de las tendencias de moda en el Acre del Diablo (los peluquines robados colgados de las hebillas del pantalón eran muy populares), de su producto interior bruto (siempre en negativo) y de la historia de su fundación a manos de unos pioneros criadores de gusanos a principios del siglo XII. Acababa de empezar a comentar los elementos más destacados de su arquitectura cuando Addison, que había estado retorciéndose a mi lado todo ese tiempo, lo interrumpió.

—Pareces conocer hasta el último detalle de este agujero infernal a excepción, claro está, de cualquier cosa que nos pueda resultar remotamente útil.

—¿Como qué? —preguntó Sharon, impacientándose.

—¿En quién podemos confiar aquí?

—Absolutamente en nadie.

—¿Cómo podemos encontrar a los peculiares que viven en este bucle? —preguntó Emma.

—Dudo que quieras saberlo.

—¿Dónde están los wights que retienen a nuestros amigos? —pregunté.

—Es malo para los negocios conocer cosas así —replicó Sharon sin inmutarse.

—¡Pues déjanos bajar de este maldito barco y los encontraremos nosotros mismos! —exclamó Addison—. Estamos malgastando un tiempo precioso, y tu plática inacabable me está dando sueño. ¡Te hemos contratado como barquero, no como institutriz!

Sharon soltó un bufido airado.

—Debería tirarlos al Foso por ser tan maleducados. Mi única razón para no hacerlo es cobrar las monedas de oro que me deben.

—¡Monedas de oro! —dijo Emma con repugnancia—. ¿Y qué hay del bienestar de tus compañeros peculiares? ¿Qué hay de la lealtad?

Sharon soltó una carcajada.

—Si me importaran ese tipo de cosas, llevaría muerto mucho tiempo.

—Y todos estaríamos más contentos —murmuró Emma, apartando la mirada.

Mientras hablábamos, unas volutas de niebla habían empezado a enredarse a nuestro alrededor. No se parecía nada a las neblinas grises de Cairnholm: aquella era grasienta, amarillenta, con el color y la consistencia de la crema de calabaza. Su aparición repentina pareció incomodar a Sharon, y, cuando nos impidió ver lo que había delante de nosotros, el barquero giraba continuamente la cabeza a un lado y al otro, como si pensara que nos esperaban problemas o buscara un sitio donde dejarnos tirados.

—Porras —farfulló—. Eso es una mala señal.

—Solo es niebla —dijo Emma—. No nos asusta la niebla.

—Tampoco a mí —dijo Sharon—, pero eso no es una niebla normal. Es niebla lóbrega y creada por el hombre. Suceden cosas horribles en la niebla lóbrega, así que debemos salir de ella lo antes posible.

Con un siseo nos dijo que nos cubriéramos, y obedecimos. Volví a mi mirilla secreta. Momentos después un barco emergió de la niebla lóbrega y pasó junto a nosotros, pero en dirección opuesta. Un hombre se ocupaba de los remos mientras una mujer permanecía sentada; aunque Sharon les deseó buenos días, ellos se limitaron a mirarlo fijamente y siguieron haciéndolo hasta que se alejaron y la niebla lóbrega volvió a tragárselos. Gruñendo por lo bajo, Sharon guio el barco hacia la orilla izquierda, donde había un pequeño embarcadero que apenas pude distinguir. Pero, cuando oímos pisadas en las planchas de madera y un murmullo de voces, Sharon se apoyó en su remo para alejarnos bruscamente.

Fuimos zigzagueando por la orilla, en busca de un lugar para atracar, pero cada vez que nos acercábamos, Sharon veía algo que no le gustaba y daba marcha atrás.

—Buitres —murmuró—, hay buitres por todas partes...

Yo no había visto nada, hasta que pasamos bajo un puente curvado, por donde cruzaba un hombre. Al pasar a la deriva por debajo de él, se detuvo y miró hacia abajo. Abrió la boca, tomó aire, como si fuera a pedir ayuda, pero en lugar de un grito, lo que le salió fue un chorro de espeso humo amarillo que lanzó hacia nosotros como agua de una manguera.

Me entró el pánico y aguanté la respiración. ¿Y si era gas venenoso? Sharon, sin embargo, no se estaba cubriendo la cara ni poniéndose una máscara, solo murmuraba «porras, porras» mientras el aliento del hombre nos rodeaba, se mezclaba con la niebla lóbrega y reducía nuestra visibilidad a cero. En pocos segundos, el puente sobre el que estaba el hombre y las orillas a ambos lados del río habían desaparecido.

Me destapé la cabeza (nadie podía vernos, de todos modos), y dije pausadamente:

—Cuando comentaste que esta niebla era creación del hombre, no creí que lo dijeras literalmente, pensaba que te referías a que salía de las chimeneas de una fábrica.

—Ay, Dios —dijo Emma, descubriéndose—. ¿Por qué lo hacen?

—Los buitres lanzan esta capa de humo lóbrego sobre el área para cubrir sus actividades —explicó Sharon— y cegar a sus presas. Por suerte para ustedes, no soy presa fácil.

Sacó el largo remo del agua, lo pasó por encima de nuestras cabezas, y con él dio golpecitos al ojo de madera de la proa del barco.

El ojo empezó a brillar como un faro antiniebla, perforando el humo lóbrego que se extendía ante nosotros. A continuación, volvió a sumergir el remo y se apoyó en él con todo su peso, giró el barco en un círculo lento y barrió el agua que nos rodeaba con su luz.

—Pero si están haciendo esto —dijo Emma— es porque son peculiares, ¿no? Y si son peculiares, tal vez sean amistosos.

—Los puros de corazón no acaban como piratas en el Foso —dijo Sharon; entonces detuvo el barco y nuestra luz iluminó a otro bote que se acercaba—. Vaya, hablando del rey de Roma...

Nosotros los veíamos con toda claridad, pero ellos estaban cegados por el resplandor de nuestra luz. No era una ventaja demasiado grande, pero, al menos, nos permitió estudiarlos antes de que tuviéramos que retirarnos bajo la lona. Eran dos hombres en un barco que doblaba el tamaño del nuestro.

El primer hombre controlaba un motor con hélice muy silencioso, y el segundo sostenía un garrote.

—Si son tan peligrosos —susurré—, ¿por qué los estamos esperando?

—Nos hemos adentrado demasiado en el Acre como para huir de ellos ahora, y con mi labia podemos salir de este apuro.

—¿Y si no lo consigues? ¿Y si no puedes? —dijo Emma.

—Pues quizá tengamos que echarnos a nadar.

Emma echó un vistazo al agua negra y aceitosa, y dijo:

—Antes muerta.

—Bueno, eso es decisión tuya. Ahora, les recomiendo que desaparezcan, niños, y que no muevan ni un músculo.

Volvimos a echarnos la lona sobre la cabeza. Un momento después una voz cordial exclamó:

—¡Ah del barco!

—¡Ah del barco! —replicó Sharon.

Oí remos en el agua y después noté una sacudida cuando el otro bote golpeó el nuestro.

—¿Qué te trae por aquí?

—Un viaje de placer, nada más —dijo Sharon, manteniendo la compostura.

—¡Pues hace buen día para eso! —replicó el hombre, riéndose.

El segundo hombre no estaba de humor para bromas.

—¿Quien está ayabajo? —gruñó, con un particular acento, casi indescifrable.

—Lo que llevo en mi barco es solo asunto mío.

—Toloque pasi pol Foso de la Pestlencia eh asunto nostro.

—Pues, si tanto les importa, no llevo más que cuerdas viejas y cacharros —dijo Sharon—. Nada interesante.

—Entonces no te importará que echemos un vistazo —repuso el primer hombre.

—¿Y qué hay de nuestro acuerdo? ¿Acaso no les he pagado este mes?

—Nanay dacuerdo —dijo el segundo—. Loh wights pagan cinco veses má po' unas buenah presas regordetas. Ah, y probes de nosotroh si se noh ejcapa alguna... Nos espera el pozo, o peor.

—¿Qué podría ser peor que el pozo? —dijo el primero.

—No quie' sabelo.

—A ver, caballeros, seamos razonables —dijo Sharon—. Tal vez sea el momento de renegociar. Puedo ser igual de competitivo que cualquiera...

Presas. Me estremecí a pesar de la calidez que desprendían las manos de Emma, que empezaban a calentarse. Esperaba que no tuviera que usarlas, pero aquellos dos hombres no parecían dispuestos a moverse, y temía que el parloteo del barquero no los detuviera el tiempo suficiente. Aunque una pelea sería un desastre. Aunque pudiéramos acabar con los hombres del barco, los buitres, como había dicho Sharon, estaban por todas partes. Imaginé cómo se formaba una multitud, que venía por nosotros en barcos, que nos disparaba desde las orillas o que saltaban sobre nosotros desde los puentes, y el miedo empezó a paralizarme. Por nada del mundo quería averiguar qué clase de «presas regordetas» buscaban.

Sin embargo, después oí un sonido esperanzador: el tintineo de monedas que

pasaban de una mano a otra; además, el segundo hombre dijo:

—¡Joh, el chacho sta forrao! Coneso miria a viví a la playa...

Pero mientras mis esperanzas crecían, noté un peso en el estómago. Una sensación que conocía bien se agarraba a mis entrañas, y me di cuenta de que llevaba un tiempo formándose lenta y gradualmente. Empezó como una comezón, después se convirtió en un dolor plano y ahora comenzaba a hacerse agudo: todos los indicios de que un espíritu hueco andaba cerca.

Pero no cualquier hueco: mi hueco.

La palabra me vino a la mente sin previo aviso ni precedente. Mío. O tal vez lo había entendido al revés. Tal vez yo le pertenecía a él.

Ninguna de las dos opciones era una garantía de seguridad. Suponía que quería matarme igual que cualquier otro hueco, solo que algo había detenido temporalmente ese deseo. Era la misma razón misteriosa por la que el hueco se había pegado a mí como un imán y mi brújula interna se había ajustado a él: ahora esa misma brújula me decía que el hueco estaba cada vez más cerca. Justo a tiempo para ver cómo nos atrapaban y mataban, o para acabar con nosotros él mismo. Entonces decidí que, cuando llegáramos a la costa a salvo, mi prioridad sería librarme de él de una vez por todas. Pero ¿dónde estaba? Si se encontraba tan cerca como parecía, tenía que habernos seguido a nado por el Foso, y, sin duda alguna, habría oído el estruendo de una criatura con siete brazos. Entonces la aguja de la brújula se movió y señaló hacia abajo: supe, y casi podía verlo, que estaba en el agua, debajo del barco. Al parecer, los huecos no necesitaban respirar a menudo. Un momento después, se oyó un ruido sordo, señal de que el hueco se había agarrado al casco del barco. Todos saltamos sorprendidos, pero yo era el único que sabía qué era. Deseé poder avisar a mis amigos, pero tenía que quedarme inmóvil, por mucho que lo único que nos separara del hueco fuera la madera del barco.

—¿Qué fue eso? —Oí que decía el primer hombre.

—No he oído nada —mintió Sharon.

«Suéltanos —articulé en silencio, con la esperanza de que el hueco pudiera oírme—. Vete y déjanos en paz».

En lugar de eso, oí cómo destrozaba la madera; me lo imaginé triturando el fondo del barco con sus largos dientes.

—Stá mu claro —dijo el segundo hombre—. ¡El tipo intenta dejarnos como didiotas, Reg!

—Eso creo yo también —dijo el primero.

—Les aseguro que nada más alejado de la realidad —desmintió Sharon—. Es solo este cochambroso barco mío. Hace tiempo ya que tengo que llevarlo a que le echen un vistazo.

—Olvídalo, ya no hay trato. Enséñanos qué llevas.

—O podrían permitirme aumentar mi oferta —ofreció Sharon—. Considérenlo una propina por su comprensión.

Los hombres discutieron en voz baja.

—Si lo dejásemos pasá y nos la cueca, nos espera el pozo. O peor.

«Vete, vete, VETE», rogué al hueco en mi idioma.

Bum, bum, bum, respondió él, dando golpes contra el casco.

—¡Aparta esa lona! —exigió el primer hombre.

—Por favor, no nos precipitemos...

Pero los hombres ya habían tomado una decisión. Nuestro barco se balanceó, como si alguien estuviera intentando subir a bordo. Se oyeron gritos y los tres hombres empezaron a forcejear. Oíamos las pisadas al lado de nuestras cabezas.

Me di cuenta de que ya no tenía sentido esconderse, y mis dos amigos parecían estar de acuerdo conmigo. Vi que los dedos de Emma brillaban con un resplandor cálido y que agarraba el borde de la lona.

—A la de tres —susurró ella—. ¿Preparados?

—Como un caballo de carreras —gruñó Addison.

—Esperen —dije—, primero deberían saber que debajo del barco hay...

Pero antes de que pudiera acabar la frase, uno de los hombres levantó la lona.

Los acontecimientos se sucedieron con rapidez. Addison mordió el brazo de quien nos había expuesto y Emma abofeteó al hombre sorprendido y le dejó la marca de los dedos calientes. Tropezó al retroceder y se zambulló en el agua con un grito. Sharon había caído al suelo durante la pelea, y el segundo hombre se cernía sobre él con un palo en alto. Addison saltó sobre este y se agarró a su pierna. El hombre se volvió hacia el perro, de modo que Sharon consiguió ponerse en pie de nuevo y golpearlo en el estómago. El hombre se encogió del dolor y Sharon lo desarmó con un hábil giro de su remo.

El hombre decidió marcharse mientras aún podía y volvió a saltar a su barco. Sharon arrancó el lienzo que cubría el motor de hélice, jaló la cuerda de ignición y nuestro barco se puso en marcha con un repiqueteo, justo cuando otro barco llegó a toda velocidad y se colocó a nuestra altura. En su interior había tres hombres más, uno armado con una pistola antigua que apuntaba directamente a Emma.

Le grité que se agachara al tiempo que la tiré al suelo, justo cuando sonó un disparo seguido de una bocanada de humo. Entonces, el hombre apuntó a Sharon, que se detuvo y levantó las manos.

Ese habría sido nuestro fin, me temo, si una retahíla de palabras extrañas no hubiera salido de mi garganta a borbotones. A pesar de que mis oídos ni siquiera las

reconocían, las pronuncié en voz alta.

«¡Hunde su barco! ¡Usa tus lenguas para hundir su barco!».

En el medio segundo que tardó todo el mundo en volverse hacia mí, el hueco se había desprendido del casco del bote y había lanzado sus lenguas contra el otro barco. Salieron disparadas del agua, se aferraron a la popa y dieron la vuelta a la embarcación con una repentina voltereta, de modo que los tres hombres salieron despedidos.

El barco volvió a caer aplastando a dos de ellos.

Sharon podría haber aprovechado la oportunidad para poner el motor a toda potencia y sacarnos de allí, pero permaneció congelado en el sitio, con las manos todavía levantadas.

«Ve por ese», dije, mirando al hombre con la pistola, que se agitaba en el agua.

Parecía que el hueco podía oírme, porque momentos después de decirlo, el hombre gritó y bajó la mirada; algo lo arrastró al fondo y desapareció sin más. Inmediatamente, el agua donde se había hundido se tiñó de rojo.

—¡No dije que te lo comieras! —exclamé, ahora en lengua humana.

—¿Qué esperas? —gritó Emma a Sharon—. ¡Vamos!

—Claro, claro —balbuceó el barquero.

Cuando consiguió salir de su estupor, bajó las manos y presionó el acelerador. El motor rechinó, Sharon agarró el timón y dio la vuelta en un giro ajustado, que nos hizo caer a Emma, a Addison y a mí uno encima de otro. El barco dio una sacudida y se lanzó hacia delante; a toda velocidad cruzamos espirales de niebla lóbrega, volviendo por donde habíamos venido.

Emma y yo nos miramos, y aunque el fuerte ruido del motor impedía oír cualquier otra cosa, creí leer miedo y fascinación en su rostro al mismo tiempo; sus ojos parecían decir: «Jacob Portman, eres increíble y aterrador a la vez». Ahora bien, cuando por fin dijo algo, solo pude entender una palabra: «¿Dónde?».

Dónde, eso me preguntaba yo también. Tenía la esperanza de que pudiéramos deshacernos del hueco mientras remataba al pirata del canal, pero mis tripas me decían ahora que nos seguía de cerca, probablemente usando una de sus lenguas como cuerda de remolque.

«Cerca», conseguí articular.

Le brillaron los ojos y ella asintió una vez, tajante: «Bien».

Me quedé desconcertado. ¿Por qué no estaba asustada? ¿Cómo no se daba cuenta de lo peligroso que era? El hueco había probado la sangre y había dejado una comida a medias para seguirnos. No podía imaginar qué tipo de maldad bullía en su interior. Pero la mirada de Emma y su media sonrisa me dieron fuerzas, y sentí que podía hacer cualquier cosa.

Nos acercábamos rápidamente al puente y al peculiar que lanzaba niebla lóbrega. Nos esperaba, de rodillas y apuntándonos con un rifle que había apoyado en el

pasamanos.

Nos agachamos. Oí dos disparos. Volví a levantar la mirada, observé a mis amigos y vi que nadie estaba herido.

Estábamos justo debajo del puente. Al cabo de un momento saldríamos de él y tendría otra oportunidad de dispararnos. No podía permitirlo.

Me di la vuelta y grité: «¡Puente!» en lengua de hueco, y la criatura pareció entender justo a qué me refería. El hueco lanzó hacia la superficie las dos lenguas que no usaba para aferrarse a nuestro barco y con un chasquido húmedo se agarraron a los endeble pilares del puente. Las tres lenguas se desenrollaron hasta que se quedaron tirantes, como una goma elástica forzada al límite. El hueco se vio obligado a salir del agua y quedó atado entre el barco y el puente como una estrella de mar.

El barco se detuvo tan rápidamente como si alguien hubiera jalado el freno de emergencia; todos caímos hacia delante sobre el suelo. El puente crujió y se balanceó; el peculiar que nos apuntaba perdió el equilibrio y dejó caer la pistola. Pensé que o bien el puente cedía o bien lo haría el hueco, que chillaba como un cerdo, pues parecía estar a punto de partirse por la mitad; pero mientras el peculiar se esforzaba por recuperar el arma, parecía que el puente iba a aguantar, lo que significaba que había renunciado a nuestro impulso y velocidad a cambio de nada. Ahora ni siquiera éramos blancos móviles.

«¡Suelta!», grité al hueco, en su lengua esta vez.

No lo hizo: esa cosa no me dejaría por voluntad propia. Así que me apresuré hacia la parte trasera del barco, y me apoyé sobre la proa. Una de sus lenguas estaba enrollada en el timón.

Recordé que Emma había conseguido que un hueco la soltara con solo tocar su lengua, así que le pedí que quemara el timón. Lo hizo y, aunque casi se cayó por la borda, el hueco chilló y se desenganchó.

Fue como soltar una resortera. El hueco se alejó por los aires y se estrelló contra el puente con gran estrépito; toda la estructura se tambaleó y se desplomó en el agua.

Al mismo tiempo, la parte trasera de nuestro barco se resquebrajó, y el motor, de nuevo sumergido, nos impulsó hacia delante. La repentina aceleración nos hizo caer como bolos. Sharon consiguió aferrarse al timón, levantarse y, a la desesperada, evitó que chocáramos contra una de las paredes del canal. Salimos volando por el centro del Foso, dejando una estela negra, en forma de V a nuestro paso.

Me mantuve agachado por si seguían volando las balas, pero parecía que ya no estábamos en peligro inmediato.

Habíamos dejado atrás a los buitres y no se me ocurría cómo podrían conseguir alcanzarnos.

Sin resuello, Addison dijo:

—Era la misma criatura del metro, ¿verdad?

Me di cuenta de que había estado aguantando el aliento y, por fin, lo solté con una exhalación. Después, asentí. Emma me miraba, a la espera de que les explicara algo más, pero yo aún estaba procesando lo que había ocurrido, todos y cada uno de mis nervios seguían estremecidos por lo que acababa de suceder. Había una cosa que sí sabía: casi lo había controlado. Era como si, tras cada encuentro, pudiera colarme más y más en el centro neurálgico del espíritu hueco. Las palabras llegaban más fácilmente, a mi lengua le parecían menos extrañas y el hueco oponía menos resistencia. Incluso así, era como un tigre al que había conseguido ponerle una correa de perro. En cualquier momento podía decidir darse la vuelta y pegarme un buen mordisco, a cualquiera de nosotros, en realidad. Y, aun así, por razones que escapaban a mi comprensión, no lo había hecho.

Me pasó por la cabeza que, quizá, si lo intentaba una o dos veces más, podría hacerme con el control de mi don. Y entonces... y entonces... Dios mío, qué idea.

Entonces seríamos imparables.

Volví a mirar lo que quedaba del puente, polvo y madera que giraban en el aire, donde hacía solo unos momentos estaba la estructura. Entre las ruinas, busqué alguna señal de vida, pero solo vi un montón de basura inerte. Intenté sentir algo, pero no notaba nada excepto un enorme vacío. Entonces la niebla enlodada se cerró tras nosotros y nos impidió ver nada más.

Justo cuanto necesitaba un monstruo, se había matado.

El barco se sacudió cuando Sharon aminoró la velocidad y se inclinó hacia la derecha, atravesando la niebla lóbrega, que cada vez era más tenue, poniendo rumbo a una cuadra de edificios horribles. Se levantaban junto al agua, formando una enorme pared sin grietas; más que casas, parecían el muro exterior de un laberinto o de una fortaleza, con muy pocos puntos de entrada. Nos dejamos llevar sigilosamente, en busca de una forma de entrar. Emma fue quien consiguió localizar una, aunque tuve que forzar la vista para darme cuenta de que era algo más que un juego de sombras.

Lllamarlo callejón habría sido exagerado. Era como la abertura de un desfiladero, estrecho como el filo de una navaja, no más ancho que un hombre de pared a pared, y cincuenta veces más alto; la entrada estaba marcada por una escalera cubierta de musgo, pegada a la orilla. No podía ver qué había delante, pues el pasaje desaparecía tras una curva y se sumía en una oscuridad sin sol.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Donde los ángeles no se aventuran —replicó Sharon—. No era el lugar donde pensaba dejarlos, pero ahora nuestras opciones son limitadas. ¿Están seguros de que no deberían irse del Acre sin más? Aún hay tiempo.

—Muy seguros —dijeron Emma y Addison al unísono.

A mí, en cambio, me habría encantado debatir el asunto, pero era demasiado tarde para dar marcha atrás. En los últimos días había dicho que o recuperaba a mis amigos o moría en el intento. Había llegado el momento de demostrarlo.

—En ese caso, todos a tierra —dijo Sharon con frialdad. Recuperó la cuerda de amarre de debajo de su asiento, la lanzó hacia la escalera y nos acercó a la orilla—. Todos fuera, por favor. Miren bien por dónde pisan. Esperen, dejen que los ayude.

Sharon trepó por la escalera resbaladiza, medio carcomida, con la destreza de alguien que lo hubiera hecho muchas veces. Una vez arriba, se arrodilló y nos tendió la mano. Emma fue la primera, después levanté a un nervioso Addison, que no dejaba de moverse. Cuando llegó mi turno, mi estúpido orgullo me hizo trepar por la escalera sin aceptar la mano de Sharon, y casi me resbalo.

En cuanto todos estuvimos a salvo en tierra, Sharon bajó por la escalera. Había dejado el motor encendido.

—Espera un minuto —dijo Emma—. ¿Adónde vas?

—¡Lejos de aquí! —replicó Sharon, saltando de la escalera a su barco—. ¿Les importaría lanzarme esa cuerda?

—¡De ninguna manera! Primero debes decirnos adónde hemos de ir. ¡No tenemos ni idea de dónde estamos!

—No me dedico a hacer de guía por tierra. Soy estrictamente un guía acuático.

Nos miramos sin dar crédito.

—¡Danos, al menos, alguna indicación! —le imploré.

—O aún mejor, un mapa —dijo Addison.

—¡Un mapa! —exclamó Sharon, como si fuera la cosa más estúpida que hubiera oído jamás—. En el Acre del Diablo hay más pasadizos de ladrones, túneles para asesinos y guaridas ilegales que en el mundo entero. ¡Es imposible hacer un mapa! Ya, dejen de actuar como niños y devuélvanme mi cuerda.

—¡No hasta que nos digas algo útil! —exigió Emma—. Como el nombre de alguien a quien podamos pedir ayuda... y que no intente vendernos a los wights.

Sharon se echó a reír.

Emma lo miró desafiante.

—Tiene que haber alguien.

Sharon hizo una reverencia...

—¡Estás hablando con él! —Subió hasta la mitad de la escalera y arrebató la cuerda de las manos de Emma—. Ya basta. Adiós, niños. Estoy seguro de que jamás volveré a verlos.

Y sin añadir nada más, se subió a su barco..., pero en cuanto puso un pie dentro, lo metió en un charco de agua que le llegaba hasta el tobillo. Soltó un grito agudo y se inclinó a mirar. Al parecer, los disparos que habíamos esquivado habían causado unos

cuantos agujeros en el casco del barco, y ahora este tenía agua.

—¡Miren lo que hicieron! ¡Mi barco está hecho pedazos!

A Emma le brillaron los ojos.

—¿Qué hemos hecho?

Sharon realizó una rápida inspección y concluyó que los desperfectos eran graves.

—¡Estoy perdido! —anunció con gran dramatismo; después apagó el motor, dobló su remo para que fuera del tamaño de un bastón y subió de nuevo la escalera—. Me voy a buscar a alguien cualificado que repare mi barca —dijo, pasando como una exhalación a nuestro lado—. Y ustedes no me van a seguir.

Lo seguimos en fila india hasta el estrecho corredor.

—¿Y por qué no? —gritó Emma.

—¡Porque están malditos! ¡Traen mala suerte! —Sharon agitó el brazo detrás de él, como si espantara moscas—. ¡Lárguense de aquí!

—¿Que nos larguemos?

Emma corrió hacia Sharon y lo agarró por el codo. Este se giró y se soltó. Por un segundo pensé que iba a golpearla con la mano que tenía levantada. Me preparé para saltar sobre él, pero la mano se quedó en el aire, como un aviso.

—He hecho esta ruta más veces de las que puedo contar, y ni una sola me han atacado piratas del canal. Nunca me había visto obligado a desvelar mi tapadera y a usar mi motor de gasolina. Y nunca antes mi barco había resultado dañado. Causan demasiados problemas y no me compensa, simple y llanamente. No quiero tener nada más que ver con ustedes.

Mientras hablaba, yo miraba de reojo el canal que se extendía tras él. Aunque mis ojos no se habían acostumbrado todavía a la oscuridad, lo que conseguí distinguir era aterrador: serpenteante y laberíntico, flanqueado por umbrales sin puertas que se abrían como bocas sin dientes; además, siniestros sonidos le insuflaban vida: murmullos, golpes, pasos apresurados. Incluso en ese momento sentía que unos ojos hambrientos nos observaban y que se afilaban cuchillos.

No podíamos quedarnos allí solos. Nuestra única opción era suplicar.

—Pagaremos el doble de lo que prometimos —dije.

—Y te arreglaremos el barco —añadió Addison.

—¡A quién le importa su maldito dinero! —exclamó Sharon—. ¿Es que no se dan cuenta de que esto es mi ruina? ¿Cómo voy a volver al Acre del Diablo? ¿Creen que los buitres me dejarán alguna vez en paz, después de que unos clientes míos hayan matado a dos de los suyos.

—¿Qué querías que hiciéramos? —dijo Emma—. ¡Teníamos que defendernos!

—No sean simplones. No habrían forzado la situación si no hubiera sido por... por ese... —Sharon me miró y bajó la voz hasta que solo fue un susurro—: ¡Podrías haber mencionado antes que eres un aliado de las criaturas de la noche!

—Bueno —empecé a explicarme incómodo—. Yo no diría que la palabra «aliado» sea la más precisa.

—Prácticamente no temo a nadie ni a nada en este mundo, pero tengo como norma mantener la distancia con los monstruos que devoran almas... Y, al parecer, hay uno que te sigue como un sabueso. Y supongo que llegará en cualquier momento, ¿no?

—No es probable —respondió Addison—. ¿Acaso no recuerdas que, hace tan solo un momento, le cayó un puente en la cabeza?

—Sí, bueno, uno pequeñito —dijo Sharon—. Ahora, si me disculpan, tengo que ir a negociar un barco.

Y, sin más, se marchó apresuradamente.

Antes de que pudiéramos alcanzarlo, había doblado una esquina, y para cuando llegamos allí, Sharon había desaparecido, tal vez se había desvanecido en uno de esos túneles que había mencionado. Nos quedamos allí plantados, girando sobre nosotros mismos, confundidos y asustados.

—¡No puedo creer que nos haya abandonado sin más! —exclamé.

—Tampoco yo —replicó Addison con frialdad—. De hecho, no creo que lo haya hecho, me da la impresión de que esto es parte de la negociación.

El perro se aclaró la garganta, se sentó sobre las patas traseras y, mirando hacia los tejados, su voz empezó a retumbar:

—¡Estimado señor! Nuestra intención es rescatar a nuestros amigos y a nuestras ymbrynes y, recuerde mis palabras, lo haremos... Cuando lo hagamos, ellas sabrán cómo nos has ayudado y recibirás su entera gratitud. —Hizo una pausa para dar énfasis a sus palabras. A continuación, siguió—: ¡Qué más da la compasión! ¡Al diablo la lealtad! Si eres tan inteligente y ambicioso como creo, reconocerás una oportunidad extraordinaria en cuanto la veas. Ya estamos en deuda contigo, pero sablear unas cuantas monedas de oro a niños y animales es una minucia comparado con lo que podrías conseguir si varias ymbrynes tuvieran que compensarte. ¡Tal vez te gustaría tener tu propio bucle, tu patio de recreo particular, sin ningún otro peculiar que lo estropee! En cualquier momento y lugar: una isla tropical en una época de paz imperturbable o un humilde pozo en época de peste. Como prefieras.

—¿De verdad podrían hacerlo? —susurré a Emma.

Emma se encogió de hombros, sin saber qué decir.

—¡Imagina las posibilidades! —continuó Addison, entusiasmado.

Su voz resonó en las calles. Esperamos alguna respuesta, aguzando el oído.

En alguna parte, dos personas discutían.

Una tos perruna.

Alguien arrastraba algo pesado por unas escaleras.

—Bueno, el discurso no ha estado mal —dijo Emma con un suspiro.

—Olvídate de él —dije, mirando las callejuelas que se extendían a izquierda, derecha y al frente—. ¿Por dónde vamos?

Elegimos una callejuela al azar, la que estaba delante, y empezamos a bajar por ella. Cuando solo habíamos dado diez pasos, oímos una voz que decía:

—Yo no iría por allí. Ese es el callejón de los caníbales, y no es solo un apodo gracioso.

Sharon estaba detrás de nosotros, con las manos en las caderas como un entrenador.

—La edad ha debido de ablandarme el corazón —explicó—. Eso o me falla la cabeza.

—Entonces, ¿vas a ayudarnos? —preguntó Emma.

Empezó a caer una lluvia suave. Sharon miró hacia arriba, para sentir el agua en su cara oculta.

—Conozco a un abogado aquí. En primer lugar, quiero que firmen un contrato donde reconozcan lo que me deben.

—Vale, vale —dijo Emma—. Pero ¿nos ayudarás?

—Después, tengo que ver cómo arreglo mi barco.

—¿Y?

—Entonces, les ayudaré, sí. Aunque no puedo prometer ningún resultado y quiero dejar claro, desde el principio, que creo que están locos.

No conseguimos darle las gracias a causa de todo lo que nos había hecho pasar.

—Ahora, quédense cerca de mí y sigan todas mis instrucciones al pie de la letra. Han matado a dos buitres hoy, y vendrán por ustedes. Háganme caso.

Estuvimos de acuerdo.

—Si los agarran, no me conocen. Nunca me han visto.

Asentimos al unísono.

—Y pase lo que pase, nunca, bajo ningún concepto, toquen una gota de ambrosía, o les juro que nunca saldrán de este lugar.

—No tengo ni idea de qué es eso —dije. Y a juzgar por sus expresiones, Emma y Addison estaban igual de perdidos que yo.

—Ya lo averiguarán —respondió Sharon con voz lúgubre, y con un giro de su capa, se dio media vuelta y se adentró en el laberinto.

## TRES

**J**usto antes de sacrificar a una vaca en un matadero moderno, es conducida por un intrincado laberinto. Las curvas cerradas y las esquinas ciegas impiden que el animal pueda ver lo que hay delante de él para que no se dé cuenta hasta los últimos pasos de dónde acaba su viaje, cuando el laberinto se estrecha abruptamente y un collar metálico se cierra en torno a su cuello. No obstante, mientras los tres corríamos hacia el corazón del Acre del Diablo tras los pasos de Sharon, yo sabía lo que se nos venía encima, aunque no estuviera seguro ni de cuándo ni de cómo deberíamos enfrentarnos a ello. Con cada paso y cada giro nos adentrábamos más en un nudo del que temía que no volviéramos a salir.

El aire fétido no se movía, su única salida era una grieta de cielo sobre nuestras cabezas.

Las paredes estaban llenas de protuberancias y fisuras; algunas partes eran tan estrechas que estaban manchadas de grasa negra de quienes habían pasado antes, y teníamos que ponernos de lado. Allí no había nada natural, nada verde, nada vivo excepto los canallas que huían corriendo y los aparecidos con ojos inyectados en sangre que acechaban tras los umbrales de las puertas y bajo las rejillas de la calle; con toda seguridad, se habrían ido sobre nosotros si no hubiera sido por nuestro enorme y altísimo guía envuelto en su capa oscura. Estábamos siguiendo a la parca en persona hasta el mismo infierno.

Giramos y volvimos a girar. Cada pasadizo parecía exactamente igual que el anterior. No había señales ni carteles. O Sharon se orientaba gracias a una memoria increíble o se movía completamente al azar, intentando librarse de los piratas del canal que pudieran estar persiguiéndonos.

—¿De verdad sabes adónde vamos? —le preguntó Emma.

—¡Por supuesto que sí! —ladró Sharon, doblando una esquina, sin girarse a mirar. Entonces se detuvo, volvió sobre sus pasos y cruzó una puerta que estaba por

debajo del nivel de la calle.

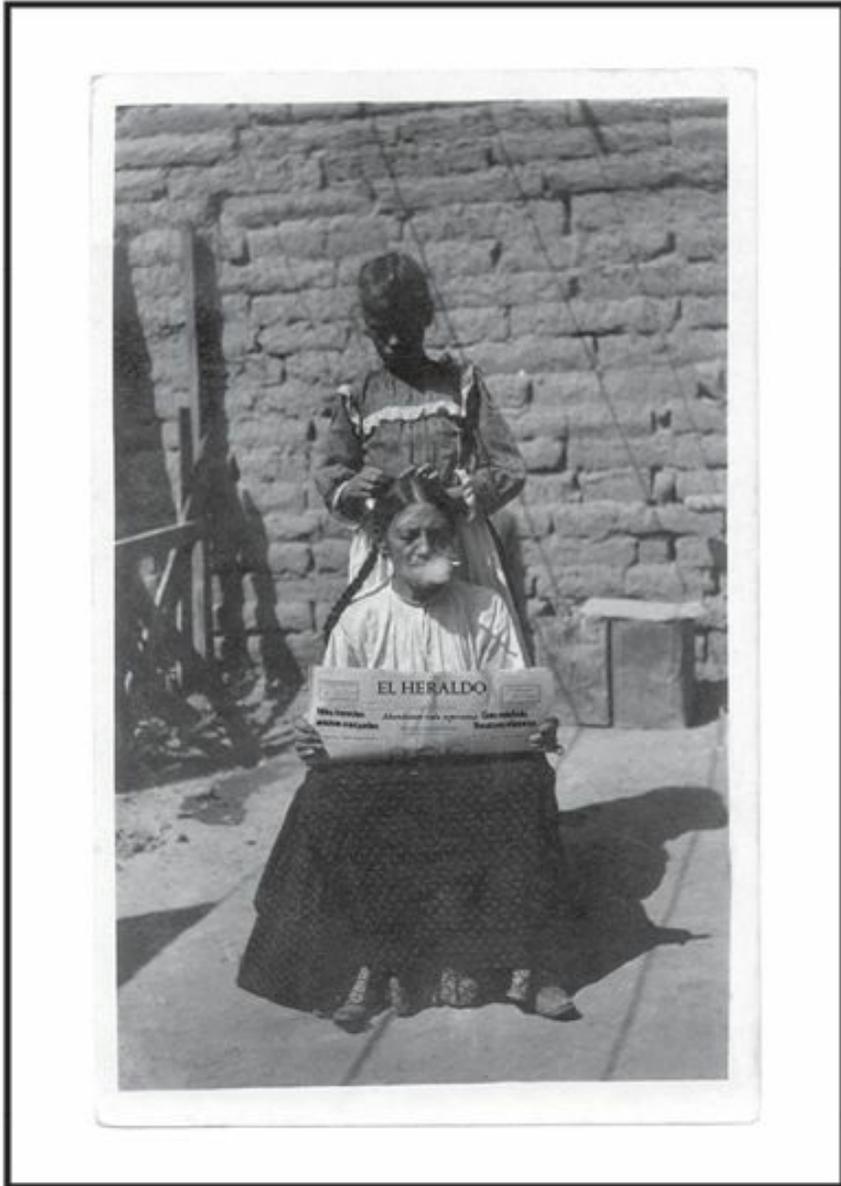
En el interior había un sótano frío y húmedo, de menos de dos metros de altura e iluminado por el resplandor amarillento de una luz amarillenta.

Recorrimos agachados un pasadizo subterráneo; el suelo estaba lleno de huesos de animales, el techo nos rozaba la cabeza, y pasamos por delante de cosas que procuré ignorar: había una figura tirada en una esquina, gente que dormía en montones miserables de paja, un chico vestido con harapos yacía en el suelo con un cubilete para pedir limosna atado a la muñeca. Al final, el pasillo parecía abrirse a una habitación, y junto a un par de ventanas mugrientas, que daban algo de luz, dos lavanderas estaban arrodilladas, tallando ropa en un charco apestoso de agua de la Fosa.

Entonces subimos más escalones y salimos, gracias a Dios, a un patio vallado que compartían varios edificios. En alguna otra realidad, podría haber incluido una alegre zona de hierba o una pequeña glorieta, pero aquello era el Acre del Diablo, y el patio no era más que un vertedero y una pocilga. Olas de basura rancia que habían ido tirando desde las ventanas rompían contra los edificios y en el centro había un corral de madera desvencijado, construido sobre el lodo. Allí, un chico delgado custodiaba a un cerdo todavía más flaco, el único que había. Junto a un muro de lodo, una mujer estaba sentada, fumando y leyendo un periódico mientras una chica joven permanecía de pie a su lado, quitándole piojos del pelo. La mujer y la chica no se inmutaron cuando pasamos corriendo, pero el chico nos amenazó con los picos de una horqueta. Cuando quedó claro que no teníamos ningún interés en el cerdo, el chico se dejó caer exhausto.

Emma se detuvo en medio del patio y alzó la mirada hacia las cuerdas que colgaban entre los canalones de los tejados. Volvió a señalar que las manchas de sangre de nuestra ropa nos hacían parecer criminales y sugirió que deberíamos cambiarnos. Sharon replicó que los asesinos rara vez llamaban la atención allí y le metió prisa; pero ella lo detuvo al recordarle que un wight del metro nos había visto con la ropa manchada de sangre y se lo había comunicado a sus camaradas, de modo que resultaba muy fácil identificarnos. En realidad, creo que se sentía incómoda porque empezaba a apestar a la sangre de otra persona. Yo también, de hecho. Y si conseguíamos encontrar a nuestros amigos, no quería que nos vieran así.





Sharon asintió con un gruñido. Nos había estado llevando hacia una valla en un extremo del patio, pero cambió su rumbo y nos condujo al interior de uno de los edificios. Subimos dos, tres y hasta cuatro tramos de escaleras, hasta que incluso Addison jadeaba; después cruzamos una puerta tras Sharon y llegamos a una habitación pequeña y escuálida. Una rotura en el techo había dejado entrar la lluvia, que caía sobre el descansillo, curvando el suelo. El moho negro crecía en las paredes. En una mesa, junto a una ventana ahumada, dos mujeres y una chica sudaban sobre máquinas de coser, que accionaban con el pie.

Sharon se dirigió a las mujeres con una voz grave y estentórea.

—Necesitamos ropa —bramó, haciendo temblar las delgadas paredes.

Levantaron sus pálidas caras. Una de las mujeres tomó una aguja de coser y la agarró como si fuera un arma.

—Por favor —dijo ella.

Sharon se retiró un poco la capucha, de modo que solo las costureras pudieran verle la cara. Ahogaron un grito, gimieron y se desmayaron sobre la mesa.

—¿De verdad era necesario? —dije.

—No estrictamente —replicó Sharon, volviendo a ponerse la capucha—. Pero era conveniente.

Las costureras estaban haciendo camisas y vestidos simples de retazos. Los trozos de tela que usaban estaban amontonados por el suelo, y las prendas resultantes, con más parches y remiendos que el monstruo de Frankenstein, estaban colgadas en una cuerda en la ventana. Mientras Emma la enrollaba, miré distraído la habitación. Claramente era más que un simple espacio de trabajo: las mujeres también vivían allí. Había una cama ensamblada con madera reutilizada. Eché un vistazo en una olla que estaba sobre el fuego y vi los restos de una sopa miserable: piel de pescado y hojas de repollo. Sus tibios intentos de decoración consistían en un ramillete de flores secas, una herradura clavada en el marco de la chimenea y un retrato enmarcado de la reina Victoria, y, de algún modo, transmitían más tristeza que si no hubiera habido adorno alguno.

En aquel lugar la desesperación era tangible, lo empapaba todo, incluso el aire. Nunca había tenido que enfrentarme a una miseria tan extrema. ¿Cómo era posible que seres peculiares aceptaran llevar esas vidas descompuestas? Cuando Sharon recogió un montón de camisas colgadas en la ventana, se lo pregunté. Casi pareció ofendido.

—Los peculiares jamás aceptarían verse reducidos a esto. Estas personas no son más que vulgares moradores de este tugurio, atrapados en una repetición inacabable del día en que se hizo este bucle. Los normales ocupan los bordes supurantes del Acre, pero el corazón nos pertenece a nosotros.

Eran normales. No solo eso, eran normales atrapados en un bucle, como los que

vivían en Cairnholm, y a quienes los niños más crueles solían atormentar cuando jugaban a Asaltar el Pueblo. Eran parte del decorado, igual que el mar o los acantilados, me dije; pero, aun así, me sentí mal por robar a aquellas mujeres de rostro ajado, que vivían enterradas en retazos.

—Estoy segura de que reconoceremos a los peculiares cuando los veamos — afirmó Emma, mientras rebuscaba entre una pila de vestidos sucios.

—Desde luego —dijo Addison—. La sutileza nunca ha sido el punto fuerte de nuestros semejantes.

Me quité la camisa ensangrentada y la cambié por la alternativa menos sucia que pude encontrar, el tipo de prenda que te darían en un campo de prisioneros; sin cuello y a rayas, con mangas desiguales y hecha de una tela más áspera que el papel de lija. Pero era de mi talla, y la complementé con un simple abrigo negro que encontré en el respaldo de una silla. Vestido así, tenía el aspecto de un lugareño.

Nos dimos la vuelta mientras Emma se ponía un vestido largo hasta los pies.

—No sé cómo voy a correr con este atuendo —gruñó.

Tomó un par de tijeras de la mesa de las costureras y empezó a modificar el vestido con el mismo cuidado que un carnicero, rasgándolo hasta que lo cortó por la altura de las rodillas.

—Mucho mejor —dijo, contemplando complacida el resultado de su obra en el espejo—. Queda un poco andrajoso, pero...

Sin pensar, dije:

—Horace puede hacerte uno mejor. —De algún modo, había olvidado que nuestros amigos no estaban esperándonos en la habitación de al lado—. Bueno..., si volvemos a verlo...

—Déjalo —me detuvo Emma.

Su enorme tristeza afloró y, por un momento, pareció totalmente perdida en ella; después, se dio media vuelta, soltó las tijeras y se acercó decidida a la puerta. Cuando se volvió para mirarnos de nuevo, su expresión se había endurecido.

—Vamos. Ya hemos malgastado bastante tiempo.

Emma tenía la increíble capacidad de convertir la tristeza en rabia y la rabia en acción, lo que significaba que nada podía detenerla durante mucho rato. Entonces, Addison y yo, junto con Sharon, que probablemente se acababa de dar cuenta de con quién estaba tratando, la seguimos fuera de la habitación y bajamos las escaleras.

El Acre del Diablo, o su centro peculiar al menos, era solo un cuadrado de diez o veinte cuadras. Cuando salimos del taller, levantamos un tablón suelto de una valla y nos introdujimos en un pasadizo asfixiante. Este desembocaba en otro que era menos

sofocante, y ese llevaba a otro que era incluso un poquito más amplio, y aquel, por último, a una callejuela lo suficientemente ancha para que Emma y yo pudiéramos caminar uno al lado del otro. Seguían ensanchándose, como arterias que se relajan tras un ataque al corazón, hasta que llegamos a algo que, de verdad, podría considerarse una calle, con ladrillos rojos en la calzada y banquetas a los lados.

—Atrás —susurró Emma.

Nos acurrucamos tras una esquina y nos asomamos como si fuéramos una guerrilla, con las cabezas muy juntas.

—¿Qué crees que estás haciendo? —dijo Sharon.

Él seguía en la calle y parecía más preocupado de que pudiéramos avergonzarnos de ser asesinados.

—Busco lugares para tender emboscadas y rutas de escape —afirmó Emma.

—Nadie va a tender ninguna emboscada —replicó Sharon—. Los piratas solo actúan en tierra de nadie. No vendrán a buscarnos aquí: esto es la avenida Libertina.

Ciertamente, había un cartel en la calle que indicaba eso mismo, el primero que había visto en el Acre del Diablo. En una caligrafía extravagante se leía: «Avenida Libertina. Absténganse de la piratería».

—¿Piden a los piratas que se abstengan? —pregunté—. Y ¿qué se hace aquí con los asesinatos? ¿Se desaprueban frunciendo el ceño?

—Creo que el asesinato se «tolera con reservas».

—¿Hay algo que sea ilegal aquí? —preguntó Addison.

—Las multas por devolver un libro tarde a la biblioteca son duras. Diez latigazos al día, y eso para los de bolsillo.

—¿Hay una biblioteca?

—Dos. Aunque una de ellas no hace préstamos, porque todos los ejemplares están encuadernados en piel humana y son bastante valiosos.

Salimos de detrás de la pared y miramos desconcertados a nuestro alrededor. Había imaginado que, en tierra de nadie, nos encontraríamos con la muerte en cada esquina, pero todo parecía indicar que la avenida Libertina era un paraíso del orden cívico. A ambos lados de la calle había pulcras tienditas, con carteles, escaparates y departamentos en los pisos superiores. Los tejados y los cristales estaban perfectamente cuidados. En la calle también había personas que paseaban solas o en parejas, deteniéndose de vez en cuando para entrar en una tienda o para mirar un escaparate. No iban vestidos con harapos. Y tenían la cara limpia. No todo lo que allí había era nuevo y reluciente, pero las superficies envejecidas y los parches de pintura le daban un aspecto artesano, curtido por el tiempo, que resultaba pintoresco e, incluso, encantador. Si mi madre hubiera visto fotografías de la avenida Libertina en una de esas revistas de viajes que hojeaba y se amontonaban en la mesa de café de nuestra casa, habría dicho que era lindísima y se habría lamentado de que mi padre y

ella nunca hubieran disfrutado de unas auténticas vacaciones europeas. «Anda, Frank, vamos».

La decepción de Emma era palpable.

—Esperaba algo más siniestro.

—Yo también —dijo—. ¿Dónde están las guaridas de asesinos y los estadios para deportes sangrientos?

—No sé qué cosas se le habrán ocurrido a su desbocada imaginación sobre lo que ocurre por aquí —explicó Sharon—, pero nunca he oído hablar de una guarida de asesinos. Y en cuanto a los estadios de deportes sangrientos, solo hay uno: el de Derek, en Oozing Street. Es un buen tipo, Derek. Aunque me debe cinco...

—¿Y los wights? —dijo Emma—. ¿Qué hay de nuestros amigos secuestrados?

—No levanten la voz —susurró Sharon—. En cuanto me haya ocupado de mis cosas, buscaremos a alguien que pueda ayudarlos. Hasta entonces, no repitan eso a nadie.

Emma se encaró a Sharon.

—Entonces no me hagas repetirlo. Aunque valoramos tu ayuda y tu experiencia, las vidas de nuestros amigos tienen fecha de caducidad. No pienso quedarme de brazos cruzados y perder el tiempo simplemente para evitar erizar algunas plumas.

Sharon la miró desde su altura y enmudeció durante un momento. Entonces, dijo:

—Todos tenemos una fecha de caducidad. Si yo fuera tú, no tendría tanta prisa por averiguar cuál es.

Fuimos en busca del abogado de Sharon. Pero enseguida se empezó a impacientar.

—Habría jurado que su despacho estaba en esta calle —dijo, dándose la vuelta—. Aunque hace años que no lo veo. Tal vez se haya mudado.

Sharon decidió seguir buscando por su cuenta y nos dijo que no nos moviéramos.

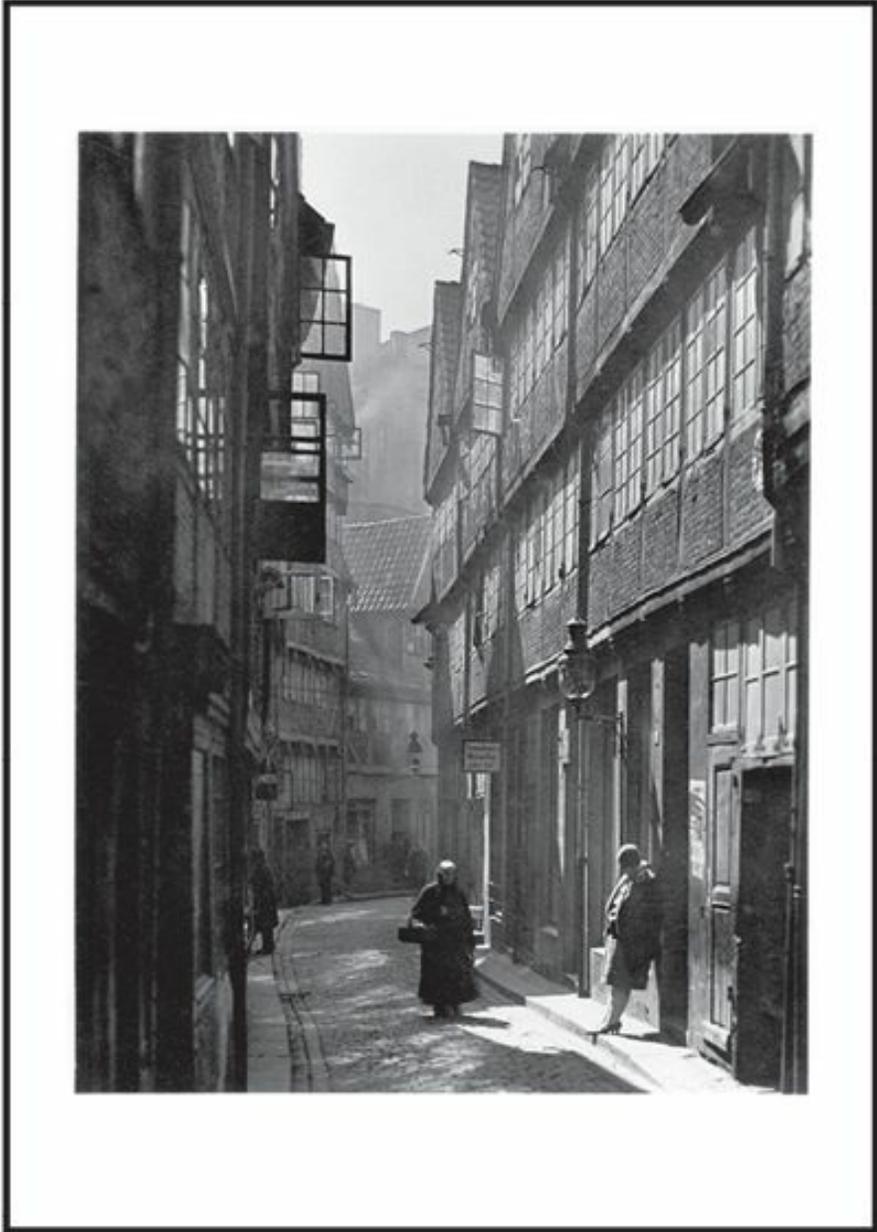
—Volveré dentro de unos pocos minutos. No hablen con nadie.

Se alejó a grandes zancadas, y nos dejó solos. Nos apiñamos nerviosos en la banqueta, sin saber qué hacer con nosotros mismos. La gente se quedaba mirándonos al pasar.

—Nos ha tomado bien el pelo, ¿no? —dijo Emma—. Después de todo lo que nos había dicho, estaba convencida de que este lugar sería un nido de criminalidad, pero a mí me parece igual que cualquier otro bucle. De hecho, aquí la gente parece más normal que cualquier peculiar que haya visto, casi como si les hubieran extirpado toda característica distintiva. Resulta más que nada aburrido.

—Tienes que estar bromeando —dijo Addison—. Nunca he visto un lugar más vil o repugnante.

Ambos lo miramos sorprendidos.



—¿Por qué dices eso? —preguntó Emma—. Pero si aquí solo hay tienditas.

—Sí, pero fíjense qué venden.

Hasta ese momento no lo habíamos hecho. Justo detrás de nosotros había un escaparate, tras el cual esperaba un hombre de mirada apesadumbrada y una barba en cascada. Cuando vio que tenía nuestra atención, hizo un gesto con la cabeza casi imperceptible, sacó un cronómetro y apretó un botón del lateral. En ese mismo momento se congeló y su imagen se volvió borrosa. Segundos después se movió sin moverse: desapareció y reapareció de forma instantánea en la esquina contraria del escaparate.

—Vaya —dije—. Un buen truco.

Lo hizo por segunda vez y se volvió a teletransportar a la otra esquina. Mientras estaba allí de pie, fascinado, Emma y Addison pasaron al siguiente escaparate. Me uní a ellos y me encontré con un montaje semejante, solo que, detrás de ese cristal, había una mujer con un vestido negro que sujetaba en una mano un largo collar de cuentas.

Cuando se dio cuenta de que la mirábamos, cerró los ojos y extendió los brazos como si anduviera sonámbula. Empezó a pasarse las cuentas lentamente entre los dedos, una a una. Yo estaba tan concentrado en el collar que tardé unos segundos en darme cuenta de que algo raro le ocurría a su cara: con cada bolita que pasaba, cambiaba sutilmente. Al pasar una cuenta, la palidez de su piel se iluminó. Con la siguiente, se le afinaron los labios. Después su pelo se volvió rojizo. Con el efecto acumulativo, después de pasar varias docenas de cuentas, su cara se volvió completamente diferente y dejó de ser una abuela morena y de rasgos redondos para convertirse en una pelirroja de nariz afilada. Era a la vez fascinante y perturbador. Cuando acabó su número, me volví hacia Addison.

—No lo entiendo —dije—. ¿Qué se supone que venden?

Antes de que el perro pudiera responder, un preadolescente llegó a toda prisa y me obligó a tomar un par de tarjetas.

—¡Dos por una, solo hoy! —exclamó—. ¡No se rechaza ninguna oferta razonable!

Di la vuelta a las tarjetas. En una de ellas estaba la foto del hombre cronómetro, y en el reverso se leía «J. Edwin Bragg, biubicacionista». En la otra, había una foto de la dama de las cuentas en trance, y se leía «G. Fünke, mujer de las mil caras».

—¡Largo de aquí! ¡No nos interesa comprar! —dijo Emma.

El chico torció el gesto y se marchó corriendo.

—Bien, ¿entiendes ya qué venden? —preguntó Addison.

Recorrí la calle con la mirada. Había personas como el hombre cronómetro y la dama del collar de cuentas en casi cada escaparate de la avenida Libertina: peculiares dispuestos a mostrar sus habilidades con solo mirar en su dirección.

Me atreví a adivinar la respuesta.

—Se venden... ¿a sí mismos?

—Exactamente —replicó Addison.

—Y eso... es malo—dije, de nuevo, tanteando el terreno.

—Sí, claro —respondió tajante Addison—. Es ilegal en todo el mundo peculiar, y por buenas razones.

—La peculiaridad de cada uno es un don sagrado —afirmó Emma—. Venderlo rebaja la parte más especial de todos nosotros.

Sonaba como si estuviera repitiendo de memoria una perorata que le hubieran estado inculcando desde una edad muy temprana.

—Ah, vale.

—No te veo convencido —dijo Addison.





—Supongo que no veo qué daño puede hacer. Por ejemplo, si necesito los servicios de una persona invisible y ella necesita dinero, ¿por qué no podemos llegar a un acuerdo?

—Pero tú te riges por unos buenos principios morales, y eso te distingue del noventa y nueve por ciento de la humanidad —dijo Emma—. ¿Y si una mala persona, o simplemente alguien con unos principios morales más comunes, quisiera comprar los servicios de un peculiar invisible?

—El peculiar invisible debería decir que no.

—Pero no siempre es blanco o negro —argumentó Emma—. Y venderte erosiona tu brújula moral. Enseguida te verás inmerso en la parte más tenebrosa del área gris sin darte cuenta y harás cosas que jamás habrías hecho si no te pagaran por ello. Y si alguien está muy desesperado, podría venderse a cualquiera, sin importarle cuáles son las intenciones del comprador.

—A un wight, por ejemplo —puntualizó Addison.

—Bueno, sí, eso sería horrible —respondí—. Pero ¿de verdad creen que un peculiar haría algo así?

—¡No seas iluso! —exclamó Addison—. Mira este sitio. Probablemente sea el único bucle de Europa que los wights no han destruido. Y ¿por qué crees que es así? Pues porque les resulta extremadamente útil tener a toda una población de traidores e informadores absolutamente dispuestos a cumplir sus órdenes.

—Tal vez sería prudente que no hablaras tan alto —dije.

—Tiene sentido —continuó Emma—. Debían de tener informantes peculiares infiltrados en nuestros bucles. ¿De qué otro modo iban a saber tantas cosas? Las entradas, las defensas, los puntos débiles... Que supieran todo eso solo se explica con gente así.

Miró con resentimiento alrededor, y por la expresión de su cara parecía que hubiera bebido leche agria.

—Desde luego que no se rechaza ninguna oferta razonable —masculló Addison—. Traidores, todos y cada uno de ellos. ¡Deberían colgarlos!

—¿Qué te pasa, corazón? ¿Tienes un mal día?

Nos dimos la vuelta y vimos a una mujer detrás de nosotros. (¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Qué había oído?) Iba vestida de forma elegante, como una dama de negocios de los cincuenta (falda hasta la rodilla y zapatos negros de tacón bajo), y fumaba un cigarrillo con hastío. Llevaba el pelo esponjado y su acento eran tan plano y americano como las llanuras del medio oeste.

—Soy Lorraine —se presentó—, y ustedes son nuevos en la ciudad.

—Estamos esperando a alguien —dijo Emma—. Estamos de vacaciones.

—¡No hace falta que digas nada más! —dijo Lorraine—. Yo también estoy de vacaciones. Desde hace cincuenta años.

Se rio y dejó a la vista los dientes manchados de pintalabios.

—No duden en acudir a mí si necesitan algo. Lorraine tiene la mejor selección de la avenida Libertina, todo el mundo lo sabe.

—No, gracias —repuse.

—No tienes de qué preocuparte, corazón. No muerden.

—No estamos interesados.

Lorraine se encogió de hombros.

—Solo pretendía ser amable. Parecían un poco perdidos, nada más.

Estaba a punto de marcharse, pero algo de lo que dijo había despertado el interés de Emma.

—¿Una selección de qué?

Lorraine se dio la vuelta y esbozó una sonrisa untuosa.

—Viejos, jóvenes. Toda clase de talentos. Algunos de mis clientes solo quieren ver un espectáculo y nada más, pero otros tienen necesidades específicas. Nos aseguramos de que todo el mundo se vaya contento.

—El chico dijo que no, gracias —dijo Addison, malhumorado.

Parecía estar a punto de soltar una bronca a la mujer cuando Emma se puso delante de él y dijo:

—Me gustaría mirar.

—¿Qué? —dije yo.

—Quiero mirar —respondió Emma en un tono seco—. Muéstrame el espectáculo.

—Solo atendemos las peticiones serias —advirtió Lorraine.

—Perfecto, yo voy muy en serio.

No sabía qué tramaba Emma, pero confiaba lo bastante en ella para seguirle la corriente.

—¿Qué les pasa? —preguntó Lorraine a la vez que nos lanzaba una mirada dudosa a Addison y a mí—. ¿Son siempre tan maleducados?

—Sí. Pero son buenos chicos.

Lorraine nos miró de soslayo como si estuviera calculando cuánto le costaría echarnos de su local por la fuerza en caso de ser necesario.

—¿Tú qué sabes hacer? —me preguntó—. ¿Puedes hacer algo?

Emma se aclaró la garganta y me miró con los ojos muy abiertos. Supe al instante lo que intentaba decirme: «¡Miente!».

—Antes podía hacer levitar lápices y cosas —dije—, pero ahora ya ni siquiera consigo que se levanten sobre un extremo. Creo que estoy... estropeado o algo así.

—Puede pasarle a cualquiera. —Miró a Addison—. ¿Y tú?

Él puso los ojos en blanco.

—¿Ser un perro que habla te parece poco?

—¿Y eso es todo lo que sabes hacer? ¿Hablar?

—Tal parece, sí —no pude evitar decir.

—No sé por quién debería sentirme más insultado —se quejó Addison.

Lorraine le dio una última calada a su cigarrillo y después lo tiró.

—Muy bien, queridos. Síganme.

La mujer echó a andar. Nosotros nos quedamos atrás un momento y departimos entre susurros.

—¿Qué pasa con Sharon? —les pregunté—. Dijo que esperaríamos aquí.

—Solo será un minuto —prometió Emma—. Y tengo el presentimiento de que ella sabe mucho más que Sharon acerca del escondrijo de los wights.

—¿Y crees que va a ofrecernos esa información de manera voluntaria? —le preguntó Addison.

—Ya veremos —dijo Emma, y se dio la vuelta para seguir a Lorraine.

El local de Lorraine no tenía ventanas ni cartel, solo una puerta lisa con una campana plateada atada a una cadena. Tocó la campana. Esperamos mientras se descorrían una serie de cerrojos desde el interior, y entonces la puerta se abrió solo una rendija. Entre las sombras vimos el brillo de un ojo ante nosotros.

—¿Carne fresca? —preguntó una voz masculina.

—Clientes —replicó Lorraine—. Déjanos pasar.

El ojo desapareció y la puerta se abrió del todo. Entramos a un recibidor formal, donde esperaba el portero para echarnos un vistazo. Llevaba un abrigo enorme de cuello alto y un sombrero de fieltro de ala ancha, tan inclinado hacia abajo que lo único que podíamos ver de su rostro eran dos ojos diminutos y la punta de su nariz. Nos bloqueó el paso mientras nos observaba desde las alturas.

—¿Y bien? —dijo Lorraine.

Por lo que pareció, el hombre acabó decidiendo que no suponíamos ninguna amenaza.

—De acuerdo.

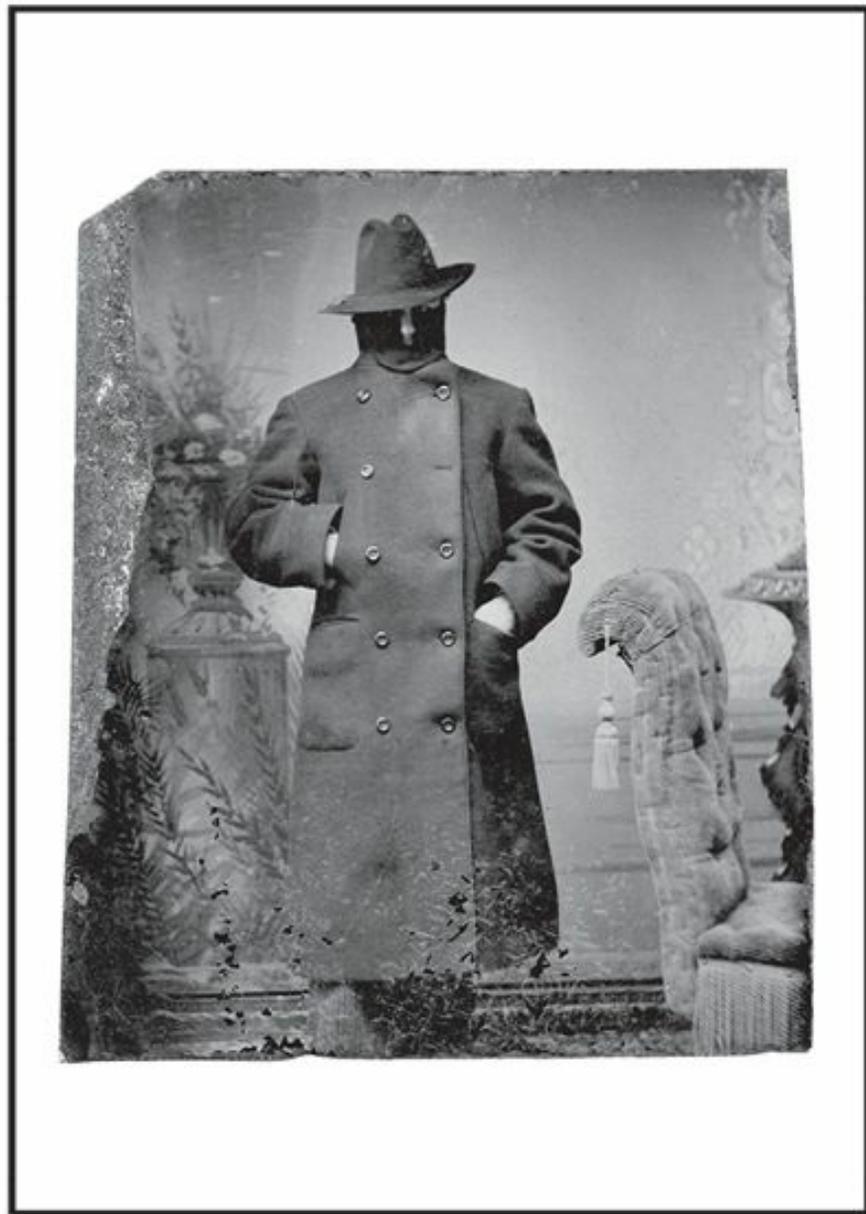
Se hizo a un lado, cerró la puerta con llave tras pasar nosotros y nos siguió mientras Lorraine nos guiaba por un largo pasillo.

Llegamos a un salón poco iluminado en el que parpadeaban lámparas de aceite. Se trataba de un sórdido lugar con delirios de grandeza: las paredes estaban forradas de adornos de voluta y cortinas de terciopelo, el techo abovedado estaba pintado con dioses griegos bronceados ataviados con túnicas y había columnas de mármol enmarcando la entrada.

Lorraine le hizo un gesto con la cabeza al portero.

—Gracias, Carlos.

Carlos se retiró a la parte de atrás de la sala. Lorraine se aproximó a una pared cubierta por un telón y jaló una cuerda, tras lo que la tela se deslizó para desvelar una gran hoja de recio cristal. Nos acercamos para echar una ojeada y a través de él vimos otra habitación. Se parecía mucho a la sala en la que estábamos, pero más pequeña, y con gente tirada en sillas y sofás, algunos leyendo y otros echando un sueñito.



Conté un total de ocho. Algunos eran mayores, con las sienes plateadas. Dos, un niño y una niña, tenían menos de diez años. Observé que todos eran prisioneros. Addison iba a hacer una pregunta, pero Lorraine hizo un gesto de impaciencia.

—Las preguntas luego, por favor.

Entonces se encaminó hasta el cristal, tomó un tubo conectado a la pared que había detrás y se comunicó por el extremo.

—¡Número trece!

Al otro lado del cristal, el niño más pequeño se puso de pie y se acercó arrastrando los pies. Llevaba cadenas en manos y pies, y era el único peculiar que vestía algo parecido al atuendo de un prisionero: un traje a rayas y una gorra con el número trece bordado en grandes caracteres. Aunque no podía tener más de diez años, presentaba el vello facial de un hombre: una barba tupida y triangular y unas cejas como dos orugas selváticas, con un par de ojos fríos y calculadores debajo de ellas.

—¿Por qué está encadenado de esa manera? —pregunté—. ¿Es peligroso?

—Ahora lo verás —respondió Lorraine.

El niño cerró los ojos. Parecía estar concentrándose. Después de un momento, empezó a surgir pelo de los bordes de su gorra, que fue descendiendo por su frente. También le creció la barba, retorciéndose conforme crecía y ondulándose como una serpiente encantada.

—¡Por las garzas celestiales! —exclamó Addison—. Qué extraña maravilla.

—Ahora fíjense bien —aconsejó Lorraine sonriente.

El número trece levantó las manos engrilletadas. La punta de su barba encantada se dirigió hacia la cerradura, olisqueó el orificio de la llave y se introdujo dentro. El niño abrió los ojos y miró hacia delante inexpresivo. Al cabo de unos diez segundos, la barba rizada se tensó y empezó a vibrar, emitiendo una nota musical tan alta que traspasó el cristal.

El candado se abrió y las cadenas se cayeron de sus muñecas. Hizo una pequeña reverencia. Yo tuve que resistir el impulso de aplaudir.

—Puede abrir cualquier cerradura del mundo —explicó Lorraine con una pizca de orgullo—. Es único, igual que los demás. Uno de ellos puede leer el pensamiento con gran habilidad. Otra puede atravesar las paredes hasta el hombro. Resulta más útil de lo que parece, se los aseguro. Esta niñita de aquí sale volando si bebe suficiente refresco.

—¿En serio? —dijo Addison con la voz engolada.

—Estará encantada de demostrárselos —aseguró Lorraine, e invocó a la niña hasta el escaparate a través del tubo.

—No hace falta —masculló Emma entre dientes.

—Es su trabajo —repuso Lorraine—. ¡Cinco, acércate!

La niñita se dirigió hasta una mesa provista de botellas, escogió una que estaba

llena de un líquido púrpura y la apuró de un largo trago. Después de vaciarla, dejó la botella, soltó un hipido delicado y se sentó en una silla con respaldo de mimbre. Tras un momento volvió a hipar y sus pies ascendieron desde el suelo, girando hacia arriba mientras que su cabeza permanecía a la misma altura. Al tercer hipido, sus pies se habían elevado en un ángulo de noventa grados y flotaba tendida de espaldas en el aire, con el único apoyo del respaldo de la silla debajo de su cuello. Creo que Lorraine esperaba una reacción mayor por nuestra parte, pero, por muy impresionados que estuviéramos, éramos unas tumbas.

—Un público difícil —sentenció a la vez que despedía a la niña.

—Bien —dijo tras dejar el tubo y volverse hacia nosotros—, si nada de lo que han visto les interesa, tengo acuerdos de préstamo con otros establos. Sus opciones no se limitan a lo que han visto aquí.





—Establos. —Emma repitió la palabra. Su voz sonó plana, pero sabía que bajo la superficie hervía de ira—. ¿Entonces admites tratarlos como animales?

Lorraine estudió a Emma durante un momento. Después desvió la mirada hacia el hombre del abrigo que hacía guardia detrás.

—Claro que no —respondió—. Se trata de activos de alto rendimiento. Están bien alimentados, bien descansados, entrenados para actuar bajo presión, y tan puros como la nieve. La mayoría ni siquiera ha tocado nunca una gota de ambro, tengo los documentos que lo demuestran en mi despacho. También podrías preguntarles a ellos mismos. ¡Número trece y número cinco! —gritó por el tubo de comunicación—. Vengan a decirle a esta gente qué les parece estar aquí.

Los niños se levantaron y se acercaron a la ventana arrastrando los pies. El muchacho levantó el tubo.

—Nos encanta estar aquí —respondió robóticamente—. Mamá nos trata muy bien.

Le pasó el tubo a la niña.

—Nos gusta hacer nuestro trabajo. Nos... —se quedó callada, intentando recordar algo que había aprendido y olvidado—. Nos gusta trabajar —musitó.

Lorraine los despidió con un gesto de irritación.

—Ya lo vieron. Ahora puedo ofrecerles otra demostración de uno o dos más, pero después voy a necesitar algún tipo de pago por adelantado.

—Me gustaría ver esos documentos —dijo Emma a la vez que le dirigía una mirada al hombre del abrigo—. Los que tienes en el despacho.

Sus manos, cerradas en puños a los lados, empezaban a enrojecerse. Me di cuenta de que debíamos irnos antes de que las cosas se pusieran feas. No valía la pena entablar una lucha para conseguir cualquier información que pudiera poseer esa mujer, y en cuanto a rescatar a los niños... Bueno, por cruel que sonara, ya teníamos nuestros propios niños a los que rescatar.

—En realidad no va a ser necesario —dije, tras lo que me acerqué a Emma y susurré—: Volveremos a ayudarlos más adelante. Debemos priorizar.

—Los documentos —remachó ella sin hacerme ningún caso.

—No hay problema —replicó Lorraine—. Pasen a mi despacho y hablemos claro.

Entonces Emma fue y no hubo manera discreta de detenerla.

El despacho de Lorraine consistía en un escritorio y una silla embutidos en un vestidor. Acababa de cerrar la puerta cuando Emma se abalanzó sobre ella y la empotró en la pared. Lorraine maldijo y llamó a Carlos a gritos, pero se calló cuando Emma le acercó una mano a la cara que resplandecía de temperatura como la resistencia de un horno. En la blusa de Lorraine humeaban dos huellas ennegrecidas donde Emma le había puesto las manos.

Se oyó un golpe en la puerta y un gruñido desde el otro lado.

—Dile que estás bien —le encomendó Emma en voz baja y acerada.

—¡Estoy bien! —dijo ella con rigidez.

La puerta traqueteó detrás de su espalda.

—Díselo otra vez.

—¡Piérdete! —Esta vez fue más convincente—. ¡Estoy haciendo negocios!

Otro gruñido, y después pasos que se alejaban.

—Estás cometiendo una gran estupidez —le dijo Lorraine—. Nadie que me haya robado ha vivido para contarlo.

—No queremos dinero —respondió Emma—. Vas a responder a unas cuantas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Sobre las personas que hay ahí fuera. ¿Crees que te pertenecen?

Lorraine frunció el ceño.

—¿De qué va esto?

—Esa gente. Esos niños. Los compraste. ¿Crees que son tuyos?

—Yo nunca he comprado a nadie.

—Los compraste y ahora los vendes. Eres una esclavista.

—No es así como funciona. Vinieron a mí por su propia voluntad. Soy su agente.

—Eres su proxeneta —bufó Emma.

—Se habrían muerto de hambre sin mí. O se los habrían llevado.

—¿Quiénes?

—Ya sabes quiénes.

—Quiero oírlo de tus labios.

La mujer soltó una carcajada.

—No sería buena idea.

—¿Ah, no? —dije, adelantándome un paso—. ¿Por qué no?

—Tienen oídos por todas partes, y no les gusta que se hable de ellos.

—Ya he matado wights antes —afirmé—. No les tengo miedo.

—Entonces eres un idiota.

—¿La muerdo? —preguntó Addison—. Me encantaría hacerlo. Solo un poquito.

—¿Qué pasa cuando se llevan a la gente? —dije sin hacerle caso.

—Nadie lo sabe —contestó ella—. He intentado descubrirlo, pero...

—Seguro que has hecho un gran esfuerzo —repuso Emma.

—A veces vienen aquí —prosiguió Lorraine—. De compras.

—De compras —coreó Addison—. Bonita manera de decirlo.

—Para utilizar a mi gente. —Miró a su alrededor. Bajó la voz hasta un susurro—. Los odio. Nunca sabes cuántos van a querer ni durante cuánto tiempo. Pero les das lo que piden. Yo me quejaría, pero... no puedes quejarte.

—Seguro que no te quejas cuando te pagan —respondió Emma con desprecio.

—Apenas es suficiente a cambio de lo que les hacen pasar. Intento esconder a los pequeños cuando oigo que van a venir. Los devuelven llenos de magulladuras, con la memoria borrada. Yo les pregunto: «¿Dónde han estado? ¿Qué les han hecho?», pero los niños no se acuerdan de nada. —Negó con la cabeza—. Y tienen pesadillas, unas pesadillas terribles. Después de eso resulta difícil venderlos.

—Debería venderte a ti —la amenazó Emma, lívida, temblorosa—. Pero tampoco es que nadie fuera a pagarme ni medio penique.

Me metí los puños en los bolsillos para evitar que salieran volando contra Lorraine. Aún teníamos que sacar más cosas de ella.

—¿Qué hay de los peculiares que secuestran en otros bucles? —le pregunté.

—Los transportan en camiones. Antes era algo poco habitual. Últimamente sucede todo el tiempo.

—¿Ha pasado alguno hoy? —quise saber.

—Hace un par de horas. Apostaron guardias armados por todas partes, cortando la calle. Han hecho un buen espectáculo.

—¿No suelen hacerlo así?

—Normalmente, no. Supongo que aquí se sienten seguros. Esta última entrega debía de ser importante.

Eran ellos, pensé. Un estallido de emoción recorrió mi cuerpo, pero se esfumó de inmediato cuando Addison se lanzó sobre Lorraine.

—¡Seguro que se sienten muy seguros aquí —renegó— rodeados de perfectos traidores!

Lo agarré por el collar y lo sujeté.

—¡Cálmate!

Addison se debatió conmigo, y durante un momento pensé que iba a morderme la mano, pero al final se relajó.

—Hacemos lo que debemos para sobrevivir —siseó Lorraine.

—Nosotros también —respondió Emma—. Ahora dínos adónde se dirigen esos camiones, y si nos mientes, o si resulta ser una trampa, volveré y te derretiré las fosas nasales. —Levantó un dedo ardiente justo encima de la nariz de Lorraine—. ¿Entendido?

Casi podía imaginarme a Emma haciéndolo. Estaba sondeando un profundo pozo de odio que no había llegado a ver nunca antes en ella, y por muy útil que resultara en situaciones como esa, también daba un poco de miedo. No me gustaba pensar en lo que sería capaz de hacer si contara con la motivación suficiente.

—Se van a su parte del Acre —dijo Lorraine, apartando la cabeza del dedo caliente de Emma—. Más allá del puente.

—¿Qué puente? —le preguntó ella, acercándole más el dedo.

—Al final de Smoking Street. Pero no se molesten en cruzarlo a no ser que

quieran acabar con la cabeza clavada en una estaca.

Supuse que eso era todo lo que íbamos a conseguir de Lorraine. Ahora teníamos que decidir lo que haríamos con ella. Addison quería morderla. Emma quería trazar una E sobre su frente con un dedo incandescente para marcarla como esclavista de por vida. Al final los convencí para no hacer ninguna de ambas cosas, en su lugar la amordazamos con un cordel de sogas de las cortinas y la atamos a la pata del escritorio. Estábamos a punto de marcharnos dejándola allí cuando se me ocurrió una última cosa que quería saber antes de irme.

—¿Qué les pasa a los peculiares que secuestran?

—¡Mmmf!

Le aparté la mordaza.

—Ninguno ha escapado para contarlo. Pero hay rumores.

—¿Sobre qué?

—Algo peor que la muerte. —Nos dedicó una sonrisa llena de babas—. Supongo que tendrán que averiguarlo, ¿verdad?

En cuanto abrimos la puerta del despacho, el hombre del abrigo cargó contra nosotros desde el otro lado del recibidor con algo pesado en la mano alzada. Antes de que pudiera alcanzarnos, se oyó un grito de alarma amortiguado desde el despacho, tras lo que se detuvo y se desvió para atender a Lorraine. Después de que traspasara el umbral, Emma cerró la puerta a sus espaldas y derritió la cerradura hasta convertirla en un desecho inútil. Eso nos dio un minuto o dos.

Addison y yo corrimos a toda prisa hacia la salida. A mitad de camino me di cuenta de que Emma no nos seguía. Estaba golpeando la ventana de los aposentos de los peculiares esclavizados.

—¡Podemos ayudarlos a escapar! ¡Muéstrenme dónde está la puerta!

Se volvieron perezosamente para mirar, acomodados en sus divanes y sofás cama.

—¡Lancen algo para romper el cristal! —los urgía Emma—. ¡Deprisa!

Ninguno se movió. Parecían confundidos. Tal vez no creyeran que fuera posible rescatarlos, o puede que no quisieran ser rescatados.

—Emma, no podemos esperar. —La tomé del brazo.

Pero ella no pensaba rendirse.

—¡Por favor! —gritó a través del tubo—. ¡Por lo menos suelten a los niños!

Alaridos a grito pelado desde el interior del despacho. La puerta se agitó en sus bisagras. Emma golpeó el cristal con el puño, frustrada.

—Pero ¿qué es lo que les pasa?

Miradas aturdiditas. Los niños se echaron a llorar.

Addison jaló del dobladillo del vestido de Emma con los dientes.

—¡Tenemos que irnos!

Emma dejó caer el tubo comunicador y se dio la vuelta con amargura.

Alcanzamos la puerta a toda prisa y salimos a la acera. Había caído una niebla espesa y amarillenta que lo cubría todo como una gasa y ocultaba un lado de la calle del otro. Cuando llegamos al final de la cuadra pudimos oír los bramidos de Lorraine detrás de nosotros, pero no la vimos; fuimos doblando una esquina tras otra hasta que creímos que la habíamos perdido. Nos detuvimos para recuperar el aliento en una calle desierta junto a una fachada clausurada con tablas.

—Se llama síndrome de Estocolmo —dije—. Y se produce cuando los secuestrados se identifican con sus captores.

—Creo que solo estaban asustados —repuso Addison—. ¿Adónde habrían podido huir? Todo este lugar es una cárcel.

—Los dos se equivocan —dijo Emma—. Estaban drogados.

—Pareces muy segura —indiqué.

Se apartó el pelo que le había caído sobre los ojos.

—Cuando trabajaba en el circo, después de escaparme de casa, una vez una mujer se me acercó al final de uno de mis espectáculos de tragafuegos. Dijo que sabía lo que era, que conocía a otros como yo y que podría ganar mucho más dinero si trabajaba para ella. —Emma dirigió la mirada hacia la calle, con las mejillas sonrojadas tras la carrera—. Le dije que no quería. Ella siguió insistiendo. Cuando por fin se fue, estaba furiosa. Esa misma noche me desperté en la parte trasera de una carreta amordazada y esposada. No podía moverme ni pensar con claridad. Fue Miss Peregrine quien me rescató. Si no me hubiera encontrado al día siguiente cuando se detuvieron para cambiarle las herraduras al caballo podría haber acabado como ellos. —Señaló hacia atrás con la cabeza, por donde habíamos venido.

—Nunca me lo habías contado —musité.

—No me gusta hablar del tema.

—Lamento mucho que te pasara eso —dijo Addison—. Esa mujer de antes... ¿fue ella quien te secuestró?

Emma se lo pensó durante un momento.

—Pasó hace mucho tiempo. He borrado las peores partes de los recuerdos en mi cabeza, incluido el rostro de mi secuestradora. Pero hay algo que sí que sé. Si me hubieran dejado sola con esa mujer, no estoy segura de haberme detenido antes de quitarle la vida.

—Todos tenemos nuestros demonios —dije.

Me apoyé en una ventana trabada, a la vez que me invadía una súbita oleada de cansancio. ¿Cuánto tiempo llevábamos despiertos? ¿Cuántas horas habían pasado desde que Caul había descubierto su tapadera? Daba la sensación de que hubieran sido

días y, sin embargo, no podían haber pasado más de diez o doce horas. A partir de entonces, cada momento había sido una guerra, una pesadilla de lucha y terror sin fin. Sentía que mi cuerpo se acercaba al colapso. El pánico era lo único que me mantenía en pie y cuando empezaba a desvanecerse, también lo hacía yo.

Me permití cerrar los ojos durante una brevísima fracción de segundo. Incluso en aquel pequeño paréntesis negro me esperaban los horrores. Un espectro de muerte eterna, inclinado sobre el cuerpo de mi abuelo, supurando aceite por los ojos mientras lo devoraba. Esos mismos ojos con los mangos gemelos de las tijeras de jardín clavados en ellos, hundiéndose en una tumba pantanosa con un aullido. El rostro crispado de dolor de su amo, cayendo al vacío entre gritos, con un disparo en las tripas. Yo ya había matado a mis demonios, pero las victorias eran breves; enseguida se habían alzado otros para reemplazarlos.

Abrí los ojos ante un rumor de pasos a mis espaldas, al otro lado de la ventana sellada. Me aparté de un salto y me di la vuelta. Aunque el negocio estaba abandonado, había alguien dentro y se estaba acercando.

Allí estaba otra vez: el pánico. Volvía a estar despierto. Los demás también habían oído el ruido. Por instinto colectivo, nos escondimos detrás de una pila de leña. Miré la entrada entre los troncos y leí el cartel desteñido que colgaba sobre la puerta:

«MUNDAY, DYSON Y STRYPE, ABOGADOS. ODIADOS Y TEMIDOS DESDE 1666».

Se descorrió un cerrojo y la puerta se abrió lentamente. Entonces apareció una capucha negra familiar: Sharon. Miró a los lados, pensó que no había moros en la costa y se volvió para cerrar con llave. Mientras se escabullía en dirección a la avenida Libertina, deliberamos entre murmullos si debíamos ir tras él. ¿Seguíamos necesiéndolo? ¿Se podía confiar en él? La respuesta para ambas preguntas era la misma. Tal vez. ¿Qué había estado haciendo en ese local cerrado? ¿Era el abogado del que nos había hablado? ¿Por qué tanto sigilo? Demasiadas preguntas, demasiadas incertidumbres respecto a él. Decidimos que nos las arreglaríamos sin él. Nos quedamos quietos y vigilamos hasta que adquirió un aspecto fantasmagórico entre la niebla y desapareció.

Emprendimos la marcha en busca de Smoking Street y el puente de los wights. Como preferíamos evitarnos otro encuentro impredecible, decidimos ponernos a buscar sin pedir indicaciones. La tarea se hizo más sencilla cuando descubrimos los carteles con los nombres de las calles del Acre, que se encontraban ocultos en los rincones más inconvenientes (en la parte posterior de los bancos públicos a la altura de la rodilla, colgando de lo alto de los faroles, inscritos en gastados adoquines a nuestros pies), pero incluso con su ayuda nos equivocamos de camino más veces que

acertamos. El Acre parecía estar diseñado para volver locos a quienes estaban atrapados dentro de él. Había calles que acababan en muros solo para continuar en otra parte. Calles con curvas tan cerradas que giraban en espiral sobre sí mismas. Calles que no tenían nombre o que tenían dos o tres. Ninguna estaba tan limpia y cuidada como la avenida Libertina, donde era evidente que se había hecho un esfuerzo por crear un entorno agradable para la clientela del mercado de carne peculiar —una idea que me revolvió el estómago después de haber visto la mercancía de Lorraine y de escuchar la historia de Emma.

En nuestro deambular fui familiarizándome con la geografía única del Acre y conociendo las cuadras más por su carácter que por sus nombres. Cada calle era distinta, con las tiendas agrupadas entre ellas por tipos. Doleful Street contaba con dos funerarias, un médium, un carpintero que trabajaba en exclusiva con «madera de ataúd reutilizada», una compañía de plañideros profesionales para funerales que trabajaban como barberos los fines de semana y un contable fiscal. Oozing Street exhibía una extraña alegría, con maceteros colgados en los alféizares y casas pintadas de brillantes colores; incluso el matadero que había en la calle era de un atractivo color azul como los huevos del petirrojo, y tuve que resistir la tentación de entrar y pedir que me hicieran una visita guiada. Periwinkle Street, por el contrario, era una cloaca. Había una alcantarilla abierta que recorría la calle por el centro, una agresiva población de moscas y banquetas que rebosaban de verdura putrefacta, propiedad de un frutero miserable que anunciaba en un cartel que podía devolverle su frescura con un beso.

Attenuated Avenue solo medía quince metros de largo y tenía un único negocio: dos hombres que vendían refrigerios que sacaban de una cesta en un trineo. A su alrededor había montones de niños clamando limosna, y Addison se coló para husmear entre sus pies en busca de trozos de comida. Estaba a punto de llamarlo cuando uno de los dos hombres gritó:

—¡Carne de gato! ¡Tenemos carne de gato hervida!

Entonces volvió trotando por su cuenta, con el rabo entre las piernas, gimoteando.

—Nunca más volveré a comer, nunca...

Llegamos a Smoking Street desde Upper Smudge. Cuanto más nos acercábamos, más podrida parecía la cuadra, con sus bajos comerciales abandonados, sus banquetas cada vez más desiertas, el pavimento ennegreciéndose con las corrientes de ceniza que se levantaban a nuestros pies, como si la misma calle estuviera infectada de una muerte acechante. Al final describía una curva cerrada hacia la derecha, y justo antes de llegar a la esquina se alzaba una vieja casa de madera cuya entrada custodiaba un hombre igual de viejo. Barría la ceniza con una escoba de cerdas duras, pero esta se amontonaba más rápido de lo que él podría recogerla jamás.



Le pregunté por qué se tomaba la molestia. Entonces levantó la mirada de golpe, abrazando la escoba contra su pecho como si temiera que fuera a robársela. Tenía los pies descalzos y negros, y los pantalones tiznados hasta las rodillas.

—Alguien tiene que hacerlo —dijo—. No pienso dejar que se vaya todo al infierno.

Cuando seguimos adelante retornó a su tarea con gravedad, aunque apenas podía cerrar las manos artríticas alrededor del palo. Pensé que había algo casi regio en él, una actitud desafiante que me resultó admirable. Era un centinela que se negaba a desertar de su puesto. El último vigía del fin del mundo.

Al doblar la esquina de la calle, llegamos a una zona de edificios cuya piel se iba desprendiendo a nuestro paso: al principio se veía la pintura quemada; a continuación, las ventanas se habían ennegrecido y estaban fuera de sus bisagras; más adelante, los techos estaban hundidos y las paredes derribadas; y al final, al llegar al cruce con Smoking Street, solo quedaba la carcasa: un caos de tablones calcinados y desplomados, con ascuas que resplandecían entre la ceniza como diminutos corazones en su último latido. Nos detuvimos para mirar a nuestro alrededor, estupefactos. Un humo sulfuroso ascendía de grietas profundas que dividían el pavimento. Los árboles desnudos por el fuego se alzaban como espantapájaros entre las ruinas. Calle abajo flotaban corrientes de ceniza, de unos treinta centímetros de alto en algunos puntos. Era lo más parecido al infierno a lo que pretendo acercarme nunca.

—Así que esta es la entrada principal de los wights —dijo Addison—. Muy apropiado.

—Es asombroso —añadí a la vez que me abría los botones del abrigo. De todas partes surgía un calor como el de un sauna, que se irradiaba por las suelas de mis zapatos—. ¿Qué dijo Sharon que había pasado aquí?

—Fuego subterráneo —explicó Emma—. Puede arder durante años. Es muy difícil de extinguir.

Se oyó un sonido como si alguien hubiera abierto un bote de refresco gigante y brotó un largo colmillo de llama anaranjada de una zanja en la calzada a no más de tres metros de nosotros. Nos asustamos, dimos un brinco y luego tuvimos que recuperar la compostura.

—Mejor no nos quedamos aquí ni un minuto más de lo necesario —sugirió Emma—. ¿Hacia dónde vamos?

Solo se podía escoger entre la izquierda y la derecha. Sabíamos que Smoking Street desembocaba en la Fosa por un lado y en el puente de los wights por el otro, pero ignorábamos cuál era cuál, y entre el humo, la niebla y la ceniza arrastrada por el viento, no podíamos ver mucho en ninguna dirección. Tomar una decisión al azar podía suponer un peligroso desvío y una pérdida de tiempo.

Empezábamos a desesperarnos cuando oímos una atronadora cantinela que se

abría paso hacia nosotros a través de la niebla. Echamos a correr a un lado de la calle para escondernos entre las costillas carbonizadas de una casa. A medida que se iban acercando los cantores, al sonar más altas sus voces, pudimos distinguir las palabras de su extraña canción:

*La noche antes de que colgaran al ladrón,  
el verdugo fue a decirle a su celda:  
Antes de llevarte al paredón,  
vengo a lanzarte una advertencia.  
Te estrangularé el cuello y te dejaré sin resuello,  
te cortaré el brazo y te pincharé en el bazo,  
arrancaré tu piel a tiras y te arrastraré durante millaaaaaaaaas...*

En ese momento todos callaron para tomar aire, y después concluyeron al grito de «¡A TRES METROS BAJO TIERRA!».

Yo ya sabía a quiénes pertenecían esas voces mucho antes de que emergieran de la niebla. Iban vestidos con petos de trabajo negros y recias botas del mismo color, y llevaban colgadas al hombro las bolsas llenas de herramientas. Incluso después de un duro día de trabajo, los indómitos constructores de horcas seguían cantando a pleno pulmón.

—Benditas sean sus inarmónicas almas —susurró Emma, soltando una risita.

Antes los habíamos visto trabajando en el extremo del Foso con Smoking Street, por lo que parecía razonable suponer que era de allí de donde venían —lo que quería decir que avanzaban en dirección hacia el puente—. Esperamos a que los hombres pasaran y volvieran a desaparecer entre la niebla antes de atrevernos a continuar.

Sorteamos arrecifes de ceniza que lo teñían todo de negro: los bajos de mis pantalones, los zapatos y los tobillos desnudos de Emma, y las patas de Addison por completo. En algún lugar a lo lejos, los constructores acometieron otra canción que produjo un eco extraño a través del paisaje calcinado. Solo había ruinas a nuestro alrededor. De vez en cuando oíamos un silbido agudo, sucedido al instante por un chorro de llamas que brotaban de la tierra. Ninguno volvió a estallar tan cerca como el primero. Tuvimos suerte; habría sido muy fácil abrasarnos vivos.

De la nada sopló un viento que levantó un negro remolino de cenizas y brasas encendidas. Nos dimos la vuelta y nos tapamos las caras intentando respirar. Me subí el cuello de la camisa hasta la boca, pero no sirvió de mucho y empecé a toser. Emma tomó a Addison en brazos, pero entonces empezó a ahogarse. Yo me arranqué el abrigo y lo arrojé sobre sus cabezas. Las toses de Emma fueron remitiendo y oí cómo Addison me daba las gracias con la voz amortiguada bajo la tela.

Lo único que podíamos hacer era quedarnos allí apiñados y esperar a que pasara la tormenta de ceniza. Tenía los ojos cerrados cuando oí que algo se movía cerca de nosotros y entre las rendijas de los dedos pude ver algo que, incluso en aquel lugar, entre todo lo que había presenciado en el Acre del Diablo, me dejó de piedra: un hombre paseando tan tranquilo, con un pañuelo pegado a la boca, pero por lo demás imperturbable. Se desplazaba en la oscuridad sin problemas porque de sus cuencas oculares emanaban sendos rayos de potente luz blanca.

—¡Buenas tardes! —nos saludó, dirigiendo sus rayos de visión hacia mí a la vez que se tocaba el sombrero.

Intenté responder, pero se me llenó la boca de ceniza, y después los ojos, y cuando volví a abrirlos había desaparecido.

Una vez que el viento empezó a amainar, nos pusimos a toser, escupir y frotarnos los ojos hasta que fuimos capaces de seguir adelante. Emma dejó a Addison en el suelo.

—Si no tenemos cuidado, este bucle nos matará antes que los wights —dijo.

Emma me devolvió mi abrigo y me abrazó con fuerza hasta que el aire se esclareció. Me rodeó con sus brazos y apoyó la cabeza sobre mi pecho de tal modo que no quedaba ningún espacio entre nosotros, y yo me moría de ganas de besarla, incluso en aquel lugar, cubiertos de hollín de los pies a la cabeza.

—Odio interrumpirlos, pero debemos irnos ya —nos advirtió Addison tras un carraspeo.

Desenlazamos nuestros cuerpos un poco avergonzados y proseguimos la marcha. Pronto aparecieron unas pálidas figuras en la niebla. Se arremolinaban de un lado a otro entre las chozas incrustadas al borde de la carretera. Dudamos nerviosos preguntándonos quiénes podrían ser, pero no había otra manera de seguir adelante.

—La cabeza alta y la espalda recta —dijo Emma—. Traten de dar miedo.

Cerramos filas y pasamos entre ellos. Tenían la mirada furtiva y aspecto salvaje. Manchados de hollín de arriba abajo. Cubiertos con harapos rapiñados. Fruncí el ceño imitando lo mejor que pude a un individuo peligroso. Ellos se acobardaron como perros apaleados.

Allí había una especie de barrio de casuchas. Chozas bajas hechas de trozos de metal ignífugo, con techos de hojalata asegurados con piedras y troncos, y cortinas de lona como toda puerta, en el mejor de los casos. Una capa fúngica de vida tapizaba los huesos de una civilización arrasada; apenas si quedaba nada allí.

Las gallinas correteaban por la calle. Un hombre se agachaba junto a un agujero humeante en el suelo, cocinando unos huevos al calor abrasador.

—No se acerquen mucho —musitó Addison—. Parecen estar enfermos.

Yo también lo pensé. Se debía a la cojera con que se desplazaban, a sus miradas vidriosas. Varios llevaban máscaras rudimentarias o sacos en la cabeza, con rendijas

solo para los ojos, como si de ese modo pretendieran ocultar sus rostros carcomidos por la enfermedad o evitar la transmisión de algún mal.

—¿Quiénes son? —pregunté.

—Ni idea —respondió Emma—, y no pienso preguntar.

—Seguro que no son bienvenidos en ningún otro sitio —repuso Addison—. Intocables, portadores de plagas, criminales cuyas ofensas se consideran imperdonables incluso en el Acre del Diablo. Los que escaparon de la horca se instalaron aquí, en lo más bajo, la última frontera de la sociedad peculiar. Exiliados por los proscritos de los proscritos.

—Si esta es la frontera —dijo Emma—, entonces los wights no pueden estar muy lejos.

—¿Están seguros de que estas personas son peculiares? —cuestioné.

No parecía haber nada único en ellos, aparte de su infortunio. Quizá fuera por orgullo, pero no podía creer que una comunidad de peculiares aceptara vivir en una miseria tan medieval, por muy degradados que estuvieran.

—Ni lo sé ni me importa —replicó Emma—. Tan solo camina.

Seguimos adelante con la cabeza gacha y la mirada puesta en el suelo, mostrando un fingido desinterés con la esperanza de que aquella gente nos devolviera el favor. Casi todos se mantuvieron apartados, pero unos pocos nos siguieron, mendigando.

—Lo que sea, lo que sea. Un gotero, una ampolleta —rogó uno mientras se señalaba los ojos.

—Por favor —imploró otro—. Llevamos días sin una dosis.

Tenían las mejillas picadas y cubiertas de cicatrices, como si hubieran llorado lágrimas de ácido. Apenas podía mirarlos.

—No tenemos nada que quieran —les contestó Emma, a la vez que los espantaba con un gesto.

Los mendigos dejaron de seguirnos y se quedaron parados en la carretera, observándonos con expresión sombría. Otro me llamó con voz aguda y cascada:

—¡Oye, tú! ¡Muchacho!

—No le hagas caso —murmuró Emma.

Lo miré con el rabillo del ojo sin girar la cabeza. Estaba en cuclillas contra una pared, en harapos, señalándome con una mano temblorosa.

—¿Eres tú? ¡Muchacho! Eres tú, ¿verdad? —Llevaba un parche sobre los lentes, que levantó para estudiarme—. Síiii. —Emitió un silbido bajo y nos mostró su sonrisa de encías ennegrecidas—. Los están esperando.

—¿Quiénes?

Ya no podía soportarlo más. Me planté delante de él. Emma suspiró con impaciencia.

La sonrisa del mendigo se hizo más amplia, más demente.

—¡Los guardapolvos y los soplanudos! ¡Los malditos bibliotecarios y los benditos cartógrafos! ¡Todo el que es alguien! —Levantó los brazos e hizo una reverencia de fingida adoración, tras lo que me asaltó un tufillo a podredumbre rancia—. Han esperado muuucho tiempo.

—¿A qué?

—Vamos —dijo Emma—, es evidente que es un lunático.

—Un gran espectáculo, un gran espectáculo —repitió el mendigo subiendo y bajando la voz como un charlatán de feria—. ¡El más grande, el mejor y el definitivo! Ya casi está aquíii...

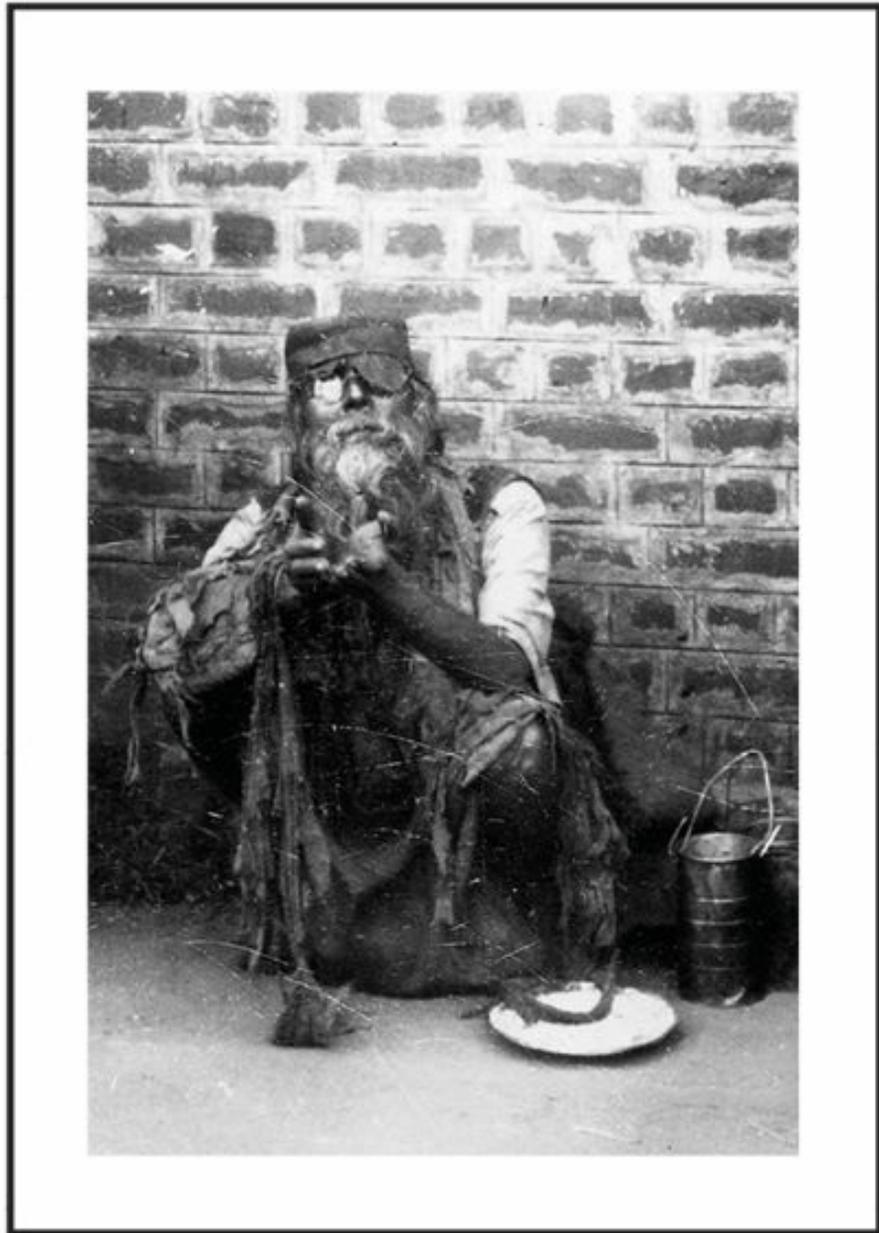
Un extraño escalofrío me recorrió el cuerpo.

—No te conozco, y desde luego tú no me conoces a mí. —Me di media vuelta y eché a andar.

—Claro que sí —le oí decir—. Eres el chico que habla con los huecos.

Me quedé de piedra. Emma y Addison se volvieron y me miraron boquiabiertos.

Volví corriendo y me encaré con él.



—¿¿Quién eres?! —le grité a la cara—. ¿Quién te ha dicho eso?

Pero él no hizo otra cosa más que reír y reír, y no pude sacarle nada más.

Nos escabullimos justo cuando comenzaba a formarse una multitud.

—No mires atrás —me aconsejó Addison.

—Olvídalo —dijo Emma—. Está loco.

Creo que todos intuíamos que era algo más que eso, pero no sabíamos qué podía ser. Caminamos deprisa en un silencio paranoico, mientras nuestros cerebros bullían de preguntas sin respuesta. Nadie mencionó las extrañas palabras del mendigo, cosa que agradecí. No tenía ni la menor idea de lo que significaban, y estaba demasiado exhausto para especular; Emma y Addison también estaban extenuados, a juzgar por cómo arrastraban los pies. Tampoco hablamos de ello. El agotamiento era nuestro nuevo enemigo, y nombrarlo solo le daba más fuerzas.

Intentamos distinguir algún indicio del puente de los wights cuando la calzada descendía en pendiente hasta un impenetrable valle de niebla. Se me ocurrió que Lorraine podía habernos mentido. Tal vez no hubiera ningún puente. Tal vez nos había mandado a este agujero confiando en que sus habitantes nos devoraran vivos. Si la hubiéramos traído con nosotros, podríamos haberla obligado a...

—¡Ahí está! —exclamó Addison al tiempo que formaba una flecha que señalaba hacia delante con su cuerpo.

No nos resultó fácil ver lo mismo que él (a pesar de usar lentes, la vista de Addison era más aguda que la nuestra), y después de una docena de pasos pudimos vislumbrar con gran dificultad cómo la carretera se estrechaba para arquearse después sobre una especie de desfiladero.

—¡El puente! —gritó Emma.

Echamos a correr olvidando el cansancio por un momento, a la vez que levantábamos negras nubes de polvo bajo nuestros pies. Cuando nos detuvimos para respirar un minuto más tarde, el panorama se había aclarado. Sobre el desfiladero colgaba un manto de verdosa bruma. Más allá se dibujaba un largo muro de piedra blanca, y aún más allá, una torre alta y pálida, cuyo capitel se perdía entre las nubes.

Ahí estaba: la fortaleza de los wights. Mostraba una inquietante ausencia de elementos, como una cara a la que le hubieran borrado los rasgos. Su ubicación también resultaba algo extraña: la gran edificación blanca de líneas puras en chocante contraste con el desecho calcinado de Smoking Street, como un centro comercial de las afueras plantado en mitad de la batalla de Agincourt. El solo hecho de mirarlo me llenó de pavor y determinación, como si todos los hilos de mi tonta y desordenada vida convergieran en un único punto, oculto tras esos muros. Ahí era donde estaba lo que se suponía que debía hacer o morir en el intento. La deuda que tenía que pagar. Todas las alegrías y los terrores de mi vida no habían sido nada más que un prelude de esto. Si todo sucede por una razón, la mía estaba al otro lado.

Emma se echó a reír junto a mí. Le lancé una atónita mirada y volvió en sí.

—¿Ahí es donde se escondían? —respondió a modo de explicación.

—Eso parece —dijo Addison—. ¿Acaso te resulta gracioso?

—He odiado y temido a los wights casi toda mi vida. Durante estos años, no sabría decir las veces que he imaginado el momento en el que por fin encontraría su guarida, su madriguera. Como mínimo esperaba un amenazante castillo con sangre goteando de sus muros y un lago de aceite hirviendo. Pero no.

—¿Así que estás decepcionada? —le pregunté.

—Sí, un poco. —Señaló la fortaleza con aire acusador—. ¿Eso es lo mejor que saben hacer?

—Yo también estoy decepcionado —anunció Addison—. Esperaba tener al menos un ejército a nuestro lado. Aunque según parece, es posible que no lo necesitemos.

—Lo dudo —opiné yo—. Podría esperarnos cualquier cosa al otro lado de esos muros.

—Entonces estaremos preparados para cualquier cosa —dijo Emma—. ¿Qué podrían echarnos con lo que no nos hayamos enfrentado ya? Hemos sobrevivido a balazos, bombardeos, ataques de huecos... La cuestión es que por fin estamos aquí y después de tantos años de sufrir sus emboscadas, por fin seremos nosotros los que embistamos.

—Seguro que están temblando de miedo —respondí.

—Voy a buscar a Caul —prosiguió Emma—. Lo encontraré y haré que llame a su madre entre sollozos. Haré que suplique por su miserable vida y luego rodearé su cuello con mis manos y apretaré hasta que se le funda la cabeza...

—No adelantemos los acontecimientos —advertí—. Estoy seguro de que habrá muchas cosas que se interpongan entre él y nosotros. Como wights por todas partes. Y guardias armados también.

—Incluso puede que haya huecos —señaló Addison.

—Pues claro que habrá huecos —afirmó Emma. La idea parecía que la emocionaba vagamente.

—La cuestión es que no creo que debamos asaltar las puertas sin saber nada más sobre lo que nos espera al otro lado —dije yo—. Puede que solo tengamos una oportunidad para hacerlo, y no quiero desperdiciarla.

—De acuerdo —accedió ella—. ¿Qué es lo que sugieres?

—Que encontremos un modo de infiltrar a Addison a escondidas. Es quien llamará menos la atención, es lo bastante pequeño para esconderse en casi cualquier parte y tiene el mejor olfato. Podría reconocer el terreno y luego escabullirse otra vez para contarnos lo que haya visto. Bueno, si es que está dispuesto a hacerlo.

—¿Y si no vuelvo? —preguntó él.

—Iremos a buscarte.

El perro lo consideró durante un momento, pero solo uno.

—Acepto, pero con una condición.

—Di cuál es —le pedí.

—Me gustaría que me llamaran Addison *el Intrépido* en las historias que se cuenten sobre nuestra victoria.

—Así será —respondió Emma.

—Mejor que sea el Extremadamente Intrépido —añadió él—. Y Apuesto.

—Hecho —prometí.

—Estupendo —dijo Addison—. Entonces ha llegado la hora. Casi todas las personas que nos importan están al otro lado de ese puente. Cada minuto que paso sin atravesarlo es un minuto perdido.

La idea era acompañar a Addison hasta al puente y esperar a su regreso en las proximidades. Nos pusimos a trotar pendiente abajo, por un fácil descenso, a la vez que el arrabal se iba volviendo más denso. Los espacios entre las chozas se fueron estrechando hasta que no quedó ninguno, todo se iba mezclando al pasar como un incesante mosaico de metal corroído por la herrumbre. Más adelante, las casuchas y los cobertizos desaparecían de forma abrupta, y Smoking Street volvía a ser un desierto de muros venidos abajo y tablones ennegrecidos durante casi cien metros: una especie de zona de separación, tal vez promovida por los wights. Por fin llegamos hasta el puente, ante cuya entrada se alzaba desafiante una tropa de unas pocas decenas. Mientras aún estábamos demasiado lejos para observar el estado de sus ropajes, Addison dijo:

—¡Miren, un ejército acampado sitiando la fortaleza! Sabía que no seríamos los únicos en entrar en...

Sin embargo, tras una inspección más cercana, aquello era cualquier cosa menos soldados. La pequeña y brillante esperanza de Addison se desvaneció acompañada de un «¡Vaya!» de decepción.

—No están levantando ningún sitio —señalé—. Ni siquiera están... levantados.

Aquellos eran los habitantes de las chozas más miserables que habíamos visto hasta ese momento, desplomados sobre las cenizas, colocados en tales posturas de apático letargo que durante un momento llegué a creer que incluso los que estaban sentados estaban muertos. Tenían el pelo y el cuerpo manchados de negro por la ceniza y la grasa, y las caras tan cubiertas de marcas y cicatrices que me pregunté si no serían leprosos. Unos cuantos levantaron débilmente la mirada mientras los sorteábamos, pero si estaban esperando algo, no era a nosotros, y sus cabezas volvieron a desplomarse. El único que había de pie era un niño con una gorra de caza con solapas sobre las orejas que merodeaba entre los durmientes, rebuscando en sus bolsillos. Los que se despertaban le lanzaban algún manotazo, pero ninguno se molestaba en ir tras él. De todos modos, tampoco poseían nada que valiera la pena

robar.

Casi los habíamos dejado atrás cuando uno de ellos exclamó:

—¡Van a morir!

Emma se detuvo y se volvió desafiante.

—¿Qué es lo que has dicho?

—Van a morir. —El hombre que había hablado descansaba sobre una lámina de cartón, con dos ojos amarillos asomando entre una maraña de pelo negro—. Nadie puede cruzar el puente sin permiso.

—Pues nosotros pensamos cruzarlo de todas formas, así que si sabes algo que debamos tener en cuenta, ¡habla ya!

El hombre tendido sofocó una carcajada. Los demás estaban en silencio. Emma les lanzó una mirada.

—¿Es que ninguno de ustedes piensa ayudarnos?

Uno empezó a decir «Tengan cuidado con...», pero otro le hizo callar.

—¡Dejen que se vayan, así dentro de unos días tendremos su sebo!

Entre los mendigos se elevó un gemido de agónico deseo.

—¡Oh, qué no daría por una ampolleta de eso! —dijo una mujer a mis pies.

—¡Por una sola gota, una! —canturreó un hombre que se balanceó sobre sus caderas—. ¡Una gota de su sebo!

—¡Paren, es una tortura! —gimoteó otro—. ¡Ni lo evoquen!

—¡Váyanse todos al infierno! —gritó Emma—. Vamos a llevarte hasta el otro lado, Addison *el Intrépido*.

Y nos alejamos asqueados.

El puente era estrecho, se elevaba por la mitad y estaba hecho de un mármol tan limpio que hasta la ceniza de la calle parecía reacia a mancillarlo. Addison nos detuvo justo antes del llegar al borde.

—Esperen, aquí hay algo —dijo, y nos quedamos quietos y nerviosos mientras él cerraba los ojos y olisqueaba el aire como un adivino ante una bola de cristal.

—Tenemos que cruzar ya, aquí estamos muy expuestos —susurró Emma, pero Addison tenía la cabeza en otro sitio; además, tampoco parecíamos encontrarnos en gran peligro. No había nadie vigilando el puente ni el portón cerrado del otro lado. La parte superior de los altos muros blancos, donde era esperable que hubiera hombres apostados con rifles, también estaba desierta. Aparte de sus paredes, la única defensa de la fortaleza parecía ser el desfiladero que la rodeaba a modo de foso, al fondo del cual bullía un río hirviente que expulsaba el vapor sulfúreo de color verde que pendía a nuestro alrededor por todos lados. El puente era la única vía de entrada que pude

divisar.

—¿Aún te sientes decepcionada? —le pregunté a Emma.

—Total y absolutamente insultada —respondió ella—. Es como si ni siquiera intentaran cortarnos el paso.

—Sí, y eso es lo que me preocupa.

Addison exhaló un jadeo y abrió los ojos de par en par con un brillo eléctrico en la mirada.

—¿Qué pasa? —dijo Emma, sin aliento.

—Es un rastro muy leve, pero reconocería el olor de Balenciaga Wren en cualquier parte.

—¿Y los otros?

Addison volvió a olfatear.

—Había más de los nuestros con ella. No sabría decir quiénes ni cuántos con exactitud. El rastro está muy difuminado. Por aquí han pasado muchos peculiares últimamente, y no me refiero a ellos. —Les dirigió una mirada funesta a los harapientos que habíamos dejado atrás—. Su esencia peculiar es débil, casi inexistente.

—Entonces la mujer a la que hemos interrogado antes decía la verdad —señalé yo—. Este es el lugar donde los wights llevan a sus cautivos. Nuestros amigos han estado aquí.

Desde que los habían capturado, una desesperación terrible y asfixiante me había atenazado el corazón, pero ahora aflojaba un poco su presa. Por primera vez después de varias horas, nos sustentaba algo más que la esperanza y la suposición. Habíamos seguido el rastro de nuestros amigos a través de tierras hostiles hasta llegar a la misma puerta de los wights. Aquello ya era una pequeña victoria, que me hizo sentir que todo era posible, aunque solo fuera por un instante.

—Lo más raro es que no haya nadie custodiando el lugar —señaló Emma con tono sombrío—. Esto no me gusta nada.

—A mí tampoco —coincidí yo—, pero no veo otra manera de llegar al otro lado.

—Más vale que acabe ya con esto —dijo Addison.

—Te acompañaremos tan lejos como podamos —le prometió Emma.

—Se los agradezco —respondió Addison, con una voz que no transmitía demasiada intrepidez.

El puente se podía cruzar corriendo en menos de un minuto, pensé yo, pero ¿por qué deberíamos hacerlo? Pues porque, como dice la frase de Tolkien que se materializó en mi cabeza, «No se entra así como así en Mordor».

Emprendimos la marcha a paso ligero, seguidos de murmullos y risas ahogadas. Me volví para mirar a los ocupantes de la calzada. Convencidos de que nos enfrentábamos a una horrible muerte segura, no dejaban de moverse de un lado a otro

en busca de las mejores vistas. Solo les faltaban las palomitas. Me dieron ganas de volver hasta ellos y lanzarlos a todos al río hirviente.

«¡Dentro de unos días tendremos su sebo!». Ignoraba a qué se referían y esperaba no tener que saberlo nunca.

El puente se iba empinando. Una insidiosa paranoia hacía que mi corazón latiera al doble de velocidad. Estaba seguro de que algo nos caería encima desde el cielo y no tendríamos ningún sitio donde refugiarnos. Me sentí como un ratón correteando hacia una trampa.

Repasamos nuestro plan entre susurros: conseguir que Addison traspasara la puerta y volver al barrio de chozas para buscar un lugar discreto donde aguardar. Si no volvía en un plazo de tres horas, Emma y yo encontraríamos un modo de entrar.

Nos estábamos aproximando a la cima del puente, desde donde pude atisbar una pequeña sección de bajada que había permanecido oculta hasta entonces. Y, en ese momento, los faroles gritaron:

—¡Alto!

—¿Quién va?

—¡Nadie pasará!

Nos quedamos quietos y los miramos boquiabiertos, atónitos ante el hecho de que no se trataba de faroles, sino de cabezas disecadas empaladas en altos picos. Eran horripilantes, con la piel caída y gris, las lenguas colgantes, y, sin embargo, a pesar de no estar unidas a ninguna garganta, tres de ellas se habían dirigido a nosotros. Eran ocho en total, colocadas de dos en dos a cada lado del puente.

Addison era el único que no parecía sorprendido.

—No me digan que nunca habían visto una cabeza de puente —dijo.

—¡Deténganse! —exclamó la que había a nuestra izquierda—. ¡Una muerte casi segura espera a quienes crucen sin permiso!

—Quizá deberías decir «una muerte segura» —apuntó la cabeza a nuestra derecha—. Eso de «casi» suena muy cutre.

—Tenemos permiso —afirmé yo, improvisando una mentira—. Soy un wight, y vengo a entregarle a Caul estos dos peculiares que he capturado.

—Nadie nos ha avisado de eso —dijo irritada la de la izquierda.

—¿A ti te parecen cautivos, Richard? —inquirió la de la derecha.

—No sabría decirlo —respondió la de la izquierda—. Los cuervos me sacaron los ojos hace semanas.

—¿A ti también? —preguntó la de la derecha—. Una pena.

—No habla como ningún wight que yo conozca —repuso la de la izquierda—. ¿Cómo te llamas, tunante?

—Smith —dije.

—¡Ja! ¡No tenemos ningún Smith! —alegó la de la derecha.

—Acabo de unirne.

—Ya, claro. No, me parece que no los dejaremos pasar.

—Y ¿quién va a detenernos? —quise saber yo.

—Evidentemente, nosotros no —confesó la de la izquierda—. Solo estamos aquí para presagiar.

—E informar —explicó la de la derecha—. ¿Sabes que estudié Museología? Nunca quise ser una cabeza de puente...

—Es que nadie quiere ser cabeza de puente —le espetó la de la izquierda—. Ningún niño crece soñando con convertirse en una maldita cabeza de puente, para soltar presagios a diestra y siniestra y que los cuervos te saquen los ojos. Pero la vida no siempre es un camino de rosas, ¿verdad?

—Vámonos —murmuró Emma—. Lo único que pueden hacernos es cotorrear.

No les hicimos caso y seguimos ascendiendo por el puente, mientras cada cabeza nos lanzaba su advertencia al pasar a su lado.

—¡Ni un paso más! —gritó la cuarta.

—¡Continúen por su cuenta y riesgo! —aulló la quinta.

—Parece que no escuchan —observó la sexta.

—Ah, pues muy bien —dijo la séptima, airada—. No podrán decir que no se los advertimos.

La octava se limitó a sacarnos su gorda lengua verde. Entonces las dejamos atrás y coronamos el puente, que de pronto llegaba a un abrupto final: una brecha enorme de seis metros de ancho donde debería haber estado la piedra y por la que estuve a punto de caerme. Emma me agarró cuando di un paso atrás, agitando los brazos en molinete.

—¡No han terminado el maldito puente! —La adrenalina y la humillación me hicieron sonrojar. Oía a las cabezas riéndose de mí, y detrás de ellas, a los ocupantes de la calzada.

Si hubiéramos ido corriendo, no habríamos podido detenernos a tiempo y habríamos caído por el borde.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Emma.

—Yo sí —dije—, pero esto no me gusta. ¿Ahora cómo se supone que vamos a infiltrar a Addison?

—Esto es indignante —se quejó él mientras se paseaba junto al borde—. No podemos saltar, ¿no?

—En absoluto —respondí yo—. Hay demasiada distancia, incluso a plena carrera. Aunque hiciéramos salto con garrocha.

—Ajá —dijo Emma. Miró detrás de nosotros—. Acaban de darme una idea. Enseguida vuelvo.

Addison y yo la vimos descender por el puente. Cuando llegó ante la primera cabeza que se encontró, se detuvo, rodeó la estaca en la que estaba empalada con las

manos, y jaló.

La estaca salió con facilidad. Ignorando los gritos de protesta de la cabeza, Emma la dejó en el suelo, le plantó el pie encima y dio un buen jalón. La estaca se soltó de la cabeza, que salió rodando puente abajo entre aullidos de furia. Emma regresó triunfal, colocó la estaca al filo del abismo y dejó que cayera al otro lado con un fuerte estruendo metálico. Entonces le echó un vistazo y frunció el ceño.

—Bueno, no es el Puente de Londres.

Con seis metros de largo, dos centímetros y medio de ancho y una ligera curvatura en el medio, parecía la clase de cosa sobre la que un acróbata haría equilibristas.

—Vamos por más —propuse.

Fuimos corriendo de un extremo a otro arrancando estacas y jalándolas al abismo. Las cabezas nos escupían, blasfemaban y proferían amenazas huecas. Después de arrancar y lanzar cuesta abajo la última de ellas, nos habíamos construido un pequeño puente de metal de alrededor de treinta centímetros de ancho, resbaladizo a causa de las sustancias de las cabezas y que tintineaba entre la brisa cubierta de ceniza.

—¡Por Inglaterra! —dijo Addison, y brincó con paso inseguro sobre las estacas.

—Por Miss Peregrine —dije yo siguiendo sus pasos.

—Por el amor de los pájaros, vamos ya —dijo Emma, y saltó detrás de mí.

Addison nos retrasaba muchísimo. Sus piernitas no dejaban de colarse entre los picos, lo que hacía que giraran como ejes y me entraran unos retortijones terribles en el estómago. Procuré concentrarme en dónde debía poner los pies sin mirar al abismo que había más abajo, pero resultaba imposible; el río hirviente atraía mi mirada como un imán, y acabé preguntándome si estaríamos lo bastante altos para morir solo por la caída o si sobreviviría lo suficiente para sentir cómo me cocía hasta la muerte. Mientras tanto, Addison había desistido de caminar y se había tendido para arrastrarse sobre los picos como un gusano. De esta manera seguimos avanzando, centímetro a centímetro, con gran indignidad, hasta poco más allá del punto central, cuando mis retortijones se intensificaron y dieron paso a algo más: un nudo en el estómago que había llegado a conocer demasiado bien.

«Hueco». Intenté decirlo en voz alta, pero tenía la boca seca; para cuando conseguí tragar saliva y articular la palabra, la sensación se había multiplicado por diez.

—Qué mala suerte —se lamentó Addison—. ¿Delante de nosotros o detrás?

No estaba seguro del todo y tuve que recrearme en la sensación durante un momento antes de poder afirmarlo.

—¡Jacob! ¿Delante o detrás? —me gritó Emma en la oreja.

«Delante». Mi brújula visceral no dejaba lugar a dudas, pero no tenía sentido: la pendiente que descendía del puente era ahora visible hasta el portón, y toda su longitud estaba desierta. Allí no había nada.

—¡No lo sé! —dije.

—¡Pues entonces continúa! —contestó Emma.

Nos hallábamos más cerca del extremo opuesto al abismo que del que habíamos partido; si seguíamos adelante, pronto habríamos llegado a tierra firme. Aparté mi temor a un lado, me agaché para recoger a Addison y eché a correr, resbalando y balanceándome sobre los inestables picos. Sentía al hueco lo bastante próximo para poder tocarlo, y ahora también lo oía, gruñéndonos desde algún lugar oculto delante de nosotros. Mis ojos siguieron el sonido hasta un punto al frente, debajo de nuestros pies, precisamente en la cara recortada del puente, donde se abrían varias aperturas largas y estrechas talladas en la piedra.

«Allí». El puente era hueco, y había un hueco en el puente. Aunque su cuerpo no cabría jamás por las aberturas de la piedra, sus lenguas las atravesaban sin dificultad.

Había recorrido los picos hasta llegar al puente sólido cuando oí a Emma dar un grito. Dejé a Addison y me volví para verla detrás de mí, mientras que una de las lenguas del hueco rodeaba su cintura agitándola en el aire.

Emma gritó mi nombre y yo el suyo. La lengua la puso cabeza abajo y la sacudió. Ella volvió a gritar. No existía ningún sonido peor que ese.

Otra de las lenguas golpeó la parte inferior de los picos y nuestro improvisado puente salió volando, separándose con un repiqueteo y derrumbándose como una caja de cerillos abismo abajo. En ese momento, la segunda lengua fue por Addison, y la tercera me golpeó en el pecho.

Caí al suelo sin resuello. Mientras luchaba por respirar, la lengua se deslizó alrededor de mi cintura y me elevó en el aire. La otra agarraba a Addison por las patas traseras. En un momento, los tres colgábamos boca abajo.

La sangre se concentró en mi cabeza y me nubló la vista. Pude oír a Addison ladrando y mordisqueando la lengua.

—¡No, te dejará caer! —le grité, pero él siguió.

Emma también se encontraba indefensa; si quemaba la lengua que le aferraba la cintura, el hueco la soltaría al vacío.

—¡Habla con él, Jacob! —gritó ella—. ¡Dile que pare!

Me retorcí para poder ver las estrechas aberturas por las que se habían introducido las lenguas. Sus dientes roían las láminas de piedra. Sus ojos negros sobresalían hambrientos. Colgábamos como frutas de gruesas vides negras, con el enorme abismo bajo nuestras cabezas.

Intenté comunicarme con él.

—¡DÉJANOS EN EL SUELO! —grité, pero en mi idioma no en el suyo.

—¡Otra vez! —dijo Addison.

Cerré los ojos e imaginé al hueco haciendo lo que le había dicho, y entonces volví a intentarlo.

—¡Bájanos al puente!

Otra vez en humano. Este no era el hueco al que conocía, con el que me había comunicado durante horas mientras estaba congelado en el hielo. Era uno nuevo, un extraño, y mi conexión con él era frágil y débil. Parecía intuir que buscaba una llave a tientas hasta su cerebro y de repente nos empujó hacia arriba, como si nos impulsara para lanzarnos por el abismo. Tenía que conectar con él de alguna manera, no podía esperar más...

«¡ALTO!», grité con la garganta en carne viva, y esta vez surgió el rasgueo gutural del habla hueca.

Nos detuvimos en mitad del aire con una sacudida. Durante un momento seguimos ahí colgados, agitándonos como la ropa tendida al viento.

Había conseguido algo con mis palabras, pero no lo suficiente. Solo lo había confundido.

—No puedo respirar —graznó Emma.

La lengua que la envolvía la apretaba demasiado, y la cara empezaba a ponerse de color púrpura.

«Déjanos sobre el puente», dije, ¡otra vez en hueco!, a la vez que las palabras me arañaban la garganta al salir. Cada enunciado del habla hueca me hacía sentir como si estuviera tosiendo grapas.

El hueco emitió un cascabeleo incierto. Durante un momento de optimismo pensé que quizá haría lo que le había pedido. Después me zarandeó arriba y abajo con la velocidad y la fuerza con la que se sacudiría una toalla.

Todo se tornó borroso y después negro por un breve instante. Cuando volví en mí, tenía la lengua dormida y noté el sabor de la sangre en la boca.

—¡Dile que nos baje! —gritaba Addison. Pero en aquel entonces yo ya no podía casi ni hablar.

—Lo *indendo* —mascullé. Escupí sangre al toser—. *Déganos abago* —dije en mi idioma con lengua de trapo—. *Déganos...*

Me detuve, reorienté mi cerebro. Respiré hondo.

«Déjanos en el puente», articulé en clara lengua de hueco.

Lo repetí tres veces más, esperando que penetrara en algún recoveco del cerebro reptiliano del hueco:

«Déjanos en el puente. Déjanos en el puente. Déjanos en el...».

De repente emitió un rugido de frustración que nos hizo vibrar los huesos, me jaló hasta llegar a las aperturas del puente en el que estaba apresado y volvió a rugir, cubriéndome la cara de salpicaduras de baba negra. Entonces nos transportó a los tres hacia arriba y nos lanzó por donde habíamos venido.

Dimos tumbos por el aire durante lo que pareció demasiado tiempo —ahora estábamos cayendo, estaba seguro de eso, trazando un arco descendente hacia nuestra

perdición— y entonces mi hombro chocó con la dura piedra del puente y nos escurrimos resbalando por toda la cuesta hasta el final.

Estábamos vivos de milagro; magullados pero conscientes, con todos los miembros aún pegados al cuerpo. Nos habíamos deslizado por el liso puente de mármol, dispersando el montón de cabezas hasta abajo mientras rodábamos hasta que por fin nos detuvimos. Ahora nos rodeaban por todos lados, burlándose de nosotros mientras nos recuperábamos.

—¡Bienvenidos de nuevo! —dijo la más cercana—. La verdad es que hemos disfrutado bastante de sus gritos de terror. ¡Qué pulmones tan potentes tienen!

—¿Por qué no nos dijeron que había un hueco escondido en el maldito puente? —pregunté, dejándome caer hasta quedar sentado.

Brotaban dolores de todo mi cuerpo, desde las manos arañadas y las rodillas raspadas hasta un hombro palpitante que probablemente estuviera dislocado.

—Porque no habría sido tan divertido. Las sorpresas son mucho mejores.

—Creo que le cayeron bien a Cosquillas —dijo otro—. ¡Al último visitante le arrancó las piernas a bocados!

—Eso no es nada —terció una cabeza con un brillante aro de pirata en la oreja—. Una vez lo vi atar una cuerda alrededor de un peculiar, sumergirlo en el río durante cinco minutos y después subirlo otra vez para comérselo.

—Peculiar *al dente* —repuso el tercero, impresionado—. Nuestro Cosquillas es todo un *gourmet*.

Sin estar todavía preparado para levantarme, me arrastré unos metros hasta Emma y Addison. Ella, sentada, se frotaba la cabeza mientras él calibraba si podía posar una pata herida.

—¿Están bien? —les pregunté.

—Me di un buen golpe en la cabeza —respondió Emma, que hizo una mueca mientras le separaba el pelo para examinar un reguero de sangre.

Addison alzó una pata inerte.

—Me temo que está rota. Supongo que no podías haberle pedido a la bestia que nos depositara con delicadeza.

—Muy gracioso —repliqué—. Ahora que lo pienso, ¿por qué no le dije que matara a todos los wights y de paso que rescatara también a nuestros amigos?

—En realidad yo me estaba preguntando lo mismo —indicó Emma.

—Estoy bromeando.

—Pues yo no —dijo ella. Palpé su herida con la manga de mi camisa, ante lo que exhaló con fuerza y me apartó la mano—. ¿Qué es lo que pasó antes?

—Creo que el hueco me entendió, pero no he conseguido que obedeciera. No tengo una conexión como la que tengo, perdón, tenía con el otro.

La bestia había muerto, aplastada bajo un puente y seguramente ahogada, y ahora lo lamentaba un poco.

—¿Cómo te conectaste con el primero? —quiso saber Addison.

Relaté en pocas palabras cómo me lo había encontrado congelado en el hielo hasta los ojos y cómo después de haber pasado una noche en una extraña comunión íntima de mi mano sobre su cabeza, de alguna manera había logrado acceder a una parte vital de su aparato neurológico.

—Si no tenías conexión con el hueco del puente —discutió Addison—, ¿cómo es que nos perdonó la vida?

—Tal vez lo confundí.

—Tienes que mejorar en eso —dijo Emma a quemarropa—. Tenemos que hacer que Addison entre.

—¿Mejorar? ¿Qué se supone que debo hacer, tomar lecciones? Esa cosa nos matará la próxima vez que nos acerquemos a ella. Tendremos que encontrar otra forma de llegar al otro lado.

—Jacob, no hay otra forma. —Emma se apartó un mechón de cabello despeinado de la cara y me sostuvo la mirada—. Tú eres la única forma.

Estaba a punto de refutarlo con exasperación cuando sentí un dolor agudo en las asentaderas y pegué un salto con un aullido. Una de las cabezas me había mordido en el trasero.

—¡Oye! —grité mientras me frotaba la zona.

—¡Devuélvenos a los picos de donde nos sacaste, vándalo! —dijo ella.

La mandé todo lo lejos que pude de una patada y bajó dando tumbos hasta la muchedumbre. Todas las cabezas se pusieron a gritar y a insultarnos, rotando grotescamente por la acción de sus mandíbulas. Yo les devolví los insultos y les lancé ceniza con las piernas a sus espantosas caras correosas hasta que se pusieron a escupir y a toser. Y, entonces, algo pequeño y redondo surcó el aire hasta estamparse contra mi espalda, llenándome de humedad.

Una manzana podrida. Me di la vuelta para enfrentarme con los ocupantes.

—¿Quién ha lanzado eso?

Se echaron a reír como si estuvieran fumadas, por lo bajo y con disimulo.

—¡Vuelvan por donde vinieron! —gritó una.

Empezaba a pensar que tampoco sería mala idea.

—¿Cómo se atreven? —gruñó Addison.

—Olvídalo —le dije a la vez que mi ira empezaba a desaparecer—. Vamos a...

—¡Cómo se atreven! —gritó Addison furioso, levantándose sobre las patas traseras para dirigirse a ellos—. ¿Es que no son peculiares? ¿Acaso no tienen

vergüenza? ¡Estamos intentando ayudarlos!

—¡Dennos una ampolleta o púdranse! —dijo una mujer harapienta.

Addison se estremeció de indignación.

—¡Estamos intentando ayudarlos! —volvió a decir—, y aquí están, ¡aquí parados!, mientras asesinan a nuestra gente y eliminan nuestros bucles de raíz, ¡durmiendo a las puertas del enemigo! ¡Deberían estar lanzándose contra ellas! —Los señaló con la pata herida—. ¡Son todos unos traidores, y juro que un día los arrastraré hasta el Concilio de Ymbrynes para que sean castigados!

—Basta, ya, no malgastes tus energías con ellos —le dijo Emma mientras volvía a sentarse con un tambaleo. Entonces un repollo podrido rebotó en su hombro y cayó al suelo con un plaf.

Aquello la sacó de sus casillas.

—Muy bien, ¡vamos a fundir caras! —bramó a la vez que agitaba una mano en llamas hacia los ocupantes.

Un grupo había estado murmurando en un círculo conspirador durante el discurso de Addison y ahora se acercaba portando armas contundentes: una rama cortada, un trozo de tubería. Las cosas se estaban poniendo feas a toda velocidad.

—Estamos hartos de ustedes —nos dijo un hombre con moretones en tono perezoso—. Vamos a tirarlos al río.

—Eso me gustaría verlo —respondió Emma.

—A mí no —respondí yo—. Creo que deberíamos marcharnos.

Ellos eran seis, nosotros, tres, y no nos encontrábamos en buena forma: Addison cojeaba, Emma tenía la cara llena de sangre y, a causa de mi hombro herido, yo casi no podía levantar el brazo derecho. Mientras tanto, los hombres se iban separando y empezaban a rodearnos. Pretendían lanzarnos por el desfiladero.

Emma miró al puente de nuevo y luego a mí.

—Vamos. Sé que puedes hacernos pasar. Inténtalo una vez más.

—No puedo, Em. No soy capaz. No estoy bromeando.

Y era cierto. No tenía la capacidad para controlar a aquel hueco —por lo menos, aún no— y lo sabía.

—Si el chico dice que no puede hacerlo, me inclino a creerlo —dijo Addison—. Tenemos que encontrar una manera de librarnos de esta.

Emma dejó escapar un resoplido.

—¿Cómo cuál? —Miró a Addison—. ¿Puedes correr? —Me miró a mí—. ¿Puedes pelear?

La respuesta a ambas preguntas era no. Entendí su postura: nuestras opciones iban reduciéndose con rapidez.

—En momentos como este —comenzó a decir Addison, imperioso—, los de mi especie no luchamos. ¡Empleamos la oratoria! —Se volvió hacia los hombres y los

exhortó con voz atronadora—: ¡Compañeros peculiares, sean razonables! ¡Permítanme decir unas palabras!

No le prestaron la menor atención. Mientras ellos iban cortando nuestras vías de escape, nosotros fuimos retrocediendo hasta el puente, al mismo tiempo que Emma preparaba la bola de fuego más grande que era capaz de invocar y Addison bramaba sobre los animales del bosque que vivían en armonía y se preguntaba por qué no podíamos hacer lo mismo nosotros.

—Pongamos como ejemplo al sencillo erizo y a su vecina, la zarigüeya... ¿Acaso malgastan sus energías intentando tirarse el uno al otro por el desfiladero cuando ambos se enfrentan a un enemigo común, el invierno? ¡No!

—Se ha vuelto loco —dijo Emma—. ¡Cierra el hocico y empieza a pegar mordiscos!

Busqué algo con lo que luchar a mi alrededor. Los únicos objetos sólidos que había a mi alcance eran las cabezas. Agarré una por sus últimos mechones de cabello.

—¿Hay otra manera de cruzar? —le grité a la cara—. ¡Rápido, antes de que te arroje al río!

—¡Vete al infierno! —escupió, y después se abalanzó sobre mí con los dientes por delante.

Se la lancé a los hombres torpemente, con el brazo izquierdo. Me quedé corto. Me puse a buscar otra, la tomé y le hice la misma pregunta.

—Claro que la hay —respondió socarrona—. ¡En la parte trasera de un furcar! Aunque, si yo fuera tú, antes probaría suerte con el hueco del puente...

—¿Qué es un furcar? ¡Dímelo o te tiro a ti también!

—Está a punto de atropellarte uno —replicó cuando sonaron tres disparos en la lejanía: bam, bam, bam, lentos y medidos, como una advertencia.

Los hombres que nos cercaban se detuvieron de inmediato y todos nos volvimos para mirar carretera abajo.

Algo grande y cuadrado traqueteaba hacia nosotros medio envuelto en un remolino de ceniza. Entonces se oyó el gruñido de un gran motor reduciendo la marcha y apareció un camión entre la negrura. Se trataba de una maquinaria moderna de tipo militar, todo remaches y refuerzos y neumáticos del tamaño de medio hombre. La parte de atrás era un cubo sin ventanas, y dos wights con chalecos antibalas y armados con ametralladoras hacían guardia sobre sus estribos.

Desde el instante en que apareció, los ocupantes entraron en una especie de frenesí, entre carcajadas y jadeos de alegría, agitando los brazos y dando palmas, como los supervivientes abandonados de un naufragio harían señales a un avión que pasara, y nos olvidaron sin más. Nos habíamos tropezado con una oportunidad de oro y no estábamos dispuestos a desperdiciarla. Arrojé la cabeza a un lado, agarré a Addison con el hueco de mi brazo izquierdo y salí corriendo de la calzada detrás de

Emma. Podíamos haber seguido adelante, dejar Smoking Street y retirarnos a alguna zona más segura del Acre del Diablo, pero ahí, por fin, estaba nuestro enemigo en carne y hueso, y lo que pasase o estuviera a punto de pasar iba a ser importante. Nos detuvimos no muy lejos de allí, escondidos a duras penas tras una maraña de árboles calcinados, y nos dedicamos a observar.

El camión aminoró y la multitud se arremolinó a su alrededor, humillándose y mendigando. Suplicaban que les dieran ampolletas, sullivan y ambrosia, mascullando «solo un poco, un poquito, por favor, señor»; resultaban repugnantes adorando a aquellos carniceros, manoteando las ropas y los pies de los soldados y recibiendo patadas con puntera de acero a cambio. Estaba seguro de que los wights se pondrían a disparar, o encenderían el motor y aplastarían a los que fueran lo bastante necios como para interponerse entre ellos y el puente.

—¡Hagan una fila a partir de aquí y mantengan el orden o no se les dará nada!

La muchedumbre se puso en hilera como indigentes a la sopa, intimidados y agitando nerviosos ante lo que iban a recibir.

Sin previo aviso, Addison comenzó a revolverse para que lo soltara. Le pregunté qué le pasaba, pero lo único que hizo fue gemir y revolverse más aún, con la expresión desesperada de haber descubierto un fuerte rastro de olor. Emma le dio un pellizco en la cara y él volvió en sí lo suficiente para decir: «Es ella, es ella, ¡Miss Wren!». Entonces me di cuenta de que «furcar» era un acrónimo de furgón carcelario y de que el cargamento de la parte trasera del enorme vehículo de los wights era, casi con total seguridad, humano.

Entonces Addison me mordió, yo aullé y lo dejé marchar, y en un instante salió por sus patas. Emma soltó un exabrupto y yo grité: «¡Addison, no!». Pero fue inútil; actuaba por instinto, con el impulso irreprimible de un perro leal que trata de proteger a su amo. Me lancé de un salto por él y erré —era sorprendentemente veloz para tratarse de una criatura con solo tres patas sanas—, por lo que Emma me ayudó a levantarme y salimos corriendo tras él, fuera de nuestro escondite y en dirección a la calzada.

Hubo un momento, un breve instante, durante el que pensé que podríamos alcanzarlo, que los soldados estarían demasiado rodeados y el gentío demasiado ocupado para prestarnos atención. Y así habría sido de no ser por el cambio de idea que tuvo Emma en mitad de la carretera, cuando se fijó en las puertas traseras del camión. «Puertas con cerraduras que podrían fundirse. Puertas que podrían abrirse», debió de pensar —lo supe por la esperanza que iluminó su rostro—, y pasó de largo junto a Addison, sin intentar siquiera tocarlo, para trepar por la defensa del camión.

Se oyeron gritos procedentes de los guardias. Traté de agarrar a Addison, pero se escabulló debajo del furcar. Emma estaba empezando a derretir la jaladera de una de las puertas cuando el primer guardia enarboló su ametralladora como si fuera un bate

de béisbol, la golpeó en el costado y ella cayó redonda al suelo. Corrí hacia el wight, preparado para hacerle todo el daño que pudiera con mi único brazo sano, pero alguien me puso el pie y me desplomé sobre mi hombro herido, mientras un rayo de dolor me atravesaba todo el cuerpo.

Miré hacia arriba tras oír los gritos de un guardia, al que vi desarmado y agitando una mano herida, cuando resbaló y cayó entre la enloquecida masa de cuerpos apiñados. Los ocupantes se le echaron encima, no solo mendigando, sino exigiendo, amenazando, enardecidos —y ahora, en algún lugar, uno de ellos tenía el arma del guardia—. Este le hizo gestos de pánico al otro wight, con los brazos por encima de la cabeza como si quisiera decir «¡Sácame de aquí!».

Me puse de pie con dificultad y eché a correr tras Emma. El otro guardia se lanzó entre la multitud, disparó al aire hasta que pudo sacar a su camarada del barullo y volvieron al camión. En el mismo momento en que sus pies tocaron los estribos, le dieron un guantazo al lateral del vehículo y el motor emitió un rugido. Alcancé a Emma justo cuando el furcar arrancaba hacia el puente, con sus monstruosas ruedas escupiendo grava y ceniza.

Me agarré a su brazo para cerciorarme de que seguía entera. —Estás sangrando, y mucho —le dije en un arrebato de torpe obviedad, pero era la única manera en la que fui capaz de expresar lo espantoso que me resultaba verla herida, cojeando, con una brecha en el cuero cabelludo que le empapaba el pelo de sangre.

—¿Dónde está Addison? —preguntó, pero antes de que pudiera salir de mi boca un «No lo sé», me interrumpió—: Debemos ir tras él. ¡Puede que sea nuestra única oportunidad!

Levantamos la mirada mientras el camión enfilaba el puente y vimos al guardia tiroteando a dos *okupas* que corrían tras él. Mientras caían retorciéndose sobre la tierra, supe que Emma se equivocaba: no valía la pena perseguir el camión ni cruzar al otro lado del puente. No había ninguna esperanza —como ahora sabían los *okupas*—. Cuando sus camaradas se derrumbaron, pude sentir que su desesperación se convertía en rabia y cómo esta se dirigía contra nosotros en menos de un instante.

Intentamos correr, pero nos vimos rodeados. La turba nos gritaba que lo habíamos echado todo a perder, que ahora iban a cortarles el agua y que merecíamos morir. Empezaron a llovernos los golpes: bofetadas, puñetazos, manos que nos jalaban del pelo y de la ropa. Quise proteger a Emma, pero fue ella quien acabó protegiéndome a mí, durante unos segundos al menos, mientras agitaba las manos a su alrededor, chamuscando a todo el que podía. Pero ni siquiera su fuego fue suficiente para mantenerlos alejados de nosotros, y los golpes siguieron cayendo hasta que estuvimos de rodillas, luego hechos un ovillo sobre el suelo, tapándonos la cara con los brazos mientras recibíamos palos desde todas las direcciones.

Estaba casi seguro de que me estaba muriendo o de que era un sueño, porque en

ese momento oí a un coro de hombres cantar con energía un estribillo, «¡Oigan los golpes de martillos, oigan los clavos que no cesan!», pero tras cada estrofa sonaba el estruendo de un golpazo sobre carne y sus consiguientes gritos: «¡Qué (¡PLAF!) construir una horca, la (¡CRASH!) de todos los males!».

Tras unas cuantas estrofas y unos cuantos leñazos, los golpes dejaron de llegar y la turba retrocedió atemorizada y refunfuñando. A través de una bruma de sangre y polvo, pude vislumbrar a cinco musculosos constructores de horcas, con los cinturones de herramientas atados a la cintura y los martillos alzados en las manos. Habían abierto una cuña entre la multitud y ahora nos rodeaban dubitativos, como si fuéramos algún pez de una extraña especie que no esperaran encontrar entre sus redes.

—¿Son ellos? —le oí decir a uno—. No tienen muy buen aspecto, primo.

—¡Pues claro que lo son! —respondió otro cuya voz sonaba como una sirena de niebla, profunda y familiar.

—¡Es Sharon! —gritó Emma.

Pude mover la mano lo suficiente para limpiarme la sangre de un ojo. Ahí estaba, con sus más de dos metros de altura cubiertos de negro. Sentí que se me escapaba una carcajada, o intentaba hacerlo; nunca me había alegrado tanto de ver a alguien tan feo. Se sacó algo de los bolsillos —unas pequeñas ampolletas de vidrio— y las alzó por encima de su cabeza con un grito:

—¡TENGO LO QUE QUIEREN AQUÍ MISMO, LOCOS ENFERMOS! ¡TÓMENLO Y DEJEN EN PAZ A ESTOS NIÑOS!

Se volvió y arrojó las ampolletas calle abajo. La turba se lanzó en manada tras ellas, entre jadeos y gritos, dispuestos a destrozarse unos a otros con tal de hacerse con ellas. Y entonces solo quedaron los constructores, un poco despeinados tras la refriega pero ilesos, devolviendo los martillos a sus cinturones. Sharon se acercó a nosotros con su mano blanca como la nieve extendida, a la vez que decía:

—¿En qué estaban pensando para escabullirse de esa manera? ¡Estaba preocupadísimo!

—Es cierto —afirmó uno de los constructores—. Estaba fuera de sí. Nos ha hecho buscarlos por todas partes.

Intenté incorporarme, pero no pude. Sharon estaba justo encima de nosotros, mirando hacia abajo como si examinara un animal muerto en la carretera.

—¿Están enteros? ¿Pueden caminar? ¿Qué demonios les han hecho esos condenados? —Su tono estaba a medio camino entre el de un sargento instructor enojado y el de un padre preocupado.

—Jacob está herido —oí que respondía Emma con un temblor en la voz.

«Y tú también», intenté decir, pero fui incapaz de poner bien la lengua. Parecía tener razón: la cabeza me pesaba como una piedra, y mi vista era como una señal de

satélite inestable, buena en un momento, perdida al siguiente. Sharon me levantó y me llevaba en brazos —era mucho más fuerte de lo que parecía— cuando me asaltó un pensamiento repentino y que quise decir en alto: «¿Dónde está Addison?».

Tenía la boca pastosa, pero él me entendió de algún modo, y volviendo mi cabeza hacia el puente, dijo:

—Ahí.

A lo lejos, el camión parecía flotar en el aire. ¿Me estaba jugando una mala broma la conmoción cerebral?

No, ahora podía verlo: el camión se elevaba sobre el abismo, transportado por las lenguas del hueco.

—Pero ¿dónde está Addison?

—Ahí —repitió Sharon—. Debajo.

Por debajo del camión oscilaban dos patas traseras y un cuerpecito de color café. Addison, esa bestia artera, había conseguido un viaje gratis aferrándose a alguna pieza de los bajos con los dientes. Cuando las lenguas depositaron el camión en el otro extremo del puente, pensé: «Buena suerte, intrépido perrito. Puede que seas nuestra mejor esperanza».

Y entonces fui desvaneciéndome, poco a poco, mientras el mundo se irisaba en la noche.

## CUATRO

Sueños turbulentos, sueños en lenguas extrañas, sueños del hogar, de muerte. Curiosos y pequeños sinsentidos que se hilvanaban en centelleos de conciencia, vertiginosos y cuestionables, quimeras de mi cerebro conmocionado. Una mujer sin rostro que soplaba polvo a mis ojos. La sensación de estar sumergido en agua caliente. La voz de Emma asegurándome que todo iba a salir bien, son amigos, estamos a salvo. Después, una oscuridad profunda y sin sueños durante no se sabe cuántas horas.

Cuando volví a despertar, no se trataba de un sueño y lo sabía. Estaba metido en la cama de una pequeña habitación. Una luz débil se desparramaba desde detrás de una cortina cerrada. Así pues, era de día. Pero ¿qué día?

Llevaba puesto un camisón, no mi ropa manchada de sangre, y ya no tenía polvo en los ojos. Alguien había cuidado de mí. Además, aunque sentía un cansancio que me llegaba hasta los huesos, tenía pocos dolores. El hombro había dejado de molestarme, al igual que la cabeza. No tenía muy claro qué significaba aquello.

Traté de incorporarme. Tuve que parar a medio camino y descansar sobre los codos. Había una jarra de agua en un buró junto a la cama. En una esquina del cuarto se alzaba un voluminoso clóset de madera. En la otra —parpadeé y me froté los ojos para asegurarme—, sí, había un hombre durmiendo en una silla. Mi mente iba tan despacio que ni siquiera me sorprendí; solo pensé: «Qué raro». Y lo era; de hecho, tenía un aspecto tan extraño que por un momento me costó entender lo que estaba viendo. Parecía compuesto de mitades: una parte de su pelo estaba engelada hacia abajo, mientras que la otra estaba llena de remolinos; tenía media cara cubierta de una barba desaliñada y la otra con un arreglo perfecto. Incluso su ropa (pantalones, suéter arrugado, cuello isabelino ondulado) era mitad moderna, mitad arcaica.

—¿Hola? —dije inseguro.

El hombre pegó un grito, tan sobresaltado que se cayó de la silla y aterrizó en el

suelo con estruendo.

—¡Ah, vaya! ¡Ay, cielos! —Trepó de nuevo hasta la silla, con los ojos muy abiertos y las manos inquietas—. ¡Estás despierto!

—Lo siento, no pretendía asustarte...

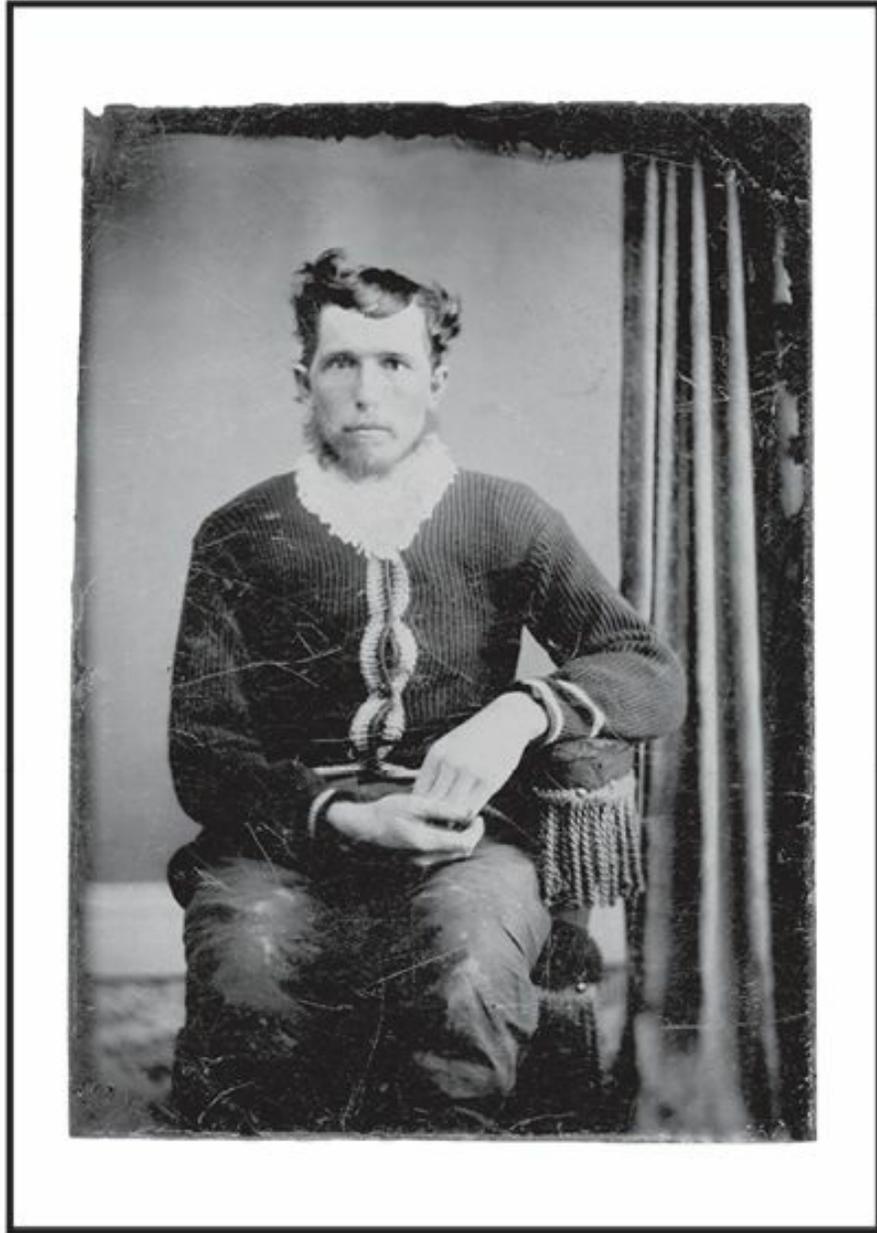
—Ah, no, ha sido culpa mía —respondió a la vez que se alisaba la ropa y enderezaba el cuello isabelino—. ¡No le cuentes a nadie que me he quedado dormido mientras te vigilaba!

—¿Quién eres? —le pregunté—. ¿Dónde estoy? —La cabeza se me iba aclarando con rapidez y a medida que lo hacía se llenaba de preguntas—. Y ¿dónde está Emma?

—¡Vaya, sí! —dijo el hombre, atarantado—. Puede que yo no sea el miembro de la casa mejor preparado para responder... preguntas...

Susurró la palabra con las cejas levantadas, como si las preguntas estuvieran prohibidas.

—Ahora bien —dijo antes de señalarme—, tú eres Jacob. —Se señaló a sí mismo—. Yo soy Nim. —Hizo un movimiento ondulante con la mano—. Y esta es la casa del señor Bentham. Está ansioso por conocerte. De hecho, debo avisarle tan pronto como despiertes.



Me apoyé en los codos para incorporarme del todo, un esfuerzo que casi me dejó rendido.

—Todo eso me da igual. Quiero ver a Emma.

—¡Por supuesto! Tu amiga...

Agitó los brazos como si fueran unas alitas mientras recorría el cuarto con la mirada, como si esperara encontrarse a Emma en un rincón.

—Quiero verla. ¡Ahora!

—¡Me llamo Nim! —gritó—. Y debo avisar. Sí, he recibido instrucciones estrictas...

Me asaltó un pensamiento aterrador: que Sharon, como buen mercenario, nos hubiera salvado de la turba solo para vendernos a cambio de piezas.

—¡EMMA! —conseguí gritar—. ¿DÓNDE ESTÁS?

Nim se puso blanco y se desplomó sobre la silla (por lo visto, le había dado un buen susto).

Un instante después resonaron unos pasos acercándose por el pasillo. Un hombre con bata blanca entró de pronto en la habitación.

—¡Te has despertado! —exclamó.

Imaginé que se trataría de un médico.

—¡Quiero ver a Emma! —exigí. Intenté sacar las piernas de la cama, pero me pesaban como piedras.

El médico se acercó raudo a mi lado y me empujó de nuevo sobre las sábanas.

—¡No hagas esfuerzos, aún te estás recuperando!

El médico ordenó a Nim que fuera a buscar al señor Bentham. Este echó a correr, atravesó la viga de la puerta de un salto y aterrizó en el pasillo. Y entonces apareció Emma, sin aliento y resplandeciente, con el pelo desparramado sobre un limpio vestido blanco.

—¿Jacob?

Al verla, un estallido de fuerza me recorrió el cuerpo, y me incorporé echando al médico a un lado.

—¡Emma!

—¡Estás despierto! —Ella corrió hacia mí.

—¡Ten cuidado con él, está delicado! —le advirtió el médico.

Controlándose, Emma me dio el más suave de los abrazos, y después se sentó a mi lado al borde de la cama.

—Siento no haber estado aquí cuando te despertaste. Dijeron que seguirías inconsciente unas horas más...

—No importa —le dije—. Pero ¿dónde estamos? ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

Emma le lanzó una mirada al médico, quien tomaba notas en una libretita aunque era evidente que estaba escuchando. Entonces le dio la espalda y bajó la voz.

—Estamos en casa de un hombre rico del Acre del Diablo, en algún lugar oculto. Sharon nos trajo aquí hace un día, o día y medio.

—¿Eso es todo? —le pregunté mientras estudiaba su rostro. Tenía la piel completamente lisa, con las cortadas difuminadas en finas líneas blancas—. ¡Estás casi curada por completo!

—Solo tenía unos cuantos arañazos y chichones...

—De ninguna manera —me negué yo—. Me acuerdo de lo que pasó.

—Una costilla rota y el hombro dislocado —intervino el médico.

—Hay una mujer aquí —explicó Emma—. Una sanadora. Su cuerpo produce un polvo de gran poder...

—Y una conmoción doble —añadió el médico—. Nada de lo que no pudiéramos ocuparnos. Pero tú, muchacho... Llegaste aquí medio muerto.

Me palpé el pecho, el estómago, todos los lugares donde me habían apaleado. Ningún dolor. Levanté el brazo derecho y moví el hombro. Ningún problema.

—Es como si tuviera un brazo nuevo —dije maravillado.

—Tienes suerte de no haber necesitado una cabeza nueva —dijo otra voz, la de Sharon, al mismo tiempo que se agachaba para poder pasar por la puerta—. En realidad, es una pena que no te hayan dado una, porque parece que la que tienes ahora está llena de aserrín. Esfumarse de esa manera, escapar sin tener ni idea de adónde iban, ¡y después de todas las advertencias que les hice sobre el Acre! ¿En qué estaban pensando? —Se elevó por encima de nosotros a la vez que sacudía un dedo largo y blanco.

Le dirigí una amplia sonrisa.

—Hola, Sharon. Me alegra volver a verte.

—Sí, ja, ja. Ahora que todo es de color de rosa, no hay más que sonrisas, ¡pero estuvieron a punto de matarse!

—Hemos tenido suerte —dijo Emma.

—Sí, ¡suerte de que yo estuviera ahí! ¡Suerte de que mis primos los constructores de horcas estuvieran disponibles aquella tarde y de que fuera capaz de detenerlos antes de que bebieran demasiada cerveza de la Fosa en La Cuna y el Ataúd! Y, por cierto, no trabajan gratis. Voy a cargar sus servicios a tu cuenta, ¡junto con los daños de mi barco!

—¡De acuerdo, de acuerdo! Tranquilízate, ¿vale?

—¿En qué estabas pensando? —repetió mientras su horrible aliento flotaba a nuestro alrededor como una nube.

Entonces fue cuando recordé en qué había estado pensando, y perdí un poco los estribos.

—¡Pensaba en que eres un canalla en quien no se puede confiar! —contraataqué—. ¡En que lo único que te importa es el dinero, y lo más seguro es que nos hubieras

vendido como esclavos a la primera de cambio! Sí, nos hemos informado. ¡Conocemos todos los negocios turbios a los que se dedican los peculiares por estos pagos! Y, si en algún momento has pensado que íbamos a creernos que tú —señalé a Sharon— o cualquiera de los demás —señalé al médico— querrían ayudarnos solo por la bondad de sus corazones, ¡es que estás loco! Así que dínos lo que quieren de nosotros o dejen que nos vayamos, porque tenemos..., tenemos que... —Me invadió una oleada salvaje y repentina de agotamiento. Se me nubló la vista—. Tenemos cosas mejores que...

Sacudí la cabeza y traté de enderezarme, pero la habitación había empezado a dar vueltas.

Emma me sujetó los brazos y el médico me empujó con suavidad sobre la almohada.

—Te estamos ayudando porque nos lo ha pedido el señor Bentham —declaró lacónico—. Lo que él quiera de ustedes, bueno, eso tendrás que preguntárselo tú mismo.

—Como ya he dicho, el señor como se llame puede besarme el mmmfff...

Emma me tapó la boca con la mano.

—Jacob no es él mismo en este momento —alegó—. Estoy segura de que lo que en realidad quería decir era «Gracias por salvarnos». Estamos en deuda con ustedes.

—Eso también —farfullé a través de sus dedos.

Estaba furioso y asustado, pero también genuinamente feliz de estar vivo y de ver a Emma sana y salva. Cuando lo pensé, toda la beligerancia salió de mi cuerpo y me llené de simple gratitud. Cerré los ojos para parar las vueltas que daba la habitación y me quedé escuchando cómo hablaban en susurros sobre mí.

—Es un problema —dijo el médico—. No podemos permitir que conozca al señor Bentham en este estado.

—Está aturrido —arguyó Sharon—. Si la chica y yo pudiéramos hablar con él en privado, estoy seguro de que podríamos hacerle entrar en razón. ¿Podemos quedarnos un momento a solas?

El médico se marchó de mala gana. Después de que se fuera, abrí los ojos de nuevo y me concentré en Emma, que me miraba desde arriba.

—¿Dónde está Addison? —le pregunté.

—Cruzó hasta el otro lado.

—Es verdad —recordé—. ¿Has sabido algo de él? ¿Ha vuelto ya?

—No —dijo con voz queda—. Aún no.

Pensé en lo que podía significar aquello, en lo que podía haberle pasado, pero no pude soportar la idea.

—Prometimos que iríamos a buscarlo. Si él ha podido pasar, nosotros también.

—Es posible que a ese hueco del puente no le importara demasiado que se colara

un perro —irrumpió Sharon—, pero a ti te habría arrancado la piel a tiras y te habría arrojado al agua hirviendo.

—Vete —le dije—. Quiero hablar con Emma en privado.

—¿Para qué? ¿Para poder salir por la ventana y escaparse otra vez?

—No nos vamos a ninguna parte —le aseguró Emma—. Jacob no puede ni levantarse de la cama.

Sharon no dio su brazo a torcer.

—Me iré a una esquina y me ocuparé de mis propios asuntos —dijo—. Es mi mejor oferta.

Fue y se aposentó en la silla de un solo brazo de Nim, tras lo que se puso a silbar y a limpiarse las uñas.

Emma me ayudó a incorporarme, juntamos nuestras frentes y hablamos en murmullos. Durante un momento me sentí tan sobrecogido por su cercanía que todas las preguntas que poblaban mi cabeza desaparecieron y solo quedó su mano tocando mi cara, acariciándome la mejilla, la mandíbula.

—Estaba muy preocupada por ti —me dijo—. Pensé que te había perdido de verdad.

—Estoy bien. —Sabía que mi estado había sido lamentable, pero me avergonzaba que se preocuparan por mí.

—No lo estabas. Para nada. Deberías disculparte con el médico.

—Lo sé. Perdí el control. Y siento haberte asustado.

Ella asintió y luego apartó la mirada. Sus ojos se detuvieron un instante sobre la pared y, cuando volvieron, brillaba en ellos una nueva determinación.

—Me gusta pensar que soy fuerte —dijo—. Que el motivo de que ahora sea libre en lugar de Bronwyn, Millard o Enoch es porque soy lo bastante fuerte para que se pueda depender de mí. Siempre he sido la que podía con todo. Como si mis sensores del dolor estuvieran apagados. Soy capaz de bloquear las cosas horribles y seguir adelante, hacer lo que sea necesario. —Su mano encontró la mía por encima de las sábanas. Nuestros dedos se entrelazaron de manera automática—. Pero cuando pienso en ti..., en el aspecto que tenías cuando te arrancaron del suelo, después de que esa gente... —Dejó escapar un débil suspiro y sacudió la cabeza como si apartara el recuerdo de su memoria—. Me quiebro por dentro.

—Yo también —respondí recordando el dolor que sentí cada vez que había visto a Emma herida, el terror que me atenazaba siempre que estaba en peligro—. Yo también.

Le apreté la mano y busqué algo más que decir, pero ella se me adelantó.

—Necesito que me prometas una cosa.

—Lo que sea.

—Necesito que no te mueras.

Se me escapó una sonrisa, pero a Emma no.

—No puedes morirte. Si te pierdo, lo demás no me importa nada.

La rodeé con los brazos y la apreté fuerte contra mí.

—Haré todo lo que pueda.

—Eso no es suficiente —susurró—. Prométemelo.

—De acuerdo. No me voy a morir.

—Di que lo prometes.

—Lo prometo.

—Aaah —suspiró Sharon con displicencia desde la esquina—, las dulces mentiras que se cuentan los amantes...

Nos separamos.

—¡Se supone que no debes escuchar! —protesté.

—Esto ya ha durado demasiado —respondió mientras arrastraba la silla por el suelo con estrépito y la colocaba al lado de la cama—. Tenemos cosas importantes de las que hablar. Por ejemplo, de la disculpa que me debes.

—¿Por qué motivo? —pregunté irritado.

—Por empañar mi nombre y mi reputación.

—Todas mis palabras eran ciertas. Este bucle está repleto de escoria y de gentuza, y tú eres un canalla ambicioso.

—Sin un ápice de empatía hacia los males de su propia gente —añadió Emma—. No obstante, gracias otra vez por salvarnos.

—Por estos lares aprendes a cuidar de ti mismo —dijo Sharon—. Todo el mundo tiene una historia. Algún mal. Todo el mundo quiere algo de ti, y casi siempre mienten. Por eso, sí, me declaro un egoísta sin reservas y con ánimo de lucro. Pero me ofende profundamente que hayas insinuado que pueda hacer tratos con traficantes de carne de peculiar. El mero hecho de ser un capitalista no me convierte en un malnacido de corazón oscuro.

—Y ¿cómo íbamos a saberlo? —le espeté—. Tuvimos que suplicarte y sobornarte para que no nos dejaras tirados en el puerto, ¿recuerdas?

Él se encogió de hombros.

—Eso fue antes de que me diera cuenta de quién eres.

Le dirigí una mirada a Emma y luego me señalé el pecho.

—¿Yo?

—Tú, muchacho. El señor Bentham lleva mucho tiempo deseando hablar contigo. Desde el primer día en que colgué mi placa de barquero, hará unos cuarenta años. Bentham me garantizó que podría entrar y salir del Acre de manera segura si le prometía que te buscaría mientras tanto. Mi cometido era llevarte ante él. Y ahora por fin he cumplido mi parte del trato.

—Me habrán confundido con otra persona. Yo no soy nadie.

—Dijo que serías capaz de hablar con los espíritus huecos. ¿Cuántos peculiares conoces que puedan hacerlo?

—Pero solo tiene dieciséis años —dijo Emma—. Dieciséis de verdad. Entonces, ¿cómo es posible...

—Por eso me costó un tiempo juntar todas las piezas —la cortó Sharon—. Tuve que ir a discutirlo con el señor Bentham en persona, que es lo que estaba haciendo cuando ustedes dos se fugaron. No encajas en la descripción, ¿sabes? Todos estos años estuve buscando a un anciano.

—Un anciano —repetí.

—Exacto.

—Que puede hablar con los huecos.

—Eso he dicho.

Emma me apretó la mano con más fuerza e intercambiamos una mirada de «No, no puede ser», tras lo que saqué las piernas de la cama con energías renovadas.

—Quiero hablar con ese tal Bentham. Ahora mismo.

—Te verá cuando esté preparado —dijo Sharon.

—No —repliqué—. Ahora.

Por casualidad, alguien llamó a la puerta en ese preciso momento. Sharon la abrió y se encontró con Nim.

—El señor Bentham se reunirá con nuestros invitados para tomar el té dentro de una hora en la biblioteca —nos informó.

—No podemos esperar una hora —protesté yo—. Ya hemos malgastado demasiado tiempo en este lugar.

Ante aquello, Nim se puso un poco rojo y soltó el aire de sus mejillas.

—¿Malgastado?

—Lo que Jacob quiere decir —apuntó Emma— es que tenemos otro compromiso urgente en otra parte del Acre al que ya llegamos tarde.

—El señor Bentham insiste en celebrar una reunión como es debido —dijo Nim—. Como él suele decir, el día que no tengamos tiempo para los buenos modales, el mundo ya estará perdido. Hablando de lo cual, debo asegurarme de que lleven la vestimenta adecuada. —Se acercó al clóset y abrió sus pesadas puertas. Dentro había varias estanterías llenas de ropa—. Pueden escoger lo que quieran.

Emma extrajo un vestido de volantes y frunció los labios.

—Esto no está bien. Emperifollarnos y tomar el té mientras nuestros amigos y las mybrynes tienen que soportar lo que solo los pájaros saben.

—Vamos a hacerlo por ellos —respondí—. Solo tenemos que seguirle la corriente a Bentham hasta que nos diga lo que sabe. Podría ser importante.

—O puede que solo sea un viejo solitario.

—No hablen así del señor Bentham. —Nim arrugó la cara—. ¡El señor Bentham

es un santo, un gigante entre los hombres!

—Cálmate, anda —le dijo Sharon. Entonces se dirigió hacia la ventana y abrió la persiana, permitiendo que la débil luz del sol, cubierta de una espesa niebla, se filtrara en la habitación—. ¡Arriba y en marcha! —nos animó—. Tienen una cita.

Eché las cobijas a un lado y Emma me ayudó a salir de la cama. Para mi sorpresa, mis piernas aguantaron mi peso. Eché un vistazo por la ventana, hacia una calle vacía envuelta en una amarilla lóbreguez, y luego fui con Emma del brazo hasta el clóset para escoger una muda. Allí encontré un traje en una percha con una etiqueta que decía mi nombre.

—¿Podemos cambiarnos con algo de intimidad, por favor? —les pedí.

Sharon miró a Nim y se encogió de hombros. Nim hizo un gesto de negación con las manos.

—¡No sería apropiado!

—Bah, se portarán bien —dijo Sharon con un movimiento de la mano—. Nada de tonterías, ¿de acuerdo?

Emma se puso roja como la grana.

—No tengo ni la menor idea de a qué te refieres.

—Claro que no. —Sharon corrió a Nim de la habitación y después se detuvo ante la puerta—. ¿Puedo confiar en que no volverán a escaparse?

—¿Por qué íbamos a hacerlo? —le dije—. Queremos conocer al señor Bentham.

—No iremos a ningún sitio —prometió Emma—. Pero ¿por qué sigues aquí?

—El señor Bentham me pidió que no los perdiera de vista.

Me pregunté si eso significaba que Sharon nos detendría si intentábamos irnos.

—Tienes que deberle un favor muy grande —juzgué.

—Enorme —replicó él—. Le debo la vida a ese hombre.

Entonces se dobló casi por la mitad para pasar por la puerta y salió al pasillo.

—Tú cámbiate allí. —Emma señaló una pequeña habitación adyacente con la cabeza—. Yo me cambiaré aquí. ¡Y nada de miraditas hasta que llame a la puerta!

—Vaaale —exageré mi decepción a fin de esconderla.

Aunque era innegable que la idea de ver a Emma en ropa interior resultaba muy atractiva, todos los peligros que habían amenazado nuestras vidas en los últimos tiempos habían congelado esa parte de mi cerebro adolescente. No obstante, mis instintos más primarios habrían empezado a reafirmarse con unos cuantos besos de verdad más.

Pero bueno.

Me encerré en el baño, lleno de resplandecientes azulejos blancos y pesada

fontanería de hierro, y me incliné sobre el lavabo para inspeccionarme ante un espejo plateado.

Estaba hecho un desastre.

Tenía la cara hinchada y surcada de escandalosas líneas rosas, que se iban curando deprisa pero que aún seguían ahí, un recordatorio de cada uno de los golpes que recibí. Mi torso era una geografía de moretones, indoloros pero feos. Había sangre seca en los pliegues más inaccesibles de mis orejas. La visión me produjo un mareo, y tuve que agarrarme al lavabo para mantenerme en pie. Me asaltó un recuerdo desagradable y repentino: el de puños y pies que me aporreaban, la tierra aproximándose a toda velocidad.

Nadie había intentado matarme con sus propias manos antes. Era algo nuevo, muy diferente a ser la presa de un hueco, que se mueve por instinto. También era distinto a que te dispararan: las balas eran una manera rápida e impersonal de asesinar. Sin embargo, usar las manos... Eso requería un esfuerzo. Requería odio. Resultaba extraño y amargo saber que tanta animadversión se hubiera dirigido hacia mí. En un momento de locura colectiva, aquellos peculiares que ni siquiera sabían cómo me llamaba me habían odiado lo suficiente para intentar matarme con sus propios puños. Me sentí humillado por ello, deshumanizado tal vez, aunque era incapaz de entender bien por qué. Se trataba de algo en lo que tendría que pensar algún día, si es que volvía a tener el lujo de poder pensar en tales cosas.

Abrí la llave para lavarme la cara. Las tuberías se estremecieron con un quejido, pero después de una gran floritura orquestal, solo soltaron un hipido de agua parduzca. Puede que el tal Bentham fuera rico, pero ninguna cantidad de lujos podía protegerlo de la realidad del lugar infernal en el que vivía.

¿Cómo habría acabado aquí?

Y, lo que es más extraño, ¿cómo había conocido aquel hombre a mi abuelo, o cómo había sabido de él? Sin duda era a él a quien se refería Sharon cuando dijo que Bentham buscaba a un anciano que podía hablar con los huecos. Tal vez mi abuelo había conocido a Bentham durante sus años en la guerra, tras abandonar la casa de Miss Peregrine pero antes de irse a América. Fue un período decisivo de su vida del que no hablaba mucho, y nunca entraba en detalles. A pesar de todo lo que había descubierto sobre mi abuelo en los últimos meses, para mí seguía siendo un misterio en muchos sentidos. Ahora que ya no estaba, pensé con tristeza, quizá lo sería para siempre.

Me vestí con la ropa que me había dado Bentham: una camisa azul de aspecto caro y un conjunto de suéter de lana gris con unos sencillos pantalones negros. Todo me sentaba como un guante, como si hubieran sabido que iba a aparecer por allí. Me estaba calzando unos zapatos Oxford de piel café cuando Emma llamó a la puerta.

—¿Cómo vas?

Abrí para encontrarme ante una explosión de amarillo. Emma tenía una expresión miserable en el rostro, metida dentro de un enorme vestido de color canario con mangas abultadas y un dobladillo que se agitaba entre sus pies. Un suspiro se escapó de sus labios.

—Era el menos terrible de mis atuendos de pesadilla, te lo aseguro.

—Pareces la gallina Caponata —dije mientras salía del baño tras ella—, y yo el señor Rogers. Ese Bentham es un hombre cruel.

No entendió ninguna de mis referencias. Sin hacerme caso, se acercó a la ventana y se asomó a mirar.

—Sí. Bien.

—¿Qué es lo que está bien? —quise saber.

—Esta repisa. Es grande como la China, y hay asideros por todas partes. Es más segura que las barras del gimnasio.

—Y ¿qué más nos da la seguridad de la repisa? —le pregunté a la vez me ponía a su lado junto a la ventana.

—Porque Sharon está vigilando el pasillo, por lo que es evidente que no podemos salir por ahí.

A veces parecía que Emma mantenía conversaciones enteras conmigo en su cabeza —a las cuales yo no tenía acceso—, y luego se frustraba tanto cuando me mostraba confundido que al final tenía que contármelas. Su cerebro funcionaba tan rápido que en algunas ocasiones se adelantaba a ella misma.

—No podemos ir a ningún sitio —le dije—. Tenemos que conocer a Bentham.

—Y vamos a hacerlo, pero que me cuelguen si tengo que pasarme la próxima hora haciendo berrinche en esta habitación. El venerable señor Bentham es un exiliado que vive en el Acre del Diablo, lo que quiere decir que lo más probable es que sea un criminal peligroso de sórdido pasado. Quiero echarle un vistazo a su casa para ver qué descubrimos. Estaremos de vuelta antes de que sepan que nos hemos ido. Te doy mi palabra de honor.

—Ah, bueno, una operación encubierta. Pues vamos vestidos para la ocasión.

—Qué gracioso.

Yo llevaba unos zapatos de suela dura que hacían que cada uno de mis pasos sonara como un martillazo, ella, un vestido más chillón que un señal de peligro, y además yo acababa de recuperar las fuerzas para mantenerme en pie; pero de todas formas, dije que sí. Ella solía tener razón en estas cuestiones, y yo había llegado a depender de sus instintos.

—Si alguien nos ve, que nos vea —dijo—. Parece ser que ese hombre lleva siglos esperándote. No nos va a correr ahora porque hagamos una pequeña expedición.

Entonces abrió la ventana y se subió a la cornisa. Yo asomé la cabeza con cautela. Había dos pisos sobre una calle vacía en la parte «buena» del Acre del Diablo.

Reconocí una pila de leña: era donde nos habíamos escondido cuando Sharon había salido de una tienda que parecía abandonada. Justo debajo de nosotros se encontraba el despacho de abogados Munday, Dyson y Strype. Por supuesto, dicho negocio no existía. No era más que una tapadera, una entrada secreta a la casa de Bentham.

Emma me ofreció su mano.

—Sé que no te entusiasman las alturas, pero no pienso dejar que te caigas.

Después de haber estado colgado sobre un río hirviente a manos de un hueco, esa pequeña caída no parecía tan escalofriante. Y Emma tenía razón: la cornisa era amplia, y por toda la mampostería sobresalían protuberancias y caras de gárgola que servían de asideros. Trepé hacia fuera, me agarré y caminé detrás de ella.

Cuando la cornisa describió un giro y nos sentimos lo bastante seguros de que estábamos situados en paralelo a un pasillo desde el que Sharon no podía vernos, probamos a abrir una ventana.

Estaba cerrada. Seguimos desplazándonos y lo intentamos con la siguiente, pero esa, también, estaba cerrada, igual que la tercera, la cuarta y la quinta.

—Nos estamos quedando sin edificio —señalé—. ¿Y si no se abre ninguna?

—La próxima se abrirá —me dijo Emma.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy clarividente. —Y sin más le dio una patada que lanzó cristales rotos dentro de la habitación y otros que cayeron tintineando ante la fachada del edificio.

—No, eres una vándala —le contesté.

Emma me dirigió una amplia sonrisa y después retiró los últimos fragmentos del marco con la palma de la mano.

Entonces se introdujo por la abertura. Yo la seguí, un poco a regañadientes, hasta una habitación oscura y cavernosa. Nuestros ojos tardaron un momento en acostumbrarse a la penumbra. La única luz procedía de la ventana que acabábamos de romper, cuyo tenue resplandor revelaba el lateral del paraíso de una persona con síndrome de Diógenes. Había cajones y cajas de madera amontonados en columnas inestables que llegaban hasta el techo, separadas solo por un estrecho pasillo.

—Me da la sensación de que a Bentham no le gusta tirar nada —observó Emma.

Yo solté un estornudo triple de gran velocidad como toda respuesta. El aire rebotaba polvo. Emma me dijo «Salud» y prendió una llama con la mano, que acercó al cajón más cercano. En él, se podía leer «Rm, AM-157».

—¿Qué crees que habrá dentro? —le pregunté.

—Necesitamos una palanca para averiguarlo —respondió ella—. Parecen resistentes.

—Pensaba que eras clarividente.

Ella me hizo una mueca.

A falta de palanca, nos aventuramos más en la habitación, para lo que Emma

agrandó su llama tras alejarnos de la agonizante luz de la ventana. El angosto trecho entre las cajas conducía a un arco y a otra habitación, igualmente a oscuras y casi tan abarrotada como la anterior. En lugar de cajones, estaba atestada de objetos voluminosos que se hallaban ocultos tras fundas blancas. Emma fue a destapar una, pero la agarré del brazo antes de que pudiera hacerlo.

—¿Qué pasa? —dijo irritada.

—Puede que haya algo horrible ahí abajo.

—Sí, exacto —asintió, y retiró la funda levantando un ciclón de polvo.

Cuando el aire se asentó, vimos nuestro reflejo borroso en una vitrina de cristal como las que hay en los museos que nos llegaba hasta la cintura y que ocupaba alrededor de un metro cuadrado. Dentro, primorosamente colocados y etiquetados, había una cáscara de coco tallada, una vértebra de ballena en forma de cepillo, una pequeña hacha de piedra y varios objetos más, cuya utilidad resultaba poco clara por el momento. La placa sobre el cristal rezaba: «Utensilios utilizados por peculiares en la isla Espíritu Santo, Nuevas Hébridas, región del Pacífico Sur, hacia el año 1750».

—Vaya —dijo Emma.

—Qué raro —respondí yo.

Después volvió a colocar la funda en su sitio, a pesar de que ya tenía poco sentido que cubriéramos nuestras huellas y tampoco es que hubiéramos podido recomponer la ventana, y seguimos recorriendo la habitación poco a poco, a la vez que íbamos destapando otros objetos al azar. Todos eran piezas de museo. Sus contenidos guardaban poca relación unos con otros, salvo por el hecho de que todos habían pertenecido a peculiares o habían sido empleados por ellos. Uno albergaba en su interior una colección de sedas de brillantes colores con las que se vistieron unos peculiares del Lejano Oriente alrededor de 1800. Otro presentaba lo que a primera vista parecía un amplio corte transversal del tronco de un árbol, pero que al mirarlo con más detenimiento resultó ser una puerta con bisagras de hierro y una manija hecha con el nudo de un árbol. La placa decía: «Entrada de una residencia peculiar en las Grandes Llanuras de Hibernia, hacia el año 1530».

—Vaya. —Emma se inclinó para verla más de cerca—. No sabía que hubiera tantos de los nuestros por el mundo.

—O que los hubo —maticé yo—. Me pregunto si aún seguirán allí.

La última pieza que contemplamos estaba catalogada como «Armas de los peculiares hititas, ciudad subterránea de Kaymakli, sin fechar». De manera enigmática, en su interior solo vimos mariposas y escarabajos muertos.

Emma se dio la vuelta para mirarme haciendo oscilar su llama.

—Creo que ha quedado claro que Bentham es un fanático de la historia. ¿Continuamos?

Atravesamos rápidamente otras dos habitaciones llenas de vitrinas cubiertas y

luego llegamos a una escalera utilitaria por la que ascendimos hasta el siguiente piso. El rellano daba paso a un largo pasillo cubierto de una frondosa alfombra. Parecía no tener fin, con sus puertas situadas a intervalos regulares y su papel pintado repetido que creaban una mareante impresión de infinitud.

Seguimos avanzando a la vez que ojeábamos las habitaciones. Todas tenían muebles idénticos, dispuestos de manera idéntica y con papel pintado idéntico: en cada una había una cama, un buró y un clóset, como la estancia donde había convalecido. Un diseño de brotes de amapola roja se ondulaba sobre el papel pintado y continuaba por la alfombra en hipnóticas oleadas, dándole al lugar el aspecto de estar siendo reclamado por la naturaleza poco a poco. De hecho, las habitaciones habrían sido del todo indistinguibles de no ser por las plaquitas de cobre atornilladas a las puertas, en las que se le otorgaba un nombre único a cada una. Todas sonaban exóticas: la habitación de los Alpes, la habitación Gobi, la habitación del Amazonas.

Quizá hubiera unas cincuenta habitaciones rodeando el pasillo, e íbamos por la mitad de su extensión. Apretamos el paso cuando estuvimos seguros de que allí no había nada que valiera la pena descubrir, pero, entonces, notamos una corriente de aire tan frío que me puso la piel de gallina.

—¡Puf! —dije, y me cubrí con los brazos—. ¿De dónde salió eso?

—Puede que alguien dejara la ventana abierta —sugirió Emma.

—Pero fuera no hace frío —indiqué, ante lo que se encogió de hombros.

Seguimos atravesando el pasillo, y el aire fue refrescando a medida que avanzábamos. Por fin doblamos una esquina y llegamos a una parte del pasillo en la que se habían formado témpanos en el techo, y la escarcha resplandecía sobre la alfombra. El frío parecía emanar de una habitación en particular, frente a la que nos situamos y de la que vimos salir copos de nieve flotando, uno a uno, de una grieta debajo de la puerta.

—Esto es muy extraño —dije mientras temblaba.

—Desde luego que es muy inusual —coincidió Emma—, incluso para mí.

Di un paso adelante que hizo crujir la alfombra nevada bajo mis pies y examiné la placa de la puerta. Decía «La habitación Siberia».

Miré a Emma. Emma me miró a mí.

—Tiene que ser un aire acondicionado hiperactivo —dijo ella.

—Vamos a abrir y lo comprobaremos. —Agarré la manija e intenté entrar, pero no giraba—. Está cerrada.

Emma puso la mano en la cerradura y la dejó ahí varios segundos. Empezó a gotear agua a la vez que se fundía el hielo de su interior.

—No está cerrada —dijo—, sino congelada.

Giró la manija y empujó la puerta, pero solo se abrió un par de centímetros; la nieve se había amontonado al otro lado. Apoyamos el hombro sobre su superficie y, a

la de tres, embestimos. Entonces se abrió de golpe y una ráfaga de aire ártico nos golpeó en la cara. La nieve se agitaba por todas partes, se nos metía en los ojos, se escapaba hacia el pasillo que quedaba a nuestras espaldas.

Echamos un vistazo al interior mientras nos protegíamos la cara. Estaba amueblado como las demás habitaciones —cama, clóset, buró—, pero allí había unos bultos informes de color blanco enterrados bajo la espesa capa de nieve acumulada.

—¿Qué es eso? —grité para hacerme oír sobre el aullido del viento—. ¿Otro bucle?

—¡No puede ser! —gritó Emma a su vez—. ¡Ya estamos en uno!

Inclinados ante el viento, nos adentramos para mirar más de cerca. Me había imaginado que la nieve y el hielo entrarían por una ventana abierta, pero cuando la ventisca remitió pude ver que no había ninguna ventana, ni siquiera una pared al otro extremo de la habitación. A cada lado de nosotros se alzaban paredes recubiertas de hielo, el techo se encontraba sobre nuestras cabezas, y era posible que en algún lugar hubiera una alfombra a nuestros pies, pero, donde debería haber estado la cuarta pared, la estancia daba paso a una cueva helada, y después al cielo, a campo abierto y a un infinito paisaje de nieve blanca y rocas negras.

Según parecía, aquello era Siberia.

Un rastro de nieve excavada recorría la habitación y continuaba por la blancura exterior. Seguimos el sendero arrastrando los pies hasta dentro de la cueva, maravillados ante todo lo que nos rodeaba. Del suelo surgían enormes estalagmitas de hielo, mientras que unas estalactitas colgaban del techo como un bosque de árboles blancos.

Resultaba difícil impresionar a Emma —había vivido casi cien años y había visto infinidad de cosas peculiares—, pero aquel lugar parecía llenarla de auténtico asombro.

—¡Esto es increíble! —dijo mientras se agachaba a recoger un puñado de nieve, que me lanzó entre risas—. ¿No te parece increíble?

—Pues sí —respondí entre dientes, temblequeando—, pero ¿qué hace esto aquí?

Sorteamos los témpanos gigantes y salimos al aire libre. Al mirar atrás, ya no se veía nada de la habitación; quedaba perfectamente camuflada dentro de la cueva.

Emma echó a correr hacia delante, después se dio la vuelta y dijo con urgencia:

—¡Por aquí!

Me arrastré sobre la nieve cada vez más espesa hasta llegar a su lado. El panorama era de lo más extraño. Ante nosotros se extendía un campo blanco y llano, detrás del cual la tierra se hundía en profundos pliegues ondulados, como fisuras.

—No estamos solos —dijo Emma, y señaló un detalle que no había observado antes. Había un hombre de pie al borde de una fisura, mirando hacia su interior.

—¿Qué está haciendo? —fue mi pregunta, más o menos retórica.

—Buscando algo, parece.

Lo vimos andar despacio a lo largo de la fisura, siempre con la mirada baja. Después de un minuto más o menos, me di cuenta de que tenía tanto frío que ya no me sentía la cara. Entonces se desató una ráfaga de viento helado que pintó toda la escena de blanco.

Cuando se desvaneció un momento después, el hombre nos miraba fijamente.

Emma se puso rígida.

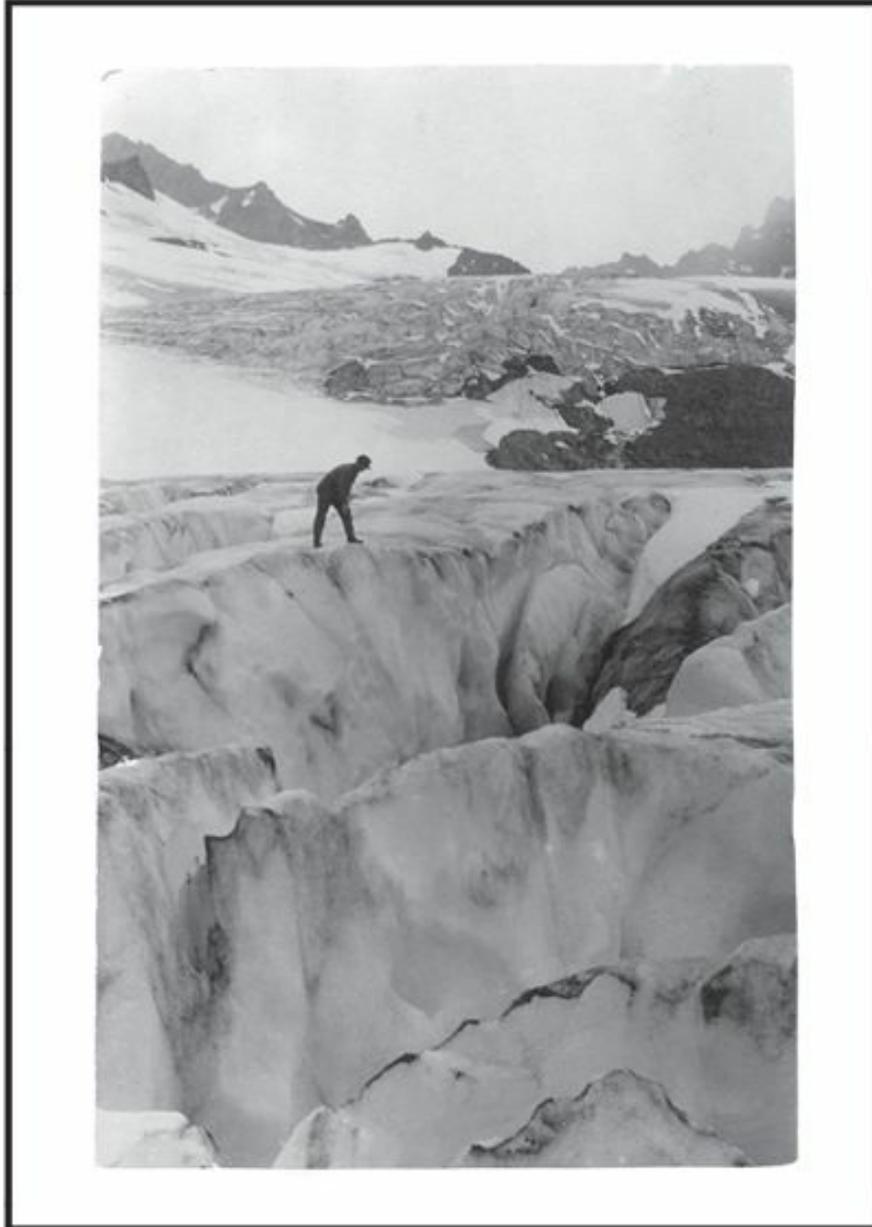
—Oh, oh.

—¿Crees que podrá vernos?

Emma miró su brillante vestido amarillo.

—Sí.





Nos quedamos ahí parados un momento, con los ojos clavados en el hombre que nos miraba desde el otro lado de la blanca llanura, y entonces echó a correr en nuestra dirección. Se encontraba a cientos de metros entre la nieve profunda y un paisaje de fisuras ondulantes. No sabíamos si pretendía hacernos daño, pero habíamos entrado en un lugar donde se suponía que no debíamos estar, y marcharse parecía ser la mejor idea; esa decisión se vio reforzada sonoramente por un aullido que solo habíamos oído una vez, en el campamento gitano.

Un oso.

Un vistazo rápido por encima del hombro lo confirmó: un enorme oso negro había escalado con sus garras desde una de las fisuras para unirse al hombre en la nieve, y ahora ambos corrían hacia nosotros, la bestia cubriendo el terreno mucho más deprisa que el hombre.

—¡oso! —grité de forma redundante.

Intenté correr, pero mis pies helados se negaron a cooperar. Emma, que parecía inmune a la nieve, me agarró del brazo y me jaló. Volvimos a entrar en la cueva dando tumbos, atravesamos la estancia a tropezones y salimos trastabillando por la puerta, detrás de la cual había una ventisca que cubría el pasillo en penumbra. Cerré la puerta a nuestras espaldas —como si eso pudiera detener a un oso— y retrocedimos a través del largo pasillo, escaleras abajo, de vuelta al museo muerto de Bentham para escondernos entre sus fantasmas enfundados en sábanas blancas.

Nos ocultamos entre una pared y un gigantesco monolito cubierto de polvo en el rincón más lejano que pudimos encontrar, apretujándonos dentro de un espacio tan pequeño que no podíamos volver las caras para mirarnos el uno al otro, mientras el frío del que habíamos huido se asentaba con firmeza en nuestros huesos. Nos quedamos callados y temblorosos, quietos como maniqués, con el agua que goteaba de la ropa formando charcos a nuestros pies. La mano izquierda de Emma aferró mi derecha, lo único cálido y significativo que podíamos transmitirnos en ese momento. Estábamos creando un idioma imposible de traducir en palabras, un vocabulario especial de gestos y miradas, de caricias y besos cada vez más profundos que se iban volviendo más ricos, más intensos, más complejos a cada hora que pasaba. En los momentos como ese, resultaba fascinante a la vez que indispensable; hacía que sintiera un poco menos de frío y de miedo.

Después de que pasaran unos minutos sin que apareciera un oso para devorarnos, nos atrevimos a intercambiar unos susurros.

—¿Era un bucle el lugar donde hemos estado? —le pregunté—. ¿Un bucle dentro de otro bucle?

—No sé qué era eso —respondió Emma.

—Siberia. Eso es lo que decía en la puerta.

—Si eso era Siberia, entonces la habitación en la que estaba era una especie de portal, no un bucle. Pero los portales no existen, claro.

—Por supuesto —repliqué, aunque tampoco habría sido tan difícil de creer que también hubiera portales en un mundo donde existían bucles.

—¿Y si solo fuera un bucle muy viejo? —sugerí—. ¿Como de la edad de piedra, unos quince o diez mil años atrás? Es posible que el Acre del Diablo tuviera ese aspecto en aquel entonces.

—No creo que haya bucles tan antiguos —dijo ella.

Me castañeteaban los dientes.

—No puedo dejar de temblar —dije.

Emma apretó su costado contra el mío y me frotó la espalda con su cálida mano.

—Si pudiera crear un portal a cualquier sitio, Siberia no estaría entre mis primeras opciones —comenté.

—¿Y adónde irías entonces?

—Hum. A Hawái, tal vez. Aunque supongo que te sonará muy poco original. Todo el mundo iría a Hawái.

—Yo no.

—¿Adónde irías tú?

—Al lugar de donde tú vienes —respondió—. A Florida.

—¿Por qué demonios ibas a querer ir allí?

—Creo que sería interesante ver el sitio en el que te criaste.

—Qué bonito —dije—. Pero allí no hay mucho que ver. Es muy tranquilo.

Emma apoyó su cabeza en mi hombro y exhaló una cálida bocanada sobre mi brazo.

—A mí me parece un paraíso.

—Tienes nieve en el pelo —observé, pero se derritió cuando intenté apartarla.

Me sacudí el agua fría de la mano sobre el suelo y fue entonces cuando me fijé en nuestras pisadas. Habíamos dejado un rastro de nieve derretida que probablemente conducía justo hasta nuestro escondite.

—Vaya tontos que estamos hechos —dije, señalando nuestras huellas—. ¡Tendríamos que habernos quitado los zapatos!

—No importa —dijo Emma—. Si no nos han seguido ya, lo más probable...

Al otro lado de la habitación resonaron unos pasos fuertes y sordos, acompañados del sonido de la respiración de un animal grande.

—Vuelve a la ventana lo más rápido que puedas —siseó Emma, tras lo que salimos arrastrándonos de nuestro escondite.

Intenté correr, pero me resbalé en un charco. Me agarré a lo que tenía más a

mano, que resultó ser la sábana que cubría el gran objeto detrás del que nos habíamos escondido. La tela cayó con un crujido estrepitoso descubriendo otra vitrina y haciéndome aterrizar en el suelo entre un montón de lienzo arrugado.

Cuando miré hacia arriba, lo primero que vi fue a una niña, no a Emma, que estaba de pie junto a mí, sino más lejos, tras el cristal. Tenía un rostro angelical y llevaba un vestido de volantes y un lazo en el pelo, y miraba a la nada con ojos vidriosos en lo que parecía ser el rictus permanente de un ser humano disecado.

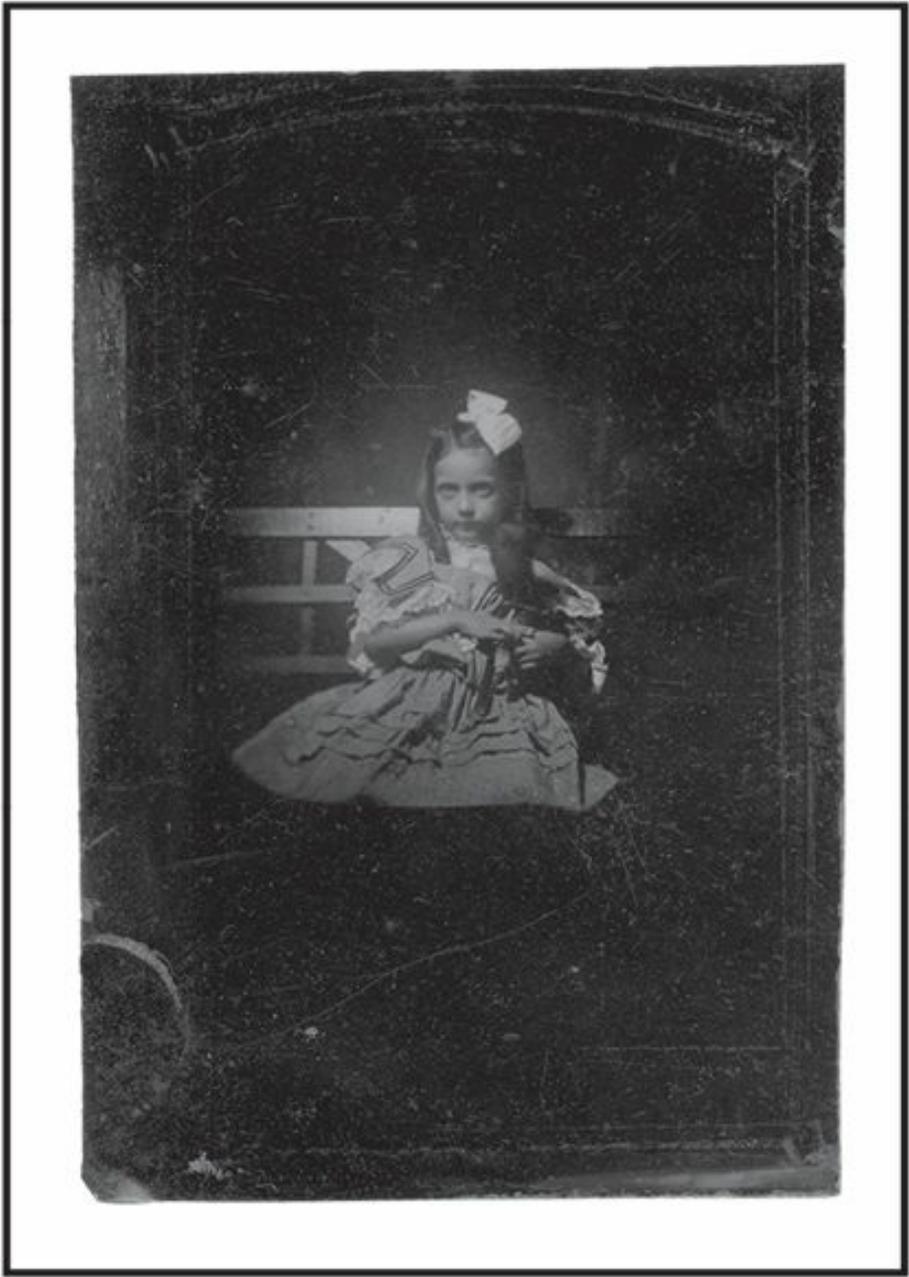
Me quedé horrorizado. Emma se volvió para ver la causa de mi horror, y entonces ella fue la aterrorizada.

Luego me levantó de un jalón y salimos corriendo.

Me había olvidado por completo del tipo que nos perseguía, del oso, de Siberia. Solo quería salir de aquella habitación, lejos de la niña disecada y muy lejos de cualquier posibilidad de que Emma y yo acabáramos como ella, muertos y preservados tras un cristal. Ahora ya sabía todo lo que tenía que saber sobre el tal Bentham: se trataba de una especie de coleccionista enfermizo, y estaba seguro de que si mirábamos debajo de otras fundas, encontraríamos más especímenes similares.

Doblamos una esquina a toda prisa para encontrarnos ante una enorme y terrorífica montaña de piel y garras de tres metros de alto. Nos pusimos a gritar, intentamos frenar demasiado tarde y caímos en tropel a los pies del oso. Nos quedamos allí quietos, acobardados, esperando la muerte. Nos envolvió un aliento cálido y fétido. Algo húmedo y rasposo me barrió un lado de la cara.

Acababa de lamerme un oso. Acababa de lamerme un oso, y alguien se había echado a reír.



—¡Tranquilos, no los va a morder! —dijo ese alguien, tras lo que me descubrí el rostro para ver una larga nariz peluda y unos grandes ojos cafés que me miraban desde arriba.

¿Era el oso quien había hablado? ¿Hablaban los osos de sí mismos en tercera persona?

—Se llama PT —continuó ese alguien—, y es mi guardaespaldas. Es bastante amistoso, siempre que cuenten con mi favor. ¡Siéntate, PT!

PT se sentó y se dedicó a lamerse su propia pata en vez de mi cara. Yo me puse de pie al instante, me sequé las babas de la mejilla y por fin pude ver al dueño de aquella voz. Era un hombre mayor, un caballero, que esbozaba una sonrisita sutil que hacía juego con su esplendoroso atuendo: sombrero de copa, bastón, guantes y camisa blanca de cuello alto que surgía de su oscuro saco.

Hizo una leve reverencia e inclinó el sombrero.

—Myron Bentham, a sus órdenes.

—Retrocede despacio —me susurró Emma al oído. Entonces nos levantamos a la vez y nos situamos fuera del alcance del oso—. No queremos problemas, señor. Déjenos marchar y nadie saldrá herido.

Bentham extendió los brazos con una sonrisa en los labios.

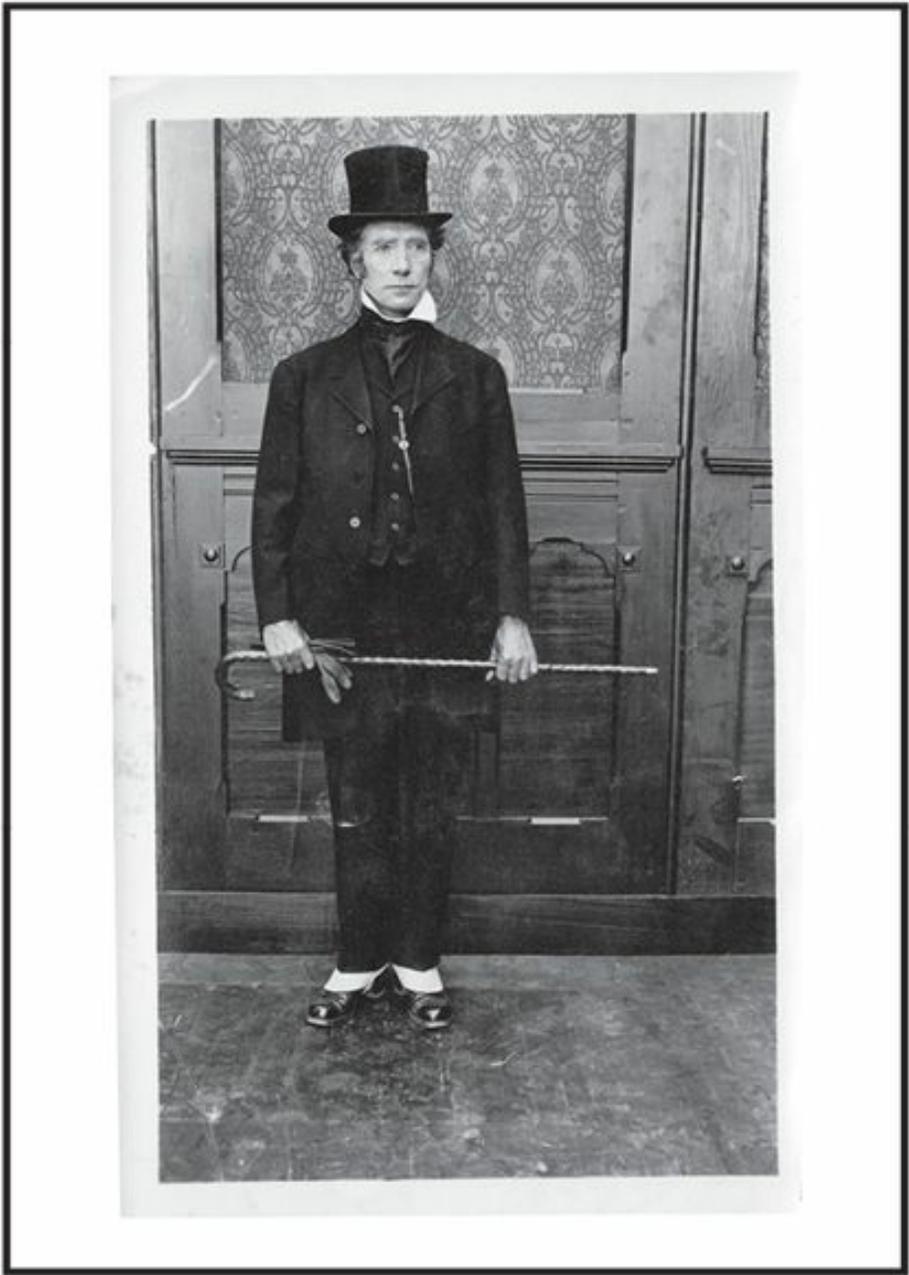
—Son libres de irse en cualquier momento. Sin embargo, sería una enorme decepción. Acaban de llegar, y tenemos tantas cosas de las que hablar...

—¿Ah, sí? —dije yo—. ¡Quizá podría empezar explicando por qué hay una niña dentro de una vitrina ahí detrás!

—¡Y la habitación Siberia! —añadió Emma.

—Están enojados, tienen frío y se mojaron. ¿No preferirías discutir todo esto delante de una taza de té caliente?

Sí, pero no estaba dispuesto a admitirlo.



—No iremos con usted a ninguna parte hasta que sepamos qué está pasando aquí —manifestó Emma.

—Muy bien —indicó Bentham sin perder ni un ápice de su buen humor—. Era mi ayudante a quien han sorprendido en la habitación Siberia, la cual, como ya adivinaron, conduce a un bucle temporal en Rusia.

—Pero eso es imposible —dijo Emma—. Siberia está a miles de kilómetros de aquí.

—A cinco mil seiscientos quince —puntualizó él—. Pero el viaje entre bucles es a lo que he dedicado toda mi vida. —Se volvió hacia mí—. En cuanto a la vitrina que descubrieron, se trata de Sophronia Winstead. Fue la primera niña peculiar nacida en la familia real británica. Tuvo una vida fascinante, aunque un tanto trágica al final. Tengo toda clase de peculiares notables en mi *peculiarium*: conocidos y desconocidos, famosos e infames. Se los mostraré gustoso, ya sea en su totalidad o los ejemplares que les interesen. No tengo nada que ocultar.

—Es un psicópata —le susurré a Emma—. ¡Lo único que quiere es disecarnos para añadirnos a su colección!

Bentham se echó a reír. Por lo visto, tenía un oído muy fino.

—Solo son figuras de cera, muchacho. Soy un coleccionista y un conservacionista, sí, pero no de seres humanos. ¿De verdad creías que había esperado tanto tiempo para conocerte solo para sacarte las entrañas y encerrarte en un clóset bajo llave?

—He oído hablar de aficiones más raras —respondí, acordándome de Enoch y su ejército de homúnculos—. ¿Qué es lo que quiere de nosotros?

—Todo a su debido tiempo —dijo—. Lo primero que tenemos que conseguir es que entren en calor y que se sequen. Luego, el té. Después...

—No quisiera ser descortés —lo interrumpió Emma—, pero ya hemos pasado demasiado tiempo aquí. Nuestros amigos...

—Están todos bien, por el momento —acabó él la frase—. Sé que resulta duro, pero deben tener paciencia. Son muchas las cosas que hay que explicar de una vez, y estando en un estado tan lamentable... —Extendió un brazo hacia nosotros—. Miren, están temblando.

—De acuerdo —consentí—. Vamos a tomar un té.

—¡Estupendo! —dijo Bentham, y golpeó dos veces el suelo con su bastón—. ¡Ven aquí, PT!

El oso emitió un gruñido de conformidad, se levantó sobre sus patas traseras y echó a andar hacia donde estaba Bentham, contoneándose como una persona obesa de piernas regordetas. Cuando llegó a su lado, el animal se agachó y lo levantó en el aire como si fuera un bebé, sujetándole la espalda con una garra y las piernas con la otra.

—Sé que es un medio de transporte poco convencional —nos dijo Bentham por

encima del hombro peludo de PT—, pero me agoto con facilidad. —Señaló hacia delante con su bastón—: ¡PT, a la biblioteca!

Emma y yo contemplamos pasmados cómo PT se ponía a caminar con el señor Bentham en brazos.

«Eso no es algo que se vea todos los días», pensé. Aunque podría haber dicho lo mismo de casi todo lo que había visto aquel día.

—¡Alto, PT! —ordenó Bentham.

El oso se detuvo. Bentham nos hizo un gesto con la mano.

—¿Me acompañan?

Nos habíamos quedado parados mirando.

—Perdón —dijo Emma, y salimos corriendo detrás de ellos.

Emprendimos la marcha a través del laberinto tras los pasos de Bentham y su oso.

—¿Su oso es peculiar? —le pregunté.

—Sí, es un oso torvo —dijo Bentham mientras le frotaba el hombro a PT con afecto—. Son los compañeros preferidos de las ymbrynes de Rusia y Finlandia, y su doma es un arte antiguo y respetado entre los peculiares de esta zona. Son lo bastante fuertes para darle batalla a un espíritu hueco y lo suficientemente mansos para cuidar de un niño, producen más calor que las cobijas eléctricas en las noches frías y son unos defensores formidables, como pueden ver aquí... ¡A la izquierda, PT!

Mientras Bentham seguía ensalzando las virtudes de los osos torvos, llegamos a una pequeña antesala. Bajo una bóveda de cristal en mitad de la estancia había tres mujeres sobre las que se destacaba un oso gigantesco de aspecto fiero. Durante un momento me quedé sin aliento hasta que me di cuenta de que estaban inmóviles, eran otro artículo de exposición de Bentham.

—Son Miss Waxwing, Miss Troupial y Miss Grebe —explicó Bentham—, y su oso torvo, Alexi.

A segunda vista, el oso parecía estar protegiendo a las ymbrynes de cera. Las mujeres posaban en calmada actitud junto a él, que se sostenía sobre sus patas traseras petrificado en mitad de un rugido a la vez que le asestaba un zarpazo a su enemigo. Su otra garra reposaba casi con ternura sobre el hombro de una de las mujeres, cuyos dedos rodeaban una de sus largas uñas, como para dejar constancia de su sencillo dominio sobre tan formidable criatura.

—Alexi era el tío abuelo de PT —explicó Bentham—. ¡Saluda a tu tío, PT!

PT profirió un gruñido.



—Ojalá pudieras hacer eso con los huecos —me susurró Emma.

—¿Cuánto tiempo se tarda en entrenar a un oso torvo? —le pregunté a Bentham.

—Años —respondió—. Los torvos son muy independientes por naturaleza.

—Años —le susurré a Emma.

Ella puso los ojos en blanco y dijo:

—¿Y Alexi también es de cera?

—Ah, no, está disecado.

Según parecía, la aversión de Bentham por la taxidermia de peculiares no se extendía a los animales. Me imaginé que si Addison hubiera estado ahí, habría hecho un buen escándalo.

Sentí un escalofrío. Emma me pasó su mano caliente por la espalda. Bentham se dio cuenta y dijo:

—¡Discúlpenme! Recibo tan pocas visitas que no puedo evitar presumir de mi colección cuando llegan. No hago más que prometer té, ¡y té habrá de haber!

Bentham extendió su bastón y PT siguió caminando. Los seguimos a través de los almacenes de artefactos enfundados y por otras partes de la casa. En muchos sentidos era la residencia de un hombre rico corriente: había una entrada con columnas de mármol, un comedor formal con tapices en las paredes y docenas de asientos, alas enteras cuyo único propósito parecía ser la exhibición de muebles dispuestos con elegancia. Pero en cada una de las habitaciones, junto a todo lo demás, siempre había unos cuantos objetos de la peculiar colección de Bentham.

—España, siglo xv —dijo, señalando una resplandeciente armadura colocada en un pasillo—. Encargué que me la arreglaran. ¡Y ahora me queda como un guante!

Por fin llegamos a la biblioteca. Era la más bonita que había visto en mi vida. Bentham le dijo a PT que lo bajara, se sacudió los pelos del saco y nos mostró el lugar. La sala contaba con al menos tres pisos, y había estanterías que se elevaban hasta alturas vertiginosas por encima de nosotros. Habían construido una serie de escalinatas, pasarelas y escalerillas con ruedas para acceder a ellas.

—Confieso que no los he leído todos —reconoció Bentham—, pero estoy en ello.

Nos invitó a pasar hasta un batallón de sofás en torno a una ardiente chimenea que llenaba la estancia de calidez. Junto al fuego nos esperaban Sharon y Nim.

—¡Y tú me llamas canalla a mí! —siseó Sharon, pero antes de que pudiera seguir regañándome, Bentham lo hizo salir a traernos unas cobijas.

Contábamos con la protección de las simpatías del amo, así que los reproches de Sharon tuvieron que esperar.

En menos de un minuto, estábamos sentados en un sofá y envueltos en cobijas. Nim revoloteaba a nuestro alrededor mientras preparaba el té en bandejas doradas, y PT, hecho un ovillo ante las llamas, iba entrando rápidamente en un estado de hibernación. Intenté resistirme a la agradable sensación que empezaba a embargarme

para concentrarme en los asuntos que debíamos resolver: las grandes preguntas y los problemas sin solución aparente; nuestros amigos y las ymbrynes; la tarea absurda y desesperada que nos habíamos impuesto. Pensar en todo a la vez bastaba para sumirme en el más absoluto de los desánimos, por eso, pedí a Nim tres terrones de azúcar y leche suficiente para volver blanco el té. Me lo bebí en tres tragos y pedí más.

Sharon se había retirado a un rincón desde el que podía enfurruñarse y escuchar nuestra conversación a la vez.

Emma estaba ansiosa por saltarse las formalidades.

—Bien —dijo—, ¿podemos hablar ya?

Bentham hizo caso omiso de su pregunta. Estaba sentado delante de nosotros, pero tenía la mirada puesta solo en mí, con una extrañísima sonrisita en la cara.

—¿Qué? —le pregunté mientras me limpiaba un chorrillo de té de la barbilla.

—Es asombroso —replicó—. Eres su viva imagen.

—¿De quién?

—De tu abuelo, claro.

Bajé la taza.

—¿Lo conoció?

—Así es. Fue amigo mío, hace mucho tiempo, cuando más lo necesitaba.

Le lancé una mirada a Emma. Se había puesto un poco pálida y aferraba su taza con fuerza.

—Murió hace unos meses —dije.

—Sí. Lo lamenté mucho —respondió Bentham—. Y si he de ser sincero, también me sorprendió que aguantara tanto tiempo. Supuse que alguien lo habría matado hace años. Tenía tantos enemigos... Pero tu abuelo era un hombre de un talento excepcional.

—¿Cuál era exactamente la naturaleza de su amistad? —preguntó Emma con el tono de un interrogador policial.

—Y tú debes de ser Emma Bloom —dijo tras mirarla por fin—. He oído hablar mucho de ti.

Ella pareció sorprenderse.

—¿En serio?

—Claro que sí. Abraham te tenía mucho cariño.

—No tenía ni idea —se ruborizó.

—Eres incluso más guapa de lo que decía.

Ella apretó la mandíbula.

—Gracias —se limitó a decir—. ¿Cómo lo conoció?

La sonrisa de Bentham se apagó.

—Veo que vamos al grano.

—Si no le importa...

—En absoluto —aseguró, aunque su actitud se había enfriado varios grados—. Bien, antes me preguntaron por la habitación Siberia, y sé que a Miss Bloom no le complació mi respuesta.

—Sí, pero me interesan más el abuelo de Jacob y el motivo de que nos trajera aquí.

—Prometo que está todo relacionado. Esa habitación, y esta casa en general, son el principio.

—De acuerdo —acepté—. Háblenos de la casa.

Bentham tomó aire y tamborileó los dedos sobre sus labios durante un momento, mientras pensaba. Entonces dijo:

—Esta casa está llena de artefactos de valor incalculable que he ido reuniendo a lo largo de toda una vida de expediciones, pero ninguno tiene más valor que la casa en sí. Se trata de una máquina, un artilugio de mi propia invención. Lo llamo el Panbucleticón.

—El señor Bentham es un genio —dijo Nim mientras colocaba un plato de sándwiches ante nosotros—. ¿Un sándwich, señor Bentham?

Bentham lo apartó con un gesto.

—Pero aún no hemos llegado a la base —prosiguió—. Mi historia comenzó mucho antes de que se construyera esta casa, cuando era un muchacho más o menos de tu edad, Jacob. Mi hermano y yo nos las dábamos de exploradores. Devorábamos los mapas de Perplexus Anomalus y soñábamos con visitar todos los bucles que había descubierto. Y con encontrar otros nuevos y visitarlos no solo una vez, sino varias. Pretendíamos restaurar así la antigua grandeza de los peculiares. —Se inclinó hacia delante—. ¿Entienden lo que quiero decir?

Fruncí el ceño.

—¿Restaurarla... con mapas?

—No, no solo con mapas. Traten de responder esta pregunta: ¿qué es lo que nos hace débiles como pueblo?

—¿Los wights? —aventuró Emma.

—¿Los huecos? —dije yo.

—Antes de que ninguno de ellos existiera —nos incitó Bentham.

—¿La persecución de los normales? —sugirió Emma.

—No. Eso no es más que un síntoma de nuestra debilidad. Lo que nos hace débiles es la distancia geográfica. Según mis cálculos aproximados, hoy en día hay unos diez mil peculiares en el mundo. Sabemos que tienen que existir, como sabemos que ha de haber otros planetas en el universo que alberguen vida inteligente. Es matemáticamente obligatorio. —Esbozó una sonrisa y dio un sorbo a su té—. Ahora imagínense a diez mil peculiares, todos ellos con impresionantes talentos, en un mismo

lugar y unidos por una causa común. Sería una fuerza a tener en cuenta, ¿no es cierto?

—Supongo que sí —opinó Emma.

—Sin duda que sí —la corrigió Bentham—. Pero estamos repartidos por el mundo en cientos de débiles subunidades, diez peculiares aquí, doce allá, porque resulta extraordinariamente difícil viajar desde un bucle del interior de Australia, por ejemplo, hasta otro en el Cuerno de África. Durante un viaje largo no solo hay que considerar los peligros inherentes de los normales y del mundo natural, sino también los riesgos del envejecimiento. La tiranía de la geografía evita todas las visitas entre bucles lejanos salvo las más breves, incluso en esta época moderna de viajes por el aire.

Hizo una pausa durante un momento antes de continuar, mientras recorría la estancia con la mirada.

—Ahora bien, imaginen que existiera un vínculo entre ese bucle australiano y el de África. De pronto esas dos poblaciones podrían entablar una relación. Comerciar. Aprender. Unirse en un solo bando para defenderse en los momentos de crisis. Surgen todo tipo de posibilidades emocionantes que antes resultaban imposibles. Y, de forma gradual, a medida que fueran estableciéndose más conexiones de esa clase, ¡el mundo peculiar dejaría de ser una colección de tribus lejanas ocultas en bucles aislados para convertirse en una nación poderosa, unida y fuerte!

Bentham había ido animándose mientras hablaba y durante la última parte alzó las manos y separó los dedos como si estuviera jalando de una palanca de tracción.

—¿De ahí la máquina? —pregunté.

—De ahí la máquina —dijo, bajando las manos—. Mi hermano y yo buscábamos una manera más sencilla de explorar el mundo peculiar, y en su lugar hallamos la manera de unirlo. El Panbucleticón iba a ser la salvación de nuestra gente, una invención que cambiaría la naturaleza de la sociedad peculiar para siempre. Funciona del siguiente modo: se empieza aquí, en esta casa, con una pequeña pieza de maquinaria llamada lanzadera. Cabe en una mano —explicó a la vez que abría la palma de la suya—. La llevas contigo fuera de la casa, fuera del bucle, y luego a través del presente hasta otro bucle, que podría estar en el otro extremo del mundo o en el pueblo de al lado. Al volver aquí otra vez, la lanzadera habrá recogido y registrado la firma, el ADN, del otro bucle, y esta puede usarse para crear una segunda entrada aquí, dentro de la casa.

—En ese pasillo del piso de arriba —adivinó Emma—. Con todas sus puertas y plaquitas.

—Exacto —afirmó Bentham—. Cada una de esas habitaciones es la entrada a un bucle que mi hermano y yo visitamos y nos trajimos con nosotros a lo largo de muchos años. Con el Panbucleticón, la ardua expedición inicial del primer contacto solo tiene que hacerse una vez, y cada viaje de vuelta es instantáneo a partir de

entonces.

—Como la colocación de postes telefónicos —dijo Emma.

—Algo así —corroboró Bentham—. Y de esa manera, en teoría, la casa se convierte en un depósito de todos los demás bucles del mundo.

Me puse a pensar en ello, en lo costoso que había sido dar con el bucle de Miss Peregrine la primera vez. ¿Y si en lugar de tener que ir hasta un islote de la costa de Gales hubiera podido entrar desde mi clóset de Englewood? Podría haber tenido ambas vidas: en casa, con mis padres, y allí, con mis amigos y con Emma.

Salvo por una sola cosa. Si eso hubiera existido, el abuelo Portman y Emma no habrían tenido que terminar. La frase resultaba tan extraña que me produjo un escalofrío en el coxis.

Bentham calló y le dio un sorbo a su té.

—Está frío —dijo, y lo dejó a un lado.

Emma se quitó la cobija de encima, se levantó, fue hasta el sofá de Bentham y metió la punta del dedo índice en el té. Al cabo de un instante ya estaba hirviendo otra vez. Él le dedicó una sonrisa.

—Estupendo.

Ella retiró el dedo.

—Una pregunta.

—Apuesto a que sé cuál es —dijo él.

—Muy bien. ¿Cuál es?

—Si de verdad existe algo tan maravilloso, ¿cómo es que no hemos oído hablar de ello hasta ahora?

—Exactamente —respondió ella, y volvió a sentarse a mi lado.

—No han oído hablar de ello, ni ustedes ni nadie, a causa del desgraciado incidente de mi hermano. —La expresión de Bentham se ensombreció—. La máquina nació con su ayuda, pero con el tiempo acabó siendo su ruina. Al final, el Panbucleticón no llegó a utilizarse como un instrumento para unir a nuestra gente, tal y como se había proyectado, sino más bien para todo lo contrario. El problema surgió cuando nos convencimos de que la tarea de visitar todos los bucles del mundo para recrear sus entradas resultaba ridícula en el mejor de los casos y estaba tan lejos de nuestras posibilidades que rozaba el absurdo. Necesitábamos ayuda, y en grandes cantidades. Por suerte, mi hermano era un tipo tan carismático y convincente que resultó fácil reclutar toda la ayuda que nos hizo falta. En poco tiempo reunimos un pequeño ejército de peculiares, jóvenes e idealistas, dispuestos a arriesgar su vida y su integridad para ayudarnos a materializar nuestro sueño. De lo que no era consciente en ese momento era de que mi hermano tenía ambiciones distintas a las mías, un plan oculto.

Bentham se levantó con cierto esfuerzo y prosiguió su relato.

—Existe una leyenda —dijo—. Puede que Miss Bloom la conozca. —Atravesó la habitación a golpe de bastón hasta las estanterías y extrajo un librito—. Es la historia de un bucle perdido. Una especie de más allá donde se depositan nuestras almas peculiares al morir.

—Abaton. Claro que la conozco. Pero no es más que un mito —respondió ella—. Quizá sería conveniente que contaras la historia para instruir a nuestro amigo neófito.

Bentham volvió renqueando hasta los sofás y me entregó el libro. Era fino y verde, y tan viejo que se desmenuzaba por los bordes. En la portada aparecía el título de *Cuentos de lo peculiar*.

—¡Lo he leído! —exclamé—. Una parte, al menos.

—Esta edición tiene casi seiscientos años —nos informó Bentham—. Fue la única que incluyó la historia que Miss Bloom está a punto de relatar, porque después se consideró peligrosa. Durante un tiempo, el mero hecho de contarla constituía un acto delictivo, por lo que el libro que tienes entre las manos es el único volumen de la historia peculiar que ha sido prohibido.

Lo abrí. Todas las páginas estaban manuscritas con una caligrafía elaborada y de una perfección sobrehumana, con cada uno de sus márgenes abarrotado de ilustraciones.

—Hace mucho tiempo que la escuché por última vez —indicó Emma con inseguridad.

—Yo te ayudaré —le prometió Bentham a la vez que se acomodaba con cuidado en el sofá—. Adelante.

—Bueno —comenzó ella—, cuenta la leyenda que en la antigüedad, hace miles de años, existía un bucle especial al que iban los peculiares al morir.

—El cielo de los peculiares —dije yo.

—No del todo. No nos quedábamos allí durante toda la eternidad. Era más bien como... una biblioteca. —Se mostró dudosa con respecto a la palabra y le dirigió una mirada a Bentham—. ¿No?

—Sí —asintió él—. Se creía que las almas peculiares eran un bien preciado de edición limitada, por lo que sería un desperdicio llevárselas a la tumba. Por el contrario, al final de nuestras vidas debíamos hacer un peregrinaje hasta la biblioteca donde se depositarían nuestras almas para que otros las usaran en el futuro. Incluso en los asuntos espirituales, los peculiares siempre nos hemos caracterizado por nuestra templanza.

—La primera ley de la termodinámica —apunté yo.

Él me miró sin comprender.

—La energía no se crea ni se destruye. O las almas, en este caso. —A veces me sorprenden las cosas que recuerdo del colegio.

—Supongo que es un principio parecido, sí —respondió Bentham—. Los antiguos

creían que la humanidad solo disponía de un número limitado de almas peculiares y que cuando nacía un peculiar, se llevaba una, como tú o yo sacaríamos un libro de la biblioteca. —Indicó los montones de tomos que nos rodeaban—. Pero cuando tu vida, tu plazo de préstamo, llegaba a su fin, debías devolver tu alma. —Bentham le hizo un gesto a Emma—. Continúa, por favor.

—Pues bien —prosiguió ella—, entonces existía una biblioteca. Siempre me la imaginé llena de preciosos libros resplandecientes, cada uno de los cuales contenía un alma peculiar. Durante miles de años, la gente tomaba prestadas las almas y las devolvía a su muerte, y todo era de color rosa. Más adelante, alguien pensó un día que se podría entrar en la biblioteca incluso antes de estar a punto de morir. Y lo hizo, y la desvalijó. Robó las almas más poderosas que pudo encontrar y las empleó para sembrar el caos. —Entonces miró a Bentham—. ¿No es así?

—Los hechos son correctos, aunque el relato deje un poco que desear —opinó él.

—¿Las empleó? —repetí yo—. ¿Cómo?

—Combinando los poderes de las almas robadas con los suyos propios —explicó Bentham—. Con el tiempo, los guardianes de la biblioteca terminaron matando al ladrón; recuperaron las almas robadas y arreglaron el agravio. Pero el genio ya había salido de la lámpara, por así decirlo. La idea de que la biblioteca podía ser vulnerada se convirtió en un veneno que se extendió por nuestra sociedad. Quien controlara la biblioteca controlaría todo el mundo peculiar, y al cabo de poco tiempo fueron robadas más almas. Fue el comienzo de una época oscura, durante la que se libraron épicas batallas entre los sedientos de poder por el control de Abaton y la biblioteca de las almas. Muchas vidas se perdieron. El fuego arrasó la tierra. El hambre y la peste campaban a sus anchas, mientras peculiares con poderes inimaginables se asesinaban unos a otros por medio de inundaciones y tormentas eléctricas. De allí sacaron los normales sus mitos acerca de dioses que luchaban por la supremacía en el cielo. Su *Furia de titanes* fue nuestra batalla por la biblioteca de las almas.

—Pensaba que habías dicho que la historia no era cierta —mencioné.

—Aún no he acabado —dijo Bentham, tras lo que se volvió hacia Nim, quien revoloteaba a nuestro alrededor—. Puedes retirarte, Nim. Ya no precisamos más té.

—Discúlpeme, señor, no pretendía fisgar, señor, pero es que esta es mi parte favorita.

—¡Pues siéntate!

Nim se dejó caer en el suelo con las piernas cruzadas y apoyó la barbilla sobre las manos.

—Como iba diciendo, durante un período breve pero terrible, la destrucción y la miseria cayeron sobre nuestra gente. Cada vez que el control de la biblioteca cambiaba de manos, se derramaba sangre. Entonces, un día acabó todo. El autoproclamado rey de Abaton murió en la batalla, y quien lo había asesinado salió en busca de la

biblioteca para reclamar su propiedad, pero no la encontró. El bucle había desaparecido de la noche a la mañana.

—¿Desaparecido? —pregunté.

—Un día estaba ahí, y al siguiente no —me aclaró Emma.

—Puf —dijo Nim.

—Según la leyenda, la biblioteca de las almas estaba situada en las colinas de la antigua ciudad de Abaton. Pero cuando el aspirante a rey llegó para reclamar su botín, la biblioteca se había esfumado. Igual que la ciudad. Volatilizada como si nunca hubiera estado ahí, con un tranquilo prado verde en su lugar.

—Es de locos —dije.

—Pero no hay nada de verdad en ello —repuso Emma—. No es más que un viejo cuento.

—«La leyenda del bucle perdido» —leí en la página por la que estaba abierto el libro que tenía entre las manos.

—Puede que nunca sepamos si Abaton existió en realidad. —Bentham separó los labios en una sonrisa de esfinge—. Eso es lo que la convierte en leyenda. Pero, al igual que los rumores sobre tesoros enterrados, el carácter legendario de la historia no ha detenido a la gente, que la ha buscado a través de los siglos. Se dice que el mismísimo Perplexus Anomalous dedicó años a la búsqueda del bucle perdido de Abaton y que es cómo empezó a descubrir muchos de los que aparecen en sus famosos mapas.

—No lo sabía —dijo Emma—. Supongo que al final salió algo bueno de todo eso.

—Y algo muy malo también —añadió Bentham—. Mi hermano creía en la leyenda. Yo le perdoné esa debilidad como un necio y también la ignoré; cuando me di cuenta de que había sido su motivación principal ya era demasiado tarde. Para aquel entonces, mi carismático hermano había convencido a nuestro pequeño ejército de jóvenes reclutas de que era cierta. De que Abaton existía de verdad. De que se podía descubrir la biblioteca de las almas. Perplexus había estado tan cerca, les dijo, que lo único que faltaba era terminar su trabajo. Entonces, el tremendo y peligroso poder que albergaba la biblioteca sería nuestro. Suyo.

»Esperé demasiado tiempo, y la idea acabó convirtiéndose en un cáncer. Buscaron y buscaron el bucle perdido, montando una expedición tras otra, y cada fracaso no hacía más que alimentar su empeño. El objetivo de unir el mundo peculiar quedó en el olvido. Durante todo ese tiempo, a mi hermano solo le había preocupado llegar al poder, como a los peculiares aspirantes a dioses de antaño. Y cuando traté de enfrentarme a él y recuperar el control de la máquina que habíamos construido, me tachó de traidor, volvió a los demás en mi contra y me encerró en una celda.

Bentham había estado apretando el mango de su bastón como si fuera un cuello que deseara retorcer, pero ahora había levantado la mirada, con el rostro tan sombrío como una máscara mortuoria.

—Es posible que ya hayan adivinado su nombre.

Busqué con urgencia los ojos de Emma. Los tenía tan abiertos como dos lunas. Ambos pronunciamos el nombre al mismo tiempo:

—Caul.

Bentham asintió.

—Su verdadero nombre es Jack.

Emma se inclinó hacia delante.

—Entonces su hermana es...

—Mi hermana es Alma Peregrine —confirmó.

Miramos a Bentham boquiabiertos, pasmados. ¿Era posible que el hombre que teníamos delante fuera el hermano de Miss Peregrine? Sabía que tenía dos, los mencionaba de vez en cuando, e incluso me había enseñado una foto de cuando eran pequeños. También me había contado la historia de cómo su búsqueda de la inmortalidad había provocado el desastre de 1908, que los convirtió a ellos y a sus seguidores en espíritus huecos y, más tarde, en los wights a los que conocíamos y temíamos. Pero nunca había mencionado su nombre, y su relato mostraba pocas similitudes con el que Bentham acababa de exponer.

—Si lo que dice es cierto, usted ha de ser un wight —señalé yo.

—El señor Bentham no... —Nim se quedó con la boca abierta. Estaba a punto de levantarse para defender el honor de su amo cuando este lo apartó con un gesto.

—No pasa nada, Nim. Solo han escuchado la versión de Alma. Pero ella no lo sabe todo.

—No veo que lo niegue —dijo Emma.

—No soy un wight —repuso Bentham, tajante.

No estaba acostumbrado a que personas como nosotros lo cuestionaran, y su orgullo empezaba a asomar por debajo de su gentil fachada.

—Entonces no le importará que lo comprobemos —propuse yo—, solo para asegurarnos...

—En absoluto —dijo él. Se levantó con su bastón y renqueó hasta la tierra de nadie en medio de nuestros sofás. PT alzó la cabeza con perezosa curiosidad mientras que Nim se ponía de espaldas, furioso porque su amo se viera sometido a semejantes humillaciones.

Nos unimos a Bentham sobre la alfombra. Él se agachó un poco para que no tuviéramos que ponernos de puntitas, pues tenía una altura sorprendente, y aguardó mientras examinábamos el blanco de sus ojos en busca de señales de lentes de contacto u otros engaños. Tenía las córneas tremendamente inyectadas en sangre,

como si llevara varios días sin dormir, pero por lo demás no vimos nada sospechoso.

Dimos un paso atrás.

—De acuerdo, no es un wight —certifiqué—. Pero eso significa que tampoco puede ser el hermano de Caul.

—Me temo que el conjunto de creencias en el que se basan es erróneo —replicó—. Fui responsable de que mi hermano y sus seguidores se transformaran en espíritus huecos, pero yo no me convertí.

—¿Usted creó a los huecos? —dijo Emma—. ¿Por qué?

Bentham se dio la vuelta y contempló el fuego.

—Fue un terrible error. Un accidente. —Esperamos a que se explicara. Parecía costarle horrores desenterrar la historia del rincón donde la hubiera ocultado—. Fue culpa mía por permitir que los acontecimientos se desarrollaran durante tanto tiempo —dijo apesadumbrado—. No dejaba de repetirme que mi hermano no era tan peligroso como parecía. Hasta que mandó que me apresaran, no me di cuenta de lo equivocado que estaba, y ya era demasiado tarde para actuar.

Se acercó al calor del fuego y se arrodilló para acariciar la amplia barriga del oso, dejando que sus dedos se perdieran entre el pelaje de PT.

—Sabía que había que detener a Jack, y no solo por mi propio bien ni porque existiera el riesgo de que encontrara la biblioteca de las almas. No, estaba claro que sus ambiciones habían escalado más allá. Había pasado meses moldeando a nuestros reclutas para convertirlos en la infantería de un peligroso movimiento político. Se presentó a sí mismo como un perdedor que luchaba por arrebatarse el control de nuestra sociedad a lo que él llamaba «la influencia infantilizadora de las ymbrynes».

—Las ymbrynes son el motivo de que siga existiendo nuestra sociedad —alegó Emma con amargura.

—Sí —afirmó Bentham—, pero, verás, mi hermano sentía unos celos terribles. Desde que éramos niños, Jack había envidiado los poderes y el estatus de nuestra hermana. Ya en su tercer cumpleaños, las ymbrynes ancianas que nos cuidaban sabían que Alma poseía un talento enorme. La gente le daba mucha importancia, y aquello volvía loco a Jack. Cuando ella era un bebé, él solía pellizcarla solo para verla llorar. Cuando practicaba para transformarse en pájaro, él la perseguía y le arrancaba las plumas.

Vi salir una llama iracunda de uno de los dedos de Emma, que apagó en su té.

—Aquella anomalía fue enraizando con el tiempo. Jack era capaz de utilizar y aprovechar la misma envidia venenosa que había latente en algunos de nuestros compañeros peculiares. Celebró reuniones y soltó discursos, reclutando descontentos para su causa. El Acre del Diablo era un terreno fértil, pues muchos de los peculiares que vivían aquí eran exiliados, expulsados del matriarcado de las ymbrynes y hostiles a ellas.

—Los alas de arcilla —dijo Emma—. Antes de que los wights se convirtieran en wights, así era como se llamaban a sí mismos. Miss Peregrine nos habló un poco de ellos.

—«¡No necesitamos sus alas!», solía predicar Jack. «¡Haremos crecer las nuestras!». Lo decía como una metáfora, claro, pero sus seguidores desfilaban por ahí con alas de mentira como si fueran un símbolo de su movimiento. —Bentham se puso de pie y se dirigió hacia las estanterías—. Miren. Aún conservo una o dos fotos de aquella época. Unas pocas que no fue capaz de destruir. —Extrajo un álbum de un anaquel y pasó las hojas hasta llegar a una fotografía de una gran multitud que escuchaba hablar a un hombre—. Ah, aquí está Jack dando uno de sus odiosos discursos.

La concurrencia, predominantemente masculina, iba tocada con sombreros grandes y fuertes, apiñados como sardinas en lata, haciendo equilibrios subidos encima de cajas y apretados contra las cercas para escuchar lo que Caul tenía que decir.

Bentham pasó la página y nos mostró otra foto, la de dos jóvenes robustos con traje y sombrero, uno de ellos con una sonrisa franca en la cara, y el otro sin expresión.

—El de la izquierda soy yo, Jack es el de la derecha —explicó Bentham—. Jack solo sonreía cuando intentaba conseguir algo.

Por último llegó hasta la foto de un muchacho con un par de alas, grandes como de lechuga, extendidas a sus espaldas. Estaba sentado desgarradamente sobre un pedestal y miraba a la cámara con un leve gesto de desprecio, con un ojo cubierto por su sombrero ladeado. Sobre la parte inferior estaban impresas las palabras «No necesitamos sus alas».

—Uno de los carteles de la campaña de reclutamiento de Jack —nos explicó Bentham.

Bentham se acercó la segunda fotografía a los ojos para estudiar el rostro de su hermano.







—Siempre hubo algo oscuro en él, aunque me negara a verlo. Alma estuvo más acertada: lo apartó de su lado desde el principio. Pero Jack y yo teníamos edades y mentalidades parecidas, o eso creía yo. Éramos compinches, como uña y mugre. Pero él me ocultaba su verdadero ser. No lo vi como realmente era hasta el día en que le dije: «Jack, tienes que detener esto», y él hizo que me apalearan y me encerraran en un oscuro agujero para morir. Entonces ya era demasiado tarde.

Bentham alzó la mirada con el resplandor del fuego reflejado en sus ojos.

—Enterarte de que a tu hermano le importas menos que nada no es cosa fácil. — Se quedó callado un momento, inmerso en un horrible recuerdo.

—Pero usted no murió —dijo Emma—. Los transformó en huecos.

—Sí.

—¿Cómo?

—Los engañé.

—¿Para que se convirtieran en monstruos horriblos? —dijo yo.

—Nunca pretendí convertirlos en monstruos. Solo quería librarme de ellos. — Volvió al sofá con rigidez y se aposentó sobre los cojines—. Estaba famélico y moribundo cuando se me ocurrió la historia perfecta con la que engatusar a mi hermano. Una mentira tan antigua como la humanidad. La fuente de la juventud. La escribí arañando la mugre del suelo de mi celda con el dedo: los pasos necesarios para poner en práctica una oscura técnica de manipulación de bucles que podía revertir y eliminar para siempre los peligros del envejecimiento acelerado. O eso era lo que parecía. En realidad, aquello no era más que un efecto secundario de lo que de verdad describían aquellos pasos: un procedimiento arcano y en gran parte olvidado para destruir bucles, de manera rápida y permanente, en casos de emergencia.

Visualicé el botón de autodestrucción de los tópicos de la ciencia ficción. Una supernova en miniatura; estrellas que se apagaban.

—Jamás esperé que mi truco pudiera funcionar tan bien —dijo Bentham—. Un miembro del movimiento cuya simpatía me había ganado hizo circular la técnica como si fuera suya, y Jack se lo creyó. Condujo a sus seguidores hasta un bucle lejano para poner en práctica el procedimiento, y allí, esperaba yo, ellos mismos cerrarían la puerta a sus espaldas para siempre.

—Pero no fue eso lo que pasó —se anticipó Emma.

—¿Fue entonces cuando la mitad de Siberia salió volando? —pregunté.

—La reacción fue tan potente que duró un día y una noche —relató Bentham—. Hay fotos de ello, y de las consecuencias posteriores...

Hizo un gesto con la cabeza hacia el álbum que había en el suelo y esperó a que encontráramos las imágenes. Una, tomada de noche en un yermo indeterminado, estaba dividida por un rayo de llamas verticales, una explosión de energía al rojo vivo lejana pero tremebunda que iluminaba la noche como un cirio del tamaño de un

rascacielos. La otra mostraba un pueblo en ruinas compuesto de escombros, casas destrozadas y árboles con la corteza arrancada. Solo con mirarlas casi podía oír el ulular de un viento solitario, el silencio palpable de un lugar súbitamente despojado de toda vida.

Bentham negó con la cabeza.

—Ni en mis sueños más delirantes podría haberme imaginado lo que terminaría surgiendo de ese bucle destrozado. Después hubo un breve período de calma. Libre del confinamiento, empecé a recuperarme. Retomé el control de mi máquina. Parecía que la edad oscura de mi hermano había llegado a su fin, pero no fue más que el principio.

—Marcó el inicio de las Guerras Huecas —dijo Emma.

—Pronto empezaron a escucharse historias acerca de criaturas hechas de sombra. Surgían de los bosques asolados para alimentarse de peculiares... Y de normales, de animales y de cualquier cosa que cupiera por su boca.





—Una vez vi a uno comerse un coche —dijo Nim.

—¿Un coche? —pregunté.

—Yo estaba dentro —respondió.

Esperamos a que se explicara.

—¿Y bien? —dijo Emma.

—Me escapé. —Se encogió de hombros—. El sistema de dirección se le quedó atascado en la garganta.

—¿Puedo continuar? —repuso Bentham.

—Desde luego, señor. Discúlpeme.

—Como iba diciendo, existían pocas cosas que pudieran detener a aquellas nuevas abominaciones, salvo alguno que otro sistema de dirección y las entradas a los bucles. Por suerte, de esas teníamos muchas. Por lo tanto, la mayoría solventamos el problema de los espíritus huecos quedándonos en nuestros bucles y solo nos arriesgábamos a salir cuando no teníamos más remedio. Los huecos no acabaron con nuestra vida, pero nos la hicieron mucho más difícil, aislada y peligrosa.

—¿Y qué hay de los wights? —quise saber yo.

—Supongo que ahora viene esa parte —dijo Emma.

—Así es —corroboró Bentham—. Vi a mi primer wight cinco años después de haberme topado con un espíritu hueco por primera vez. Alguien llamó a mi puerta después de medianoche. Yo estaba en casa, a salvo dentro de mi bucle, o eso creía yo. Pero cuando abrí, ahí estaba mi hermano Jack, un poco deteriorado pero con el mismo aspecto de siempre... A excepción, claro, de sus ojos muertos, tan vacíos como una hoja en blanco.

Emma y yo estábamos sentados con las piernas cruzadas y ahora nos inclinábamos en dirección a Bentham, pendientes de cada una de sus palabras. Entonces alzó la mirada sobre nuestras cabezas con expresión angustiada.

—Había devorado a suficientes peculiares para rellenar su alma hueca y transformarse en algo que se parecía a mi hermano, pero no lo era. La poca humanidad que había conservado durante los años se había evaporado por completo, extinguida junto con el color de sus ojos. Un wight se parece al peculiar que una vez fue como algo que ha sido copiado múltiples veces se parece al original. Se pierden los detalles y el color...

—¿Y la memoria? —pregunté yo.

—Jack conservó la suya. Es una lástima: de otro modo quizá se hubiera olvidado de Abaton y de la biblioteca de las almas. Y de lo que yo le había hecho.

—¿Cómo supo que fue usted? —preguntó Emma.

—Yo lo achaco a la intuición fraternal. Y luego, un día que no tenía nada mejor que hacer, me torturó hasta que confesé mi autoría. —Bentham indicó sus piernas con la cabeza—. Nunca llegué a recuperarme del todo, como pueden ver.

—Pero no lo mató —dije.

—Los wights son criaturas pragmáticas, la venganza no es una de sus motivaciones principales —respondió él—. Jack estaba más obsesionado que nunca con encontrar Abaton, pero para hacerlo necesitaba mi máquina y que yo la manejara. Me convertí en su esclavo y prisionero, y el Acre del Diablo, en el cuartel secreto de un contingente poco numeroso pero influyente de wights empeñados en descubrir la biblioteca de las almas y entrar en ella, cosa que, como ya se habrán imaginado, es su objetivo último.

—Pensaba que querían recrear la reacción que los había convertido en huecos —dije yo—, solo que más grande y mejor. «Hacerlo mejor esta vez» —citó, haciendo el gesto de las comillas con los dedos.

Bentham frunció el ceño.

—¿Dónde has oído eso?

—Un wight nos lo contó justo antes de morir —explicó Emma—. Dijo que por eso necesitaban a todas las ymbrynes. Para que la reacción fuera más fuerte.

—Bobadas —dijo Bentham—. Sería una tapadera para despistarlos, aunque es posible que el wight que les contara esa mentira creyera que era cierta. Solo el círculo más próximo a Jack estaba informado de la búsqueda de Abaton.

—Pero si no necesitaban a las ymbrynes para la reacción, ¿por qué se han tomado tantas molestias para secuestrarlas? —quise saber yo.

—Porque el bucle perdido de Abaton no solo está perdido —respondió Bentham—. Según cuenta la leyenda, antes de perderse también se cerró con llave, y fueron las ymbrynes quienes lo hicieron. Doce de ellas, para ser exactos, reunidas desde doce apartados rincones del mundo peculiar. Para volver a abrir Abaton, si llegaras a encontrarlo, necesitarías a esas mismas ymbrynes o a sus descendientes. Por eso no me sorprende que mi hermano haya secuestrado precisamente a doce, después de haberlas perseguido y acechado durante largo tiempo.

—Lo sabía —dije—. Tenía que haber algo aparte de recrear la reacción que los convirtió en huecos.

—Entonces es que lo ha encontrado —dijo Emma—. Caul no habría puesto en marcha los acontecimientos secuestrando a las ymbrynes si no supiera dónde está Abaton.

—Pensaba que habían dicho que era una leyenda —dije yo—. Ahora hablan como si fuera real. ¿Cuál es la verdad?

—La postura oficial del consejo de Ymbrynes es que la biblioteca de las almas no es más que un mito —expuso Bentham.

—Me da igual lo que diga el consejo —apuntó Emma—. ¿Usted qué dice al respecto?

—Mis opiniones son solo mías. Pero si la biblioteca es real y Jack se las arregla

para encontrarla y abrirla, seguirá sin poder robar las almas. Él no lo sabe, pero hay un tercer elemento que hace falta, una tercera llave.

—¿Y cuál es? —quise saber.

—Nadie puede llevarse los frascos de las almas. De hecho, serán invisibles e intangibles para la mayoría. Ni siquiera las ymbrynes pueden tocarlos. Según cuentan las historias, solo unos expertos especiales llamados «bibliotecarios» son capaces de verlos y manipularlos, y hace mil años que no nace un bibliotecario. En caso de que existiera la biblioteca, Jack solo encontraría estanterías vacías.

—Pues es un alivio —repuse yo.

—Sí y no —matizó Emma—. ¿Qué hará cuando se dé cuenta de que las ymbrynes que ha buscado durante tanto tiempo no le sirven de nada? ¿Se volverá loco!

—Eso es lo que más me preocupa —asintió Bentham—. Jack tiene mucho genio, y cuando el sueño que lleva tanto tiempo acariciando se desvanezca...

Intenté imaginarme lo que podría significar eso, todas las torturas que sería capaz de llevar a cabo un hombre como Caul, pero mi mente refulió ante la idea. Daba la impresión de que los mismos horrores se habían transmitido a Emma, pues sus siguientes palabras fueron concluyentes y rebosaban de furia.

—Vamos a darles batalla.

—Compartimos el mismo objetivo —anunció Bentham—. Destruir a mi hermano y a los de su especie, y salvar a mi hermana y a las demás ymbrynes. Creo que juntos podremos lograr ambos propósitos.

Parecía tan pequeño en aquel momento, hundido en el enorme sofá, con el bastón apoyado sobre sus piernas inseguras, que casi me eché a reír.

—¿Cómo? —le pregunté—. Necesitaríamos un ejército.

—Incorrecto —replicó él—. A los wights no les costaría mucho esfuerzo repeler un ejército. Por suerte, contamos con algo aún mejor. —Nos miró a Emma y a mí esbozando una sonrisa—. Los tenemos a ustedes dos. Y por suerte para ustedes me tienen a mí. —Bentham se apoyó en su bastón y se puso de pie lentamente—. Tenemos que introducirlos en su fortaleza.

—Parece bastante impenetrable —advertí.

—Porque lo es, desde un punto de vista convencional —respondió Bentham—. El bucle del Acre del Diablo fue diseñado para mantener encerradas a las criaturas de peor calaña durante los años en los que sirvió como prisión. Cuando vinieron los wights, lo convirtieron en su hogar, y lo que había sido una cárcel de la que era imposible escapar se convirtió en su fortaleza inexpugnable.

—Pero usted sabe cómo entrar —conjeturó Emma.

—Puede que sí, si me ayudan —dijo él—. Cuando vinieron Jack y sus wights, robaron el núcleo de mi Panbucleticón. Me obligaron a romper mi propia máquina, a

copiar sus bucles y a recrearlos dentro de su fortaleza para poder continuar su trabajo desde una ubicación más protegida.

—Entonces... ¿hay otro? —pregunté.

Bentham asintió.

—El mío es el original, y el suyo, la copia. Ambos están conectados, y en cada uno hay puertas que conducen hasta el otro.

Emma se enderezó en el sofá.

—¿Quiere decir que puede usar su máquina para entrar en la de él?

—Correcto.

—Entonces, ¿por qué no lo ha hecho? —le interrogué—. ¿Por qué no lo hizo hace años?

—Jack rompió mi máquina tan irremisiblemente que pensé que jamás podría arreglarla. Solo una habitación ha seguido funcionando durante estos años: la que conduce a Siberia. Pero aunque hemos buscado por todas partes, no hemos encontrado ningún indicio que nos lleve hasta la máquina de Jack.

Me acordé del hombre al que habíamos visto mirando una fisura. En realidad, lo que hacía era buscar una puerta enterrada en la nieve...

—Tenemos que abrir otras puertas, otras habitaciones —nos dijo Bentham—, pero para poder hacerlo necesito una refacción adecuada para la pieza que Jack se llevó: el generador del núcleo de mi Panbucleticón. Hace mucho tiempo que tengo la sospecha de que existe algo que podría servir, un objeto muy poderoso y muy peligroso. Sin embargo, aunque se puede encontrar aquí mismo, en el Acre del Diablo, me ha resultado imposible conseguirlo. Hasta ahora.

Se volvió hacia mí.

—Muchacho, necesito que me traigas un espíritu hueco.

Evidentemente, accedí. Entonces habría dicho que sí a casi cualquier cosa si pensaba que serviría para liberar a nuestros amigos. Sin embargo, hasta después de aceptar y de que Bentham me tomara las manos y las estrechara, no me di cuenta de que no tenía ni la menor idea de dónde iba a sacar un espíritu hueco. Confiaba en que hubiera muchos dentro de la fortaleza de los wights, pero ya habíamos determinado que era imposible entrar en ella. En ese momento, Sharon surgió de las sombras que habían ido extendiéndose por los laterales de la estancia para comunicarnos una buena noticia.

—¿Se acuerdan de su amigo al que le cayó un puente encima? Pues resulta que no está muerto del todo. Lo sacaron de la Fosa hace unas horas.

—¿Quiénes? —pregunté.

—Los piratas. Lo tienen encadenado y encerrado en una jaula al final de Oozing Street. Según tengo entendido, está haciendo un buen alboroto.

—Decidido —sentenció Emma, llena de excitación—. Liberamos al hueco y lo traemos aquí, arreglamos la máquina del señor Bentham, abrimos una puerta hasta la fortaleza de los wights y rescatamos a nuestros amigos.

—¡Sencilísimo! —Sharon soltó una carcajada que sonó como un ladrido—. Salvo por la última parte.

—Y la primera —añadí yo.

Emma se acercó a mí.

—Lo siento, cariño. He ofrecido tus servicios sin preguntarte antes. ¿Crees que podrías encargarte de ese hueco?

No estaba seguro. Había sido capaz de obligarle a realizar unos cuantos movimientos espectaculares en la Fosa de la Pestilencia, pero controlarlo como si fuera un perrito y conducirlo hasta la casa de Bentham era pedir demasiado a mis rudimentarios conocimientos de doma de huecos. Además, mi nivel de autoestima había caído a mínimos históricos después del último y desastroso encuentro. Pero nuestro destino dependía de que pudiera hacerlo.

—Pues claro que podré encargarme de él. —Tardé demasiado en responder—. ¿Cuándo nos vamos?

Bentham dio una palmada.

—¡Esa es la actitud!

Emma clavó la mirada en mi rostro. Sabía que estaba fingiendo.

—Pueden irse en cuanto estén preparados —nos dijo Bentham—. Sharon será su guía.

—No deberíamos retrasarnos —nos aconsejó Sharon—. Después de que los lugareños se hayan divertido con él, lo más probable es que lo maten.

Emma se jaló la pechera de su abultado vestido.

—En ese caso, creo que deberíamos cambiarnos.

—Por supuesto —convino Bentham, tras lo que mandó a Nim a buscarnos un vestuario más acorde con nuestra misión. Volvió un minuto más tarde con unas botas de suela gruesa y pantalones y cazadoras de trabajo de estilo moderno: negros, impermeables y con un poco de elástico.

Nos retiramos a sendas habitaciones separadas para cambiarnos y después nos reunimos en el pasillo, Emma y yo solos, ataviados con nuestra ropa de aventuras. Como era basta y sin forma, daba a Emma un aspecto fiero. No se quejó. Se limitó a recogerse el pelo, cuadrarse y saludarme:

—Se presenta la sargento Bloom a sus órdenes.

—Eres el soldado más lindo que he visto en mi vida —dije, intentando imitar a John Wayne, aunque me salió fatal.

Mi nerviosismo era directamente proporcional a la cantidad de chistes malos que contaba. Y en ese preciso instante estaba casi temblando, como si mi estómago fuera una llave con goteras que iba llenándome las tripas de ácido.

—¿Crees que podremos hacerlo? —le pregunté.

—Sí —respondió ella.

—¿Nunca tienes dudas?

Ella negó con la cabeza.

—La duda es la aguja que pincha el bote salvavidas.

Se acercó a mí y nos abrazamos. Pude sentir un levísimo temblor en ella. No estaba hecha a prueba de bombas. Supe entonces que mi escasa autoestima estaba empezando a minar la suya, y la confianza de Emma era lo que lo mantenía todo en su sitio. Ella era el bote salvavidas.

Había llegado a creer que su fe en mí resultaba casi temeraria. Parecía considerarme capaz de chasquear los dedos y lograr que los espíritus huecos bailaran al son que yo les marcara. Que estaba dejando que ciertas debilidades interiores bloquearan mi habilidad. A una parte de mí le ofendía la idea, mientras que la otra se preguntaba si no sería verdad. La única manera de averiguarlo consistía en abordar al próximo hueco con la firme creencia de que podía dominarlo.

—Ojalá pudiera verme a mí mismo como me ves tú —susurré.

Ella me abrazó con más fuerza, y yo me decidí a intentarlo.

Sharon y Bentham llegaron al pasillo.

—¿Preparados? —nos preguntó nuestro anfitrión.

Emma y yo nos separamos.

—Preparados —contestó ella.

Bentham me estrechó la mano, y luego a Emma.

—Me alegro tanto de que estén aquí... —nos dijo—. Creo que es una prueba de que las estrellas empiezan a alinearse a nuestro favor.

—Espero que tenga razón —deseó Emma.

Estábamos a punto de marcharnos cuando pensé en la pregunta que había querido hacer en todo momento, y también supe que, en el peor de los casos, aquella podría ser mi última oportunidad de plantearla.

—Señor Bentham —dije—, no hemos llegado a hablar sobre mi abuelo. ¿Cómo lo conoció? ¿Por qué lo buscaba?

Bentham levantó las cejas y después esbozó una rápida sonrisa, como si quisiera ocultar su sorpresa.

—Lo extrañaba, eso es todo —dijo—. Éramos viejos amigos, y esperaba volver a verlo algún día.

Sabía que esa no era toda la verdad y pude ver en los ojos entornados de Emma que ella también se había dado cuenta, pero no había tiempo para seguir indagando.

En ese preciso instante, el futuro era mucho más preocupante que el pasado.

Bentham se despidió de nosotros con un gesto de la mano.

—Tengan cuidado —nos rogó—. Yo estaré aquí, preparando mi Panbucleticón para su triunfal vuelta al servicio.

Y entonces volvió renqueando a su biblioteca, desde donde le oímos gritar a su oso torvo:

—¡Arriba, PT! ¡Tenemos trabajo!

Sharon nos condujo por un largo pasillo mientras hacía girar su bastón de madera y el suelo de piedra retumbaba bajo sus enormes pies. Cuando llegamos a la puerta que daba al exterior, se detuvo, se agachó hasta situarse a nuestra altura y expuso sus reglas básicas.

—Nos dirigimos a un lugar peligroso. Hay muy pocos niños peculiares sin dueño en el Acre del Diablo, de modo que la gente se fijará en ustedes. No abran la boca a menos que les dirijan la palabra. No miren a nadie a los ojos. Síganme a cierta distancia, pero nunca me pierdan de vista. Fingiremos que son mis esclavos.

—¿Qué? —saltó Emma—. No, ni hablar.

—Es lo más seguro —insistió Sharon.

—¡Es degradante!

—Sí, pero levantará menos sospechas.

—¿Cómo lo hacemos? —le pregunté yo.

—Simplemente hagan todo lo que les diga, al momento y sin preguntas. Y pongan una expresión un poco perdida.

—Síii, amo —articulé como si fuera un robot.

—Así no —dijo Emma—. Quiere decir como los niños que había en aquel horrible lugar de la avenida Libertina.

Vací mi rostro de expresión y pronuncié en tono monocorde:

—Hola, todos estamos muy felices de estar aquí.

Ella se estremeció y miró hacia otro lado.

—Muy bien —aprobó Sharon. Entonces se dirigió a Emma—: Ahora prueba tú.

—Si tenemos que hacer esto —respondió—, fingiré ser muda.

A Sharon le bastó con eso. Abrió la puerta y nos sacó a la luz del moribundo día.

## CINCO

**E**l aire del exterior era como una sopa amarillenta de aspecto tóxico, de tal manera que no pude discernir la posición del sol en el cielo salvo para deducir que estaría atardeciendo, pues la luz menguaba poco a poco. Caminamos a unos cuantos pasos por detrás de Sharon, esforzándonos por seguirle el ritmo cada vez que se encontraba con algún conocido y aceleraba para evitar la conversación. Parecía gozar de cierta fama; tenía una reputación, y creo que le preocupaba que pudiéramos arruinarla.

Recorrimos Oozing Street con su chocante alegría, sus flores en los balcones y sus casas pintadas de colores brillantes, después giramos hacia Periwinkle Street, donde la calzada le daba paso al lodo, y las casas a los pisos miserables y decadentes. Unos hombres con sombreros calados sobre los ojos se estaban congregando hacia el final de un sórdido callejón sin salida. Parecían guardar la puerta de una casa cuyas ventanas estaban pintadas de negro. Sharon nos dijo que nos quedáramos quietos y lo esperáramos mientras iba a hablar con ellos.

Flotaba en el aire un leve olor a gasolina. A lo lejos se alzaban y se extinguían unas voces altas y risueñas, una y otra vez. Sonaba como un grupo de hombres viendo un partido en un bar, solo que no podía tratarse de eso; aquel era un sonido obligatoriamente moderno, y allí no había televisores.

De la casa salió un hombre con los pantalones salpicados de lodo. Las voces se oyeron más altas cuando se abrió la puerta y volvieron a apagarse al cerrarla. El hombre cruzó la calle con una cubeta en la mano. Nos dimos la vuelta y lo seguimos con la mirada mientras se dirigía hacia algo en lo que no había reparado antes: un par de ositos encadenados a un farol decapitado al borde de la calle. Tenían un aspecto triste; sus cadenas eran muy cortas, y estaban sentados en el lodo mientras observaban la llegada del hombre con pavor y las peludas orejas gachas. Él arrojó unas cuantas sobras de comida podrida delante de ellos y se marchó sin decir una palabra. La

escena me sumió en una profunda tristeza.

—Son torvos a los que están adiestrando —dijo Sharon, tras lo que nos dimos la vuelta para encontrarlo detrás de nosotros—. Aquí los deportes sangrientos son un gran negocio, y enfrentarse a un oso torvo está considerado como el mayor de los retos. Los jóvenes luchadores tienen que entrenarse de alguna manera, así que empiezan peleando con cachorros.

—Es horrible —respondí.

—Sin embargo, hoy los osos tienen el día libre gracias a tu bestezuela. —Sharon señaló la casita—. Está ahí dentro, en la parte de atrás. Pero antes de entrar, debo advertirles una cosa: este lugar es un antro de ambrosía, y habrá peculiares con la cabeza perdida. No hablen con ellos y, pase lo que pase, no los miren a los ojos. Conozco a gente que se ha quedado ciega así.

—¿A qué te refieres cuando dices que se ha quedado ciega? —le pregunté.

—Pues a lo que suena. Ahora síganme y no hagan más preguntas. Los esclavos no interrogan a sus amos.



Vi cómo Emma apretaba los dientes. Nos quedamos detrás de Sharon mientras él se acercaba a los hombres reunidos alrededor de la puerta de la casa.

Se puso a hablar con ellos. Intenté oír lo que decían al tiempo que guardaba la distancia propia de un esclavo y desviaba la mirada. Uno de ellos le dijo a Sharon que había una «cuota de entrada», tras lo que este extrajo una moneda de su capa y pagó con ella. Otro preguntó por nosotros.

—Aún no les he puesto nombre —les contó Sharon—. Los conseguí ayer mismo. Están tan verdes que no me atrevo a perderlos de vista ni un segundo.

—¿Ah, sí? —dijo el hombre mientras se aproximaba a nosotros—. ¿No tienen nombre?

Yo negué con la cabeza, haciéndome pasar por mudo como Emma. El hombre nos miró de arriba abajo. Deseé que me tragara la tierra.

—¿No los he visto en alguna parte? —dijo acercándose más.

No dije nada.

—Tal vez en el escaparate de Lorraine —sugirió Sharon.

—No —respondió el otro, y luego sacudió la mano—. Ah, seguro que me acordaré.

Solo me arriesgué a mirarlo directamente después de que se diera la vuelta. Si era un pirata del canal, no era uno de aquellos con los que nos habíamos enfrentado. Llevaba una venda en la barbilla y otra sobre la frente. Varios más mostraban vendajes similares, y uno de ellos portaba un parche en el ojo. Me pregunté si habrían resultado heridos combatiendo con osos torvos.

Nos abrió la puerta el hombre del parche.

—Pásalo bien —dijo—, pero yo que tú no los mandaría hoy a la jaula, a no ser que estés dispuesto a recogerlos del suelo hechos papilla.

—Solo hemos venido a mirar y aprender —replicó Sharon.

—Sabia decisión.

Nos hicieron pasar con un gesto y corrimos pegados a los talones de Sharon, ansiosos de librarnos de las miradas de los merodeadores de la puerta. Con sus más de dos metros de altura, Sharon tuvo que agacharse para pasar por el pasillo y se quedó así durante todo el tiempo que estuvimos dentro, por lo bajos que eran los techos. La habitación a la que entramos estaba a oscuras y apestaba a humo, y hasta que mis ojos se adaptaron a la penumbra solo pude ver puntos de luz naranja que centelleaban aquí y allá. Poco a poco la habitación se fue aclarando, iluminada con lámparas de aceite de mecha tan corta que no alumbraban más que un cerillo. La estancia era larga y estrecha, con literas construidas en las paredes como las que podrían encontrarse en las lóbreas entrañas de un barco transoceánico.

Tropecé con algo y estuve a punto de perder el equilibrio.

—¿Por qué está tan oscuro? —murmuré, rompiendo ya mi promesa de no hacer

preguntas.

—Los ojos se vuelven fotosensibles a medida que desaparecen los efectos de la ambro —explicó Sharon—. Incluso la luz diurna más débil resulta casi insoportable.

Fue entonces cuando me fijé en la gente que había en las literas, algunos acostados y dormidos, otros sentados sobre nidos de sábanas arrugadas. Nos observaban mientras fumaban con languidez y murmuraban entre ellos. Unos pocos hablaban solos, soltando monólogos ininteligibles. Varios tenían las caras vendadas como los porteros, o llevaban máscaras. Me entraron ganas de preguntar acerca de las máscaras, pero tenía más ganas de localizar al hueco y salir de allí.

Apartamos una cortina de cuentas colgantes y entramos en una habitación que estaba un poco mejor iluminada y considerablemente más llena que la primera. Un hombre corpulento sentado en una silla al otro lado de la pared dirigía a la gente hacia una de las dos puertas que había.

—¡Los luchadores a la izquierda, los espectadores a la derecha! —gritaba—. ¡Hagan sus apuestas en la taquilla!

Pude oír voces gritando unas cuantas habitaciones más lejos, y un momento después la muchedumbre se separó para dejar paso a tres hombres, dos de los cuales llevaban al tercero a rastras, inconsciente y sangrando. Se oyeron silbidos y abucheos a su paso.

—¡Ese es el aspecto que tiene un perdedor! —aulló el hombre de la silla—. ¡Y ese —señaló a una habitación lateral— es el aspecto que tienen los cobardes!

Eché un vistazo a la habitación, en la que había dos hombres de pie con aspecto afligido para que todo el mundo pudiera verlos. Estaban cubiertos de alquitrán y plumas.

—Que sirvan de recordatorio —dijo el hombre—. ¡Todos los luchadores deben pasar un mínimo de dos minutos en la jaula!

—¿Y tú qué eres? —me preguntó Sharon—. ¿Un luchador o un espectador?

Sentí una rigidez en el pecho al intentar imaginarme lo que estaba a punto de suceder: no solo tenía que domar a ese hueco, sino que además debía hacerlo ante un público pendenciero y probablemente hostil y tener pensado un plan de huida. Me sorprendí al desear que la bestia no estuviera muy herida, porque sospechaba que íbamos a necesitar de sus fuerzas para abrirnos paso. Aquellos peculiares no iban a renunciar a su juguete nuevo así como así.

—Un luchador —respondí—. Voy a tener que acercarme para poder controlarlo de verdad.



Emma buscó mi mirada y me sonrió. Su sonrisa decía «Puedes hacerlo», y, en ese momento, supe que era cierto. Infundido de una nueva confianza, caminé con determinación hacia la puerta reservada para los luchadores, con Sharon y Emma pisándome los talones.

Esa confianza me duró aproximadamente cuatro segundos, que fue el tiempo que tardé en entrar en la sala y observar los charcos y manchas de sangre que cubrían el suelo y las paredes. Un río de esa misma sangre conducía hacia un pasillo lleno de luz y hasta una puerta abierta, al otro lado de la cual divisé otra muchedumbre y los barrotes de una jaula espaciosa justo detrás.

Desde fuera se oyó un llamamiento atronador. Se convocaba al próximo combatiente.

De pronto apareció un hombre que salió de un cuarto a la derecha. Iba desnudo de cintura para arriba y llevaba puesta una sencilla máscara blanca. Se detuvo un momento al comienzo del pasillo como si hiciera acopio de valor. Entonces echó la cabeza hacia atrás y levantó el brazo. En la mano tenía una pequeña ampolleta de cristal.

—No miren —nos advirtió Sharon a la vez que nos protegía con su cuerpo contra la pared. Sin embargo, yo no pude evitarlo.

El hombre se vertió lentamente el líquido negro de la ampolleta en los orificios para los ojos de la máscara. Después tiró la ampolleta, bajó la cabeza y empezó a gemir. Durante unos segundos pareció quedarse paralizado, pero luego su cuerpo se estremeció y surgieron dos haces de luz blanca de los orificios de su máscara. Resultaban visibles incluso bajo la intensa iluminación de la sala.

Emma exhaló. El hombre, que creía estar solo, se volvió sorprendido hacia nosotros. Sus rayos oculares trazaron un arco por encima de nuestras cabezas y la pared chisporroteó a nuestras espaldas.



—¡Vamos de paso! —le dijo Sharon en un tono de voz que era a la vez un saludo y una petición de misericordia.

—Pues pasen —gruñó el otro.

Entonces, sus rayos oculares parpadearon y se apagaron antes de que se diera la vuelta. El hombre cruzó el pasillo y salió por la puerta dejando dos rizadas volutas de humo a su paso. Una vez solo, me atreví a echar un vistazo al papel pintado que teníamos sobre nuestras cabezas. En la pared se podían ver dos quemaduras de color caramelo que marcaban el recorrido que habían seguido sus ojos. Menos mal que no me había mirado a la cara.

—Antes de dar un paso más, nos debes una explicación —le dije a Sharon.

—Ambrosía —respondió él—. Los luchadores la toman para mejorar sus habilidades. El problema es que no dura mucho, y cuando desaparece te quedas más débil que al principio. Conforme te acostumbras a ella, tu capacidad para hacer cualquier cosa disminuye, de modo que, antes de que te des cuenta, necesitas consumir ambro no solo para combatir, sino para desenvolverte como peculiar. Así, pasas a depender de quien te la venda. —Señaló con la cabeza el cuarto que quedaba a nuestra derecha, del que llegaba un murmullo de voces que funcionaba como extraño contrapunto de los estrepitosos gritos de fuera—. La creación de esa cosa es el truco mejor ejecutado de los wights. Aquí jamás los traicionará nadie, siempre que conserven su adicción a la ambrosía.

Miré de soslayo la habitación contigua para averiguar qué aspecto tenía un traficante de drogas peculiar y conseguí distinguir a alguien ataviado con una extraña máscara barbuda, flanqueado por dos hombres armados con pistolas.

—¿Qué le ha pasado a ese hombre en los ojos? —preguntó Emma.

—Los rayos de luz son un efecto secundario —explicó Sharon—. Otro es que, con el paso de los años, la ambro te funde la cara. Así se distingue a los consumidores empedernidos: llevan máscaras para ocultar los estragos de su adicción.

Emma y yo intercambiábamos una mirada de asco. Al cabo de unos segundos nos llamó una voz desde el interior de la habitación.

—Los que están ahí —nos llamó el traficante—. ¡Pasen, por favor!

—Lo siento —me disculpé—, tenemos que irnos...

Sharon me golpeó en el hombro y siseó:

—Eres un esclavo, ¿recuerdas?

—Esto, sí, señor.

Me acerqué hasta la puerta.

El enmascarado estaba sentado en una silla pequeña dentro de una habitación con frescos en las paredes. Hacía gala de una inquietante placidez, con un brazo apoyado en una mesita auxiliar y una pierna delicadamente cruzada sobre la rodilla. Sus pistoleros ocupaban dos de las esquinas de la sala, mientras que en otra había un cofre

de madera con ruedas.

—No tengas miedo —dijo el traficante, animándome a pasar—. Tus amigos también pueden entrar.

Avancé algunos pasos más por la habitación seguido de Sharon y Emma.

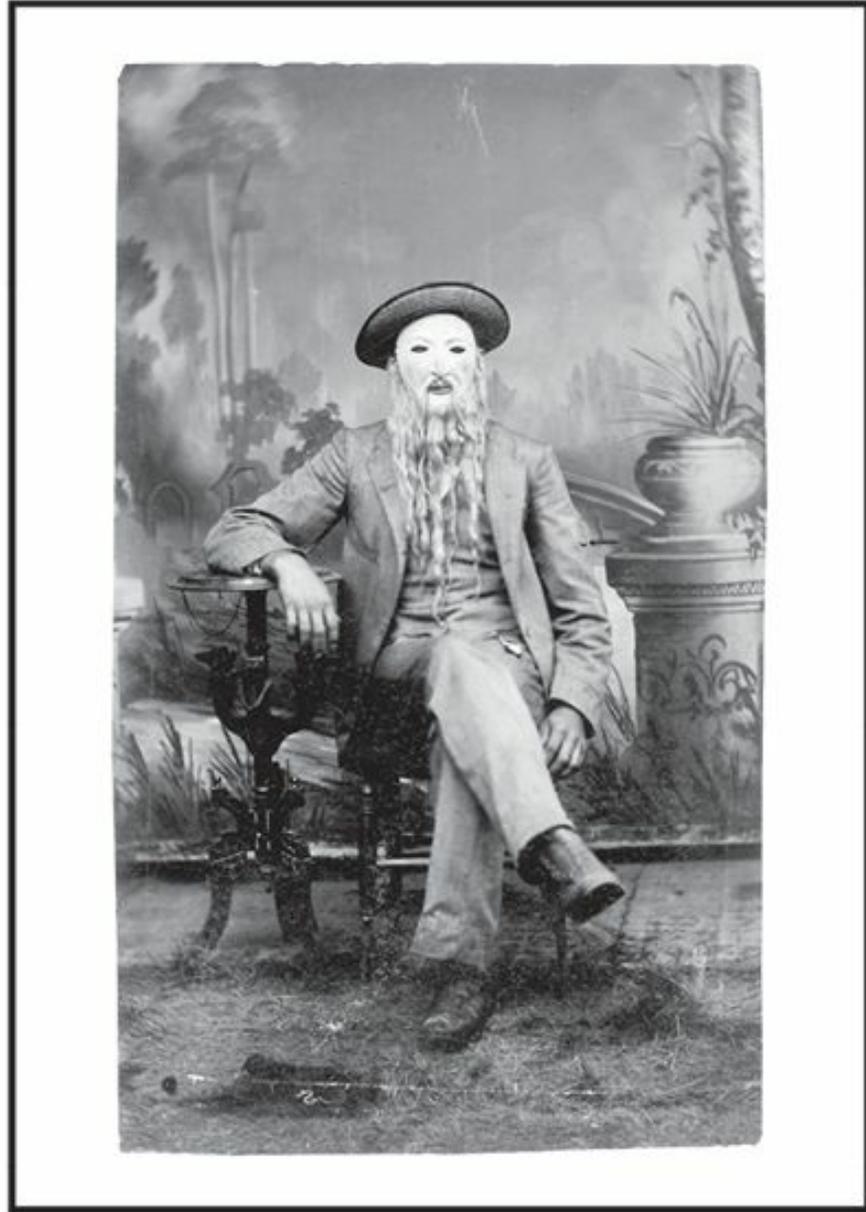
—No te había visto nunca por aquí —indicó el hombre.

—Lo acabo de comprar —le explicó Sharon—. Ni siquiera tiene...

—¿Acaso estoy hablando contigo? —lo interrumpió el otro con sequedad.

Sharon se quedó callado.

—No, no lo hacía —afirmó el traficante.



Se acarició la barba postiza y pareció analizarme a través de los orificios de su máscara. Me pregunté qué aspecto tendría debajo de ella y cuánta ambrosía habría que echarse en la cara para fundírtela. Entonces me estremecí y deseé no haber pensado en ello.

—Has venido a luchar —aseveró.

Le respondí que así era.

—¡Pues estás de suerte! Tengo un lote de ambro de primera, de modo que tus perspectivas de supervivencia acaban de incrementarse de manera espectacular.

—Gracias, pero no la necesito.

El hombre miró a sus pistoleros a la espera de una reacción, pero como seguían imperturbables, se echó a reír.

—Te vas a enfrentar a un espíritu hueco, ¿sabes? ¿Has oído hablar de ellos?

El hombre ni se imaginaba que últimamente no dejaba de pensar y hablar de huecos, y ahora me preocupaba especialmente el que estaba fuera. Deseaba marcharme con todas mis fuerzas, pero resultaba evidente que aquel tipo repelente era el amo del tugurio y enfurecerlo provocaría un problema que no necesitábamos.

—Algo he oído —respondí.

—Y ¿cómo crees que te va a ir cuando te enfrentes con uno?

—Creo que me irá bien.

—¿Solo bien? —Se cruzó de brazos—. Lo que me gustaría saber es si debería apostar por ti. ¿Vas a ganar?

Le dije lo que quería oír.

—Sí.

—Bueno, pues si voy a apostar por ti, vas a necesitar un poco de ayuda.

Se puso de pie, se acercó al botiquín y abrió sus puertas. El interior estaba lleno de ampollitas de cristal resplandecientes; había filas enteras de ellas, cerradas con corchos diminutos y rebosantes de un líquido negro. Extrajo una de ellas y me la acercó.

—Toma esto —dijo sosteniendo el frasco con el brazo extendido—. Reúne tus mejores atributos y los multiplica por diez.

—No, gracias. No lo necesito.

—Eso dicen todos al principio. Pero, después, si sobreviven a la paliza, todo el mundo la quiere.

Giró la ampollita que sujetaba en la mano y la sostuvo bajo la luz tenue de la habitación. La ambrosía de su interior se agitaba con partículas plateadas y centelleantes. Me quedé mirándola aun en contra de mi voluntad.

—¿Qué lleva? —le pregunté.

Él soltó una carcajada.

—De ranas, caracoles y colas de cachorritos, como la canción. —Volvió a

ofrecérmela—. Esta la invito yo.

—El chico no va a tomar nada de eso —intervino Sharon bruscamente.

Pensé que el traficante iba a arremeter contra él, en cambio, lo miró con la cabeza ladeada y dijo:

—Yo te conozco, ¿no?

—No lo creo —replicó Sharon.

—Desde luego que sí —afirmó el traficante asintiendo—. Eras uno de mis mejores clientes. ¿Qué te pasó?

—Lo dejé.

El hombre se acercó a él.

—Parece que tardaste demasiado —dijo, y le jaló la capucha de manera burlona.

Sharon agarró las manos del traficante. Los guardias levantaron sus armas.

—Cuidado —advirtió el hombre.

Sharon lo sujetó unos segundos más y después lo soltó.

—Bien. —El traficante se volvió hacia mí—. ¿A que no vas a rechazar una muestra gratuita?

No tenía la menor intención de destapar aquella cosa, pero aceptarla parecía la mejor forma de zanjar el asunto. Así que lo hice.

—Buen chico —dijo, y nos mandó marchar con un gesto de la mano.

—¿Eras un adicto? —le recriminó Emma a Sharon—. ¿Por qué no nos lo habías dicho?

—¿Habría supuesto alguna diferencia? —le contestó él—. Sí, tuve algunos años malos. Después, Bentham me acogió y me desenganchó de aquello.

Me di la vuelta para mirarlo mientras trataba de imaginarme cómo había sucedido.

—¿Bentham te ayudó?

—Como les dije, le debo la vida a ese hombre.

Emma tomó la ampolleta y la sostuvo en alto. Bajo una luz más potente, los trocitos plateados del interior del líquido negro brillaban como diminutos copos de luz solar. Era hipnótico y, a pesar de los efectos secundarios, no pude evitar preguntarme cuánto mejorarían mis habilidades con unas pocas gotas.

—No ha querido decir de qué está hecho —señaló Emma.

—De nosotros —repuso Sharon—. Son fragmentos de nuestras almas robadas, que los wights trituran y nos devuelven de este modo para que las consumamos. Un pedazo de cada peculiar que se llevan acaba en una ampolleta como esa.

Emma tiró el frasco horrorizada, pero Sharon lo atrapó y se lo guardó dentro de la capa.

—Nunca se sabe cuándo puede ser de utilidad una de estas cosas —explicó.

—Sabiendo de lo que está hecha, no puedo creer que llegaras a tomarla —le dije.

—No me habrás oído decir que me sintiera orgulloso respondió.

Su plan diabólico era perfecto dentro de su lógica malvada. Los wights habían convertido a los peculiares del Acre del Diablo en caníbales hambrientos de sus propias almas. La adicción a la ambrosía garantizaba su dominio sobre ellos y mantenía a la población bajo control. Si no los liberábamos pronto, las almas de nuestros amigos serían las próximas en llenar esas ampolletas.

Escuché el rugido del hueco, que sonaba como un grito de victoria, y vimos cómo se llevaban pasillo abajo al hombre al que habíamos visto tomar ambro antes, estaba sangrando e inconsciente.

«Es mi turno», pensé, y la emoción provocada por la adrenalina recorrió mi cuerpo.

La parte trasera del antro de ambro era un patio vallado, en cuyo centro había una jaula independiente de unos doce metros de ancho, con recios barrotes capaces de contener a un espíritu hueco, o eso me pareció. Había una línea pintada en el suelo de tierra, que señalaba la distancia que podían alcanzar, más o menos, las lenguas del hueco; por su parte, la multitud, compuesta de más de cuarenta peculiares, estaba prudentemente situada detrás de ella. Los muros del patio estaban cercados de jaulas más pequeñas, en cuyo interior había un tigre, un lobo y lo que parecía ser un oso torvo adulto listos para pelear otro día, pero los animales tenían poco interés, al menos en comparación con un espíritu hueco.

La atracción principal daba vueltas dentro de la jaula grande, atado por el cuello con una cadena a un pesado poste de hierro. Se encontraba en un estado tan lamentable que tuve la tentación de compadecerme de él. El espíritu hueco estaba bañado de pintura blanca y embadurnado de lodo aquí y allá, así que todo el mundo podía verlo; pero también le daba un aspecto algo ridículo, pues parecía un dalmata o un mimo. Se movía renqueante, dejando un rastro de sangre negra a su paso, y sus lenguas musculosas, que en circunstancias normales habrían cortado el aire antes de un enfrentamiento, colgaban inertes a su espalda. Herido y humillado, estaba muy lejos de la visión de pesadilla a la que me había acostumbrado. No obstante, la concurrencia, que nunca había visto un hueco, parecía impresionada. Tampoco es que hicieran mal en estarlo: incluso en ese estado tan lamentable, el hueco había conseguido dejar sin sentido a varios luchadores seguidos. Seguía siendo muy peligroso, y muy impredecible. Supuse que ese sería el motivo de que hubiera hombres armados con rifles apostados alrededor del patio. Más valía prevenir que curar.

Sharon, Emma y yo formamos un círculo para discutir la estrategia. Estábamos de acuerdo en que el problema no sería meterme en la jaula con el hueco. Tampoco

controlarlo, pues partíamos del supuesto de que podía hacerlo. El problema iba a ser sacar al hueco de ahí y alejarlo de toda esa gente.

—¿Crees que podrías derretir esa cadena que lleva al cuello? —le pregunté a Emma.

—Si tuviera dos días para hacerlo, sí —respondió—. Supongo que no podríamos explicarles a todos que nos hace mucha falta el hueco y que lo devolveremos en cuanto terminemos, ¿verdad?

—Ni siquiera llegarías a terminar esa frase —dijo Sharon mientras observaba a la ruidosa multitud—. Esta es la mayor diversión que han tenido esos rufianes en muchos años. Ni de broma.

—¡Que salga el siguiente luchador! —exclamó una mujer que nos vigilaba desde una ventana del segundo piso.

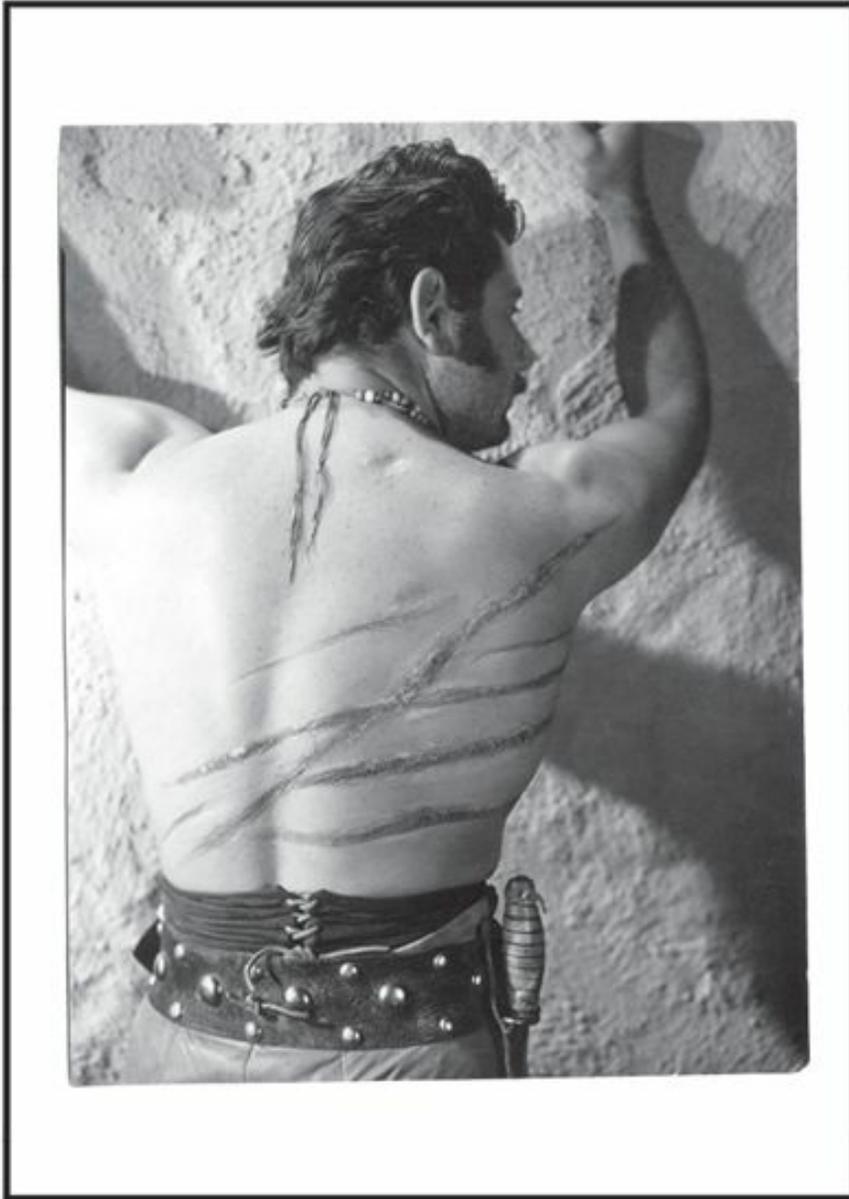
Lejos de la multitud, un pequeño grupo de hombres discutía quién de ellos sería el siguiente en luchar. Ya había bastante sangre empapando la tierra de la jaula, y ninguno parecía tener prisa por añadir más. Lo habían echado a suertes, y un hombre bien formado con el torso desnudo acababa de sacar la pajita más corta.

—No lleva máscara —observó Sharon al fijarse en su poblado bigote y en su tez relativamente limpia de cicatrices—. Debe de estar empezando.

El hombre se armó de valor y caminó pavoneándose hacia la multitud. Entonces les contó en voz alta y con acento español que nunca había perdido un combate, que iba a matar al hueco y que conservaría su cabeza como trofeo, y que su habilidad peculiar —la curación ultrarrápida— impediría que la bestia pudiera herirlo de muerte.

—¿Ven estas bonitas marcas? —Se dio la vuelta para mostrar una colección de feas cicatrices con forma de garras sobre su espalda—. Me las hizo un torvo la semana pasada. Tenían tres centímetros de profundidad —afirmó—, ¡y se curaron el mismo día! —Señaló al hueco dentro de la jaula—. ¡Esa cosa vieja y arrugada no tiene ni la más mínima posibilidad!

—Ahora ya no hay duda de que lo va a matar —dijo Emma.



El hombre se vertió una ampolleta de ambro en los ojos. Su cuerpo se tensó y unos rayos de luz salieron disparados de sus pupilas, dejando una catarata de quemaduras en la tierra que se extinguieron después de unos segundos. Fortificado, avanzó con confianza hasta la puerta de la jaula, donde lo recibió un hombre con un llavero enorme para abrirle.

—No pierdan de vista al de las llaves —dije—. Es posible que las necesitemos.

Sharon se llevó la mano al bolsillo y sacó una rata que no dejaba de retorcerse por la cola.

—¿Has oído eso, Xavier? —se dirigió a la rata—. Ve por las llaves.

Dejó al roedor en el suelo y este se alejó correteando.

El presuntuoso luchador entró en la jaula y comenzó su combate con el hueco. Sacó una pequeña navaja que llevaba en el cinturón y adoptó una postura de ataque con las rodillas flexionadas, pero por lo demás, no parecía tener ganas de acelerar la pelea. Al contrario, estaba haciendo tiempo soltando una perorata con la bravuconería jactanciosa propia de un luchador profesional.

—¡Ven por mí, bestia! ¡No te tengo miedo! ¡Te voy a cortar las lenguas en rodajitas para hacerme un cinturón con el que sujetarme los pantalones! ¡Me limpiaré los dientes con las uñas de tus pies y colgaré tu cabeza en mi pared!

El hueco lo miraba con aburrimiento.

El luchador se pasó la navaja por el antebrazo ostentosamente y levantó la herida en alto cuando la sangre empezó a fluir. El corte se cerró antes de que una sola gota tocara la tierra.

—¡Soy invencible! —gritó—. ¡No tengo miedo a nada!

De repente, el hueco hizo una finta en su dirección con un rugido, lo que le causó tal sobresalto al hombre que se le cayó la navaja y se tapó la cara con los brazos. Daba la sensación de que el hueco se había cansado de él.

La multitud estalló en ruidosas carcajadas, igual que nosotros, mientras el hombre, rojo de vergüenza, se agachaba para recoger su arma. Ahora el hueco corría hacia él con un tintineo de cadenas a su paso, las lenguas extendidas y enroscadas como puños cerrados.

El hombre se dio cuenta de que debía hacer frente al monstruo si quería preservar su dignidad, así que dio unos cuantos pasos navaja en mano. El hueco sacudió una de sus lenguas pintadas. El hombre le lanzó una cuchillada y acertó. El hueco emitió un chillido y replegó la lengua, para bufar luego como un gato rabioso.

—¡Así aprenderás a no atacar a don Fernando! —exclamó.

—El que no aprende es ese hombre —dije—. No es buena idea provocar a un hueco.

Parecía haber puesto al hueco a la defensiva. Este retrocedía mientras el otro se acercaba, siseando y agitando la navaja. Cuando el hueco no pudo retroceder más, de

espaldas contra los barrotes de la jaula, el hombre levantó su arma.

—¡Prepárate para morir, engendro del demonio! —gritó, lanzándose a la carga.

Durante un momento me pregunté si debía intervenir para salvar al hueco, pero enseguida quedó claro que había tendido una trampa al hombre. Detrás de este, colgaba la cadena del hueco, quien la agarró y la jaló con violencia, de modo que don Fernando salió disparado hasta chocar de cabeza contra el poste de metal. Se oyó un clonc y cayó noqueado e inmóvil al suelo. Estaba fuera de combate.

Había sido tan fanfarrón que la multitud no pudo dejar de aplaudir.

Varios hombres, armados con antorchas y lanzas con la punta electrificada, entraron corriendo a la jaula y mantuvieron al hueco a distancia mientras sacaban a rastras al luchador inconsciente.

—¿A quién le toca? —gritó la mujer que hacía de árbitro.

Los luchadores que quedaban intercambiaron miradas de aprensión y siguieron discutiendo. Ahora nadie quería entrar en la jaula.

Excepto yo.

La ridícula actuación del hombre y el truco del hueco me habían dado una idea. Mi plan no era a prueba de bombas, y probablemente ni siquiera fuera genial, pero era mejor que nada. Lo que haríamos, el hueco y yo, sería fingir su muerte.

Hice acopio de valor y, como suele ocurrirme cuando debo acometer un acto audaz o estúpido, mi cerebro y mi cuerpo se separaron. Me pareció verme a mí mismo desde lejos mientras le hacía un gesto a la árbitra y gritaba:

—¡Yo seré el próximo!

Hasta ese momento había sido invisible; ahora, tanto la multitud como los luchadores se giraron para mirarme.

—¿Qué plan tienes? —me susurró Emma.

Sin duda tenía un plan, pero había estado tan concentrado puliendo todos los detalles que ni siquiera se me había ocurrido contárselo a Emma o a Sharon, y ahora ya no me daba tiempo, lo que probablemente fuera una suerte. Si lo decía en voz alta, lo más seguro es que sonara ridículo, o peor aún, imposible, y entonces perdería todo mi arrojo.

—Creo que será mejor que lo vean por ustedes mismos —respondí—. Pero si no consiguen esas llaves, fracasará sin remedio.

—No te preocupes, Xavier está en ello —repuso Sharon.

Entonces, oímos un chillido y bajamos la mirada para ver a la rata en cuestión, con un trozo de queso en la boca. Sharon la recogió y la regañó:

—¡He dicho llaves, no cabrales!

—Yo las conseguiré —me aseguró Emma—. Pero prométeme que volverás entero.

Se lo prometí. Ella me deseó suerte y me besó en los labios. Luego miré a Sharon, que inclinó la cabeza como si dijera «Espero que no quieras también un beso mío», tras lo que me reí y eché a andar hacia donde estaban los luchadores.

Me miraron de arriba abajo. Estaba seguro de que me habían tomado por loco, pero nadie intentó detenerme. A fin de cuentas, ¿qué problema había en que un chico inexperto quisiera lanzarse sobre la bestia y agotarla un poco, sin siquiera tomar ambrosía? De hecho, era un regalo que aceptaban gustosos. De todos modos, yo no era más que un esclavo, así que daba igual si moría en el intento.

Esa actitud me hizo odiarlos, y al recordar a los pobres peculiares secuestrados cuyas almas extraídas flotaban en las ampollas que sujetaban entre sus manos me encolericé aún más. Hice todo lo que pude por transformar esa ira en una férrea determinación y concentración, pero me resultó más una distracción que cualquier otra cosa.

Pero no había más remedio. Mientras el hombre de las llaves se apresuraba a abrir la jaula, miré al interior y, para mi sorpresa y alegría, descubrí que no me asaltaban dudas, ni me atormentaban visiones de muerte inminente, ni tenía que hacer frente a oleadas de terror. Ya conocía a ese hueco y lo había dominado en dos ocasiones anteriores: esa sería la tercera. A pesar de mi furia, estaba tranquilo y calmado, y gracias a esa calma encontré las palabras que necesitaba y que habían estado esperándome, listas para ser pronunciadas.

El hombre abrió la puerta y entré en la jaula. En cuanto la cerraron, el hueco se abalanzó sobre mí, agitando su cadena como un fantasma iracundo.

«Lengua, no me falles ahora».

Levanté la mano para taparme la boca y articulé el gutural idioma de los huecos.

«Detente».

El hueco se detuvo.

«Siéntate», le dije.

Se sentó.

Me invadió una sensación de alivio. No tenía nada de qué preocuparme; restablecer la conexión era tan fácil como tomar las riendas de una vieja yegua dócil. Controlar al monstruo era un poco como luchar con alguien mucho más pequeño que yo: estaba inmovilizado y se debatía para liberarse, pero mi fuerza era tan superior que la batalla implicaba muy pocos riesgos. No obstante, la facilidad con la que había controlado al hueco también representaba un problema. No podría sacarlo de la jaula a menos que todos creyeran que lo había matado y que ya no suponía una amenaza, y no habría manera de hacerlo pasar por muerto si vencía demasiado fácilmente. Yo era un niño flacucho sin la ventaja de la ambrosía; no podía darle un bofetón y hacer que

se derrumbara así como así. Para que la farsa resultara convincente, tenía que armar un espectáculo.

¿Cómo iba a «matarlo»? Desde luego, con mis manos desnudas, no. Eché un vistazo por la jaula en busca de inspiración cuando mis ojos se posaron sobre la navaja del luchador anterior, quien la había dejado caer junto al poste, lo cual era un problema. Así que recogí un puñado de grava, corrí de pronto hacia él y se la arrojé.

«Esquina», dije, tapándome de nuevo la boca. El hueco se dio la vuelta y se lanzó a la esquina, lo que hizo que pareciera que el puñado de piedras lo había asustado. Entonces fui hasta el poste, tomé la navaja del suelo y retrocedí, un pequeño acto de valentía que me valió un silbido de alguien entre la multitud.

«Enojado», le comuniqué, y el hueco rugió y agitó sus lenguas como si estuviera furioso ante mi audaz movimiento. Miré por encima del hombro para buscar a Emma entre el gentío y la vi deslizándose furtiva hacia el hombre de las llaves.

Bien.

Necesitaba ponerme las cosas difíciles. «Ven por mí», le ordené, y después de que el hueco avanzara unos pasos en mi dirección, le dije que extendiera una de sus lenguas y me agarrara la pierna.

Siguió mis instrucciones y me rodeó la pantorrilla, que me escoció. Después le dije que me hiciera caer y me arrastrara sobre la tierra hacia él, mientras yo fingía buscar un asidero.

Al pasar ante el poste de metal, me aferré a él con los brazos.

«Jala —le dije—. Con cuidado».

Aunque mis palabras no eran muy descriptivas, el hueco parecía entenderme a la perfección, como si tan solo con imaginar una acción en mi cabeza y decir una palabra o dos pudiera transmitirle un párrafo entero de información. Así pues, cuando el hueco me jaló mientras yo me sujetaba al poste y me levantó por los aires, todo sucedió exactamente como había imaginado.

«Cada vez se me da mejor», pensé con cierta satisfacción.

Me debatí unos segundos, jadeando, en un esfuerzo por que mi dolor pareciera auténtico, y después solté el poste. La multitud se divertía burlándose de mí e insultándome, convencida de que iba a morir en cualquier momento, en el que probablemente habría sido el combate más corto hasta la fecha.

Había llegado la hora de devolver el golpe.

«Pierna», dije. El hueco volvió a azotarme la pierna con la lengua.

«Jala».

Empezó a arrastrarme hacia él, mientras yo pataleaba y agitaba los brazos.

«Boca».

Abrió la boca como si fuera a devorarme de un bocado. Me di rápidamente la vuelta y golpeé la lengua que me rodeaba el tobillo. En realidad no había hecho daño

alguno al hueco, pero le dije que se soltara al instante y gritara para que pareciera que sí. El hueco obedeció soltando un berrido y replegando sus lenguas hasta el interior de su boca. A mí me pareció una pésima actuación, pues mi orden y la respuesta del hueco no estaban bien coordinadas, pero por lo visto la multitud se lo había tragado. Los abucheos se convirtieron en aplausos en un combate que había ganado interés, pues el que parecía un perdedor seguro ahora tenía alguna posibilidad.

El hueco y yo nos pusimos en guardia e intercambiamos algunos golpes en lo que esperé que no pareciera una escena de acción de una película de bajo presupuesto. Le causé unas cuantas cortadas y él retrocedió. Aulló agitando las lenguas en el aire mientras dábamos vueltas en círculo, uno en torno al otro. También hice que me agarrara con una de sus lenguas y me sacudiera (con cuidado) hasta que le di una puñalada (de mentira) y me dejó caer otra vez (tal vez con demasiado cuidado).

Me arriesgué a mirar a Emma de nuevo. Se encontraba en medio de un grupo de luchadores situados cerca del hombre de las llaves. Me hizo el gesto de trazar una línea sobre su garganta.

«Deja de hacer el tonto».

De acuerdo. Era el momento de acabar con la pantomima. Respiré hondo, hice acopio de valor y me dispuse a ejecutar el gran final.

Corrí hacia el hueco con la navaja en alto. Él dirigió una de sus lenguas hacia mis piernas, que evité de un salto, y luego, otra a mi cabeza, que esquivé.

Seguíamos el plan al pie de la letra.

Después se suponía que yo iba a saltar por encima de una de las lenguas que había a mis pies y fingir que lo apuñalaba en el corazón, pero en su lugar la lengua me alcanzó en pleno pecho. Me golpeó con la fuerza de un boxeador de peso pesado, pues me tiró de espaldas y me dejó sin aliento. Me quedé aturdido y sin poder respirar entre los abucheos de la multitud.

«Atrás», intenté decir, pero me faltaba el aire.

Entonces se me abalanzó encima, con las mandíbulas abiertas y aullando de ira. El hueco se había liberado de mi yugo, aunque solo fuera un momento, y no estaba nada contento. Tenía que recuperar el control, pero sus lenguas me habían inmovilizado los brazos y una pierna, y su arsenal de dientes resplandecientes se aproximaba a mi cara. Aún estaba recuperando el aliento, cuando me asaltó una bocanada nauseabunda del hedor del hueco, así que, en vez de hablar, tosí.

Aquel podría haber sido mi final de no ser por la extraña anatomía de los huecos; por suerte, no podía cerrar la boca sobre mi cabeza con las lenguas extendidas. Tenía que soltarme las extremidades antes de poder arrancarme la cabeza de un bocado, y en cuanto liberó mi brazo —con el que aún sostenía la navaja—, hice lo único que se me ocurrió para sobrevivir. Alcé el arma.

La hoja se introdujo profundamente en la garganta del hueco. Chilló y rodó a un

lado, con las lenguas aleteando e intentando atrapar la navaja.

La multitud enloqueció de emoción.

Por fin fui capaz de inhalar una respiración completa y limpia, y me incorporé para ver al hueco retorciéndose en la tierra a pocos metros de distancia, mientras manaba sangre negra de su cuello herido. Me di cuenta, sin la satisfacción que habría sentido en otras circunstancias, de que probablemente hubiera matado a la bestia. Pero de verdad, lo que no era para nada parte del plan. Con el rabillo del ojo vi a Sharon agitando las manos abiertas en mi dirección, era el gesto universal para expresar «acabas de fastidiarlo todo».

Me puse de pie, decidido a salvar la situación todo lo que pudiera. Volví a controlar al hueco y le dije que se relajara. Que no sentía ningún dolor. Poco a poco paró de debatirse y dejó caer sus lenguas sobre la tierra. Entonces fui hasta donde estaba, extraje la navaja de su cuello y la levanté para mostrársela a la multitud. Ellos gritaron y aplaudieron, mientras yo tenía que esforzarme por parecer triunfal cuando en realidad me sentía como un completo fracasado. Me daba pánico haber arruinado el rescate de nuestros amigos.

El hombre de las llaves abrió la puerta de la jaula y entraron dos hombres corriendo para examinar al hueco.

«No te muevas», murmuré cuando se pusieron a inspeccionarlo, uno de ellos apuntándole con una pistola a la cabeza, mientras el otro lo pinchaba con un palo y le ponía la mano debajo de las fosas nasales.

«Ni respire».

Y no respiró. De hecho, el hueco interpretó el papel de muerto tan bien que me habría convencido hasta a mí, de no haber sido por la conexión continua que había entre nosotros.

Los hombres se lo creyeron. El inspector tiró su palo a un lado, me levantó el brazo como si fuera el vencedor de un combate de boxeo y me declaró ganador. La multitud volvió a vitorear y pude ver cómo el dinero iba cambiando de manos, con los decepcionados que habían apostado en mi contra refunfuñando mientras pagaban sus deudas.

Los espectadores no tardaron en entrar en la jaula para observar más de cerca al hueco supuestamente muerto, y entre ellos se encontraban Emma y Sharon.

Ella me rodeó con sus brazos.

—No pasa nada —dijo—. No tenías elección.

—No está muerto —le susurré—. Pero está herido. No sé cuánto tiempo le queda. Tenemos que sacarlo de aquí.

—Pues menos mal que tengo esto —respondió a la vez que me introducía un llavero en el bolsillo.

—Ja, ¡eres un genio!

Pero cuando me di la vuelta para quitarle la cadena al hueco, me encontré bloqueado por un enjambre de gente que clamaba por acercarse a él. Todo el mundo quería echarle un buen vistazo al bicho, tocarlo, llevarse un mechón de pelo o un poco de tierra empapada en sangre como recuerdo. Empecé a abrirme paso con los codos, pero no dejaban de pararme para estrecharme la mano y darme palmadas en la espalda.

—¡Estuvo increíble!

—Has tenido suerte, muchacho.

—¿Seguro que no has tomado ambro?

Seguí salmodiando entre dientes para que el hueco se quedara quieto y continuara haciéndose el muerto, porque podía sentir que empezaba a revolverse, como un niño pequeño que lleva demasiado rato sentado. Estaba nervioso y herido, y tuve que hacer uso de toda mi concentración para evitar que saltara y se llenara la boca de aquella apetitosa carne peculiar que había ante él.

Por fin había conseguido llegar hasta la cadena del hueco y estaba buscando el cerrojo cuando me abordó el traficante de ambro. Me volví para encontrarme con su escalofriante máscara barbuda a tan solo unos centímetros de mi cara.

—¿Crees que no sé lo que estás haciendo? —me dijo. Estaba flanqueado por sus dos guardias armados—. ¿Crees que estoy ciego?

—No sé de qué me habla. —Durante un angustioso segundo pensé que me había descubierto y que sabía que el hueco no había muerto de verdad. Sin embargo, sus hombres ni siquiera le dedicaron una mirada.

Me agarró del cuello de la cazadora.

—¡A mí no me tima nadie! —exclamó—. ¡Esta es mi casa!

La gente estaba empezando a apartarse. Estaba claro que aquel tipo tenía mala reputación.

—Nadie está timando a nadie —oí decir a Sharon detrás de mí—. Tranquilidad.

—No se puede estafar a un estafador —repuso el traficante—. Vienen aquí diciendo que es carne fresca, que ni siquiera se ha enfrentado a un osito torvo antes, ¿y vence? —Señaló al hueco caído con el brazo—. ¡Ni en un millón de años!

—Está muerto —dije—. Compruébelo usted mismo si quiere.

El traficante me soltó la cazadora y me rodeó el cuello con las manos.

—¡Eh! —oí que decía Emma.

Los guardias la apuntaron con sus armas.

—Lo único que quiero saber —dijo el traficante— es lo que vendes.

Empezó a apretar.

—¿Vender? —mascullé.

Él suspiró irritado por tener que explicarse.

—Vienes a mi casa, matas a mi hueco, ¿y encima convences a mis clientes para

que no comprenden mi producto?

Había pensado que era un traficante de la competencia que venía a usurpar su negocio. De locos.

Apretó con más fuerza.

—Deja al chico en paz —le rogó Sharon.

—Si no estás drogado de ambro, entonces, ¿de qué? ¿Qué es lo que vendes?

Intenté responder, pero no pude. Bajé la mirada hasta sus manos. Él entendió mi indirecta y aflojó un poco su presa.

—Habla —ordenó magnánimo.

Lo que dije entonces probablemente le sonara como una tos ahogada.

«El de la izquierda», expresé en lengua hueca. En ese mismo instante, el hueco se alzó tieso y rígido como el monstruo de Frankenstein al volver a la vida, y los pocos peculiares que aún quedaban salieron corriendo entre gritos. El traficante se volvió para mirar y le di un puñetazo en la máscara; los guardias no sabían a quién disparar primero, si a mí o al hueco.

Esa fracción de segundo de indecisión fue su ruina. En el tiempo que les llevó girar las cabezas, el hueco había desplegado sus tres lenguas sobre el guardia más cercano. Una lo desarmó mientras las demás lo agarraban de la cintura, lo levantaban en el aire y lo usaban como ariete para derribar al otro.

Entonces solo quedamos el traficante y yo. En ese momento pareció darse cuenta de que yo había estado controlando al hueco. Se tiró al suelo de rodillas y empezó a suplicar.

—Puede que esta sea tu casa —le dije—, pero ese es mi hueco.

Le pedí que rodeara el cuello del hombre con la lengua. Después informé al traficante de que pensábamos marcharnos con el espíritu hueco y de que la única manera de conservar la vida era dejándonos ir en paz.

—Sí, sí —aceptó con voz temblorosa—. Sí, por supuesto...

Abrí el cerrojo y le quité la cadena al hueco. Emma, Sharon y yo condujimos a la bestia coja hasta la puerta de la jaula ante la mirada de la multitud, mientras el traficante caminaba delante de nosotros diciendo «¡No disparen! ¡Que nadie dispare!» lo mejor que podía con la lengua del hueco alrededor de su cuello.

Al salir cerramos la puerta de la jaula con llave, dejando dentro a la mayoría de los espectadores, tras lo que atravesamos el antro por el mismo camino por el que habíamos venido hasta llegar a la calle. Sentí la tentación de hacer una parada técnica para destruir la mercancía del traficante de ambro, pero decidí que no valía la pena arriesgarse. Por mí podían hartarse de ella si querían. Además, tal vez fuera mejor no desperdiciarla, por si existía la más remota posibilidad de que esas almas robadas pudieran reunirse algún día con sus dueños.

Dejamos al traficante tirado en la alcantarilla, jadeando a cuatro patas, con la

máscara colgada de una oreja. Estábamos a punto de dejar atrás aquel escenario repugnante cuando oí un gruñido y me acordé de los ositos torvos.

Me volví hacia ellos con el corazón partido. Habían llegado hasta el final de sus cadenas y las jalaban para venir con nosotros.

—No podemos —me apremió Sharon.

Tal vez los habría dejado si Emma no me hubiera mirado y me hubiera dicho «Hazlo» con los labios.

—Solo será un segundo —dije.

Al final fueron quince los que necesité para hacer que el hueco arrancara el poste al que estaban encadenados los ositos y para entonces ya se había congregado una pandilla de adictos furiosos a la salida del antro. Aun así, pensé que había valido la pena cuando nos marchamos con los ositos siguiendo nuestros pasos, arrastrando las cadenas y el poste a sus espaldas lenta y pesadamente hasta que mi hueco los tomó entre sus brazos y cargó con ellos por su propia voluntad.

Enseguida se hizo evidente que teníamos un problema. Apenas habíamos recorrido unas pocas cuadras y la gente de la calle ya se había fijado en el hueco. Para cualquiera salvo yo, no era más que una colección medio visible de salpicaduras de pintura, pero, aun así, llamaba la atención. Y como no queríamos que nadie supiera adónde íbamos, tuvimos que hallar una manera más sutil de volver a casa de Bentham.

Nos escabullimos por una callejuela. En el momento en que dejé de obligarlo a caminar, el hueco se derrumbó de agotamiento. Parecía tan frágil allí en el suelo, sangrando, hecho un ovillo, con las lenguas guardadas en la boca. Al percibir su angustia, los ositos a los que había rescatado lo husmearon agitando sus hocicos húmedos, ante lo que el hueco reaccionó con un suave gruñido que sonó casi tierno. No pude evitar sentir una oleada de afecto hacia los tres..., como si fuéramos hermanos de distinta madre.

—Detesto decirlo, pero esta escena es casi bonita —dijo Emma.

Sharon soltó una risa ahogada.

—Puedes ponerle un tutú rosa si quieres, pero sigue siendo una máquina de matar.

Sopesamos las posibles maneras de llevarlo hasta la casa de Bentham sin que se nos muriera por el camino.

—Podría cauterizarle la herida del cuello —se ofreció Emma, extendiendo una mano que empezaba a irradiar un resplandor.

—Es demasiado arriesgado —dije—. El dolor podría hacer que escapara de mi control.

—Tal vez pueda ayudarlo la sanadora de Bentham —sugirió Sharon—. Pero tendremos que llegar pronto hasta ella.

Mi primera idea fue salir huyendo por los tejados. Si el hueco hubiera tenido las fuerzas necesarias, podría habernos subido por el lateral de un edificio y habernos llevado saltando hasta la casa de Bentham sin que nadie nos descubriera. Sin embargo, en ese momento ni siquiera estaba seguro de que pudiera caminar. En lugar de eso, propuse limpiar la pintura blanca que lo cubría para que nadie pudiera verlo salvo yo.

—De ninguna manera; no, señor —se negó Sharon con un enérgico movimiento de la cabeza—. No me fío de esa cosa. No quiero perderlo de vista.

—Lo tengo controlado —repuse un poco ofendido.

—De momento —replicó él.

—Estoy de acuerdo con Sharon —dijo Emma—. Lo estás haciendo de maravilla, pero ¿qué pasará cuando lo dejes solo o te quedes dormido?

—¿Por qué iba a abandonarlo?

—Para hacer tus necesidades, por ejemplo —respondió Sharon—. ¿O es que planeas llevarte a tu mascota hueca al retrete?

—Hum... Supongo que ya lo pensaré cuando sea el momento.

—La pintura no se va a ninguna parte —anunció Sharon.

—De acuerdo —accedí algo molesto—. Entonces, ¿qué hacemos?

Callejón abajo se abrió una puerta de golpe de la que surgió una nube de vapor. De ella salió un hombre que empujaba un carrito que dejó en la banqueta antes de desaparecer otra vez.

Fui corriendo hasta allí para echar un vistazo. La puerta pertenecía a una lavandería, y el carrito estaba lleno de ropa sucia. Era lo bastante grande para que cupiera en él una persona pequeña o un espíritu hueco agazapado.

Lo admito: robé el carro. Lo llevé hasta donde estaban los demás, saqué la ropa e hice que el hueco se metiera. Después volvimos a amontonar la ropa sucia, colocamos a los ositos encima y lo empujamos todo calle abajo.

Nadie volvió a mirarnos.

## SEIS

Casi había anochecido cuando llegamos a la casa. Nim nos hizo entrar en el recibidor a toda prisa, donde nos esperaba Bentham ansioso. Ni siquiera se molestó en saludarnos.

—¿Por qué se trajeron a estos torvos? —Clavó los ojos en el carrito—. ¿Dónde está la criatura?

—Está aquí. —Saqué a los ositos y me puse a retirar la ropa.

Bentham lo miró desde cierta distancia. Las sábanas que había en la parte superior eran blancas, pero fueron manchándose de sangre a medida que iba escarbando, hasta acabar formando un capullo de color negro al final. Retiré la última y allí estaba, una cosa pequeña y arrugada, acurrucada en posición fetal. Resultaba difícil de creer que aquella criatura patética fuera la misma que me había hecho vivir tantas pesadillas.

Bentham se acercó un poco más.

—Dios mío —dijo al mirar las sábanas ensangrentadas—. ¿Qué le han hecho?

—En realidad fui yo —respondí—. No tuve más remedio.

—Estaba a punto de tragarse la cabeza de Jacob —explicó Emma.

—Pero no lo has matado, ¿verdad? —preguntó Bentham—. Muerto no nos sirve de nada.

—Creo que no —dije, y entonces le pedí al hueco que abriera los ojos, cosa que hizo muy despacio. Seguía vivo, aunque débil—. Pero no sé cuánto tiempo va a durar.

—En ese caso, no hay un momento que perder —indicó Bentham—. Debemos llamar a mi sanadora ahora mismo y rezarle al cielo para que su arena haga efecto a los huecos.

Encargó a Nim que fuera a buscar a la sanadora. Mientras la esperábamos, Bentham nos llevó a la cocina y nos ofreció galletas y fruta en conserva. Ya fuera por los nervios o por todas las cosas asquerosas que habíamos visto, ni Emma ni yo teníamos apetito. Le dimos algún bocado a la comida por educación mientras Bentham

nos informaba de lo que había pasado en nuestra ausencia. Ya había llevado a cabo todos los preparativos necesarios para encender su máquina, según nos dijo, y todo estaba preparado: lo único que faltaba por hacer era conectar al espíritu hueco.

—¿Está seguro de que va a funcionar? —le preguntó Emma.

—Todo lo seguro que puedo estar sin haberlo probado antes —respondió.

—¿Le hará daño? —quise saber yo, con un extraño sentimiento de protección hacia el hueco, aunque solo fuera por todas las molestias que me había tomado para rescatarlo.

—Por supuesto que no —dijo Bentham, agitando la mano con gesto desdenoso.

Entonces llegó la sanadora, y al verla casi di un grito de sorpresa. No fue porque tuviera un aspecto inusual, que lo tenía, sino porque estaba convencido de haberla visto antes, aunque no sabía decir dónde, ni cómo me las había arreglado para olvidar un encuentro con una persona tan extraña.

Las únicas partes visibles de su cuerpo eran su ojo y su mano izquierdos. El resto estaba oculto bajo kilómetros de tela: chales, pañuelos, un vestido y una falda acampanada con crinolina. Parecía faltarle la mano derecha, y la otra la sostenía un muchacho de piel oscura y ojos grandes y brillantes. Vestía una alegre camisa de seda y un sombrero de ala ancha, y conducía a la sanadora como si fuera ciega o estuviera impedida de alguna otra manera.

—Soy Reynaldo —dijo el muchacho con un marcado acento francés—, y esta es la Madre Arena. Yo hablo en su nombre.

Ella se inclinó hacia Reynaldo y le susurró algo al oído. Reynaldo me miró y dijo:

—La Madre Arena espera que ya estés mejor.

Fue entonces cuando me di cuenta de dónde la había visto: en mis sueños —o en lo que creía que habían sido sueños— mientras me recuperaba del ataque.

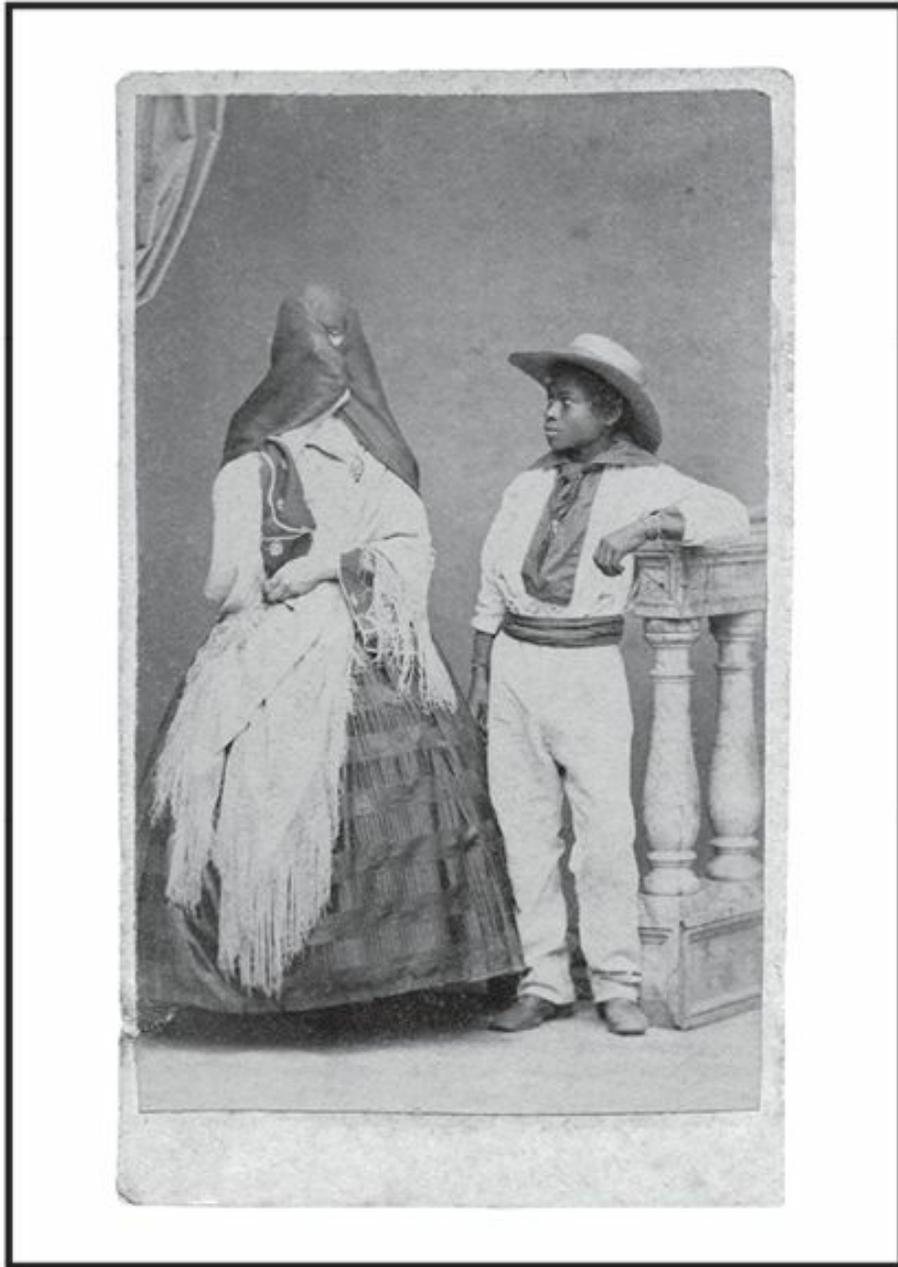
—Sí, mucho mejor —respondí desconcertado.

Bentham se saltó las formalidades.

—¿Puedes curar a uno de estos? —preguntó a la vez que conducía a Reynaldo y a la Madre Arena hasta el carrito de la lavandería—. Es un espíritu hueco, solo visible para nosotros donde lleva pintura.

—Puede curar a cualquier cosa a la que le lata el corazón —repuso Reynaldo.

—Entonces, por favor, hazlo —le pidió Bentham—. Es muy importante que salvemos la vida de esta criatura.



La Madre Arena dio órdenes a través de Reynaldo. Nos dijeron que sacáramos a la bestia del carrito, así que Emma y Sharon me ayudaron a levantarlo y a dejarlo dentro del alto y profundo lavabo. Limpiamos sus heridas con agua de la llave procurando no llevarnos demasiada pintura por delante. A continuación, la Madre Arena examinó al espíritu hueco a la vez que Reynaldo me pedía que fuera identificando todas las partes que le dolían.

—Ahora bien, Marion —Bentham se dirigió a la Madre Arena por su nombre de pila—, no hace falta que le cures hasta la última herida y magulladura. No necesitamos que la criatura esté en plena forma; solo queremos mantenerla con vida. ¿Entiendes?

—Sí, sí —dijo Reynaldo con cierto desdén—. Sabemos lo que hacemos.

Bentham carraspeó y se dio la vuelta, dando a entender que estaba molesto.

—Ahora se dispone a hacer el polvo —anunció el muchacho—. Háganse para atrás y procuren no aspirar. Se quedarán dormidos de inmediato.

Nos apartamos. Reynaldo se cubrió la nariz y la boca con una mascarilla y desató el chal que envolvía lo que quedaba del brazo derecho de la Madre Arena. El muñón que había debajo solo medía algunos centímetros y acababa bastante antes de donde debería haber estado el codo.

La curandera empezó a frotarse el muñón con la mano izquierda, con lo que fue soltando una arenilla blanca que flotó en el aire. Aguantando la respiración, Reynaldo peinó el aire con una mano y recogió la arena. Los demás nos quedamos observándolo fascinados y un tanto asqueados, hasta que juntó alrededor de treinta gramos de la sustancia, y el muñón de la Madre Arena se redujo en la misma cantidad.

Reynaldo devolvió la arena a la mano de su ama. Esta se inclinó sobre el hueco y le sopló un poco a la cara, como recordaba que había hecho conmigo. El hueco inhaló y luego se retorció de golpe. Todos excepto la Madre Arena nos echamos atrás de un brinco.

«Quédate acostado, tranquilo», le dije, pero no fue necesario: se trataba de una reacción automática a la arena, explicó Reynaldo, por la que el cuerpo engranaba una marcha inferior. Mientras la Madre Arena espolvoreaba la cortada del cuello del hueco, Reynaldo nos contó que la sustancia podía curar heridas e inducir el sueño, según cuánto se usara. A medida que hablaba, se fue creando una espuma blanca alrededor de la cortada que empezó a brillar. La arena que utilizaba la Madre era parte de su propio cuerpo, nos explicó Reynaldo, era ella misma, y por lo tanto existía en una cantidad limitada. Cada vez que curaba a alguien, se desgastaba un poco más.

—Espero que mi pregunta no parezca descortés, pero ¿por qué lo hace si le resulta doloroso? —inquirió Emma.

La Madre Arena dejó de trabajar en el hueco durante un momento, se volvió para poder mirar a Emma con su ojo bueno y habló más alto que antes, con el leve murmullo de quien no tiene lengua.

Reynaldo interpretó sus palabras.

—Lo hago —dijo— porque es la manera en la que he elegido servir.

—Pues... gracias —respondió Emma humildemente.

La Madre Arena asintió y volvió a su tarea.

La recuperación del hueco no iba a ser instantánea. Estaba muy sedado y solo se despertaría después de que sanaran sus peores heridas, un proceso que probablemente llevaría toda la noche. Dado que el hueco debía estar despierto cuando Bentham lo «conectara» a su máquina, la segunda fase de nuestro plan de rescate tendría que esperar varias horas. Hasta entonces, la mayoría nos quedamos confinados en la cocina: Reynaldo y la curandera, que tenían que volver a aplicar la arena cada cierto tiempo, y Emma y yo, porque no nos sentíamos cómodos dejando al hueco solo, a pesar de que se encontraba profundamente dormido. Era responsabilidad mía, como una mascota sin amansar de quien la hubiera llevado a su casa. Emma también permaneció cerca, ya que de alguna manera yo era responsabilidad suya (y ella mía), y si me quedaba dormido me hacía cosquillas hasta que despertaba, o me contaba historias sobre los buenos tiempos en casa de Miss Peregrine. Bentham aparecía de vez en cuando, pero sobre todo se dedicaba a realizar expediciones de seguridad por la casa junto con Sharon y Nim, con la paranoia de que la infantería de su hermano pudiera atacar en cualquier momento.

A medida que avanzaba la noche, Emma y yo hablamos de lo que nos depararía el día siguiente. Suponiendo que Bentham pudiera lograr que su máquina volviera a ponerse en marcha, era posible que en cuestión de horas nos encontráramos dentro de la fortaleza de los wights. Era posible que viéramos de nuevo a nuestros amigos, y a Miss Peregrine.

—Si somos muy sigilosos, y si tenemos mucha suerte —dijo Emma—. Y si...

Entonces dudó. Estábamos sentados el uno al lado del otro en un largo banco de madera contra una pared, y se revolvía tanto que no podía verle la cara.

—¿Qué? —le pregunté.

Ella me devolvió la mirada con el rostro transido de dolor.

—Si es que siguen vivos.

—Seguro que sí.

—No, estoy cansada de fingir. A estas alturas los wights pueden haber cosechado sus almas para elaborar la ambrosía. O haberse dado cuenta de que las ymbrynes no les sirven de nada y haber decidido torturarlas, o extraer sus almas, o hacerlas servir de ejemplo para quien intente escapar...

—Para ya —repuse—. No ha pasado tanto tiempo.

—Cuando volvamos allí habrán pasado por lo menos cuarenta y ocho horas. Y pueden suceder muchas cosas horrendas en dos días.

—No tienes por qué imaginártelas todas. Pareces Horace, siempre dando por hecho el peor de los casos. No tiene sentido atormentarse hasta que sepamos con seguridad qué es lo que ha pasado.

—Claro que sí —insistió ella—. Tenemos un motivo muy válido para atormentarnos. Si nos ponemos en lo peor y algo de ello termina siendo cierto, estaremos un poco más preparados para afrontarlo.

—Creo que jamás podría prepararme para esa clase de cosas.

A apoyó la cabeza entre las manos y exhaló un débil suspiro. Tenía demasiado en lo que pensar.

Quise decirle que la quería. Pensé que quizá nos ayudaría aferrarnos a algo de lo que estábamos seguros, en lugar de a todo lo que no sabíamos, pero no nos habíamos dicho esas palabras muchas veces, y ahora no me sentía capaz de pronunciarlas ante dos perfectos extraños.

Cuando más pensaba en mi amor por Emma, más débil y enfermo me sentía, precisamente porque nuestro futuro era incierto. Necesitaba imaginarme un porvenir propio con Emma, pero resultaba imposible planear incluso el día siguiente. No saber lo que iba a depararnos el mañana era un sufrimiento para mí. Soy cauto por naturaleza, un planificador —alguien al que le gusta saber qué le aguarda a la vuelta de la esquina, y tras la esquina siguiente—, por lo que aquella experiencia, desde que me había atrevido a entrar en las ruinas del hogar de Miss Peregrine hasta ese momento, había sido una larga caída libre al vacío. Para sobrevivir había tenido que convertirme en alguien nuevo, alguien flexible, de paso decidido y valiente. Una persona de quien mi abuelo se habría sentido orgulloso. Sin embargo, mi transformación no había sido total. Ese nuevo Jacob estaba injertado encima del antiguo, y aún había momentos —muchos— de terror abyecto y de desear no haber oído hablar nunca de la dichosa Miss Peregrine, además de necesitar con urgencia que el mundo dejara de girar para poder agarrarme a algo durante unos minutos. Me pregunté con desazón cuál era el Jacob que amaba a Emma. ¿Se trataba del nuevo, el que estaba preparado para todo, o del viejo, que solo necesitaba algo a lo que agarrarse?

Decidí que ya no quería seguir pensando en eso —con el modo de enfrentarse a las cosas claramente acorde al antiguo Jacob— y en su lugar me centré en la distracción que tenía más a mano: el hueco, y qué sucedería cuando despertara. Parecía que iba a tener que renunciar a él.

—Ojalá pudiera llevarme a mi hueco con nosotros —dije—. Con él sería muy fácil machacar a quien se interpusiera en nuestro camino. Pero supongo que tendrá que quedarse aquí para que la máquina funcione.

—Así que ahora es tuyo. —Emma levantó una ceja—. No te impliques demasiado

con él. Recuerda que si le dieras la más mínima oportunidad, te comería vivo.

—Lo sé, lo sé —respondí con un suspiro.

—Y tal vez no le resultara tan fácil machacarlos a todos. Estoy segura de que los wights saben cómo manejar a los huecos. Después de todo, ellos mismos fueron huecos.

—Es un don único el que tienes —declaró Reynaldo, dirigiéndose a nosotros por primera vez en más de una hora.

Se había tomado un descanso en su tarea de vigilar la herida del hueco para rebuscar entre los estantes de Bentham algo de comida, y ahora la Madre Arena y él compartían una cuña de queso azul sentados ante una mesita.

—Pero también es un don extraño —dije. Había pensado en lo raro que era durante un tiempo, pero no había sido capaz de expresarlo en voz alta hasta ese momento—. Si este fuera un mundo ideal, los huecos no existirían. Y si no existieran, no podría ver nada con mi don especial, y nadie entendería el extraño idioma que conozco. Ni siquiera sabría que tengo una habilidad especial.

—Entonces es una suerte que estés aquí ahora —expuso Emma.

—Sí, pero... ¿no les parece casi demasiada casualidad? Podría haber nacido en cualquier época, igual que mi abuelo. Los huecos solo llevan en el mundo desde el siglo pasado, y resulta que ambos hemos nacido en este momento, justo cuando se nos necesita. ¿Por qué?

—Supongo que estaba escrito —dijo Emma—. O puede que siempre haya habido gente que podía hacer lo mismo que tú, solo que nunca lo supieron. Puede que mucha gente haya pasado por la vida sin ser consciente de que era peculiar.

La Madre Arena se inclinó hacia Reynaldo y le habló en susurros.

—Dice que no es ni una cosa ni la otra —transmitió Reynaldo—. Es posible que tu auténtico don no sea manipular a los espíritus huecos, sino que esa sea solo su aplicación más evidente.

—¿A qué te refieres? —pregunté—. ¿Qué otra cosa podría ser?

La Madre Arena volvió a susurrar.

—Es más sencillo —dijo Reynaldo—. Igual que un magnífico chelista no nació con una única aptitud para ese instrumento en particular, sino para la música en general, tú no naciste solo para manipular huecos. Ni tú —miró a Emma— para hacer fuego.

Ella frunció el ceño.

—Tengo más de cien años. Creo que ya conozco mi propia habilidad peculiar, y desde luego no puedo manipular el agua, el aire ni la tierra. Y lo he intentado.

—Eso no significa que no puedas hacerlo —repuso Reynaldo—. Al comienzo de nuestras vidas reconocemos ciertos talentos en nosotros mismos y nos concentramos en ellos en exclusión de los demás. No es que no sea posible nada más, sino que no se

ha cultivado.

—Es una teoría interesante —dije.

—La cuestión es que tu talento para la manipulación de los espíritus huecos no es un acontecimiento tan azaroso e improbable. Tu don se desarrolló en esa dirección porque era lo necesario.

—Si eso es cierto, ¿por qué los demás no podemos controlar a los huecos? —dijo Emma—. A todos los peculiares les vendría bien contar con un poco del don que tiene Jacob.

—Porque es el único que ha sido capaz de desarrollar su talento básico de esa manera. En los tiempos anteriores a los huecos, las aptitudes de los peculiares con almas afines a la suya se manifestarían de otras formas. Se dice que el personal de la biblioteca de las almas estaba compuesto de gente que podía leer las almas peculiares como si fueran libros. Si esos bibliotecarios vivieran hoy en día, tal vez serían como él.

—¿Por qué dices eso? —quise saber—. ¿Qué relación hay entre ver a los huecos y leer las almas?

Reynaldo departió con la Madre Arena.

—Pareces ser un lector de almas —respondió—. A pesar de todo, viste algo bueno en Bentham. Decidiste perdonarlo.

—¿Perdonarlo? ¿Por qué?

La Madre Arena supo que había hablado demasiado, pero ya era tarde para echarse atrás. Le susurró algo más a Reynaldo.

—Por lo que le hizo a tu abuelo —dijo.

Me volví hacia Emma, pero parecía tan confundida como yo.

—¿Y qué es lo que le hizo a mi abuelo?

—Yo se lo contaré —repuso una voz desde el umbral, tras lo que entró el mismo Bentham renqueando—. Es mi deshonra, y debería ser yo quien la confiese.

Pasó ante el lavabo arrastrando los pies, apartó una silla de la mesa y se sentó delante de nosotros.

—Durante la guerra, tu abuelo estaba muy bien considerado por su facilidad especial con los huecos. Yo trabajaba en un proyecto secreto con unos tecnólogos, y pensamos que seríamos capaces de reproducir su habilidad y otorgársela a otros peculiares. Inocularlos contra los huecos, como una vacuna. Si todos pudiéramos verlos y sentirlos, dejarían de representar una amenaza, y la guerra contra su especie duraría poco tiempo. Tu abuelo hizo muchos sacrificios nobles, pero ninguno fue tan grande como este: accedió a participar.

Emma tenía el rostro tenso mientras escuchaba. Supe que no tenía ni idea de aquello.

—Solo tomamos una pequeña cantidad —dijo Bentham—. Una parte de su

segunda alma. Pensamos que podría pasar sin ella, o que se regeneraría, como cuando alguien dona sangre.

—Le quitaron el alma —dijo Emma con voz temblorosa.

Bentham separó el pulgar del índice un centímetro.

—Solo un poco. La dividimos y se la administramos a varios sujetos de prueba. Aunque produjo el resultado deseado, no duró mucho, y la exposición repetida comenzó a despojarlos de sus habilidades innatas. Fue un fracaso.

—¿Y qué le pasó a Abe? —El tono de Emma rezumaba la malicia que solía reservar para aquellos que le hacían daño a la gente a la que quería—. ¿Qué es lo que le hicieron?

—Quedó debilitado, y su talento, diluido —repuso Bentham—. Antes del procedimiento, era muy similar al joven Jacob. Su capacidad para controlar a los huecos constituyó un factor decisivo en nuestra guerra contra los wights. No obstante, tras el procedimiento, descubrió que ya no era capaz de controlarlos, y su segunda vista se volvió borrosa. Me contaron que poco después abandonó el mundo peculiar del todo. Le preocupaba ser un peligro para sus iguales en lugar de una ayuda. Sintió que ya no podía seguir protegiéndolos.

Miré a Emma. Tenía la vista clavada en el suelo, el rostro impenetrable.

—Uno no se debe arrepentir de un experimento fallido —dijo Bentham—. Así es como se consiguen los avances científicos. Pero lo que pasó con tu abuelo es uno de los mayores pesares de mi vida.

—Así que ese fue el motivo de que se marchara. —Emma levantó la cabeza—. Por eso se fue a América. —Se volvió hacia mí. No parecía enojada, sino que mostraba una expresión de alivio incipiente—. Se sentía avergonzado. Él mismo me lo dijo en una carta, pero nunca entendí por qué. Se sentía avergonzado y poco peculiar.

—Le arrebataron su talento —dije.

Ya tenía la respuesta a otra pregunta: cómo había derrotado un espíritu hueco a mi abuelo en su propio territorio. No es que estuviera senil ni particularmente frágil, sino que sus defensas contra los huecos casi habían desaparecido desde hacía mucho tiempo.

—No es de eso de lo que deberías arrepentirte. —Sharon se plantó en el umbral con los brazos cruzados—. Un solo hombre no iba a ganar esa guerra. La auténtica desgracia es lo que hicieron los wights con tu tecnología. Fuiste tú quien creó el precursor de la ambrosía.

—He tratado de pagar mi deuda —dijo Bentham—. ¿Acaso no te he ayudado? ¿Y a ti también? —Miró a Sharon y luego a la Madre Arena. Por lo visto, había sido adicta a la ambrosía igual que Sharon—. He pasado los últimos años de mi vida deseando poder disculparme —declaró volviéndose hacia mí—, compensar a tu abuelo. Por eso lo llevo buscando desde hace décadas. Esperaba que algún día volviera a visitarme y

hallar la manera de restaurar su talento.

Emma dejó escapar una risa amarga.

—Después de todo lo que le hizo, ¿esperaba que volviera por más?

—No lo consideraba probable, pero esperaba que así fuera. Afortunadamente, la redención se presenta de muchas formas. En este caso, bajo el aspecto de un nieto.

—No estoy aquí para redimirlo —respondí.

—Sea como sea, estoy a tu disposición. Si hay algo que yo pueda hacer, solo tienes que pedirlo.

—Solo quiero que nos ayude a recuperar a nuestros amigos y a su hermana.

—Con mucho gusto —dijo, al parecer aliviado de que no le hubiera exigido más ni me hubiera puesto de pie para gritarle en la cara. Y podía haberlo hecho: la cabeza me daba vueltas y aún no había decidido del todo cómo reaccionar—. Bien —prosiguió—, en cuanto a nuestro modo de proceder a partir de ahora...

—¿Nos disculpan un momento? —solicitó Emma—. A Jacob y a mí a solas.

Salimos al vestíbulo para hablar, lejos del hueco, pero no demasiado.

—Hagamos una lista de todas las cosas horribles de las que es responsable ese hombre —me dijo Emma.

—De acuerdo —asentí—. Primero: creó a los huecos. Aunque fue sin querer.

—Pero lo hizo. Y la ambrosía también es cosa suya, y le arrebató su poder a Abe, o casi todo.

«Sin querer», estuve a punto de decir otra vez. Sin embargo, las intenciones de Bentham no eran la cuestión. Sabía a lo que se refería Emma: después de todas aquellas revelaciones, ya no estaba tan seguro de confiar nuestros destinos y los de nuestros amigos a Bentham, ni a sus planes. Tal vez pretendiera ayudarnos, pero tenía un historial de espanto.

—¿Podemos confiar en él? —preguntó Emma.

—¿Acaso tenemos elección?

—No te he preguntado eso.

Lo pensé un momento.

—Creo que sí —respondí—. Lo único que espero es que ya haya agotado toda su mala suerte.

—¡Vengan rápido! ¡Se está despertando!

Los gritos reverberaron desde la cocina. Emma y yo entramos corriendo y nos los encontramos a todos encogidos en una esquina, aterrorizados ante el espíritu hueco que se tambaleaba en un esfuerzo por incorporarse, pero que solo había conseguido inclinarse sobre el borde del lavabo. Yo era el único que podía ver su boca abierta, con

las lenguas colgando sin fuerzas sobre el suelo.

«Cierra la boca», dije en hueco. Volvió a introducirlas entre las mandíbulas con un ruido como si sorbiera espaguetis.

«Levántate».

El hueco fue incapaz, así que lo tomé de los hombros y lo ayudé a sentarse. Aun así, se recuperaba con sorprendente rapidez, y tras unos minutos había recobrado la capacidad motriz lo suficiente para bajar del lavabo y ponerse de pie. La cojera había desaparecido. Lo único que quedaba de su cortada en el cuello era una tenue línea blanca, no muy distinta de las que iban borrándose con celeridad de mi cara. Mientras recapacitaba sobre ello, Bentham no pudo evitar mostrar su irritación ante el hecho de que la Madre Arena hubiera sanado al hueco con tanta meticulosidad.

—¿Acaso puedo evitar que mi arena sea tan potente? —dijo la Madre Arena por medio de Reynaldo. Después se retiraron a la cama, exhaustos.

Emma y yo también estábamos cansados —estaba a punto de amanecer y no habíamos dormido—, pero nuestros progresos resultaban emocionantes, y la esperanza nos había infundido nuevas fuerzas.

Bentham se volvió hacia nosotros con un brillo en la mirada.

—Ha llegado el momento de la verdad, amigos míos. ¿Vamos a comprobar si podemos despertar a la ancianita?

Con eso se refería a su máquina, y no hacía falta preguntarlo.

—No perdamos ni un segundo más —dijo Emma.

Bentham llamó a su oso y yo convoqué a mi espíritu hueco. PT apareció por la puerta, levantó a su amo en brazos y ambos nos guiaron a través de la casa. Si alguien nos hubiera visto, se habría encontrado ante una extraña estampa: Sharon con su ondeante capa negra, Emma sofocando bostezos con una mano que empezaba a humear, y un servidor susurrándole a mi hueco embadurnado de pintura, quien incluso en plena forma arrastraba los pies al caminar, como si sus huesos no acabaran de encajar en su cuerpo.

Recorrimos los pasillos y bajamos las escaleras hasta llegar a las entrañas del edificio: salas abarrotadas de maquinaria rechinante, cada una más pequeña que la anterior, hasta que al final nos detuvimos ante una puerta que el oso no podía cruzar. PT dejó a su amo en el suelo.

—Aquí está —anunció Bentham radiante de orgullo paternal—. El núcleo de mi Panbucleticón.

Abrió la puerta y PT se quedó fuera esperando mientras los demás lo seguimos al interior.

Una temible máquina hecha de hierro y acero dominaba la pequeña sala. Sus entrañas se extendían de pared a pared, una colección de volantes y pistones relucientes de aceite que hacía que te diera vueltas la cabeza. Tenía el aspecto de

producir ruido infernal, pero de momento permanecía inmóvil y en silencio. Había un hombre cubierto de grasa situado entre dos engranajes gigantes, apretando algo con una llave inglesa.

—Este es mi ayudante, Kim —nos presentó Bentham.

Lo reconocí: era el hombre que nos había perseguido desde la habitación Siberia.

—Yo soy Jacob —dije—. Ayer te vimos en la nieve.

—¿Qué estabas haciendo allí? —le preguntó Emma.

—Estar a punto de morir de hipotermia —respondió con amargura, y siguió girando la llave inglesa.

—Kim me ha ayudado a buscar una manera de entrar en el Panbucleticón de mi hermano —explicó Bentham—. Si hay una puerta así en la habitación Siberia, lo más probable es que esté al fondo de una grieta profunda. Estoy seguro de que él agradecerá que tu hueco consiga activar alguna de las otras habitaciones, donde sin duda habrá puertas a lugares más accesibles.



Kim nos miró de arriba abajo y emitió un gruñido de escepticismo. Me pregunté cuántos años habría pasado luchando contra la congelación y peinando las grietas.

Bentham fue directo al grano y empezó a darle órdenes entrecortadas a su ayudante, quien giró unos cuantos diales y jaló una larga palanca. Los mecanismos de la máquina produjeron un siseo y un chisporroteo, tras lo que se desplazaron un tramo.

—Traigan a la criatura —dijo Bentham con voz grave.

Llamé al hueco, que estaba esperando fuera. Entró por la puerta arrastrando los pies y emitió un gruñido bajo y áspero, como si supiera que estaba a punto de pasarle algo malo.

Al ayudante se le escapó la llave inglesa de las manos, pero la recogió enseguida.

—Esta es la cámara de la batería —dijo Bentham a la vez que dirigía nuestra atención hacia una caja grande que había en una esquina—. Debes guiar a la criatura hasta dentro, donde quedará inmovilizada.

La cámara se parecía a una cabina telefónica sin ventanas hecha de hierro fundido. De la parte superior surgía un amasijo de cables que conectaban con unas tuberías que recorrían el techo. Bentham aferró la pesada manija de la puerta y la abrió con un desagradable rechinado. Eché un vistazo dentro. Las paredes eran de un pulido metal de color gris con pequeños orificios perforados, como el interior de un horno. De la parte trasera colgaba una colección de gruesas correas de cuero.

—¿Va a hacerle daño? —pregunté.

Me sorprendí a mí mismo por el interés, y a Bentham también.

—¿Acaso importa? —replicó.

—Preferiría que no se lo hiciera, si se puede elegir.

—No se puede —dijo—, pero no sentirá ningún dolor. La cámara se llena de un gas somnífero y anestésico antes de que pase nada más.

—¿Y luego qué? —quise saber.

Él sonrió y me dio una palmadita en el brazo.

—Es algo muy técnico. Baste decir que tu criatura saldrá viva de la cámara, más o menos en el mismo estado en el que entró. Ahora, si eres tan amable de hacerlo pasar...

No estaba seguro de si podía creerlo, ni de por qué me importaba. Los huecos habían convertido nuestras vidas en un infierno y parecían tan carentes de sentimientos que el hecho de infligirles dolor debería haber sido un placer. Pero no lo era. Yo no quería matar al hueco más de lo que quería acabar con cualquier animal desconocido. Durante el tiempo en que había conducido a esa extraña criatura por el peñasco, había profundizado en ella lo suficiente para comprender que había algo más que un vacío en su interior. Había una chispa diminuta, una pequeña brizna de alma al fondo de un pozo profundo. No estaba del todo hueco.

«Ven», le dije, y el hueco, que había estado acechando tímidamente desde la esquina, caminó rodeando a Bentham hasta situarse delante de la cabina.

«Dentro».

Percibí sus dudas. Ahora estaba sano y en plena forma, y yo ya sabía lo que sería capaz de hacer si mi dominio sobre él flaqueaba aunque solo fuera un instante. Sin embargo, yo era más fuerte que él, y enfrentar su voluntad con la mía no habría supuesto ningún desafío para mí. El hueco había dudado, pensé, porque yo lo había hecho.

«Lo siento», me disculpé.

El hueco no se movió; no entendía las disculpas. Pero yo necesitaba decirlo.

«Dentro», repetí, y esta vez obedeció y se introdujo en la cámara. Como nadie más quería tocarlo, a partir de entonces Bentham fue diciéndome lo que tenía que hacer. Coloqué al hueco contra la pared siguiendo sus instrucciones y até con fuerza las correas sobre sus brazos, piernas y pecho. Era evidente que habían sido diseñadas para inmovilizar a un ser humano, lo cual planteaba inquietantes preguntas cuyas respuestas no deseaba conocer en ese momento. Lo único que importaba era seguir adelante con el plan.

Salí de la cabina sintiéndome sofocado y atemorizado tras los pocos segundos que había pasado dentro.

—Cierra la puerta —dijo Bentham.

Cuando vacilé por un instante, el ayudante se puso en movimiento para hacerlo él, pero le corté el paso.

—Es mi hueco. Yo me encargo.

Planté los pies sobre el suelo, agarré la manija y, aunque intenté evitarlo, miré al hueco a la cara. Tenía los enormes ojos negros muy abiertos y con expresión de pánico, totalmente desproporcionados en relación con su cuerpo, pequeño y arrugado como un racimo de higos. Aún seguía siendo una criatura repugnante, y siempre lo sería, pero tenía un aspecto tan patético que me sentí fatal de manera inexplicable, como si fuera a sacrificar a un perro que no entendía por qué lo castigaban.

«Todos los espíritus huecos deben morir», me dije a mí mismo. Sabía que tenía razón, pero eso no me hizo sentir mejor.

Empujé la puerta, que se cerró con un bramido. El ayudante de Bentham enganchó un cerrojo enorme a las manijas y volvió a los controles para ponerse a toquetear diales.

—Has hecho bien —me susurró Emma al oído.

Los mecanismos empezaron a girar, los pistones a bombear, la máquina zumbó con un ritmo que sacudió toda la sala. Bentham dio una palmada y sonrió de oreja a oreja, como un niño con zapatos nuevos. Entonces, del interior de la cámara surgió un aullido como nunca había oído jamás.

—¡Dijo que no le haría daño! —le grité a Bentham.

Él se volvió a gritarle a su ayudante.

—¡El gas! ¡Te has olvidado de la anestesia!

El ayudante se apresuró a jalar otra palanca. Se oyó un perceptible siseo de aire comprimido. Una voluta de humo blanco ascendió desde una grieta en la puerta de la cámara. Los gritos del hueco fueron apagándose poco a poco.

—Ya está —dijo Bentham—. Ya no siente nada.

Por un momento deseé que fuera Bentham quien estuviera dentro de la cámara en lugar de mi hueco.

Otras piezas de la máquina cobraron vida de pronto. Se oyó el chapoteo del agua a través de las tuberías que había encima de nuestras cabezas. Varias válvulas pequeñas repicaban como campanas cerca del techo. Un fluido negro empezó a gotear por las entrañas de la máquina. No era aceite, sino algo más oscuro aún y más penetrante: el fluido que rezumaba el hueco casi todo el tiempo, que manaba de sus ojos y goteaba de sus dientes. Su sangre.

Ya había visto suficiente, así que salí de la sala sintiendo náuseas. Emma me siguió.

—¿Estás bien?

No podía esperar que ella entendiera mi reacción. Apenas la entendía yo mismo.

—Estaré bien —dije—. Es lo que hay que hacer.

—Es lo único que podemos hacer —respondió—. Estamos tan cerca...

Bentham salió renqueando de la sala.

—¡Arriba, PT! —dijo, y se ofreció al oso, que lo esperaba con los brazos abiertos.

—¿Está funcionando? —preguntó Emma.

—Ahora lo averiguaremos —repuso Bentham.

Con mi hueco atado, sedado y encerrado en una cámara de hierro, ya entrañaba poco peligro dejarlo solo, pero aun así me quedé cerca de la puerta.

«Duerme —le dije—. Duerme y no despiertes hasta que esto haya acabado».

Seguí a los otros a través de las salas de maquinaria y durante varios tramos de escaleras hacia arriba. Llegamos al largo pasillo alfombrado lleno de habitaciones de exóticos nombres. Las paredes bullían de energía; la casa parecía haber cobrado vida.

PT depositó a su amo sobre la alfombra.

—¡El momento de la verdad! —exclamó Bentham. Entonces caminó hasta la puerta más cercana y la abrió de golpe.

Una brisa húmeda recorrió el pasillo.

Me acerqué para mirar dentro. Lo que vi me produjo escalofríos. Como la habitación Siberia, era un portal a otro tiempo y otro espacio. El sencillo mobiliario del dormitorio —cama, clóset, buró— estaba cubierto de arena. La pared lateral había desaparecido. Más allá se extendía una playa curvada rodeada de palmeras.

—¡Esto es Rarotonga en 1752! —declaró Bentham con orgullo—. ¡Hola, Sammy!  
¡Cuánto tiempo!

No muy lejos había un hombre menudo que limpiaba pescado en cuclillas sobre la arena. Nos miró con cierta sorpresa y levantó el pez para saludarnos.

—Sí, mucho tiempo —coincidió.

—Esto es bueno, ¿verdad? —le dijo Emma a Bentham—. ¿Era esto lo que quería?

—Lo que quería, con lo que he estado soñando... —Bentham se echó a reír mientras se lanzaba a abrir otra puerta. Dentro había un cañón muy abierto lleno de árboles, sobre el que colgaba un estrecho puente.

—¡La Columbia Británica, 1929! —canturreó.

Después avanzó por el pasillo haciendo piruetas hasta abrir una tercera puerta — para entonces teníamos que seguirlo corriendo—, dentro de la que pude ver grandes y pesadas columnas de piedra, las ruinas polvorientas de una antigua ciudad.

—¡Palmira! —exclamó a la vez que daba una palmada contra la pared—. ¡Hurra!  
¡Ese maldito cacharro funciona!

Bentham apenas podía contener su alegría.

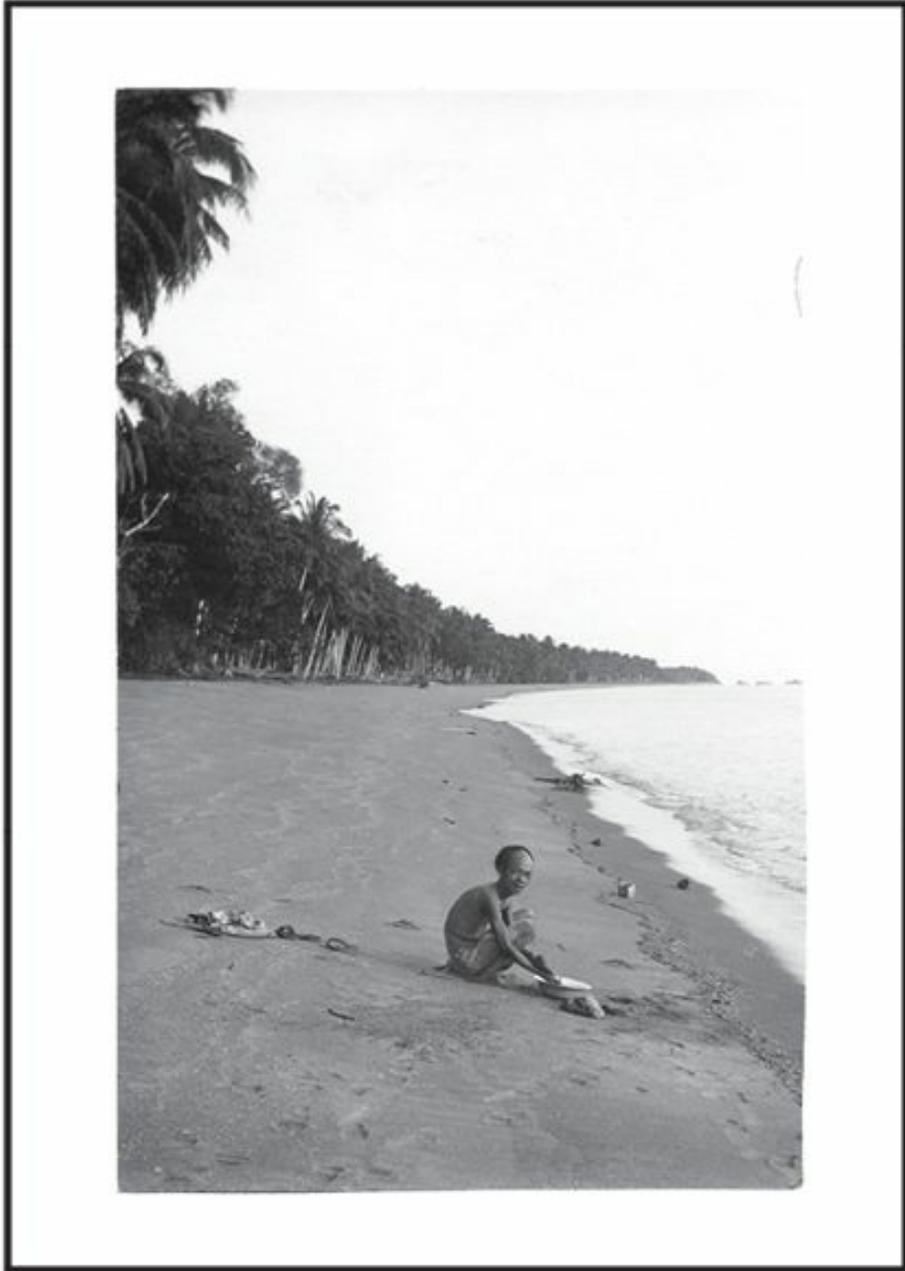
—¡Mi querido Panbucleticón! —gritó extendiendo los brazos—. ¡Cómo te había extrañado!

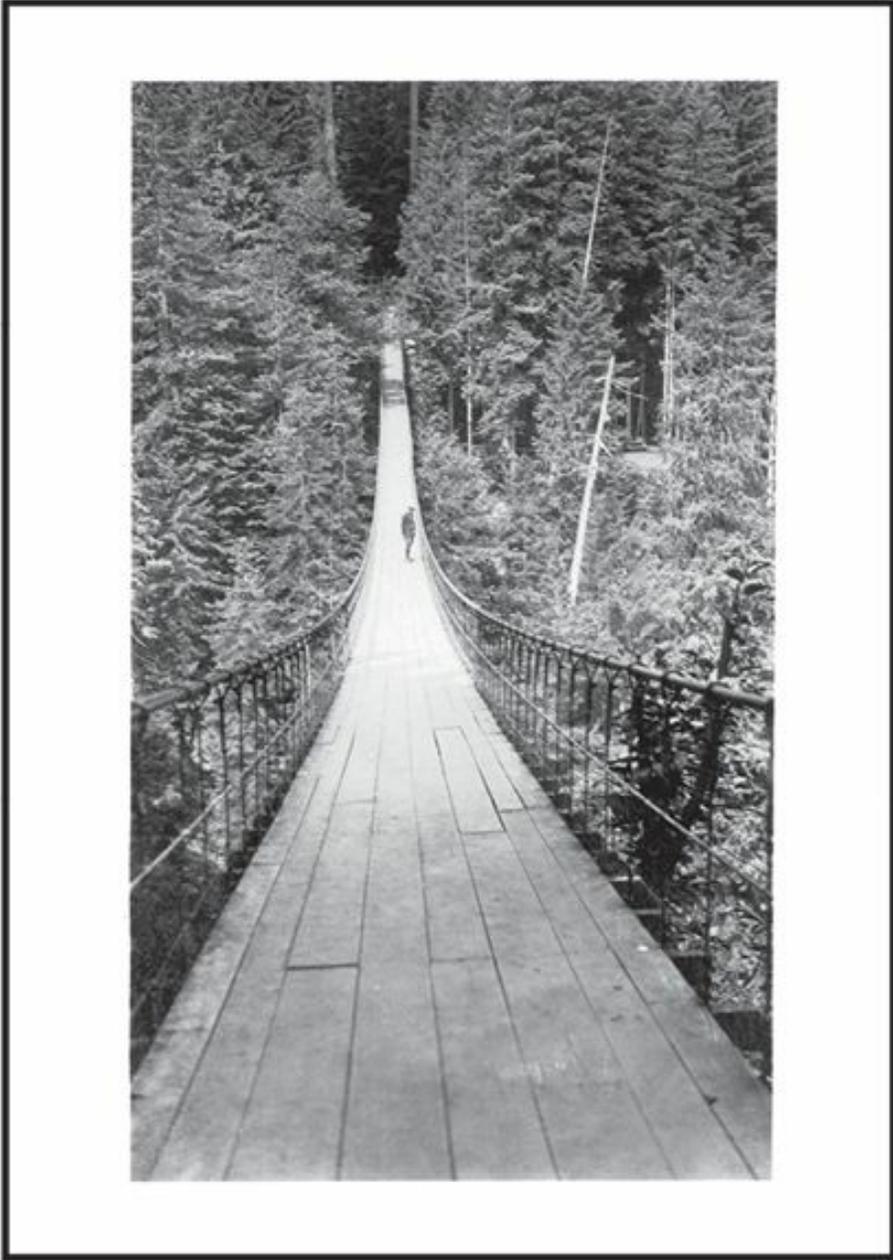
—Enhorabuena —dijo Sharon—. Me alegro de haber podido estar aquí para presenciarlo.

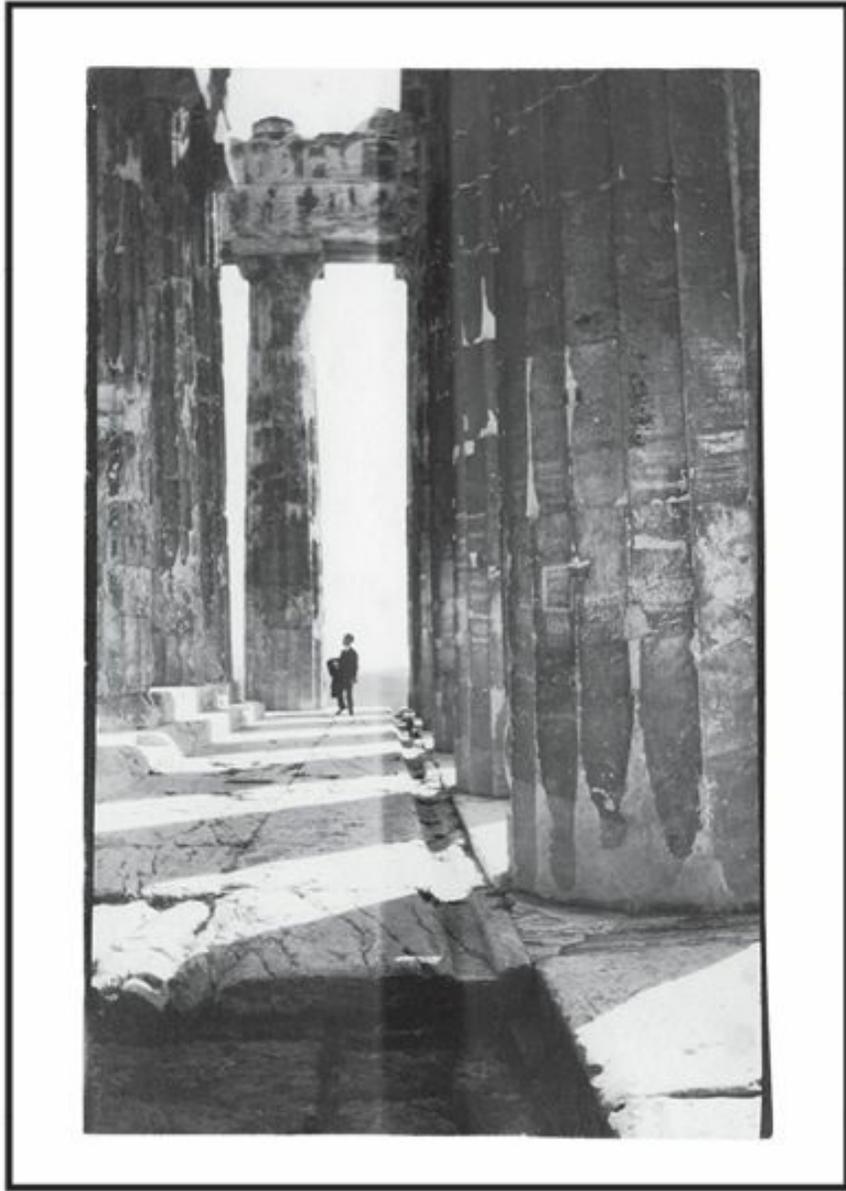
El entusiasmo de Bentham era contagioso. Su máquina era algo asombroso: todo un universo contenido en un solo pasillo. Al mirar a través de él, pude vislumbrar atisbos de otros mundos que se asomaban al nuestro: el ulular del viento tras una puerta, granos de arena que se introducían en el pasillo por debajo de otra. En cualquier otro momento, en otras circunstancias, habría echado a correr para abrirlas todas de par en par. Pero entonces solo me interesaba una.

—¿Cuál de ellas conduce a la fortaleza de los wights? —pregunté.

—Sí, sí, al grano —dijo Bentham, conteniéndose—. Disculpen que me haya dejado llevar. He dedicado toda mi vida a esta máquina y me alegra volver a verla en marcha.







Se apoyó contra la pared, agotado de repente.

—Infiltrarlos en la fortaleza será cosa fácil. Tras esas puertas hay al menos media docena de encrucijadas que se conectan. La pregunta es qué van a hacer cuando lleguen allí.

—Eso depende —respondió Emma—. ¿Con qué nos encontraremos una vez dentro?

—Llevo mucho tiempo sin ir allí —dijo Bentham—, por lo que mis conocimientos estarán muy anticuados. El Panbucleticón de mi hermano no se parece al mío: está dispuesto en vertical, dentro de una alta torre. Los prisioneros se encuentran en otro sitio. Estarán en celdas separadas bajo una fuerte vigilancia.

—Los guardias serán nuestro mayor problema —opiné.

—Es posible que pueda echarles una mano con ellos —se ofreció Sharon.

—¿Vas a venir con nosotros? —le preguntó Emma.

—¡Desde luego que no! —repuso él—. Pero me gustaría aportar mi granito de arena con un riesgo mínimo para mí, claro. Crearé una distracción ante las murallas de la fortaleza que atraerá la atención de los guardias. Eso les permitirá entrar en ella sin ser descubiertos.

—¿Qué clase de distracción? —quise saber.

—De las que menos les gustan a los wights: una civil. Haré que esos haraganes de Smoking Street arrojen cosas desagradables y envueltas en llamas contra las murallas hasta que todos los guardias vengan por nosotros.

—Y ¿por qué iban a ayudarte? —cuestionó Emma.

—Porque tengo un montón de esto. —Se llevó la mano a la capa y extrajo la ampolleta de ambro que había tomado de Emma—. Son capaces de hacer cualquier cosa si les prometes lo suficiente.

—¡Aparta eso de mi vista, hombre! —lo regañó Bentham—. Ya sabes que está prohibido entrar con esa porquería en esta casa.

Sharon se disculpó y volvió a esconderse la ampolleta en la capa.

Bentham consultó su reloj de bolsillo.

—Ya son más de las cuatro y media de la madrugada. Sharon, supongo que tus alborotadores estarán durmiendo. ¿Podrías tenerlos listos y dispuestos para las seis?

—Sin ninguna duda —repuso este.

—Entonces encárgate de ello.

—Será un placer.

Y, con un movimiento de su capa, Sharon se dio media vuelta y se alejó raudo pasillo abajo.

—Eso les deja una hora y media para prepararse —anunció Bentham, aunque por el momento no estaba claro a qué preparativos se refería—. Todo lo que tengo está a su disposición.

—Piensa —me dijo Emma—. ¿Qué podría resultar útil en un ataque sorpresa?

—¿Tiene alguna pistola? —pregunté.

Bentham negó con la cabeza.

—PT es toda la protección que necesito.

—¿Explosivos? —sugirió Emma.

—Me temo que no.

—Supongo que no tendrá una gallina Armagedón —dije medio en broma.

—Una disecada, entre mi colección.

Me imaginé lanzándole una gallina disecada a un wight con pistolas y no supe si reír o llorar.

—Tal vez me equivoque —comentó Bentham—, pero ¿para qué necesitan armas y explosivos si puedes controlar a los huecos? Habrá muchos dentro de la fortaleza. Si los domas a todos, habrás ganado la batalla.

—No es tan sencillo —dije, cansado de repetirlo—. Se tarda mucho tiempo en controlar a uno solo...

Sentí ganas de decir: «Mi abuelo podría haberlo hecho. Antes de que usted acabará con él».

—Bueno, eso es cosa tuya —dijo Bentham, dándose cuenta de que me había molestado—. De una manera o de otra, la prioridad principal deben ser las ymbrynes. Traigan primero a todas las que puedan, empezando por mi hermana. Son las presas más codiciadas por los wights, el premio gordo, y quienes corren un mayor peligro.

—Estoy de acuerdo —convino Emma—. Primero las ymbrynes, y luego nuestros amigos.

—¿Y después qué? —dije—. Cuando sepan que estamos liberando a nuestros peculiares, vendrán por nosotros. ¿Adónde iremos entonces?

Era como robar un banco: conseguir el dinero solo era la mitad del trabajo. Después había que emprender la huida.

—Pueden ir donde quieran. —Bentham señaló el pasillo con el brazo—. Escogen cualquier puerta, cualquier bucle. Solo en este pasillo tienen ochenta y siete vías de escape posibles.

—Tiene razón —afirmó Emma—. ¿Cómo iban a encontrarnos?

—Estoy seguro de que se las arreglarían —juzgué—. Eso solo los retrasará.

Bentham levantó un dedo para detenerme.

—Por ese motivo voy a engañarlos para que crean que nos hemos escondido en la habitación Siberia. PT cuenta con una familia numerosa allí, que estará esperando junto a la puerta, preparados y hambrientos.

—¿Y si los osos no pueden acabar con ellos? —dijo Emma.

—Entonces supongo que tendremos que hacerlo nosotros —respondió Bentham.

—Y Bob es tu tío —replicó Emma con una expresión británica que habría

resultado incomprensible de no ser por su sarcástico tono de voz. Traducción: «Tu actitud despreocupada me parece una locura».

Bentham hablaba como si todo aquello no fuera más complicado que dar un paseo en bici: asaltar la fortaleza, rescatar a todo el mundo, esconderse, acabar con los malos y Bob es tu tío. Lo cual era de locos, claro.

—¿Es consciente de que solo somos dos personas? —le pregunté—. Dos muchachos.

—Sí, exacto —asintió Bentham con expresión de sabiduría—. Esa es su ventaja. Si los wights esperan algún tipo de resistencia, es un ejército a sus puertas, no a un par de muchachos escondidos entre sus filas.

Su optimismo empezaba a calar en mí. Tal vez tuviéramos alguna posibilidad, pensé.

—¡Hola! ¿Qué tal?

Nos dimos la vuelta para ver a Nim correteando por el pasillo sin resuello.

—¡Un pájaro para el señorito Jacob! —exclamó—. ¡Un pájaro mensajero... para el señorito Jacob... acaba de aterrizar... y está esperando abajo! —Cuando nos alcanzó, se dobló por la mitad y tuvo un ataque de tos.

—¿Cómo voy a tener un mensaje? —dije—. ¿Quién podría saber que estoy aquí?

—Más vale que lo averigüemos —repuso Bentham—. Nim, ve tú delante.

Nim se cayó al suelo todo encogido.

—Ay, señor... —suspiró Bentham—. Vamos a buscarte un instructor de calistenia, Nim. ¡PT, haz el favor de cargar con el pobre hombre!

El mensajero esperaba en el recibidor de la planta baja. Era un gran loro verde. Había entrado volando por una ventana abierta unos minutos antes y se había puesto a graznar mi nombre, hasta que Nim lo atrapó y lo metió en una jaula.

Aún seguía graznando mi nombre.

—¡JAAA-cob! ¡JAAA-cob!

Su voz sonaba como una bisagra oxidada.

—No hablará con nadie salvo contigo —explicó Nim mientras corría hacia la jaula—. ¡Aquí lo tienes, pájaro tonto! ¡Dale el mensaje!

—Hola, Jacob —dijo el loro—. Es Miss Peregrine quien te habla.

—¿Qué! —exclamé sorprendido—. ¿Ahora es un loro?

—No —respondió Emma—, se trata de un mensaje de parte de Miss Peregrine. Adelante, loro, ¿qué es lo que ha dicho?

—Estoy sana y salva en la torre de mi hermano —narró el loro con una voz que sonaba extrañamente humana—. También están aquí Millard, Olive, Horace, Bruntley,

Enoch y el resto.

Emma y yo intercambiamos una mirada. ¿Bruntley?

El pájaro continuó como un contestador viviente:



—El perro de Miss Wren me dijo dónde podría encontrarlos a ti y a Miss Bloom. Quiero disuadirlos de que lleven a cabo ningún intento de rescate. No corremos ningún peligro aquí, y no hay ninguna necesidad de que arriesguen sus vidas con maniobras absurdas. Por el contrario, mi hermano les hace la siguiente oferta: entréguense a sus guardias en el puente de Smoking Street y nadie les hará daño. Los insto a que accedan, es su única opción. Estaremos juntos bajo la protección y el cuidado de mi hermano y formaremos parte de un nuevo mundo peculiar.

El loro emitió un silbido para indicar que el mensaje había acabado.

Emma negaba con la cabeza.

—No sonaba como si fuera Miss Peregrine, a menos que le hayan lavado el cerebro.

—Y nunca llama a los niños solo por su nombre o apellido —señalé yo—, habría dicho Miss Bruntley.

—¿No creen que el mensaje sea auténtico? —preguntó Bentham.

—No sé qué era eso —replicó Emma.

Bentham se inclinó sobre la jaula.

—¡Autenticación! —dijo.

El pájaro no respondió. Bentham repitió su orden, receloso, y acercó la oreja al loro. Luego se incorporó de repente.

—Ay, no.

Entonces lo oí yo también: un tictac.

—¡UNA BOMBA! —gritó Emma.

PT lanzó la jaula a un rincón, nos envolvió en un abrazo protector y nos colocó de espaldas al pájaro. Se produjo un fogonazo cegador y un estallido ensordecedor, pero no sentí dolor alguno; el oso se había llevado la mayor parte de la explosión. Aparte de una oleada de presión que me taponó los oídos y reventó la mitad del sombrero de Bentham, seguida de una sensación de calor abrasador aunque breve, nos habíamos salvado.

Llovían copos de pintura y plumas de loro mientras salíamos dando tumbos de la habitación. Todos estábamos ilesos menos el oso, que se desmoronó sobre sus cuatro patas y nos mostró su espalda con un gemido tembloroso. Tenía la piel de color negro y desprovista de pelaje, y cuando Bentham lo vio gritó con furia y abrazó al animal por el cuello.

Nim se fue corriendo a despertar a la Madre Arena.

—¿Sabes lo que significa esto? —dijo Emma.

Estaba temblando, con los ojos abiertos como platos. Estoy convencido de que yo tenía el mismo aspecto; es lo que pasa cuando sobrevives a una bomba.

—Estoy bastante seguro de que no fue Miss Peregrine quien mandó ese loro —dije.

—Obviamente...

—Y Caul sabe dónde estamos.

—Si no lo sabía antes, ahora sí. Los pájaros mensajeros están entrenados para encontrar a la gente incluso si el remitente no conoce su dirección exacta.

—Sin duda quiere decir que atrapó a Addison —dijo con pesar ante la idea.

—Sí, pero también quiere decir otra cosa. Caul nos teme. No se habría molestado en intentar matarnos si no fuera así.

—Puede ser —respondí.

—Está claro. Y, Jacob, si nos tiene miedo... —me miró con los ojos entornados—, significa que hay algo que temer.

—No está asustado —dijo Bentham levantando la cabeza de entre los pliegues del cuello de PT—. Debería estarlo, pero no lo está. No pretendía matarte con ese loro, sino dejarte incapacitado. Parece ser que mi hermano quiere atrapar al joven Jacob con vida.

—¿A mí? ¿Para qué?

—Solo se me ocurre una razón. Le han llegado noticias de tu actuación con el espíritu hueco y se ha convencido de que eres bastante especial.

—¿Cómo que especial?

—Tengo el presentimiento de que cree que podrías ser la última llave para entrar en la biblioteca de las almas. Alguien capaz de ver y manipular los frascos de las almas.

—Como dijo la Madre Arena —murmuró Emma.

—Eso es una locura —discutí—. ¿Es posible que sea cierto?

—Lo único que importa es que él lo cree —dijo Bentham—. Pero eso no cambia nada. Llevarán el rescate a cabo como ha sido planeado, y después los esconderemos a ustedes, a sus amigos y a las ymbrynes lo más lejos posible de mi hermano y de sus desquiciados planes. Pero debemos darnos prisa; la infantería de Jack seguirá el rastro del loro hasta esta casa. Pronto vendrán por ustedes, y deben haberse marchado para entonces. —Consultó su reloj de bolsillo—. Y, por cierto, ya son casi las seis.

Estábamos a punto de irnos cuando entraron la Madre Arena y Reynaldo a toda prisa.

—La Madre Arena quiere entregarles una cosa —dijo él mientras la curandera extendía un pequeño objeto envuelto en tela.

Bentham les dijo que no teníamos tiempo para obsequios, pero Reynaldo insistió.

—Por si acaso tuvieran algún problema —dijo mientras colocaba el objeto en la mano de Emma—. Ábrelo.

Emma retiró la basta tela. A primera vista, lo que había dentro parecía ser un trozo de gis, hasta que lo hizo girar sobre la palma de su mano.

Tenía dos nudillos y una uñita pintada.

Era un dedo meñique.

—No tendrían que haberse molestado —dije.

Reynaldo se dio cuenta de que no entendíamos nada.

—Es el dedo de la Madre —explicó—. Macháquenlo y utilícenlo como mejor consideren.

Emma abrió mucho los ojos y su mano descendió un poco, como si el dedo hubiera triplicado su peso de pronto.

—No puedo aceptarlo —dijo—. Es demasiado.

La Madre Arena le acercó la mano buena, que era más pequeña que antes, y un vendaje cubría el lugar donde había estado su meñique, y cerró la de Emma alrededor del obsequio. Después farfulló algo que interpretó Reynaldo:

—Ustedes dos podrían ser nuestra última esperanza. Les daría mi brazo entero si pudiera prescindir de él.

—No sé qué decir —respondí—. Gracias.

—Úsenlo con moderación —nos aconsejó Reynaldo—. Un poco sirve de mucho. Ah, también necesitarán esto. —Se sacó dos mascarillas del bolsillo trasero y las hizo oscilar—. De lo contrario, se echarán a dormir junto con sus enemigos.

Volví a darle las gracias y acepté las mascarillas. La Madre Arena nos hizo una pequeña reverencia y barrió el suelo con su enorme falda.

—Y ahora sí tenemos que irnos —dijo Bentham, tras lo que dejamos a PT en compañía de los sanadores y de los dos ositos, que habían venido a acurrucarse junto al torvo mayor y herido.

Subimos las escaleras hacia el pasillo de los bucles. Cuando salimos al rellano sentí un vértigo momentáneo, un mareo repentino frente al abismo de ser consciente de dónde me encontraba, ochenta y siete mundos tras ochenta y siete puertas que se extendían ante nosotros, todas aquellas infinidades conectadas a este lugar como los nervios al tronco cerebral. Estábamos a punto de atravesar una de ellas para quizá no regresar. Pude sentir al viejo y al nuevo Jacob luchando; terror y euforia me llegaban en oleadas sucesivas.

Bentham no dejaba de hablar mientras caminaba deprisa con su bastón. Nos decía qué puerta usar, y dónde encontrar la puerta dentro de otra puerta que nos haría cruzar hasta el bucle de Caul, y cómo salir de allí para llegar al Panbucleticón que había en el fuerte de Caul. Era todo muy complicado, pero Bentham nos prometió que la ruta era corta y estaba marcada con señales. Para asegurarse de que no nos perdiéramos, iba a enviar a su ayudante con nosotros para que nos sirviera de guía. Este vino de atender los mandos de la máquina y se quedó esperando sombría y silenciosamente mientras nos despedíamos.

Bentham estrechó nuestras manos.

—Adiós, buena suerte y gracias —dijo.

—No nos las dé todavía —replicó Emma.

El ayudante abrió una de las puertas y aguardó junto a ella.

—Traigan a mi hermana de vuelta —nos encomendó—. Y cuando encuentren a los que la tienen... —alzó su mano enguantada y cerró el puño, tensando el cuero con un crujido— no tengan piedad.

—No la tendremos —dije, y crucé el umbral.

## SIETE

**S**eguimos al ayudante de Bentham por la habitación, pasando ante el mobiliario habitual, a través de la cuarta pared ausente y hasta un frondoso bosquecillo de árboles perennes. Era mediodía, a finales de otoño o comienzos de primavera, el aire era fresco y estaba teñido del olor de la madera. Nuestros pies hicieron crujir un sendero trillado, mientras que lo único que se oía eran el canto de los pájaros y el rumor sordo pero creciente de una corriente de agua. El ayudante de Bentham no era muy hablador, y nos pareció bien; tanto Emma como yo estábamos sometidos a una gran tensión hormigueante y poco interesados en entablar conversaciones intrascendentes.

Dejamos los árboles atrás y emprendimos una ruta que rodeaba la ladera de una montaña. Un paisaje descolorido de rocas grises y parches de nieve. A lo lejos había pinos como hileras de cepillos erizados. Corríamos a una velocidad moderada, procurando no cansarnos demasiado pronto. Tras unos minutos doblamos un recodo y nos encontramos ante una cascada resonante.

Allí había una de las señales prometidas por Bentham. «POR AQUÍ», decía, más claro que el agua.

—¿Dónde estamos? —preguntó Emma.

—En Argentina —respondió el ayudante.

Seguimos la señal a través de un camino que fue cubriéndose de árboles y matorrales. Apartamos los arbustos y proseguimos la marcha mientras el borbotear de la cascada iba apagándose a nuestras espaldas. El sendero acababa en un arroyuelo. Seguimos la corriente durante casi un centenar de metros hasta que también desapareció por una hendidura al pie de una ladera, cuya entrada quedaba oculta por helechos y musgo. El ayudante se arrodilló en la orilla del arroyo, retiró una cortina de hierbas y entonces se quedó petrificado.

—¿Qué sucede? —susurré.

Él extrajo una pistola de su cinturón y lanzó tres disparos por la hendidura. Se oyó un grito escalofriante, y una criatura cayó redonda al arroyo, muerta.

—¿Qué es? —pregunté otra vez mientras observaba a la criatura. Era todo piel y garras.

—Ni idea —dijo el ayudante—. Pero los estaba esperando.

No fui capaz de identificarlo: tenía el cuerpo grande, dientes puntiagudos y enormes ojos bulbosos, que también parecían estar cubiertos de pelo. Me pregunté si habría sido Caul quien lo había puesto allí, si se habría anticipado al plan de su hermano colocando trampas en todos los atajos que llevaran a su Panbucleticón.

La corriente se llevó el cuerpo arroyo abajo.

—Bentham nos dijo que no tenía armas —mencionó Emma.

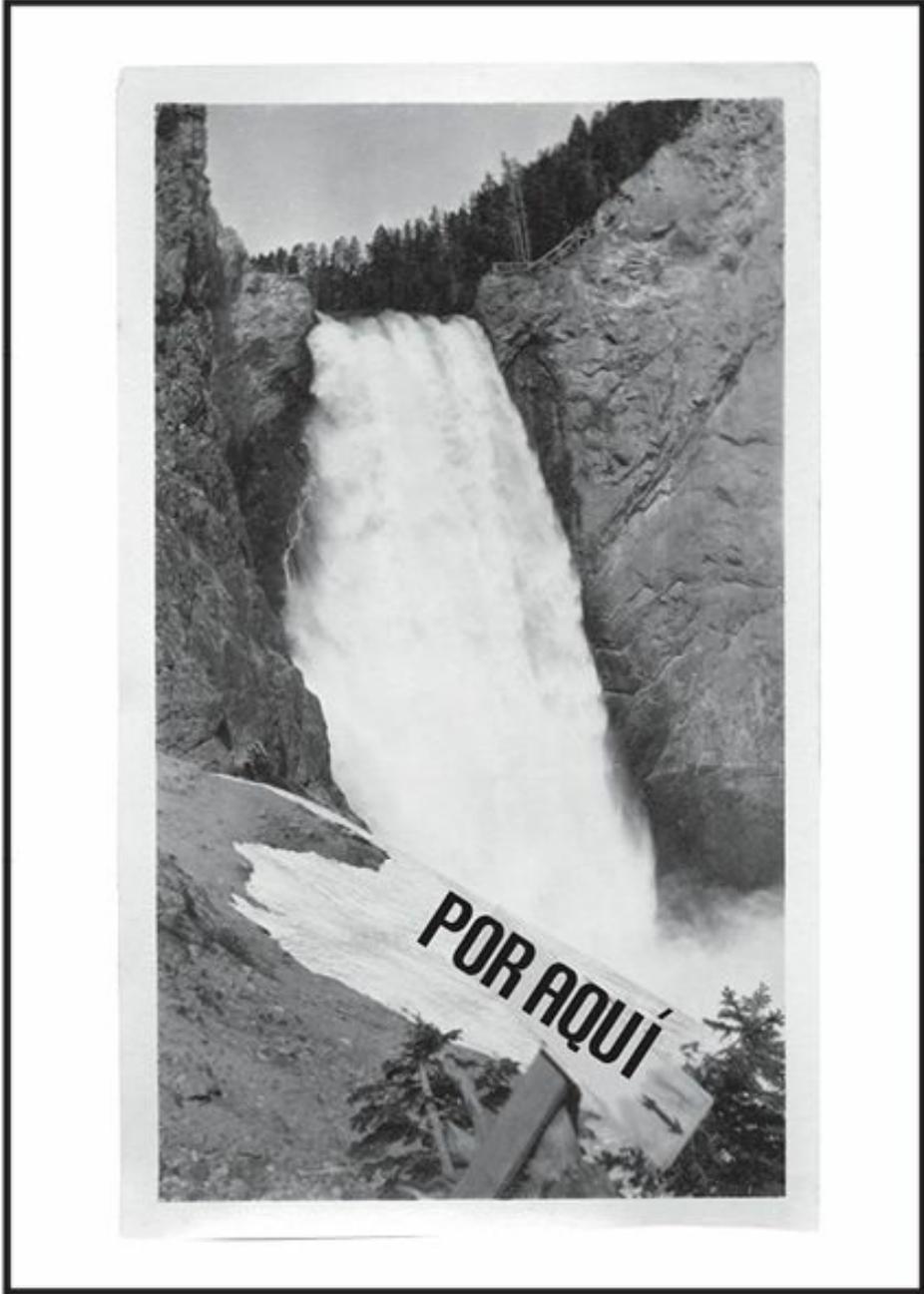
—Él no —replicó el ayudante—. Esta es mía.

Emma se quedó mirándolo, expectante.

—¿Nos la podrías prestar?

—No. —Se la guardó y señaló la cueva—. Entren ahí. Retrocedan sobre sus pasos hasta el lugar de donde hemos venido. Entonces llegarán donde los wights.

—¿Dónde estarás tú?



Se sentó en la nieve.

—Aquí.

Miré a Emma, y ella echó la vista atrás; ambos procurábamos ocultar lo vulnerables que nos sentíamos. Intentábamos protegernos el corazón con una armadura por miedo a lo que podríamos llegar a ver, a lo que podríamos llegar a hacer, o a lo que podrían hacernos.

Descendí hasta el arroyo y ayudé a Emma a bajar. El agua estaba helada. Me agaché para asomarme por la cueva y pude ver un tenue destello de luz solar al otro lado. Otra transición, la oscuridad frente a la luz, un nacimiento artificial.

No parecía que hubiera más criaturas dentadas dentro, así que me metí en el agua. El caudal ascendió por encima de mis piernas y de mi cintura en un remolino helado que me dejó sin aliento. Oí cómo Emma jadeaba a mis espaldas al seguirme, tras lo que me agarré al borde de la cueva y me introduje en su interior.

Sumergirse en aquel torrente de agua fría resultaba tan agónico como que te pincharan agujas por todo el cuerpo. Todo dolor es una fuente de motivación, y sobre todo el de ese tipo. Avancé a tientas por el túnel de piedra, por encima de rocas resbaladizas y afiladas y por debajo de otras suspendidas, a punto de ahogarme con el agua que fluía sobre mi cara. Entonces llegué al final del túnel y me di la vuelta para ayudar a Emma.

Salimos del arroyo con un brinco y echamos un vistazo por los alrededores. Aquella parte de la cueva era idéntica a la anterior excepto porque allí no esperaba ningún ayudante, ni había casquillos de bala en la nieve, ni huellas de pisadas. Era como si hubiéramos cruzado un espejo hacia el mismo mundo que reflejaba, salvo por unos cuantos detalles.

—Estás azul —me dijo Emma.



Luego me ayudó a subir desde la orilla y me abrazó. Su calor recorrió mi cuerpo, devolviéndoles la vida a mis miembros entumidos.

Echamos a andar siguiendo el mismo recorrido de la ruta por la que habíamos venido. Retrocedimos entre los arbustos, colina arriba, más allá de la cascada; ambos paisajes idénticos excepto por la señal de «PORAQUÍ» que nos había dejado Bentham. Aquí no estaba. Este bucle no le pertenecía.

Volvimos al mismo bosquecillo. Caminamos deprisa de un árbol a otro, empleándolos de cobertura hasta que llegamos al lugar donde acababa el sendero, que se convertía en azulejos, y más adelante hasta una habitación cubierta y escondida entre un par de abetos entrelazados. Sin embargo, aquella estancia era distinta a la de Bentham. Era espartana —sin muebles, sin papel pintado de amapolas— y el suelo y el techo estaban hechos de hormigón liso. Nos metimos y buscamos una puerta en la oscuridad, tanteando las paredes con las manos hasta que encontré un pequeño asidero escondido.

Pegamos el oído por si se oían voces o pasos. Solo percibí unos ecos lejanos. Abrí una rendija, despacio y con mucho cuidado. Asomé la cabeza por el hueco para echar una ojeada. Fuera había un pasillo de piedra amplio y ondulante, inmaculado y de un brillo cegador, con sus lisas paredes forradas de puertas altas y negras como ataúdes, docenas de ellas que se perdían de vista en una curva cerrada.

Ahí estábamos: en la torre de los wights. Nos habíamos metido en la boca del lobo.

Oí unos pasos que se acercaban. Asomé la cabeza por la puerta. No había tiempo para cerrarla.



A través de la rendija pude entrever un destello de color blanco cuando un hombre pasó por delante. Caminaba deprisa, ataviado con una bata de laboratorio y bajando la cabeza mientras leía un papel que llevaba en la mano.

No me vio.

Esperé hasta que sus pasos se extinguieron y me adentré en el pasillo. Emma me siguió y cerró la puerta a nuestro paso.

¿Izquierda o derecha? El corredor ascendía por la izquierda y descendía por la derecha. Según nos había dicho Bentham, estábamos en la torre de Caul, pero allí no era donde guardaba a sus prisioneros. Teníamos que salir de allí. Pues hacia abajo, entonces. Abajo y a la derecha.

Giramos hacia la derecha, pegándonos contra la pared interior mientras el pasillo descendía en espiral. Las suelas de goma de mis zapatos crujían. No había sido consciente de ello hasta ahora, cuando cada paso me helaba la sangre en el silencio amplificado de las paredes altas.

Continuamos durante un breve trecho, hasta que Emma se puso en tensión y me detuvo posando su brazo sobre mi pecho.

Nos paramos a escuchar. Sin el ruido de nuestros pasos, pudimos oír los de otros. Estaban delante de nosotros, y cerca. Corrimos hasta la puerta más cercana. Se abrió con facilidad. Entramos, la cerramos y nos situamos de espaldas contra ella.

La habitación a la que habíamos entrado era redondeada, tanto por el techo como por las paredes. Nos hallábamos en el interior de una enorme alcantarilla, de unos nueve metros de ancho y a medio construir. Además, no estábamos solos. Justo donde acababa la alcantarilla y surgía un día lluvioso, nos miraban anonadados doce hombres sentados sobre un andamio en forma de tubería. Habíamos interrumpido su hora del almuerzo.

—¡Eh! ¿Cómo llegaron hasta aquí? —gritó uno.

—Son niños —dijo otro—. ¡Esto no es un jardín de niños!

Eran estadounidenses, y daba la sensación de que no sabían cómo reaccionar ante nosotros. No nos atrevimos a responder por miedo a que los wights del pasillo nos oyeran, y por eso mismo me preocupaba que los gritos de los trabajadores pudieran llamar su atención.

—¿Llevas encima el dedo? —musité—. Este sería un buen momento para ponerlo a prueba.

Así pues, les enseñamos el dedo. Con eso me refiero a que nos pusimos las mascarillas (se mojaron al cruzar el arroyo, pero aún funcionaban), Emma machacó una puntita del meñique, y fuimos caminando por la alcantarilla hasta el andamio para intentar lanzarles el polvo. Emma trató de soplarlo primero desde su mano ahuecada, pero lo único que hizo fue girar alrededor de nuestras cabezas como una nube, produciéndome un cosquilleo en la cara y una leve sensación de parálisis. Luego

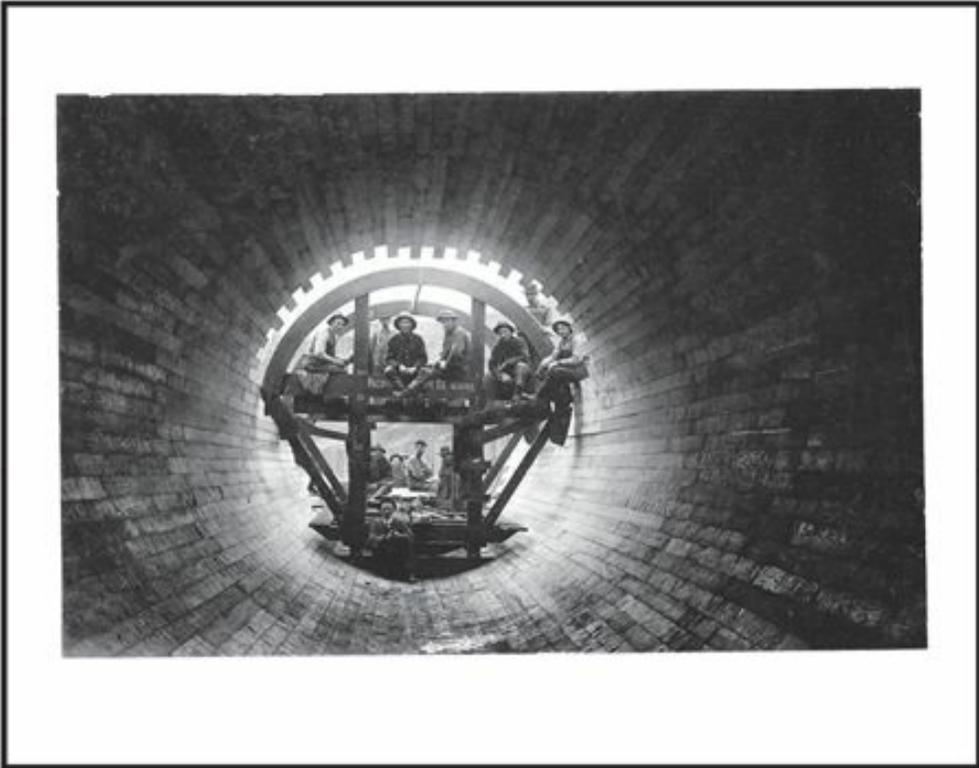
intenté arrojárselo yo, pero tampoco funcionó. Por lo visto, no servía como arma ofensiva. Para aquel entonces, los trabajadores ya se estaban impacientando, y uno de ellos se bajó del andamio para echarnos por la fuerza. Emma se guardó el dedo en un bolsillo y encendió una llama con la mano, que hizo arder el polvo en suspensión con un «puf» y lo convirtió en humo al instante.

—¡Caramba! —exclamó el hombre. Después empezó a toser y no tardó en caerse redondo de sueño.

Cuando algunos de sus amigos se acercaron a auxiliarlo, ellos también fueron víctimas del polvo anestésico y se derrumbaron a su lado.

Ahora los demás estaban asustados, enojados y dándonos gritos. Echamos a correr hacia la puerta antes de que la situación empeorara. Comprobé que no había moros en la costa y salimos de nuevo al pasillo.

Cuando cerré la puerta, el sonido de las voces de los hombres se enmudeció por completo, como si en lugar de encerrarlos los hubiera apagado de algún modo.



Corrimos un poco y nos detuvimos a comprobar si se oían pasos, después avanzamos otro poco, volvimos a parar y escuchamos otra vez mientras bajábamos por la torre en espiral, entre titubeantes estallidos de acción y silencio. En dos ocasiones oímos a gente acercándose y nos apresuramos a escondernos detrás de una puerta. Dentro de una habitación había una húmeda jungla en la que resonaban los chillidos de los monos, mientras que la otra puerta llevaba a un cuarto de adobe tras el que se divisaba una extensión de tierra compacta y unas montañas bastante cerca.

El suelo se volvió llano y el pasillo se enderezó. Detrás del último recodo se alzaba una puerta de dos hojas, por debajo de las cuales se filtraba la luz del sol.

—¿No debería haber más guardias? —sugerí con nerviosismo.

Emma se encogió de hombros y señaló las puertas con la cabeza, que parecían ser la única salida de la torre. Estaba a punto de abrirlas cuando oí voces al otro lado. Un hombre contando un chiste. Solo conseguí oír el murmullo de su voz, las palabras no, pero seguro que era un chiste, porque cuando acabó hubo una ronda de carcajadas.

—Sus guardias, señor —me dijo ella, como si fuera una mesera presentando un plato exquisito.

Podíamos esperar y desear que se fueran, o abrir la puerta y enfrentarnos a ellos. La segunda opción era la más rápida y audaz, así que invoqué al nuevo Jacob y le dije que íbamos a tirar la puerta para luchar y que por favor no le dijera nada al viejo Jacob, quien protestaría y se resistiría de forma inevitable. Cuando por fin lo había preparado todo, Emma ya lo estaba haciendo.

Abrió una de las hojas batientes rauda y sin ruido. Entonces vimos ante nosotros las espaldas de cinco wights vestidos con uniformes dispares, todos con pistolas modernas a la cintura, como las de la policía. Estaban de pie, mirando hacia el otro lado tranquilamente. Ninguno de ellos había visto cómo se abría la puerta. Detrás había un patio rodeado de construcciones con aspecto de cuarteles, y más allá se alzaba la muralla de la fortaleza. Llevé mi dedo hasta el meñique que Emma guardaba en su bolsillo, y formé la palabra «sueño» con los labios; intentaba decirle que lo mejor sería dejar a esos wights inconscientes y arrastrarlos luego hasta la torre. Ella me entendió, entrecerró la puerta y se dispuso a buscar el dedo. Yo eché mano de las mascarillas que me había guardado antes en el cinturón.

Entonces, una masa ardiente de algo indeterminado entró volando a la fortaleza por encima de la lejana muralla, trazó un arco elegante por el aire y cayó entre salpicaduras en mitad del patio, prendiendo fuegos temblorosos por todas partes y poniendo a los guardias en un estado de gran agitación. Dos de ellos se acercaron a ver qué había caído y cuando se agacharon para examinar la porquería ardiente, otro fragmento surcó el aire por encima de la muralla y golpeó a uno. El hombre salió disparado con el cuerpo en llamas. (A juzgar por el olor, penetrante y pegajoso, se trataba de una mezcla de gasolina y excrementos.)

Los demás guardias fueron corriendo a apagarlo. Empezó a sonar una fuerte alarma. En pocos segundos, los wights fueron saliendo en tropel de los edificios que rodeaban el patio y corrieron a las murallas. Sharon, bendito fuera, acababa de lanzar su ataque, justo en el momento preciso. Con algo de suerte, nos ofrecería el amparo suficiente para poder buscar sin interrupciones, durante unos minutos al menos. No creía que los wights fueran a tardar mucho más tiempo en ahuyentar a una pandilla de adictos a la ambro armados con resorteras.

Recorrimos el patio con la mirada. Tres de sus lados estaban cercados de edificios bajos, cada uno casi idéntico al siguiente. No había flechas resplandecientes ni señales de neón que advirtieran la presencia de ymbrynes. Tendríamos que buscarlas lo más rápido posible y confiar en la suerte.

Tres de los wights habían salido corriendo hacia la muralla, mientras que dos más se quedaron extinguiendo las llamas del que estaba cubierto de excrementos. Lo hacían rodar por el suelo de espaldas a nosotros.

Escogimos al azar el edificio de la izquierda y nos acercamos a su puerta a toda prisa. Dentro había una sala amplia y sofocante, llena de lo que parecía ser y olía a ropa de segunda mano. Recorrimos un pasillo entre dos hileras de percheros con toda clase de prendas, de todas las épocas y culturas, etiquetadas y organizadas. Puede que fuera un guardarropa de todos los bucles donde se habían infiltrado los wights. Me pregunté si la chamarra que siempre llevaba el doctor Golan a nuestras reuniones habría estado colgada en esa habitación.

Sin embargo, nuestros amigos no estaban allí, y las ymbrynes tampoco, de modo que circulamos por los pasillos como un rayo en busca de una salida al próximo edificio que no nos llevara de vuelta al patio central.

No había ninguna. Tendríamos que arriesgarnos a vagar otra vez a cielo descubierto.

Nos acercamos a la puerta y nos asomamos por una rendija mientras un rezagado salía corriendo al mismo tiempo que se ponía el uniforme. Cuando se despejó el terreno, salimos a toda prisa.

Por todas partes caían objetos catapultados desde fuera. Después de que se quedaran sin excrementos, el ejército improvisado de Sharon había empezado a lanzar otras cosas, como ladrillos, basura, animalitos muertos. Oí que uno de los proyectiles profería una ristra de obscenidades mientras besaba el suelo y reconocí la forma arrugada de una cabeza de puente dando vueltas. Si mi corazón no hubiera estado palpitando tan rápido, puede que hubiera soltado una carcajada.

Conseguimos atravesar el patio hasta el edificio siguiente. La puerta parecía prometedora: pesada y de metal, sin duda habría estado vigilada si el guardia no hubiera abandonado su puesto para acudir a las murallas. Seguro que había algo importante dentro.

La abrimos y nos introdujimos en un pequeño laboratorio forrado de azulejos blancos e impregnado de un fuerte olor a productos químicos. Mis ojos se dirigieron hasta un gabinete a rebosar de terrorífico instrumental médico de acero reluciente. A través de una de las paredes se oía un zumbido grave, el latido disonante de las máquinas, y otra cosa distinta...

—¿Oyes eso? —me preguntó Emma, tensa, a la escucha.

Lo oía. Era un eco continuo e insistente, pero claramente humano. Alguien se estaba riendo.

Intercambiamos una mirada de desconcierto. Emma me dio el dedo de la Madre Arena, prendió una llama con la mano, y nos pusimos las máscaras. Creíamos estar preparados para cualquier cosa, pero en retrospectiva no lo estábamos en absoluto para la casa de los horrores que se alzaba ante nosotros.

Entramos en habitaciones que ahora me cuesta describir porque he intentado borrarlas de mi memoria. Cada una de ellas resultaba más horripilante que la anterior. La primera era un pequeño quirófano, con una camilla equipada con trabas y correas. Las paredes estaban rodeadas de tinas de porcelana dispuestas para recoger los fluidos drenados. La siguiente era una sala de investigación donde había cráneos diminutos y otros huesos conectados a sondas y aparatos eléctricos. Las paredes estaban empapeladas de polaroids que documentaban experimentos realizados con animales. En ese momento empezamos a estremecernos y a taparnos los ojos con las manos.

Lo peor aún estaba por llegar.

En la siguiente habitación se llevaba a cabo un experimento real y en directo. Sorprendimos a dos enfermeras y un médico mientras realizaban una horrible operación. El paciente era un niño pequeño, acostado sobre dos mesas, bajo las cuales habían colocado papel de periódico para empapar las gotas. Una de las enfermeras le sujetaba el pie, mientras el médico le agarraba la cabeza y lo miraba a los ojos con frialdad.

Se dieron la vuelta y nos vieron ataviados con las mascarillas. Cuando repararon en las manos llameantes de Emma, gritaron pidiendo ayuda, pero nadie podía oírlos. El médico se lanzó hacia una mesa llena de instrumentos cortantes, pero Emma se le adelantó y, tras una breve refriega, se rindió levantando las manos. Inmovilizamos a los adultos en una esquina y les exigimos que nos dijeran dónde se custodiaba a los prisioneros. Se negaron a decir una sola palabra, así que les soplé polvo en la cara hasta que se desplomaron los tres juntos sobre el suelo.

El niño estaba aturdido pero ileso. Parecía incapaz de responder con algo más que un gemido a nuestras aceleradas preguntas («¿Estás bien?», «¿Hay otros como tú?», «¿Dónde?»), así que consideramos que sería mejor ocultarlo por el momento. Lo cubrimos con sábanas para que no tuviera frío y lo escondimos en un pequeño estante, con la promesa de volver por él, cosa que esperaba poder cumplir.

La siguiente estancia era amplia y diáfana como una sala de hospital. Había unas veinte camas o más encadenadas a la pared, y peculiares (adultos y niños por igual) atados a ellas. Ninguno parecía consciente. De las plantas de sus pies surgían agujas y tubos que terminaban en unas bolsas que iban llenándose poco a poco de un líquido negro.

—Los están vaciando —dijo Emma con voz temblorosa—. Les están extrayendo las almas.

No quería mirar sus rostros, pero había que hacerlo. Mientras corría de una cama a otra iba susurrando «quién está aquí, quién está aquí, quién eres tú».

Para mi vergüenza, me encontré deseando que ninguno de nuestros amigos estuviera entre aquellos desdichados. Reconocí a varios de ellos, como a Melina, la niña con telequinesis. Los pálidos hermanos Joel-y-Peter, separados para evitar la posibilidad de que se produjera otra explosión destructiva. Tenían la cara contraída, los músculos tensos y los puños apretados incluso durante el sueño, como si ambos fueran presa de terribles pesadillas.

—Dios mío —masculló Emma—, están intentando resistirse.

—Entonces vamos a echarles una mano —respondí, tras lo que me acerqué a la cama de Melina y retiré la aguja de su pie con cuidado. Una pequeña gota de líquido negro se escapó de la herida. Al cabo de unos segundos, su rostro se relajó.

—Hola —dijo una voz desde otra parte de la habitación.

Nos dimos la vuelta. En una esquina había un hombre sentado con grilletes en las piernas. Estaba inclinado y se mecía adelante y atrás, riendo sin sonreír, con los ojos como dos trozos de hielo negro.

Habían sido sus frías carcajadas las que habíamos oído reverberar por las habitaciones.

—¿Dónde retienen a los demás? —le preguntó Emma, lanzándose de rodillas delante de él.

—¡Están todos aquí! —respondió el hombre.



—No, los otros —dije—. Tiene que haber más.

Volvió a reírse y su aliento formaba pequeñas vaharadas de escarcha, lo que resultaba extraño, porque no hacía frío en la sala.

—Están encima de ellos —repuso.

—¡Di algo con sentido! —vociferé perdiendo la paciencia—. ¡No tenemos tiempo para esto!

—Por favor —le rogó Emma—. Somos peculiares. Hemos venido a ayudarte, pero primero tenemos que encontrar a nuestras ymbrynes. ¿En qué edificio están?

Dijo las siguientes palabras muy despacio: «Están. Encima. De. Ellos». Su aliento nos arrojó una corriente de aire helado a la cara.

Justo cuando estaba a punto de agarrarlo para sacudirlo, el hombre levantó el brazo y señaló algo que había a nuestras espaldas. Me di media vuelta y divisé un asidero camuflado entre los azulejos y el perfil cuadrado de una escotilla.

Encima de ellos. Literalmente.

Corrimos hasta la manija, la giramos y abrimos la compuerta del suelo. Unas escaleras metálicas de caracol descendían hacia la oscuridad.

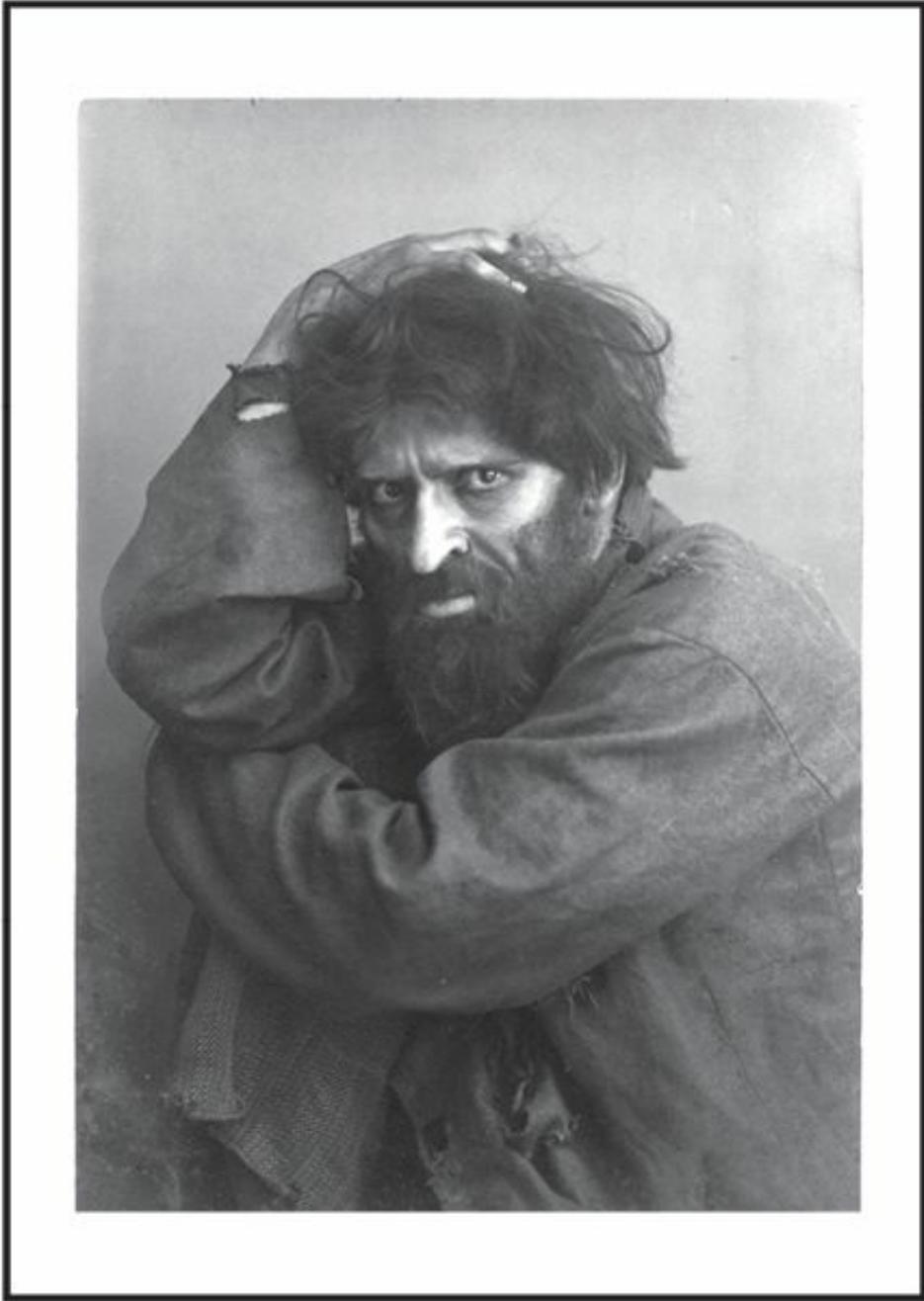
—Y ¿cómo sabemos que dices la verdad? —le dijo Emma.

—No pueden —replicó el otro, lo cual no dejaba de ser cierto.

—Vamos a intentarlo —repuse yo.

De todos modos, tampoco había más lugares adonde ir aparte de por donde habíamos venido.

Emma parecía insegura, desviaba la mirada desde las escaleras hasta las camas que nos rodeaban. Supe lo que estaba pensando, pero ni siquiera hizo falta que lo preguntara: no teníamos tiempo para ir cama por cama desatando a todo el mundo. Tendríamos que venir por ellos más tarde. Tan solo esperaba que siguiera quedando algo por lo que valiera la pena volver cuando regresásemos.



Emma se agachó sobre las escaleras de metal y descendió por el oscuro agujero. Antes de seguirla miré al demente a los ojos y me llevé un dedo a los labios. Él sonrió y copió mi gesto. Esperé que lo cumpliera. Los guardias no tardarían en volver, y si mantenía la boca cerrada, era posible que no nos siguieran por la escotilla. Me introduje por la compuerta y la cerré a mi paso.

Emma y yo nos apretujamos al inicio de la estrecha escalera de caracol y miramos hacia abajo. Nuestros ojos tardaron un momento en acostumbrarse a la transición entre la iluminada sala anterior y aquel lóbrego calabozo rodeado de dura piedra.

Ella me apretó el brazo y me susurró al oído:

—Celdas.

Señaló algo. Poco a poco se hizo visible en la penumbra: los barrotes de una prisión.

Empezamos a bajar por las escaleras en silencio. El lugar fue dibujándose: nos encontrábamos al final de un largo pasillo subterráneo lleno de celdas, y aunque no podíamos ver quién había dentro, tuve un arrebató de jubilosa esperanza. Ahí estaba. Ese era el lugar al que debíamos llegar.

De pronto, se oyó un estruendo de botas en el pasillo. Sentí un estallido de adrenalina. Se trataba de un guardia de patrulla, con el rifle apoyado en el hombro y una pistola a la cadera. Todavía no nos había visto, pero lo haría en cualquier momento. Estábamos demasiado lejos de la escotilla para huir por donde habíamos venido, y demasiado lejos del suelo para saltar con facilidad y enfrentarnos a él, de manera que nos agachamos y nos encogimos, esperando que el estrecho pasamos bastara para ocultarnos.

Pero no pudo ser. Estábamos casi a la altura de sus ojos. Él se hallaba a veinte pasos, después a quince. Teníamos que hacer algo.

Así que lo hice.

Me puse de pie y bajé caminando por las escaleras. Él me vio al instante, claro, pero empecé a hablar antes de que pudiera verme bien. En voz alta y autoritaria, dije:

—¿Es que no has oído la alarma? ¿Por qué no estás fuera defendiendo la muralla?

Cuando se dio cuenta de que no era un superior, yo ya había llegado al suelo, y cuando empezó a llevarse la mano a la pistola, ya había cubierto la mitad de la distancia que nos separaba, mientras me abalanzaba sobre él como el *quarterback* de un equipo de fútbol americano. Lo golpeé con el hombro al mismo tiempo que él apretaba el gatillo. El arma rugió y la bala rebotó a mis espaldas. Caímos rodando por el suelo. Cometí el error de intentar evitar que volviera a disparar mientras trataba de enseñarle el dedo que ahora llevaba yo enterrado dentro del bolsillo derecho. Me faltaban manos para hacer ambas cosas, así que logró zafarse de mí y se puso de pie. Estoy seguro de que ese habría sido mi final si él no hubiera visto a Emma corriendo hacia él con las manos en llamas y se hubiera dado la vuelta para dispararle a ella en

lugar de a mí.

Soltó una descarga, pero se precipitó y apuntó demasiado alto, lo cual me dio la oportunidad que necesitaba para levantarme y volver a cargar contra él. Le hice un placaje y caímos rodando por el pasillo, tras lo que se golpeó la espalda con los barrotes de una celda. Entonces me dio un fuerte codazo en la cara que me hizo girar y caer al suelo.

Después me apuntó con su arma, y ni Emma ni yo estábamos lo bastante cerca para detenerlo.

De pronto, dos manos carnosas surgieron de la oscuridad entre los barrotes y agarraron al guardia por el pelo. Le lanzaron la cabeza hacia atrás con violencia y esta golpeó los barrotes emitiendo el sonido de una campana. El guardia se deslizó inerte hasta el suelo. Y entonces apareció el rostro de Bronwyn desde el interior de la celda, se apoyó en los barrotes y sonrió.

—¡Mr. Jacob! ¡Miss Emma!

Nunca me había alegrado tanto de ver a nadie. Sus ojos grandes y cordiales, su mandíbula fuerte, su cabello lacio y castaño: ¡era Bronwyn!. Introdujimos los brazos por los barrotes y la abrazamos como buenamente pudimos, tan emocionados y aliviados que empezamos a balbucear.

—Bronwyn, Bronwyn —exclamó Emma—, ¿eres tú de verdad?

—¿Es usted, señorita? —dijo Bronwyn—. Hemos rezado y esperado y, ay, estaba tan preocupada por si los wights los habían atrapado...

Bronwyn nos apretaba con tanta fuerza contra los barrotes que pensé que iba a reventar. Eran tan anchos como ladrillos y de algún material más duro que el hierro, cosa que como pude observar fue el único motivo de que Bronwyn no hubiera escapado ya de su celda.

—No puedo... respirar —gimió Emma, tras lo que Bronwyn se disculpó y nos soltó.

Cuando por fin pude mirarla con detenimiento, distinguí una herida en su mejilla y una mancha oscura de algo que parecía sangre salpicando un lado de su blusa.

—¿Qué te han hecho? —le pregunté.

—Nada grave —replicó ella—, aunque ha habido amenazas.

—¿Y los demás? —A Emma volvió a entrarle el pánico—. ¿Dónde están los demás?

—¡Aquí! —se oyó una voz desde el final del pasillo.

—¡Por aquí! —dijo otra.

Y entonces nos dimos la vuelta y vimos los rostros de nuestros amigos apretados contra los barrotes de las celdas que llenaban la sala. Allí estaban Horace y Enoch, Hugh y Claire, Olive, quien jadeaba entre los barrotes desde la parte superior de su celda, con la espalda contra el techo. Todos estaban allí, con vida, a excepción de la

pobre Fiona, a quien perdimos después de caerse por el acantilado del circo de Miss Wren. Sin embargo, llorarla era un lujo que no podíamos permitirnos en ese momento.

—¡Ay, gracias a los pájaros, los benditos pájaros! —exclamó Emma mientras salía corriendo para tomarle la mano a Olive—. ¡Ni te imaginas lo preocupada que estaba!

—¡Ni la mitad que nosotros! —respondió Hugh desde el final del pasillo.

—¡Les dije que vendrían a buscarnos! —exclamó Olive casi entre lágrimas—. Se lo repetí una y otra vez, pero Enoch no dejaba de decir que estaba loca por creerlo...

—¡Eso ya da igual, están aquí! —repuso Enoch—. ¿Por qué demonios se tardaron tanto?

—Pero ¿cómo nos encontraron, por el nombre de Perplexus? —preguntó Millard. Era el único al que los wights se habían molestado en vestir con uniforme de preso, un traje a rayas que lo hacía bien visible.

—¡Ya les contaremos toda la historia, pero antes tenemos que encontrar a las ymbrynes y sacarlos a todos de aquí! —alegó Emma.

—¡Están al final del pasillo! —anunció Hugh—. ¡Detrás de la puerta grande!

Al fondo del corredor había una enorme puerta de metal. Parecía lo bastante recia para proteger la cámara acorazada de un banco, o contener a un espíritu hueco.

—Van a necesitar la llave —nos advirtió Bronwyn mientras señalaba un llavero colgado del cinturón del guardia inconsciente—. Es la grande y dorada. ¡Lo he estado observando!

Me incliné sobre el guardia y le arrebaté el manajo de llaves del cinturón. Entonces me quedé quieto con ellas en la mano, mientras mis ojos iban de las puertas de las celdas a Emma.

—¡Date prisa y sácanos de aquí! —dijo Enoch.

—¿Con qué llave? —pregunté. El llavero portaba docenas de ellas, todas idénticas salvo la grande y dorada.

Emma torció el gesto.

—Ay, no.

Pronto llegarían más guardias, y abrir cada una de las celdas nos llevaría varios minutos preciosos. Así pues, corrimos hasta el final del pasillo, abrimos la grande y le entregamos las llaves a Hugh, cuya celda era la más cercana.

—¡Libérate a ti y a los demás! —le encomendé.

—Y después quédense aquí hasta que volvamos por ustedes —apostilló Emma.

—¡Ni hablar! —replicó Hugh—. ¡Los acompañaremos!

No había tiempo para discutir, y me sentí aliviado ante sus palabras, aunque jamás lo admitiría. Después de luchar solos durante tanto tiempo, me apetecía poder contar con refuerzos.

Emma y yo abrimos la enorme puerta del búnker, les dirigimos una última mirada a nuestros amigos y traspasamos el umbral.

Al otro lado de la puerta había una larga habitación rectangular atestada de muebles e iluminada desde arriba por unos focos fluorescentes de color verdoso. Habían tratado de que pareciera una oficina, pero a mí no me engañaban. La pared esponjosa estaba recubierta de espuma para amortiguar el sonido. La puerta era lo bastante gruesa para resistir una explosión nuclear. Aquello no era una oficina.

Oímos que alguien se movía por el otro extremo de la sala, pero un voluminoso archivador nos bloqueaba la vista. Toqué a Emma en el brazo y asentí con la cabeza como para decirle «Vamos», tras lo que empezamos a avanzar en silencio, con la esperanza de sorprender a quien fuera que estuviera allí con nosotros.

Pude entrever un trozo de bata blanca y la incipiente calvicie de un hombre. Desde luego no era una ymbryne. ¿Acaso no había oído cómo se abría la puerta? Pues no, y entonces supe por qué: estaba escuchando música. Una voz de mujer cantaba una balada de rock suave como una caricia, una vieja canción que había oído pero cuyo título no recordaba. Resultaba raro y desconcertante oírla allí en ese momento.

Seguimos adelante entre escritorios atestados de papeles y mapas mientras el sonido de la canción enmascaraba nuestros pasos. Un estante anclado a la pared albergaba cientos de tarros, dentro de los cuales se arremolinaba un líquido negro con manchas plateadas. Me detuve ante ellos y vi que cada uno llevaba escrito en letra pequeña el nombre de las víctimas cuyas almas contenían.

Nos asomamos desde detrás del archivador y localizamos a un hombre vestido con bata y sentado de espaldas a nosotros frente a una mesa sobre la que revolvía unos papeles. A su alrededor se nos mostraba un terrorífico espectáculo de anatomía variada. Un brazo desollado con la musculatura a la vista. Una columna vertebral colgada de la pared como un trofeo. Órganos exangües desperdigados sobre el escritorio como las piezas perdidas de un rompecabezas. El hombre escribía algo mientras asentía con la cabeza y tarareaba la canción, que hablaba del amor y de los milagros.

Salimos de nuestro escondite y nos dirigimos hacia él. Entonces recordé dónde había oído la canción por última vez: en el dentista, al mismo tiempo que un punzón de metal me acuchillaba la carne blanda y rosada de las encías.

*You Make Loving Fun.*

Ya nos encontrábamos a pocos metros de él. Emma extendió una mano dispuesta a inflamarla. Sin embargo, justo cuando lo teníamos casi a nuestro alcance, el hombre se dirigió a nosotros.

—Hola de nuevo. Los estaba esperando.

Era una voz suave y empalagosa que no podría olvidar jamás. Caul.

Emma prendió dos llamaradas que brotaron de la palma de sus manos con un chasquido como el de un latigazo.

—¡Dinos dónde están las ymbrynes, y puede que te deje vivir!

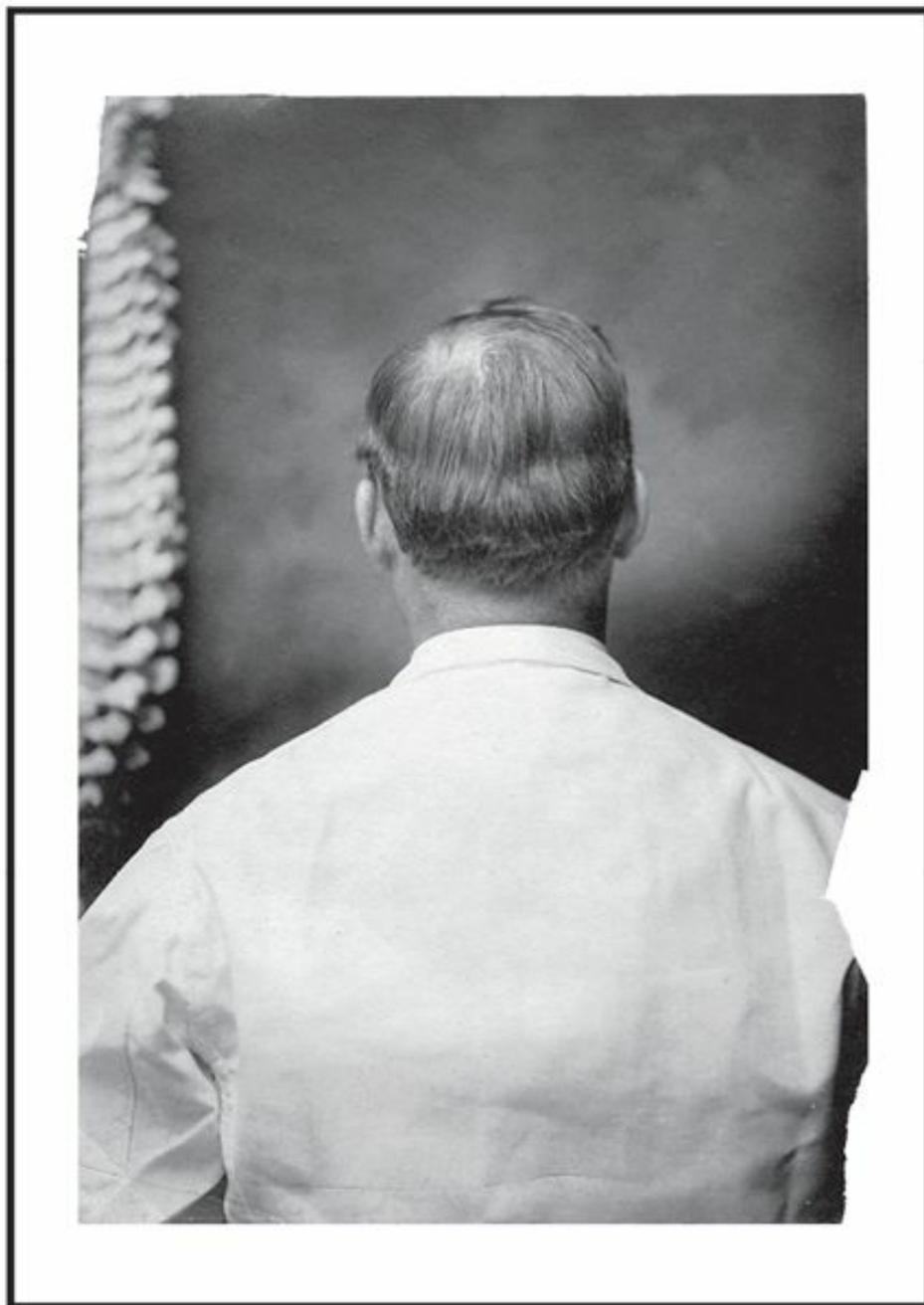
El hombre se dio la vuelta sobre la silla, sorprendido. A nosotros también nos desconcertó lo que vimos: por debajo de sus ojos muy abiertos, su rostro era una ruina de carne derretida. Ese no era Caul, ni siquiera era un wight, y no podía haber sido él quien había hablado. Sus labios se habían cerrado fusionándose entre sí. En las manos sostenía un lápiz mecánico y un pequeño control remoto. Llevaba una tarjeta con su nombre enganchada a la bata.

«Warren».

—¡Caray! No estarán pensando en hacerle daño al bueno de Warren, ¿verdad? — Otra vez la voz de Caul, procedente del mismo lugar que la música: el altavoz de la pared—. Aunque tampoco pasaría nada si lo hicieran. No es más que un becario.

Warren se hundió en su silla de oficina mientras miraba con miedo las manos ardientes de Emma.

—¿Dónde estás? —gritó ella mientras miraba a todas partes.



—¡Eso no importa! —dijo Caul a través del altavoz—. Lo fundamental es que han venido a verme. ¡Estoy encantado! Esto resulta mucho más sencillo que salir a buscarlos.

—¡Tenemos un ejército de peculiares en camino! —mintió Emma—. La multitud reunida a tus puertas no es más que una tropa. ¡Si nos dices dónde están las ymbrynes, tal vez podamos solucionar esto de manera pacífica!

—¡Un ejército! —dijo Caul, echándose a reír—. En todo Londres no hay bastantes peculiares aptos para la lucha para formar una brigada contra incendios, y mucho menos un ejército. En cuanto a sus patéticas ymbrynes, pueden ahorrarse sus amenazas huecas. Les mostraré gustoso dónde están. Warren, ¿quieres hacer los honores?

Warren pulsó un botón de su control remoto y un panel se deslizó sobre la pared con un fuerte zumbido. Detrás se alzaba un cristal grueso, que permitía ver una extensa habitación envuelta en sombras.

Nos pegamos al cristal ahuecando las manos a los lados de la cara para poder ver algo. Poco a poco empezó a distinguirse una estancia con aspecto de sótano abandonado, donde había un revoltijo de muebles, cortinas pesadas y formas humanas dispuestas en extrañas posturas, muchas de las cuales parecían desolladas como los pedazos sueltos del escritorio de Warren.

«Ay, Dios mío, ¿qué les ha hecho?», pensé.

Mis ojos recorrieron la oscuridad con el corazón a mil por hora.

—¡Es Miss Glassbill! —gritó Emma, y entonces la vi yo también.

Estaba sentada en un lateral, hombruna e inexpresiva, con dos trenzas perfectamente simétricas a cada lado de su cabeza. Golpeamos el cristal e intentamos llamarla, pero ella se limitó a mirarnos fijamente, aletargada, sin responder a nuestros gritos.

—¿Qué le has hecho? —exclamé—. ¿Por qué no responde?

—Le hemos extirpado un poco de su alma —dijo Caul—. Eso suele entumir el cerebro.

—¡Eres un canalla! —gritó Emma, y golpeó el cristal con los puños. Warren hizo retroceder su silla giratoria hasta la esquina—. Un canalla de corazón negro, despreciable, cobarde...

—Tranquilízate —le respondió Caul—. Solo me he llevado un poquito, y el resto de sus niñeras están en perfecto estado de salud, si no de ánimo.

Una potente luz cenital parpadeó en la desordenada sala y enseguida resultó evidente que la mayoría de las siluetas no eran reales en absoluto, sino muñecos, maniqués o algún tipo de modelos anatómicos, colocados como estatuas con todos los músculos y tendones hinchados y flexionados. Sin embargo, entre ellos, amordazadas, atadas a sillas y postes de madera, temblando y con los ojos cerrados por el fogaño

de luz repentina, había personas vivas y reales. Mujeres. Ocho, diez —no tuve tiempo de contarlas a todas—, la mayoría de ellas ancianas, desgredadas pero con aspecto distinguido.

Nuestras ymbrynes.

—¡Son ellas, Jacob! —dijo Emma—. ¿Ves a Miss...?

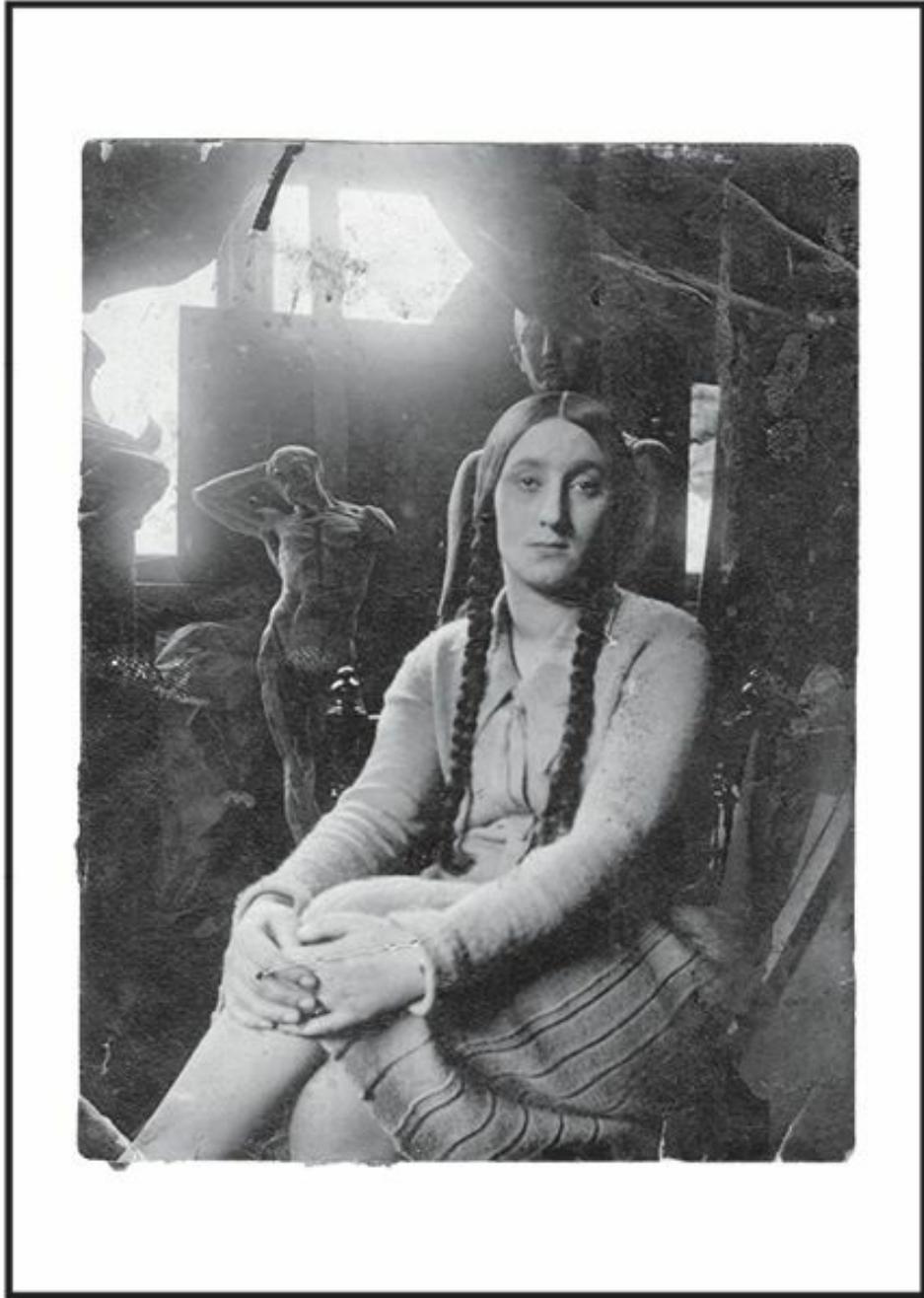
La luz se apagó antes de que pudiéramos encontrar a Miss Peregrine, y ahora mis ojos cegados no podían ver nada a través del cristal.

—Ella también está aquí. —Caul dejó escapar un suspiro de aburrimiento—. Su piadoso pájaro, su nodriza...

—Tu hermana —dije esperando infundirle algo de humanidad.

—Lamentaría muchísimo tener que matarla —repuso—, pero supongo que no tendré que hacerlo, siempre que me entreguen lo que quiero.

—¿De qué se trata? —le pregunté a la vez que me apartaba del cristal.



—Poca cosa —dijo sin darle importancia—. Solo un poquito de tu alma.

—¡Cómo! —ladró Emma.

Yo me eché a reír.

—¡Escúchame un momento! —indicó Caul—. Ni siquiera quiero que me la des entera. Solo lo suficiente para llenar un cuentagotas. Menos incluso de lo que tomé de Miss Glassbill. Es cierto, te dejará un poco atontado por un tiempo, pero recobrarás todas tus facultades al cabo de unos días.

—La quieres porque crees que te ayudará a entrar en la biblioteca de las almas. Y a hacerte con todo su poder.

—Ya veo que has hablado con mi hermano —replicó Caul—. Pues también deberías saber que ya estoy a punto de conseguirlo. Después de toda una vida dedicada a su búsqueda, por fin he localizado Abaton, y las ymbrynes, esta combinación perfecta de ellas, me han abierto la puerta. Por desgracia, entonces descubrí que aún necesitaba otro elemento para entrar. Un peculiar con un talento muy específico, que se ve poco por el mundo estos días. Casi había renunciado a encontrar a alguien así, cuando de pronto se me ocurrió que el nieto de cierto peculiar podría encajar en el papel, y que las ymbrynes, que ya no me servían de nada, podrían ejercer de cebo. ¡Y así fue! Creo que es el destino, muchacho. Tú y yo pasaremos juntos a la historia peculiar.

—No iremos juntos a ninguna parte —le contesté—. Si obtuvieras esa clase de poder, harías del mundo un auténtico infierno.

—Me malinterpretas —prosiguió él—. No es algo que me sorprenda; casi nadie me entiende. Sí, he convertido en un infierno las vidas de quienes se han interpuesto en mi camino, pero ahora que casi he alcanzado mi objetivo, estoy dispuesto a ser generoso. Magnánimo. Indulgente.

La música, que había seguido sonando por debajo de la voz de Caul, pasó a ser un número instrumental más suave y relajado, tan opuesto al pánico y al terror que sentí un escalofrío.

—Por fin viviremos en paz y armonía —prometió con voz serena y tranquilizadora—, conmigo como su rey, como su dios. Se trata de la jerarquía natural del mundo peculiar. No estamos hechos para vivir así, descentralizados e impotentes. Gobernados por mujeres. Cuando yo esté al mando, ya no tendremos que ocultarnos. No volveremos a escondernos tras las faldas de las ymbrynes como seres patéticos. Nuestro legítimo lugar como peculiares está a la cabeza de la humanidad. Dominaremos el mundo y a todos sus habitantes. ¡Al fin heredaremos todo lo que nos pertenece!

—Si crees que vamos a formar parte de eso, es que te falta un tornillo —le dijo Emma.

—No esperaba otra cosa de ti, niña —replicó Caul—. Eres un ejemplo típico de

los peculiares criados por las ymbrynes: sin ambición y con nada de sentido excepto el del privilegio. Guarda silencio, estoy hablando con el varón.

La cara de Emma adquirió un tono tan rojizo como la llama que ardía en su mano.

—Acaba de una vez —respondí lacónico, pensando en que los guardias no tardarían en llegar y en nuestros amigos, quienes seguirían probando llaves en el corredor.

—Esta es mi oferta —dijo Caul—. Permite que mis especialistas te sometan a la intervención, y cuando tenga lo que quiero, los dejaré libres a ti y a tus amigos, y a las ymbrynes también. De todos modos, entonces ya no supondrán ninguna amenaza para mí.

—¿Y si me niego?

—Si no accedes a que extirpemos tu alma de la manera fácil e indolora, mis wights estarán encantados de hacerlo a la tuya. Sin embargo, no son muy delicados precisamente, y, cuando acaben contigo, me temo que seré incapaz de evitar que continúen con tus ymbrynes. Como ves, yo consigo lo que quiero en ambos casos.

—Ni en tus mejores sueños —dijo Emma.

—¿Por el truquito que conoce el muchacho? He oído que ha logrado dominar a un hueco, pero ¿y si son dos al mismo tiempo? ¿O tres, o cinco?

—Tantos como quiera —intenté sonar confiado, imperturbable.

—Eso me gustaría verlo —repuso Caul—. ¿Debo interpretar que esa es tu respuesta?

—Interprétalo como quieras. No pienso ayudarte —me negué.

—Estupendo —declaró—. ¡Así será mucho más divertido!

Oímos las risas de Caul a través del comunicador, y después me sobresaltó el sonido de un potente timbre.

—¿Qué has hecho ahora? —preguntó Emma.

Sentí un agudo palpitar en las entrañas y supe exactamente lo que estaba pasando sin necesidad de que Caul lo explicara: en un túnel bajo la sala de las ymbrynes habían soltado a un hueco desde las profundidades más recónditas del complejo. Se estaba acercando, ascendiendo hacia una rejilla en el suelo que se abrió con un rechirrido. Pronto estaría entre las ymbrynes.

—¡Está subiendo un hueco! —dije—. ¡Va a entrar en esa sala!

—Empezaremos con un solo espíritu hueco —indicó Caul—. Si consigues encargarte de él, te presentaremos a sus amigos.

Le di un golpetazo al cristal.

—¡Déjanos pasar!

—Será un placer. ¿Warren?

Warren pulsó otro botón del control remoto. Entonces se abrió una sección del cristal en forma de puerta.

—¡Iré yo! —le dije a Emma—. ¡Tú quédate aquí y vigílalo!

—Si Miss Peregrine se encuentra ahí, yo también voy.

Estaba claro que no podría convencerla.

—Entonces lo llevaremos con nosotros —decidí.

Warren intentó escabullirse, pero Emma lo agarró por el cuello de la bata.

Crucé la puerta en dirección a la oscuridad y la sala atiborrada, mientras Emma me seguía tomada de la mano del becario sin boca que no dejaba de retorcerse.

Oí que la puerta se cerraba a nuestro paso con estruendo.

Emma soltó una palabrota.

Me di la vuelta para echar un vistazo.

El control remoto estaba en el suelo, al otro lado. Nos habíamos quedado encerrados.

Solo llevábamos unos segundos en la sala cuando el becario consiguió zafarse de Emma y salir huyendo entre las sombras. Ella se lanzó a perseguirlo, pero le dije que lo dejara; él nos daba igual. Lo que importaba era el hueco, que ya casi había salido de su agujero y estaba a punto de introducirse en la estancia.

Estaba muerto de hambre. Percibí su ansia voraz como si fuera mía. En pocos minutos estaría dándose un festín con las ymbrynes a menos que pudiéramos detenerlo. A menos que yo pudiera detenerlo. Pero antes tenía que encontrarlo, y la sala estaba tan abarrotada de trastos y tinieblas que mi capacidad para ver a los huecos no iba a servirme de mucho.

Le pedí más luz a Emma. Ella reforzó las llamas de sus manos todo lo que pudo, pero solo consiguió alargar las sombras.

Por su seguridad, le pedí que se quedara cerca de la puerta. Se negó.

—No me separaré de ti —dijo.

—Pues entonces mantente detrás de mí. Muy por detrás.

Eso, al menos, me lo concedió. Se rezagó unos pasos con la mano sobre la cabeza para alumbrarnos mientras yo pasaba ante la catatónica Miss Glassbill y seguía adentrándome en la habitación. Por lo que pudimos vislumbrar, parecía un hospital de batalla sin sangre, en el que había formas humanas seccionadas esparcidas por doquier.

Le di una patada a un brazo. Produjo un sonido sordo y salió rodando: era de yeso. Había un torso encima de una mesa. Más allá, una cabeza dentro de un frasco lleno de líquido, con los ojos y la boca abiertos, casi con toda seguridad real, pero no de cosecha reciente. Aquello parecía ser el laboratorio de Caul, su sala de torturas y su trastero, todo en uno. Como su hermano, era un coleccionista de objetos raros y

espantosos, pero mientras que Bentham era pulcro y ordenado, Caul necesitaba una asistente con urgencia.

—Bienvenidos a la zona de juegos de los huecos. —La voz amplificada de Caul reverberó por la habitación—. Aquí experimentamos con ellos, les damos de comer y observamos cómo despedazan su comida. Me pregunto qué parte de ustedes devorarán primero. Algunos empiezan por los ojos... Un pequeño aperitivo...

Tropecé con un cuerpo, que emitió un quejido cuando hundí mi pie en él. Al mirar hacia abajo, vi el rostro de una mujer de mediana edad muerta de miedo que me devolvía la mirada con los ojos desorbitados: una ymbryne a la que no conocía. Sin detenerme, me agaché y susurré: «No te preocupes, te sacaremos de aquí»; pero no, pensé, no la sacaríamos; ese caos de siluetas y sombras locas sería el escenario de nuestra muerte —el viejo Jacob ganaba terreno, fatalista, imposible de acallar.

Oí algo que se agitaba más adelante, seguido del eco húmedo de la boca de un hueco al abrirse. Ya había llegado hasta nosotros. Me situé en su dirección y corrí, resbalé, me volví a levantar. Emma corría a mi lado y me dijo:

—¡Date prisa, Jacob!

—¡Date prisa, Jacob! —se burló Caul por el comunicador.

Había subido el volumen de la música: incitante, alegre, enloquecida.

Pasamos por delante de tres o cuatro ymbrynes más, que se debatían atadas de pies y manos, hasta que por fin lo vi.

Me quedé inmóvil y sin respiración, la cabeza me daba vueltas ante su enorme tamaño. El hueco era un gigante, bastantes cabezas más alto que el que había domado, y casi rozaba el techo con el cráneo a pesar de su postura encorvada. Se encontraba a unos seis metros de distancia, con las fauces abiertas y las lenguas cortando el aire. Emma me adelantó unos pasos y extendió la mano, señalando algo y haciéndolo estallar en llamas al mismo tiempo.

—¡Ahí! ¡Mira!

Por supuesto, no había visto al hueco, sino hacia donde se dirigía este: una mujer retorciéndose boca abajo, colgada como un corte de ternera, con sus negras faldas abiertas sobre la cabeza como una flor. Supe quién era incluso de esa manera, en la oscuridad: Miss Wren.

Addison pendía justo a su lado. Se debatían amordazados y a escasos metros de un espíritu hueco cuyas lenguas se extendían hacia ellos y rodearon los hombros de Miss Wren, acercándosela a las fauces.

—¡ALTO! —grité, primero en mi idioma, y luego en la áspera lengua que podía entender el hueco. Lo repetí una y otra vez, hasta que por fin se detuvo, pero no porque lo hubiera dominado, sino porque de repente me había convertido en una presa más interesante.

Soltó a la ymbryne, que osciló como un péndulo. El hueco dirigió sus lenguas

hacia mí.

—Baja a Miss Wren mientras alejo al hueco —le dije a Emma.

Me aparté de la ymbryne a la vez que seguía hablándole al hueco en un torrente constante, con la intención de separarlo de ella y seguir centrando su atención en mí.

«Cierra la boca. Siéntate. Acuéstate».

Conseguí apartarlo de Miss Wren —«Bien, bien»—, y luego, cuando retrocedí, se abalanzó hacia delante.

Vale. Bien. Y ahora, ¿qué?

Me llevé las manos a los bolsillos. En uno tenía lo que quedaba del dedo de la Madre Arena. En el otro, un secreto: una ampolleta de ambro que había sustraído en la habitación anterior mientras Emma no me estaba mirando. Me la llevé durante un descenso momentáneo de mi confianza. ¿Y si no era capaz de hacerlo solo? ¿Y si necesitaba un empujón?

«Siéntate —le dije—. Alto».

El hueco agitó una de sus lenguas en mi dirección. Me resguardé detrás de un maniquí, y él lo atrapó en vez de a mí, tras lo que lo elevó en el aire y lo lanzó contra una pared, donde se rompió en pedazos.

Me aparté de un salto de una segunda lengua. Me di un golpe en las espinillas con una silla volcada. La lengua azotó el suelo vacío que acababa de pisar. Ahora el hueco estaba jugando conmigo, pero pronto asestaría un ataque mortal. Tenía que hacer algo, y había dos posibilidades: la ampolleta o el dedo.

Era imposible controlar al hueco sin el aumento de mis habilidades que podría aportarme la ambro. Por otro lado, no podía emplear el dedo machacado de la Madre Arena a distancia, y había perdido mi máscara. Si lo intentaba usar, solo conseguiría quedarme dormido; resultaba inútil.

Cuando otra de las lenguas flageló el suelo a mi lado, me deslicé debajo de una mesa y saqué la ampolleta de mi bolsillo. Traté de destaparla con dedos temblorosos. ¿Me convertiría en un héroe o en un esclavo? ¿De verdad podría volverme adicto de por vida por una sola ampolleta? Y ¿qué resultado era el peor, ser un adicto y un esclavo, o acabar en el estómago del hueco?

La mesa salió disparada dejándome al descubierto. Me incorporé de un salto. «Alto, alto», grité mientras retrocedía dando brincos a la vez que el hueco arremetía con sus lenguas y fallaba solo por unos centímetros.

Mi espalda chocó contra la pared. No había ningún lugar adonde ir.

Recibí un golpe en el estómago, y entonces la lengua que me había alcanzado se desenroscó y se desplazó para rodearme el cuello. Tenía que salir corriendo de allí, pero estaba aturdido, de rodillas, sin aliento. Fue en ese momento cuando oí un gruñido de furia que no procedía del hueco y un ladrido vigoroso y reverberante.

Addison.

De repente, la lengua que se acercaba a mi garganta se encogió como si estuviera herida y se replegó a través de la sala. El perro, ese pequeño y valiente bóxer, lo había mordido. Lo oí rugir y aullar mientras se lanzaba al ataque de una criatura invisible veinte veces más grande que él.

Me deslicé sobre el suelo con la espalda contra la pared a la vez que volvía a llenar mis pulmones de aire. Levanté la ampolleta, ya decidido, convencido de que no tenía ninguna posibilidad sin ella. Extraje el corcho, alcé el bote por encima de mis ojos y eché la cabeza hacia atrás.

Y entonces oí mi nombre. «Jacob», susurrado en la oscuridad, a unos pocos metros.

Me volví, y allí estaba Miss Peregrine, tendida sobre un montón de trastos en el suelo. Magullada, atada, esforzándose por hablar a través de una bruma de dolor o drogas, pero allí de todas formas, y mirándome con sus penetrantes ojos verdes.

—No —dijo con voz queda—. No lo hagas. —Su voz era un murmullo apenas audible.

—¡Miss Peregrine!

Bajé la ampolleta, la cerré con el corcho y corrí a su lado. Mi segunda madre, esa santa peculiar. Derrotada, herida. Moribunda quizá.

—Dime que estás bien —le rogué.

—Deja eso. No lo necesitas.

—Sí lo necesito. Yo no soy como era él.

Ambos sabíamos a quién me refería: a mi abuelo.

—Sí lo eres —repuso—. Todo lo que necesitas está dentro de ti. Deja eso y toma esto en su lugar. —Señaló con la cabeza algo que había tirado entre nosotros: una afilada estaca de madera procedente de una silla rota.

—No puedo. No es suficiente.

—Claro que lo es —me aseguró—. Apunta a los ojos.

—No puedo —dije, pero lo hice. Dejé la ampolleta y levanté la estaca.

—Buen chico —musitó—. Ahora, prepárate para hacer algo asqueroso.

—Lo haré —prometí, y ella sonrió, volviendo a posar la cabeza sobre el suelo.

Me puse de pie con determinación y con la estaca de madera aferrada en la mano. Al otro lado de la sala, Addison había clavado sus dientes sobre una de las lenguas del hueco y la montaba como un vaquero en un rodeo, agarrado con todo su coraje y gruñendo mientras el hueco lo sacudía de un lado a otro. Emma había bajado a Miss Wren de la cuerda y la estaba protegiendo, a la vez que hacía girar sus manos ardientes de forma salvaje.

El hueco golpeó a Addison contra un poste, y el perro cayó y soltó su presa.

Avancé hacia el hueco lo más rápido que pude, a través de obstáculos en forma de extremidades desperdigadas. Sin embargo, la criatura parecía estar más interesada en

Emma, como una polilla ante las llamas. Empezaba a cercarla, así que le grité, primero en mi idioma «¡Eh, por aquí!», y luego en hueco: «¡Ven por mí, miserable!».

Tomé lo que tenía más a mano, que resultó ser una mano, y se la tiré. Rebotó contra su espalda, y la bestia se dio la vuelta para encararse conmigo.

«Ven por mí, ven por mí».

El hueco se mostró confundido durante un momento, el tiempo justo para que pudiera acercarme a él sin quedarme enredado entre sus lenguas. Entonces lo apuñalé en el pecho con la estaca, una vez, dos. Reaccionó como si le hubiera picado una avispa —no más que eso— y me derribó con un golpe de lengua.

«Para, para, para», grité en hueco, desesperado por encontrar algo a lo que agarrarme, pero la bestia parecía estar blindada, inmune a mis indicaciones. Y entonces me acordé del dedo, el pequeño trozo con aspecto de gis que llevaba en el bolsillo. Cuando fui a agarrarlo, una lengua se enroscó alrededor de mi torso y me levantó en el aire. Oí los gritos de Emma para que me bajara, y también los de Caul.

—¡No te lo comas! —berreó a través del comunicador—. ¡Es mío!

A la vez que extraía el dedo de la Madre Arena de mi bolsillo, el hueco me lanzó a sus fauces abiertas.

Quedé introducido en su boca de las rodillas al pecho, atrapado por sus dientes que empezaban a atravesarme la carne, mientras sus mandíbulas se extendían rápidamente para tragarme.

Ese sería mi último acto. Mi último momento. Machaqué el dedo con la mano y lo lancé por lo que esperaba que fuera la garganta del hueco. Emma le daba golpes, lo abrasaba, pero, entonces, justo antes de que pudiera cerrar las fauces y partirme en dos con los dientes, la criatura empezó a ahogarse. Se apartó de Emma dando tumbos, achicharrada y asfixiándose, retrocediendo hasta la rejilla por la que había salido. Se retiraba a su nido, donde tendría todo el tiempo del mundo para devorarme.

Intenté detenerlo, gritar «¡Suéltame!», pero me mordía, y el dolor era tan mareante que no me dejaba pensar. Entonces entramos por la rejilla, deslizándonos hacia su interior. Tenía la boca tan llena que no pudo agarrarse a los peldaños de la pared y empezó a caer, atragantándose mientras yo permanecía con vida de milagro.

Cuando llegamos al suelo, lo hicimos con un trancazo enorme que nos cortó la respiración e hizo que el polvo sedante que le había lanzado a la garganta formara una nube a nuestro alrededor. Mientras flotaba como la nieve, sentí cómo ejercía su efecto mitigando mi dolor y aturdiendo mi cerebro, y también debió de hacerle efecto al hueco, que ya casi había dejado de clavarme los dientes y relajaba las mandíbulas.

Mientras el sueño se iba apoderando de nosotros y yacíamos aturridos y sedados en un amasijo, entre las partículas blancas se fue dibujando un túnel ante mis ojos, húmedo y oscuro, lleno de huesos. Lo último que vi antes de que el polvo me dejara inconsciente fue a un grupo de huecos, inclinados y curiosos, que se aproximaban

arrastrando los pies.

## OCHO

**M**e desperté. Lo cual, por sí mismo, es digno de mención, dadas las circunstancias.

Me encontraba en la madriguera de los huecos, y a mi alrededor se apilaban los cuerpos de muchos de ellos. Quizá estuvieran muertos, pero lo más probable era que hubieran respirado lo que quedaba del dedo meñique de Madre Arena; el resultado fue una maraña de espíritus huecos apestosos y semiinconscientes que no dejaban de roncar.

Recé en silencio para dar las gracias por Madre Arena y luego me pregunté con una preocupación creciente: cuánto tiempo llevaba allí. ¿Una hora? ¿Un día? ¿Qué le había sucedido a todo el mundo en el exterior?

Tenía que irme. Algunos de los espíritus huecos estaban empezando a despertarse, como yo, pero todavía estaban adormilados. Me puse de pie con un gran esfuerzo. Al parecer, mis heridas no eran tan graves, y tampoco tenía los huesos tan rotos. Me tambaleé, mareado, pero luego recuperé el equilibrio y comencé a moverme a través de la maraña de espíritus huecos enredados entre sí.

Le di una patada a uno en la cabeza por accidente. Soltó un gruñido y se despertó. Abrió los ojos y me quedé inmóvil, pensando que si echaba a correr, lo único que conseguiría sería que me persiguiera. Pareció fijarse en mí, pero sin considerarme ni una amenaza ni una posible comida, y luego cerró los ojos de nuevo.

Seguí caminando, colocando cada pie con cuidado hasta que dejé atrás la alfombra de espíritus huecos y llegué a una pared. Allí terminaba el túnel. La salida estaba por encima de mí: un conducto que ascendía a lo largo de unos treinta metros más o menos y que terminaba en una rejilla abierta y llegaba hasta aquella estancia desordenada. Había asideros a lo largo del conducto, pero estaban demasiado separados, claramente diseñados para las lenguas acrobáticas de los espíritus huecos, no para las manos y los pies de los humanos. Me quedé mirando hacia arriba, hacia el

anillo de luz tenue que estaba tan lejos y por encima de mi cabeza, con la esperanza de que allí apareciera una cara amiga, pero no me atreví a pedir ayuda.

Desesperado, di un salto a la vez que intentaba agarrarme a la dura pared para llegar al primer asidero. De alguna manera, lo alcancé. Me impulsé hacia arriba. De repente, estaba a más de tres metros del suelo. (¿Cómo lo había conseguido?) Salté de nuevo y alcancé el siguiente asidero, y luego otro más. Estaba subiendo el conducto, y mis piernas me lanzaban a más altura y los brazos me llegaban más lejos de lo que sabía que era posible (qué locura). Al cabo de unos segundos, estaba sacando la cabeza por la parte superior para subir a la estancia.

Ni siquiera estaba jadeando.

Miré a mi alrededor, vi la luz del fuego de Emma y corrí hacia ella por el suelo desordenado. Traté de llamarla, pero no fui capaz de decir nada. No importó. Allí estaba ella, al otro lado de la puerta de cristal abierta, en la oficina. Warren estaba a su lado, atado a la silla en la que Miss Glassbill se había sentado. Cuando me acerqué, gimió con temor y se cayó arrastrando a la silla con él. Un momento después, sus caras estaban en la puerta, con expresión sospechosa y atenta: Emma y Miss Peregrine y Horace, y detrás de ellos, también otras ymbrynes y amigos. Todos vivos, hermosos. Habían quedado libres de sus celdas solo para quedar encerrados una vez más allí, atrapados detrás de la puerta del búnker a prueba de bombas de Caul, a salvo de los wights (de momento), pero aprisionados.

Sus caras mostraban expresiones de temor, y cuanto más me acercaba a la puerta de cristal, más aterrorizados se veían. «Soy yo», traté de decir, pero las palabras no me salieron bien, y mis amigos retrocedieron de un salto.

«¡Soy yo, Jacob!».

Lo que salió en lugar de palabras fue un gruñido ronco y tres lenguas largas y gruesas que ondularon en el aire delante de mí, surgidas de mi propia boca cuando intenté hablar. Y fue entonces cuando oí a uno de mis amigos (Enoch, era Enoch) decir en voz alta aquello tan terrible que también se me acababa de ocurrir a mí: «¡Es un hueco!».

«No lo soy —intenté decir—, no lo soy», pero todas las pruebas indicaban lo contrario. De alguna manera, me había convertido en uno de ellos, me habían mordido y había cambiado, como un vampiro, o me habían matado, reciclado, reencarnado... «Ay, Dios, ay, Dios, ay, Dios, no puede ser...».

Traté de extender los brazos, de hacer alguna señal que pudiera ser reconocida como un gesto humano, ya que la boca me había fallado, pero lo que se extendieron fueron mis lenguas.

«Lo siento, lo siento, no sé cómo manejar esta cosa».

Emma me lanzó una bofetada a ciegas... y acertó de lleno. Un dolor repentino y agudo me recorrió.

Y entonces me desperté.

De nuevo.

O mejor dicho, sacudido por ese dolor repentino, me desperté en mi cuerpo, mi cuerpo humano herido, todavía tumbado en la oscuridad entre las anchas mandíbulas de un espíritu hueco que seguía noqueado. Y, sin embargo, también seguía siendo el espíritu hueco de arriba, que replegaba mi lengua dolorida en la boca y me alejaba tropezando de la puerta. De alguna manera, estaba presente en mi mente y en la del hueco, y descubrí que podía controlar ambas. Podía levantar mi propio brazo y el suyo, girar mi cabeza y la suya, y hacerlo todo sin decir una palabra en voz alta, sino simplemente con el pensamiento.

Sin darme cuenta, sin intentarlo de una forma consciente, había dominado al hueco hasta tal punto (ver a través de sus ojos, sentir a través de su piel) que me había parecido, durante unos segundos, que yo era el hueco. Pero en ese momento noté la distinción con más claridad. Yo era el muchacho falible y de cuerpo roto, en el fondo de un agujero rodeado de monstruos aturdidos. Ellos se estaban despertando, todos menos el que me había llevado hasta allí en sus fauces (y que tenía tanto polvo en su cuerpo que bien podría pasar años dormido), y se estaban incorporando hasta quedar sentados mientras agitaban las extremidades para sacudirse el sopor.

Pero no parecían estar interesados en matarme. Se quedaron mirándome, tranquilos y atentos. Me rodeaban como un grupo de niños buenos a la hora del cuento. A la espera de que les dijera algo.

Rodé hasta salir de las mandíbulas del hueco y quedar acostado en el suelo. Podía sentarme, pero estaba demasiado herido como para ponerme de pie. No obstante, ellos sí podían levantarse.

«Ponerse de pie».

No lo dije, ni siquiera creo que lo pensara conscientemente, en realidad. Sentí que podía hacerlo, solo que no fui yo quien llevó a cabo la acción. Fueron ellos, los once espíritus huecos. Todos se pusieron de pie delante de mí en una sincronía perfecta. Aquello fue sorprendente, por supuesto, y, sin embargo, sentí que me llenaba una calma inmensa. Me estaba relajando en las profundidades más puras de aquella capacidad nueva. Fue como si todas nuestras mentes se hubieran apagado a la vez y luego se hubieran encendido de nuevo al mismo tiempo, una especie de reinicio colectivo, y eso nos había proporcionado una forma de armonía, lo que me permitía aprovechar el núcleo inconsciente de mi poder, así como controlar las mentes de los huecos justo en el momento en el que tenían bajas las defensas.

Y ahora eran míos. Eran unas marionetas que podía controlar con unos hilos invisibles. Pero ¿cuánto podía hacer? ¿Cuáles eran los límites? ¿A cuántas podía controlar a la vez, de forma discrecional?

Para averiguarlo, empecé a jugar.

En la habitación de arriba, hice que el hueco se acostara.

Se acostó.

(Había decidido que todos eran «ellos», sin ninguna «ella».)

Hice que los que tenía delante de mí saltaran.

Saltaron.

Eran dos grupos distintos, el solitario de arriba y los que tenía delante de mí. Intenté controlarlos de forma individual, así que hice que uno levantara la mano sin que el resto lo imitara. Fue un poco como intentar que un solo dedo del pie se moviera de manera independiente: difícil, pero no imposible. No tardé mucho tiempo en conseguir agarrarle el truco. Cuanto menos conscientemente trataba de lograrlo, más fácil me resultaba. El control se producía de un modo más natural cuando simplemente me imaginaba que realizaban una determinada acción.

Los envié a las pilas de huesos que había en un extremo del túnel, y luego los hice recogerlos con las lenguas y tirárselos los unos a los otros: al principio, de uno en uno, luego de dos en dos, de tres en tres, y de cuatro en cuatro, practicando sin cesar hasta que conseguí lanzarlos de seis en seis. Solo cuando hice que el hueco que estaba arriba se pusiera de pie y comenzara a saltar empezaron a fallar los lanzadores de huesos.

No creo que sea fanfarronear decir que se me daba muy bien. Incluso diría que me salía de un modo natural. Me di cuenta de que si disponía del tiempo suficiente, tendría la capacidad de convertirme en un maestro. Podría haber hecho jugar un partido de basquet a dos equipos compuestos solo por huecos, o hacerlos bailar *El lago de los cisnes*. Pero no había más tiempo para practicar; aquello tendría que ser suficiente. Así que los reuní a mi alrededor, hice que el más fuerte me tomara y me subiera a su espalda con una de sus lenguas, y uno por uno, los miembros de mi pequeño ejército monstruoso subieron por el conducto hacia la estancia que había sobre nuestras cabezas.

Habían encendido las luces del techo de la desordenada sala, y, bajo su intenso resplandor, vi que los únicos cuerpos que quedaban eran los maniquíes y los modelos: a las ymbrynes se las habían llevado. La puerta de cristal que daba a la sala de observación de Caul estaba cerrada. Hice que los huecos se quedaran atrás mientras yo me acerqué solo, acompañado únicamente por el que me llevaba a hombros. Luego llamé a mis amigos en voz alta, esta vez en mi propio idioma.

—¡Soy yo! ¡Soy Jacob!

Todos se precipitaron hacia la puerta y se apiñaron alrededor de Emma.

—¡Jacob! —Su voz sonó ahogada detrás del vidrio—. ¡Estás vivo!

Pero mientras me observaba, en su cara apareció una expresión de extrañeza,

como si no fuera capaz de entender lo que estaba viendo. Me di cuenta de que era porque yo estaba montado en la espalda de un hueco, así que a Emma le parecía que estaba flotando en el aire por encima del suelo.

—No pasa nada —le aclaré—. ¡Es que estoy montado sobre un hueco! —Le di una palmada en el hombro para demostrar que había algo sólido y con carne debajo de mí—. Está completamente bajo mi control, y también estos.

Obligué a los once huecos a avanzar y dar una patada en el suelo para demostrar su presencia. Mis amigos se quedaron con la boca abierta por el asombro.

—¿De verdad eres tú, Jacob? —preguntó Olive.

—¿Qué quieres decir con que los estás controlando? —quiso saber Enoch.

—¡Tienes la camisa manchada de sangre! —exclamó Bronwyn.

Abrieron la puerta de cristal lo suficiente como para hablar a través de la rendija. Les expliqué que había caído en el pozo de los huecos, donde casi me habían matado de un mordisco, que luego me quedé aturdido y dormido, y que me había despertado con una docena de ellos bajo mi control. Como demostración adicional hice que los huecos tomaran a Warren, incluida la silla a la que estaba atado, y lo zarandearan de un lado a otro varias veces. La silla dio una vuelta tras otra hasta que los niños comenzaron a dar gritos de diversión, y Warren gimió como si estuviera a punto de vomitar. Al cabo de un rato, hice que lo dejaran otra vez en el suelo.

—Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, jamás lo habría creído —comentó Enoch—. ¡Ni en un millón de años!

—¡Eres fantástico! —oí decir a una vocecilla, y allí estaba Claire.

—¡Déjame echarle un vistazo! —le dije, pero cuando me acerqué a la puerta entreabierta, ella se apartó.

Por muy impresionados que estuvieran con mis habilidades, superar el miedo natural de un peculiar a un espíritu hueco no era una tarea fácil... y el olor, probablemente, tampoco ayudó mucho.

—No te pasará nada —la tranquilicé—. Te lo prometo.

Olive se pegó a la puerta.

—No tengo miedo.

—Yo tampoco —dijo Emma—. Y quiero ser la primera.

Cruzó el umbral y vino a mi encuentro. Hice que el hueco se arrodillara, me incliné hacia un lado y traté de rodearla con los brazos de una manera algo torpe.

—Lo siento, no puedo ponerme de pie por mí mismo —le expliqué con la cara contra su mejilla. Las pestañas de mis ojos cerrados rozaron su suave cabello. No era suficiente, pero de momento tendría que bastar.

—Estás herido. —Se apartó para mirarme entero—. Tienes cortadas por todas partes, y son profundas.

—No puedo sentir las. Tengo arena por todo el cuerpo...

—Eso puede significar que solo estás insensibilizado, no curado.

—Me preocuparé de ello más tarde. ¿Cuánto tiempo pasé ahí abajo?

—Horas —me susurró—. Pensamos que habías muerto.

Le di un leve golpecito en la frente con la mía.

—Te hice una promesa, ¿recuerdas?

—Necesito que me prometas otra cosa. Deja de asustarme tanto.

—Haré todo lo posible.

—No. ¡Prométemelo!

—En cuanto todo esto termine, te prometeré lo que tú quieras.

—No pienso olvidarlo —me respondió.

Miss Peregrine apareció en la puerta.

—Será mejor que entren. ¡Y deja a esa bestia ahí fuera, por favor!

—¡Miss P., está usted de pie!

—Sí, me estoy recuperando —me respondió—. Me salvé por haber llegado tarde, y por cierto nepotismo por parte de mi hermano. No todas mis compañeras ymbrynes tuvieron tanta suerte.

—No te has salvado, hermana —dijo una voz retumbante desde arriba. Era Caul de nuevo, a través de la megafonía—. ¡Solo estaba guardando el plato más sabroso para el final!

—¡Cállate! —gritó Emma—. Cuando los huecos de Jacob te encuentren, ¡serás su desayuno!

Caul se echó a reír.

—Lo dudo —dijo—. Eres más poderoso de lo que imaginaba, muchacho, pero no te engañes. Estás rodeado y sin salida. No has hecho más que retrasar lo inevitable. Pero si te entregas ahora mismo, quizá me plantearé la posibilidad de perdonar a unos cuantos de ustedes...

Hice que los huecos arrancaran los altavoces del techo con un movimiento rápido de sus lenguas y luego los aplastaran contra el suelo. Cuando los cables y las piezas saltaron por todas partes, la voz de Caul se cortó.

—Cuando lo encontremos —dijo Enoch—, me gustaría arrancarle las uñas antes de matarlo. ¿A alguien le parece mal?

—Mientras yo pueda meterle antes un enjambre de abejas por la nariz, perfecto —contestó Hugh.

—Nosotros no somos así —los cortó miss Peregrine—. Cuando todo esto termine, la ley ymbrynica lo condenará a pudrirse en un bucle de castigo durante el resto de su vida no natural.

—¿Y qué tiene de divertido eso? —dijo Enoch.

Miss Peregrine le lanzó una mirada fulminante.

Hice que el hueco me bajara, y con la ayuda de Emma, cojeé a través de la puerta

hasta entrar en la sala de observación. Mis amigos estaban allí, todos menos Fiona. Alineados a lo largo de las paredes y sentados en sillas de oficina, vi unos rostros pálidos y asustados mirándome. Las ymbrynes.

Sin embargo, antes de que pudiera acercarme a ellas, mis amigos me cerraron el paso. Me rodearon con los brazos y sostuvieron mi cuerpo tambaleante con aquel abrazo colectivo. Me entregué a ese gesto. Hacía mucho tiempo que no sentía nada tan maravilloso. Entonces Addison se me acercó trotando con tanta dignidad como pudo sobre dos patas lastimadas y me separé para saludarlo.

—Esta ya es la segunda vez que me salvas —le dije poniendo una mano sobre su cabeza peluda—. No sé cómo voy a poder devolverte el favor.

—Puedes empezar por sacarnos de este maldito bucle —gruñó—. ¡No sabes lo que lamento haber cruzado ese puente!

Los que lo oyeron se echaron a reír. Tal vez fuera su naturaleza canina, pero Addison no tenía filtro alguno; siempre decía justo lo que pensaba.

—Ese truco que hiciste con el camión ha sido una de las cosas más valientes que he visto —le dije.

—Me capturaron en cuanto entré en el recinto. Me temo que les fallé.

Se produjo un fuerte y súbito estruendo al otro lado de la pesada puerta. La estancia retumbó. Cayeron unos cuantos objetos pequeños de los estantes.

—Los wights están tratando de derribar la puerta —me explicó Miss Peregrine—. Llevan intentándolo desde hace rato.

—Nos ocuparemos de ellos —le dije—. Pero primero quiero saber quién falta. La batalla va a estallar en cuanto abramos la puerta, así que si hay peculiares en este recinto a los que debemos rescatar, quiero tenerlo en cuenta cuando entremos en combate.

Estaba tan oscuro y abarrotado que tuvimos que recurrir a pasar lista. Fui diciendo los nombres de nuestros amigos, dos veces, solo para estar totalmente seguro de que estaban todos allí. Luego pregunté por los peculiares que habían sido raptados de la casa de hielo de Miss Wren junto a nosotros: el payaso (Olive nos contó entre sollozos que lo habían lanzado a la sima por negarse a cumplir las órdenes de los wights), el contorsionista (al que habían dejado en el metro en estado grave); la telequinética Melina (que estaba en el piso de arriba inconsciente después de que le absorbieran parte del alma) y los hermanos pálidos (en la misma situación). Luego estaban los niños a los que Miss Wren había rescatado: el chico de aspecto normal con sombrero de ala ancha y la chica de pelo muy rizado, encantadora de serpientes. Bronwyn dijo que había visto cómo se los llevaban a otra parte del recinto, donde tenían encerrados a otros peculiares.

Por último, hicimos recuento de ymbrynes. Estaba Miss Peregrine, por supuesto, de quien los niños no se habían separado desde que se reunieron. Había muchas cosas

que quería discutir con ella. Todo lo que nos había pasado desde la última vez que la vimos. Todo lo que le había sucedido a ella. Sin embargo, no hubo tiempo para nada, algo pasó entre nosotros en los breves momentos en los que nuestras miradas coincidieron. Nos miró a Emma y a mí con cierto orgullo y asombro. «Confío en ustedes», decían sus ojos.

No obstante, por muy contentos que estuviéramos de ver a Miss Peregrine, no era la única ymbryne por la que teníamos que preocuparnos. Había doce en total. Nos presentó a sus amigas: Miss Wren, a la que Emma había bajado del techo, estaba herida pero consciente. Miss Glassbill seguía mirando a su manera vaga y sin sentido. La mayor, Miss Avocet, a la que no había visto desde que a ella y a Miss Peregrine las secuestraron a la vez en Cairnholm, ocupaba una silla cerca de la puerta. Miss Bunting, Miss Treecreeper y algunas más se afanaban a su alrededor, sin dejar de ajustarle cobijas sobre los hombros.

Casi todas parecían asustadas, lo que era claramente algo muy poco propio de las ymbrynes. Se suponía que eran nuestras mayores y nuestras líderes, pero llevaban semanas en cautiverio, y las cosas que habían visto y que les habían hecho las habían dejado en un estado de aturdimiento. (Tampoco compartían la confianza de mis amigos en mi capacidad para someter a una docena de huecos y se mantenían tan lejos de mis criaturas como las dimensiones de la estancia lo permitían.)

Al final de la sala quedaba una persona a la que no había nombrado: un hombre con barba, de pequeña estatura, que se encontraba en silencio entre las ymbrynes y que nos observaba a través de unos lentes oscuros.

—¿Quién es? —pregunté—. ¿Un wight?

El hombre se enfureció.

—¡No! —Se quitó los lentes para dejar a la vista los ojos y una expresión adusta—. ¡*Sono* él! —exclamó con un fuerte acento italiano.

Señaló un gran libro encuadernado en piel que estaba encima de la mesa que había a su lado. Parecía creer que ese gesto explicaba su identidad.

Sentí una mano en el brazo. Era Millard, invisible en ese momento sin su traje de rayas.



—Déjame que te presente al cartógrafo temporal más importante de la historia — me dijo con grandilocuencia—. Jacob, te presento a Perplexus Anomalous.

—*Buongiorno* —saludó Perplexus—. ¿Cómo está?

—Es un honor conocerlo.

—Sí —me respondió, levantando la barbilla—. Sí que lo es.

—¿Qué hace aquí? —le susurré a Millard—. Y ¿cómo es que sigue vivo?

—Caul lo encontró viviendo en una especie de bucle del siglo XIV en Venecia, uno que nadie conocía. Pero lleva aquí dos días, lo que significa que muy pronto podría comenzar a envejecer a marchas forzadas.

Según lo que había aprendido, Perplexus corría el peligro de avejentarse de forma acelerada porque el bucle en el que había estado viviendo hasta hacía poco era mucho más antiguo que en el que nos encontrábamos en ese momento, y la diferencia entre esos dos espacios temporales acabaría con él.

—¡Soy su mayor admirador! —le expresó Millard—. Tengo todos sus mapas...

—Sí, ya me lo has dicho —le replicó Perplexus—. *Grazie*.

—Pero eso no explica qué hace aquí —comentó Emma.

—Perplexus escribió en sus diarios cómo encontrar la biblioteca de las almas —explicó Millard—. Por eso Caul lo buscó, lo secuestró y le obligó a decirle dónde estaba.

—Hice un juramento de sangre prometiendo que jamás hablaría —aclaró Perplexus con voz penosa—. ¡Ahora quedará maldito para siempre!

—Quiero devolver a Perplexus a su bucle antes de que envejezca —añadió Millard—. ¡No quiero ser el responsable de la pérdida del mayor tesoro vivo de la peculiaridad!

Del otro lado de la puerta llegó otro impacto estruendoso, aunque este fue todavía más fuerte y retumbante. La estancia retumbó, y del techo cayó una leve lluvia de pequeños trozos de piedra.

—Haremos todo lo posible —le respondió Miss Peregrine—. Pero antes tenemos que ocuparnos de otros asuntos.

Trazamos en un momento un plan muy simple: abríamos de golpe la gran puerta y utilizaríamos a mis huecos para despejar el camino. Podíamos prescindir de ellos, parecían estar en buena forma y mi conexión con ellos era cada vez más fuerte. No me atreví a pensar en lo que podía salir mal. Encontraríamos a Caul si teníamos la oportunidad, pero lo principal era escapar con vida de allí.

Llevé a mis huecos a la pequeña estancia. Todos se apartaron de ellos lo máximo posible y se pegaron a las paredes a la vez que se tapaban la nariz mientras los huecos

pasaban de largo en dirección a la gran puerta, donde se agruparon. El de mayor tamaño se arrodilló y volví a subirme a su espalda; a causa de su envergadura, tuve que agachar la cabeza para no darme contra el techo.

Oímos las voces de los wights al otro lado, en el pasillo. Sin duda, estaban colocando otra bomba. Decidimos esperar a que estallara antes de salir, así que nos quedamos allí, a la espera, y un tenso silencio se apoderó de la estancia.

Por fin, Bronwyn rompió la tensión.

—Creo que Mr. Jacob debería decirnos algo.

—¿Como qué? —respondí a la vez que hacía girar a mi hueco para poder mirarlos a todos a la vez.

—Bueno, está a punto de liderarnos a una batalla. Algo que suene a liderazgo —contestó Bronwyn.

—Algo inspirador —apuntó Hugo.

—Algo que nos haga sentirnos menos aterrorizados —añadió Horace.

—Eso es mucha presión —respondí algo abrumado por la situación—. No sé si esto les quitará el miedo, pero llevo un tiempo dándole vueltas. Solo los conozco desde hace unas pocas semanas, pero a mí me parece que ha sido mucho más. Son los mejores amigos que he tenido en la vida y me resulta raro pensar que hace menos de un mes estaba en casa y ni siquiera sabía que existían. Y todavía tenía a mi abuelo.

Oímos ruidos en el pasillo, unas voces apagadas, el sonido de algo metálico en el suelo.

Seguí, en voz un poco más alta.

—Todos los días extraño a mi abuelo, pero un amigo muy inteligente me dijo una vez que todo sucede por una buena razón. Si él no hubiera muerto, yo nunca los habría conocido. Así que supongo que tuve que perder a una parte de mi familia para encontrar a otra. Bueno, pues así es como me hacen sentir. Como si fueran mi familia. Como si fuera uno de ustedes.

—Eres uno de nosotros —confirmó Emma—. Eres de nuestra familia.

—Te quiero, Jacob —me dijo Olive.

—Ha sido todo un acontecimiento conocerlo, Mr. Portman —declaró miss Peregrine—. Su abuelo se habría sentido muy orgulloso de usted.

—Gracias —respondí, y empecé a emocionarme, pero también me dio un poco de vergüenza.

—Jacob, ¿puedo darte algo? —me preguntó Horace.

—Por supuesto.

Los demás notaron que aquello era algo privado entre nosotros, así que comenzaron a murmurar entre ellos.

Horace se acercó al hueco todo lo que le permitió el asco que sentía y me ofreció, tembloroso, un paño doblado. Lo tomé inclinándome desde lo alto de la espalda del

hueco.

—Es una bufanda —me explicó—. Miss P. logró colar un par de agujas y la tejí mientras estaba en la celda. Reconozco que fue lo que impidió que me volviera loco.

Le di las gracias y la desdoblé. Era una bufanda sencilla de color gris con borlas en los extremos, pero estaba bien tejida e incluso tenía mis iniciales bordadas en una esquina. J. P.

—Vaya, Horace, es...

—No es gran cosa. Si hubiera tenido mi libro de patrones, lo habría podido hacer mejor.

—Es maravillosa. Pero ¿cómo sabías que volverías a verme?

—Tuve un sueño —me contestó con una sonrisa tímida—. ¿Te la vas a poner? Ya sé que no hace frío, pero... te traerá buena suerte.

—Por supuesto —le respondí, y me apresuré a ponérmela con torpeza.

—No, así no se quedará en su sitio. Es así.

Me enseñó a doblarla por la mitad y a meter el extremo por el medio de forma que me encajara a la perfección en el cuello y los extremos sueltos cayeran con elegancia sobre la camisa. No era exactamente un uniforme de batalla, pero no me pareció que hiciera ningún daño.

Emma se situó junto a nosotros.

—¿Has soñado algo más aparte de moda masculina? —le preguntó a Horace—. Como, por ejemplo, dónde se esconde Caul.

Horace negó con la cabeza y comenzó a contestar.

—No, pero tuve un sueño fascinante sobre sellos de correos...

Sin embargo, antes de que tuviera tiempo de contarnos nada más, nos llegó un ruido procedente del otro lado del pasillo que sonó como si un camión de la basura se hubiera estrellado contra una pared, un estampido sónico que nos estremeció hasta la médula de los huesos. La gran puerta blindada se abrió de golpe y lanzó una lluvia de bisagras y metralla al lado opuesto. Por suerte, en ese momento no había nadie cerca. A aquello le siguió un momento de quietud mientras el humo se disipaba y todo el mundo se ponía de pie lentamente. Luego, a través del zumbido que me llenaba los oídos, oí una voz amplificadora.

—¡Que salga el chico solo y nadie resultará herido!

—Me parece que no lo creo —dijo Emma.

—No, va a ser que no —confirmó Horace.

—Ni se le ocurra, Mr. Portman —me advirtió miss Peregrine.

—Ni se me había pasado por la cabeza —le contesté—. ¿Están todos listos?

Oí varios murmullos afirmativos. Desplegué los huecos a ambos lados de la puerta, con las fauces abiertas. Estaba a punto de lanzar el ataque sorpresa cuando oí la voz de Caul por los altavoces del pasillo.

—¡Tienen controlados a los huecos! ¡Retrocedan! ¡Posiciones defensivas!

El sonido de unas botas que se alejaban llenó el corredor. El ataque sorpresa había fracasado.

—¡Maldita sea! —gritó Emma.

—¡No importa! —la tranquilicé—. Cuanto tienes doce huecos a tu disposición, no es imprescindible la sorpresa.

Había llegado el momento de utilizar mi arma secreta. En vez de la tensión creciente habitual antes de un ataque, sentí lo contrario, una tranquilidad completa en mi ser a medida que mi conciencia se relajaba y se repartía entre los huecos. Un instante después, mientras mis amigos y yo nos manteníamos rezagados, las criaturas comenzaron a salir disparadas por la abertura rota y desigual de la puerta reventada para lanzarse por el pasillo a la carrera, gruñendo con las fauces abiertas. Sus cuerpos invisibles abrieron túneles en el humo que todavía flotaba en el aire. Los wights abrieron fuego contra ellos, y los cañones de las armas destellaron antes de que ellos se replegaran. Las balas pasaron zumbando a través de la abertura de la entrada para luego cruzar la estancia donde nos habíamos refugiado, hasta estrellarse en la pared opuesta.

—¡Tú avísanos! —me gritó Emma—. ¡Saldremos cuando lo digas!

Tenía la mente en una docena de sitios a la vez, así que apenas fui capaz de contestar. Yo era ellos, los huecos que se encontraban en el pasillo, y la piel me picaba en una respuesta empática por cada disparo que los atravesaba.

El primer golpe lo asestamos con la lengua, y nuestras víctimas fueron los wights que no habían corrido lo suficiente y los valientes, pero estúpidos, que se habían quedado atrás para luchar. Los golpeamos con saña, les estrellamos la cabeza contra la pared, y unos pocos huecos se detuvieron para clavarles los dientes, y en esos momentos procuré desconectar mis propios sentidos, para tragar sus armas, para silenciar sus gritos, hasta dejarlos destrozados, con los cuerpos abiertos en canal.

Encajonados en la escalera que se encontraba en el extremo del pasillo, los guardias abrieron fuego de nuevo. Una segunda descarga de disparos nos atravesó de un modo doloroso, pero seguimos corriendo, agitando las lenguas en el aire.

Algunos de los wights escaparon a través de la trampilla, pero otros no tuvieron tanta suerte y cuando dejaron de gritar, lanzamos los cuerpos a un lado para despejar la escalera. Sentí que dos de mis huecos morían y que sus señales desaparecían de mi mente al perderse la conexión. Un momento después, el pasillo estaba despejado.

—¡Ahora! —le dije a Emma, y esa fue la frase más compleja que logré decir en esos momentos.

—¡Ahora! —repitió Emma, girándose hacia el resto del grupo—. ¡Por aquí!

Dirigí a mi hueco hacia el pasillo mientras me mantenía agarrado a su cuello con las dos manos por temor a caerme de espaldas. Emma me siguió con los demás y

utilizó sus manos llameantes como señales luminosas en mitad del humo. Todos juntos cruzamos el pasillo, con mi batallón de monstruos delante y mi ejército de peculiares detrás. Los primeros que me seguían eran los más fuertes y los más valientes: Emma, Bronwyn y Hugh. Luego marchaban las ymbrynes y Perplexus, que no paraba de quejarse y que insistía en llevarse su pesado Mapa de los Días. Cerraban el grupo los niños más pequeños, los tímidos, los heridos.

El pasillo olía a pólvora y a sangre.

—¡No miren! —oí que Bronwyn avisaba cuando comenzamos a pasar al lado de los cadáveres de los wights.

Los conté al pasar. Había cinco, seis, siete, frente a mis dos huecos muertos. Era una buena proporción, pero ¿cuántos wights había en total? ¿Cuarenta, cincuenta? Me preocupaba que ellos fueran demasiados para poder matarlos a todos y nosotros demasiados por proteger, y que una vez en el exterior, nos superaran con facilidad, nos rodearan y nos dejaran confundidos y sin salida. Tenía que matar a todos los wights que pudiera antes de que salieran y aquella lucha se convirtiera en una batalla que no podía ganar.

Volví a deslizar mi conciencia en los huecos. El primero subió a saltos la escalera en espiral y se asomó por la trampilla..., y un momento después, un dolor lacerante y la negrura.

Lo habían emboscado nada más asomarse.

Hice que el siguiente saliera utilizando como escudo el cuerpo del hueco muerto. El cadáver recibió una lluvia de disparos mientras avanzaba hacia el interior de la habitación y los demás huecos salían a la carrera de la trampilla. Tenía que darme prisa en hacer retroceder a los wights, en alejarlos de los peculiares que estaban por todas partes, en las camas de hospital. Los que estaban más cerca no tardaron en caer con unos cuantos golpes de lengua, y los demás se batieron en retirada.

Envié a mis huecos tras ellos mientras los peculiares salían por la trampilla. Ya éramos tantos, tantas manos, que liberar a nuestros hermanos postrados y con las almas medio absorbidas sería fácil. Nos desplegamos y lo hicimos con rapidez. En cuanto al loco encadenado y el chico que habíamos escondido en un estante, estaban más seguros allí que con nosotros. Ya volveríamos por ellos.

Mientras tanto, los huecos restantes persiguieron a los wights hacia la salida del edificio. Los wights dispararon casi a ciegas, hacia atrás mientras huían. Les pisamos los talones y fuimos capaces de derribar a dos o tres con las lenguas, tuvieron un final rápido aunque espantoso en cuanto mis huecos se les echaron encima. Un wight se había escondido detrás de un mostrador, donde estaba armando una bomba. Un hueco lo sacó de un jalón y después los empujó a él y al explosivo hacia una habitación lateral. La bomba explotó momentos después, y otro hueco se apagó en mi conciencia.

Los wights se habían dispersado y más de la mitad habían logrado huir saltando a

través de las ventanas o a la carrera por las puertas laterales. Los estábamos perdiendo y la lucha se desplazaba. Habíamos terminado de liberar a los peculiares postrados en cama y casi alcanzado a mis huecos, que ya solo eran siete, además del que yo montaba. Estábamos cerca de la salida, en la sala de las herramientas horribles, y teníamos ante nosotros una elección. Les planteé la cuestión a las personas que tenía más cerca, Emma, Miss Peregrine, Enoch, Bronwyn.

—¿Usamos a los huecos como protección y corremos hacia la torre? —les pregunté hablando con más soltura, ya que eran menos los huecos en los que tenía que concentrarme—. ¿O seguimos luchando?

Sorprendentemente, todos se mostraron de acuerdo.

—No podemos parar ahora —declaró Enoch mientras se limpiaba la sangre de las manos.

—Si lo hacemos, seguirán persiguiéndonos para siempre —afirmó Bronwyn.

—¡No, qué va! —exclamó un wight herido, que estaba acurrucado en el suelo, junto a nosotros—. ¡Firmaremos un tratado de paz!

—Eso ya lo intentamos en 1945 —replicó Miss Peregrine—. Ese tratado no vale ni el papel higiénico en el que se escribió. Hay que seguir luchando, niños. Puede que no tengamos una oportunidad como esta de nuevo.

Emma levantó una mano llameante.

—Vamos a arrasar este sitio.

Hice salir a la carrera a mis huecos del edificio del laboratorio, y atravesaron el patio a la caza de los wights restantes. Los huecos sufrieron una nueva emboscada y otro murió y desapareció de mi mente. Salvo en el que iba montado, todos habían sufrido ya una herida de bala, pero a pesar de sus lesiones, la mayoría conservaba las fuerzas. Los huecos, como habíamos experimentado varias veces por las malas, eran unos bichos resistentes. Los wights, por el contrario, parecían correr asustados, pero eso no quería decir que ya estuvieran vencidos. No saber exactamente dónde estaban solo los hacía más peligrosos.

Traté de mantener a mis amigos en el interior del edificio mientras enviaba a los huecos a hacer un reconocimiento, pero los peculiares estaban furiosos y llenos de adrenalina, con ganas de luchar.

—¡Quítense de en medio! —gritó Hugh, tratando de abrirse paso entre Emma y yo, que estábamos bloqueando la puerta.

—¡No es justo que Jacob lo haga todo! —exclamó Olive—. Ya has matado a cerca de la mitad de los wights, pero ¡yo los odio tanto como tú! Además, yo llevo más tiempo odiándolos. ¡Casi cien años! Así que, ¡venga!

Era cierto: aquellos niños tenían un siglo de rencor contra los wights que sacarse del cuerpo, y yo estaba acaparando toda la gloria. También era su guerra, y no creo que fuera mi cometido alejarlos de ella.

—Si realmente quieres ayudar, esto es lo que puedes hacer... —dije a Olive.

Treinta segundos más tarde, estábamos en el patio abierto, y Horace y Hugh estaban jalando a Olive, que volaba con una cuerda atada alrededor de la cintura. Se convirtió de inmediato en nuestro valioso ojo de halcón, desde donde nos gritó la información que mis huecos en tierra no podrían haber conseguido.

—¡Hay un par a la derecha, más allá del pequeño cobertizo blanco! ¡Y otro en el tejado! ¡Y algunos corren hacia el muro grande!

No se habían dispersado a los cuatro vientos, pero casi todos estaban más allá del patio. Con un poco de suerte, todavía podríamos atraparlos. Llamé a mis seis huecos para que se reagruparan. Desplegué a cuatro para formar una falange que marchara delante y dos detrás de nosotros como una guardia frente a ataques por la espalda. Eso nos permitiría a mis amigos y a mí recorrer el espacio entre ellos y enfrentarnos a cualquier wight que lograra atravesar nuestra pared de huecos.

Empezamos a caminar hacia el borde del patio. Así, a horcajadas sobre mi hueco personal, me sentí como un general que dirigiera a sus tropas montado a caballo. Emma estaba a mi lado, y los demás peculiares avanzaban justo detrás de ella: Bronwyn recogía ladrillos sueltos para lanzarlos, Horace y Hugh jalaban la cuerda de Olive, y Millard se mantenía pegado a Perplexus, que no dejaba de soltar palabrotas en italiano mientras se protegía con su Mapa de los Días. En la zona posterior, las ymbrynes silbaron e hicieron llamadas de aves en un intento de reclutar amigos alados a nuestra causa, pero el Acre del Diablo era un lugar tan muerto que había pocas aves silvestres. Miss Peregrine se había hecho cargo de Miss Avocet y las pocas ymbrynes traumatizadas. No había ningún sitio donde dejarlas; tendrían que acompañarnos al combate.

Llegamos al borde del patio, más allá del cual se extendía un terreno abierto de unos cincuenta metros de largo. En todo ese espacio solo había un pequeño edificio, lo único que se interponía entre nosotros y el muro exterior. Era una curiosa estructura con una cubierta de pagoda y unas puertas altas y ornamentadas, en la que vi entrar a unos cuantos wights a la fuga. Según Olive, casi todos los restantes habían tomado posiciones en el interior del pequeño edificio. De un modo u otro, íbamos a tener que sacarlos de allí.

Una cierta quietud se había asentado sobre el recinto. No había wights visibles por ningún lado. Nos quedamos detrás de un muro de protección para decidir nuestro siguiente movimiento.

—¿Qué estarán haciendo ahí? —me pregunté.

—Tratar de sacarnos a terreno abierto —apuntó Emma.

—No hay problema. Enviaré a los huecos.

—¿Eso no nos dejará sin protección?

—No creo que tengamos elección. Olive contó un total de veinte wights allí dentro, eso por lo menos. Necesito enviar suficientes huecos para vencerlos por completo o lo único que conseguiré será sacrificarlos en balde.

Inspiré profundamente. Paseé la mirada por los tensos rostros que se mantenían a la espera a mi alrededor. Envié a los huecos de uno en uno, deslizándose a través del patio abierto de puntitas, con la esperanza de que el leve sonido de aquellos pasos les permitiera pasar desapercibidos mientras rodeaban el edificio.

Pareció funcionar: el edificio tenía tres puertas, y logré desplegar dos huecos en cada una sin que ningún wight mostrara el rostro. Los huecos montaron guardia fuera de las puertas mientras yo escuchaba a través de sus oídos. Distinguí en el interior el sonido de alguien que hablaba con un tono de voz agudo, aunque no fui capaz de reconocer las palabras. Entonces un pájaro silbó. Se me heló la sangre.

Había ymbrynes allí dentro. Había más de lo que habíamos creído en aquel lugar.

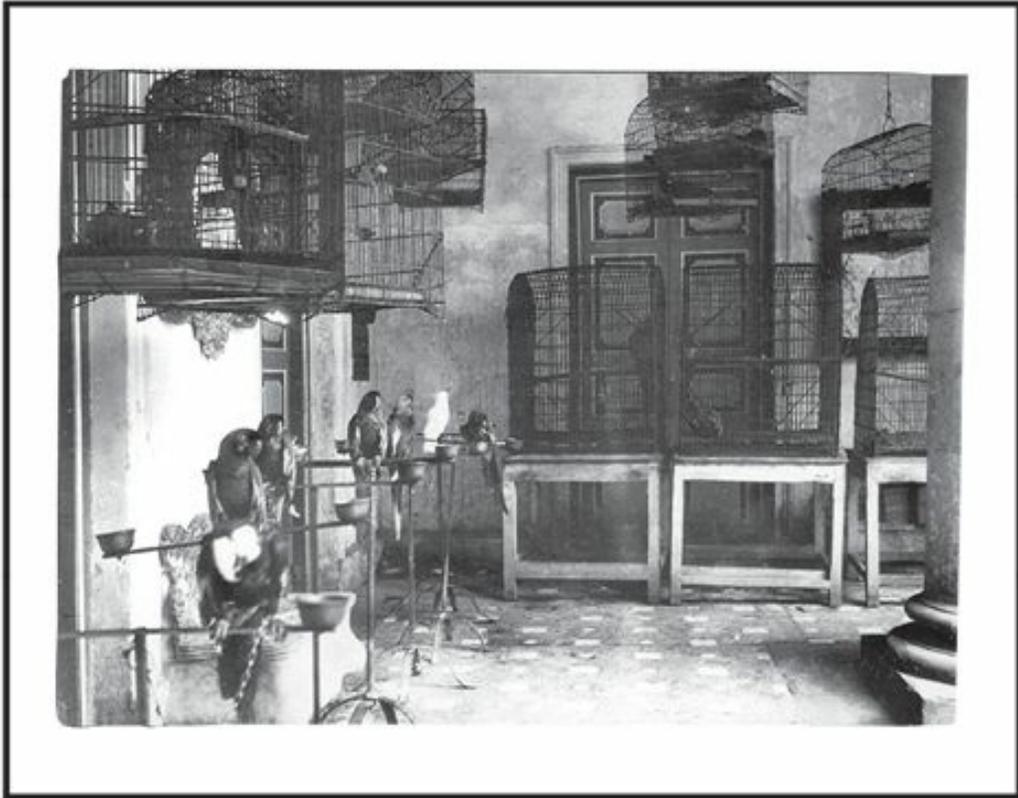
Rehenes.

Pero si eso era cierto, ¿por qué los wights no trataban negociar?

Mi plan original había sido derribar todas las puertas a la vez y cargar hacia el interior. Pero si había rehenes, sobre todo ymbrynes, no podía arriesgarme a semejante temeridad.

Decidí que debía arriesgar a uno de los huecos para que echara un vistazo al interior. Sin embargo, todas las ventanas estaban cerradas, lo que significaba que tendría que enviarlo a través de una puerta.

Elegí al hueco más pequeño. Sacó su lengua dominante, la pasó por el picaporte y lo agarró.



—Voy a mandar a uno al interior —dije—. Solo uno, para que eche un vistazo. Poco a poco, el hueco giró la manija. Conté silenciosamente hasta tres, y el hueco abrió la puerta.

Se inclinó hacia delante y colocó uno de sus ojos negros en la grieta.

—Estoy mirando dentro.

A través de su ojo pude ver un trozo de pared cubierta de jaulas. Eran grandes y negras, de diferentes formas y tamaños.

El hueco empujó la puerta para abrirla otro poco. Vi más jaulas, y pájaros por fin, también, dentro y fuera de ellas, encadenados a sus perchas.

Pero ni un wight.

—¿Qué ves? —me preguntó Emma.

No había tiempo para explicar, solo para actuar. Hice que todos mis huecos abrieran las puertas a la vez y entraran en tromba.

Había pájaros por todas partes, sorprendidos y graznando.

—¡Pájaros! —exclamé—. ¡Está lleno de ymbrynes!

—¿Qué? —exclamó Emma—. ¿Dónde están los wights?

—No lo sé.

Los huecos giraron sobre sí mismos olisqueando el aire, buscando en cada rincón y grieta.

—¡No puede ser! —exclamó a su vez Miss Peregrine—. Todas las ymbrynes secuestradas están aquí.

—Entonces, ¿qué son todos estos pájaros? —le pregunté.

Un momento después, oí a uno cantar con la voz rasposa propia de un loro.

—¡Corre, conejo, corre! ¡Corre, conejo, corre!

Entonces me di cuenta: no se trataba de ymbrynes. Eran loros de verdad. Y estaban haciendo tictac.

—¡Al suelo! —grité, y todos nos echamos cuerpo a tierra detrás de la pared del patio.

Mi hueco se tiró hacia atrás y me arrastró con él.

Hice que los demás huecos corrieran hacia las puertas, pero los loros bomba estallaron antes de que pudieran atravesarlas. Los diez explotaron a la vez, destruyendo el edificio y a los huecos con un terrible retumbar. Sentí las señales de todos los huecos desaparecer al mismo tiempo mientras el polvo y los pedazos de ladrillo y los cascotes volaban por el patio y caían sobre nosotros. Todos desaparecieron de mi mente, todos menos uno.

Una nube de humo y plumas pasó flotando sobre el muro. Los peculiares y las ymbrynes quedaron cubiertos de polvo y empezaron a toser mientras comprobaban entre sí que no había nadie herido. Me quedé aturdido, o en un estado similar, con la mirada fija en un trozo de tierra manchada donde había caído un trozo de hueco que

todavía temblaba un poco. Durante una hora, mi mente se había esforzado por acomodarse a doce de ellos, y su repentina muerte había creado un vacío desconcertante que me dejó un poco mareado y extrañamente... despojados. Pero las crisis consiguen hacer que uno centre la mente, y lo que sucedió a continuación hizo que mi último hueco y yo nos irguiéramos de inmediato hasta quedar sentados.

Del otro lado del muro llegó el sonido de muchas voces gritando juntas, un gran grito de batalla que fue en aumento, y debajo de ese alarido se oyó el estruendo de unas botas a la carrera. Todo el mundo se quedó inmóvil y me miró con el temor marcado en la cara.

—¿Qué es eso? —preguntó Emma.

—Déjame ver —le dije, y me arrastré para alejarme de mi hueco y echar un vistazo por encima del borde del muro.

Una horda de wights se lanzaba a la carga contra nosotros sobre el suelo humeante. Era un grupo de unos veinte, que corrían empuñando rifles y pistolas. Sus ojos blancos y dientes brillantes relucían en la oscuridad. Habían salido ilesos de la explosión, tras cobijarse, supuse, en un refugio subterráneo. Nos habían atraído a una trampa y los loros bomba eran solo el primer elemento. Ahora que nos habían arrebatado nuestra mejor arma, los wights se lanzaban al asalto final.

Hubo un movimiento generalizado de pánico cuando otros miraron por encima del muro y vieron la horda a la carga.

—¿Qué hacemos? —exclamó Horace.

—¡Luchar! —respondió Bronwyn—. ¡Les daremos con todo lo que tenemos!

—¡No, debemos huir mientras se pueda! —replicó Miss Avocet, aunque su espalda encorvada y su cara cubierta de profundas arrugas hacían difícil imaginar que pudiera escapar de nada—. ¡No podemos permitir que otro peculiar pierda la vida!

—Disculpe, pero se lo preguntaba a Jacob —le aclaró Horace—. Después de todo, ha sido él quien nos ha sacado y traído hasta aquí...

Por instinto, miré a Miss Peregrine, que era quien yo consideraba que tenía la última palabra en asuntos de autoridad. Ella me devolvió la mirada y asintió.

—Sí. Creo que Mr. Portman debe decidir. Sin embargo, ha de hacerlo con rapidez, o los wights tomarán la decisión por usted —respondió.

Casi protesté. Todos mis huecos menos uno estaban muertos, pero supongo que fue la manera que tuvo de decirme que confiaba en mí, con o sin huecos. De todos modos, lo que debíamos hacer me parecía muy obvio. A lo largo de cien años, los peculiares no habían estado en ningún momento tan cerca de acabar con la amenaza de los wights, y si huíamos, tal vez no tendríamos otra oportunidad de vencerlos. Las caras de mis amigos mostraban miedo, pero también determinación. Pensé que estaban dispuestos a arriesgar sus vidas para tratar de eliminar definitivamente el azote de los wights.

—Lucharemos —afirmé—. Hemos llegado demasiado lejos como para rendirnos ahora.

Si había alguien entre nosotros que hubiera preferido huir, se quedó callado. Ni siquiera las ymbrynes, que habían jurado mantenernos a salvo, discutieron. Sabían qué clase de final le esperaba a cualquiera que volviera a ser capturado.

—Tú mandas —me dijo Emma.

Asomé el cuello alrededor del muro. Los wights se acercaban con rapidez y ya estaban a menos de treinta metros de nosotros. Pero quería que estuvieran más cerca, lo suficiente para poder quitarles con facilidad las armas de las manos.

Sonaron varios disparos, y luego, un grito desgarrador procedente de arriba.

—¡Olive! —chilló Emma—. ¡Están disparando a Olive!

Habíamos dejado a la pobre chica colgada allí arriba. Los wights le disparaban sin tregua mientras ella gritaba y agitaba las extremidades como una estrella de mar. No había tiempo para jalarla hacia tierra, pero tampoco podíamos dejarla allí colgada como un blanco móvil.

—Vamos a darles algo mejor a lo que disparar —les dije—. ¿Listos?

Su respuesta fue contundente y afirmativa. Me arrastré hasta montarme de nuevo en la espalda de mi hueco.

—¡Adelante! —grité.

El hueco se puso en pie de un salto y casi me hizo caer, y luego se lanzó hacia delante como un caballo de carreras tras el disparo de salida. Salimos en tromba de detrás del muro, con el hueco y yo a la cabeza, y mis amigos y las ymbrynes siguiéndonos de cerca. Solté un grito de guerra, no tanto para asustar a los wights como para disipar el temor que me invadía, y mis amigos hicieron lo mismo. Los wights prácticamente se detuvieron y, por un momento, parecieron incapaces de decidir si querían mantener la carga o pararse para disparar contra nosotros. Eso nos proporcionó al hueco y a mí suficiente tiempo como para recorrer gran parte del terreno abierto que nos separaba.

Los wights no tardaron mucho en decidirse. Se detuvieron, alzaron las armas como si fueran un pelotón de ejecución y dispararon una descarga; las balas pasaron zumbando a mi alrededor, acribillaron el suelo y activaron mis receptores del dolor cuando impactaron en el hueco. Recé para que no le hubieran alcanzado en algún punto vital, me agaché más para protegerme detrás de su cuerpo y lo urgí a que avanzara a mayor velocidad usando sus lenguas como patas extra para acelerar.

El hueco y yo cruzamos la distancia restante en tan solo unos segundos, con mis amigos pegados a los talones. Un momento después, estábamos entre ellos, y la lucha fue cuerpo a cuerpo, donde la ventaja era nuestra. Mientras yo me concentraba en golpearles las manos a los wights para quitarles las armas, mis amigos utilizaron bien sus talentos peculiares. Emma blandió las manos como mazas de fuego y derribó a

una fila de wights. Bronwyn arrojó los ladrillos que había reunido y luego comenzó a soltar puñetazos y a machacar a los wights con sus propias manos. La abeja solitaria de Hugh había hecho algunas amigas, y mientras él las animaba («¡Vayan por los ojos, compañeras!») se arremolinaban alrededor de los enemigos y se lanzaban por ellos apuntando adonde podían. Lo mismo hicieron las ymbrynes, que se habían convertido en aves después de los primeros disparos. Miss Peregrine era la más temible: su enorme pico y sus garras hacían que los wights salieran huyendo, pero incluso la pequeña y colorida Miss Bunting fue útil, ya que jaloneó del pelo a uno de los wights y le picoteó la cabeza con fuerza suficiente como para hacer que fallara el tiro, lo que le permitió a Claire saltar y morderle en el hombro con su ancha boca posterior de dientes afilados. Enoch también hizo su trabajo y se sacó de debajo de la camisa tres hombres de arcilla con tenedores por piernas y cuchillos por brazos que envió a que cortaran los tobillos a los wights. Al mismo tiempo, Olive nos gritaba avisos desde su punto de vista a vuelo de pájaro.

—¡Detrás de ti, Emma! ¡Hugh, va a intentar tomar su arma!

Sin embargo, a pesar de todas nuestras magníficas peculiaridades, nos superaban en número, y los wights luchaban como si les fuera la vida en ello, y probablemente era así.

Algo duro se estrelló contra mi cabeza, el mango de una pistola, y por un momento me quedé colgando de la cadera del hueco, con el mundo girando a mi alrededor. Miss Bunting fue capturada y arrojada al suelo. Era un caos, un caos sangriento y horrible, y los wights comenzaban a tener ventaja y a obligarnos a retroceder.

Y justo después, detrás de mí, oí un rugido familiar. Recuperé todos los sentidos, miré a mi alrededor y vi a Bentham, lanzado al galope hacia la lucha a horcajadas sobre la espalda de su oso. Ambos estaban empapados, ya que habían llegado a través del Panbucleticón de la misma manera que Emma y yo.

—¡Hola, joven! —gritó cuando llegó a mi lado—. ¿Te vendría bien un poco de ayuda?

Antes de que pudiera responder, mi hueco recibió otro disparo, y la bala le atravesó el cuello y me rozó un muslo dibujando una línea sangrienta a través de mis pantalones rasgados.

—¡Sí, por favor! —grité.

—¡PT, ya oíste al muchacho! —exclamó Bentham—. ¡Mata!

El oso torvo se lanzó a la lucha, moviendo a un lado y a otro sus gigantescas garras y derribando wights como si fueran bolos. Uno corrió hacia él y le disparó a quemarropa en el pecho con un revólver. El oso pareció poco más que molesto antes de agarrar al wight y lanzarlo por los aires. Entre mi hueco y el torvo de Bentham no tardamos mucho en poner a los wights a la defensiva. Cuando eliminamos a los

suficientes como para que fuera evidente que eran superados en número, con no más de diez en total, dieron media vuelta y se batieron en retirada.

—¡No dejen que escapen! —exclamó Emma.

Nos lanzamos tras los wights, a pie, por aire, montados en oso y en hueco. Los perseguimos a través de las ruinas humeantes de la casa de los loros, a través del terreno cubierto con los roedores catapultados por la insurrección de Sharon, hacia una puerta en forma de arco, empotrada en el gran muro exterior.

Miss Peregrine gritó por encima mientras atacaba en picado a los wights que huían. Levantó en el aire a uno de ellos agarrándolo por la parte de atrás del cuello, pero aquello y más ataques de las abejas de Hugh solo hicieron que los nueve que quedaban huyeran con más rapidez todavía. Su ventaja fue creciendo y mi hueco comenzó a quedarse atrás mientras perdía un líquido negro por media docena de heridas.

Los wights corrieron casi a ciegas, y la reja de hierro de la puerta se elevó mientras se acercaban a él.

—¡Deténganlos! —grité, con la esperanza de que más allá de la puerta, Sharon y su multitud ingobernable me pudieran oír.

Y entonces me di cuenta: ¡el puente! Todavía quedaba otro hueco, el que estaba bajo el puente. Si pudiera conseguir controlarlo a tiempo, tal vez podría detener a los wights e impedir que escaparan.

Pero no. Ya habían cruzado la puerta y estaban en el puente, y yo me había quedado atrás. Para cuando pasé por la puerta, el hueco del puente ya había recogido a cinco de ellos y los había pasado al otro lado, a Smoking Street, donde solo había una pequeña multitud de adictos a la ambro, lo que no era suficiente para detenerlos. Los cuatro wights que todavía no habían cruzado estaban atrapados en la brecha del puente, a la espera de su turno para ser lanzados.

Cuando mi hueco y yo comenzamos a correr por el puente, sentí al otro hueco en mi mente. En ese momento estaba agarrando a tres de los cuatro wights para lanzarlos al otro lado.

«¡Suéltalos!», dije en voz alta en lenguaje hueco.

O al menos, eso es lo que creí que decía, aunque tal vez algo de sentido se perdió en la traducción y no me interpretó bien, porque en lugar de soltar a los tres wights aterrorizados que no dejaban de patalear de nuevo a nuestro lado del puente, el hueco simplemente los dejó caer en el aire. (¡Qué extraño!)

Todos los peculiares de nuestro lado de la sima y los adictos que había en el lado contrario se acercaron al borde para verlos caer gritando y agitando los brazos todo el trayecto a través de capas de niebla verde sulfuroso hasta que... ¡plaaaf!, se hundieron en el río espumeante y desaparecieron.

Se oyó una ovación en ambos lados y una voz rasposa que reconocí:

—¡Se lo tienen merecido! ¡Eran unos clientes pésimos!

Era una de las dos cabezas de puente que todavía estaban en sus picos.

—¿Tu mamá nunca te dijo que no te bañarás con el estómago lleno? —exclamó la otra—. ¡Hay que esperar veinte minutos!

El wight solitario que quedaba a nuestro lado arrojó su arma al suelo y levantó las manos en señal de rendición, mientras que los cinco que habían logrado llegar al otro lado desaparecieron rápidamente en una nube de ceniza que el viento había levantado.

Nos quedamos viendo cómo huían. Ya no había manera de atraparlos.

—Maldita suerte la nuestra —exclamó Bentham—. Incluso ese pequeño número de wights podría causar estragos en el futuro.

—Estoy de acuerdo, hermano, aunque la verdad es que pensé que te importaba menos que un ratón lo que nos pasara.

Nos volvimos para ver a Miss Peregrine caminando hacia nosotros, otra vez en su forma humana, con un chal abrochado con modestia sobre sus hombros. Tenía la mirada fija en Bentham, con una expresión agria y poco amistosa.

—¡Hola, Alma! ¡Qué gusto verte! —respondió él con alegría exagerada—. Y por supuesto que me importa... —Se aclaró la garganta con torpeza—. Vaya, ¡como que soy la razón por la que no están en prisión! ¡Cuéntenles, hijos, cuéntenles!

—El señor Bentham nos ayudó mucho —admití, aunque realmente no quería meterme en una pelea entre hermanos.

—En ese caso, te doy las merecidas gracias —le respondió Miss Peregrine con frialdad—. Me aseguraré de que el Consejo de Ymbrynes sea consciente del papel que has desempeñado. Quizá consideren apropiado que tu sentencia sea más leve.

—¿Su sentencia? —inquirió Emma, mirando fijamente a Bentham—. ¿Qué sentencia?

Bentham torció la boca.

—El destierro. No creerías que iba a vivir en este pozo si fuera bien recibido en cualquier otro lugar, ¿verdad? Me tendieron una trampa, me acusaron injustamente de...

—De connivencia —terminó Miss Peregrine—. De colaboración con el enemigo. Una traición tras otra.

—Era agente doble, Alma, sacaba información a nuestro hermano. ¡Ya te lo expliqué! —gimoteó Bentham, con las palmas de las manos hacia fuera como si fuera un mendigo—. ¡Sabes que tengo todas las razones del mundo para odiar a Jack!

Miss Peregrine levantó una mano para hacerlo callar. Ya había oído esa historia y no quería que se la repitiera.

—La traición a tu abuelo fue la gota que colmó el vaso —me dijo.

—Eso fue un accidente —exclamó Bentham, retrocediendo a la defensiva.

—Entonces, ¿qué fue de la esencia de alma que le extrajiste? —replicó Miss

Peregrine.

—¡Se le inyectó a los sujetos de prueba!

Miss Peregrine negó con la cabeza.

—Realizamos una ingeniería inversa con su experimento. Se les dio esencia de animales de granja, lo que solo puede significar que te quedaste la de Abe para ti.

—¡Eso es una acusación absurda! —gritó—. ¿Eso fue lo que le dijiste al consejo? Por eso todavía me estoy pudriendo aquí, ¿verdad? —No fui capaz de decir si estaba realmente sorprendido o era todo fachada—. Ya sabía que considerabas amenazadores mi intelecto y mi capacidad superior de liderazgo. Pero no que te rebajarías a tales mentiras para mantenerme fuera de tu camino... ¿Sabes cuántos años he pasado luchando para erradicar la amenaza del uso de la ambrosía? ¿Para qué iba a querer la esencia del alma de ese pobre hombre?

—Para lo mismo que nuestro hermano quiere la del joven Mr. Portman —le contestó Miss Peregrine.

—Ni siquiera voy a honrar esa acusación desmintiéndola. Ojalá esta bruma de prejuicios se despejara de manera que pudieras ver la verdad: estoy de tu lado, Alma, y siempre lo he estado.

—Estás siempre en el lado que mejor se ajuste a tus intereses.

Bentham suspiró y nos dirigió una mirada de perro apaleado a Emma y a mí.

—Adiós, niños. Ha sido un gran placer conocerlos. Me regreso a casa; salvarles la vida ha sido un tremendo esfuerzo para el cuerpo de este anciano. Sin embargo, espero que algún día, cuando su ymbryne recupere el sentido común, nos encontremos de nuevo.

Se llevó una mano al sombrero a modo de saludo, y él y su oso comenzaron a alejarse a través de la multitud, cruzando de nuevo el recinto en dirección a la torre.

—Qué melodramático —musité, aunque me sentí un poco mal por él.

—¡Ymbrynes! —gritó Miss Peregrine—. ¡Vigílenlo!

—¿De verdad le robó el alma a Abe? —preguntó Emma.

—Sin pruebas no podemos estar seguros —respondió Miss Peregrine—. Pero el resto de sus delitos ya le hacen merecer de sobra el destierro para toda una vida. —Mientras lo veía marcharse, su expresión adusta fue desapareciendo poco a poco—. Mis hermanos me enseñaron una dura lección. Nadie puede hacerte tanto daño como la gente a la que amas.

El viento cambió y envió en nuestra dirección la nube de cenizas que había ayudado a escapar a los wights. Llegó antes de que pudiéramos reaccionar, y el vendaval que nos rodeó aulló y nos azotó, y la luz del sol casi desapareció. Se oyó un agudo aleteo cuando las ymbrynes cambiaron de forma y volaron por encima de la tormenta. Mi hueso se dejó caer de rodillas, inclinó la cabeza y se protegió la cara con las dos lenguas libres. Estaba acostumbrado a las tormentas de ceniza, pero nuestros

amigos no. Oí su pánico en la oscuridad.

—¡Quédense donde están! —grité—. ¡Pronto pasará!

—¡Que todo el mundo se tape la nariz y la boca con la camisa y respire a través de la tela! —añadió Emma.

Cuando la tormenta comenzó a amainar un poco, oí algo desde el otro lado del puente, algo que hizo que se me pusieran de punta los pelos de la nuca. Eran tres voces de barítono unidas en una canción, aunque la letra quedaba interrumpida por golpes y gemidos.

—¡Oigan los golpes de martillo...!

¡Pam!

—¡Oigan los clavos que no cesan!

«¡Aaah, mis piernas!».

—¡Qué placer construir una horca...!

«¡Suéltense, suéltense!».

—¡... la cura de todos los males!

«¡Basta, por favor! ¡Me rindo!».

Y, entonces, cuando la ceniza comenzó a aclararse, Sharon y sus tres corpulentos primos aparecieron, arrastrando cada uno de ellos a un wight sometido.

—¡Buen día a todos! —saludó Sharon—. ¿Se les perdió algo?

Cuando se quitaron la ceniza de los ojos, nuestros amigos vieron lo que habían hecho y comenzaron a vitorearles.

—¡Sharon, eres un hombre brillante! —gritó Emma.

Las ymbrynes comenzaron a aterrizar a nuestro alrededor y retomaron sus formas humanas. Mantuvimos la mirada en los wights por respeto mientras se volvían a poner rápidamente la ropa que se habían quitado.

De repente, uno de los wights se escapó de su captor y echó a correr. En lugar de perseguirlo, el constructor escogió con calma un pequeño martillo que llevaba en su cinturón de herramientas, se afianzó sobre ambos pies y lo lanzó. La herramienta giró sobre sí misma por el aire en línea recta hacia la cabeza del wight, pero lo que hubiera sido un derribo perfecto se estropeó cuando el wight se agachó. Se lanzó hacia el caos de los escombros que había al borde de la carretera. Justo cuando estaba a punto de desaparecer entre dos chozas, una grieta en el camino entró en erupción y quedó envuelto en un chorro de fuego amarillo.

A pesar de que era una visión espantosa, todo el mundo gritó y aplaudió.

—¡Ya lo ven! —exclamó Sharon—. Incluso este sitio quiere librarse de ellos.

—Eso es genial, pero ¿qué pasa con Caul? —apunté.

—Estoy de acuerdo —dijo Emma—. Ninguna de estas victorias importará si no lo atrapamos. ¿No es verdad, Miss P.?

Miré a mi alrededor, pero no la vi. Emma también la buscó entre la multitud.

—¡Miss Peregrine! —la llamó en voz alta, con una nota de pánico creciente en la voz.

Hice que mi hueco se irguiera todo lo posible para tener un mejor punto de vista.

—¿Alguien ve a Miss Peregrine? —grité.

Todo el mundo comenzó a mirar alrededor y a comprobar también el cielo por si todavía estuviera volando, o incluso si estaba en el suelo pero sin transformarse todavía en humana.

Entonces, detrás de nosotros, sonó un grito alegre que cortó nuestras conversaciones.

—¡No busquen más, niños! —Por un momento no pude identificar la voz. Luego volvió a sonar—. ¡Hagan lo que digo y no sufrirá ningún daño!

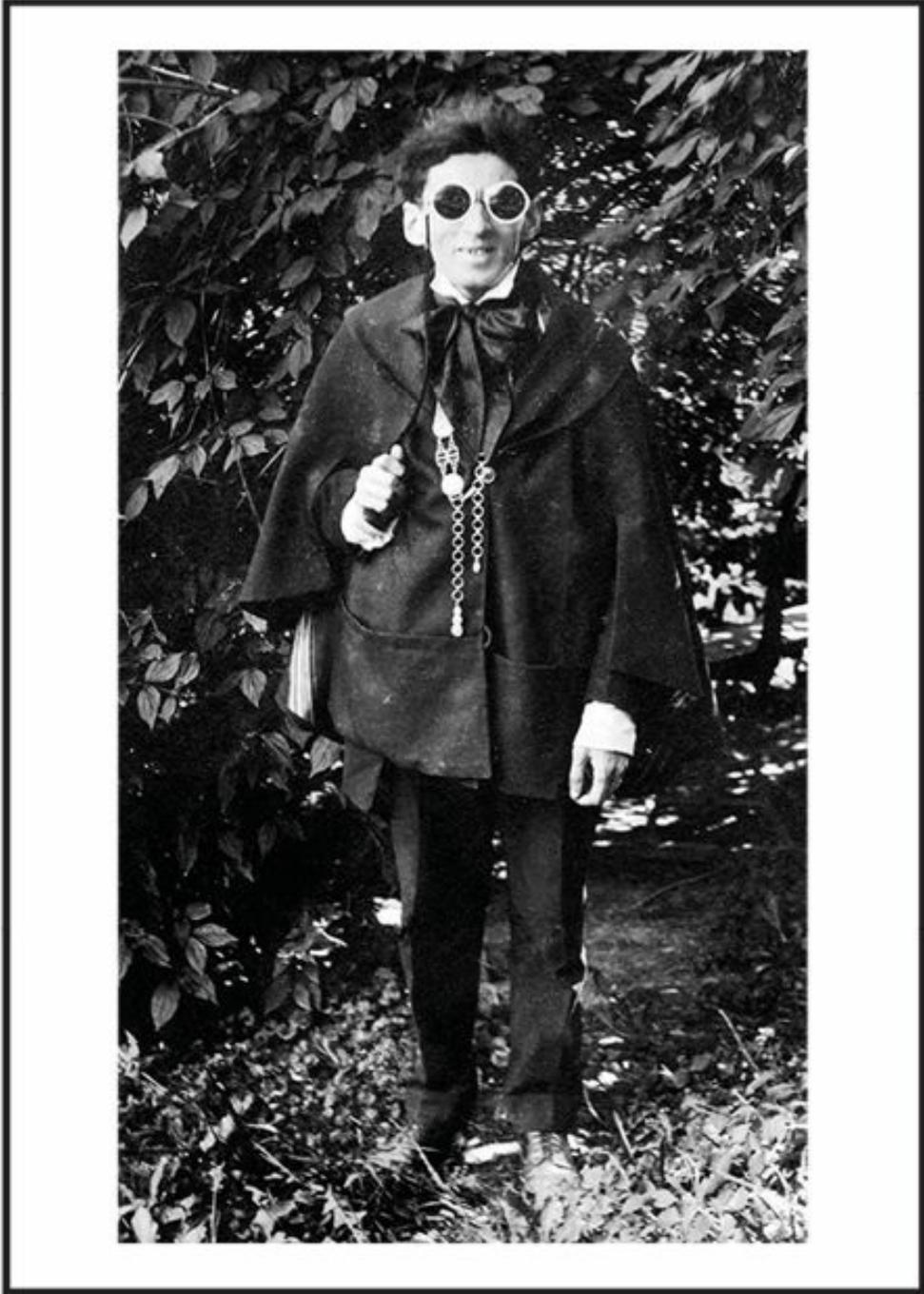
Entonces lo vi emerger de debajo de las ramas de un árbol pequeño cubierto de cenizas ennegrecidas justo al otro lado de la puerta de la fortaleza de los wights. Era una figura familiar.

Caul. Un individuo que parecía una ramita, sin armas en las manos ni guardias a su lado. Su pálido rostro estaba desencajado en una mueca extraña, con los ojos saltones cubiertos por unos lentes de sol que le daban aspecto de insecto. Iba vestido con un abrigo, una capa, joyas de oro y una corbata de seda tejida. Era la imagen de una locura extravagante, igual que un médico chiflado de la ficción gótica que hubiera realizado demasiados experimentos sobre sí mismo. Y fue esa evidente locura, creo, y que todos sabíamos que era capaz de hacer el mal, lo que impidió que echáramos a correr para despedazarlo. Un hombre como Caul nunca estaba tan indefenso como parecía.

—¿Dónde está Miss Peregrine? —le grité, provocando un coro de preguntas similares de las ymbrynes y de los peculiares que estaban detrás de mí.

—Justo donde debe estar —respondió Caul—. Con su familia.

Los últimos jirones de la nube de ceniza se despejaron y nos permitieron ver a Bentham y a Miss Peregrine, que, en su forma humana, permanecía cautiva en los brazos de PT. Aunque los ojos le brillaban de rabia, sabía que no debía luchar contra las fuertes garras de un oso irritable.



Aquello parecía una pesadilla recurrente que estábamos condenados a soñar una y otra vez: Miss Peregrine secuestrada, esta vez por Bentham. Él se encontraba ligeramente por detrás del oso, con la vista clavada en el suelo, como si estuviera avergonzado de devolvernos la mirada.

Los gritos de sorpresa y de rabia recorrieron el grupo de peculiares y de ymbrynes.

—¡Bentham! —grité—. ¡Suéltala!

—¡Bastardo traidor! —exclamó Emma.

Bentham levantó la cabeza para mirarnos.

—Hace menos de diez minutos tenían mi lealtad —dijo en un tono de voz alto e imperioso—. Podría haberlos vendido a mi hermano hace días, pero no lo hice. —Miró a Miss Peregrine y entornó los ojos—. Te elegí, Alma, porque creía, ingenuamente al parecer, que si te ayudaba a ti y a tus pupilos, quizá verías lo injustamente que me habías juzgado y podrías olvidar nuestras diferencias y dejar el pasado en el pasado.

—¡Te enviarán a las tierras de la Basura Despiadada por esto! —gritó Miss Peregrine.

—¡Ya no le tengo miedo a tu ridículo consejo! —replicó Bentham—. ¡No podrán seguir controlando mi vida! —Golpeó el suelo con el bastón—. ¡PT, el hocico!

El oso colocó una pata sobre el rostro de Miss Peregrine.

Caul se dirigió hacia su hermano y su hermana, con los brazos abiertos de par en par y una enorme sonrisa.

—Benny ha tomado la decisión de defender sus derechos, y yo, por mi parte, ¡lo felicito! ¡No hay nada como una reunión familiar!

De repente, una fuerza invisible jaló a Bentham hacia atrás. Un cuchillo brilló en su garganta.

—¡Haz que el oso suelte a Miss Peregrine o si no...! —gritó una voz familiar.

—¡Millard! —se oyó que gritaba alguien de nuestro grupo.

Era él, desnudo e invisible. Bentham pareció aterrorizado, pero a Caul aquello le parecía una simple molestia. Sacó una pistola de aspecto antiguo y varios cañones de uno de los bolsillos de su capa y apuntó a la cabeza de Bentham.

—Si el oso la suelta te mato, hermano.

—¡Hicimos un trato! —protestó Bentham.

—Y que tú cedieras a las exigencias de un niño desnudo con un cuchillo sin filo sería romper ese pacto.

Caul cargó la pistola, caminó hasta colocar el cañón contra la sien de Bentham y se dirigió a Millard.

—Si me obligas a matar a mi único hermano, considera muerta a tu ymbryne.

Millard dudó por un momento, luego dejó caer el cuchillo y corrió. Caul intentó agarrarlo, pero no lo logró, y los pasos de Millard se alejaron en un rastro curvo de

pisadas. Bentham se recompuso y jaló su camisa arrugada. Caul, cuyo buen humor se había esfumado, volvió el arma hacia Miss Peregrine.

—¡Y ahora escúchenme! —bramó—. ¡Ustedes, los que están al otro lado del puente! ¡Suelten a esos guardias!

No tenían más remedio que hacer lo que les ordenaba. Sharon y sus primos soltaron a los rehenes y retrocedieron, y el wight que estaba a nuestro lado del puente bajó las manos y recogió la pistola del suelo. En cuestión de segundos, el equilibrio de poder se había invertido completamente, y había cuatro armas apuntando a la multitud y una a Miss Peregrine. Caul tenía vía libre.

—¡Muchacho! —dijo señalándome—. ¡Tira ese hueco al abismo!

Noté su voz aguda en el tímpano como si fuera una aguja.

Hice caminar al hueco hasta el borde de la sima.

—¡Ahora haz que salte!

No me pareció que tuviera otra opción. Era un gran desperdicio, pero tal vez fuera lo mejor: el hueco estaba sufriendo mucho. De las heridas le salían chorros de sangre negra que se encharcaba alrededor de sus pies. No sobreviviría mucho más.

Desenvolví la lengua del hueco que me rodeaba la cintura y me bajé de él. Había recuperado las fuerzas lo suficiente como para poder mantenerme de pie por mi cuenta, pero el hueco se moría con rapidez. Tan pronto como me soltó, mugió en voz baja, se metió las lenguas de nuevo en la boca y se dejó caer de rodillas, convertido en un sacrificio voluntario.

—Gracias, quienquiera que fueras —le dije—. Estoy seguro de que si alguna vez te hubieras convertido en un wight, no habrías sido malvado del todo.

Le puse un pie en la espalda y lo empujé. El hueco se desplomó hacia delante y cayó silenciosamente en el vacío brumoso. Después de unos segundos, sentí cómo su conciencia desaparecía de mi mente.

Los wights al otro lado del puente llegaron a nuestro lado en las lenguas del hueco y amenazaron de nuevo a Miss Peregrine por si se nos ocurría interferir. A Olive la bajaron a jalones. Los guardias se desplegaron a nuestro alrededor para que formáramos un grupo compacto y fácil de controlar. Luego Caul gritó requiriendo mi presencia, y uno de los guardias me agarró para sacarme del grupo y arrastrarme hacia él.

—Es el único al que realmente necesitamos vivo —explicó Caul a sus guardias—. Si hay que dispararle, que sea en las rodillas. En cuanto al resto de ellos... —Caul volvió su arma hacia el grupo apretujado y disparó. Hubo gritos a la vez que todos se abalanzaban sobre un punto concreto—. ¡Dispárenles donde les dé la gana!

Se echó a reír y luego giró sobre sí mismo como una bailarina enana. Estaba a punto de correr hacia él, dispuesto a sacarle los ojos con mis propias manos sin importarme las consecuencias, cuando un revólver de cañón largo apareció justo

delante de mi campo de visión.

—No —gruñó mi monosilábico guardia, un wight de hombros anchos y cabeza calva brillante.

Caul disparó su propia arma en el aire y gritó ordenando que todos se callaran, y todas las voces se desvanecieron, excepto los gemidos de quienquiera que hubiera recibido el disparo.

—¡No lloren, tengo un regalo para ustedes! —dijo dirigiéndose al grupo—. Este es un día histórico. Mi hermano y yo estamos a punto de culminar toda una vida de innovación y esfuerzo coronándonos como los reyes gemelos de la peculiaridad. ¿Y qué sería una coronación sin testigos? Así que los vamos a llevar con nosotros. Siempre y cuando se porten bien, podrán ver algo de lo que nadie ha sido testigo desde hace mil años: ¡la dominación y expropiación de la biblioteca de las almas!

—Tienes que prometerme una cosa, o no te ayudaré —dije a Caul. No tenía mucho poder de negociación, pero creía que me necesitaba, y eso era algo—. Una vez que consigas lo que quieres, deja que Miss Peregrine se vaya.

—Me temo que no va a ser posible —me respondió Caul—. Pero la dejaré con vida. La peculiaridad será más divertida de gobernar con mi hermana a mi lado; después, claro, de que te corte las alas y te convierta en mi esclava personal, Alma. ¿Qué te parece?

Miss Peregrine trató de responder, pero sus palabras se perdieron debajo de la carnosa pata del oso. Caul se puso la mano detrás de la oreja y se echó a reír.

—¿Qué has dicho? ¡No te oigo! —Luego se volvió y comenzó a caminar hacia la torre—. ¡Vamos! —gritó a los guardias, y no tardamos en caminar a tropezones detrás de él.

## NUEVE

**N**os condujeron a un ritmo brutal hacia la torre pálida. Los wights azuzaron a los rezagados con empujones y patadas. Sin mi hueco yo no era más que un herido que cojeaba: tenía el torso desgarrado de mordeduras graves, y los efectos de la arena que había impedido que sintiera el dolor estaban empezando a desaparecer. Me obligué a caminar de todos modos, mientras mentalmente repasaba todas las maneras posibles en las que podríamos salvarnos, pero cada una era más inverosímil que la anterior. Sin mis huecos, los wights y sus armas superaban todos nuestros poderes peculiares.

Pasamos tambaleándonos por delante del edificio destruido en el que mis huecos habían muerto, sobre los ladrillos manchados con la sangre de los loros y los wights. Cruzamos el patio amurallado hasta llegar a la puerta de la torre; después, subimos hasta un pasillo sinuoso y pasamos unas puertas negras idénticas. Caul desfiló delante de nosotros como un director de orquesta trastornado, avanzando con grandes zancadas y balanceando los brazos un momento y volviéndose hacia nosotros el siguiente para lanzarnos insultos obscenos. Detrás de él, el oso se contoneaba caminando sobre dos patas mientras llevaba a Bentham en el hueco de un brazo y a Miss Peregrine colgada sobre su otro hombro.

Ella suplicó a sus hermanos que reconsideraran lo que estaban a punto de hacer.

—¡Recuerda las viejas historias de Abaton y el final ignominioso que sobrevino a todos los peculiares que robaron las almas de la biblioteca! ¡Su poder está maldito!

—No soy un niño, Alma, y no me asustan los viejos cuentos de ymbrynes —se burló Caul—. Ahora cállate. Bueno, solo si quieres conservar la lengua.

No tardó en renunciar a tratar de convencerlos y se quedó mirándonos en silencio desde el hombro del oso; su cara proyectaba fuerza. «No tengan miedo —parecía querer decirnos—. Sobreviviremos a esto también».

Me preocupaba que no todos sobreviviéramos ni siquiera al trayecto hasta la cima

de la torre. Me di la vuelta y traté de ver quién había recibido el disparo. En medio del grupo apretujado a mi espalda, Bronwyn llevaba el cuerpo flácido de alguien en brazos; me pareció Miss Avocet. Luego, una mano robusta me dio un golpe en la cabeza.

—Mira hacia delante o perderás una rótula —gruñó el guardia.

Finalmente llegamos a la parte superior de la torre y a su última puerta. En el pasillo que había al otro lado, la luz pálida del día brillaba en la pared curva. Había una terraza abierta por encima de nosotros, un hecho que almacené para uso futuro.

Caul se quedó sonriente delante de la puerta.

—¡Perplexus! —gritó—. *Signor* Anomalus. ¡Sí, ahí! Es justo que reciba usted el crédito que merece, pues debo este descubrimiento a sus expediciones y a su duro trabajo. Creo que debería hacer los honores y abrir la puerta.

—Vamos, no tenemos tiempo para ceremonias —dijo Bentham—. Hemos dejado el recinto sin vigilancia...

—No seas bobo —lo cortó Caul—. Esto no llevará más que un momento.

Uno de los guardias sacó a rastras a Perplexus del grupo y lo llevó hasta la puerta. Desde la última vez que lo había visto, el pelo y la barba se le habían vuelto de un color blanco alabastro, la espalda se le había encorvado y le habían aparecido unas profundas arrugas en el rostro. Había pasado demasiado tiempo lejos de su bucle, y su verdadera edad comenzaba a mostrarse. Perplexus parecía a punto de abrir la puerta cuando le dio un ataque de tos. Una vez que recuperó el aliento, se puso frente a Caul, tomó una bocanada de aire y luego escupió una bola de flema brillante en su capa.

—¡Eres un cerdo ignorante! —le espetó Perplexus.

Caul levantó la pistola hacia la cabeza de Perplexus y apretó el gatillo. Hubo gritos.

—¡Jack, no! —exclamó Bentham.

Perplexus levantó las manos y se apartó, pero el único sonido que hizo el arma fue un chasquido seco.

Caul abrió la pistola y miró en la recámara; luego, se encogió de hombros.

—Es una antigüedad, como tú —dijo a Perplexus, y a continuación, utilizó el cañón del arma para quitarse la saliva de su saco—. Supongo que el destino te ha tratado bien. Me parece estupendamente. Prefiero ver cómo te conviertes en polvo en vez de desangrarte hasta morir.

Hizo un gesto a los guardias para que se lo llevaran. Perplexus, mascullando insultos en italiano contra Caul, fue arrastrado de nuevo hacia el grupo. Caul se dirigió a la puerta.

—Bah, al diablo —murmuró, y la abrió—. ¡Entren ahí!

Dentro vio la misma habitación familiar de paredes grises, solo que esta vez, la cuarta, la que faltaba, se extendía hacia un pasillo largo y oscuro. Con unos cuantos empujones de los guardias, comenzamos a recorrerlo a toda prisa. Las paredes lisas se

convirtieron en una superficie áspera y desigual y después se abrieron hasta formar una habitación primitiva, iluminada con los rayos del sol. La habitación estaba hecha de piedra y arcilla, y la habría llamado una cueva si no hubiera sido por su puerta más o menos rectangular y sus dos ventanas. Alguien las había abierto y había creado esa estancia utilizando herramientas para excavar la roca blanda.

Nos obligaron a salir a un día caluroso y seco. La vista se abrió vertiginosamente. Estábamos en lo alto de un paisaje que bien parecía proceder de un mundo alienígena: por todas partes, a nuestro alrededor, alzándose enormes a un lado y a lo largo de varios valles por el otro, se elevaban montículos y columnas de una roca extraña, de color rojizo, atravesados por un laberinto de puertas y ventanas abiertas, destartaladas. Un viento soplaba de forma constante, lo que producía un sonido similar a un gemido humano que parecía emanar de la propia tierra. Aunque el sol estaba lejos de ponerse todavía, el cielo estaba iluminado de color naranja, como si el fin del mundo se estuviera gestando más allá del horizonte. Y a pesar de la evidencia de que allí existía una civilización, no había nadie a la vista aparte de nosotros. Tenía una sensación de pesadez, de ser observado, como si estuviéramos entrando en un sitio prohibido, en el que no debíamos estar.

Bentham se bajó de su oso y se quitó el sombrero, con una expresión de asombro en la cara.

—Así que este es el lugar —dijo, paseando la mirada entre las colinas.



Caul le colocó un brazo sobre los hombros en un gesto fraternal exagerado.

—Te dije que este día llegaría. La verdad es que hemos pasado por todo un infierno para llegar hasta aquí, ¿verdad?

—Sí, desde luego—respondió Bentham.

—Pero yo siempre digo que bien está lo que bien acaba, porque ahora tengo la oportunidad de hacer esto. —Caul se volvió hacia nosotros—. ¡Amigos! ¡Ymbrynes! ¡Niños peculiares! —Dejó que el eco de su voz resonara entre los extraños cañones quejumbrosos—. Este día pasará a la historia. ¡Bienvenidos a Abaton!

Hizo una pausa, esperando unos aplausos que no llegaron.

—Ahora mismo se encuentran la ciudad que antaño servía de protección para la biblioteca de las almas. Nadie la había visto en más de cuatrocientos años, ni conquistado en más de mil, ¡hasta que la redescubrí! Ahora, ustedes son testigos...

Se calló, bajó la mirada un momento y luego se echó a reír.

—¿Por qué estoy malgastando el aliento? Son unos filisteos que jamás podrán apreciar la importancia de mi logro. Mírense. ¡Son como burros contemplando la Capilla Sixtina! —Dio unas palmadas a Bentham en el brazo—. Vamos, hermano. Tomemos lo que es nuestro.

—¡Y nuestro también! —dijo una voz a mi espalda, que pertenecía a uno de los guardias—. No se olvidará de nosotros, ¿verdad, señor?

—Por supuesto que no —respondió Caul, a la vez que intentaba sonreír, pero sin lograrlo. No pudo disimular la irritación que sentía por haber sido cuestionado delante de todos—. Pagaremos su lealtad multiplicada por diez.

Se volvió con Bentham y empezó a bajar por un sendero, y los guardias nos empujaron para que los siguiéramos.

El sendero quemado por el sol se dividía una y otra vez, mientras ramales y sendas menores se extendían por las colinas puntiagudas. Seguimos una ruta que, sin duda, Caul habría obtenido de Perplexus, y que había pisado muchas veces en los días anteriores. Nos condujo por unos caminos oscuros y cubiertos de arbustos con total convicción, y cada uno de sus pasos rezumaba la arrogancia de un colonizador. La sensación de que nos observaban no paró de crecer. Daba la impresión de que las aberturas perforadas en la pared de roca fueran una colonia de ojos medio cerrados, una especie de inteligencia antigua encerrada en piedra que se despertaba lentamente de un sueño de mil años.

Estaba febril por la ansiedad, y mis pensamientos tropezaban los unos con los otros. Lo que sucediera después dependería de mí. Los wights me necesitaban, después de todo. ¿Y si me negaba a manejar las almas para ellos? ¿Qué pasaría si encontrara una manera de engañarlos?

Sabía lo que sucedería. Caul mataría a Miss Peregrine. Luego continuaría con las demás ymbrynes, una tras otra, hasta que le diera lo que quería. Y si seguía sin

hacerlo, mataría a Emma.

No era lo suficientemente fuerte. Sabía que haría cualquier cosa para impedir que le hiciera daño, incluso dar a Caul la clave para alcanzar un poder incalculable.

Luego se me ocurrió una idea que me asustó tremendamente: ¿y si no podía hacerlo? ¿Qué pasaba si Caul se equivocaba y yo no era capaz de ver los frascos de almas, o bien podía verlos, pero no manejarlos? Él no me creería. Pensaría que estaba mintiendo. Empezaría a asesinar a mis amigos. E incluso si, de alguna manera, lograba convencerlo de que decía la verdad, podía enojarse y matar a todo el mundo.

Recé en silencio a mi abuelo (¿se puede rezar a los muertos?). En cualquier caso, lo hice y le pedí que si me veía, me ayudara a sobrevivir, que me hiciera tan fuerte y tan poderoso como él lo fue en su día. «Abuelo Portman —recé—. Sé que esto suena demencial, pero Emma y mis amigos lo son todo para mí, son mi mundo; y con mucho gusto le daría lo que fuera a Caul a cambio de sus vidas. ¿Eso me hace malo? No lo sé, pero he pensado que quizá me podrías entender. Por favor.»

Levanté la mirada y me sorprendí al ver que Miss Peregrine me miraba desde el hombro del oso. Tan pronto como se encontraron nuestros ojos, apartó la vista, y pude ver las lágrimas que le bajaban a través de la suciedad que le tiznaba las pálidas mejillas. Como si, de alguna manera, me hubiera oído.

El camino que recorrimos serpenteaba a través de un antiguo laberinto de sendas que se entrecruzaban y escaleras que conducían a las colinas y cuyos escalones estaban desgastados hasta formar medias lunas. En algunos lugares, el sendero casi había desaparecido, devorado por la maleza. Oí a Perplexus quejarse de que le había llevado años descifrar el camino que llevaba a la biblioteca de las almas y que aquel ladrón ingrato lo recorriera sin respeto alguno era un insulto terrible.

Y entonces oí hablar a Olive.

—¿Por qué nadie nos dijo que la biblioteca era real?

—Pues, querida, porque no estaba permitido —respondió una ymbryne—. Era más seguro decir... —hizo una pausa para recuperar el aliento— que solo era una leyenda.

Solo una leyenda. Se había convertido en una de las verdades que definían mi vida y, aunque intentara mantenerlas planas, en dos dimensiones, encarceladas en papel y tinta, siempre había leyendas que se negaban a permanecer en las páginas de los libros. Las leyendas nunca son solo eso. A mí me lo iban a contar: una leyenda se había tragado toda mi vida.

Llevábamos caminando varios minutos a lo largo de una pared de aspecto liso, con el inquietante gemido del viento subiendo y bajando, cuando Caul levantó una mano y gritó para que todo el mundo se detuviera.

—¿Nos pasamos? —preguntó—. Habría jurado que la gruta estaba a lo largo de esta pared en alguna parte. ¿Dónde está el cartógrafo?

Sacaron otra vez a Perplexus a rastras del grupo.

—¿No te alegras ahora de no haberle disparado? —murmuró Bentham.

Caul no le hizo caso.

—¿Dónde está la cueva? —preguntó, mirando a Perplexus directamente a la cara.

—Ah, tal vez se está escondiendo de ti —lo provocó el cartógrafo.

—No pongas a prueba mi paciencia —le respondió Caul—. Quemaré todas las copias de tu *Mapa de los Días*. El año que viene nadie recordará tu nombre.

Perplexus entrelazó los dedos y suspiró.

—Ahí está —dijo, señalando detrás de nosotros.

La habíamos pasado de largo. Caul dio una patada al trozo de pared cubierto de enredaderas y dejó a la vista una abertura tan pequeña y bien escondida que cualquiera podría haberla pasado por alto, aunque no era tanto una puerta como un agujero. Echó a un lado las enredaderas y metió la cabeza.

—¡Sí! —lo oí exclamar, y luego sacó la cabeza de nuevo para empezar a dar órdenes—. Solo pasarán más allá de este punto las personas esenciales. Hermano, hermana. —Señaló a Bentham y a Miss Peregrine—. Chico —añadió, dirigiéndose a mí—. Dos guardias y... —Buscó entre el grupo—. Estará oscuro, vamos a necesitar una linterna. Tú, chica. —Y señaló a Emma.

Sacaron a Emma del grupo, y el estómago se me convirtió en un amasijo de nudos.

—Si los otros les dan problemas... —le dijo Caul a los guardias—, ya saben lo que tienen que hacer.

Caul levantó la pistola hacia el grupo. Todos gritaron y agacharon la cabeza, y él estalló en carcajadas que parecían aullidos.

El guardia de Emma la empujó a través del agujero. El oso torvo de Bentham no cabría de ninguna manera, por lo que dejó a Miss Peregrine en el suelo y mi wight tuvo que cumplir la doble función de vigilarla a ella y a mí.

Los niños más pequeños se echaron a llorar. ¿Y si no volvían a verla?

—¡Sean valientes, niños! —les gritó Miss Peregrine—. ¡Volveré!

—¡Así es, niños! —entonó Caul con voz burlona—. ¡Hagan caso a su directora! ¡Las ymbrynes saben lo que les conviene!

Nos empujaron a Miss Peregrine y a mí a través de la abertura, y hubo un momento, en medio de las enredaderas, en el que pude susurrarle algo sin que nos descubrieran.

—¿Qué debo hacer cuando estemos dentro?

—Lo que él te pida —me respondió en susurros—. Si no lo enfurecemos, quizá logremos sobrevivir.

«Sobrevivir, sí, pero ¿a qué costo?».

Un momento después habíamos dejado atrás las enredaderas y entramos

tropezando en un extraño espacio: una sala de piedra a cielo abierto. Me quedé sin aliento durante un instante por el asombro que me invadió ante la cara enorme y deformada que nos miraba desde la pared opuesta. Se trataba de una pared, no era otra cosa, pero con una puerta que parecía una boca que emitía un gran bostezo, dos ventanas como ojos deformados, un par de agujeros para la nariz, y la parte inferior cubierta de hierbas y matas que se asemejaban a un pelo y una barba descuidados. El viento gemía con más fuerza allí, como si la puerta en forma de boca tratara de advertirnos para que nos marcháramos en alguna lengua antigua compuesta por vocales largas que duraban una semana.

Caul señaló la puerta.

—La biblioteca nos espera.

Bentham se quitó el sombrero.

—Extraordinario —dijo en voz baja y reverente—. Casi parece estar cantando para nosotros. Como si todas las almas que descansaran ahí se hubieran despertado para darnos la bienvenida.

—¿La bienvenida? —repitió Emma—. Lo dudo mucho.

Los guardias nos empujaron hacia la puerta. Nos agachamos para cruzar la pequeña abertura y entrar en otra estancia semejante a una cueva. Al igual que las demás que había visto en Abaton, la habían excavado a mano en la roca blanda hacía miles de años. Tenía un techo bajo y desprovisto de decoración, estaba vacía a excepción de un poco de paja dispersa y algunos fragmentos de cerámica rota. Sus paredes tenían características muy singulares, pues en ellas se habían abierto muchas decenas de pequeños nichos. Eran planos en la base y ovalados en la parte superior, lo suficientemente grandes como para contener una botella o una vela. Al fondo de la sala, varias puertas se bifurcaban en la oscuridad.

—¿Y bien, chico? —me preguntó Caul—. ¿Puedes ver alguna?

Miré a mi alrededor.



—¿Alguna qué?

—No juegues conmigo. Urnas de alma. —Se acercó a una pared y metió la mano dentro de uno de los nichos—. Escoge una.

Me di la vuelta paseando la mirada por las paredes lentamente. Todos los nichos parecían estar vacíos.

—No veo nada —le dije—. Tal vez no haya ninguna.

—Me estás mintiendo.

Caul le hizo un gesto de asentimiento a mi guardia, y este me propinó un puñetazo en el estómago.

Emma y Miss Peregrine gritaron cuando caí de rodillas gimiendo. Bajé la mirada a mi cuerpo y vi la sangre que goteaba a través de mi camisa, no por el golpe, sino por la mordedura del hueco.

—¡Jack, por favor! —exclamó Miss Peregrine—. ¡No es más que un niño!

—¡No es más que un niño! ¡No es más que un niño! —repitió Caul burlescamente—. ¡Ese es el problema! Hay que castigarlos como a hombres, regarlos con un poco de sangre, y entonces el brote comienza a surgir, la planta empieza a crecer. —Se dirigió hacia mí mientras hacía girar el cañón múltiple de su extraña pistola antigua—. Enderézale la pierna. Quiero un tiro limpio en la rodilla.

El guardia me empujó al suelo y me inmovilizó por la pantorrilla, con la mejilla contra el suelo y la cara hacia la pared.

Oí cómo jalaba hacia atrás del percutor del arma. Y, entonces, mientras las mujeres le suplicaban clemencia, vi algo en uno de los nichos de la pared. Una forma que no había notado antes.

—¡Espera! —grité—. ¡Veo algo!

El guardia me dio la vuelta.

—Has recuperado el sentido común, ¿verdad? —Caul estaba de pie a mi lado, mirando hacia abajo—. ¿Qué ves?

Miré de nuevo, parpadeando. Me obligué a mantener la calma, y a mis ojos a que enfocaran. Allí, en la pared, algo empezaba a hacerse visible poco a poco como una fotografía Polaroid: era la débil imagen de un tarro de piedra. Era una cosa simple, sin adornos, de forma cilíndrica con un cuello cónico y un corcho que tapaba su parte superior, de la misma piedra de color rojizo de las extrañas colinas de Abaton.

—Es una urna —le dije—. Solo una. Está volcada, por eso no la vi en un primer momento.

—Ponte de pie —me ordenó Caul—. Quiero ver cómo la recoges.

Me llevé las rodillas al pecho, eché los pies hacia delante y me levanté, azotado por el dolor en el abdomen. Caminé renqueante a través de la estancia y alargué lentamente el brazo hacia el nicho. Deslicé los dedos alrededor de la urna, me sorprendí y retiré la mano de golpe.

—¿Qué pasa? —me preguntó Caul.

—Está muy fría —le contesté—. No me lo esperaba.

—Fascinante —murmuró Bentham.

Se había quedado cerca de la puerta, como si se estuviera replanteando todo aquel asunto, pero en ese momento dio un paso para acercarse.

Metí de nuevo la mano en el nicho, preparado para el frío esta vez, y saqué la urna.

—Esto está mal —dijo Miss Peregrine—. Ahí dentro se encuentra el alma de un peculiar y debe ser tratada con respeto.

—Ser devorada por mí debería suponer el mayor de los respetos para cualquier alma —respondió Caul. Se acercó y se colocó a mi lado—. Descríbeme la urna.

—Es muy simple. Está hecha de piedra.



Se me empezaba a helar la mano derecha, así que me la pasé a la izquierda, y fue entonces cuando vi una palabra escrita a lo largo de la parte posterior en letras largas como las patas de una araña.

«Aswindan».

No iba a mencionarlo, pero Caul me estaba vigilando como un halcón y se dio cuenta de que había visto algo.

—¿Qué es? —exigió saber—. Te lo advierto, ¡no te calles nada!

—Es una palabra —le respondí—. Aswindan.

—Deletréala.

—A-s-w-i-n-d-a-n.

—Aswindan —repitió Caul, frunciendo el ceño—. Está escrito en peculiar antiguo, ¿verdad?

—Obviamente —respondió Bentham—. ¿Acaso no recuerdas las clases de lengua?

—¡Por supuesto que sí! Era mejor estudiante que tú, aprendía con más rapidez, ¿te acuerdas? Aswindan. La raíz es *wind*, «viento». Que no se refiere al fenómeno meteorológico, sino que indica rapidez, aceleración, fortalecimiento, ¡estimulante!

—No estoy seguro, hermano.

—Ya, claro que no —replicó Caul con sarcasmo—. ¡Lo que pasa es que quieres quedártelo!

Caul se acercó y trató de arrebatarme la urna. Logró rodearla con los dedos, pero tan pronto como el recipiente dejó mi mano, sus dedos se cerraron sobre sí mismos, como si no hubiera nada entre ellos, y la urna cayó al suelo, donde se rompió en pedazos.

Caul soltó una maldición, presa de la ira, y bajó la mirada estupefacto mientras un líquido azul y resplandeciente se encharcaba a nuestros pies.

—¡Ahora lo veo! —dijo con entusiasmo señalando el charco azul—. ¡Puedo ver eso!

—Sí, sí, yo también —exclamó Bentham, y los guardias estuvieron de acuerdo.

Todos podían ver el líquido, pero no las urnas que lo contenían y lo protegían.

Uno de los guardias se inclinó para rozar el líquido azul con el dedo. En cuanto lo tocó, gritó y saltó hacia atrás agitando la mano para librarse de la sustancia. Si la urna estaba helada, solo podía imaginarme cómo de fría estaría la sustancia azul.

—Qué desperdicio —comentó Caul—. Me habría gustado combinarla con unas cuantas otras almas escogidas.

—Aswindan —recitó Bentham—. Palabra raíz *swind*. Significado: «contracción». Alégrate de no haber tomado esa, hermano.

Caul frunció el ceño.

—No. No, estoy seguro de que mi lectura era la correcta.

—No lo era —le replicó Miss Peregrine.

Caul paseó la mirada entre ambos, con expresión paranoica, como si estuviera sopesando la posibilidad de que de alguna manera se hubieran confabulado contra él. Luego pareció descartar la idea.

—Esta es solo la primera estancia —observó—. Las mejores almas están en el interior, seguro.

—Estoy de acuerdo —dijo Bentham—. Cuanto más nos adentremos, más antiguas serán las almas, y cuanto más antiguas, más poderosas.

—Entonces, vamos a llegar hasta el corazón mismo de esta montaña —dijo Caul—. Y lo devoraremos.

Nos empujaron a través de una de las puertas negras, con las pistolas pegadas a las costillas. La siguiente estancia era muy parecida a la primera, con las paredes cubiertas de nichos y más puertas que llevaban a la oscuridad. Sin embargo, no había ventanas, y solo una brizna del sol de la tarde alcanzaba el suelo polvoriento. Estábamos dejando atrás la luz del día.

Caul le ordenó a Emma que encendiera una llama y a mí que le hiciera un inventario del contenido de las paredes. Le dije que había tres urnas, pero mi palabra no fue suficiente y me hizo darle un golpecito a cada una con la uña para demostrar que estaban allí y pasar la mano a través de varias decenas de nichos para comprobar que estaban vacíos.

A continuación me hizo leer los nombres de los muertos. «Heolstor.» «Unge-sewen.» «Meagan-wundor.» Las palabras no tuvieron ningún sentido para mí, y a él le resultaron insatisfactorias.

—Las almas de unos míseros esclavos —se quejó, volviéndose hacia Bentham—. Si vamos a ser reyes, necesitamos almas de reyes.

—Continuemos, pues —respondió Bentham.

Nos sumergimos en un laberinto desconcertante y aparentemente interminable de cavernas, con la luz del día convertida en un recuerdo y el suelo siempre inclinado hacia abajo. El aire se volvió más frío. Los pasillos se separaban en la oscuridad como si fueran arterias. Caul parecía orientarse por un sexto sentido y marchaba hacia la izquierda o la derecha con absoluta confianza. Estaba loco, claramente loco, y yo estaba seguro de que se estaba perdiendo tanto que incluso si lográbamos escapar de él, lo único que conseguiríamos sería pasar la eternidad atrapados en aquellas cuevas.

Traté de imaginar las batallas que se habían librado por aquellas almas, los antiguos peculiares titánicos que se habían enfrentado entre las torres y los valles de Abaton, pero fue demasiado abrumador. Solo conseguía pensar en lo terrible que sería estar atrapado allí abajo, sin luz alguna.

Cuanto más nos adentrábamos, más urnas había en las paredes, como si los ladrones hubieran saqueado hacía mucho las estancias exteriores, pero algo les hubiera

impedido llegar más allá. Quizá un lúcido instinto de supervivencia. Caul me ordenó a gritos que fuera informándolo, pero dejó de exigirme pruebas sobre qué nichos estaban ocupados y cuáles vacíos, y solo de vez en cuando me hizo leer la etiqueta de una urna en voz alta. Estaba cazando presas más grandes y parecía haber decidido que había poco por lo que molestarse en aquella parte de la biblioteca.

Seguimos en silencio. Las estancias se hicieron más y más grandes, sin perder su aspecto primitivo. Los techos se elevaron y las paredes se ensancharon cada vez más. Las urnas ya estaban por todas partes: llenaban todos los nichos, apiladas en los rincones formando columnas totémicas, metidas en las grietas y hendiduras. El frío que emanaba de ellas refrigeraba el aire. Empecé a tener escalofríos y me rodeé el pecho con los brazos cuando la respiración comenzó a condensarse delante de mí. La sensación de que nos observaban, que ya había tenido antes, volvió a aparecer. Aquella biblioteca, por así llamarla, era un vasto submundo, una catacumba y un escondite para las segundas almas de todos los peculiares que habían vivido antes del último milenio. Eran cientos de miles. Esa enorme acumulación de almas había comenzado a ejercer una presión extraña en mí, comprimiéndome los pulmones y la cabeza como si me estuviera hundiendo poco a poco en aguas profundas.

Yo no era el único que se sentía incómodo. Incluso los guardias estaban nerviosos y se sobresaltaban con cualquier pequeño ruido, además de mirar constantemente hacia atrás por encima del hombro.

—¿Oíste eso? —preguntó el mío.

—¿Las voces? —dijo el otro.

—No, parece más bien agua, como un torrente...

Mientras hablaban, eché una rápida mirada hacia Miss Peregrine. ¿Estaba asustada? No. Parecía más bien estar esperando el momento oportuno, esperando y observando. Aquello me consoló un poco, y también que podría haberse transformado en ave para escapar de sus captores hacia tiempo pero no lo había hecho. Mientras Emma y yo fuéramos prisioneros, ella también lo sería. Tal vez se tratara de algo más que de instinto de protección. Tal vez tuviera un plan.

El aire se hizo más frío todavía, y el leve sudor de mi cuello se convirtió en agua helada. Atravesamos una cámara tan llena de urnas que tuve que andar saltando para no darles patadas, aunque los pies de todos los demás pasaron sin problemas a través de ellas. Me sentía asfixiado por los muertos. Estábamos como sardinas en lata, como si fuera el andén de una estación de tren en plena hora pico, o Times Square en la Víspera de Año Nuevo, con todos los juerguistas con caras largas y mirándonos fijamente, molestos por nuestra presencia. (Fui capaz de sentirlo, aunque no lo viera.) Al final, incluso Bentham perdió los nervios.

—Hermano, espera —le dijo sin aliento a la vez que hacía detenerse a Caul—. ¿No te parece que ya hemos ido bastante lejos?

Caul se volvió lentamente hacia él, con el rostro mitad sumido en la sombra y mitad iluminado por el resplandor del fuego.

—No, no lo creo —le respondió.

—Pero estoy seguro de que las almas que hay aquí son lo bastante...

—No lo hemos encontrado todavía —le replicó Caul con voz aguda y quebradiza.

—¿Encontrar qué, señor? —se atrevió a preguntarle un guardia.

—¡Lo sabré cuando lo vea! —le bufó Caul.

Luego se puso tenso, emocionado, y echó a correr en la oscuridad.

—¡Señor! ¡Espere! —gritaron los guardias a la vez que nos empujaban para que lo siguiéramos.

Caul desapareció un instante antes de reaparecer en el otro extremo de la cámara, iluminado por un débil rayo de luz azul. Se quedó quieto bajo el resplandor, paralizado por algo. Cuando doblamos una esquina y lo alcanzamos, vimos lo que era: un largo túnel que brillaba con luz celeste. Una abertura cuadrada en el otro extremo estaba llena de esa misma luz. Oí algo, un vago ruido de fondo semejante a un torrente de agua. Caul aplaudió y vitoreó.

—¡Ya estamos cerca, por Dios!

Echó a correr enloquecido por el pasillo, y nos vimos obligados a seguirlo corriendo de forma atropellada. Cuando llegamos al final, la luz que nos envolvía era tan deslumbrante que todos nos detuvimos como patos mareados, demasiado cegados para saber hacia dónde íbamos.

Emma dejó que sus llamas se apagaran. Ya no hacían falta. Miré a través de los dedos con los ojos entornados y comencé a ver poco a poco el lugar. Bañada por unas cortinas ondulantes de tenue luz azul, era la caverna más grande que habíamos visto hasta ese momento, un enorme espacio circular semejante a una colmena, de unos treinta metros de ancho en la parte inferior, pero cuyas paredes se estrechaban poco a poco hasta converger en un solo punto en el techo, bastantes pisos más arriba. Los cristales de hielo brillaban en todas las superficies, en cada nicho y en cada urna: había miles. Llegaban hasta una altura imposible, cubrían todas las paredes.

A pesar del frío casi congelador, el agua fluía. Surgía de una llave en forma de cabeza de halcón, caía en un pequeño canal que rodeaba la estancia en la base de las paredes y desembocaba en un estanque poco profundo en el otro extremo de la estancia, rodeado de un anillo de piedra negra pulida. El agua era la fuente de la luz celestial de la caverna. Al igual que la sustancia que había dentro de los frascos de almas, desprendía un resplandor azul espectral y titilaba suavemente, en ciclos regulares, como si respirara. Este fenómeno podría haber aportado una extraña calma, como si se tratara de un balneario, pero el sonido distintivo de los gemidos humanos que se oían bajo el borboteo agradable del agua arruinaba el ambiente. Era exactamente igual que el que habíamos oído fuera y que yo había atribuido al silbido

del viento al pasar entre las puertas, pero allí no corría ni una ligera brisa. Tenía que ser otra cosa.

Bentham entró cojeando en la caverna detrás de nosotros, sin aliento y protegiéndose los ojos, mientras que Caul se colocó en el centro de la estancia.

—¡Victoria! —gritó, y pareció disfrutar de la forma en la que su voz rebotó en las altas paredes—. ¡Ahora sí! ¡Nuestra cámara del tesoro! ¡Nuestra sala del trono!

—Es magnífica —dijo débilmente Bentham, arrastrando los pies para unirse a su hermano—. Ahora veo por qué muchos estaban dispuestos a dar sus vidas para encontrarla...

—Estás cometiendo un tremendo error —dijo Miss Peregrine—. No debes profanar este lugar sagrado.

Caul suspiró dramáticamente.

—¿Por qué te empeñas en fastidiarnos el momento con tu moral de rígida institutriz? Espera, ¿no tendrás celos porque tu reinado como la hermana más poderosa haya llegado a su fin? «¡Mira, puedo volar, puedo crear bucles en el tiempo!»». Tenlo claro, hermana, la próxima generación no recordará que existieron criaturas tan tontas como las ymbrynes.

—¡Te equivocas! —gritó Emma, incapaz de mantener la boca cerrada—. ¡Ustedes dos serán los que caerán en el olvido!

El guardia de Emma se dispuso a golpearla, pero Caul le indicó que se detuviera.

—Déjala que hable —le ordenó—. Puede que sea su última oportunidad.

—En realidad, no serán olvidados —añadió Emma—. Vamos a escribir un nuevo capítulo en los *Cuentos* sobre ustedes. Los vamos a llamar «los hermanos codiciosos». O los «horribles asquerosos traidores que recibieron lo que se merecían».

—No sé yo, me parece un poco insulso —dijo Caul—. ¿Y si llamamos a nuestro cuento: «Cómo los hermanos magníficos superaron los prejuicios para convertirse en los legítimos reyes-dioses de la peculiaridad», o algo por el estilo? Y te aconsejo que no tienes más tu suerte, eres afortunada de que hoy esté de un humor excelente. —Volvió su atención hacia mí—. ¡Chico! Háblame de las urnas que hay aquí, y no omitas ningún detalle, por pequeño que sea.

Me exigió una descripción exhaustiva. Tuve que leer en voz alta varias docenas de etiquetas escritas a mano con unas letras que parecían las patas alargadas de una araña. Pensé que si hablara peculiar antiguo, le podría haber mentido sobre lo que estaba escrito en ellos, tal vez habría engañado a Caul para que absorbiera el alma de alguien débil y tonto. Pero yo era el autómatas perfecto: bendecido con una gran habilidad, pero maldito con la ignorancia. Lo único que podía hacer era tratar de desviar su atención de las urnas más evidentemente prometedoras.

La mayoría eran pequeñas y sencillas; unas pocas, sin embargo, eran grandes y pesadas; tenían forma de reloj de arena, dos asas con joyas incrustadas, y estaban

pintadas; parecía claro que contenían las almas de peculiares poderosos e importantes (o con una alta autoestima, al menos). Sin embargo, el tamaño mayor de sus nichos era una señal reveladora, y cuando Caul me hizo golpearlas con los nudillos, nos devolvieron un sonido profundo y fuerte.

No me quedaban trucos en la manga. Caul conseguiría lo que quería, y no había nada que yo pudiera hacer al respecto. Pero luego hizo algo que nos sorprendió a todos. Algo que parecía, en un primer momento, extrañamente generoso. Se volvió hacia sus guardias.

—¡Bueno! ¿A quién le gustaría ser el primero en probar esto?

Los guardias se miraron, confundidos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bentham, cojeando hacia él en estado de alarma—. ¿No deberíamos ser tú y yo? Hemos trabajado tanto tiempo...

—No seas codicioso, hermano. Les dije que su lealtad se vería recompensada. —Miró de nuevo a los guardias, con la sonrisa de un presentador de televisión—. Y bien, ¿cuál de ustedes será?

Ambos levantaron la mano.

—¡Yo, señor, yo!

—¡Estaré encantado!

Caul señaló al wight que me había estado vigilando.

—¡Tú! —lo llamó—. Me gusta tu espíritu. ¡Ven aquí!

—¡Gracias, señor, gracias!

Caul me apuntó con su arma, lo que relevó al guardia de su deber.

—¿Y bien? ¿Cuál de esas almas prefieres? —Se acordó de dónde había identificado yo ciertas urnas y empezó a señalarlas—. «Yeth-Faru». Debe de tener que ver con el agua, con las inundaciones. Bueno, si alguna vez has deseado una vida bajo el mar, es tu oportunidad. «Wolsenwyrsend». Creo que se trata de una especie de centauro, mitad caballo, mitad hombre. ¿Puede ser una criatura que controla las nubes? Ben, ¿te suena de algo?

Bentham masculló una respuesta, pero Caul apenas le prestó atención.

—«Styl-Hyde», esta es buena. Piel de metal. Podría ser útil en una pelea, aunque me pregunto si tendrías que engrasarte tú mismo...

—Señor, espero que no le importe que le pregunte, pero ¿y si probamos con una de las urnas más grandes? —dijo el guardia dócilmente.

Caul agitó el dedo.

—Me gustan los hombres con ambición, pero esas son para mi hermano y para mí.

—Por supuesto, señor, por supuesto —dijo el guardia—. Entonces ..., eh..., ¿hay otras?

—Te he dado las mejores opciones —le respondió Caul, con un tono de voz que

se acercaba a la advertencia—. Ahora..., elige.

—Sí, sí, lo siento, señor... —El guardia parecía angustiado—. Elijo «Yeth-faru».

—¡Excelente! —exclamó Caul—. Chico, trae la urna.

Metí la mano en el nicho que Caul me indicaba y saqué el recipiente. Estaba tan frío que me puse la manga de la chamarra sobre la mano como si fuera un guante, pero incluso a través de la tela sentía que el frasco me estaba absorbiendo todo el calor que me quedaba en el cuerpo.

El guardia me miró la mano.

—¿Qué hago con ella? —preguntó—. ¿Lo tomo como si fuera ambrosía?

—No estoy seguro —contestó Caul—. ¿A ti qué te parece, hermano?

—Yo tampoco estoy seguro —dijo Bentham—. No se menciona en ninguno de los textos antiguos.

Caul se rascó el mentón.

—Creo que..., sí, creo que deberías tomarlo como ambrosía. —Asintió con la cabeza, de repente seguro de sí mismo—. Sí, así debe ser. Como la ambro.

—¿Está seguro? —inquirió el guardia.

—Absolutamente, ciento por ciento seguro —insistió Caul—. No te pongas nervioso. Pasarás a la historia por esto. ¡Como un pionero!

El guardia me miró fijamente.

—Sin trucos —me advirtió.

—Sin trucos —repetí.

Abrí la urna. Una luz azul brillante surgió del interior. El guardia puso su mano alrededor de la mía, la guio junto con el recipiente hasta colocarla encima de su cabeza y la inclinó hacia su rostro.

Inspiró de forma larga y temblorosa.

—Allá vamos —murmuró, y me inclinó más la mano.

El líquido salió de la urna en un flujo viscoso. En cuanto le tocó los ojos, su mano se cerró con tanta fuerza alrededor de la mía que pensé que me rompería los dedos. Luego me soltó, saltó hacia atrás, y la urna cayó al suelo y se rompió.

La cara del guardia empezó a echar humo y a ponerse azul. Gritó y se desplomó de rodillas, con el cuerpo tembloroso, y luego cayó hacia delante. Cuando la cabeza golpeó el suelo, se rompió como el cristal. Los trozos de cráneo congelado salieron disparados alrededor de mis pies. Y luego todo se quedó en silencio, un silencio sepulcral.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Bentham.

Caul chasqueó la lengua como si alguien hubiera derramado un vaso de vino caro.

—Vaya, caray —dijo—. Supongo que no se toma como la ambrosía. —Paseó la mirada por la estancia—. Bueno, ahora alguien tiene que probarlo...

—¡Estoy muy ocupado, señor! —exclamó el otro guardia, que apuntaba con su

arma tanto a Emma como a Miss Peregrine.

—Sí, ya veo que tienes las manos ocupadas, Jones. ¿Quizá uno de nuestros invitados, entonces? —Miró a Emma—. ¡Chica, hazlo por mí y te nombraré bufón de mi corte!

—Vete al infierno —gruñó Emma.

—Eso se puede arreglar —dijo Caul

En ese momento, se oyó un fuerte silbido, y en una esquina, la luz se hizo más fuerte; todo el mundo se volvió para mirar. El contenido de la urna rota bajaba goteando por el canal de la pared, y cuando el agua y el líquido azul se mezclaban se producía una reacción. El agua burbujeaba y se arremolinaba, brillando con más fuerza que nunca.

Caul estaba encantado.

—¡Miren esto! —exclamó, balanceándose sobre las puntas de los pies.

El líquido que fluía rápidamente por el canal empujó el agua brillante y burbujeante alrededor de los bordes de la estancia. Nos dimos la vuelta para observar cómo avanzaba hasta que llegó al estanque de poca profundidad y con borde de piedra, en la otra punta de la sala. Un momento después, el estanque comenzó a agitarse y a brillar, y una columna de intensa luz azul se elevó hasta el techo.

—¡Ya sé de qué se trata! —exclamó Bentham con voz temblorosa—. Es un estanque de espíritus. Un medio antiguo de convocar y de comunicarse con los muertos.

Sobre la superficie del estanque, en el interior de la columna de luz, se formó un vapor blanco fantasmal que poco a poco se condensó para adoptar la forma de un hombre.

—Pero si una persona viva entra en el agua durante la invocación...

—Absorbe el espíritu que se ha convocado —terminó Caul—. ¡Creo que hemos encontrado la respuesta!

El espíritu flotaba sobre el agua, inmóvil. Llevaba puesta una simple túnica que revelaba la piel escamosa y tenía una aleta dorsal que le sobresalía de la espalda. Era el alma del «Yeth-faru», el tritón elegido por el guardia. La columna de luz parecía una especie de prisión de la que no podía escapar.

—¿Y bien? —dijo Bentham, haciendo un gesto hacia el estanque—. ¿Vas a entrar?

—No me interesan las sobras de otro hombre —replicó Caul—. Quiero ese —añadió señalando la urna que yo había golpeado con los nudillos, la más grande de todas—. Viértela en el agua, muchacho. —Me apuntó con el arma a la cabeza—. Ahora.

Hice lo que me ordenaba. Alargué los brazos hacia el gran nicho, tomé la urna por las dos asas y la incliné con cuidado, para que no me salpicara y me destrozara la cara.

El líquido azul brillante corrió por la pared hasta el canal. El agua se volvió loca,

llena de silbidos y burbujas, y la luz que se produjo fue tan brillante que tuve que entrecerrar los ojos. Mientras el líquido de la urna fluía por la estancia hacia el estanque de espíritus, fijé la mirada en Miss Peregrine y en Emma. Aquella era nuestra última oportunidad para detener a Caul, y además solo quedaba un guardia, pero no apartaba la mirada ni del arma ni de las mujeres, y Caul seguía apuntándome con la pistola directamente a la cabeza. Parecía que seguíamos a su merced.

El líquido de la gran urna llegó al estanque de espíritus. La superficie empezó a espumear y a agitarse como si una criatura del mar estuviera a punto de emerger. La columna de luz que salía de ella brilló con más fuerza todavía, y Yeth-faru se disipó en la nada.

Un nuevo vapor comenzó a condensarse, mucho mayor que el anterior. Tomó una forma humana, pero gigantesca, el doble de alta que cualquiera de nosotros, con un torso dos veces más ancho. Sus manos eran garras, y estaban alzadas con las palmas vueltas hacia arriba, símbolo de su enorme y terrible poder.

Caul lo miró y sonrió.

—Y ahora, como se suele decir, es mi turno. —Metió la mano libre en su capa, sacó un trozo de papel doblado y lo sacudió para abrirlo—. Solo tengo un par de palabras que me gustaría decir antes de mi transformación oficial.

Bentham cojeó hacia él.

—Hermano, creo que sería mejor que no perdiéramos más tiempo...

—¡No lo puedo creer! —gritó Caul—. Están todos empeñados en fastidiarme. ¿Acaso nadie me va a permitir tener un momento de gloria?

—¡Escucha! —dijo Bentham entre dientes.

Todos aguzamos el oído. Por un momento, no oí nada, pero entonces, de la lejanía, llegó un sonido alto, agudo. Vi a Emma ponerse tensa y abrir mucho los ojos.

Caul frunció el ceño.

—¿Eso es... un perro?

¡Sí! ¡Era un perro! Era el ladrido de un perro, a lo lejos, que se perdía entre ecos.

—Los peculiares tenían un perro —apuntó Bentham—. Si está siguiendo nuestro olor, dudo que venga solo.

Lo cual solo podía significar una cosa: nuestros amigos se habían liberado de sus guardias y, encabezados por Addison, venían a rescatarnos. ¡Sí, la maldita caballería estaba en camino! Pero a Caul le faltaban pocos instantes para conseguir el poder, y no podíamos saber con seguridad de dónde provenían aquellos ecos lejanos que surgían de las cavernas. Podrían tardar minutos en llegar, y para entonces ya sería demasiado tarde.

—Bueno, entonces supongo que mis observaciones tendrán que esperar —se resignó Caul.

Se metió el papel en el bolsillo. No parecía tener prisa, lo que desquiciaba a

Bentham.

—¡Venga, Jack! ¡Toma tu espíritu para que luego pueda tomar yo el mío!

Caul suspiró.

—Sobre eso... Verás, he pensado que no estoy seguro de que seas capaz de manejar todo ese poder. Tienes una mente débil, ¿sabes? Con eso no quiero decir que carezcas de inteligencia. Al contrario, ¡eres más inteligente que yo! Pero piensas como una persona débil. Tu voluntad es débil. No basta con ser inteligente, ya lo sabes. ¡Hay que ser feroz!

—¡No, hermano! ¡No me hagas esto! —le suplicó Bentham—. Seré tu número dos, tu leal confidente... Cualquier cosa que necesites de mí...

«Te lo tienes merecido —pensé—. Tú sigue hablando...».

—¿Ves?, precisamente a esto me refiero. A esta manera de humillarte —lo interrumpió Caul mientras negaba con la cabeza—. Es el tipo de actitud patética que podría hacer cambiar de opinión a una persona de carácter débil, como tú. Pero a mí no me afectan esos trucos emocionales.

—No, esto es una venganza —le contestó Bentham con amargura—. Como si romperme las piernas y esclavizarme durante años no fuera suficiente.

—Pero sí que lo fue —replicó Caul—. Es cierto, estaba enojado contigo por convertirnos a todos en huecos, pero tener un ejército de monstruos a mi disposición resultó ser bastante útil. Ahora bien, si te soy sincero, el problema no radica en tu debilidad de carácter. Es más bien... que no soy buen hermano, supongo. Alma lo sabe perfectamente. No me gusta compartir.

—¡Pues adelante! —le espetó Bentham—. ¡Dame un tiro y acaba de una vez!

—Podría hacerlo. Pero creo que sería más eficaz si le disparo... a él.

Apuntó el arma hacia mi pecho y apretó el gatillo.

Sentí el impacto de la bala casi antes de oír el estampido del arma. Fue igual que si me hubiera golpeado un puño gigante e invisible. Salí despedido hacia atrás, y luego todo se volvió abstracto. Me quedé mirando al techo, con mi campo de visión reducido a un único punto. Alguien gritó mi nombre. Se oyó otro disparo, y luego otro más.

Más gritos.

Fui vagamente consciente de que mi cuerpo sufría mucho dolor. De que me estaba muriendo.

Un momento después, Emma y Miss Peregrine estaban de rodillas a mi lado, inclinadas sobre mí, angustiadas, gritando, con el guardia fuera de mi vista. No entendía lo que me decían, era como si tuviera los oídos debajo del agua. Intentaron

moverme, arrastrarme por los hombros hacia la puerta, pero mi cuerpo inerte pesaba demasiado. Luego se oyó un aullido semejante al de un viento huracanado que procedía del estanque de espíritus, y a pesar del dolor insoportable, logré girar la cabeza y mirar.

Caul estaba metido hasta la pantorrilla en el estanque, con los brazos extendidos al frente, y la cabeza hacia atrás, paralizado por el vapor que lo aferraba, que se fundía con él. Le entraba a raudales por todos los orificios de su cara: pendientes que se le deslizaban garganta abajo, cabos que se desenrollaban nariz arriba, nubes que le empañaban los ojos y los oídos. Y, entonces, en cuestión de segundos, desapareció; la luz azul que había iluminado la caverna perdió la mitad de su brillo, como si Caul hubiera absorbido su potencia.

Oí los gritos de Miss Peregrine. Emma se hizo con una de las armas de los guardias y vació el cargador contra Caul. No estaba lejos, y ella tenía buena puntería. Seguro que le había dado, pero él ni se inmutó. En lugar de caer, parecía hacer justo lo contrario: crecía. Aumentaba de tamaño a gran velocidad, dobló su estatura y su anchura en apenas unos segundos. Su piel se rajaba y se curaba, se volvía a rajarse y se volvía a curar, haciéndole soltar unos gritos animales. Pronto se había convertido en una torre de carne viva cubierta de andrajos, con inmensos ojos de un azul eléctrico, la mirada vacía que había alimentado durante tanto tiempo habitada al fin por un alma robada. Lo peor eran sus manos. Se habían transformado en unas extremidades enormes, nudosas, gruesas y retorcidas como raíces, cada una con diez dedos.

Emma y Miss Peregrine volvieron a intentar arrastrarme hacia la puerta, pero ahora Caul venía por nosotros. Salió pateando del estanque de espíritus y bramó con una voz que sacudía los huesos:

—¡ALMA, VUELVE AQUÍ!

Caul levantó sus horrendas manos y una fuerza invisible apartó a Miss Peregrine y a Emma de mí. Salieron por los aires y se quedaron allí flotando, revolviéndose, a tres metros del suelo, hasta que Caul volvió a bajar las garras. Se estrellaron contra el suelo con la velocidad de una pelota al rebotar.

—¡LOS VOY A HACER PICADILLO CON LOS DIENTES! —aulló Caul, clavando en ellas la mirada desde el otro lado de la caverna, que sacudía como un terremoto con cada pisada.

La adrenalina, al parecer, había empezado a enfocar mi visión y a aguzarme el oído. No podía imaginar una sentencia de muerte más cruel que esa: pasar mis últimos momentos contemplando la destrucción de las mujeres a las que más quería. Y entonces oí el ladrido de un perro y se me ocurrió algo peor: ver morir también a mis amigos.

Emma y Miss Peregrine echaron a correr. No les quedaba otra. Ahora era imposible volver por mí.

Por el pasillo empezaron a aparecer los demás. Niños e ymbrynes, mezclados unos con otros. También estaban Sharon y los constructores de horcas. Probablemente, Addison los había conducido hasta allí, pues el perro encabezaba la marcha con un farol colgando de la boca.

No tenían ni idea de a qué se enfrentaban. Deseé poder advertirles: «¡No intenten luchar, huyan!», pero no me habrían hecho caso. Vieron a la bestia colosal que se alzaba ante ellos y la atacaron con todo lo que tenían. Los constructores de horcas con sus martillos; Bronwyn le arrojó un pedazo de muro que llevaba, después de girar sobre sí misma para agarrar impulso, como una lanzadora de peso. Algunos de los niños traían armas de fuego que les habían quitado a los wights y disparaban a Caul. Las ymbrynes se transformaron en aves y se arremolinaron como un enjambre alrededor de su cabeza, picoteándolo por donde encontraban hueco.

Nada le causó el menor daño. Las balas rebotaban. Desvió de un manotazo el pedazo de muro. Atrapó los martillos de un mordisco con sus dientes gigantescos y después los escupió. Como un enjambre de mosquitos, las ymbrynes no hicieron otra cosa que irritarlo. Entonces, extendió los brazos y los dedos nudosos, que parecían tener raíces que colgaban como cables; juntó las palmas poco a poco y, al hacerlo, todas las ymbrynes que revoloteaban alrededor de su cabeza salieron despedidas y los peculiares quedaron aplastados en una bola.

Unió las palmas y las flexionó una y otra vez como si estuviera arrugando un papel. Las ymbrynes y los peculiares se vieron levantados del suelo en un amasijo esférico de alas y extremidades. Solo a mí me dejó en paz. ¿Y Bentham? ¿Dónde estaba Bentham? Intenté incorporarme, ponerme en pie y hacer algo, pero solo logré levantar la cabeza. ¡Madre mía, los estaba haciendo puré! Sus gritos aterrorizados reverberaban en las paredes. Pensé que había llegado el final, que en breves momentos su sangre rebosaría como jugo de fruta recién exprimida; en cambio, de pronto, Caul se puso a dar manotazos delante de la cara, como si intentara espantar algo.

Eran abejas. Algunas de las de Hugh habían volado hasta los ojos de Caul, que soltó un alarido demoledor a causa de las picaduras. Las ymbrynes y los peculiares cayeron al suelo, la bola que formaban se deshizo y los cuerpos se desperdigaron por todas partes. Gracias a Dios no los había aplastado.

Miss Peregrine, aleteando y chirriando en su forma de ave, los jalaba para que se levantaran y los empujaba hacia el pasillo.

—¡Corran! ¡Corran! ¡Vamos!

Luego giró hacia Caul, que ya se había deshecho de las abejas y volvía a tener los brazos extendidos, dispuesto a atraparlos a todos y estamparlos contra una pared. Pero antes de que le diera tiempo, Miss Peregrine se lanzó en picado con las garras por delante y lo arañó, dejándole tres cortadas profundas en la cara. Caul se volvió para

asestarle un golpe con tanta fuerza que la lanzó hasta el otro lado de la sala, rebotó contra la pared y cayó al suelo, donde quedó tendida, inmóvil.

Pero cuando Caul se giró para encargarse de los demás, casi todos habían desaparecido por el pasillo. Extendió la palma hacia ellos, cerró la mano y la recogió..., pero, al parecer, ya estaban fuera del alcance de sus poderes telequinéticos. Aullando de frustración echó a correr tras ellos, se lanzó boca abajo e intentó escurrirse por el corredor para perseguirlos. Logró meterse por él, pero apenas cabía.

Entonces vi, por fin, a Bentham. Había rodado hasta el canal para ocultarse y volvía a salir de él, mojado hasta los huesos pero ileso. Estaba inclinado de espaldas a mí, manipulando algo que yo no podía ver.

Sentí como si volviera a la vida. El dolor del pecho iba cediendo. Intenté mover los brazos, por probar, y descubrí que podía. Los deslicé hacia arriba, por el torso, esperando encontrarme un par de agujeros y mucha sangre, pero estaba seco. En su lugar, mis manos hallaron un trozo de metal aplanado como una moneda. Cerré los dedos en torno a él y lo tomé para mirarlo.

Era una bala. No me había atravesado el cuerpo, no me estaba muriendo. Se me había quedado incrustada en la bufanda.

La bufanda que Horace me había tejido.

No sé cómo había sabido que pasaría esto y la había hecho con lana de oveja peculiar. ¡Bendito Horace!

Vi que algo brillaba al otro lado de la sala y levanté la cabeza: Bentham estaba de pie con los ojos encendidos, como dos conos de luz blanca y ardiente resplandeciendo en sus cuencas. Se le cayó una cosa y se oyó un tintineo de cristal.

Se había tomado una botellita de ambrosía.

Hice acopio de todas mis fuerzas para girarme sobre un lado y luego me encogí para empezar a sentarme. Bentham se escabullía pegado a las paredes, mirando las urnas y estudiando cada una de ellas con detenimiento.

Como si las viera.

Y entonces me di cuenta de lo que había hecho, de lo que se había tomado. Había guardado el alma robada de mi abuelo todos aquellos años y ahora la había consumido.

Veía las urnas. Era capaz de hacer lo mismo que yo.

Yo estaba de rodillas, con las palmas de las manos en el suelo. Metí un pie bajo mi cuerpo y me impulsé para levantarme. Había vuelto de entre los muertos.

Mientras, Caul se había escabullido por el pasadizo y había recorrido la mitad. Se oían las voces de mis amigos desde el otro extremo. No habían escapado todavía. Tal vez se negaban a dejar atrás a Miss Peregrine (¡o incluso a mí!). Seguían luchando.

Bentham había echado a correr lo mejor que podía. Había descubierto la otra urna grande e iba directo hacia ella. Di unos pasos renqueantes en su dirección al tiempo

que él llegaba hasta el recipiente y lo volcaba. El líquido azul que contenía reptó hasta el canal y comenzó a circular hacia el estanque de espíritus.

Entonces se giró y me vio.

Cojeó hacia el estanque, y yo, hacia él. El líquido de la urna llegó a su destino. Las aguas se agitaron y de ellas emergió una columna de luz cegadora.

—¿QUIÉN SE ESTÁ LLEVANDO MIS ALMAS? —bramó Caul en el pasillo, empezando a reptar pasillo atrás hacia la cámara.

Derribé a Bentham... o más bien me caí encima de él, para ser exactos. Me sentía débil y mareado, pero él era viejo y frágil, así que estábamos en igualdad de fuerzas. Luchamos un poco y cuando quedó claro que lo tenía inmovilizado se rindió.

—Escúchame —dijo—. Tengo que hacer esto. Soy su única esperanza.

—¡Cállese! —grité, sujetándole las manos, que todavía le temblaban—. No pienso escuchar sus mentiras.

—¡Si no me sueltas nos matará a todos!

—¿Está loco? ¡Si le suelto lo ayudará! —Por fin lo agarré de las muñecas, porque intentaba sacarse algo del bolsillo.

—¡No! —exclamó—. He cometido errores tremendos, pero puedo enmendarlos si me dejas ayudarte.

—¿Ayudarme?

—Mira lo que tengo en el bolsillo.

Caul retrocedía despacio por el pasillo, rugiendo por sus almas robadas.

—¡En el del chaleco! —gritó Bentham—. Hay un papel que llevo siempre conmigo por si acaso.

Le solté una mano y, rebuscando, encontré un papel doblado, que abrí sin miramientos.

—¿Qué es? —estaba escrito en peculiar antiguo y no lo entendía.

—Es una receta. Enséñasela a las ymbrynes, ellas sabrán qué hacer con ella.

Por encima de mi hombro surgió una mano que me arrancó el papel de la mano. Me giré y vi a Miss Peregrine, lastimada, pero en su forma humana. Leyó el papel y miró a Bentham con un destello en los ojos.

—¿Estás seguro de que funcionará?

—Ha funcionado al menos una vez —respondió—. No sé por qué no iba a volver a hacerlo. Y con más ymbrynes, incluso...

—Suéltalo —me dijo Miss Peregrine.

—¿Qué? —No daba crédito—. ¡Pero si va a...!

Me puso una mano en el hombro.

—Ya lo sé.

—¡Ha robado el alma de mi abuelo! Se la ha llevado... ¡Está dentro de él ahora mismo!

—Ya lo sé, Jacob. —Me miró con cariño pero con determinación—. Todo eso es verdad. Has hecho muy bien atrapándolo, pero ahora tienes que liberarlo.

Así que le solté la mano y me levanté con ayuda de Miss Peregrine. Entonces Bentham, un hombre triste, encorvado y anciano, se incorporó, con las gotas de la negra estrellada alma de mi abuelo resbalándole por las mejillas. Durante un instante me pareció atisbar a Abe en sus ojos, una pizca de su espíritu que me devolvía un centelleo.

Bentham se dio la vuelta y corrió hacia la columna de luz y el estanque de espíritus. El vapor empezaba a concentrarse, formando un gigante casi tan grande como Caul, pero con alas. Si Bentham llegaba al estanque a tiempo sería un digno adversario para su hermano, que ya casi había salido del pasillo, loco de furia.

—¿QUÉ HAS HECHO? —gritó—. ¡TE VOY A MATAR!

Miss Peregrine me tiró de bruces al suelo y se tendió a mi lado.

—No tenemos tiempo para escondernos —dijo—. Hazte el muerto.

Bentham entró con dificultad en el estanque y el vapor empezó a introducirse en su cuerpo de inmediato. Caul, que había logrado salir por fin del pasillo y se había puesto de pie a trompicones, corrió hacia Bentham. Casi nos aplastó cuando pisó con uno de sus enormes pies cerca de nuestras cabezas. Pero Caul alcanzó el estanque demasiado tarde y no pudo evitar que Bentham se fundiera con el alma grande y antigua que contenía la urna, fuera la que fuera. El hermano menor y más débil de Miss Peregrine creció a toda velocidad hasta que acabó por doblar su tamaño.

Mi ymbrine y yo nos ayudamos mutuamente a levantarnos. A nuestra espalda, Caul y Bentham habían entrado en combate y el ruido era como el de un bombardeo. No hizo falta que nadie me dijera que huyera.

Estábamos a mitad del pasillo cuando Emma y Bronwyn llegaron corriendo a toda velocidad en nuestra búsqueda. Nos tomaron por los brazos y nos llevaron deprisa hasta un lugar seguro, mucho más rápido de lo que nos habrían podido transportar nuestros cuerpos débiles y malheridos. No dijimos nada; solo había tiempo para correr, y era imposible gritar lo suficiente para hacerse oír; sin embargo, la cara de asombro y alivio de Emma por el mero hecho de verme vivo lo decía todo.

Nos envolvió la negrura del túnel. Lo habíamos conseguido. Volví la vista solo una vez para echar un vistazo al tumulto que había explotado tras nosotros. En medio de nubes de polvo y vapor vi dos criaturas, más altas que casas, tratando de matarse entre sí: Caul asfixiando a Bentham con una mano espinosa y sacándole los ojos con la otra. Bentham, que tenía cabeza de insecto y miles de ojos de sobra, se alimentaba del cuello de Caul con las mandíbulas largas y flexibles y lo golpeaba con sus inmensas alas que parecían de cuero. Danzaban en una maraña de extremidades, contra las paredes, derrumbando la sala a su alrededor, haciendo volar el contenido de las urnas de almas en una lluvia luminosa.

Con aquel adelanto de mis pesadillas grabado a fuego en la mente dejé que Emma me arrastrara hacia la oscuridad.

Nos reencontramos con nuestros amigos en la siguiente cámara, engullidos por la oscuridad, solo iluminada por el resplandor mortecino del farol que Addison llevaba en la boca. Cuando Emma encendió una llama y nos vieron correr hacia ellos, malheridos pero vivos, se les escapó un gran grito de victoria. La luz me permitió verlos y me estremecí. También estaban hechos un desastre, cubiertos de sangre y magullados por los zarandeos de Caul. Unos cuantos cojeaban porque se habían torcido un tobillo o roto una pierna.

Los estallidos que llegaban de la caverna se atenuaron un momento, y Emma pudo abrazarme al fin.

—¡Te dio un tiro, yo lo vi! ¿Qué milagro te ha permitido sobrevivir?

—¡El milagro de la lana peculiar y de los sueños de Horace! —dije, y luego le di un beso.

Después me separé de ella para buscar a Horace entre el grupo. Cuando lo encontré, le di un abrazo tan grande que sus zapatos de charol se despegaron del suelo.

—Espero poder devolverte lo que has hecho por mí algún día —dije, jalando la bufanda.

Se había reanudado la destrucción, el estruendo era inmenso, increíble. Del pasillo salían escombros rocosos que llegaban hasta nosotros. Aunque Caul y Bentham no pudieran alcanzarnos donde estábamos, podían hacer que el techo se derrumbara sobre nuestras cabezas. Teníamos que salir de la biblioteca... y, después, de aquel bucle.

Corrimos, sorteando los obstáculos, por el camino por el que habíamos venido, la mitad cojeando y hechos un desastre, el resto haciendo de muletas humanas. Addison nos guio con su olfato a través del laberinto por el que habíamos entrado. Parecía que el ruido de la lucha entre Caul y Bentham nos perseguía, pues aumentaba a medida que nos alejábamos, como si ellos crecieran. ¿Qué tamaño y cuánta fuerza podrían alcanzar? Tal vez las almas de todas las urnas que habían roto habían caído al estanque y los estaban alimentando, aumentando su monstruosidad.

¿Los sepultaría la biblioteca de las almas? ¿Se convertiría en su tumba, en su prisión, o se resquebrajaría como la cáscara de un huevo y liberaría a aquellos horrores en el mundo?

Llegamos a la salida de la gruta y dejamos que la luz anaranjada del día volviera a bañarnos. El fragor que dejábamos atrás se había vuelto constante, un terremoto que

reverberaba en las colinas.

—¡Hay que seguir! —gritó Miss Peregrine—. ¡Hacia la salida del bucle!

Ya estábamos a medio camino, cruzando a tropezones el claro, cuando la tierra tembló bajo nuestros pies con tanta violencia que nos caímos todos al suelo. Nunca he oído la erupción de un volcán en persona, pero no es posible que dé mucho más miedo que la explosión estruendosa que resonó en las faldas de las colinas, a nuestras espaldas. Nos volvimos, sobrecogidos, y vimos hectáreas de roca pulverizada salir volando por los aires. Y luego oímos con total claridad los gritos de Bentham y Caul.

Se habían liberado de la biblioteca, abriéndose paso a través del techo y de capas incontables de piedra, hacia la luz del día.

—¡No podemos esperar más! —exclamó Miss Peregrine. Se puso de pie y levantó el papel de Bentham, hecho una bola—. ¡Hermanas, es hora de cerrar este bucle!

Fue ahí cuando me di cuenta de lo que nos había dado y de por qué Miss Peregrine lo había dejado marchar. «Una receta», lo había llamado. «Ha funcionado al menos una vez»...

Muchos años atrás, en 1908, había engañado a Caul y a sus seguidores para que realizaran aquel mismo procedimiento. Entonces había destruido el bucle en el que se encontraban, en lugar de reiniciar sus relojes internos, como ellos creían. En esta ocasión, la destrucción sería intencionada. Solo quedaba un problema:

—¿Y si se convierten en huecos? —preguntó Miss Wren.

—Los huecos no son ningún problema —dije—, pero la última vez que se destruyó un bucle por este método, ¿no se produjo una explosión tan grande que barrió la mitad de Siberia?

—Las ymbrynes a las que mi hermano coaccionó para que lo ayudaran eran jóvenes e inexpertas —dijo Miss Peregrine—. Nosotras lo haremos mejor.

—Más nos vale —sentenció Miss Wren.

Una cara gigante apareció por detrás de la colina, como un segundo sol que se asomara por el horizonte. Era Caul, enorme como diez casas. Con una voz temible que resonó a través de las colinas tronó:

—¡ALMAAAAAAAAAA!

—¡Viene por usted, Miss P.! —gritó Olive—. ¡Tenemos que ponernos a salvo!

—Enseguida, cariño.

Miss Peregrine apartó a todos los niños peculiares (y a Sharon y a sus primos) hasta que se encontraron a una distancia segura y luego reunió a las ymbrynes a su alrededor. Parecían una especie de sociedad mística secreta a punto de realizar un ritual arcaico. Porque eso es lo que eran. Miss Peregrine leyó el papel y dijo:

—Según esto, una vez iniciemos la reacción solo tendremos un minuto para huir del bucle.

—¿Nos dará tiempo? —preguntó Miss Avocet.

—Más nos vale—repitió, seria, Miss Wren.

—Tal vez deberíamos acercarnos más a la salida antes de intentarlo —sugirió Miss Glassbill, que acababa de volver en sí.

—No nos da tiempo —dijo Miss Peregrine—. Tenemos que...

El resto de la frase quedó ahogado por un grito distante pero atronador de Caul: las palabras se habían convertido en un galimatías, la tensión del crecimiento acelerado le habría fundido la mente, sin duda. Su aliento nos llegó unos instantes después que su voz, un viento amarillo y fétido que espesó el aire como nata.

Hacia minutos que no se oía a Bentham. Me pregunté si habría muerto.

—¡Deséenle suerte a sus mayores! —nos gritó Miss Peregrine.

—¡Buena suerte! —deseamos todos.

—¡No nos hagan volar por los aires! —añadió Enoch.

Miss Peregrine se volvió hacia sus hermanas. Las doce ymbrynes formaron un círculo apretado y se dieron las manos. Miss Peregrine habló en peculiar antiguo. Las demás respondieron al unísono, todas las voces se alzaron en un cántico que era una salmodia inquietante. Así estuvieron unos treinta segundos o más, durante los cuales Caul comenzó a salir de la caverna, arrojando montaña abajo escombros que sus inmensas manos desgajaban al sujetarse.

—Esto es fascinante —dijo Sharon—, y pueden quedarse todos a verlo si quieren, pero creo que mis primos y yo nos vamos.

Empezó a alejarse y entonces vio que el sendero se dividía en cinco y que en aquel suelo tan duro no habíamos dejado ni una huella.

—Mmm... —murmuró, volviéndose—, ¿alguien sabe el camino?

—Tienes que esperar —gruñó Addison—. De aquí no se va nadie sin las ymbrynes.

Estas se soltaron las manos al fin y rompieron el círculo.

—¿Y ya está? —dijo Emma.

—¡Ya está! —replicó Miss Peregrine, apresurándose en nuestra dirección—. No nos demoremos. ¡Dentro de cincuenta y cinco segundos no querremos estar aquí!

Donde habían estado las ymbrynes se abrió una brecha en el suelo. La arcilla se desmoronaba, formando un agujero que se ensanchaba rápido con un zumbido fuerte, casi mecánico. Había empezado la destrucción.

Pese al agotamiento, los cuerpos malheridos y los pasos en falso, corrimos empujados por el terror y por los horrendos sonidos apocalípticos, además de por la sombra gigante y pesada que caía sobre el sendero. Corrimos sobre un terreno que se abría a nuestro paso, por escaleras tan antiguas que se deshacían bajo nuestros pies hasta regresar a la primera casa de la que habíamos salido, asfixiados por el residuo rojo de los muros que se pulverizaban, y por fin, entramos en el pasaje que llevaba a la torre de Caul.

Miss Peregrine nos arreó por el pasadizo que se iba desintegrando a nuestro alrededor hasta llegar al otro lado, a la torre. Miré hacia atrás y vi el pasaje derrumbarse sobre sí mismo detrás de nosotros y un puño gigante que golpeaba el tejado y lo hacía papilla.

—¿Dónde fue a parar la puerta? —Miss Peregrine estaba frenética—. ¡Tenemos que cerrarla o la destrucción se extenderá al exterior del bucle!

—¡Bronwyn la derribó a patadas! —confesó Enoch—. Está rota.

Bronwyn había sido la primera en llegar y, para ella, echarla abajo era más rápido que usar la manija.

—¡Lo siento! —gritó—. ¿Nos he condenado a todos?

Los temblores del bucle habían empezado a afectar a la torre, que oscilaba, mandándonos de un lado a otro del vestíbulo.

—No, si podemos escapar de la torre —respondió Miss Peregrine.

—Estamos a demasiada altura —dijo Miss Wren—. Es imposible que nos dé tiempo de llegar abajo.

—Tenemos un balcón justo encima de nosotros. —No estoy muy seguro de por qué dije eso, ya que saltar al vacío no parecía mucho mejor alternativa a que nos aplastara la torre al derrumbarse.

—¡Sí! —exclamó Olive—. ¡Saltaremos!

—¡De ninguna manera! —negó Miss Wren—. Las ymbrynes no tendríamos problema, pero ustedes...

—Puedo bajarlos flotando —propuso Olive—. ¡Puedo con todos!

—De eso nada —dijo Enoch—. Eres minúscula y somos demasiados.

La torre osciló una barbaridad. Los techos se desplomaron a nuestro alrededor y el suelo se resquebrajó.

—Muy bien, pues tú quédate —dijo Olive.

Empezó a subir las escaleras. El resto tardamos solo un momento y un meneo más de la torre en decidir que ella era nuestra única esperanza.

Nuestras vidas estaban en las manitas delicadas de la más pequeña del grupo. Que el pájaro nos asista.

Corrimos por el vestíbulo ondulante y salimos al aire libre. El día tocaba a su fin. Las vistas del Acre del Diablo eran imponentes: el recinto y sus pálidos muros; el desfiladero envuelto en brumas, con su puente a medio acabar; la leña negra de Smoking Street y los barrios abarrotados a lo lejos; y luego la Fosa, serpenteando al borde del bucle como un anillo de cochambre. Pasara lo que pasara, viviéramos o muriéramos, me haría feliz ver el final de aquel lugar.

Nos apoyamos en el barandal circular. Emma se aferró a mi mano.

—No mires abajo, ¿eh?

Una por una, las ymbrynes se transformaron en aves y se posaron sobre el

barandal, dispuestas a ayudar en todo lo que pudieran. Olive se agarró con las dos manos y se quitó los zapatos. Sus pies empezaron a levantarse hasta que quedó haciendo un pino ingrávido sobre el barandal, con los talones apuntando al cielo.

—¡Bronwyn, agárrame de los pies! —dijo—. Formaremos una cadena. Emma que se agarre de la pierna de Bronwyn, y Jacob de las de Emma, y Hugh a las de Jacob, Horace a las de Hugh...

—¡A mí me duele la pierna izquierda! —dijo Hugh.

—¡Pues que Horace te agarre la derecha! —exclamó Olive.

—¡Esto es una locura! —dijo Sharon—. ¡Pesamos demasiado!

Olive empezó a discutirse, pero un temblor súbito sacudió la torre con tanta fuerza que tuvimos que aferrarnos al barandal para no salir despedidos.

O confiábamos en Olive o ese sería nuestro fin.

—¡Ya se hacen una idea! —gritó Miss Peregrine—. Obedezcan a Olive y, sobre todo, ¡no se suelten hasta que hayamos llegado al suelo!

La pequeña Olive flexionó las rodillas, bajó un pie hacia Bronwyn y se lo ofreció. Esta lo agarró, se estiró y tomó el otro. Olive soltó el barandal, se quedó de pie sobre las manos de Bronwyn y se impulsó hacia el cielo como un nadador en la pared de la piscina.

Bronwyn se levantó en vilo. Emma le agarró los pies enseguida y también alzó el vuelo, pues Olive había subido más, con un esfuerzo, apretando los dientes, a base de voluntad. Entonces llegó mi turno, pero, al parecer, Olive se había quedado sin fuerzas. Forcejeó y gruñó, braceando hacia el cielo, pero todo fue en vano. Miss Peregrine se transformó en un ave, aleteó en el aire, clavó sus garras en la espalda del vestido de Olive y se elevó.

Mis pies se separaron del suelo. Hugh se agarró a mis piernas, Horace a las suyas, Enoch a las de él, y así sucesivamente, hasta que incluso Perplexus, Addison, Sharon y sus primos se subieron al tren. Nos elevamos en el aire como una especie de cometa temblorosa cuya cola invisible era Millard. Las demás ymbrynes, más pequeñas, se agarraron como pudieron a nuestras ropas y, aleteando con furia, ayudaron a mantenernos en el aire.

Justo cuando acabábamos de dejar la torre, empezó a derrumbarse. Miré hacia abajo a tiempo de verla caer. Fue muy rápido, colapsó sobre sí misma, la parte superior pareció implosionar como si hubiera sido absorbida por el bucle en su destrucción. El resto fue detrás, inclinándose antes de que se rompiera la parte central y todo se desplomara en una inmensa nube de polvo y escombros con el sonido de un millón de ladrillos al descargarlos en un muelle. Las fuerzas de Miss Peregrine empezaban a fallar e íbamos cayendo poco a poco mientras las ymbrynes nos jalaban fuerte hacia un lado, para que aterrizáramos lejos del desastre.

Tocamos suelo en el patio, empezando por Millard y terminando por Olive, que

estaba tan agotada al aterrizar que se acostó de espaldas y allí se quedó, respirando como si acabara de correr una maratón. Nos reunimos a su alrededor, aplaudiendo y vitoreándola.

Los ojos se le abrieron como platos y, señalando, dijo:

—¡Miren!

A nuestras espaldas, en el aire, donde había estado la cima de la torre solo unos momentos antes, giraba un pequeño vórtice plateado y centelleante, como un huracán en miniatura. Era lo último que quedaba del bucle. Contemplamos hipnotizados cómo se iba encogiendo, girando cada vez más rápido. Era ya tan pequeño que no se veía cuando de él salió un sonido como el crujido de una explosión sónica:

—ALMAAAAAAAAAA...

Entonces el remolino desapareció con un guiño, tragándose la voz de Caul con él.

## DIEZ

**T**ras la destrucción del bucle y el derrumbe de la torre no pudimos permitirnos quedarnos allí plantados, estupefactos y boquiabiertos, al menos no durante mucho tiempo. Aunque los peores peligros parecían haber quedado atrás y casi todos nuestros enemigos habían caído o habían sido capturados, nos rodeaba el caos y había mucho que hacer. Pese al agotamiento, los moretones y las torceduras, las ymbrynes se pusieron enseguida a hacer lo que mejor se les da: instaurar el orden. Adoptaron su forma humana y tomaron las riendas de la situación. Registramos el recinto por si había wights ocultos. Dos se rindieron directamente, y Addison descubrió a otro, una mujer de aspecto lamentable oculta en un agujero del suelo.

Salió con los brazos en alto, suplicando clemencia. A los primos de Sharon los pusieron a construir una especie de cárcel para nuestro pequeño pero creciente grupo de prisioneros, y se entregaron a la tarea con alegría, cantando mientras martilleaban. Miss Peregrine y Miss Avocet interrogaron a Sharon, pero al cabo de unos minutos de indagaciones quedaron convencidas de que no era más que un mercenario, no un agente secreto ni un traidor. Sharon parecía tan sorprendido como los demás por la traición de Bentham.

En un instante se vaciaron las prisiones y los laboratorios de los wights y se destruyeron sus máquinas de terror. A los sujetos de sus horribles experimentos se les llevó al exterior y se les proporcionaron los cuidados que necesitaban. De otro pabellón de celdas se liberaron docenas de ellos. Salían escuálidos y cubiertos de harapos de las construcciones subterráneas donde habían estado cautivos. Algunos vagaban aturdidos y hubo que reunirlos y vigilarlos para que no se alejaran ni se perdieran. A otros los abrumaba la gratitud de tal forma que no paraban de darnos las gracias. Una niña se pasó una hora yendo de peculiar en peculiar, sorprendiéndonos con abrazos.

—No saben lo que han hecho por nosotros —repetía—. No saben lo que han

hecho.

Era imposible que no te afectara y, al consolarlos lo mejor que podíamos, nos asaltaban los llantos y los suspiros. No lograba imaginar siquiera lo que habrían soportado mis amigos, y mucho menos los que habían pasado semanas o meses prisioneros de Caul. Comparado con aquello, mis magulladuras y mis traumatismos eran nimiedades.

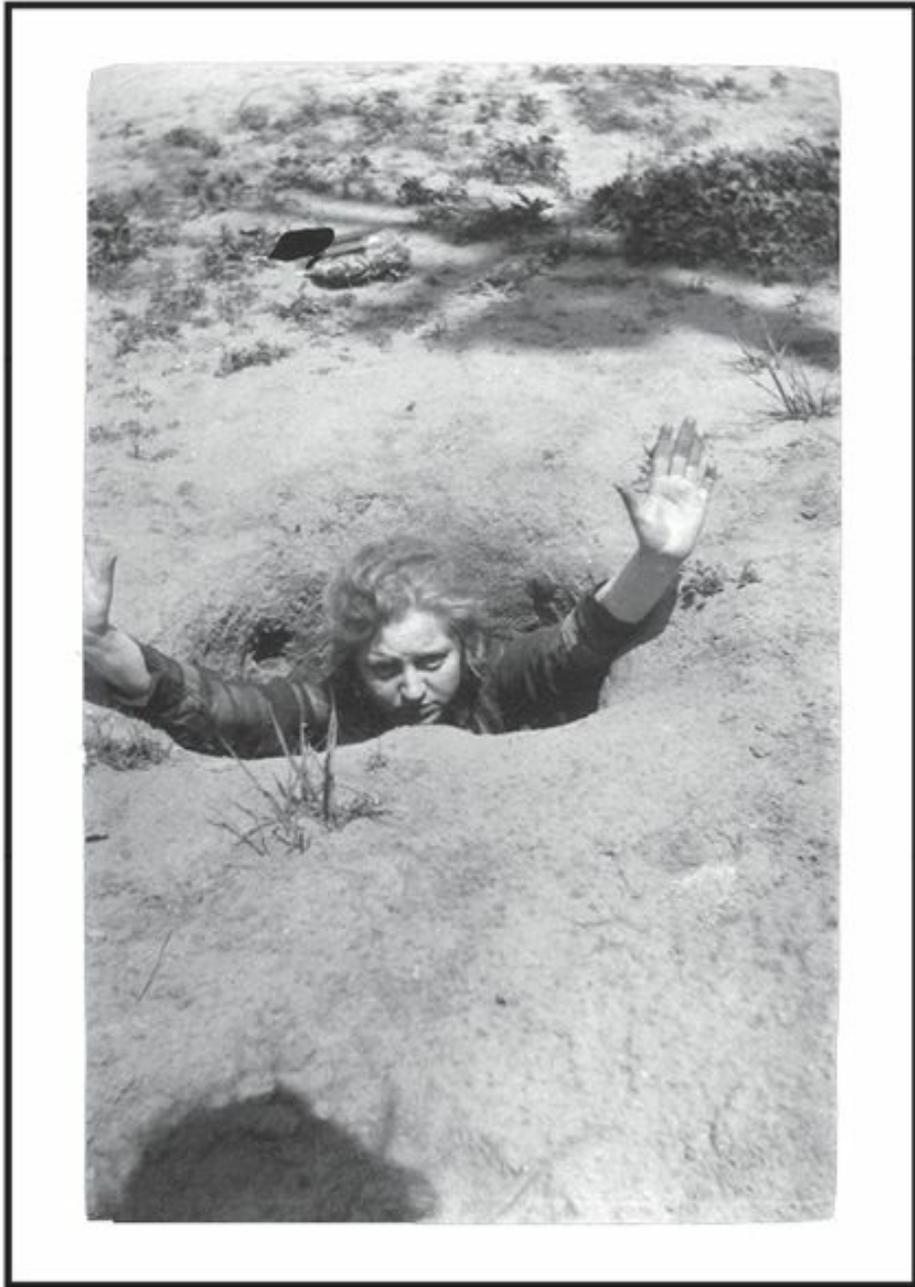
De entre los peculiares a los que rescatamos recordaré, sobre todo, a tres hermanos. Parecían estar bien de salud, pero lo que habían vivido les había afectado de tal forma que no hablaban. En cuanto vieron la oportunidad se apartaron del grupo, buscaron unos escombros donde refugiarse y se quedaron contemplando el panorama con la mirada vacía, el mayor rodeando a los dos pequeños con los brazos. Era como si no logaran cuadrar la escena que tenían ante sí con el infierno que habían aceptado como su realidad.

Emma y yo nos acercamos hasta donde estaban sentados.

—Ya están a salvo —les dijo con ternura.

La miraron como si no conocieran el significado de la palabra.

Enoch nos vio hablar con ellos y se acercó con Bronwyn, que arrastraba tras de sí un wight, un trabajador del laboratorio con bata blanca y las manos atadas. Los niños recularon.



—Ya no les puede hacer daño —dijo Bronwyn—. Ni este ni ningún otro.

—Tal vez deberíamos dejarlo aquí con ustedes un rato —dijo Enoch con una sonrisa malévol—, seguro que tienen mucho de qué hablar.

El wight levantó la cabeza. Al ver a los niños, se le abrieron los negros ojos como platos.

—¡Basta! —dije—. No los atormentes.

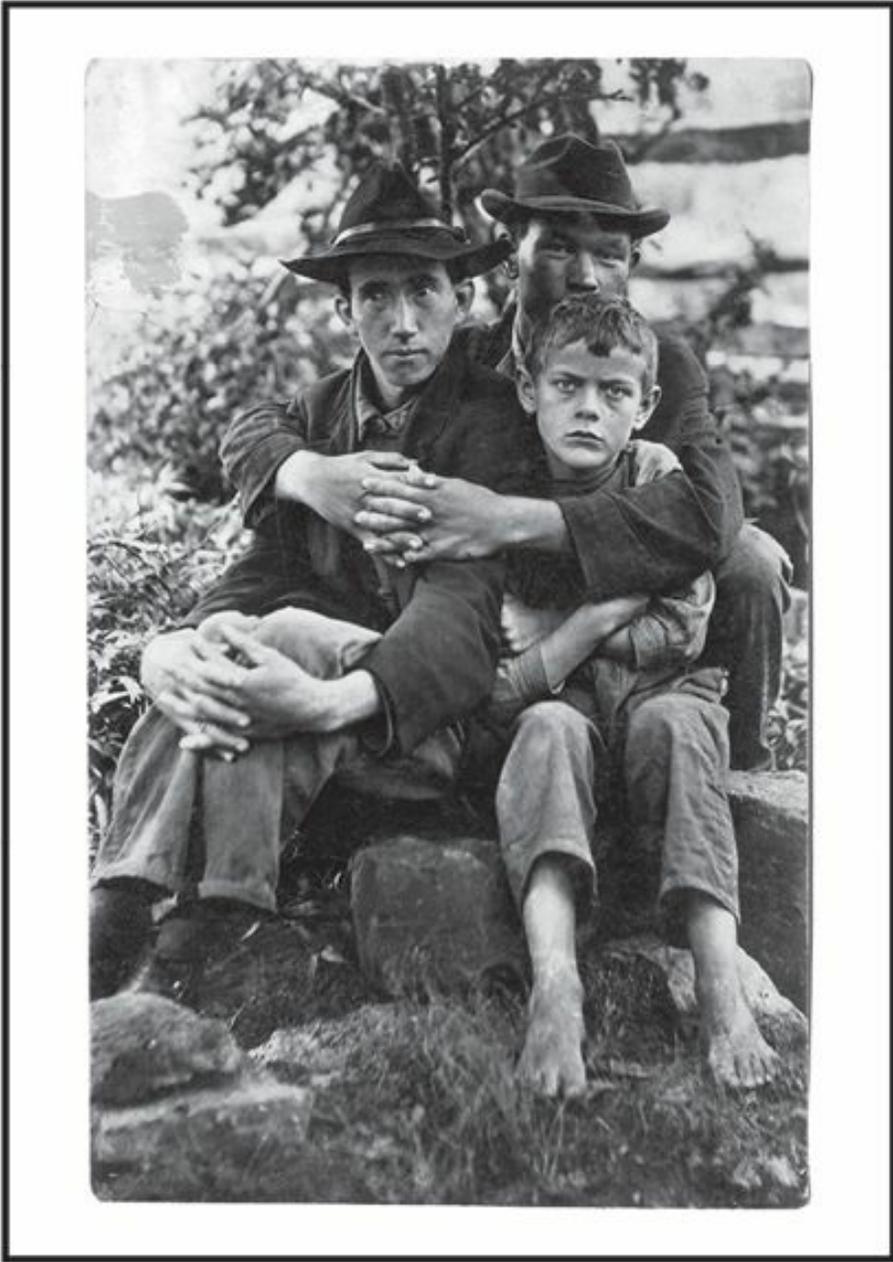
Las manos del más pequeño de los niños se cerraron en un puño e hizo intento de levantarse, pero el mayor lo sujetó y le susurró algo al oído. El chiquillo cerró los ojos y asintió, como para apartar algo de sí, y escondió los puños bajo los brazos.

—No, gracias —dijo arrastrando un educado acento sureño.

—Vámonos —dije, y los dejamos tranquilos, y Bronwyn volvió a llevarse al wight a rastras.

Nos paseamos por el recinto, esperando instrucciones de las ymbrynes. Por una vez, era un alivio no tener que tomar todas las decisiones. Nos sentíamos agotados pero llenos de energía, exhaustos hasta lo inimaginable pero reanimados por la idea, que nos parecía casi absurda, de haber sobrevivido.

La gente irrumpía en vítores, risas y cantos de forma espontánea. Millard y Bronwyn bailaban por todo el solar arrasado. Olive y Claire iban colgadas del brazo de Miss Peregrine, que las paseaba de un lado a otro mientras se afanaba en comprobar cómo andaba todo. Horace no dejaba de pellizcarse, con la sospecha de que todo era uno de sus sueños, un futuro hermoso que todavía no se había hecho realidad. Hugh deambulaba solo, sin duda extrañando a Fiona, cuya ausencia nos había dejado a todos un gran hueco. Millard estaba preocupadísimo por su héroe, Perplexus, cuyo rápido envejecimiento se había detenido cuando entramos en Abaton y, cosa extraña, no había vuelto a empezar. Pero volvería, nos aseguró Millard, y ahora que habíamos destruido la torre de Caul no estaba muy claro cómo iba a volver Perplexus a su bucle. Por supuesto, teníamos el Panbucleticón de Bentham, pero ¿cuál de sus cien puertas era la correcta?



Emma y yo éramos una historia aparte. No nos separábamos un instante, pero apenas nos dirigíamos la palabra. Creo que nos daba miedo hablar precisamente por lo que teníamos que decirnos.

¿Qué iba a pasar? ¿Qué sería de nosotros? Sabía que Emma no podía dejar la peculiaridad y que tendría que vivir el resto de su vida en un bucle, en el Acre del Diablo o, de ser posible, en alguno mejor. Pero yo podía marcharme. Tenía a mi familia esperándome en casa y una vida, o un triste sucedáneo. Pero allí también tenía familia. Y a Emma. Y estaba el nuevo Jacob en el que me había convertido o, más bien, en quien todavía me estaba convirtiendo. ¿Sobreviviría en Florida?

Lo necesitaba todo. Ambas familias, ambos Jacobs... y a Emma, necesitaba a Emma. Sabía que tendría que elegir y temía desgarrarme por la mitad.

Era demasiado, no podía afrontarlo con todo lo que habíamos pasado tan reciente en mi memoria. Necesitaba unas cuantas horas más, un día, para disimular. Así que Emma y yo seguimos codo con codo y miramos hacia delante, entregándonos a lo que necesitaran de nosotros las ymbrynes.

Las ymbrynes, sobreprotectoras por naturaleza, decidieron que ya habíamos sufrido bastante. Teníamos que descansar y, además, según ellas, había tareas en las que los niños peculiares no pintaban nada. Al caer, la torre había aplastado unos cuantos edificios pequeños, pero no querían que participáramos en la búsqueda de supervivientes entre las ruinas. Por todo el recinto había botellitas de ambrosía que recuperar, a las que tampoco querían que nos acercáramos. Me preguntaba qué harían con ellas, o si aquellas almas robadas volverían a reunirse alguna vez con sus legítimos propietarios.

Pensé en la que contenía el alma de mi abuelo. Me había sentido tan profanado cuando la había utilizado Bentham... Y, sin embargo, si no lo hubiera hecho no habríamos podido escapar de la biblioteca de las almas. Así que, al final, en realidad había sido el alma de mi abuelo la que nos había salvado. Era un consuelo saber que al menos no se había desperdiciado.

También había trabajo que hacer fuera del recinto de los wights. En la avenida Libertina y por todo el Acre del Diablo había niños peculiares que liberar, pero las ymbrynes insistieron en que debían encargarse ellas junto con algunos peculiares adultos. Como luego se vio, no encontrarían ninguna resistencia, ya que los esclavistas y los demás traidores habían huido con la caída de los wights. A los niños los recogerían y los llevarían a un lugar seguro. A los traidores los perseguirían y los llevarían ante un tribunal. Nada de aquello era asunto nuestro, nos dijeron. Lo que necesitábamos en aquel momento era un lugar para recuperarnos, además de una base de operaciones desde la que empezar... y nadie quería quedarse ni un segundo más de lo necesario en la fortaleza de los wights, que tanto miedo les inspiraba.

Propuse ir a la casa de Bentham. Tenía espacio de sobra, camas, equipamientos,

una sanadora residente y un Panbucleticón (que, nunca se sabe, puede venir bien para algo). Nos trasladamos con la caída de la noche. Los que no podían caminar fueron a bordo de uno de los camiones de transporte de los wights, y el resto marchamos tras él. Cruzamos la fortaleza con un poco de ayuda del hueco del puente, que pasó primero el camión por encima del foso y luego a los que quedábamos, de tres en tres. A algunos de los niños les daba miedo el hueco y hubo que convencerlos. Otros estaban deseosos y pedían a gritos repetir el viaje una vez al otro lado. Les concedí el gusto. Mi control sobre los huecos se había convertido en algo natural, lo cual me resultaba muy satisfactorio, aunque con un punto agrisado. Ahora que los huecos casi se habían extinguido, mi habilidad peculiar parecía obsoleta, o al menos esta manifestación. Pero no me importaba. No tenía interés en presumir de poderes. Ahora solo era un truco de feria. Habría sido mucho más feliz si no existieran los huecos.

Recorrimos el Acre del Diablo en una procesión lenta. Los que íbamos a pie rodeábamos el vehículo como si fuera una carroza en un desfile, el resto iban montados en las defensas y en el techo. Nos sentíamos como si estuviéramos dando una vuelta de honor; los peculiares del lugar salían a raudales de sus casas y de sus barracas para vernos pasar. Habían visto caer la torre, sabían que habían cambiado los papeles. Muchos aplaudían, algunos saludaban. Otros se ocultaban entre las sombras, conscientes del papel que habían representado.

Cuando llegamos a casa de Bentham, la Madre Arena y Reynaldo nos recibieron en la puerta. Nos dieron una bienvenida cariñosa y nos dijeron que la casa estaba a nuestra disposición. La Madre Arena empezó a tratar a los heridos de inmediato, los acompañó a sus camas, los puso cómodos y les aplicó su polvo. Se ofreció a curarme las magulladuras y las heridas que tenía en el estómago antes de nada, pero le dije que podía esperar, que los demás estaban peor.

Le conté cómo había utilizado su dedo, que me había salvado la vida a mí y a los demás. Se encogió de hombros como si nada y se giró para volver a sus quehaceres, pero yo insistí:

—Merece una medalla —dije—. No sé si los peculiares dan medallas, pero si las dan, me encargaré de que le concedan una.

No sé por qué, aquello pareció tomarla por sorpresa: se le escapó un sollozo ahogado justo antes de escabullirse.

—¿He dicho algo que no debía? —pregunté a Reynaldo.

—No lo sé —respondió preocupado, y fue tras ella.

Nim merodeaba por la casa anonadado, incapaz de creer lo que había hecho Bentham.

—Tiene que haber un error —repetía—. El señor Bentham nunca nos traicionaría así.

—¡Espabila! —le dijo Emma—. Tu jefe era escoria.

Pensé que la verdad no era tan simplista, pero salir en defensa de los valores morales de Bentham no me iba a granjear muchos amigos. Bentham no tenía por qué haber entregado la receta ni haber hecho frente a su monstruoso hermano. Tomó una decisión y al final se condenó a sí mismo para salvarnos a los demás.

—Solo necesita tiempo para asimilar tantas cosas —decía Sharon, refiriéndose a Nim—. Bentham nos había engañado a muchos.

—¿Incluso a ti? —pregunté.

—Sobre todo a mí. —Se encogió de hombros y negó con la cabeza. Su tristeza y sentimientos encontrados eran evidentes—. Él me desenganchó de la ambrosía, me libró de la adicción y me salvó la vida. Había algo bueno en su interior. Supongo que permití que me impidiera ver lo malo.

—Debía de contar al menos con un confidente —dijo Emma—. Un secuaz. Un seguidor.

—¿Su ayudante! —dije—. ¿Alguien lo ha visto?

No había ni rastro de él. Registramos la casa, pero aquel hombre de cara pétrea, la mano derecha de Bentham, había desaparecido. Miss Peregrine reunió a todo el mundo y nos pidió a Emma y a mí que lo describiéramos a detalle por si regresaba.

—Hay que considerarlo peligroso —dijo—. Si lo ven, no le hablen. Échense a correr y avisen a una ymbryne.

—Avisar a una ymbryne... —murmuró Enoch—. ¿No se da cuenta de que nosotros las salvamos a ellas?

Miss Peregrine lo oyó.

—Sí, Enoch. Todos estuvieron magníficos y han crecido una barbaridad. Pero hasta para los adultos existen ancianos que saben más.

—Sí, Miss —dijo avergonzado.

Después de aquello pregunté a Miss Peregrine si pensaba que Bentham había planeado traicionarnos desde el principio.

—Por encima de todo —respondió—, mi hermano era un oportunista. Creo que una parte de él quería hacer lo correcto y que, cuando los ayudó a ti y a Miss Bloom, lo hizo con el corazón. Pero desde el principio había estado maquinando traicionarnos si lograba sacar alguna ventaja de ello. Y cuando lo mandé de paseo decidió que algo podría sacar.

—No fue culpa suya, Miss P. —dijo Emma—. Después de lo que le hizo a Abe, tampoco yo lo habría perdonado.

—Aun así, podría haberlo tratado mejor. —Entornó los ojos, imaginando—. Las relaciones fraternales pueden ser complicadas. A veces me pregunto si mis propias acciones marcaron de alguna forma el camino que siguieron mis hermanos. ¿Podría haber sido mejor hermana? Tal vez cuando era una ymbryne joven me centraba demasiado en mí misma.

—Miss Peregrine, eso es... —comencé, y luego me callé antes de decir «ridículo», porque yo no tengo hermanos y tal vez no lo sea.

Más tarde, llevamos a Miss Peregrine y a otras ymbrynes al sótano para enseñarles el corazón del Panbucleticón de Bentham. Sentía a mi hueco dentro de la cámara de la batería, débil pero vivo. Me sentí fatal por él y pedí que me dejaran sacarlo, pero Miss Peregrine me dijo que de momento necesitaban que siguiera funcionando. Tener acceso a tantos bucles bajo un mismo techo les permitiría extender enseguida la noticia de nuestra victoria por toda la peculiaridad, además de evaluar el daño que habían causado los wights y empezar la reconstrucción.

—Espero que lo comprenda, Mr. Portman —dijo Miss Peregrine.

—Lo comprendo...

—Jacob tiene debilidad por ese hueco —explicó Emma.

—Bueno —añadí algo avergonzado—, es que fue el primero.

Miss Peregrine me miró con extrañeza, pero me prometió que haría lo que pudiera.

La herida de mi estómago empezaba a dolerme más de lo que podía soportar, así que Emma y yo nos pusimos en la fila para ver a Madre Arena, que serpenteaba desde su clínica improvisada hasta la cocina y por el pasillo. Era increíble cómo entraba una persona tras otra, renqueante, malherida, y magullada, con un dedo del pie roto o una contusión leve (o, en el caso de Miss Avocet, con una bala de la pistola de Caul alojada en el hombro) y salía, minutos después, tan campante. Es más, quedaban tan bien que Miss Peregrine se llevó a Reynaldo aparte y le pidió que recordara a la Madre Arena que no era un recurso renovable y que no derrochara su poder en heridas menores que se curarían solas perfectamente.

—Ya he intentado decírselo —replicó Reynaldo—, pero es una perfeccionista, no me hace caso.

Así que Miss Peregrine entró en la cocina para tener unas palabras con la Madre Arena en persona. Salió a los cinco minutos, avergonzada: varias cortadas que tenía en la cara habían desaparecido y movía con normalidad el brazo que se había dislocado cuando Caul la había estampado contra la pared de la caverna.

—¡Qué mujer más testaruda! —exclamó.

Cuando me tocó el turno de entrar a verla casi me negué a que me tratara: ya solo le quedaba un pulgar y un dedo índice de la mano buena. Pero en cuanto le echó el ojo a las cortadas en zigzag y llenas de sangre coagulada que me cruzaban la tripa casi me tiró de un empujón al catre que habían instalado junto al fregadero. A través de Reynaldo me dijo que la mordedura se estaba infectando. Los dientes de los huecos

estaban emponzoñados de bacterias dañinas y, si no me trataba, me pondría muy enfermo, así que cedí. La Madre Arena me espolvoreó el torso y en unos minutos empecé a sentirme mucho mejor.

Antes de marcharme intenté decirle de nuevo lo mucho que había significado su sacrificio, y que la parte de su ser que me había dado nos había salvado.

—De verdad que sin ese dedo no habría sido capaz de...

Pero se volvió en cuanto empecé a hablar, como si la palabra «gracias» le quemara los oídos.

Reynaldo casi me corrió de allí.

—Lo siento, la Madre Arena tiene que recibir a muchos más pacientes.

Me reuní con Emma en el pasillo.

—¡Estás de maravilla! —dijo—. ¡Gracias a los pájaros! Ese mordisco estaba empezando a preocuparme de verdad...

—No te olvides de comentarle lo de los oídos —dije.

—¿Qué?

—Los oídos —hablé más alto y se los señalé.

A Emma no habían dejado de zumbarle desde que la biblioteca de las almas se derrumbó. Como había llevado las manos ardiendo para iluminar el camino en nuestra huida, no había podido protegerse de aquel ruido tan terrible que, me temía, había resultado literalmente ensordecedor.

—Pero no le menciones el dedo.

—¿El qué?

—¡El dedo! —dije, levantando el meñique—. Parece que el tema la afecta mucho.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea.

Emma entró. Tres minutos después salió chasqueando los dedos a la altura de las orejas.

—Increíble —dijo—, oigo alto y claro.

—¡Menos mal! —exclamé—. Era una lata estar gritando todo el rato.

—¡Ja! Le mencioné el dedo, por cierto.

—¿Cómo? Pero ¿por qué?

—Tenía curiosidad.

—¿Y?

—Empezaron a temblarle las manos, luego murmuró una cosa que Reynaldo no quiso traducir y prácticamente me corrió de mala gana.

Habríamos investigado un poco más, creo, de no haber estado muertos de hambre y cansancio, y si en aquel momento no nos hubiera llegado a la nariz el olor de la comida.

—¡A comer! —gritó Miss Wren desde el fondo del pasillo, y la conversación

quedó ahí.

Caía la noche cuando nos reunimos para comer en la biblioteca de Bentham, la única sala cuyo tamaño permitía que nos sentáramos todos con comodidad. El fuego estaba encendido y trajeron un festín donado por los vecinos: pollo asado con papas y carne de caza y pescado (que yo no probé por si se daba la remota casualidad de que lo hubieran capturado en la Fosa). Comimos y platicamos y repasamos las aventuras de los últimos días. Miss Peregrine no sabía prácticamente nada de nuestro viaje de Cairnholm a Londres, ni de nuestras peripecias por la ciudad destrozada por los bombardeos que habíamos debido cruzar para encontrar a Miss Wren, de modo que quería conocer hasta el último detalle de la historia. Escuchaba como nadie, pues siempre se reía de las partes graciosas y reaccionaba con exclamaciones satisfactorias a nuestras florituras teatrales.

—¡Y entonces cayó una bomba justo encima del hueco y lo hizo volar en pedacitos! —dijo Olive, saltando de la silla como si estuviera reviviendo el momento—. Pero llevábamos puestos los suéteres peculiares de Miss Wren, así que la metralla no nos mató.

—¡Cielo santo! —exclamó Miss Peregrine—. ¡Qué suerte tuvieron!

Una vez que terminamos la historia, Miss Peregrine se quedó un rato en silencio, estudiándonos con una mezcla de tristeza y asombro.

—Estoy tan orgullosa de ustedes —dijo— y siento tanto todo lo que ha ocurrido... No tengo palabras para decirles lo mucho que me habría gustado haber estado con ustedes, a su lado, en lugar del canalla de mi hermano.

Guardamos unos momentos de silencio por Fiona. Hugh insistió en que no estaba muerta, solo perdida. Dijo que los árboles habrían amortiguado la caída y que seguro que andaba dando vueltas por el bosque, cerca de la casa de Miss Wren. O que se habría golpeado la cabeza al bajar y se le había olvidado de dónde veníamos. O estaba escondida...

Nos miró con esperanza, pero todos evitamos su mirada.

—Seguro que aparece —le aseguró Bronwyn.

—No le des falsas esperanzas —dijo Enoch—, es cruel.

—De eso sabes tú mucho —replicó Bronwyn con desdén.

—Cambiemos de tema —terció Horace—. Quiero saber cómo rescató el perro a Jacob y a Emma en el metro.

Addison subió con determinación a la mesa y empezó a narrar la historia, pero la adornó con tantos incisos sobre su propio heroísmo que Emma se vio obligada a tomar el testigo. Entre los dos les contamos cómo habíamos encontrado el camino hasta el

Acre del Diablo y cómo habíamos organizado nuestra pequeña invasión de la guarida de los wights, con la ayuda de Bentham. Luego todo el mundo quería preguntarme cosas, querían saberlo todo de los huecos.

—¿Cómo aprendiste su idioma? —preguntó Millard.

—¿Qué se siente al controlarlos? —quiso saber Hugh—. ¿Te imaginas que eres uno de ellos, como hago yo con las abejas?

—¿Da cosquillas? —inquirió Bronwyn.

—¿Te gustaría tener uno de mascota? —preguntó Olive.

Respondí lo mejor que pude, pero no estaba demasiado inspirado porque mi conexión con los huecos era difícil de describir, como unir las piezas de un sueño a la mañana siguiente. Además, tenía la mente en la plática que Emma y yo estábamos postergando. Cuando hube terminado, la busqué con la mirada. Le señalé la puerta con un gesto de la cabeza y nos excusamos de la mesa. Sentí que todos los ojos de la sala estaban puestos en nosotros.

Nos metimos en un ropero iluminado por un farolito, que estaba abarrotado de abrigo, sombreros y paraguas. No era espacioso ni cómodo, pero al menos era íntimo, un sitio donde nadie iba a aparecer de repente ni nos iban a oír. De pronto sentí un terror irracional. Tenía que tomar una decisión difícil que no había contemplado en su totalidad hasta ese momento.

Nos quedamos callados un rato, mirándonos a la cara, en aquel cuarto tan embotado de tejidos que me parecía que se escuchaban los latidos de nuestros corazones.

—¿Y bien? —dijo Emma. Estaba claro que iba a empezar ella. Emma, siempre directa, sin miedo a los momentos comprometidos—. ¿Te quedas?

No sabía lo que iba a decir hasta que salieron las palabras de la boca. Iba en piloto automático, sin filtros.

—Tengo que ver a mis padres.

Aquello era una verdad incuestionable. Estaban dolidos y asustados y no se lo merecían, llevaban demasiado tiempo, en suspense.

—Por supuesto —dijo Emma—, lo comprendo. Claro que tienes que ir.

Quedaba una pregunta sin respuesta en el aire. «Ver a mis padres» era como no decidir nada, como no responder. Claro que tenía que verlos, ¿y luego? ¿Qué les iba a decir?

Intenté imaginarme diciéndoles la verdad. A ese respecto, la conversación telefónica que había tenido con mi padre en el metro había sido una muestra de las atracciones que deparaba el futuro. «Está chiflado. Nuestro hijo está loco. O se droga... o igual no se droga lo suficiente».

No, con la verdad no íbamos a ninguna parte. ¿Y entonces? ¿Los vería, les diría que estaba vivo y coleando, me inventaría unas vacaciones en Londres y les diría

que volvieran a casa sin mí? ¡Ja! Me perseguirían. Tendrían policías ocultos en los arbustos en nuestro lugar de encuentro, hombres de bata blanca con redes tamaño Jacob... y tendría que huir. Decirles la verdad solo empeoraría las cosas. Verlos para volver a escaparme sería torturarlos todavía más. Pero la idea de no ver a mis padres, de no volver nunca a casa... No me cabía en la cabeza. Porque, si era totalmente sincero conmigo mismo, por más que me doliera pensar en dejar a Emma y a mis amigos y aquel mundo, parte de mí quería volver a casa. Mis padres y su mundo representaban un regreso a lo cuerdo, a lo predecible, cosa que anhelaba tras toda aquella locura. Necesitaba ser normal un tiempo, tomarme un respiro. Solo una temporada.

Había saldado mi deuda con los peculiares y con Miss Peregrine. Ya era uno de ellos, pero no solo eso. También era el hijo de mis padres y, por imperfectos que fueran, los extrañaba. Añoraba mi casa. Hasta extrañaba un poco mi vida tonta y anodina. Por supuesto, a Emma la extrañaría más que a todas esas cosas. El problema era que quería demasiado, quería las dos vidas. Quería la doble nacionalidad. Ser peculiar y aprender todo lo posible sobre ese mundo, estar con Emma y explorar todos los bucles que Bentham había catalogado en su Panbucleticón. Pero también quería hacer las cosas tontas y normales que hacen los adolescentes normales mientras todavía pasara por serlo. Sacar la licencia de conducir, hacer un amigo de mi edad, acabar el instituto. Entonces cumpliría los dieciocho y podría ir adonde quisiera... a cuando quisiera. Y podría volver.

Ahí estaba la verdad, el meollo de la cuestión: no podía vivir el resto de mi vida en un bucle temporal. No quería ser un niño peculiar para siempre. Pero, tal vez, algún día pudiera ser un peculiar adulto.

Puede que, si hacía las cosas muy bien, encontrara la forma de tenerlo todo.

—No quiero irme —dije—, pero creo que debo hacerlo durante un tiempo.

—Vete, pues —dijo Emma, casi inexpresiva.

Me dolió. Ni siquiera había preguntado a qué me refería con «un tiempo».

—Vendré de visita —dije enseguida—. Puedo venir en cualquier momento.

En teoría era verdad, ahora que habíamos aplastado la amenaza de los wights siempre habría, los pájaros mediantes, un lugar al que volver. Pero era difícil imaginar que mis padres quisieran viajar de nuevo a Reino Unido en un futuro inmediato. Me estaba engañando, a mí y a Emma, a los dos. Y ella lo sabía.

—No —dijo—, no quiero.

El corazón se me cayó a los pies.

—¿Qué? —pregunté bajito—. ¿Por qué no?

—Porque eso es lo que hizo Abe. Volvía cada pocos años y cada vez era mayor y yo seguía igual. Y luego conoció a alguien y se casó...

—Yo no lo haría —protesté—, yo te quiero.

—Ya lo sé —replicó, apartándose—. Y él también.

—Pero nosotros no... no sería así —busqué, a ciegas, las palabras adecuadas, pero estaba hecho un lío.

—Sí lo sería. Sabes que iría contigo si pudiera, pero no puedo... Envejecería hasta mi edad real. Así que me quedaría aquí esperándote, petrificada en ámbar. Y no puedo volver a pasar por eso.

—¡No tardaría mucho! Solo un par de años. Y luego podría hacer lo que quisiera. Podría ir a la universidad en algún sitio. ¡Incluso aquí en Londres!

—Igual sí —dijo— e igual no. Pero estás prometiendo cosas que no sabes si podrás cumplir y así es como los enamorados se hacen daño.

Se me salía el corazón por la boca. Me sentía desesperado y apenado. Al diablo, no volvería a ver a mis padres. Perfecto. Pero no podía perder a Emma.

—No lo había pensado bien —dije—. No sentía lo que decía, me quedaré.

—No, creo que hablabas con sinceridad —replicó—. Creo que si te quedas no serás feliz, acabarás culpándome a mí. Y eso sería peor.

—No, no. Jamás haría...

Pero ya había mostrado las cartas y era demasiado tarde para dar marcha atrás.

—Es mejor que te vayas —sentenció—. Tienes una vida y una familia. Esto no tenía que ser eterno.

Me senté en el suelo, me apoyé contra el muro de abrigos y dejé que me engullera. Durante unos largos segundos me imaginé que nada de aquello estaba pasando, que no estaba allí, que todo mi mundo estaba hecho de lana y oscuridad, y olía a bolas de naftalina. Cuando volví a resurgir para respirar, Emma estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, a mi lado.

—Tampoco es lo que yo quiero —dijo—, pero creo que entiendo por qué tiene que ser así. Tú tienes que reconstruir tu mundo y yo el mío.

—¡Pero también es mío!

—Es verdad —reflexionó unos instantes, frotándose la barbilla—. Es verdad, y espero de todo corazón que vuelvas porque ya eres parte de nosotros, y nuestra familia no estará completa sin ti. Pero cuando vengas creo que debemos ser solo amigos.

Lo pensé un momento. Amigos. Sonaba tan pálido y sin vida...

—Supongo que es mejor que no volver a hablarnos.

—Estoy de acuerdo —dijo ella—. No creo que pudiera soportarlo.

Me acerqué a ella y le pasé el brazo por la cintura. Pensé que igual se apartaba, pero no fue así. Al cabo de un rato apoyó la cabeza en mi hombro.

Nos quedamos así sentados un rato.

Cuando Emma y yo salimos por fin del ropero, casi todo el mundo estaba dormido. En el hogar de la biblioteca no quedaban más que restos; en los platos, antes rebosantes de comida, no había más que sobras, y los altos techos de la sala recogían los ecos de los murmullos y los ronquidos quedos. Niños e ymbrynes yacían tapados en los sofás y hechos un ovillo en las alfombras, aunque había cómodos dormitorios en abundancia en el piso de arriba. Habían estado a punto de perderse unos a otros y no estaban dispuestos a separarse otra vez tan pronto, aunque no fuera más que para pasar la noche.

Me iría a la mañana siguiente. Ahora que sabía lo que tenía que pasar entre Emma y yo, retrasarlo no sería más que una tortura. Sin embargo, en aquel momento teníamos que dormir. ¿Cuánto llevábamos sin cerrar los ojos más de uno o dos minutos? No recordaba haber estado tan cansado nunca.

Apilamos unos cojines en una esquina y nos dormimos abrazados. Era nuestra última noche juntos y me aferré a ella, con los brazos entrelazados a su alrededor, como si apretándola con todas mis fuerzas pudiera grabarla para siempre en mi memoria sensorial. Su tacto, su olor, el sonido de su respiración, que se iba ralentizando y haciéndose más regular. Pero me venció el sueño y fue como si nada más cerrar los ojos los hubiera vuelto a entreabrir a la luz amarilla del día que se colaba a raudales por las altas cristaleras.

Todo el mundo estaba ya despierto y deambulando por la sala, hablando en susurros como para no molestarnos. Interrumpimos el abrazo enseguida, incómodos al vernos privados de la intimidad que nos había dado la noche. Antes de que nos diera tiempo de recomponernos, entró Miss Peregrine con una cafetera y Nim con una bandeja de tazas.

—¡Buenos días a todos! Espero que hayan descansado bien porque tenemos un montón de...

Miss Peregrine nos vio y se quedó a media frase, con las cejas levantadas. Emma escondió la cara.

—¡Oh, no!

Con el agotamiento y las emociones de la noche anterior no se me había ocurrido que dormir en la misma cama que Emma, aunque no hubiéramos hecho más que dormir, podría ofender la sensibilidad victoriana de Miss Peregrine.

—Mr. Portman, quisiera hablar con usted. —Dejó la cafetera y me hizo un gesto de que me acercara con el dedo.

Supongo que me las iba a ver con ella. Me puse de pie y me alisé las arrugas de la ropa, con las mejillas encendidas. No sentía el más mínimo remordimiento, pero costaba no pasar un poco de vergüenza.

—Deséame suerte —susurré a Emma.

—¡Niégalo todo! —Su voz también era un susurro.

Oí risitas al cruzar la sala y que alguien canturreaba «Jacob y Emma se quieren casar...».

—No seas infantil, Enoch —dijo Bronwyn—, lo que pasa es que estás celoso.

Seguí a Miss Peregrine hasta el pasillo.

—No hemos hecho nada —dije—, quiero que lo sepa.

—Estoy segura de ello y no me interesa —dijo—. Nos va a dejar hoy, ¿verdad?

—¿Cómo lo ha sabido?

—Aunque estrictamente hablando sea una anciana, todavía me entero de todo. Sé que se siente dividido entre sus padres y nosotros, su antiguo hogar y el nuevo... o lo que queda de él. Desea encontrar un equilibrio sin tener que escoger y sin hacerle daño a la gente a la que quiere. Pero no es fácil, ni siquiera es necesariamente posible. Así están más o menos las cosas, ¿no es cierto?

—Pues... sí. Por ahí va.

—¿Y en qué han quedado las cosas con Miss Bloom?

—Somos amigos —dije, con muy poca confianza.

—Y usted no está muy contento con ello.

—La verdad es que no, pero lo entiendo..., creo.

Ladeó la cabeza:

—¿Lo entiende?

—Se está protegiendo.

—Y también a usted —añadió Miss Peregrine.

—Eso no lo capto.

—Es usted muy joven, Jacob. Hay muchas cosas que es posible que no «capte».

—No entiendo qué tiene que ver mi edad con eso.

—¡Todo! —Soltó una risa rápida y aguda. Y entonces se dio cuenta de que era verdad que no lo entendía y se ablandó un poco—. Miss Bloom nació a principios del siglo pasado. Su corazón es antiguo y tranquilo. Tal vez le preocupe a usted que lo sustituya pronto, que se fije en algún Romeo peculiar. Pero yo no lo veo probable. Está entregada a usted, nunca la he visto tan feliz con nadie. Ni siquiera con Abe.

—¿En serio? —Sentí una fuente cálida brotar en mi pecho.

—En serio. Pero, como ya hemos dicho, usted es joven. Solo tiene dieciséis años, sus primeros dieciséis. Su corazón acaba de despertarse y Miss Bloom es su primer amor. ¿Me equivoco?

Asentí con timidez. Pero sí, era evidente, lo vería cualquiera.

—Usted puede tener otros amores —dijo Miss Peregrine—. Los corazones jóvenes, como los cerebros, pueden tener un período de atención breve.

—El mío no —dije—, yo no soy así.

Sabía que sonaba a la típica excusa de adolescente impulsivo, pero en aquel momento estaba más seguro de mis sentimientos hacia Emma que de ninguna otra

cosa en mi vida.

Miss Peregrine asintió despacio.

—Me alegra oírle decir eso —dijo—. Aunque Miss Bloom le haya dado permiso para romperle el corazón, yo no se lo doy. Es muy importante para mí, y ni la mitad de fuerte de lo que pretende aparentar. No puedo tenerla por aquí lloriqueando y prendiéndole fuego a las cosas si usted se viera tentado por los débiles encantos de una chica normal. Ya he pasado por eso y no nos quedan más muebles de repuesto. ¿Lo entiende?

—Mmm... —Me había agarrado con la guardia baja—. Creo que sí.

Se me acercó y volvió a decirlo, bajando la voz a un tono más grave y pétreo.

—¿Lo entiende?

—Sí, Miss Peregrine.

Asintió brevemente con la cabeza y luego sonrió y me dio unas palmaditas en el hombro.

—Estupendo. Muy buena plática. —Y antes de que pudiera responderle, ya iba otra vez de camino hacia la biblioteca gritando—: ¡El desayuno!

Me fui una hora más tarde. Me acompañaron al muelle Emma, Miss Peregrine y toda una escolta de nuestros amigos e ymbrynes. Sharon estaba esperando con una embarcación nueva que unos piratas de la Fosa habían dejado atrás en su huida. Se produjo un largo intercambio de abrazos y despedidas lacrimógenas que condujeron a la promesa por mi parte de regresar a verlos a todos otra vez, aunque no sabía cómo iba a conseguir hacerlo pronto, ya que tenía que convencer a mis padres y pagar los boletos de avión transatlánticos.

—¡No te olvidaremos nunca, Jacob! —dijo Olive, sorbiéndose los mocos.

—Registraré tu historia para la posteridad —prometió Millard—; será mi nuevo proyecto. Y me encargaré de que se incluya en la próxima edición de *Cuentos de lo peculiar*. ¡Serás famoso!

Addison se me acercó con dos cachorros de oso torvo pegados a los talones. No sabría decir quién había adoptado a quién.

—Eres el cuarto humano más valiente que he conocido —dijo—. Espero que volvamos a vernos.

—Yo también lo espero. —Lo sentía de verdad.

—¿Puedo ir a verte, Jacob? —suplicó Claire—. Siempre he querido conocer Estados Unidos.

No tuve corazón para explicarle por qué era imposible.

—¡Por supuesto que puedes! —respondí—. Me encantaría.

Sharon golpeó la amura del bote con su remo.

—¡Todos a bordo!

Embarqué sin ganas y luego lo hicieron Emma y Miss Peregrine. Habían insistido en acompañarme hasta que me reuniera con mis padres, y yo no me había resistido. Sería más fácil ir despidiéndome por fascículos. Sharon desatracoó la embarcación y zarpamos. Nuestros amigos nos dijeron adiós con la mano y a gritos mientras nos alejábamos flotando. Les devolví el gesto, pero me dolía demasiado verlos alejarse, así que entrecerré los ojos hasta que la corriente nos hubo arrastrado más allá de una revuelta de la Fosa y hubieron desaparecido.

A ninguno se le antojaba hablar. En silencio, vimos pasar los edificios destartados y los puentes desvencijados. Al cabo de un rato llegamos al lugar de transición, donde el paso subterráneo por el que habíamos entrado nos absorbió sin miramientos y nos escupió al otro lado, dejándonos en una húmeda tarde moderna. Las viviendas dilapidadas del Acre del Diablo habían desaparecido, y, en su lugar, se alzaban edificios de departamentos de fachada de cristal y relucientes torres de oficinas. Una máquina pasó zumbando.

El sonido de un día actual, atareado y lleno de preocupaciones, se fue filtrando. La bocina de un coche. El timbre de un teléfono celular. Ruidosa música pop. Pasamos junto a un restaurante al borde del canal, pero gracias al encantamiento de Sharon los comensales de la terraza no nos vieron pasar. Me pregunto qué habrían pensado de haber podido vernos: dos adolescentes vestidos de negro, una mujer con un atuendo victoriano elegante y Sharon, con su capa de parca, empujando el bote con una garrocha para sacarnos del inframundo. ¿Quién sabe? A lo mejor el mundo moderno está tan insensibilizado que ni se habrían inmutado.

Mis padres serían otra historia. Y ahora que habíamos regresado al presente empezaba a preocuparme por qué iban a creer aquella historia. Ya pensaban que estaba loco o que tenía problemas de drogas. Tendría suerte si no me ingresaban en un psiquiátrico. Y aunque no lo hicieran, iba a pasar años reparando los daños. No iban a volver a confiar en mí jamás.

Pero ese problema era cosa mía y ya encontraría una manera de solucionarlo. Para mí lo más fácil sería decirles la verdad, pero, claro está, no podía. Mis padres nunca comprenderían esa parte de mi vida e intentar obligarlos podría hacer que fueran ellos los que acabaran en un psiquiátrico.

Mi padre ya sabía más de lo que le convenía sobre los niños peculiares. Los había conocido a todos en Cairnholm, aunque pensaba que estaba soñando. Luego Emma le había dejado una carta y una foto de ella con mi abuelo. Y por si fuera poco, yo le había confesado por teléfono que era un peculiar. Admito que aquello había sido un error, y egoísta, además. Y allí estaba yo, camino de reunirme con él acompañado de Emma y de Miss Peregrine.

—Pensándolo bien —dije, volviéndome hacia ellas en la embarcación—, igual sería mejor que no vinieran conmigo...

—¿Por qué? —preguntó Emma—. No envejecemos tan rápido...

—Creo que mis padres no deberían verme con ustedes. Ya me va a costar bastante explicarles todo esto...

—Lo he estado pensando —dijo Miss Peregrine.

—¿El qué? ¿Lo de mis padres?

—Puedo ayudarte con ellos, si quieres.

—¿Cómo?

—Uno de los innumerables deberes de las ymbrynes es encargarse de los normales cuya curiosidad hacia nosotros resulta dificultosa, o que dan problemas por cualquier otro motivo. Tenemos formas de hacer que pierdan la curiosidad y se olviden de que han visto ciertas cosas.

—¿Tú sabías esto? —le pregunté a Emma.

—Claro. Si no fuera por el borrado, los peculiares estaríamos saliendo en las noticias cada dos por tres.

—O sea, que le borra a la gente la memoria...

—Es más bien una selección minuciosa de determinados recuerdos incómodos —explicó Miss Peregrine—. Es indoloro y no tiene efectos secundarios. Aun así, le puede parecer demasiado extremo, lo dejo en sus manos.

—Me parece bien —dije.

—¿Qué te parece bien? —quiso saber Emma.

—Me parece bien que les borre la memoria a mis padres. Suena fantástico. Y ya que está puesta en ello, una vez, cuando tenía doce años, estrellé el coche de mi madre contra la puerta del garaje...

—No nos dejemos llevar, Mr. Portman.

—Era broma —dije, aunque un poco en serio sí lo decía.

Fuera como fuera, me sentí muy aliviado. Ahora no tendría que pasar el resto de la adolescencia disculpándome por aquella vez que me había escapado y mis padres me habían dado por muerto y casi les había destrozado la vida para siempre. Cosa que no estaba mal.

## ONCE

**S**haron nos dejó en el mismo embarcadero oscuro e infestado de ratas en el que nos habíamos encontrado por primera vez. Bajarme de su barca me provocó una punzada de nostalgia agri dulce. Puede que estuviera aterrorizado y cubierto de mugre, y, sin duda, había experimentado diversos modos de sufrimiento, a cual más extraño, cada segundo de los últimos días, pero probablemente jamás volvería a vivir una aventura como aquella. Extrañaría no tanto los obstáculos que había tenido que superar, como a la persona en la que me habían convertido. Había una voluntad férrea en mi interior, ahora era consciente de ello, y tenía la esperanza de conservarla incluso cuando mi vida se volviera más apacible.

—Hasta la vista —se despidió Sharon—. Me alegro de haberte conocido, a pesar de la infinidad de problemas que me has causado.

—Sí, lo mismo digo. —Nos dimos un apretón de manos—. Ha sido interesante.

—Espérenos aquí —le dijo Miss Peregrine—. Miss Bloom y yo volveremos en una o dos horas.

Encontrar a mis padres fue sencillo. Hubiera sido aún más fácil de haber conservado mi teléfono, pero, dada la situación, todo cuanto tuvimos que hacer fue presentarnos en una comisaría de policía. Puesto que se me consideraban desaparecido, media hora después de haber dado mi nombre a un agente y de haberme sentado en un banco a esperar, llegaron mi madre y mi padre.

A juzgar por las arrugas de su ropa, era evidente que habían dormido con ella puesta. El maquillaje habitualmente perfecto de mi madre era un absoluto desastre, mi padre llevaba barba de tres días, y los dos cargaban una pila de carteles con mi rostro y la palabra «Desaparecido».

Lógicamente, me sentí fatal de inmediato por todo lo que les había hecho pasar. Pero, mientras intentaba disculparme, arrojaron los carteles a un lado y se abalanzaron sobre mí en un abrazo doble, de modo que mis palabras se perdieron entre los pliegues

de la sudadera de mi padre.

—Jake, Jake, Dios mío, mi niño —lloraba mi madre.

—Es él, es él de verdad —decía mi padre—. Estábamos tan preocupados, tan preocupados...

¿Cuánto tiempo pasé fuera? ¿Una semana? Más o menos, aunque parecía una eternidad.

—¿Dónde estabas? —me preguntó mi madre—. ¿Qué has estado haciendo?

El abrazo se había roto, pero, aun así, no podía pronunciar una sola palabra.

—¿Por qué te escapaste? —exigió saber mi padre—. ¿En qué estabas pensando, Jacob?

—¡Has hecho que me salgan canas! —añadió mi madre y, entonces, me estrechó de nuevo entre sus brazos.

Mi padre se quedó mirándome.

—¿Dónde está tu ropa? ¿Qué es esto que llevas puesto?

Aún vestía el atuendo negro de expedición. Vaya. De todos modos, requería menos explicaciones que las ropas del siglo XIX y, gracias a Madre Arena, todas las cortadas de mi cara habían sanado...

—¡Jacob, di algo! —me ordenó mi padre.

—Lo siento, lo siento mucho. Nunca los habría hecho pasar por esto de haber podido evitarlo. Pero ya está todo solucionado. Las cosas van a salir bien. No lo entenderían, pero no pasa nada. Los quiero mucho.

—Tienes razón en una cosa —respondió mi padre—. No lo entendemos. En absoluto.

—Pero no estamos conformes —añadió mi madre—. Nos debes una explicación.

—Nosotros también vamos a necesitar una —dijo el agente de policía que estaba de pie junto a nosotros—. Y una prueba de drogas.

Las cosas estaban empezando a escapar de mi control. Era hora de abrir el paracaídas de emergencia.

—Les contaré todo —les contesté—. Pero antes, me gustaría que conocieran a mi amiga. Mamá, papá, les presento a Miss Peregrine.

Vi cómo los ojos de mi padre se volvían hacia la ymbryne y luego hacia Emma. Debió de reconocerla, porque de repente pareció que hubiera visto un fantasma. Pero no había problema alguno. No tardaría en olvidarlo.

—Tanto gusto en conocerlos —dijo Miss Peregrine, estrechándoles la mano a mi madre y a mi padre al mismo tiempo—. Tienen un hijo magnífico, sencillamente un chico de primera clase. Jacob no es tan solo un perfecto caballero, sino que posee un talento incluso mayor que el de su abuelo.

—¿Su abuelo? —preguntó mi padre—. ¿Cómo conoce usted...?

—¿Quién es esta mujer tan estafalaria? —lo interrumpió mi madre—. ¿Cómo

conoce usted a nuestro hijo?

Miss Peregrine les dio un apretón de manos y los miró penetrantemente a los ojos.

—Alma Peregrine. Alma LeFay Peregrine. Bien, tengo entendido que ha hecho un tiempo insufrible aquí en las Islas Británicas. Sencillamente un viaje espantoso. Considero que lo mejor para todos los involucrados sería que olvidaran que esto ha sucedido. ¿No les parece?

—Sí —contestó mi madre con la mirada perdida.

—Estoy de acuerdo —convino mi padre, parecía ligeramente hipnotizado.

Miss Peregrine había puesto sus cerebros en pausa.

—Fantástico, maravilloso —contestó ella—. Ahora, concentren la mirada sobre esto, por favor.

Ella les soltó las manos y se sacó del bolsillo una larga pluma de halcón con manchas azules. Entonces, una abrasadora oleada de culpabilidad me recorrió como un relámpago y la detuve.

—Espere —le dije—. Creo que, en el fondo, no quiero que lo haga.

—¿Está seguro? —Parecía un poco decepcionada cuando me miró—. Las cosas podrían complicarse mucho para usted.

—Me da la sensación de que los estaría traicionando —contesté.

—Entonces, ¿qué vas a contarles? —me preguntó Emma.

—No lo sé aún. Pero no me parece que sea correcto borrarles la memoria sin más.

Si contarles la verdad era un acto egoísta, me parecía el doble de desconsiderado eliminar la necesidad de recibir una explicación. Y ¿qué pasaría con la policía? ¿Y con el resto de mi familia y los amigos de mis padres? Por descontado, ellos sabían que yo había desaparecido, y el que mis padres olvidaran lo ocurrido... sería un desastre.

—Lo dejo a tu elección —contestó Miss Peregrine—. Pero considero que sería sensato borrar al menos los últimos dos o tres minutos para que no nos recuerden a Miss Bloom ni a mí.

—Bueno..., vale. Mientras no pierdan también la capacidad de hablar...

—Soy muy precisa —replicó Miss Peregrine.

—¿Qué es eso de borrar cerebros? —preguntó el agente de policía—. ¿Quién es usted?

—Alma Peregrine —respondió Miss Peregrine, apresurándose a estrecharle la mano—. Alma Peregrine, Alma LeFay Peregrine.

El agente dejó caer la cabeza, como si se hubiera quedado súbitamente fascinado por una mancha del suelo.

—Se me ocurren unos cuantos wights a los que podría haberles hecho eso —comentó Emma.

—Por desgracia, solo funciona con las dóciles mentes de los normales —le contestó Miss Peregrine—. Hablando del rey de Roma —añadió alzando la pluma.

—Espere —dije—. Antes de que empiece... —Alargué el brazo para estrecharle la mano—. Gracias por todo. Voy a extrañarla mucho, Miss Peregrine.

Miss Peregrine hizo caso omiso de mi mano y me dio un abrazo.

—El sentimiento es mutuo, Mr. Portman, y soy yo quien debe sentirse agradecida. De no haber sido por su heroísmo y el de Miss Bloom...

—Bueno... —contesté—. De no haber sido porque usted mantuvo a salvo a mi abuelo todos estos años...

Ella sonrió.

—Vamos a dejarlo en tablas.

Aún quedaba una despedida. La más difícil. Envolví a Emma entre mis brazos y ella me contestó estrujándome ferozmente.

—¿Podemos escribirnos? —me preguntó.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—Por supuesto. Los amigos mantienen el contacto.

—De acuerdo —respondí, aliviado—. Al menos podríamos...

Y entonces me besó. Un enorme beso de pleno en los labios que me dejó con la cabeza dando vueltas.

—¡Creí que solo éramos amigos! —exclamé, retirándome a causa de la sorpresa.

—Eh..., sí —dijo ella, tímidamente—. Ahora lo somos. Solo necesitaba uno para recordar el momento.

Los dos nos echamos a reír con el corazón en las nubes y, al mismo tiempo, roto en pedazos.

—¡Niños, basta ya! —susurró Miss Peregrine.

—Frank —dijo mi madre débilmente—, ¿quién es la chica a la que está besando Jake?

—No tengo la menor idea —masculló mi padre—. Jacob, ¿quién es esa chica, y por qué la estás besando?

Las mejillas se me encendieron.

—Pues es mi... amiga, Emma. Tan solo estábamos despidiéndonos.

Emma los saludó con la mano, tímidamente.

—No se acordarán de mí, pero... ¡hola!

—Bueno, deja ya de besar a desconocidas y ven aquí —me pidió mi madre.

—Muy bien —le dije a Miss Peregrine—. Supongo que será mejor que nos pongamos manos a la obra.

—No veas esto como una despedida —me contestó Miss Peregrine—. Ahora eres uno de los nuestros. No te vas a librar de nosotros tan fácilmente.

—Desde luego espero que así sea —respondí sonriendo, a pesar de mi apesadumbrado corazón.

—Te escribiré —prometió Emma, tratando de sonreír, con una voz que empezaba

a quebrarse—. Buena suerte con... lo que sea que haga la gente normal.

—Adiós, Emma. Te extrañaré.

Parecía poco apropiado decir algo así, pero, en momentos como aquel, las palabras en sí mismas eran inapropiadas.

Miss Peregrine se dio la vuelta para acabar su tarea. Levantó la pluma de halcón y les hizo cosquillas a mis padres bajo la nariz.

—¡Disculpe! ¿Qué cree usted que está hacieeeeAAAAACHUUUUUUS!

Entonces, tanto ella como mi padre sufrieron un ataque de estornudos, y mientras estornudaban, Miss Peregrine le hizo cosquillas al agente de policía y él también se unió a mis padres. Para cuando todos habían acabado de estornudar, con las narices moqueando y la cara colorada, Miss Peregrine y Emma se habían escabullido por la puerta y se habían marchado.

—Como iba diciendo... —comenzó mi padre, como si los últimos minutos jamás hubieran sucedido—. Un momento... ¿Qué estaba diciendo?

—¿Que podríamos, simplemente, irnos a casa y hablar de todo esto más tarde? —le contesté, esperanzado.

—No hasta que respondas a unas cuantas preguntas —contestó el agente.

Estuvimos unos cuantos minutos hablando con la policía.

Todas las respuestas que di fueron imprecisas, rematé cada frase con una disculpa y juré una y otra vez que no me habían secuestrado, drogado ni abusado de mí. (Gracias al borrado de memoria de Miss Peregrine, el agente se había olvidado por completo del asunto de la prueba de drogas.) Cuando mis padres le explicaron que mi abuelo había fallecido y los problemas que aquello me había acarreado, el policía pareció convencido de que yo no era más que el típico chico que se escapa de casa habiendo olvidado tomar sus pastillas. Nos hicieron firmar algunos formularios y nos permitieron ir.

—Sí, sí, por favor, vayamos a casa —dijo mi madre—. Pero hablaremos del tema, jovencito. En profundidad.

Casa. Aquella palabra se había transformado en algo extraño para mí. Una tierra lejana que apenas podía imaginar.

—Si nos damos prisa, puede que consigamos un vuelo de nocturno... —comentó mi padre.

Él había adherido su brazo alrededor de mis hombros como si temiera que me fuera a escapar en el momento en que me soltara. Mi madre no podía dejar de mirarme, con los ojos abiertos de par en par y colmados de gratitud, pestañeando para retener las lágrimas.

—Estoy bien —les insistí—. Se los prometo.

Sabía que no podían creerme, y que tardarían un tiempo en ser capaces.

Salimos a la calle para llamar a un taxi. Cuando se estaba deteniendo, vi dos

rostros familiares mirándome desde un parque al otro lado de la calle. Ocupando la manchada sombra de un roble estaban Emma y Miss Peregrine. Levanté una mano en señal de despedida, con el corazón compungido.

—¿Jake? —Mi padre estaba sosteniendo abierta la puerta para que entrara—. ¿Qué te pasa?

Disimulé el saludo como si me estuviera rascando la cabeza.

—Nada, papá.

Me metí en el taxi. Mi padre giró la cabeza para contemplar el parque. Cuando miré por la ventana, todo lo que vi bajo el roble fue un pájaro y algunas hojas mecidas por el aire.

Mi regreso a casa no fue ni triunfal ni sencillo. Había quebrantado la confianza de mis padres y volver a unir los pedazos sería un trabajo lento y penoso. Considerado como en riesgo y proclive a la fuga, me mantuvieron vigilado todo el tiempo. No iba a ningún sitio sin supervisión, ni siquiera a dar un paseo alrededor de la cuadra. Instalaron un complejo sistema de seguridad en casa, no tanto para evitar que entraran los ladrones como para impedir que yo me escabullera. Me volvieron a llevar a terapia. Me sometieron a incontables evaluaciones psiquiátricas y me prescribieron medicamentos nuevos y más potentes (que yo escondía bajo la lengua y escupía después). Pero había soportado penurias muchísimo peores aquel verano; de modo que si una pérdida temporal de la libertad era el precio que tenía que pagar por los amigos que había hecho, las experiencias que había vivido y la extraordinaria vida que sabía que me pertenecía, me parecía una ganga. Valía la pena cada conversación incómoda con mis padres, cada noche solitaria que pasaba soñando despierto con Emma y con mis amigos peculiares, cada visita a mi nueva psiquiatra.

Ella era una señora mayor imperturbable llamada doctora Spanger, y yo pasé cuatro mañanas a la semana bajo el resplandor de la sempiterna sonrisa de su rostro alegre. Me interrogó incesantemente acerca del motivo por el cual había huido de la isla y cómo había pasado los días posteriores; su sonrisa jamás se alteró ni un ápice. (Sus ojos, para que conste, eran del color parduzco que adquiere el agua de lavar los platos, pupilas normales, sin lentes de contacto.) La historia que me inventé fue una sucesión de pretextos sin sentido, salpicados por convenientes lagunas de memoria, todos y cada uno de los cuales eran absolutamente imposibles de verificar. La cosa era más o menos así: atemorizado por lo que parecía ser un maníaco asesino de ovejas suelto en Cairnholm, me derrumbé, me metí de polizón en un barco que iba a Gales, olvidé quién era durante un corto período e hice autostop hasta Londres. Dormí en los parques, no hablé con nadie, no entablé ninguna relación, no consumí ninguna

sustancia que alterara el ánimo o la mente y deambulé por la ciudad durante varios días en un desorientado estado de fuga. Respecto a la conversación telefónica con mi padre en la cual admití ser «peculiar»... eeh, ¿qué conversación telefónica? No lograba recordar haber hablado por teléfono con nadie...

Finalmente, la doctora Spanger dejó todo aquel asunto en un episodio maniaco, caracterizado por la aparición de delirios y provocado por el estrés, el duelo y los asuntos sin resolver con mi abuelo. En otras palabras: me había vuelto un poco chiflado, pero probablemente no se volvería a repetir y ahora estaba mucho mejor, gracias. Aun así, mis padres estaban hechos un manojo de nervios. Continuaban a la espera de que me derrumbara, hiciera alguna locura y saliera corriendo otra vez, pero yo me comportaba mejor que nunca. Representé el papel de buen chico e hijo arrepentido como si pretendiera ganar un Oscar. Me prestaba voluntariamente a las tareas del hogar. Me levantaba mucho antes del mediodía y pasaba el rato a plena vista de mis vigilantes padres. Veía la tele con ellos, hacía los mandados y compartía la sobremesa tras las comidas para participar en las insustanciales conversaciones que les gustaba mantener: sobre la remodelación del baño, las asociaciones de vecinos, política, la dieta de moda, pájaros. (Nunca hubo más que una alusión fugaz a mi abuelo, a la isla o a mi «episodio».) Yo era un chico agradable, paciente, amable. De cien maneras distintas, no era el hijo que ellos recordaban. Debían de pensar que había sido abducido por alienígenas y reemplazado por un clon o algo por el estilo, pero, desde luego, no tenían ninguna queja. Tras unas pocas semanas parecía seguro invitar a la familia, y alguno que otro pariente se dejó caer para tomar un café y mantener una conversación impostada y, de ese modo, yo podía demostrar en persona lo cuerdo que estaba.

Lo que más me extrañó fue que mi padre jamás mencionó la carta que Emma dejó para él al volver a la isla, ni la foto de ella y Abe que estaba escondida en su interior. Puede que fuera demasiado para él, o tal vez le preocupaba que hablar de ello conmigo pudiera provocar una recaída. Sea cual fuere la razón, era como si jamás hubiera ocurrido. En cuanto a haber conocido en realidad a Emma, Millard y Olive, estoy seguro de que mucho tiempo atrás lo había descartado considerándolo un sueño extraño.

Después de unas pocas semanas, mis padres comenzaron a relajarse. Se habían tragado mi historia y las explicaciones de la doctora Spanger acerca de mi comportamiento. Podrían haber indagado con mayor profundidad, haber hecho más preguntas o haber pedido una segunda opinión, pero querían creer de verdad que yo estaba mejor. Aquellos medicamentos que me había mandado la doctora Spanger, fueran cuales fueran, estaban obrando su magia. Más que cualquier otra cosa, ellos querían que nuestras vidas volvieran a ser normales y, cuanto más tiempo pasara yo en casa, más parecía hacerse realidad.

Íntimamente, sin embargo, yo estaba luchando por adaptarme. Estaba solo y aburrido. Los días pasaban lentamente. Había pensado que, tras las privaciones de las últimas semanas, las comodidades del hogar me resultarían más agradables, pero muy pronto incluso las sábanas recién lavadas y la comida china perdieron su atractivo. Mi cama resultaba demasiado blanda. La comida, demasiado sabrosa. Había... «demasiado» de todo, y aquello me hacía sentir culpable, me parecía excesivo. En ocasiones, cuando deambulaba por los pasillos del centro comercial mientras hacía mandados con mis padres, meditaba acerca de la gente que vivía en los alrededores de Acre del Diablo y me asaltaba la rabia. ¿Por qué teníamos tantas cosas con las que ni sabíamos qué hacer, mientras que ellos no llegaban ni a lo imprescindible para sobrevivir?

Me costaba dormir. Me despertaba a cualquier hora con la mente dando vueltas alrededor de las vivencias del tiempo que pasé con los peculiares. A pesar de haber dado a Emma mi dirección y de revisar el buzón varias veces al día, no había llegado ninguna carta ni de ella ni de los demás. Cuanto más tiempo pasaba sin saber de ellos, dos semanas, luego tres, toda aquella historia comenzaba a parecerme más abstracta e irreal. ¿Había ocurrido de verdad? ¿Habría sido una alucinación? En los momentos bajos lo ponía en duda. ¿Y si estaba loco?

De modo que fue un gran alivio cuando, un mes después de regresar a casa, por fin llegó una carta de Emma. Era corta y vivaz, y simplemente me daba ánimos para el proceso de readaptación y me preguntaba qué tal me iba. El remite era de un apartado de correos en Londres, y Emma me explicó que estaba bastante cerca de la entrada al bucle del Acre del Diablo, por lo que podía escabullirse al presente muy a menudo para revisarlo. Le respondí ese mismo día, y muy pronto estábamos intercambiando dos o tres cartas por semana. Como en casa estaba cada vez más agobiado, aquella correspondencia fue como un salvavidas.

No podía arriesgarme a que mis padres la descubrieran, de modo que cada día acechaba al cartero y me precipitaba a su encuentro tan pronto aparecía al final de nuestra calle. Le sugerí a Emma que nos escribiéramos correos electrónicos en lugar de cartas, pues sería más rápido y seguro, y rellené varias páginas tratando de explicarle qué era internet y cómo debía buscar un cibercafé y crear una cuenta, pero fue inútil; ella ni siquiera había usado jamás un teclado. Sin embargo, las cartas valían el riesgo, y yo llegué a disfrutar de la escritura a mano. Tenía cierto encanto sostener un objeto tangible que había sido tocado y marcado por alguien a quien yo quería.

En una de sus cartas, incluyó unas cuantas instantáneas. Escribió:

*Querido Jacob:*

*Las cosas al fin están poniéndose interesantes por aquí. ¿Recuerdas a las personas de los expositores del sótano, las que, según Bentham, eran muñecos de*

*cera? Bueno, pues estaba mintiendo. Él los había secuestrado desde distintos bucles y estaba usando polvo de Madre Arena para mantenerlos en animación suspendida. Creemos que había intentado hacer funcionar su máquina utilizando distintos tipos de peculiares como baterías, pero nada resultó hasta que llegó tu hueco. En cualquier caso, Madre Arena confesó que era consciente de ello, lo cual explica por qué se comportaba de manera tan extraña. Creo que Bentham la chantajeaba o la amenazaba con hacer daño a Reynaldo si no lo ayudaba. Sea como sea, nos está ayudando a despertarlos y devolverlos al bucle que les corresponde. ¿No te parece una locura increíble?*

*También hemos usado el Panbucleticón para explorar toda clase de lugares y conocer a gente. Miss Peregrine dice que es bueno para nosotros ver cómo viven otros peculiares alrededor del mundo. Encontré una cámara en la casa y me la llevé a nuestra última expedición, y he incluido algunas de las fotos que tomé. ¡Bronwyn dice que estoy empezando a agarrarle el modo!*

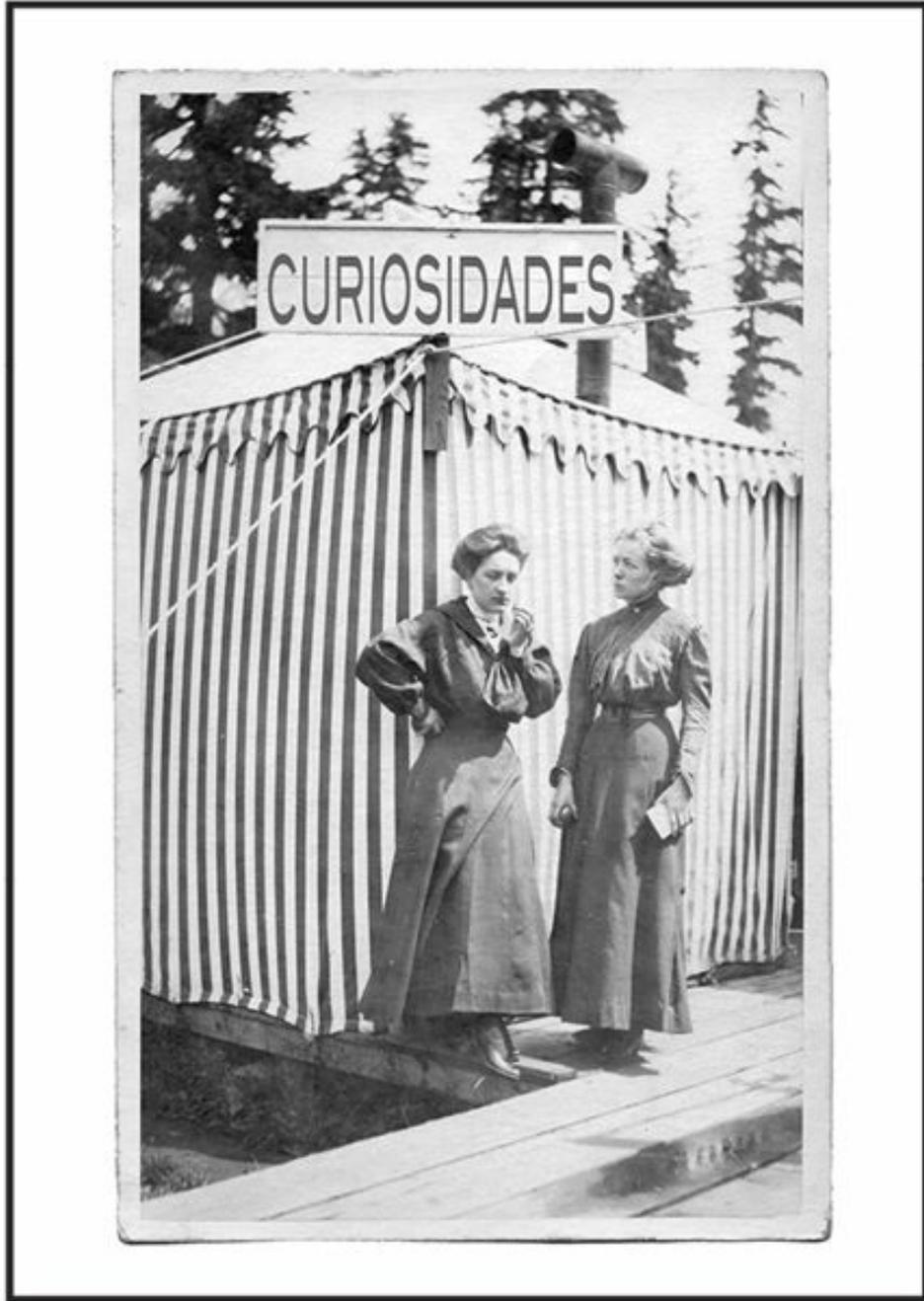
*Te extraño muchísimo. Sé que no debería decirlo..., porque solo dificulta la situación, pero a veces no puedo evitarlo. ¿Podrías venir a visitarnos? Me gustaría muchísimo. O tal vez.*

Había tachado «o tal vez» y escrito: «Vaya, Sharon me llama; se va a marchar y quiero asegurarme de que esta carta llega al correo hoy. ¡Escribe pronto! Te quiere, Emma».

Me pregunté qué sería ese «o tal vez».

Eché un vistazo a las fotos que incluía. Había escrito en el reverso de cada una de ellas unas cuantas líneas para describirlas. La primera era una instantánea de dos señoras victorianas de pie frente a una tienda de lona con rayas sobre la que había un cartel en el que se leía «Curiosidades». Al dorso, Emma había anotado: «Miss Bobolink y Miss Loon organizaron una exposición itinerante en la que mostraban el uso de algunos de los artefactos de Bentham. Ahora que estos peculiares son libres de viajar están haciendo su agosto. Muchos de nosotros no sabemos demasiado acerca de nuestra historia...».

La siguiente era una imagen de varios adultos descendiendo un tramo muy empinado de unas escaleras que llegaban hasta una playa y un bote de remos. «Hay un bucle muy bonito en el mar Caspio —me escribió—. La semana pasada Nim y algunas ymbrynes fueron a dar un paseo en barca por allí. Hugh, Horace y yo también nos colamos, pero nos quedamos en la orilla. Ya tuvimos suficientes paseos en barca, gracias.»







La última foto era de unas hermanas siamesas que llevaban la melena, negra como los cuervos, atada con un lazo blanco gigantesco. Estaban sentadas la una junto a la otra y apartaban con la mano un pedazo del vestido para mostrar la sección del torso que compartían. «Carlotta y Carlita son siamesas —se leía en el dorso—, pero eso no es lo más peculiar en ellas. Sus cuerpos producen un adhesivo que, una vez se seca, es más fuerte que el cemento. ¡Enoch se sentó sobre unas gotas y se le quedó pegado el trasero a una silla durante dos días enteros! ¡Estaba tan enojado que creí que la cabeza le iba a explotar! Ojalá hubieras estado allí...».

Contesté enseguida. «¿Qué quisiste decir con “o tal vez”?».

Pasaron diez días en los que no supe nada de ella. Me preocupó que tuviera la sensación de haber ido demasiado lejos en su última carta, de haber violado nuestro acuerdo de ser solo amigos y que estuviera echándose atrás. Me pregunté si volvería a firmar su próxima carta con un «Te quiere, Emma», tres simples palabras de las que había llegado a depender. Después de dos semanas, comencé a preguntarme si llegarían más cartas.

Entonces dejamos de recibir correo. Yo vigilaba obsesivamente por si veía al cartero, y cuando no apareció durante cuatro días seguidos supe que algo iba mal. Mis padres siempre recibían toneladas de catálogos y facturas. Mencioné, todo lo distraídamente de lo que fui capaz, que me resultaba extraño que no hubiéramos recibido ninguna carta desde hacía tiempo. Mi padre masculló algo sobre una festividad nacional y cambió de tema. Fue entonces cuando empecé a preocuparme de verdad.

El misterio se resolvió a la mañana siguiente durante la sesión con la doctora Spanger: al contrario de lo habitual, me acompañaron mis padres. Parecían tensos, tenían la cara pálida e incluso les costaba mantener una plática desenfadada mientras tomábamos asiento. Spanger comenzó con las preguntas inocuas de rigor. ¿Qué tal estaba? ¿Algún sueño interesante? Supe que intentaba encaminar la conversación hacia algo de mayor importancia y, al final, no pude soportar la intriga.

—¿Por qué han venido mis padres? —le pregunté—. ¿Y por qué parece que acabaran de volver de un funeral?

Por primera vez, la sempiterna sonrisa de la doctora Spanger se desvaneció. Ella echó mano a una carpeta que tenía en su escritorio y sacó tres sobres, con las respectivas cartas de Emma. Todas habían sido abiertas.

—Debemos hablar sobre esto —me dijo.

—Habíamos acordado que no guardaríamos secretos —añadió mi padre—. Esto no está bien, Jake, nada bien.

Me empezaron a temblar las manos.

—Eso es privado —respondí, esforzándome por controlar la voz—. Están dirigidas a mí, ustedes no deberían haberlas leído.

¿Qué había en esas cartas? ¿Qué habían visto mis padres? Aquello era un desastre, un desastre total.

—¿Quién es Emma? —me preguntó la doctora Spanger—. ¿Quién es Miss Peregrine?

—¡Esto no es justo! —grité—. ¡Han robado mi correspondencia privada y ahora la están usando para acorralarme!

—¡Baja la voz! —me amonestó mi padre—. Ya ha quedado todo al descubierto, así que límitate a ser sincero y esto resultará más fácil para todos.

La doctora Spanger sostuvo en alto una fotografía, que Emma debió de incluir en las cartas.

—¿Quién es esta gente?

Me incliné hacia delante y la observé. Era una foto de dos señoras mayores en una mecedora, una acunaba a la otra en su regazo como si fuera un bebé.

—No tengo ni idea —respondí con brusquedad.

—Hay algo escrito en el reverso —me explicó—. Dice así: «Estamos hallando nuevas formas de ayudar a aquellos a los que les han sido extraídas partes del alma. El contacto parece obrar milagros. Tras unas pocas horas, Miss Hornbill parecía una nueva ymbryne».

Lo pronunció «ímbrine».



—Es «ímbrin» —la corregí, incapaz de contenerme—. La «e» es muda.

—Ya veo. —La doctora Spanger dejó la foto sobre la mesa y apoyó el mentón sobre sus dedos estirados—. ¿Y qué es una... «ímbrin»?

En retrospectiva, tal vez fuera una idiotez, pero en aquel momento me sentí acorralado, como si no tuviera más opción que contar la verdad. Ellos tenían las cartas, las fotos, y todas mis endeble y falsas historias habían quedado al descubierto.

—Ellas nos protegen —le respondí.

La doctora Spanger lanzó una mirada a mis padres.

—¿A todos nosotros?

—No. Solo a los niños peculiares.

—A los niños peculiares —repitió la doctora Spanger lentamente—. Y ¿tú crees que eres uno de ellos?

Lancé la mano hacia delante.

—Me gustaría recuperar mis cartas.

—Te las devolveré, pero primero tenemos que hablar, ¿de acuerdo?

Retiré la mano y me crucé de brazos. Me estaba tratando como si mi coeficiente intelectual fuera de setenta.

—Bien, ¿por qué crees que eres peculiar?

—Veo cosas que otra gente no puede.

Con el rabillo del ojo percibí cómo mis padres palidecían cada vez más. No se estaban tomando nada bien todo aquello.

—En las cartas tú haces referencia a algo llamado Pan... buclético. ¿Qué puedes contarme de eso?

—Yo no escribí las cartas —contesté—. Fue Emma.

—Claro. Vamos a cambiar de tema, entonces. Háblame de Emma.

—Doctora —interfirió mi madre—, no creo que sea buena idea alentar...

—Por favor, Mrs. Portman. —La doctora Spanger alzó una mano—. Jake, háblame de Emma. ¿Es tu novia?

Ví cómo mi madre levantaba las cejas. Yo nunca había tenido novia, que ella supiera. Ni siquiera una mísera cita.

—Lo era, supongo. Pero ahora... nos hemos dado un tiempo.

La doctora Spanger anotó algo y luego se dio unos golpecitos en la mejilla con el bolígrafo.

—Y, cuando te la imaginas, ¿qué aspecto tiene?

Me encogí en mi silla.

—¿Qué quiere decir con «cuando me la imagino»?

—¡Ah! —La doctora Spanger frunció los labios. Sabía que había metido la pata—. Lo que quería decir es...

—Bueno esto ya fue demasiado lejos —interrumpió mi padre—. Sabemos que

fuiste tú el que escribió estas cartas, Jake.

Por poco me levanto de la silla, indignado.

—¿Qué ustedes creen que yo qué? ¡Si ni siquiera es mi letra!

Mi padre se sacó una carta del bolsillo, la que Emma había dejado para él.

—Tú escribiste esto, ¿no es verdad? Es la misma letra.

—¡Esa también es de Emma! ¡Mira, su nombre está justo ahí! ¿No lo ves?

Agarré la carta. Mi padre trató de recuperarla, pero yo ya la tenía fuera de su alcance.

—A veces deseamos las cosas con tal ansia que imaginamos que existen en realidad —me explicó la doctora Spanger.

—¡Creen que estoy loco! —grité.

—En este consultorio no usamos esa palabra —respondió la psiquiatra—. Por favor, cálmate, Jake.

—¿Y qué hay de los sellos del sobre? —exclamé señalando las cartas sobre el escritorio de Spanger—. ¡Son de Londres!

Mi padre suspiró.

—Fuiste a clases de Photoshop el trimestre pasado, Jakey. Puede que yo sea viejo, pero sé lo fácil que es falsificar esas cosas.

—¿Y las fotos? ¿También las he falsificado?

—Son de tu abuelo. Estoy seguro de haberlas visto antes.

A esas alturas, la cabeza me daba vueltas. Me sentía vulnerable, traicionado y me asaltó una vergüenza espantosa. Así que dejé de hablar, porque todo lo que decía parecía convencerlos aún más de que había perdido el juicio.

Me quedé allí sentado, furibundo, mientras ellos hablaban de mí como si yo no estuviera presente. El nuevo diagnóstico de la doctora Spanger fue que había sufrido una «ruptura radical con la realidad», y que esos «peculiares» eran parte de un elaborado universo de alucinaciones que había construido y completado con una novia imaginaria. Como era muy inteligente, durante semanas me las había arreglado para engañar a todo el mundo y hacerles creer que estaba cuerdo, pero las cartas mostraban que no estaba curado ni de lejos y que podía incluso ser un peligro para mí mismo. Ella recomendaba que me internaran en una clínica para «mi rehabilitación y seguimiento» lo antes posible, lo cual yo supe que era jerga psiquiátrica para referirse a un manicomio.

Lo tenían todo planeado.

—Solo serán una o dos semanas —me dijo mi padre—. Es un lugar agradable, muy caro. Piensa en ello como si fueran unas pequeñas vacaciones.

—Quiero mis cartas.

La doctora Spanger las volvió a meter en el sobre.

—Lo siento, Jake —me respondió—. Creo que es mejor que me las quede yo.

—¡Me ha mentido! —le grité.

Traté de arrebatárselas dando un salto hacia su escritorio, pero Spanger fue rápida y brincó hacia atrás con el sobre entre las manos. Mi padre soltó un grito y me agarró, y un segundo más tarde, dos de mis tíos irrumpieron en el despacho. Estaban esperando en el vestíbulo. Guardaespaldas, por si acaso yo trataba de escapar.

Me escoltaron hasta el estacionamiento y me metieron en el coche. Mis tíos vivirían con nosotros unos cuantos días, me explicó mi madre con voz nerviosa, hasta que quedara una habitación libre en la clínica. Tenían miedo de estar solos conmigo. Mis propios padres. De modo que iban a enviarme a un lugar en el que yo sería problema de otro. La clínica. Como si fueran a vendarme un codo lesionado. Llamemos a las cosas por su nombre: era un manicomio, por muy caro que fuera. Allí no podría «tragar» mis medicinas y escupirlas más tarde. Tampoco embaucar a los psiquiatras y que creyeran mis historias sobre estados de fuga y amnesias. Me drogarían con antipsicóticos y sueros de la verdad hasta que les contara cada pequeño detalle acerca de la peculiaridad y lo usarían para demostrar que yo estaba loco de remate, no tendrían más opción que encerrarme en una celda acolchada y jalar la llave al retrete.

Estaba total y absolutamente jodido.

Durante los días que siguieron estuve bajo vigilancia como un criminal, mi padre o uno de mis tíos estaba siempre en la habitación contigua. Todo el mundo esperaba la llamada de la clínica. Era un sitio con prestigio, supongo, pero en el preciso instante en que quedara libre una habitación, que podría ser en cualquier momento, me facturarían como un paquete.

—Te visitaremos todos los días —me aseguró mi madre—. Solo estarás allí unas pocas semanas, Jakey, te lo prometemos.

Solo unas pocas semanas. Sí, claro.

Traté de razonar con ellos. Supliqué. Les imploré que contrataran a un experto en caligrafía para que pudiera demostrar que esa letra no era la mía. Si eso fallaba, me retractaría por completo. Admitiría que había escrito esas cartas (lo que, por supuesto, era mentira) y que me lo había inventado todo: no existían los niños peculiares, ni las ymbrynes, ni Emma. Aquello les agradó, pero no les hizo cambiar de parecer. Más tarde los escuché susurrando entre ellos y me enteré de que, para asegurarme un lugar en la lista de espera, habían tenido que pagar por adelantado la primera semana de aquella clínica tan cara. De modo que no había vuelta atrás.

Pensé en escaparme. En robar las llaves del coche y salir huyendo. Pero, inevitablemente, me atraparían, y entonces la situación sería incluso peor para mí.

Fantaseé con que Emma venía a rescatarme. Incluso le escribí una carta contándole lo que había ocurrido, pero no tenía modo de mandársela. Aunque hubiera podido escabullirme hasta el buzón sin ser visto, el cartero ya no pasaba por mi casa. E incluso si hubiera podido dar con ella, ¿qué más habría dado? Yo estaba atrapado en el presente, lejos de un bucle. Ella no habría podido venir a buscarme.

La tercera noche, presa de la desesperación, le robé el teléfono a mi padre (a mí ya no me estaba permitido usar el mío) y lo utilicé para enviarle un correo a Emma. Hacía tiempo, antes de percatarme de lo incapaz que era ella con las computadoras, le abrí una cuenta de correo, *chicadefuego1901@gmail.com*, pero al descubrir su férreo desinterés, nunca llegué a escribirle, ni siquiera, me percaté, me había molestado en decirle cuál era la contraseña. Un mensaje en una botella lanzada al mar hubiera tenido más posibilidades de dar con ella, pero aquella era la única opción que tenía.

La llamada se produjo la noche siguiente: había quedado libre una habitación para mí. Tenía las maletas listas y esperando desde hacía días. No importaba que fueran las nueve de la noche, ni las dos horas de trayecto que había hasta la clínica: nos marchábamos en ese preciso instante.

Nos amontonamos en la camioneta. Mis padres iban delante, y yo, apachurrado entre mis tíos en el asiento de atrás, como si pensarán que podría tratar de lanzarme de un vehículo en marcha. En realidad, puede que lo hubiera intentado. Pero, cuando la puerta del garaje retumbó al abrirse y mi padre encendió el motor, cualquier pequeña esperanza que hubiera albergado comenzó a apagarse. No había escapatoria. No podía salir de ese embrollo con mi labia ni huir a la carrera, a no ser que me las hubiera arreglado para plantarme en Londres, lo que hubiera requerido pasaportes y dinero y un millón de cosas inalcanzables. No, tendría que cumplir mi condena. Pero los peculiares habían soportado cosas mucho peores.

Salimos del garaje. Mi padre encendió las luces, luego la radio. La calmada voz de un locutor inundó el coche. La luna se alzaba sobre las palmeras de la esquina del jardín. Bajé la cabeza y cerré los ojos, tratando de engullir el pavor que me inundaba. Tal vez podría desear no estar allí. Tal vez podría desaparecer.

Comenzamos a movernos. Los azulejos quebrados que pavimentaban el camino de entrada a nuestra casa crujían bajo las llantas. Mis tíos hablaban sobre deportes por encima de mi cabeza, en un intento por calmar los ánimos. Anulé sus voces.

«No estoy aquí».

Aún no habíamos abandonado el camino de entrada cuando el coche se paró en seco.

—¿Qué demonios es eso? —oí decir a mi padre.

Tocó el claxon y abrí los ojos de par en par, pero lo que vi me convenció de que mi deseo de estar en un sueño se había hecho realidad. De pie frente a nuestro coche, dispuestos en línea a través del camino y resplandecientes bajo la luz cegadora de los

faros del vehículo, estaban mis amigos peculiares. Emma, Horace, Enoch, Olive, Claire, Hugh e incluso Millard, y justo por delante de ellos, con una capa de viaje sobre los hombros y en su mano una maleta de tela, Miss Peregrine.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó uno de mis tíos.

—Eso, Frank, ¿qué diablos es esto? —insistió el otro.

—No lo sé —contestó mi padre, y bajó la ventanilla—. ¡Salgan de mi entrada! —les gritó.

Miss Peregrine avanzó hasta su puerta.

—No lo haremos. Bájese del vehículo, por favor.

—¿Quién demonios es usted? —contestó mi padre.

—Alma LeFay Peregrine, actual dirigente del Consejo Ymbryne y directora de estos niños peculiares. Nos hemos visto con anterioridad, aunque no espero que lo recuerde. Niños, saluden.

Mi padre se había quedado de piedra, con la boca abierta, y mi madre comenzaba a hiperventilar, los niños dijeron hola con la mano; Olive levitó, Claire abrió su boca trasera, Millard giró sobre sí mismo, no era nada más que un traje que se sostenía sin cuerpo, y Emma prendió una llama en la palma de su mano mientras caminaba hacia la ventanilla abierta del lado de mi padre.

—¡Hola, Frank! —le dijo—. Me llamo Emma. Soy una buena amiga de su hijo.

—¿Lo ven? —exclamé—. ¡Les dije que eran de verdad!

—¡Frank, sácanos de aquí! —gritó mi madre, golpeando a mi padre en el hombro.

Él parecía haberse quedado paralizado hasta ese momento, pero entonces se apoyó en el claxon y apretó el pie contra el acelerador, y las llantas traseras comenzaron a escupir piedras mientras el coche avanzaba a toda velocidad.

—¡¡Detente!! —le grité mientras se precipitaba contra mis amigos.

Ellos se apartaron de un salto, todos menos Bronwyn, quien sencillamente plantó los pies, colocó los brazos hacia delante y agarró la parte frontal de nuestro coche con las manos. Nos paramos en seco y las llantas continuaron girando mientras mi madre y mis tíos daban alaridos de terror.

El coche se apagó. Las luces se apagaron y el motor quedó en silencio. Mientras los niños peculiares rodeaban el vehículo, yo traté de tranquilizar a mi familia.

—No pasa nada, son mis amigos. No van a hacerles daño.

Mis tíos se desmayaron. Sus cabezas cayeron pesadamente sobre mis hombros y los gritos de mi madre decayeron gradualmente hasta convertirse en gemidos. Mi padre estaba histérico y con los ojos abiertos de par en par.

—Esto es una locura, esto es una locura, esto es una completa locura —murmuraba sin parar.

—Quédense en el coche —dije, y echando mano por encima de mi tío inconsciente, abrí la puerta, trepé por encima de él y me deslicé hacia el exterior.

Emma y yo chocamos el uno contra el otro en un tambaleante abrazo que nos hizo girar dando piruetas. Yo apenas podía hablar.

—¿Qué has...? ¿Cómo has...?

Me temblaba todo el cuerpo, estaba completamente seguro de que todavía me encontraba soñando.

—¡Me llegó tu carta eléctrica! —me explicó.

—¿Mi correo electrónico?

—¡Sí, como se llame! Al no recibir noticias tuyas me preocupé, y entonces recordé el buzón de correos mecánico que me dijiste que habías hecho para mí. Horace fue capaz de adivinar tu clave y...

—Vinimos en cuanto lo supimos —añadió Miss Peregrine mirando a mis padres mientras movía la cabeza en un gesto negativo—. Realmente decepcionante, aunque no puedo decir que me haya tomado por sorpresa.

—¡Estamos aquí para salvarte! —exclamó Olive—. ¡Igual que tú nos rescataste a nosotros!

—¡Y yo estoy encantado de verlos! Pero ¿no tienen que irse ya? ¡Van a empezar a envejecer!

—¿Es que no has leído mis últimas cartas? —me preguntó Emma—. Ahí te lo explico todo...

—Las interceptaron mis padres. Por eso enloquecieron de esta manera.

—¿Cómo? ¡Qué horror! —Se quedó mirando fijamente a mis padres—. ¡Eso es robar, y lo saben! En cualquier caso, no hay nada por lo que preocuparse. ¡Hemos hecho un descubrimiento emocionante!

—Querrás decir que yo he hecho un descubrimiento emocionante —oí decir a Millard—. Todo gracias a Perplexus. Me llevó días averiguar cómo llevarlo de vuelta a su bucle usando la máquina de Bentham, y durante ese tiempo, él debería haber envejecido, pero no lo hizo. Al contrario, ¡su pelo canoso volvió a ser negro!

»Entonces me percaté de que le había ocurrido algo mientras estaba en Abaton con nosotros: su edad real había sido reiniciada. Cuando las ymbrynes colapsaron el bucle, su reloj vital dio marcha atrás, por así decirlo, de modo que su cuerpo era exactamente tan joven como parecía, en lugar de sus quinientos setenta y un años.

—Y no solo dio marcha atrás al reloj vital de Perplexus —añadió Emma, emocionada—. ¡También a los nuestros! ¡A los de todos los que estuvimos en Abaton aquel día!

—Al parecer, es un efecto secundario del colapso del bucle —explicó Miss Peregrine—. Una fuente de la juventud extremadamente peligrosa.

—¿Eso quiere decir que... no van a envejecer? ¿Nunca?

—Bueno, no más deprisa que tú —aclaró Emma riéndose—. ¡Día a día!

—Eso es... ¡increíble! —exclamé lleno de alegría a la vez que trataba de asimilar

todo aquello—. ¿Están seguros de que no estoy soñando?

—Bastante seguros —replicó Miss Peregrine.

—¿Podemos quedarnos un tiempo, Jacob? —quiso saber Claire dando saltitos—. ¡Dijiste que podíamos venir cuando quisiéramos!

—Imagino que podríamos convertir esto en unas vacaciones —dijo Miss Peregrine antes de que pudiera contestar—. Los niños no saben prácticamente nada acerca del siglo XXI y, además, esta casa parece mucho más confortable que la destartada trampa para ratas de Bentham. ¿Cuántas habitaciones tiene?

—Hummm... Creo que cinco.

—Sí, con esas basta. Servirá a la perfección.

—Pero ¿qué hay de mis padres? ¿Y de mis tíos?

Ella se quedó mirando al coche e hizo un gesto con la mano.

—A tus tíos se les puede borrar la memoria fácilmente. En cuanto a tus padres, supongo que ya saltó la liebre, como se suele decir. Deberemos vigilarlos de cerca durante un tiempo, para mantenerlos controlados. Pero si hay dos normales que pueden llegar a entender nuestro modo de ver las cosas, esos son los padres del magnífico Jacob Portman.

—¡Y el hijo y la nuera del magnífico Abraham Portman! —añadió Emma.

—¿Usted... usted conoció a mi padre? —preguntó tímidamente papá, mirándolos furtivamente desde la ventanilla del coche.

—Lo quise como a un hijo —respondió Miss Peregrine—. Igual que a Jacob.

Mi padre parpadeó. Luego asintió lentamente, pero no creo que lo entendiera.

—Van a quedarse con nosotros un tiempo —le dije—. ¿De acuerdo?

Abrió los ojos de par en par y se encogió.

—Es... ah... Creo que es mejor que le preguntes a tu madre...

Ella estaba hecha un ovillo en el asiento del acompañante, tapándose los ojos con las manos.

—¿Mamá?

—Lárguense —respondió—. ¡Lárguense! ¡Lárguense todos!

Miss Peregrine se agachó.

—Señora Portman, míreme, por favor.

Mamá miró a través de sus dedos.

—No son reales. Bebí demasiado vino en la cena. Eso es todo.

—Somos bastante reales. Se lo puedo asegurar. Y puede que esto le resulte difícil de creer ahora mismo, pero todos vamos a ser amigos.

Mamá le dio la espalda.

—Frank, cambia de canal. No me gusta este programa.

—Está bien, cariño —dijo mi padre—. Hijo, creo que es mejor que...

Luego, cerró los ojos con fuerza, negó con la cabeza y subió la ventanilla.

—¿Está segura de que esto no les acabará derritiendo el cerebro? —pregunté a Miss Peregrine.

—Lo acabarán aceptando —me aseguró—. A unos les lleva más tiempo que a otros.

Caminamos de vuelta a casa en grupo, bajo el brillo de la luna ascendente, la cálida noche parecía cobrar vida con el viento y las cigarras. Bronwyn empujó el coche parado detrás de nosotros, con mi familia aún en su interior. Caminé de la mano de Emma con la mente puesta en todo cuanto había ocurrido.

—Hay una cosa que no comprendo —dije de repente—. ¿Cómo llegaron hasta aquí? ¿Y tan rápido?

Traté de imaginarme a una chica con una boca en la parte trasera de la cabeza y a un chico con abejas a su alrededor atravesando el control de seguridad del aeropuerto. ¿Y Millard? ¿Cómo lo habían colado dentro de un avión? ¿Cómo habían conseguido pasaportes?

—Tuvimos suerte —contestó Emma—. Una de las habitaciones de Bentham conducía a un bucle que queda tan solo a ciento sesenta kilómetros de aquí.

—Un pantano atroz —aclaró Miss Peregrine—. Con cocodrilos y lodo hasta las rodillas. No tengo la menor idea de qué quería mi hermano de aquel lugar. De cualquier forma, desde allí me las arreglé para efectuar nuestra salida hacia el presente, y entonces ya fue tan solo cuestión de tomar dos autobuses y caminar cinco kilómetros. El recorrido nos llevó menos de un día. Huelga decir que estamos agotados y sedientos después del viaje.

Habíamos llegado al porche de entrada. Miss Peregrine me miró con expectación.

—¡Claro! Hay refrescos en el refrigerador, creo.

Metí a tientas la llave en la cerradura y abrí la puerta.

—¡Hospitalidad, Mr. Portman, hospitalidad! —dijo Miss Peregrine mientras atravesaba la puerta por delante de mí como un soplo de brisa—. ¡Descálcense, niños, ya no estamos en el Acre del Diablo!

Sostuve la puerta mientras ellos entraban en tropel, con los zapatos cubiertos de lodo incluidos.

—¡Sí, aquí estaremos de maravilla! —oí decir a Miss Peregrine—. ¿Dónde está la cocina?

—¿Qué debo hacer con el coche? —preguntó Bronwyn, sosteniendo todavía la defensa trasera—. ¿Y con los normales?

—¿Puedes dejarlos en el garaje? —contesté—. ¿Y tal vez echarles un ojo durante uno o dos minutos?

Ella nos miró a Emma y a mí, y luego sonrió.

—Claro que sí.

Encontré el control del garaje y presioné el botón. Bronwyn hizo rodar el coche y a mis aturdidos padres hacia el interior, y entonces Emma y yo nos quedamos solos en el porche delantero.

—¿Seguro que te parece bien que nos quedemos? —me preguntó Emma.

—Será complicado, pero Miss P. cree que podemos lograr que funcione.

—Me refiero a que si te parece bien a ti. El modo en que lo dejamos fue...

—¿Estás bromeando? Estoy tan contento de que estés aquí que apenas puedo hablar.

—Está bien. Estás sonriendo, así que supongo que dices la verdad.

¿Sonriendo? Tenía una sonrisa de oreja a oreja como un tonto.

Emma dio un paso hacia mí. Deslicé mis brazos a su alrededor. Nos apretamos el uno contra el otro, con mi mejilla presionando su frente.

—Nunca quise dejarte —me susurró—. Pero no veía otra salida. Una ruptura limpia parecía más fácil que perderte a cámara lenta.

—No tienes que darme explicación alguna. Lo entiendo.

—De todas formas, no tenemos que hablar del tema por ahora. Podemos ser amigos, si quieres.

—Puede que sea buena idea —contesté—. Al menos durante un tiempo.

—Ah —respondió enseguida, decepcionada—. Claro...

—No, lo que quiero decir es... —La aparté empujándola suavemente y la miré a los ojos—. Ahora que tenemos tiempo, podemos ir despacio. Puedo pedirte que vayamos al cine..., podemos salir a pasear, ya sabes. Como hace la gente normal.

Ella se encogió de hombros.

—No tengo demasiada idea de qué hace la gente normal.

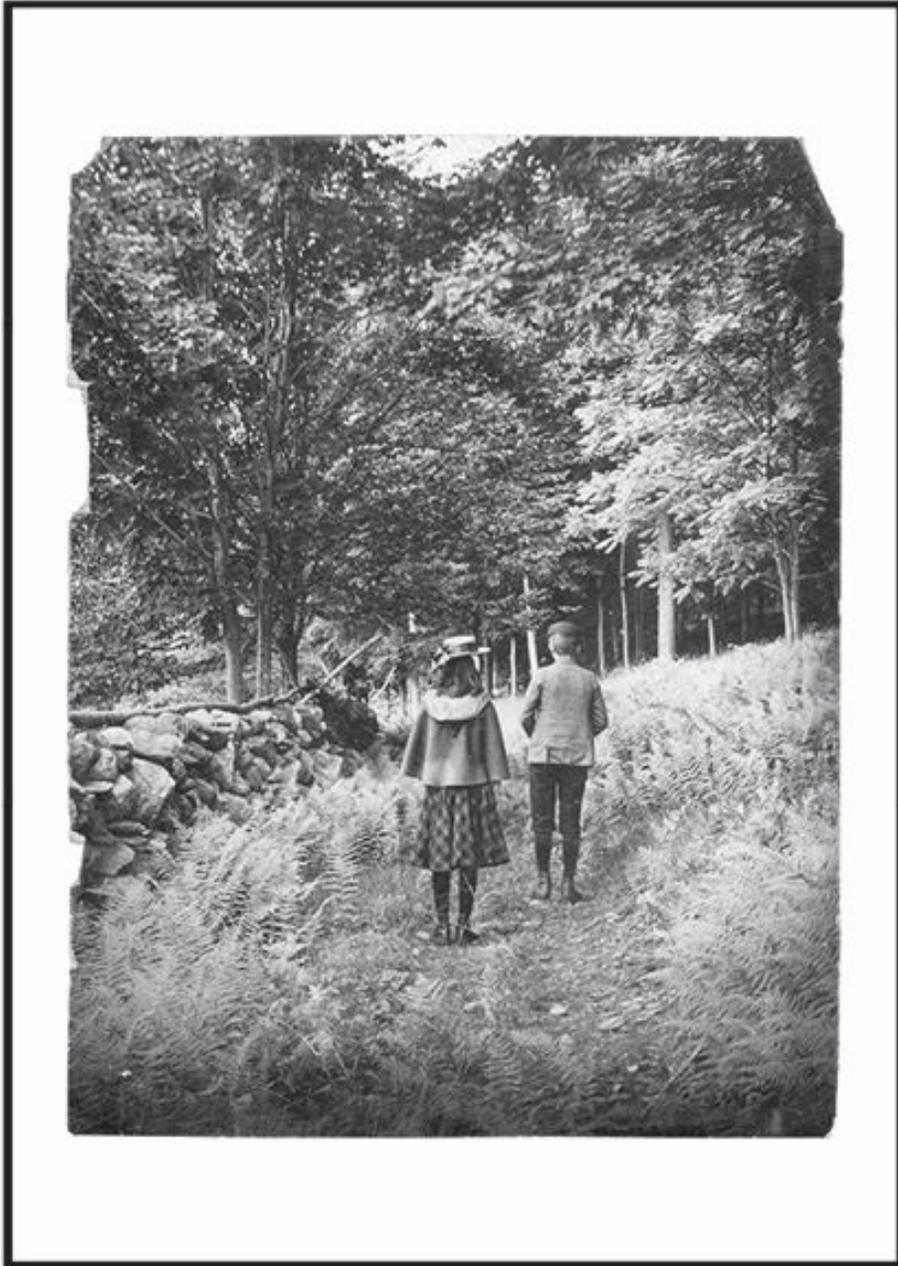
—No es complicado —le respondí—. Tú me enseñaste a ser peculiar. Tal vez ahora yo pueda enseñarte a ser normal. Bueno, todo lo normal que yo sepa ser.

Se quedó en silencio un instante. Entonces se echó a reír.

—Claro, Jacob. Suena bien. —Me tomó de la mano, se inclinó hacia mí y me dio un beso en la mejilla—. Ahora tenemos tiempo.

Allí de pie, respirando a su lado, mientras la calma se asentaba a nuestro alrededor, entendí que aquellas debían de ser las palabras más hermosas de cualquier lengua.

«Tenemos tiempo».



## Sobre las fotografías

Todas las fotografías que aparecen en *La biblioteca de las almas* son fotos de época auténticas que, con la excepción de unas pocas que han sufrido un mínimo tratamiento digital, no han sido alteradas. Fueron minuciosamente recopiladas en el transcurso de varios años: descubiertas en mercaditos, en ferias de antigüedades y, la mayoría de las veces, en los archivos de coleccionistas de fotografías mucho más expertos que yo y que tuvieron la amabilidad de compartir conmigo algunos de sus tesoros más peculiares para colaborar en la creación de este libro.

Las fotografías siguientes han sido amablemente cedidas por sus propietarios:

TÍTULO	DE LA COLECCIÓN DE
Wights echando gas	Erin Waters
Hombre con piratas	John Van Noate
Niña flotante	Jack Mord/The Thanatos Archive
Niña disecada	Adriana Müller
Myron Bentham	John Van Noate
Ymbrynes y su torvo	Jack Mord/The Thanatos Archive
Niño alado	John Van Noate
Pasillo sangriento	Jack Mord/The Thanatos Archive
Válvulas de la máquina	John Van Noate
Loro en jaula	John Van Noate
Interior de la torre	Peter J. Cohen

Tubería de desagüe	John Van Noate
Médico y enfermeras	John Van Noate
Hombre con poco pelo	John Van Noate
Hombre con lentes oscuros	John Van Noate
Niño y niña	John Van Noate

## Acerca del autor

**RANSOM RIGGS.** Es director y guionista de cine. *Miss Peregrine y los niños peculiares* es su primera novela, con la que cosechó un gran éxito de crítica y público: figuró en la lista de libros más vendidos de *The New York Times* durante meses y se adaptó al cine en una superproducción de Twentieth Century Fox.

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta, S.A - España

Título original: *Library of Souls*

Fotografía de portada: cortesía de John Van Noate

Diseño original: Doogie Horner

Fotografía del autor © Tahereh Mafi

© 2015, Ransom Riggs. Todos los derechos reservados  
Publicado originalmente en inglés por Quirk Books, Philadelphia, Pennsylvania  
Derechos de traducción cedidos mediante acuerdo con Ute Körner Literary  
Agent, S.L.U., Barcelona – [www.uklitag.com](http://www.uklitag.com)  
© 2016, Julia Alquézar y Rosa María Sanz, de la traducción  
© 2016, Editorial Planeta, S.A. - Barcelona, España

#### Derechos Reservados

© 2016, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.  
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.  
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2  
Colonia Polanco V Sección  
Delegación Miguel Hidalgo  
C.P. 11560, Ciudad de México  
[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Primera edición impresa en España: noviembre de 2016  
ISBN: 978-84-08-16290-2

Primera edición impresa en México: noviembre de 2016  
ISBN: 978-607-07-3732-9

Primera edición en formato epub: noviembre de 2016  
ISBN: 978-607-07-3735-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Hecho en México  
Conversión eBook: TYPE

## TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

[Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com)

 **Planeta**



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE